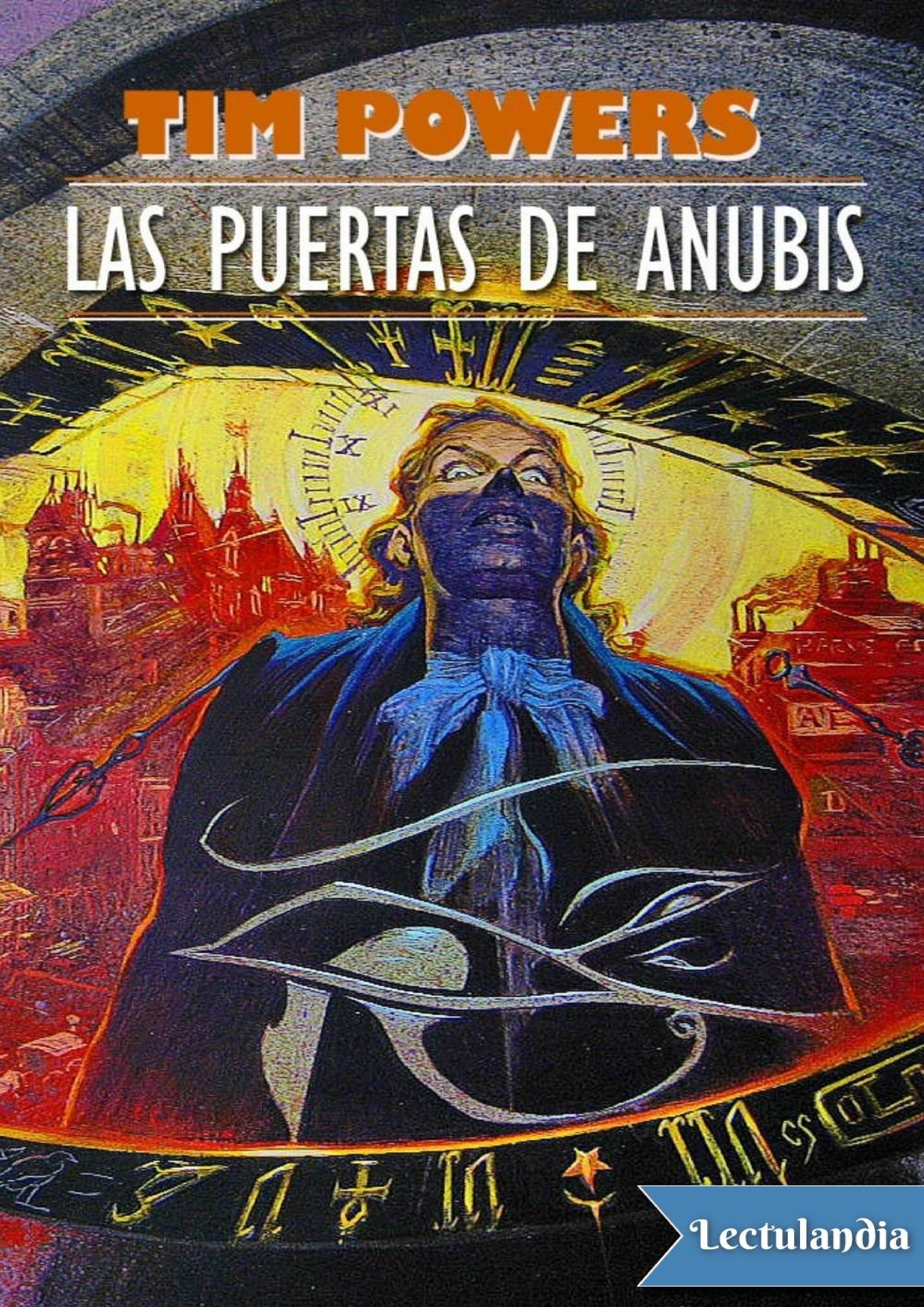

TIM POWERS
LAS PUERTAS DE ANUBIS
Lectulandia

Brendan Doyle, un profesor de literatura especializado en el romanticismo inglés, es invitado a dar una conferencia sobre Coleridge y a viajar al Londres de 1810 para encontrarse con él. Pero su viaje se complica de forma inesperada y acaba varado en el pasado, prisionero de una compleja red de intrigas que transforman su vida en una pesadilla.

*Las puertas de Anubis*, verdadera obra de culto de la fantasía, es una de las historias de viajes en el tiempo más elegantes jamás contadas, así como una prodigiosa novela de aventuras repleta de acción, imágenes inolvidables y continuos destellos de un finísimo sentido del humor.

Tim Powers

# Las puertas de Anubis

ePUB v1.0
**evilZnake** 26.05.12

Título original: The Anubis Gates

Traducción: Albert Solé
Prólogo de Juan Carlos Planells
Ilustración de portada: Corominas
ISBN 978–84–930663–9–0

# Presentación

*Las puertas de Anubis*, la cuarta novela que publicaba Tim Powers, le valió el premio *Philip K. Dick* de 1984 y le trajo de forma inmediata el favor y el interés tanto del público como de la crítica.

Hasta entonces había publicado tres novelas con desigual fortuna. Las dos primeras, cuando apenas contaba con venticuatro años, en una editorial canadiense cuyo director editorial no tenía reparos en publicar autores principiantes con la condición de que se plegaran a ciertas reglas determinadas: brevedad, acción, ausencia de sexo y protagonistas masculinos. Powers aceptó las condiciones y se encontró con que sus novelas fueron mutiladas y alteradas según el capricho del susodicho editor, llevándole a renegar de ellas. Años después, siendo ya un autor aclamado, pudo revisar y reeditar estos dos trabajos en su integridad. Su tercera novela, aparecida en 1979, contó con el apoyo de un buen editor profesional y obtuvo elogios de la crítica. Ya entonces trabajaba en el manuscrito de *Las puertas de Anubis*, pero su publicación se demoró hasta 1983, a instancias tanto de un entusiasmado editor, que le sugería algunas correcciones, como del propio Powers, que deseaba realizar una obra lo más cuidada y rica posible.

Y dicha demora resultó afortunada, ya que le valió el citado premio en su segunda edición. El galardón tenía además una significación especial para el autor, que fue íntimo amigo del finado Philip K. Dick en sus últimos años. Contaba Powers, años después, que en cierta ocasión Dick se presentó en su casa cuando trabajaba en el manuscrito de *Las puertas de Anubis*, y escribió una página del mismo. El lector curioso puede intentar averiguar de qué página se trata.

*Las puertas de Anubis* se encuadra en un campo literario que participa por igual de la fantasía, la ciencia ficción, la aventura y la recreación histórica. No debe sorprender que Powers declarase que su primera novela estaba muy influida por Rafael Sabatini, influencia también perceptible en sus obras posteriores. Las novelas de Powers lo mismo están ambientadas en épocas pasadas, como presentes o futuras, pero todas ellas tienen en común un escenario vívido, colorista, que envuelve por completo a los personajes de la historia. El escenario, el ambiente, la época no constituyen un adorno más, no son algo accidental o recurrente; en sus novelas están indisolublemente unidos a la trama y a los personajes, porque de lo contrario se diría que nada de lo que acontece en la obra tendría sentido, o no tendría el mismo sentido.

Actualmente, cuando la llamada narrativa de recreación histórica goza de amplia aceptación, es fácil advertir que muchas de estas recreaciones no son más que un recurso comercial que ofrecen un pasado «virado en sepia», carente de luz, color y sabor. Powers, en obras como la presente, nos ofrece visiones en technicolor, palpitantes de vida. Y no lo consigue mediante prolijas descripciones de vestuario,

arquitectura o costumbres, sino con pinceladas costumbristas, breves y puntuales, que evocan un cielo, una calle, un rostro, el ambiente de una taberna, el aroma del mar... todo con una sencillez ejemplar. En Las puertas de Anubis visitamos el Londres de 1810 y realmente percibimos esas calles, las gentes que las pueblan, las tabernas donde se reúnen los personajes, los sucios ventanucos. Sin artificios literarios, sino con los recursos de un narrador nato, apasionado por cuanto describe, consigue que el lector se sienta en ese mismo escenario, acaso compartiendo mesa en cualquiera de las tabernas de ese Londres multicolor.

Y no es sólo en la descripción vívida de ese ambiente y esa época en lo que destaca Powers, sino también en su habilísima exposición de tramas enrevesadas, llenas de vericuetos, que lo han llevado a ser considerado uno de los más ingeniosos urdidores de tramas de toda la narrativa fantástica. Nos describe complejas intrigas, siniestras conspiraciones y sociedades secretas, pero sin el tono folletinesco o exagerado de los escritores de finales del siglo pasado y principios de éste (a la postre, los que más han influido en Powers). Sus tramas son un perfecto mecanismo de relojería cuyas piezas se engarzan en un brillante resultado final, sin artificio, aderezadas con una excepcional mezcla de suave humor, nostalgia e innato romanticismo, cualidades que estallan en esta novela y se prolongan con firmeza en sus obras posteriores.

Se diría que ésta novela es para todo tipo de lectores: ofrece un apasionante viaje por el tiempo para los amantes de la ciencia ficción, sombrías amenazas demoníacas para los seguidores de la fantasía y el terror; trepidantes aventuras para quienes añoran ese género abandonado hace décadas; y, como queda dicho, una formidable recreación histórica para quienes disfrutan de esa vertiente literaria. Hay romance, amor, acción, intriga, misterio, humor, personajes imaginarios y reales.

Powers desarrolla una docena larga de argumentos complejos narrados con convicción, con facilidad, con entusiamo.

Pero ya es hora de que el lector cruce las puertas de Anubis de la mano del autor. Viajará en muy buena compañía, y la travesía será gozosa.

Juan Carlos Planells

*A mi esposa, Serena*

*Ningún hombre puede bañarse dos veces en el mismo río,*
*pues a la segunda vez el río ya no es el mismo,*
*como tampoco lo es el hombre.*

*Heraclito*

*Se agitan en los lugares más viejos y oscuros del mundo,*
*como marineros que, otrora fuertes y de ojos vivaces,*
*al ver su barco a punto de hundirse, no pudieron admitir*
*la ruina y la necesidad de huir,*
*y en vez de ello siguieron a bordo de su amado pecio*
*hasta hundirse en las tinieblas; mas no para ahogarse en ellas,*
*sino para continuar eternamente cuidando de sus velas,*
*yendo de un abismo a otro entre simas de negrura,*
*buscando sin esperanza cómo llegar a la costa;*
*y que ahora, en su lento y desesperado viaje,*
*han acabado perdiendo todo deseo de luz,*
*de aire o de compañía que aún aliente… A partir de ahora*
*buscarán los abismos más hondos,*
*los que más lejos se encuentren del sol*
*que han olvidado en la noche…*

*De Las doce horas de la noche,*
*por WILLIAM ASHBLESS*

# Prólogo

**2 de febrero de 1802**

*Aunque muchas cosas son arrebatadas por el tiempo, otras muchas permanecen; y aunque no tengamos ahora la fuerza que en los viejos días fue capaz de conmover la tierra y el cielo, seguimos siendo quienes somos…*

*ALFRED, LORD TENNYSON*

Entre dos árboles, en lo alto de la colina, un hombre muy anciano observaba, con un anhelo nostálgico del que no se habría creído capaz, al grupo de veraneantes que recogía sus cestas y montaba luego en sus caballos para alejarse hacia el sur. Iban con cierta prisa, pues había casi diez kilómetros hasta Londres, y la roja esfera del sol silueteaba ya las ramas de los árboles a lo largo del río Brent, unos cuatro kilómetros hacia el oeste.

Cuando hubieron desaparecido, el anciano se volvió hacia el sol para contemplar su lento descenso.

«La Barca de los Millones de Años, pensó. La barca del dios solar que agoniza, Ra, recorriendo el cielo por el occidente hacia la fuente de ese oscuro río, que corre bajo el mundo subterráneo del oeste al este, a través de las doce horas de la noche, por cuyo extremo más oriental acabar reapareciendo mañana, llevando en su interior una vez más a un sol joven y nuevamente inflamado.

»O bien —pensó amargamente— separado de nosotros por una distancia tal que ni siquiera el universo sería capaz de comprenderla; tan sólo un enorme globo de gas ardiente inmóvil alrededor del cual rueda este diminuto planeta esférico como la pelota de excremento y polvo que va empujando ante sí el escarabajo kefera. Escoge lo que más desees —se dijo, mientras empezaba a bajar por la colina—, pero debes estar preparado a morir por tu elección.»

Tenía que andar muy cuidadosamente, pues sus sandalias japonesas no resultaban muy seguras entre la hierba y el polvo.

En las tiendas y carromatos ya había fuegos encendidos, y la fría brisa del atardecer llevaba hasta él un enloquecido remolino de olores: el agudo aroma animal de las mulas, el humo de la madera, el olor del cerdo asado, un manjar que su pueblo apreciaba particularmente. Creyó distinguir también una débil vaharada rancia

procedente de la caja que había llegado esa tarde: un olor fétido y mohoso, como el de unas perversas especias que estuvieran destinadas a provocar más la repugnancia que el apetito, de una incongruencia casi flagrante al flotar en las limpias brisas de Hampstead Heath. Al acercarse a las tiendas fue recibido por dos de los perros del campamento y, como siempre, éstos se apartaron al reconocerle: uno se dirigió a la tienda más cercana y el otro, con evidente reluctancia, escoltó los pasos de Amenofis Fikee hasta el centro del campamento.

Respondiendo a los ladridos del perro un hombre cubierto con un abrigo de pana multicolor salió de la tienda y cruzó la hierba hacia donde estaba Fikee. Al igual que los perros, se detuvo a buena distancia del anciano.

—Buenas noches, *rya* —dijo—. ¿Deseas comer algo? Tienen un *hotchevitchi* al fuego y su olor es muy *kushto*.

—Tan *kushto* como huele siempre el *hotzhewitchi*, supongo —murmuró Fikee distraídamente—. Pero no, gracias, podéis comer vosotros.

—Yo no, *rya*…, a mi Bessie siempre le gustó cocinar el *hotcheuzitchi* pero desde que se hizo polvo ya no lo como.

Fikee asintió, aunque era evidente que no le había estado escuchando.

—Muy bien, Richard. —Se quedó callado durante unos segundos como si estuviera esperando alguna interrupción, que no se produjo—. Cuando el sol haya bajado hasta el fondo haz que algunos de los *chals* lleven la caja hasta la orilla, donde está la tienda del doctor Romany.

El gitano se rascó su grasiento bigote y se removió inquieto.

—¿La caja que el marinero chal trajo hoy?

—¿De qué caja crees que hablaba Richard? Sí, ésa.

—A los *chals* no les gusta, *rya*. Dicen que en ella hay algo *mullo dusta beshes*, algo que lleva muchos años muerto.

Amenofis Fikee frunció el ceño y se arropó más estrechamente en su capa. Había dejado atrás los últimos rayos del sol cuando estaba en lo alto de la colina y ahora, entre las sombras, su rostro curtido por el tiempo no parecía estar más vivo que una piedra o el tronco de un árbol.

—Bueno, es cierto, lo que contiene ha estado *dusta beshes*… desde hace muchos, muchos años —acabó diciendo. Luego dedicó al supersticioso gitano una sonrisa, parecida a una avalancha bajo la cual asoma la vieja piedra blanca escondida por el polvo y la hierba superficiales—. Pero no está *mullo*… al menos, eso espero. No completamente *mullo*.

Sus palabras no lograron tranquilizar demasiado al gitano; abrió la boca para emitir otra respetuosa objeción pero Fikee ya le había dado la espalda y se alejaba a través del claro hacia la orilla del río, con su capa aleteando al viento detrás de él, como los élitros de un insecto gigantesco.

El gitano suspiró y se alejó cojeando hacia una de las tiendas, practicando a conciencia la manera de andar lisiado, que esperaba le dispensaría de verse obligado a participar en el traslado de la horrible caja.

Fikee avanzó lentamente por la orilla ya en penumbra hacia la tienda del doctor Romany. Salvo por el ronco suspiro ocasional de la brisa el anochecer era extrañamente silencioso. Los gitanos parecían haberse dado cuenta de que esa noche algo ominoso se ocultaba en el viento y andaban de un lugar a otro tan silenciosamente como sus perros; incluso los lagartos habían dejado de saltar y chapotear entre los cañizos de la orilla.

La tienda se alzaba en un claro y era el foco de una colección tal de cables, colgados de los árboles cercanos, que habrían podido servir a un barco de buen tamaño como aparejos. Las cuerdas, sostenidas por una docena de grandes palos, ayudaban a sostener el amasijo desordenado y variopinto que era la tienda de Romany. Fikee pensó que se parecía a una monja gigantesca que llevara un hábito especial para climas muy fríos, agazapada junto al río y entregada a oscuras tareas devotas.

Se agachó bajo las cuerdas y se abrió paso hasta la entrada, alzó la cortina que la protegía y entró en la estancia principal de la tienda, pestañeando ante el súbito resplandor de la docena de lámparas al reflejarse en las telas multicolores que formaban el techo, el suelo y las paredes.

El doctor Romany se puso en pie y Fikee sintió una desesperada oleada de envidia. «¿Por qué —se preguntó malignamente Fikee— había sido Romanelli quien sacó la paja más corta aquel septiembre pasado en El Cairo?» Fikee se quitó la capa y el sombrero y los arrojó a un rincón. Su calva relució bajo la luz de las lámparas, como una cúpula de marfil mal pulimentado.

Romany atravesó la estancia, balanceándose grotescamente sobre sus zapatos de suelas elásticas, y le cogió calurosamente la mano.

—Lo que esta noche nosotros… lo que tú vas a intentar esta noche es algo muy grande —dijo con voz grave y algo apagada—. Ojalá pudiera estar aquí en persona en ese instante.

Fikee se encogió de hombros con cierta impaciencia.

—Los dos somos meros sirvientes. Yo estoy destinado en Inglaterra y tú en Turquía. Comprendo perfectamente las razones de que esta noche sólo puedas estar presente —agitó vagamente la mano, en tanto que réplica.

—No es necesario decirlo, claro —dijo Romany y su voz se hizo todavía más grave, como si intentara arrancarle un eco a las omnipresentes telas multicolores que les rodeaban—, pero si esta noche murieras, puedes tener la seguridad de que serás embalsamado y enterrado con todas las ceremonias y oraciones adecuadas.

—Si fracaso —le respondió Fikee—, entonces no habrá nadie a quien rezar.

—No he hablado de fracaso. Es posible que triunfes en lo tocante a la apertura de las entradas, pero puedes morir durante ese proceso —le indicó Romany impasible—. En tal caso, desearás que se tomen las medidas oportunas.

—Muy bien —dijo Fikee agitando cansinamente la cabeza—, de acuerdo.

Se oyó un ruido de pisadas ante la tienda y luego una voz llena de ansiedad.

—¿Rya? ¿Dónde debemos dejar la caja? ¡Aprisa, pues creo que los espíritus están saliendo del río para ver su contenido!

—No es del todo improbable, ni mucho menos —musitó el doctor Romany.

Mientras, Fikee daba instrucciones a los gitanos para que transportaran el objeto al interior de la tienda y lo dejaran en el suelo. Los gitanos se apresuraron a obedecerle y salieron tan rápido como lo permitían el respeto y la cortesía.

Los dos ancianos se quedaron en silencio durante un rato, contemplando la caja. Finalmente Fikee se removió inquieto y dijo:

—Les he dado instrucciones a mis gitanos para que durante mi ausencia, te consideren como su jefe.

Romany asintió y se inclinó sobre la caja, empezando a quitar las tablas de la parte superior. Tras echar a un lado varios pedazos de papel protector, extrajo cuidadosamente del interior una pequeña caja de madera atada con un cordel, dejándola sobre la mesa. Luego se acercó de nuevo a la caja y, tras apartar el resto de los tablones, gruñendo a causa del esfuerzo, sacó de ella un paquete envuelto en papel que depositó en el suelo. El paquete era de forma más o menos cuadrada y mediría unos noventa centímetros de lado y unos doce de grosor.

—El Libro —dijo, alzando la mirada en un gesto inútil, pues Amenofis Fikee sabía muy bien de qué se trataba.

—Si al menos hubiera podido hacerlo en El Cairo —susurró.

—Tiene que ser en el corazón del Reino Unido… —le recordó el doctor Romany —. ¿O acaso imaginas que él puede viajar?

Fikee meneó la cabeza y, poniéndose en cuclillas junto a la mesa, cogió del suelo un globo de cristal, que tenía en uno de sus costados una parte móvil. Lo puso en la mesa y empezó a deshacer los nudos de la cajita de madera. Mientras, Romany había quitado el papel que cubría el paquete, dejando al descubierto una caja de madera negra con incrustaciones de marfil, que formaban centenares de jeroglíficos del Viejo Egipto. La caja tenía un cierre de cuero tan viejo y frágil que se hizo polvo cuando Romany intentó abrirlo. En su interior había otra caja de plata algo ennegrecida, recubierta de jeroglíficos muy parecidos; una vez hubo levantado la tapa de la caja apareció otra de oro finamente labrado, que resplandecía a la luz de las lámparas.

Fikee había abierto por fin la caja de madera y de ella extrajo un frasquito cerrado con un corcho que había estado reposando en su interior, protegido por algodones. El frasquito contenía unos treinta gramos de un espeso fluido negro, que parecía

levemente sedimentado.

El doctor Romany aspiró una honda bocanada de aire y alzó la tapa de la caja dorada.

Al principio, el doctor Romany pensó que todas las lámparas se habían apagado al mismo tiempo, pero al mirarlas vio que sus llamas seguían ardiendo igual que antes. Pero casi toda su luz se había esfumado, como si ahora estuviera contemplando la habitación a través de un grueso vidrio ahumado. Se arropó en su capa al notar que la temperatura de la habitación también había bajado.

Por primera vez durante esa noche tuvo miedo. Se obligó, con un duro esfuerzo, a mirar el libro que había dentro de la caja, el libro que había absorbido todo el calor y la luz de la estancia. En la vieja superficie del papiro ardían los retorcidos jeroglíficos, pero no ardían despidiendo luz sino una intensa negrura, que parecía estar a punto de aspirar su alma a través de los ojos. Y el significado de las figuras parecía estallar en su mente, tal y como le habría ocurrido incluso a quien no fuera capaz de leer la antiquísima escritura egipcia, pues habían sido trazadas por el dios Toth, cuando el mundo era joven, el padre y el espíritu de todos los lenguajes. Con temor, apartó los ojos del libro, pues podía sentir ya cómo las palabras marcaban con fuego su alma, igual que en un bautismo horrible.

—La sangre —graznó, sintiendo que incluso la capacidad del aire para transmitir los sonidos había disminuido—. La sangre de nuestro Amo… —repitió, dirigiéndose a la borrosa silueta de Amenofis Fikee—. Ponla dentro de la esfera.

Apenas si pudo ver cómo el pulgar de Fikee descorría el cierre del globo y sostenía el frasquito delante de la abertura antes de quitarle el corcho; el negro fluido se derramó en el interior, ascendiendo de nivel hasta manchar con su oscuridad la parte superior de la esfera. Romany se dio cuenta de que la luna debía de estar asomando en el cielo en aquel momento. Una gota del fluido salpicó la mano de Fikee y debió de quemarle, pues un áspero siseo escapó de entre sus labios.

—Ahora… debes hacerlo todo tú solo —logró decir el doctor Romany, y salió andando a tientas de la habitación.

Llegó al claro sin saber muy bien cómo lo había hecho y el aire de la noche le pareció cálido en comparación. Se dirigió hacia la orilla, balanceándose sobre sus extraños zapatos, y acabó acurrucándose, jadeando y tembloroso, en una leve inclinación del terreno un poco más arriba de la corriente, mientras miraba hacia la tienda.

A medida que su respiración y su pulso se iban calmando pensó en aquella fugaz visión del Libro de Toth de hacia unos instantes y se estremeció. Si hacía falta alguna prueba para demostrar cómo se había ido invirtiendo la hechicería durante los últimos dieciocho siglos, ese libro prehistórico bastaba y sobraba; ya que, aunque Romany

jamás lo había visto antes, sabía que cuando el príncipe Setnau Kha-em-Uast, hacia miles de años, había bajado a la tumba de Ptah-neferka en Memfis para recuperarlo, se había encontrado la cámara funeraria brillantemente iluminada por la luz que ese libro irradiaba.

Y pensó que incluso en aquel entonces, por desgracia, el tremendo esfuerzo que suponía el hechizo de esta noche habría resultado prohibitivamente peligroso, aunque entonces la brujería no se había vuelto tan difícil y exorbitantemente costosa para quien la practicaba y, pese al más rígido control, imprevisible y maliciosa en sus efectos finales. Incluso en aquellos días sólo los sacerdotes más osados y competentes se habrían atrevido a utilizar el *hekau*, las palabras dotadas de poder que Fikee iba a pronunciar esta noche, las palabras que eran a la vez una invitación a la posesión y una invocación dirigidas al mismísimo Anubis, el dios con cabeza de perro (o a lo que aún quedara de él), la deidad que en los tiempos en que Egipto era poderoso, presidía el reino subterráneo y las puertas que van de este mundo al otro.

El doctor Romany dejó que su mirada se apartara de la tienda y vagara hacia el otro lado del río, hacia los brezales que se extendían hasta otra colina coronada de árboles, que parecían demasiado pequeños para el trozo de tierra que adornaban, agitando sus flacos ramajes en la brisa. Pensó que el paisaje era típico del norte, y que ese viento ácido quemaba como la ginebra y que era tan agudo y limpio como las moras del bosque, cuyo olor transportaba.

De pronto, como reaccionando ante todo lo extraño del lugar, pensó en el viaje que él y Fikee habían realizado hasta El Cairo cuatro meses antes, llamados por su Amo para prestar ayuda durante la nueva crisis.

Aunque una rara enfermedad le impedía abandonar su mansión, el Amo llevaba ya mucho tiempo utilizando un ejército secreto de agentes, y había invertido una fortuna tan vasta como imposible de rastrear, en su esfuerzo por liberar a Egipto de toda la contaminación cristiana y árabe que había sufrido y, lo que era todavía más difícil, para derribar al gobierno turco del Pachá y sus mercenarios extranjeros, restaurando al país como una potencia mundial independiente. La Batalla de las Pirámides, cuatro años antes, le había proporcionado su primera y auténtica oportunidad, aunque en ese momento había parecido más bien su última y definitiva derrota…, pues había permitido la entrada de los franceses en Egipto. Romany entrecerró los ojos, recordando el chasquido agudo de los mosquetes franceses despertando ecos en el Nilo aquella cálida tarde de julio, subrayado por el lento tronar de la caballería de los mamelucos lanzada a la carga… Al anochecer los ejércitos de los gobernadores egipcios, Ibrahim y Murad Bey, habían sido destruidos y los franceses, al mando de su joven general Napoleón, eran los amos del país.

Un aullido salvaje hizo levantar de un salto al doctor Romany: el sonido fue rebotando durante varios segundos entre los árboles que ceñían el río y cuando acabó

muriendo, por fin, pudo oír a un gitano murmurando con voz asustada una vaga cantinela de oraciones y salmos protectores. En la tienda no se oía nada y Romany dejó escapar el aliento largamente contenido, agazapándose de nuevo junto a la orilla.

«Buena suerte, Amenofis —pensó—. Me gustaría decir «que los dioses te acompañen», pero es justamente lo que estás intentando lograr en estos momentos.» Meneó la cabeza con un ademán inquieto.

Cuando los franceses conquistaron el poder pareció que todas las esperanzas de restaurar el viejo orden habían muerto y su Amo se dedicó, mediante una dura manipulación mágica del viento y las mareas, a prestar sutiles ayudas al almirante inglés, Nelson, hasta que éste logró destruir la flota francesa unas dos semanas después. Pero de repente la ocupación francesa se convirtió en una ventaja para el Amo: los franceses dedicaron todos sus esfuerzos a ganarse el arrogante poder de los beys mamelucos y en 1800 expulsaron a los mercenarios turcos, que habían estado asfixiando al país. Y el general que ocupó el mando en El Cairo cuando Napoleón volvió a Francia, Kleber, no interfirió en lo más mínimo en las intrigas políticas del Amo, ni con sus esfuerzos para atraer de nuevo a las poblaciones musulmanas y coptas a la vieja adoración panteísta de Osiris, Isis, Horus y Ra. Parecía, realmente, como si la ocupación francesa representara para Egipto lo que la vacuna de Jenners significaba para el cuerpo humano: una infección mortífera, que sólo era derrotada por la muerte de su huésped, era sustituida por otra más fácil de manejar, que se podía eliminar pasado un tiempo.

Y entonces, por supuesto, todo empezó a ir mal. Algún lunático de Alepo mató de una puñalada a Kleber en una calle de El Cairo, y durante los meses de confusión que siguieron a dicho crimen los británicos supieron aprovechar la ocasión ofrecida por el vacío de poder: en septiembre de 1801 el inepto sucesor de Kleber capitulaba ante ellos en El Cairo y en Alejandría. Los británicos controlaban nuevamente la situación y en una sola semana arrestaron a una docena de agentes del Amo. El nuevo gobernador inglés incluso encontró una buena razón para clausurar los templos dedicados a los viejos dioses, que el Amo había erigido fuera de la ciudad.

Desesperado, el Amo hizo acudir a dos de sus hombres más poderosos y experimentados, Amenofis Fikee de Inglaterra y el doctor Monboddo Romanelli de Turquía, y les reveló un plan que, pese a ser tan fantástico que podía hacer pensar en la senilidad del anciano, era, según insistió una y otra vez, el único que podía derrotar al poder inglés borrándolo del mapa mundial, y restaurar con ello el poder que Egipto había perdido hacia ya eones.

La reunión tuvo lugar en la enorme estancia en la que vivía, sin otra compañía que la de sus *ushabtis*, cuatro efigies humanas de tamaño natural hechas de cera. Desde su peculiar posición en las alturas de la estancia, les había dicho que la cristiandad, el áspero sol que había secado los jugos vitales de la hechicería hasta

reducirla a un cascarón reseco, se encontraba en esos momentos velado por las nubes de la duda, surgida de los escritos de hombres como Voltaire, Diderot y Godwin.

Romanelli, tan impaciente ante las interminables metáforas del viejo hechicero como ante casi todas las cosas de la vida, le interrumpió con cierta brusquedad para preguntarle cómo podía servir todo aquello para arrojar a los ingleses de Egipto.

—Hay un procedimiento mágico… —empezó a decir el Amo.

—¡Mágico! —le interrumpió de nuevo Romanelli, con todo el sarcasmo de que fue capaz—. En los últimos tiempos sufrimos terribles dolores de cabeza y se nos nubla la vista, por no hablar del enflaquecimiento, sólo con que intentemos encantar a los perros de la calle para que se aparten de nuestro camino, e incluso en el pasado había muchas posibilidades de que en vez de apartarse cayeran muertos de golpe. Es más sencillo gritar y arrojarles un palo. Estoy seguro de que aún no habrá olvidado sus sufrimientos después de haber jugado con el clima en la bahía de Abukir hace tres años. Los ojos se le resecaron como dátiles olvidados al sol… y sus piernas!

—No lo he olvidado, es cierto —replicó con frialdad el Amo, clavando sus ojos parcialmente revividos en Romanelli; éste se estremeció involuntariamente, como siempre, ante el odio casi irracional que ardía en ellos—. A decir verdad, aunque yo me encuentre presente en espíritu, el hechizo debe ser realizado por uno de vosotros, pues debe celebrarse en un lugar muy cercano al corazón del Imperio Británico: el lugar ideal sería la ciudad de Londres y mi estado físico me impide viajar. Aunque os daré los mejores amuletos protectores que aún obran en mi poder, el poner en acción dicho ensalmo puede acabar con la resistencia de un hechicero, tal y como has sugerido. Escoged dos pajas del tapiz que hay sobre la mesa y quien saque la más corta se encargará de llevarlo a cabo.

Fikee y Romanelli contemplaron las dos pajas medio ocultas por el tapiz y luego se miraron entre si.

—¿Cuál es el hechizo? —preguntó Fikee.

—Sabéis que nuestros dioses han desaparecido. Ahora residen en el Tuaut, el mundo subterráneo cuyas puertas llevan dieciocho siglos cerradas por una fuerza que no entiendo pero que estoy seguro guarda relación con la cristiandad. Anubis es el dios de ese mundo y de sus puertas, pero ya no tiene forma alguna con la que aparecer aquí. —Se removió levemente en su diván y por unos instantes cerró los ojos, presa del dolor—. Hay un hechizo —graznó finalmente—, en el Libro de Toth para invocar la presencia de Anubis, para que tome posesión del hechicero que lo use. Eso permitir al dios adquirir una forma física… la de uno de vosotros dos. Y al pronunciar el hechizo se debe estar escribiendo otro al mismo tiempo, un hechizo que yo mismo he compuesto, y que ha sido calculado para abrir nuevas puertas entre los dos mundos…, puertas que no sólo penetrarán el muro de la muerte sino también el del tiempo, pues si el hechizo triunfa abrir la entrada al Tuaut de hace cuarenta y tres

siglos, cuando los dioses, y yo mismo, nos encontrábamos en nuestro máximo momento de poder.

Hubo un prolongado silencio durante el cual el Amo se removió nuevamente en su diván.

—¿Y qué sucederá entonces? —preguntó por fin Fikee.

—Entonces —dijo el Amo en un susurro que resonó por toda la estancia circular —, los dioses de Egipto irrumpirán en la Inglaterra moderna. ¡Osiris vivirá y Ra, el del cielo matinal, hará ruinas las iglesias cristinas, Horus y Khonsu acabarán con todas las guerras que se libran en estos instantes mediante la sola trascendencia de su poder y los monstruos Set y Sebek devorarán a quienes osen resistirse! Egipto se ver nuevamente restaurado en la supremacía y el mundo se renovar y quedar una vez más limpio.

«¿Y qué papel podremos jugar nosotros o tú en ese mundo nuevo y limpio?»—, pensó Romanelli con amargura.

—Pero… —dijo Fikee con cierta vacilación—. ¿Sigue siendo posible todo eso? Después de todo, el mundo ya fue de ese modo en el pasado y es imposible convertir en joven a un anciano, al igual que es imposible convertir el vino en las uvas con cuyo jugo ha sido hecho. —El Amo estaba empezando a irritarse pero Fikee siguió hablando, ahora con cierta desesperación en la voz—. ¿No resultaría totalmente imposible adaptarse a las nuevas costumbres y a los nuevos dioses? ¿Y si nos estuviéramos aferrando a un barco que se hunde?

El Amo sufría ahora un paroxismo de rabia y de sus labios convulsos brotaban torrentes de baba que le impedían hablar, por lo que uno de los *ushabti* de cera se agitó levemente abriendo y cerrando sus mandíbulas.

—¿Adaptarse? —gritó la voz del Amo desde la garganta de cera—. ¿Quieres acaso ser bautizado? ¿Sabes qué te ocurriría si pasaras por el bautismo de los cristianos? Tu mismo ser sería negado, desaparecerías… ¡Serias como el caracol al que se le cubre de sal o la polilla que arde en el fuego! —El furor del Amo estaba haciendo que los labios de cera empezaran a resquebrajarse—. ¿Un barco que se hunde? Sucio y apestoso piojo lleno de miedo, que te arrastras sobre el cuerpo de una ramera enferma! Se está hundiendo, se ha hundido! Le acompañaremos en su viaje y prefiero hallarme a bordo de esa nave hundida que no en el puente de mando del nuevo barco! Yo… *ajj… ajj… kha…*

La lengua y los labios de la estatua de cera se hicieron pedazos y fueron expulsados a lo lejos por el aliento que aún brotaba de sus fauces.

Durante unos cuantos segundos el Amo y los *ushabti* balbucearon al unísono, pero finalmente el Amo logró dominarse y las estatuas se callaron.

—¿Quieres que te releve de tus obligaciones, Amenofis? —le preguntó el Amo.

Romanelli recordó, con una desagradable lucidez, cómo una vez había

presenciado lo ocurrido con uno de los más viejos servidores del Amo al quedar bruscamente liberado de sus lazos mágicos: en apenas unos minutos se había resecado, cubriéndose de grietas, hasta desmoronarse finalmente convertido en polvo. Pero eso no era lo peor, no solamente la muerte y la disolución, sino el recuerdo de que aquel hombre no había perdido el conocimiento durante un solo instante del proceso… Y su agonía pareció ser más dolorosa que todos los fuegos del infierno.

El silencio que reinaba en la estancia pareció hacerse eterno, turbado solamente por el leve ruido que hacia la lengua del *ushabti* agitándose en el suelo.

—No —dijo por fin Fikee—, no.

—Entonces sigues siendo uno de los míos y me obedecerás. —El Amo agitó uno de sus flacos y retorcidos brazos—. Escoge una de las palas.

Fikee miró a Romanelli y éste se limitó a hacerle una reverencia y señalar hacia la mesa con un claro «después de ti». Fikee fue hacia la mesa y cogió una de las pajas. Naturalmente, era la más corta.

El Amo les envió a las ruinas de Memfis para que copiaran de una piedra oculta los jeroglíficos que formaban su auténtico nombre, y en ese lugar les aguardaba una gran sorpresa, pues habían visto una vez el nombre del Amo en la piedra, hacía siglos, y los caracteres que había tallados en la roca eran dos símbolos parecidos a una llama que ardía en un plato, seguidos luego por un búho y la cruz lobulada: *Tchatcha-em-Ankh*, decían los signos, Fuerza en la Vida. Pero ahora en la vieja piedra se veían unos caracteres distintos; ahora leyeron tres signos que parecían cúpulas, un pájaro, un búho, un pie, otra vez el pájaro y luego un pez sobre una oruga. *Khaibitu-em-Betu-Tuf*, decían los signos, y su traducción era: Sombras de la Abominación.

Pese al horrible calor del desierto, Fikee sintió que se le helaban las entrañas, pero recordó una cosa que había gemido entre convulsiones mientras se desmoronaba en un puñado de polvo, así que apretó los labios y siguió copiando obedientemente el nombre.

Cuando volvieron a El Cairo, el Amo retrasó el regreso de Romanelli a Turquía el tiempo suficiente para crear un duplicado suyo mediante fluido mágico. La copia animada, o Ka, debía viajar con Fikee a Inglaterra y ayudarle a celebrar la invocación de Anubis, según le dijo; pero los tres sabían perfectamente que su tarea principal sería la de vigilar a Fikee y evitar cualquier tentación de abandono en sus deberes. Dado que los dos vivirían con la tribu gitana de Fikee hasta la llegada del Libro y el frasquito con la sangre del Amo, Fikee le dio al Ka el nombre de doctor Romany, por la palabra que los gitanos usaban al referirse a su lengua y su cultura.

En la tienda resonó otro alarido, más parecido al que producirían tiras de metal raspando entre si que al emitido por cualquier garganta de carne y hueso. El alarido fue haciéndose más agudo y potente, tensando el aire con su increíble violencia, y por

un instante, durante el cual Romany se dio cuenta vagamente de que el río se había helado, convirtiéndose en una superficie de cristal ondulado, una vibración chirriante y al parecer inextinguible dominó la noche. Entonces algo pareció romperse, tan silenciosa y palpablemente como si en el cielo hubiera reventado una inmensa burbuja, y el aullido se extinguió de repente, desmoronándose en un llanto desesperado. Romany notó cómo el aire recobraba su presión normal y, como si de pronto las moléculas de la tela negra hubieran perdido su cohesión habitual, la tienda estalló en una brillante llamarada de color amarillo.

Romany corrió hacia la orilla, guiado por la luz del fuego, y quemándose los dedos logró apartar de un manotazo la tela ardiente de la entrada y se plantó de un salto en medio de la humareda. Fikee sollozaba acurrucado en un rincón. Romany cerró de golpe el Libro de Toth y lo metió en la caja dorada; luego la cogió y salió tambaleándose de la tienda.

Cuando ya se había alejado del intenso calor del fuego oyó una especie de ladrido o gimoteo a su espalda y se volvió. Fikee había logrado salir a rastras de la tienda y ahora estaba rodando en el suelo para apagar sus ropas encendidas.

—¡Amenofis! —gritó Romany, dominando con su voz el rugir del incendio.

Fikee se puso en pie y miró a Romany con ojos que no parecían reconocerle. Luego echó la cabeza hacia atrás y aulló largamente, como un chacal, mirando a la luna.

Sin perder un instante, Romany metió las manos en la capa y sacó dos pistolas. Apuntó con una de ellas y disparó. Fikee dio una voltereta en el aire y aterrizó un par de metros más allá de donde se había levantado. Pero un instante después ya se había vuelto a incorporar y se alejaba hacia la oscuridad, a veces corriendo como un hombre, a veces agazapado sobre manos y pies.

Romany apuntó tan bien como pudo con la otra pistola y disparó, pero la silueta que se alejaba no pareció inmutarse y unos instantes después la perdió de vista.

—Maldición —murmuró Romany—. Espero que te mueras bien lejos de aquí, Amenofis. Al menos, nos debes eso…

Miró hacia el cielo y no vio señal alguna de que los dioses estuvieran llegando; estuvo contemplando el oeste durante el tiempo suficiente para asegurarse de que el sol no asomaba nuevamente por él. Luego meneó la cabeza, sintiendo un profundo cansancio.

«Al igual que casi toda la magia moderna —pensó con amargura—, aunque probablemente ha tenido algún efecto, no sirvió para conseguir lo deseado.»

Guardó nuevamente las pistolas bajo la capa, recogió el Libro y se alejó lentamente hacia el campamento de los gitanos. Hasta los perros se habían escondido y en el camino hacia la tienda de Fikee no encontró a nadie. Una vez dentro de ella dejó la caja dorada sobre una mesa, prendió una lamparilla y luego estuvo trabajando

durante casi toda la noche, armado de un péndulo, una plomada, un telescopio y un diapasón, llenando resmas enteras de papel con abstrusos cálculos de geometría y alquimia, intentando decidir hasta qué punto había tenido éxito el hechizo, si es que lo había tenido.

# Libro I

## El rostro bajo la piel

# 1

*En esta corriente siempre en movimiento y dentro de la cual no hay punto alguno de referencia, ¿qué les sucede a las cosas fugaces a las cuales en tan alto aprecio tiene el hombre? Quien eso haga es como si decidiera enamorarse de un gorrión que pasa volando sobre él para perderse de vista en un segundo.*

*MARCO AURELIO*

Cuando el conductor pegó el BMW a la valla con un frenazo rápido pero suave y apagó las luces, Brendan Doyle se inclinó un poco hacia adelante en el asiento trasero y contempló el terreno que había delante. Estaba cegadoramente iluminado y no muy lejos podía oírse ruido de maquinaria pesada en funcionamiento.

—¿Por qué nos detenemos aquí? —preguntó sin mucho convencimiento.

El conductor bajó ágilmente del coche y le abrió la puerta de atrás. El aire nocturno era más bien frío.

—Porque aquí se encuentra el señor Darrow —le explicó—. Deme, yo llevaré eso —añadió, cogiendo la maleta de Doyle.

Durante los diez minutos de trayecto desde el aeropuerto de Heathrow, Doyle no había pronunciado ni una palabra, pero en ese instante el nerviosismo venció a su decisión de no confesar todo lo que ignoraba respecto a su situación actual.

—Yo…, bueno, yo había creído entender por mi contacto inicial con esos dos hombres en Fullerton…, es decir, en California…, tenía entendido que este trabajo está relacionado con Samuel Taylor Coleridge —explicaba con no mucha seguridad mientras los dos avanzaban hacia la puerta que se abría en el centro de la valla metálica—. ¿Sabe… sabe exactamente de qué se trata?

—Estoy seguro de que el señor Darrow se lo explicará todo —dijo el conductor, que parecía mucho más tranquilo una vez terminado su papel en el asunto—. Creo que guarda cierta relación con una conferencia.

Doyle se paró de golpe.

—¿Una conferencia? ¿Me ha hecho recorrer más de siete mil kilómetros, me ha hecho venir a toda prisa hasta Londres —y, añadió mentalmente, me ha ofrecido veinte mil dólares—… sólo para dar una conferencia?

—Señor Doyle, realmente lo ignoro. Ya le he dicho que él se lo explicará…

—¿Sabe si tiene algo que ver con el trabajo que le ofreció recientemente a Steerforth Benner? —insistió Doyle.

—No sé nada del señor Benner —replicó con voz animada el conductor—.

Venga, señor, ya sabe que no tenemos precisamente mucho tiempo.

Doyle suspiró y siguió andando; no le tranquilizó demasiado ver el alambre de espino que coronaba la valla. Al examinarlo con más atención vio que entre el alambre asomaban de vez en cuando pedacitos de papel en los que había algo garabateado y tallos de lo que quizá fuera muérdago. Empezaba a creer que los rumores sobre las Empresas de Investigación Interdisciplinaria Darrow eran ciertos después de todo.

—Probablemente debería haberlo mencionado antes —le dijo medio en broma al conductor—, pero no sé cómo funcionan los tableros ouija.

El hombre dejó la maleta en el suelo y apretó un botón que había junto a la puerta.

—No creo que sea necesario, señor —replicó.

Al otro lado de la valla apareció un hombre de uniforme, que se dirigió hacia ellos con paso rápido y decidido.

«Bueno —pensó Doyle—, ya estás metido en el asunto. Al menos puedes quedarte con el cheque de cinco mil dólares, incluso si rechazas su oferta…, sea la que sea.»

Cuando la azafata le despertó una hora antes para avisarle de que se abrochara el cinturón, Doyle se lo había agradecido porque estaba soñando de nuevo con la muerte de Rebecca. Durante la primera parte del sueño él siempre era un extraño que sabía lo que iba a ocurrir, intentaba desesperadamente encontrar a Brendan y Rebecca Doyle antes de que se fueran en la moto o, al menos, antes de que Doyle enfilara la vieja Honda por la rampa que llevaba de la avenida Beach a la autopista de Santa Ana y siempre fracasaba, siempre doblaba con un chirrido de neumáticos la última esquina con el tiempo justo para ver, atormentado, como la vieja moto aceleraba, se inclinaba en la curva y desaparecía. Normalmente lograba despertar con un esfuerzo en ese momento, pero había tomado varias copas de whisky anteriormente y esta vez quizá no hubiera podido conseguirlo.

Se irguió en su asiento y pestañeó contemplando la amplia cabina del aparato y los ocupantes de los demás asientos. Las luces estaban encendidas y por la ventanilla sólo se distinguía una negrura con algún que otro destello luminoso: ya era otra vez de noche aunque recordaba haber visto el amanecer sobre unas llanuras heladas hacia sólo unas cuantas horas. Viajar en un reactor confundía a Doyle lo suficiente como para verse obligado, además, a lidiar con los saltos polares, que no te permitían saber con seguridad ni en qué día estabas. En su último viaje a Inglaterra había hecho escala en Nueva York pero, naturalmente, Darrow tenía demasiada prisa para ello.

Se estiró todo lo que pudo en su asiento y un libro y algunos papeles resbalaron de la bandeja plegable que había ante él y cayeron al suelo. Una señora que estaba

sentada al otro lado del pasillo dio un leve respingo, sobresaltada, y Doyle le dirigió una incómoda sonrisa de disculpa mientras se inclinaba a recogerlos. Mientras los clasificaba, se dio cuenta de la cantidad de interrogantes que había garabateado en ellos y se preguntó con cierto desánimo si incluso en Inglaterra (pues estaba francamente decidido a sacar provecho de ese viaje gratis y proseguir con sus propias investigaciones) sería capaz de encontrar algún dato nuevo sobre el poeta cuya biografía definitiva llevaba ya casi dos años intentando escribir.

«Coleridge era fácil —pensó mientras guardaba los papeles en la cartera que sostenía entre los pies— pero William Ashbless es un condenado enigma.»

El libro que se le había caído al suelo era la *Vida de William Ashbless*, de Bailey. Al caer se había abierto y algunas de las páginas oscurecidas por el tiempo se habían roto. Las fue alisando cuidadosamente y luego cerró el libro con delicadeza, limpiándose el polvo de los dedos y contemplando el volumen que de tan poco le había servido.

Con cierto desconsuelo, pensó que calificar la vida de Ashbless como escasamente documentada era sólo un pálido reflejo de la verdad. William Hazlitt había escrito en 1825 un breve ensayo sobre su obra y, de pasada, daba ciertos detalles sobre el autor y el amigo más intimo de Ashbless, James Bailey, a quien se debía la cautelosa biografía que, a falta de otra cosa mejor, solía utilizarse normalmente. Doyle había logrado añadir a eso unas cuantas cartas y diarios interesantes, así como ciertos informes policiales, pero en la vida pública del poeta quedaban todavía muchos huecos.

Por ejemplo, ¿en qué ciudad de Virginia vivió Ashbless desde su nacimiento hasta 1810? En una ocasión, Ashbless dijo que era Richmond y en otra, Norfolk, pero de momento en ninguna de las dos se habían encontrado registros de su nacimiento. Doyle tenía la hipótesis de que el siempre inquieto poeta había cambiado de nombre al llegar a Londres, y había logrado encontrar los nombres de varios naturales de Virginia que desaparecieron en el verano de 1810 a la edad de veinticinco años. La época que había pasado Ashbless en Londres resultaba bastante fácil de seguir, aunque la biografía de Bailey, siendo más que nada la versión del propio Ashbless en cuanto a su vida, resultaba de valor algo dudoso y su breve viaje a El Cairo en 1811, aunque inexplicable, era al menos conocido.

«Lo que falta —pensó Doyle—, son todos los detalles.»

Algunas de esas áreas de las que no se conocían detalles atormentaban su curiosidad. Estaba, por ejemplo, su posible relación con lo que Sheridan había bautizado para siempre como la Locura del Mono Danzarín: el sorprendente número de criaturas cubiertas de pelo (seis, según los informes más dignos de confianza, según los más desatados, trescientas) que aparecieron en Londres y sus alrededores de 1800 a 1810. Era evidente que se trataba de seres humanos, y la conmoción

causada por sus enloquecidas contorsiones palideció ante su rápida muerte en un violento paroxismo de dolor. Madame de Stael había escrito que en una ocasión, Ashbless, borracho, le había dicho que él sabía mucho más de lo que osaba decir sobre esa plaga peculiar, y era prácticamente seguro que había matado a una de esas criaturas en un café cercano a la calle Treadneedle una semana después de su llegada a Londres… Pero ahí terminaba el rastro, para disgusto de Doyle. Ashbless, al parecer, jamás volvió a emborracharse lo suficiente como para narrarle a Madame de Stael el resto de la historia (ya que de haberlo hecho ella no habría dejado de escribirlo en su diario) y, naturalmente, la biografía de Bailey no hacia ni la menor referencia a todo el asunto.

¿Y cuáles fueron, exactamente, las circunstancias de su muerte? Sólo Dios lo sabe, pensó Doyle, ya que Ashbless había pasado toda su vida ganándose enemigos, pero ¿quién había acabado con él, probablemente el 12 de abril de 1846? Su cuerpo fue hallado en los pantanos en el mes de mayo, descompuesto pero aún identificable, y se pudo determinar también que la causa de su muerte había sido una estocada en el vientre.

«Demonios —pensó Doyle mientras contemplaba con desánimo el libro que sostenía en el regazo—, pero si sabemos más cosas sobre la vida de Shakespeare.»

¡Y Ashbless era contemporáneo de alguien tan concienzudamente estudiado como Lord Byron! De acuerdo, era un poeta menor y su obra, poco abundante y más bien difícil de leer, habría sido absolutamente olvidada de no ser por algunos comentarios insultantes hechos por Hazlitt y Wordsworth, en lugar de reaparecer, como ahora, de vez en cuando en las antologías más concienzudas del periodo, pero, aun así, su vida tendría que haber dejado más señales en la historia.

Al otro lado del pasillo vio centellear las luces de Londres a medida que el gigantesco aparato se inclinaba hacia un costado para iniciar el viraje que le llevaría al aeropuerto, y decidió que la azafata no le traería otra copa cuando faltaba tan poco para tomar tierra. Miró a su alrededor y luego sacó del bolsillo interior de su chaqueta una petaca con todo el disimulo de que fue capaz, desenroscó el tapón y vertió un dedo de Laphroaig en el vaso de plástico con el que le habían servido su última bebida. Luego guardó la petaca y se relajó, deseando que también le fuera posible cortar la punta de uno de los puros Upmann que guardaba en el bolsillo y fumárselo.

Tomó un sorbo del cálido licor y sonrió, el Laphroaig seguía siendo condenadamente bueno aunque ya no fuera la maravilla sin comparación que había sido en los primeros tiempos de su producción. De hecho, pensó, los nuevos puros Upmann de la República Dominicana tampoco eran tan buenos ahora como cuando los liaban a mano en las Islas Canarias.

Y ninguna de las chicas con las que había salido después de Rebecca le habían interesado lo más mínimo.

Abrió de un manotazo el libro y contempló el grabado de la primera página, hecho siguiendo el busto de Thorwaldsen: los ojos hundidos en sus cuencas, el poeta, aparatosamente barbudo, le contemplaba desde la página, con su colosal talla y anchura de hombros sugeridas hábilmente por el arte del escultor. ¿Qué tal eran las cosas en tu tiempo, William? ¿Eran acaso los puros, las mujeres y el licor mejores que ahora?

Por un instante, Doyle imaginó que la mueca levemente burlona de Ashbless iba dirigida justamente a él. Y entonces, en un segundo de vértigo tan potente que casi dejó caer su vaso, teniendo que agarrarse a los brazos del asiento, le pareció que Ashbless estaba realmente mirándole con despectiva diversión desde el otro lado de esa imagen, cruzando un abismo de ciento cincuenta años.

Doyle meneó la cabeza con brusquedad y cerró nuevamente el libro.

«Así se da uno cuenta que está cansado —pensó—, cuando un tipo que lleva un siglo muerto parece estar guiñándote el ojo desde un grabado. Algo que nunca me pasó con el viejo Coleridge.»

Guardó el libro en su maletín, junto con la obra que había traído para que le sirviera de credenciales: era *El invitado nocturno*, una biografía de Samuel Taylor Coleridge escrita por Brendan Doyle. Había tenido la intención de escribir a continuación un amplio estudio sobre los Poetas del Lago, pero las criticas del *Invitado*, así como sus ventas, habían hecho que su editor, Publicaciones Universitarias Devriess, le sugiriera proseguir, tal y como lo había expresado, en un territorio no tan bien explorado. He admirado sumamente —siguió diciendo el editor — sus dos artículos, donde intentaba con cierto éxito sacar algo en claro de los nebulosos versos de William Ashbless. Quizá una biografía de ese poeta tan raro fuera capaz de sorprender a los críticos y a los bibliotecarios de las universidades como algo más arriesgado y valioso.

«Bueno —pensó Doyle mientras cerraba su maletín—, a menos que me dedique a la ficción pura y simple tengo la impresión de que ser un trabajo condenadamente corto.»

El avión estaba empezando a bajar y cuando bostezó sintió un chasquido en los oídos. Mejor que olvidara a William Ashbless por el momento. Sea cual sea la razón por la que Darrow quiera pagar veinte mil dólares, estar relacionada con Samuel Coleridge.

Tomó otro sorbo de licor y deseó fervorosamente que el trabajo no estuviera relacionado con tableros ouija, posos de té o cualquier otro tipo de tontería similar. Una vez había visto un libro de poemas, teóricamente dictados por el fantasma de Shelley a través de una médium, y tenía ciertas sospechas de que el trabajo de Darrow pudiera tratarse de una empresa similar. También sentía curiosidad por saber si veinte mil dólares serian capaces de hacerle abandonar su integridad profesional y

participar en ello. Acabó el contenido de su vaso cuando el avión parecía ya a punto de tomar tierra.

Desde luego, resultaba una coincidencia bastante rara que en los últimos tiempos oyera hablar tanto de Darrow. Hace un mes le habían ofrecido un trabajo como profesor a Steerforth Benner, el mejor estudiante de literatura inglesa que Doyle había tenido en toda su vida. Doyle recordaba que le había sorprendido un poco enterarse a través de Benner de que Darrow seguía con vida. Doyle conocía la compañía, claro está: desde unos comienzos más bien modestos en los años treinta se había convertido bajo la astuta guía de su pintoresco fundador en un pilar de la industria científica norteamericana capaz de rivalizar con la IBM y la Honeywell. Habían tenido un importante papel en el programa espacial y en la explotación submarina, y durante los años sesenta Doyle recordaba que siempre patrocinaba obras de Shakespeare en la televisión sin ningún tipo de pausas comerciales. Pero la compañía había dejado de llamar la atención del público durante los años setenta y Doyle había leído en alguna parte (creía que en el *National Enquirer*) que J. Cochran Darrow había descubierto que tenía cáncer y tras agotar todas las posibilidades científicas de una cura había concentrado todos los recursos de Darrow hacia lo oculto, en la esperanza de hallar un remedio dentro de los más bien dudosos confines de la magia. *Newsweek* se había limitado a recalcar que Darrow estaba despidiendo a la mayor parte de su personal y cerrando sus centros de producción, y Doyle recordaba un artículo de *Forbes* donde se comentaba la súbita pérdida de valor de sus acciones.

Y entonces entraron en contacto con Brenner y le ofrecieron un trabajo muy bien pagado aunque algo nebuloso. Tomando una jarra de cerveza, una noche Benner le explicó a Doyle todas las pruebas que había estado pasando para conseguir el puesto: pruebas para evaluar su capacidad de reacción en condiciones de fatiga y sometido a distracciones continuas, resistencia física y agilidad, comprensión rápida de complejos problemas lógicos… e incluso unas cuantas pruebas que Doyle encontró más bien de mal gusto y desagradables, cuyo propósito aparente era medir hasta qué extremos podía llegar la dureza moral de Benner y su capacidad para hacer cosas no muy confesables. Benner las había superado todas y, aunque luego le dijo a Doyle que le habían aceptado, logró escabullirse, sin perder la buena educación, a la hora de contestar cualquier pregunta sobre en qué consistía exactamente el trabajo.

«Bueno —pensó Doyle mientras oía las ruedas del avión al chirriar débilmente sobre la pista a través del aislamiento de la cabina—, puede que esté a punto de saber todo lo que Benner no quiso contarme.»

El guardia abrió la puerta y tomó la maleta de Doyle de manos del conductor: éste movió la cabeza con un ademán cortés y se encaminó nuevamente hacia el BMW,

que le aguardaba con el motor ronroneando. Doyle aspiró una honda bocanada de aire y atravesó la puerta, esperando mientras el guardia volvía a cerrarla detrás de él.

—Me alegra tenerle con nosotros, señor —recitó el hombre, subiendo la voz para hacerse oír sobre el rugido de los motores Diesel—. Si quiere seguirme, por favor…

El terreno era mucho más amplio de lo que le había parecido desde la calle, y el guardia le guió por un camino que no paraba de zigzaguear a través de un montón de obstáculos. Grandes tractores pintados de amarillo iban y venían de un lado a otro, aplastando piedras grandes como cabezas de hombre bajo sus inmensas ruedas de goma, y armando un jaleo infernal mientras iban levantando grandes montones de cascotes y tierra que luego empujaban hasta hacerlos desaparecer en la oscuridad. Doyle se dio cuenta, por el agudo olor de la tierra y los bordes afilados de las piedras que relucían entre ella, de que los cascotes eran muy recientes. El lugar también estaba lleno de gente que iba de un sitio a otro extendiendo gruesos cables eléctricos, mirando a través de sus teodolitos y gritándose números unos a otros mediante sus transmisores. El circulo de luces brillantes hacia que cada objeto proyectara media docena de sombras.

El guardia media uno ochenta de estatura y andaba a largas zancadas; Doyle, no tan alto, se veía obligado a un trotecillo ocasional para no quedar atrás y no tardó en jadear un poco. «¿Por qué esa maldita prisa?», pensó con cierto enfado; al mismo tiempo se prometió que desde la mañana siguiente empezaría a practicar algunos ejercicios gimnásticos al levantarse.

Un viejo remolque de aluminio más bien maltrecho se encontraba casi en el extremo del perímetro iluminado, conectado a todo el torbellino de actividad mediante cables eléctricos y líneas telefónicas; muy pronto quedó claro que el remolque era su destino. El guardia subió de un salto los tres peldaños que llevaban a la puerta y, tras llamar en ella, alguien en el interior del remolque gritó; «¡Adelante!». El guardia bajó los peldaños con un nuevo salto y le indicó a Doyle que se acercara.

—El señor Darrow hablará con usted dentro del remolque.

Doyle subió los peldaños, abrió la puerta y entró en el remolque. El interior estaba literalmente repleto de libros y mapas, algunos parecían lo bastante viejos como para haber sido sacados de un museo, y algunos otros eran claramente nuevos. Pero estaba claro que todos habían sido utilizados: los mapas estaban cubiertos de indicaciones hechas a lápiz y tenían clavados multitud de alfileres de varios colores; los libros, incluso los más viejos y de apariencia más frágil, aparecían descuidadamente abiertos por cualquier página y subrayados abundantemente con rotulador.

Un hombre de edad avanzada se incorporó junto a uno de los estantes más altos de libros y a pesar suyo Doyle quedó algo impresionado al reconocer al J. Cochran Darrow de un centenar de fotos en revistas y periódicos, publicados a lo largo de los

años. Doyle había estado dispuesto a seguirle la corriente a un hombre muy rico, muy enfermo y seguramente en algún aspecto ya senil, pero tales ideas se evaporaron inmediatamente al enfrentarse al gélido humor que ardía en los penetrantes ojos del anciano.

Aunque tenía el cabello más blanco y algo más escaso que en las últimas fotos vistas por Doyle, y sus mejillas parecían un tanto más hundidas, no tuvo dificultad alguna en creer que se hallaba ante el pionero de un sinfín de campos científicos, que Doyle ni siquiera conocía de nombre y que, surgido de una minúscula fábrica dedicada a surtir de chapa metálica a un pueblecito, había construido un imperio financiero al lado del cual J. Pierpont Morgan parecía meramente un negociante afortunado.

—Espero que sea usted Doyle —le dijo.

Su famosa voz grave no había sufrido el menor deterioro.

—Sí, señor.

—Bien. —Darrow se estiró levemente y bostezó—. Discúlpeme, pero llevo trabajando demasiado tiempo seguido. Siéntese donde pueda. ¿Coñac?

—Perfecto.

Doyle se instaló en el suelo, junto a una pila de libros que le llegaba a la rodilla y sobre la cual, un instante después, Darrow colocó dos vasos de papel y una botella de Hennessy en forma de pera. El anciano tomó asiento cruzando las piernas al otro lado de la pila de libros, y Doyle sintió cierta humillación al darse cuenta de que Darrow no había tenido que esforzarse para evitar un gruñido al agacharse. «Haré muchos ejercicios gimnásticos cada mañana», se prometió.

—Supongo que habrá estado interrogándose sobre la naturaleza de su trabajo —dijo Darrow mientras servía el coñac—, y deseo que se olvide de todas las conclusiones a que haya podido llegar. No tiene nada que ver con ninguna de ellas. Tome. —Le entregó uno de los vasos a Doyle—. Conoce a Coleridge, ¿verdad?

—Si —respondió Doyle con cierta cautela.

—¿Y conoce también su época? ¿Lo que estaba ocurriendo entonces en Londres, en Inglaterra y en el mundo?

—Creo que dentro de unos límites razonables, si.

—Hijo mío, cuando digo conocer no me refiero a si en su casa tiene libros sobre todo ello o si sabría dónde buscarlos en la biblioteca de la Universidad de California. Me refiero a si los tiene dentro de la cabeza, lo cual resulta mucho más fácil de transportar que todo lo anterior. ¿La respuesta sigue siendo si?

Doyle movió la cabeza, asintiendo.

—Hábleme de Mary Wollstonecraft. De la madre, no de la que escribió *Frankenstein*.

—Bueno, fue una de las primeras feministas y escribió un libro llamado…,

déjeme pensar. Sí, creo que era *Vindicación de los derechos de la mujer*, y…

—¿Con quién se casó?

—Con Godwin, el suegro de Shelley. Murió durante el parto…

—¿Es cierto que Coleridge plagió a Schlegel?

Doyle pestañeó.

—Eh… sí. Obviamente, sí. Pero creo que Walter Jackson Bate acierta más echándole la culpa a…

—¿Cuándo empezó con el opio?

—Creo que cuando estaba en Cambridge, a principios de la década de mil setecientos noventa.

—¿Quién era él..? —empezó a decir Darrow, pero fue interrumpido por el zumbido de un teléfono.

El anciano lanzó un juramento, se puso en pie y una vez junto al teléfono cogió el auricular para reanudar lo que obviamente era una discusión ya iniciada sobre partículas y revestimientos de plomo.

Tanto por cortesía como por desinterés en el tema, Doyle empezó a curiosear ostentosamente una pila de libros cercana… y un instante después su medio fingido interés se hizo totalmente genuino. Con los ojos algo desorbitados por el asombro, cogió muy cuidadosamente el libro que estaba encima de la pila.

Lo abrió y su medio incrédula sospecha se vio confirmada: era el *Diario* de Lord Robb; para conseguir sólo una fotocopia del ejemplar, Doyle había pasado un año mendigando vanamente al Museo Británico. Resultaba imposible saber cómo había llegado a conseguirlo Darrow, pero aunque Doyle jamás había visto el libro, si había leído descripciones de él y conocía su aspecto. Lord Robb había sido aficionado a la criminología y su diario era la única fuente accesible sobre algunos de los crímenes más pintorescos (y, en muchos casos, inverosímiles) de 1810 a 1820: entre sus historias de ratas entrenadas para matar, venganzas de ultratumba y hermandades secretas de ladrones y mendigos, contenía la única descripción pormenorizada de la captura y ejecución del semilegendario asesino londinense conocido como Cara-de-Perro Joe, de quien el populacho creía que era un licántropo y poseía la reputación de ser capaz de ocupar el cuerpo de cualquier persona que deseara, pero era incapaz de escapar con ello a la maldición de la licantropía. Doyle había querido encontrar alguna conexión entre esa historia y la Locura del Mono Danzarín, por lo menos para permitirle redactar el tipo de nota a pie de página, entre veraz y especulativa, cuyo propósito principal consiste en demostrar lo bien que el autor del libro ha sabido hacer sus deberes de redacción.

Cuando Darrow colgó el teléfono, Doyle cerró el libro y volvió a ponerlo en lo alto de la pila, haciéndose el firme propósito mental de pedirle luego una copia al anciano.

Darrow volvió a instalarse junto al estante de libros que sostenía el vaso de papel y la botella, reanudando su interrogatorio justo donde lo había dejado. Durante los veinte minutos siguientes sometió a Doyle a un fuego graneado de preguntas, saltando de un tema a otro y casi nunca dándole el tiempo suficiente para extenderse en sus respuestas, aunque de vez en cuando le pedía todos los detalles que conociera sobre un punto en concreto. Las preguntas iban desde las causas y los efectos de la Revolución Francesa hasta la vida amorosa del príncipe regente, pasando por aspectos muy sutiles de la moda y la arquitectura o las diferencias entre los dialectos regionales. Gracias a la buena memoria de Doyle y a sus recientes investigaciones sobre Ashbless, logró responder a casi todas.

Finalmente, Darrow se inclinó con cautela hacia atrás, apoyándose en la pila de libros, y extrajo de su bolsillo un paquete de cigarrillos con filtro.

—Y ahora —dijo, encendiendo uno y aspirando una honda bocanada de humo—, quiero que se invente una respuesta.

—¿Que me invente una respuesta?

—Correcto. Digamos que nos encontramos en una habitación llena de gente y que unos cuantos de los presentes es probable que sepan más sobre literatura que usted, pero le han presentado como el experto local y por lo tanto debe dar al menos la impresión de que lo sabe todo. Y alguien le pregunta… veamos… «Señor Doyle, ¿hasta qué punto Wordsworth estuvo influido por la filosofía de las obras poéticas de… no sé…, Sir Arky Malarky?» ¡Rápido!

Doyle arqueó una ceja.

—Bueno, yo pienso que es un error simplificar de tal modo la obra de Malarky: a medida que se sigue la maduración de su pensamiento van emergiendo distintas filosofías. Sólo sus últimos esfuerzos literarios pudieron atraer en cierto modo a Wordsworth. Y, tal y como han señalado Fletcher y Cunningham en su *Concordium*, no hay pruebas concretas de que Wordsworth llegara a leer realmente a Malarky. Creo que si intentamos determinar las filosofías que afectaron a Wordsworth resultaría más productivo considerar… —Se detuvo y sonrió con cierta cautela a su interrogador—. A partir de ahí podría seguir divagando indefinidamente sobre la influencia que tuvo sobre él todo eso de los Derechos del Hombre y la Revolución Francesa.

Darrow asintió, entrecerrando los ojos a causa del humo de su cigarrillo.

—No está mal —admitió—. Esta tarde tuve aquí a un tipo…, Nostrand de Oxford, el que está editando una nueva antología epistolar de Coleridge… y la sola idea de inventarse una respuesta le pareció insultante.

—Evidentemente, Nostrand posee un mayor sentido de la ética que yo —dijo Doyle con voz algo envarada.

—Evidentemente. ¿Se calificaría a si mismo de cínico?

—No. —Doyle estaba empezando a sentir cierta irritación—. Mire, me ha preguntado si podría apañármelas con una pregunta de ese tipo y es lo que he intentado hacer, pero no tengo la costumbre de proclamar que sé cosas cuando realmente las ignoro. Tanto en mis escritos como en mis clases siempre he estado dispuesto a reconocer que…

Darrow se rió levemente y alzó una mano.

—Tranquilo, hijo, no pretendía insinuar nada. Nostrand es un idiota y esa respuesta inventada me gustó. Lo que intentaba saber es si era usted cínico. Esto es, ¿tiende a rechazar las nuevas ideas cuando se parecen a ideas antiguas que considera unas idioteces?

«Aquí vienen los tableros ouija», pensó Doyle.

—Me parece que no —respondió con lentitud.

—¿Qué pasaría si de pronto alguien afirmara que posee pruebas incontrovertibles de que la astrología funciona, o de que hay un mundo perdido en el interior de la Tierra, o que cualquiera de las cosas que una persona inteligente sabe muy bien que son imposibles… fuera posible? ¿Le escucharía usted?

Doyle frunció el ceño.

—Depende de quién lo afirmara. Con todo, puede que no.

«Oh, bueno… —pensó—, después de todo sigo teniendo los cinco mil y el billete de vuelta.»

Darrow asintió, aparentemente complacido.

—Ha dicho lo que piensa y eso me gusta. Un viejo timador con el que hablé ayer habría estado dispuesto a jurar que la Luna es una de las pelotas que se le perdieron a Dios jugando al golf si yo se lo hubiera dicho. Estaba realmente ansioso de echarle mano a los veinte mil. Bien démosle una oportunidad: no ando sobrado de tiempo y me temo que usted es la mejor autoridad sobre Coleridge que podremos conseguir. —El anciano suspiró, pasándose los dedos por su algo rala cabellera, y luego clavó en Doyle sus austeros ojos—. El tiempo —enunció con voz solemne—, es comparable a un río que fluye bajo una capa de hielo. Nos rodea como si fuéramos algas, desde la raíz a la punta del tallo, desde el nacimiento a la muerte, y hace enroscarnos alrededor de las rocas o los tocones que aparecen en nuestro camino. Nadie puede salir del río porque está cubierto de hielo y nadie puede retroceder ni un solo segundo en su corriente.

Hizo una pausa y aplastó su colilla en una vieja encuadernación de marroquinería.

Doyle estaba un poco decepcionado al ver que se le estaba endilgando una sarta de lugares comunes cuando había esperado ver su credulidad puesta a prueba por una increíble revelación. Al parecer, después de todo, en la cabeza del viejo si había algunos tornillos que empezaban a aflojarse.

—Ya… —dijo, con la sensación de que se esperaba algún tipo de respuesta por su

parte—. Una idea interesante, señor.

—¿Idea? —Ahora le había tocado el turno de enfadarse a Darrow—. Muchacho, yo no trato con ideas. —Encendió otro cigarrillo y habló con voz mesurada, pero en la cual se traslucía la irritación, como si conversara consigo mismo—. Dios mío, en primer lugar agoto toda la estructura de la ciencia moderna…, intente entender eso…, y luego me paso años enteros exprimiendo las pocas gotas de verdad que contienen ciertos… ciertos textos antiguos, comprobando los resultados y sistematizándolos; y en segundo lugar me veo obligado a luchar, presionar y en dos casos incluso chantajear a los chicos de mis cronolaboratorios en Denver…, la Teoría Cuántica, chicos, por el amor de Dios, la que se suponía era la más radicalmente brillante y elástica de todas las empleadas hoy en día por los científicos… Tengo que obligarles a que tomen en consideración la extraña pero condenadamente empírica evidencia que les ofrezco y por fin lo hacen, después de que les haya azotado para que le den alguna forma práctica, algo para lo que hizo falta todo un nuevo lenguaje, en parte geometría no euclidiana, en parte cálculo de tensores y en parte símbolos alquímicos y obtengo mis resultados, descubro el resultado más condenadamente importante de toda mi carrera, o de cualquier otra carrera científica desde mil novecientos dieciséis, consigo hervir todo el asunto hasta quedarme con una sola frase más bien sencilla y le hago a un jodido profesorcillo el favor de hacer que la escuche… y él piensa que he dicho «La vida es sueño» o «El amor todo lo puede».

Dejó escapar una columna de humo con un largo siseo de irritación.

Doyle sintió que estaba empezando a ruborizarse.

—He estado intentando ser cortés, señor Darrow, y…

—Tiene razón, Doyle, no tiene usted nada de cínico. Sencillamente, es un idiota.

—Oiga, señor, ¿por qué no se va al cuerno? —dijo Doyle en un tono de voz cuidadosamente controlado—. ¿Por qué no se larga hasta ahí patinando en su condenado río de hielo, eh? —Se puso en pie y bebió de golpe el coñac que le quedaba en el vaso—. Y puede quedarse con los cinco mil pero me llevo el billete de regreso y quiero que me conduzcan gratis al aeropuerto. Ahora mismo. —Darrow tenía el ceño aún fruncido, pero la piel parecida al pergamino que rodeaba sus ojos empezaba a cuartearse en minúsculas arrugas. Pero Doyle estaba demasiado enfadado como para volver a sentarse—. Fiche al viejo Nostrand y guarde para él todo eso de las algas y el resto de tonterías.

Darrow alzó la cabeza para mirarle.

—Nostrand estaría totalmente seguro de que me he vuelto loco.

—Pues entonces no deje de conseguir su ayuda…, sería la primera vez que acierta en algo.

El anciano estaba sonriendo.

—Por cierto, me aconsejó que no entrara en contacto con usted. Dijo que sólo

servía para sistematizar lo que habían descubierto otros.

Doyle abrió la boca dispuesto a soltar un exabrupto, pero en vez de ello se limitó a suspirar.

—Oh, infiernos… —dijo—. Bueno, entonces decir que está usted loco sería su segundo acierto.

Darrow rió encantado.

—Sabía que no me equivocaba con usted, Doyle. Siéntese, por favor.

Ahora, con Darrow llenando por segunda vez el vaso de Doyle, éste tuvo la impresión de que cometería una grosería yéndose e hizo lo que le indicaban, sonriendo con cierta mansedumbre.

—Sabe cómo hacerle perder los estribos a una persona —observó.

—Soy un viejo que lleva tres días sin dormir. Tendría que haberme conocido hace treinta años. —Encendió otro cigarrillo—. Bueno, ahora intente imaginárselo: si pudiera salir del río del tiempo… digamos que si pudiera llegar a una especie de orilla y mirar a través del hielo… bueno, entonces podría subir corriente arriba y vería Roma y Ninive en sus días de apogeo. Si fuera corriente abajo podría ver lo que nos reserva el futuro.

Doyle asintió.

—Así que subiendo quince kilómetros por el río vería cómo acuchillan a César y unos diecisiete kilómetros río arriba le vería nacer.

—¡Correcto! Del mismo modo que si nada contra la corriente podrá llegar al final de las algas antes que a sus raíces. Ahora… preste atención porque ésta es la parte importante del asunto… En algún momento hubo algo que hizo agujeros en esa metafórica capa de hielo. No me pregunte cómo pudo ocurrir, pero a lo largo de aproximadamente unos seiscientos años hay… bueno, como si hubieran disparado una perdigonada sobre el hielo y en esos agujeros ciertas reacciones químicas totalmente normales no pueden ocurrir, la maquinaria más complicada no funciona… Pero los viejos sistemas que llamamos mágicos funcionan. —Contempló a Doyle con cierta beligerancia—. Inténtelo, Doyle, inténtelo.

Doyle asintió.

—Siga.

—Así que en uno de esos agujeros la televisión no funciona, pero un filtro mágico adecuadamente preparado puede hacer que una persona se enamore de otra. ¿Me sigue?

—Oh, sí. Pero ¿nadie se ha dado cuenta de esos agujeros?

—Naturalmente que sí. Estos archivadores que hay junto a la ventana están llenos de recortes de periódico y noticias varias que llegan hasta mil seiscientos veinticuatro y todos mencionan ocasiones en las cuales la magia ha funcionado de modo aparentemente documentado. Y desde principios de siglo suele haber en el periódico

de ese mismo día una noticia sobre un corte de energía o una interferencia radiofónica en la misma zona. Hoy en día existe una calle del Soho que algunas personas siguen llamando el Cementerio de los Coches, porque durante seis días del año mil novecientos cincuenta y cuatro los coches que entraban en ella se estropeaban y tenían que ser sacados de allí, ¡mediante caballos! En la calle de al lado, funcionaban perfectamente. Y una médium de tercera categoría que vivía en esa calle celebró durante esa semana la última de sus sesiones vespertinas de té e invocaciones… Nadie sabrá nunca lo que ocurrió, pero las damas que asistieron fueron encontradas muertas, frías como el hielo cuando sólo llevaban muertas una hora y estaban en una habitación caldeada y, según tengo entendido, en cada uno de sus rostros había la más increíble expresión de terror que pueda usted imaginarse. La historia no tuvo mucha repercusión en la prensa y el asunto de los coches fue atribuido a, cito, «una acumulación de electricidad estática», fin de la cita. Y hay cientos de ejemplos similares.

»Y ahora llegamos al momento en el que estaba…, bueno, intentaba conseguir algo que la ciencia no había logrado, e intentaba descubrir si, cuándo y dónde podía funcionar la magia. Descubrí que esos campos de magia-sí-maquinaria-no se hallan todos dentro de Londres o en sus alrededores, y en la historia se encuentran esparcidos siguiendo una curva en forma de campana, que alcanza su ápice aproximadamente de mil ochocientos a mil ochocientos cinco: es evidente que durante esos años hubo muchos casos, aunque tendieron a ser breves en su duración, y localizados en áreas pequeñas. Se amplían en el espacio y se hacen menos frecuentes lejos de tales años. ¿Me sigue aún?

—Sí —replicó Doyle con voz mesurada—. ¿Ha dicho que los casos llegan hasta mil seiscientos? Entonces los agujeros tenían que ser poco frecuentes, pero cuando tenían lugar se prolongarían bastante, y se fueron acortando y aumentando en número hasta que…, digamos que en mil ochocientos dos debían ser tan frecuentes como el chasquido de un contador Geiger, y luego se fueron frenando para hacerse más amplios. ¿Han tendido a desaparecer por completo en el otro extremo de la curva, o no?

—Buena pregunta. Si. Las ecuaciones indican que el primero tuvo lugar en mil quinientos cuatro, por lo que la curva alcanza unos trescientos años en cada dirección, digamos que unos seiscientos en total. De todos modos, cuando me di cuenta del trazado estuve a punto de olvidar mi propósito original: el asunto me pareció fascinante e intenté poner a mis chicos de investigación al frente de ese rompecabezas. ¡Ja! Conocían muy bien un caso de senilidad cuando lo tenían delante y hubo un par de intentos para quitarme de en medio. Pero logré huir de sus redes y les obligué a continuar, a que programaran sus computadoras con los principios de Bessonus, Midorgius y Ernestus Burgravius y al final supe en qué consistían los

agujeros. Eran agujeros… en el muro del tiempo.

—Agujeros en el hielo que cubre el río —dijo Doyle moviendo la cabeza.

—Correcto, imagine unos agujeros en esa capa de hielo y ahora, si una parte de ese tallo de hierba que tiene unos setenta años de longitud y que es usted mismo, si estuviera por casualidad bajo uno de esos agujeros, es posible abandonar la corriente del tiempo en dicho punto.

—¿Y adónde se iría? —le preguntó cautelosamente Doyle, intentando que en su voz no hubiera ningún asomo de burla o compasión.

«Bueno —pensó— puede que al País de Oz, al Cielo o al Reino de los Vegetales sin Aditivos.»

—A ninguna parte —le replicó Darrow con impaciencia—, a ningún tiempo en particular. Lo único que se puede hacer es volver a entrar en el río a través de otro agujero.

—Y acabar en el Senado Romano viendo cómo asesinaban a César. No, perdón, me equivoco: los agujeros sólo llegan hasta mil quinientos en el pasado…, bueno, pues viendo cómo arde Londres en mil seiscientos sesenta y seis.

—Correcto… si es que hay algún agujero en ese año y en ese lugar. No se puede entrar de nuevo en puntos arbitrarios, solamente a través de un agujero ya existente. Y —añadió con algo que se parecía al orgullo del descubridor—, es posible apuntar a un agujero en particular, con preferencia a cualquier otro, todo depende de la cantidad de… bueno, de propulsión que haya sido utilizada para salir por el primer agujero. Y es posible localizar los agujeros en el tiempo y en el espacio. Irradian de su fuente siguiendo un dibujo matemáticamente predecible, y su fuente, haya sido lo que haya sido, se encuentra a principios de mil ochocientos dos.

Doyle se sintió incómodo al darse cuenta de que tenía las palmas húmedas de sudor.

—Esa propulsión que ha mencionado —le preguntó, pensativo—, ¿es algo que puede producir?

Darrow sonrió ferozmente.

—Sí.

Doyle estaba empezando a pensar que el terreno cubierto de escombros podía tener un propósito, al igual que también podían tenerlo todos esos montones de libros, e incluso su propia presencia en el lugar.

—Así que puede viajar por la historia. —Sonrió con cierta inquietud al anciano que tenía delante, intentando imaginar a J. Cochran Darrow, incluso viejo y enfermo, suelto en algún siglo del pasado.

«Miedo me das, viejo marinero», pensó.

—Sí, eso vuelve a traernos al asunto de Coleridge… y a usted. ¿Sabe dónde se encontraba Coleridge la noche del domingo uno de septiembre de mil ochocientos

diez?

—Santo Dios, no. William Ashbless llegó a Londres una semana después. Pero ¿Coleridge? Sé que por aquel entonces vivía en Londres…

—Sí. Bien. La noche del domingo que he mencionado, Coleridge dio una conferencia sobre los *Aeropagitica* de Milton en la taberna La Corona y el Ancla, situada en el Strand.

—Oh, sí, cierto. Pero el tema era *Lycidas*, ¿no?

—No. Montagu no asistió a ella y su referencia es equivocada.

—Pero la carta de Montagu es el único sitio donde se menciona tal conferencia. —Doyle ladeó la cabeza para verle mejor—. Esto…, ¿no lo es?

El anciano sonrió.

—Cuando Darrow emprende un trabajo de investigación, hijo, siempre lo hace a conciencia. No, dos de los hombres que asistieron a ella, un empleado de una editorial y un maestro de escuela, dejaron escritos diarios que han ido a parar a mis manos. El tema era los *Aeropagitica*. El maestro de escuela incluso logró copiar una buena parte de la conferencia en taquigrafía.

—¿Cuándo lo descubrió? —se apresuró a preguntar Doyle.

«¡Una conferencia de Coleridge jamás publicada con anterioridad! Dios —pensó con una repentina punzada de envidia—, si la hubiera tenido en mis manos hace dos años, mi libro habría obtenido unas críticas completamente distintas.»

—Hace más o menos un mes. Los primeros resultados concretos del equipo situado en Denver llegaron en febrero, y desde entonces Darrow ha estado buscando todos los libros y diarios que hacen referencia a Londres en mil ochocientos diez.

Doyle extendió las manos hacia su interlocutor.

—¿Por qué?

—Porque uno de esos agujeros se encuentra justo al lado de Kensington, a unos ocho kilómetros del Strand, en la noche del uno de diciembre de mil ochocientos diez. Y, a diferencia de casi todos los agujeros situados en mil ochocientos diez, éste dura cuatro horas.

Doyle se inclinó hacia adelante para servirse un poco más de coñac. La excitación que empezaba a dominarle era tan intensa que intentó calmarla recordándose que estaban hablando de algo imposible, por muy fascinante que pudiera ser. «No te largues —se aconsejó—, aunque sólo sea por los veinte mil, y quizá tengas una posibilidad de echarle las manos encima al diario de Robb o a ese cuaderno de notas del maestro de escuela.» Pero la verdad era que no lograba engañarse a si mismo… quería participar en esto.

—Y, por supuesto, aquí y ahora hay otro agujero.

—Desde luego está aquí pero no ahora mismo. Estamos… —Darrow consultó su reloj— unas cuantas horas corriente arriba de él. Su tamaño es el normal para uno

situado tan lejos de la fuente: el borde superior se encuentra situado en esta noche y el borde de la corriente inferior, más o menos al amanecer de pasado mañana. Apenas Denver logró encontrarlo, compré toda el área que cubrirá el campo y empecé a nivelarla. No queremos llevar al pasado cualquier edificio, ¿verdad?

Doyle pensó que en esos momentos su sonrisa debía parecer tan cargada de secretos y conspiraciones como la de Darrow.

—No, claro que no.

Darrow lanzó un suspiro de alivio y satisfacción. Cogió el teléfono justo cuando éste empezó a sonar.

—¿Sí? Deje libre la línea y póngame con Lamont, rápido. —Terminó su vaso y volvió a llenarlo—. Llevo tres días viviendo a base de café, coñac y tabletas de chocolate —le dijo a Doyle—. No resulta malo una vez que tu estómago se… ¿Tim? Deja de buscar a Newman y Sandoval. Bueno, llama por radio a Delmotte y dile que dé la vuelta ahora mismo y lo deje otra vez en el aeropuerto. Ya tenemos a nuestro experto en Coleridge. —Colgó el auricular y dijo—: He vendido diez entradas, a un millón de dólares cada una, para asistir a la conferencia de Coleridge. Daremos el salto mañana a las ocho. Habrá una sesión de últimas instrucciones a las seis y media para nuestros diez invitados y, naturalmente, para eso necesitamos una reconocida autoridad en Coleridge.

—Yo.

—Usted, sí. Pronunciará un breve discurso sobre Coleridge y responderá a cualquier tipo de preguntas que nuestros invitados puedan hacer sobre él, sus contemporáneos o su época, y luego acompañará al grupo durante el salto y una vez realizado éste, irá con ellos hasta la taberna junto con unos cuantos guardias bien entrenados para asegurarse de que ningún alma romántica siente la tentación de escabullirse. Tomará notas durante la conferencia y después, cuando haya vuelto al hogar y a mil novecientos ochenta y tres, dará un breve comentario sobre la conferencia y responderá a cualquier pregunta que pueda surgir. —Arqueó una ceja, contemplando con expresión inflexible a Doyle—. Se le pagan veinte mil dólares para ver y oír algo que esas diez personas van a costearse pagando un millón de dólares cada una. Debería sentirse agradecido ante el fracaso de nuestros esfuerzos para obtener una autoridad más eminente sobre Coleridge.

Doyle pensó que la frase no resultaba demasiado elogiosa, pero daba igual.

—Sí, claro… —respondió. Y entonces se le ocurrió una idea—. Pero… ¿y su… y el propósito original de todo, eso que la ciencia había fracasado en conseguir, la razón que le hizo descubrir esos agujeros? ¿Ha dejado de intentarlo?

—Oh. —Aparentemente, Darrow no deseaba hablar del tema—. No, sigo intentándolo.

Durante los últimos tiempos he estado enfocando el problema desde un par de

ángulos nuevos, pero no tienen nada que ver con este proyecto.

Doyle asintió, aún pensativo.

—¿Hay más agujeros…, bueno, corriente abajo?

Aunque Doyle no pudo encontrar razón alguna para ello el anciano estaba empezando a irritarse otra vez.

—Doyle, no creo que…, oh, qué diablos. Si. Hay uno que dura cuarenta y siete horas en el verano del año dos mil ciento dieciséis y, cronológicamente hablando, es el último.

—Ya. —Doyle no tenía la intención de provocarle, pero si pretendía saber por qué al parecer Darrow no tenía entre sus proyectos inmediatos el hacer lo que a él le parecía tan obvio—. Pero, entonces, ¿no podría ése… no podría ser factible sin demasiados problemas eso que usted busca en dicho año? Quiero decir que si la ciencia casi puede hacerlo en mil novecientos ochenta y tres, bueno, entonces en el año dos mil ciento dieciséis…

—Doyle, resulta bastante fastidioso dejar que alguien le eche una breve mirada a un proyecto en el cual uno lleva trabajando duramente desde hace mucho para que, de repente, se le ocurran ideas brillantes en cuanto a lo que se debería hacer, ideas, que, de hecho, ya tomé en consideración y descarté como inútiles hace mucho tiempo. —Dejó escapar un chorro de humo entre los dientes ferozmente apretados—. ¿Cómo podía saber, antes de llegar, si el mundo del año dos mil ciento dieciséis es algo más que un montón de cenizas radioactivas? o, por ejemplo, ¿cómo puedo saber si no está dominado por algún horrible tipo de estado policial, eh? —El cansancio y el coñac debían de haber hecho estragos en la habitual reserva de Darrow, porque ahora había un brillo peculiar en sus ojos que se intensificó con sus siguientes palabras—. E incluso si pudieran hacerlo y estuvieran dispuestos a ello, ¿cuál sería su opinión al tener delante a un hombre que viene del pasado? —Arrugó con un gesto brusco su vaso de papel y un hilillo de licor le resbaló por la muñeca—. ¿Qué sucedería si me trataran como a un niño indefenso?

Incómodo, Doyle se apresuró a llevar nuevamente la conversación hacia Coleridge.

«Pero debe de ser eso, por supuesto —pensó—: Darrow lleva tanto tiempo siendo el amo de su barco, que preferiría hundirse con él antes que aceptar el regalo de una curación y una nueva vida arrojados desde la nave de un buen samaritano, especialmente si esa nave es más grande que la suya.»

Y también Darrow pareció ansioso por llevar otra vez la charla hacia el terreno de los negocios.

El cielo empezaba a palidecer por el este cuando Doyle fue llevado por otro conductor a un hotel cercano, donde durmió hasta bien entrada la tarde, cuando un

tercer conductor apareció para llevarle de vuelta al terreno vallado.

El lugar había sido totalmente nivelado para entonces y todos los tractores se habían esfumado: se veía todavía a unos cuantos hombres con palas y escobas que limpiaban el suelo de excrementos de caballo. El remolque seguía ahí, ahora con un aspecto desolado, pues los cables telefónicos y eléctricos habían desaparecido. Otro remolque, bastante más grande, se encontraba a su lado. Cuando Doyle bajó del coche vio cables y poleas colocadas a intervalos regulares a lo largo de la valla, así como una gigantesca lona enrollada a lo largo de todo el perímetro.

«Vaya —pensó con una sonrisa—, así que el viejo es algo tímido.»

Un guardia le abrió la puerta y le condujo hasta el nuevo remolque con la puerta abierta. Doyle entró en él y al otro extremo de su interior recubierto por paneles de nogal vio a Darrow, aparentemente no más agotado que la noche anterior, hablando con un hombre rubio de elevada estatura. Los dos iban vestidos según la moda anterior a la Regencia: levitas, pantalones ajustados y botas; vestían con tal naturalidad que, por unos instantes, Doyle se sintió algo ridículo en su traje de fibra y algodón.

—Ah, Doyle —dijo Darrow—. Creo que ya conoce a nuestro jefe de seguridad.

El hombre rubio se dio la vuelta y después de un instante fugaz, Doyle reconoció a Steerforth Benner. Su cabellera, antes más bien larga, había sido recortada y ondulada, y su bigote, que nunca había resultado aparatoso, se había esfumado.

—¡Benner! —exclamó Doyle complacido, mientras cruzaba la estancia—. Sospechaba que debías estar relacionado con el proyecto.

Su amistad con el joven se había enfriado un tanto durante los últimos dos meses desde que había sido reclutado por Darrow, pero le alegraba enormemente ver una cara familiar.

—Colegas por fin, Brendan —dijo Benner con su ancha sonrisa de costumbre.

—El salto tendrá lugar dentro de unas cuatro horas escasas —prosiguió Darrow—, y tenemos montones de cosas por hacer antes de eso. Doyle, le tenemos preparado un traje de la época y esas puertas que hay al final son los vestidores. Me temo que no gozará de mucha intimidad, pero es vital que todo el mundo se adapte perfectamente a su papel.

—Pero sólo estaremos ahí cuatro horas, ¿no? —preguntó Doyle.

—Doyle, siempre cabe en el reino de lo posible que uno de nuestros invitados se escape, por mucho que se esfuercen Benner y sus chicos. Si ello ocurre, no deseamos que haya prueba alguna de que viene de otro siglo. —Darrow levantó la mano con brusquedad, como si con ello pretendiera impedir la siguiente pregunta de Doyle de un modo físico—. Y no, hijo mío, nuestro hipotético fugitivo no sería capaz de explicarle a la gente cuál será el desenlace de la guerra, o cómo construir un Cadillac…, nada de eso. Cada uno de los invitados se tragará una cápsula antes de

que partamos: la cápsula contiene algo que pienso llamar AntiTranscrono Trauma. ATCT. El contenido de la cápsula, y, Doyle, por favor, no empiece a chillar, consiste en una dosis fatal de estricnina, encerrada en una membrana que se disolverá dentro de seis horas, y cuando volvamos todos sus conductos digestivos serán saturados con una solución de carbono activado. —Su sonrisa era más bien gélida—. Naturalmente el personal no deberá tomarla, o de lo contrario no le estaría contando todo esto. Cada uno de los invitados se ha mostrado de acuerdo en cuanto a la cápsula, y creo que casi todos han comprendido perfectamente cuál es su propósito.

«Puede que no lo hayan entendido», pensó Doyle, y de pronto todo el proyecto volvió a parecerle una locura. Se imaginó en un día no muy lejano en la sala de un tribunal, intentando explicar la razón de que no hubiera informado a la policía sobre las intenciones de Darrow.

—Y aquí tiene el discurso que puede soltarles durante la reunión —prosiguió Darrow, entregándole una hoja de papel—. Tiene usted completa libertad para cambiarlo, ya sea en parte o del todo… y me gustaría mucho que lo supiera de memoria para el momento de la reunión. Ahora supongo que desearán estar a solas para comparar sus experiencias, así que me iré a mi remolque; tengo cosas que hacer. Al personal no se le permitirá beber durante la reunión, pero no creo que vaya a pasar nada grave si se toman un par de tragos ahora mismo.

Sonrió y salió del remolque, con una paradójica apostura de pirata gracias a su antiguo atuendo.

Una vez se hubo ido, Benner abrió una puertecilla que descubrió un pequeño armario para bebidas.

—Ajá —dijo—, te estaban esperando.

Sacó una botella de Laphroaig y, pese a todas sus preocupaciones, Doyle vio, complacido, que la botella de cristal claro era del viejo tipo, la que tenía el 91.4 de extracto seco.

—Por Dios, ponme un poco. Sin agua.

Benner le entregó un vaso y luego se preparó un Kahlua con leche para él. Tomó un sorbo y miró a Doyle, sonriéndole.

—Creo que un poco de licor es tan esencial como el revestimiento de plomo; no me expondría a todas esas radiaciones ni loco sin antes haberme calentado un poco las tripas Doyle había estado a punto de preguntarle dónde había un teléfono para llamar a la policía, pero sus palabras le hicieron olvidarse de ello.

—¿Cómo dices?

—El proceso de conversión taquiónica. ¿No te ha explicado cómo se hace el salto?

Doyle sintió un repentino vacío en el estómago.

—No.

—¿Sabes algo sobre Teoría Cuántica? ¿o sobre física subatómica?

Sin ninguna orden consciente por su parte, la mano de Doyle alzó el vaso y vertió un poco de licor en su boca.

—No.

—Bueno, yo tampoco sé gran cosa, pero básicamente lo que va a ocurrir es que todos nos pondremos en fila india para que nos suelten encima un montón condenadamente grande de radiaciones de alta frecuencia, muy por encima de los rayos gamma… Ya sabrás que los fotones carecen de masa, por lo que puedes mandar una hilera tras otra de fotones sin que nunca se pisen entre ellos… Y cuando esa oleada nos alcance, las extrañas propiedades del campo existente en el agujero harán que no suceda nada de lo que normalmente sucedería. No estoy muy seguro de lo que ocurriría normalmente, pero si estoy seguro de que no nos gustaría ni un pelo. —Tomó un sorbo de su vaso con expresión alegre—. De todos modos, y dado que nos encontraremos en el agujero, lo que ocurrirá, el único modo en el cual la naturaleza puede apañárselas para reconciliar todas esas imposibilidades…, bueno, nos veremos elevados al rango de taquiones honorarios.

—Jesús —dijo Doyle con voz ronca—, nos convertiremos en fantasmas. Veremos a Coleridge, de acuerdo…, le veremos en el Cielo. —Un coche pasó a toda velocidad por la calle haciendo sonar la bocina, y ese ruido le pareció infinitamente lejano. Doyle se preguntó si iría conducido por alguien que lo ignoraba todo, y qué trivial dificultad momentánea le había impulsado a tocar la bocina—. Benner, escúchame bien, tenemos que salir de aquí e ir a la policía. Dios mío, pero si…

—La verdad es que todo el proceso es perfectamente seguro —le interrumpió Benner sonriente.

—¿Cómo puedes saberlo? Ese hombre es muy probable que esté loco de atar y…

—Brendan, cálmate un poco y escúchame. ¿Te parezco sano? ¿Crees que he perdido la chaveta, o sigo estando en mis cabales? Entonces, deja de preocuparte porque hice un salto en solitario hasta un breve agujero en mil ochocientos cinco hace sólo dos horas.

Doyle le miró con suspicacia.

—¿De veras?

—Lo juro por lo más sagrado. Me vistieron como… Oh, imagínate un hombre del Ku Klux Klan, a quien le gustan las túnicas metalizadas, y que no necesita agujeros en la capucha para mirar. Luego me hicieron subir a una plataforma situada junto a la valla, mientras sintonizaban sus máquinas infernales en el otro lado. Y entonces…, ¡whooosh! En un momento dado me encontraba aquí y en el día de hoy, y al siguiente me encontraba en una tienda situada en un campo cerca de Islington en el año mil ochocientos cinco.

—¿En una tienda?

En la sonrisa de Benner apareció un matiz de sorpresa.

—Sí. La verdad es que me pareció bastante raro, pero caí en una especie de campamento de gitanos. Lo primero que vi al quitarme la capucha fue el interior de la tienda; estaba lleno de incienso y antiguallas de aspecto egipcio. Me encontré con un viejo calvo y de aspecto cadavérico, que me contemplaba muy sorprendido. Supongo que me asusté un poco y salí corriendo de la tienda, lo cual no resultaba muy fácil dado mi atuendo, y entonces vi el típico paisaje inglés. No había postes de teléfono ni autopistas, así que supongo que estaba realmente en mil ochocientos cinco. había un montón de caballos, tiendas y gitanos a mi alrededor, y todos me miraban fijamente, pero en ese mismo instante se acabó el agujero… Gracias a Dios no había corrido hasta salir del campo. El gancho móvil me trajo una vez más al presente y a este lugar. —Se rió en voz baja—. Me pregunto qué pensarían los gitanos al verme desaparecer, con el traje vacío y cayendo al suelo sin mí.

Doyle lo contempló fijamente durante unos segundos más bien eternos. Aunque siempre fácil de tratar, Benner nunca había sido muy digno de confianza… pero no estaba mintiendo. Era un pésimo actor y ese relato, especialmente el asombro que había sentido el viejo de la tienda, había sido narrado con una convicción totalmente carente de esfuerzo. Algo aturdido, Doyle se dio cuenta de que le creía.

—Dios mío —dijo con un susurro envidioso—, ¿a qué olía el aire? ¿Qué sensación tuviste al pisar ese suelo?

Benner se encogió de hombros.

—El aire olía muy bien y el suelo estaba cubierto de hierba. Y los caballos parecían eso, caballos. Los gitanos eran más bien bajitos, pero quizá los gitanos siempre tienden a ser bajitos. —Le dio una palmada a Doyle en el hombro—. Anda, no te preocupes más. Esas lavativas de carbono mantendrán a los invitados perfectamente sanos y no pienso dejar que ninguno de ellos se escape. ¿Sigues queriendo llamar a los polis?

—No.

«No, ciertamente —pensó Doyle con fervor—. Quiero ver a Coleridge.»

—Discúlpame —dijo—. Tengo que empezar con el discurso.

A las seis y veinte Doyle decidió que ya había conseguido aprenderse de memoria el nuevo discurso. Se estiró lentamente en la pequeña oficina que Darrow le había permitido usar, suspiró y abrió la puerta que daba a la habitación principal.

Un grupo de personas bien vestidas se apiñaba en el extremo más lejano de la habitación, separadas de él por una docena de sillas vacías y una gran mesa. Los centenares de velas que colmaban los candelabros estaban encendidas y la luz amable y delicada de sus llamas arrancaba reflejos de la madera pulida y de las copas que había sobre la mesa. En la cálida atmósfera de la habitación le pareció distinguir un

leve aroma a pimienta y carne asada.

—Benner —dijo sin levantar la voz.

Vio cómo el joven, apoyado con aspecto de cansancio en una pared cerca de la mesa en perfecta armonía con su atuendo actual, abría con un golpecito del pulgar su caja de rapé para llevarse un puñado de polvo marrón a las fosas nasales.

Benner alzó la mirada.

—Maldita sea, Brendan…, ¡atchiis!…, maldita sea, se supone que el personal ya debe estar vestido. No importa, los invitados están en los vestidores y puedes cambiarte en unos minutos. —Benner guardó su caja de rapé y contempló con el ceño fruncido por la impaciencia la ropa de Doyle mientras se le acercaba—. ¿Llevas puesto al menos tu gancho móvil?

—Claro. —Doyle se arremangó la camisa para enseñarle la banda de cuero con un pequeño cierre que le rodeaba el antebrazo, previamente rasurado—. Darrow en persona me lo puso hace una hora. ¿Quieres escuchar mi discurso? Conoces lo bastante el…

—No tengo tiempo, Brendan, pero estoy seguro de que será estupendo. Esos malditos tipos se creen como mínimo el maharajá del mundo cada uno…

Un hombre se les acercó con paso presuroso. Como Benner, iba vestido según la moda de principios del siglo XIX.

—Otra vez Treff, jefe —le dijo en voz baja—. Finalmente logramos que se desnudara, pero tiene una rodillera especial Ace en la pierna, y no se la quiere quitar; está claro que debajo esconde algo.

—Infiernos, sabía que alguno de ellos intentaría jugárnosla. ¡Ricos! Ven, Doyle, de todos modos tienes que ir hacia ahí.

Mientras cruzaban la estancia, la imponente silueta de Darrow apareció por la puerta principal y sus caminos se encontraron, justo cuando un hombre corpulento y más bien velludo, cubierto únicamente por una rodillera elástica, salió en tromba de uno de los vestidores.

—Señor Treff —dijo Darrow, enarcando sus gruesas cejas canosas. Su voz de barítono hizo callar instantáneamente a todas las otras—, resulta evidente que no ha comprendido usted cuál es la indumentaria precisa.

Al oírle hubo algunas risas y el rostro de Treff dejó de estar enrojecido para volverse de color púrpura.

—Darrow, la rodillera se queda, ¿entendido? Son órdenes de mi médico y le estoy pagando un condenado millón de dólares y ningún escapado de un asilo de lunáticos va a…

La única razón de que Doyle le viera sacar velozmente el estilete de su manga fue que en ese momento estaba mirando a Benner con una sonrisa azorada, pero cuando extendió la pierna hacia adelante, en un gracioso gesto de esgrima, y pasó la hoja

metálica bajo el objeto de la disputa todos le vieron claramente. Benner se detuvo un fugaz segundo en una pausa algo teatral y luego, con un giro de la muñeca, atravesó limpiamente la rodillera de arriba abajo.

Un puñado de objetos brillantes rodaron estruendosamente sobre la alfombra. A la primera ojeada, Doyle reconoció entre ellos un encendedor Colibrí, un reloj de cuarzo marca Seiko, un minúsculo cuaderno de notas, una automática del calibre 25 y, como mínimo, tres onzas de oro sólido en delgadas placas.

—Así que pensaba sobornar a los nativos con cristalitos de colores, ¿eh? —dijo Darrow con una seña de agradecimiento a Benner, que había vuelto a su posición inicial junto a Doyle, tras esconder nuevamente el estilete en su manga—. Como sabe, con ello viola los términos de nuestro acuerdo… Se le devolverá el cincuenta por ciento de lo que pagó, y a partir de ahora los guardias no le perderán de vista. Le llevarán a un remolque fuera del terreno y allí se le mantendrá en un lujoso cautiverio hasta el amanecer. Y, preocupándome muy sinceramente su bienestar —añadió con la sonrisa más gélida que Doyle había visto en toda su vida—, le aconsejo fervorosamente que no cause más problemas.

—Bueno, al menos algo positivo ha resultado de todo esto —dijo Benner mientras Treff era escoltado, todavía desnudo, fuera de la habitación—. Ahora tenemos un vestidor libre. Adentro, Brendan.

Doyle, murmurando unas vagas disculpas a los presentes, se metió en el recién abandonado vestidor. En el interior había un guardia sentado en un taburete y al ver que el recién llegado no era Treff pareció más bien aliviado.

—Doyle, ¿verdad? —dijo poniéndose en pie.

—Sí.

—De acuerdo. Entonces, quítese la ropa.

Intentando esconder la tripa todo lo posible, Doyle se quitó la ropa obedientemente y la colgó con cuidado en la percha que le entregó el guardia. En la parte trasera del vestidor había una puerta y el guardia desapareció por ella con las cosas de Doyle.

Doyle se apoyó en la pared, con la esperanza de que no se olvidasen de él. Intentó rascarse bajo la banda de cuero que llevaba en el antebrazo, pero estaba demasiado tenso como para que pudiera introducir el dedo entre la piel y el cuero. Finalmente abandonó su intento y decidió que lo mejor sería ignorar el molesto escozor producido por la pequeña joya verde incrustada en el cuero, que rozaba continuamente su piel recién afeitada. Darrow se había referido a ella como un gancho móvil y había permitido que Doyle la examinara durante unos instantes antes de cubrirla con la banda de cuero. Doyle había sostenido el pequeño rombo verdoso entre sus dedos, y había visto los símbolos tallados: al parecer eran una mezcla de jeroglíficos y signos astrológicos.

—No lo mire con esa expresión despectiva, Doyle —le había dicho Darrow—. Esto le devolverá al año mil novecientos ochenta y tres. Cuando el agujero de mil ochocientos diez termine, esta cosa volverá como un resorte al agujero del que vino… es decir, al aquí y ahora, y mientras se encuentre en contacto con su piel usted vendrá con ella. Si la perdiera, vería cómo todos nos esfumamos y se quedaría abandonado en mil ochocientos diez; por esa razón debe estar bien segura.

—Entonces, ¿todos desapareceremos de allí pasadas cuatro horas? —le había preguntado Doyle a Darrow, mientras le enjabonaba el brazo y se lo afeitaba—. ¿Y si ha calculado mal la duración del agujero y desaparecemos en mitad de la conferencia?

—Imposible —había contestado Darrow—. Hay que estar dentro del agujero y en contacto con el gancho; el agujero se encuentra a unos siete kilómetros de la taberna adonde vamos. —Puso la piedra sobre el brazo de Doyle, cubriéndola luego con la banda de cuero—. Pero no hemos cometido ningún error de cálculo y tenemos un cómodo margen de tiempo para volver al campo del agujero después de la conferencia. Además, tenemos dos coches de caballos —le dijo mientras apretaba la banda de cuero asegurándola con el cierre—, por lo que no debe preocuparse.

Ahora, desnudo y apoyado en la pared del vestidor, Doyle se miró en el espejo y sonrió. ¿Cómo? ¿Preocuparme yo?

El guardia apareció nuevamente y le entregó un traje que era de suponer no provocaría ningún fruncimiento de ceño en 1810; también le dio instrucciones sobre cómo ponérselo y finalmente tuvo que ayudarle con el complicado nudo de la corbata.

—No hace falta cortarle el pelo, señor, ya que se lleva más o menos igual de largo que usted, pero se lo cepillaré un poco para dejarlo más bajo: una coronilla despejada no es algo de lo que deba avergonzarse. Justamente así, al estilo semibruto. Échese una buena mirada.

Doyle se volvió hacia el espejo, ladeó la cabeza y luego se rió.

—No está mal —dijo.

Llevaba una levita marrón con dos hileras de botones: por la parte frontal llegaba solamente hasta la cintura pero los faldones traseros casi le rozaban las corvas. Sus pantalones se ceñían a la pierna y calzaba unas botas de hessiano hasta el comienzo del muslo, con gruesas hebillas. La corbata de seda blanca que asomaba por entre las grandes solapas de su levita quizá no le hiciera irresistiblemente apuesto, pero a Doyle le pareció que, como mínimo, le confería cierta dignidad. Las ropas no tenían la rigidez de los tejidos nuevos: aunque limpias estaba claro que habían sido usadas con anterioridad, y eso tuvo el efecto de hacer que Doyle se sintiera cómodo y a gusto en ellas, y no como si le hubieran embutido en un atuendo para un baile de disfraces.

Cuando entró nuevamente en la habitación principal, los invitados se dirigían ya

hacia la mesa sobre la que había expuesto un aparatoso surtido de platos, bandejas y botellas. Doyle llenó un plato y, recordando que pertenecía al personal, hizo un esfuerzo para no contemplar la abundante selección de vinos y cervezas, conformándose con un poco de café.

—Adelante, Doyle —dijo en voz alta Darrow, señalándole un asiento vacío junto al suyo — . Doyle es nuestro experto en Coleridge— les explicó a los comensales más próximos.

Todos sonrieron moviendo la cabeza mientras Doyle tomaba asiento y un hombre de cabellos blancos y sonrisa algo burlona dijo:

—Me gustó mucho *El invitado nocturno*, señor Doyle.

—Gracias —dijo Doyle.

Sonrió, muy complacido durante unos pocos segundos hasta que identificó a ese hombre como Jim Thibodeau, quien en los muchos volúmenes de su impresionante *Historia de la Humanidad* (escrita en colaboración con su mujer, a la que Doyle vio sentada a su lado) había reflejado en su capítulo dedicado a los poetas románticos ingleses tal profundidad erudita y soltura de estilo que Doyle no había podido sino quedar admirado y más bien envidioso. Pero su presencia aquí reforzaba todavía más la esperada excitación que había estado sintiendo desde que, por primera vez, oyó a Benner narrar su salto al año 1805. Si los Thibodeau se lo toman en serio, pensó, entonces debe existir una más que razonable posibilidad de que funcione.

La mesa y la comida habían sido apartadas y ahora las diez sillas formaban un semicírculo ante un estrado. Doyle, algo incómodo, le dijo a Benner que apartara el estrado y lo reemplazó con la silla que habría debido ocupar Treff.

Tomó asiento y miró sucesivamente a cada uno de los invitados. De los nueve presentes reconoció a cinco: tres, contando a los Thibodeau eran eminentes historiadores, uno era un famoso actor teatral inglés y en cuanto a la otra persona estaba casi seguro de que se trataba de una famosa médium y espiritista. «Será mejor que tenga cuidado con esos trucos mientras estemos en el agujero», pensó con cierta inquietud, recordando el relato de Darrow sobre la sesión celebrada en la calle del Cementerio de los Coches en 1954.

Aspiró una honda bocanada de aire y empezó su discurso.

—Es probable que se encuentren familiarizados con la vida y obra del hombre que engendró el movimiento romántico en la poesía inglesa, pero nuestro destino de esta noche bien merece que le demos un repaso. Nacido en Devonshire el veintiuno de octubre de mil setecientos setenta y dos, Coleridge no tardó en exhibir la precocidad y las amplias lecturas que fueron una constante de toda su vida, y que le convirtieron, aparte de en otras muchas cosas, en el conversador más fascinante de una época marcada por la presencia de Byron y Sheridan…

Mientras seguía hablando, ahora sobre la carrera universitaria del poeta, su

adicción al opio bajo la forma del láudano, su desgraciado matrimonio, su amistad con William y Dorothy Wordsworth, y los prolongados viajes motivados por el horror que sentía hacia su esposa, Doyle observó cuidadosamente la reacción de su público. Parecían bastante satisfechos, frunciendo el ceño con aire dubitativo o asintiendo de vez en cuando, y de pronto comprendió que su presencia en este lugar era otro detalle más del ambiente, como los delicados platos de porcelana en los cuales se había servido la comida, cuando habría bastado con platos de papel. Era muy probable que Darrow hubiera sido capaz de pronunciar una breve conferencia sobre Coleridge tan cuidada como la suya, pero el anciano había deseado contar con una autoridad lo bastante reputada sobre Coleridge para que se encargara de ello.

Después de unos quince minutos de charla el discurso llegó a su fin. Luego vinieron las preguntas y Doyle logró responder a todas ellas sin problemas. Cuando hubo terminado, Darrow se puso en pie y se colocó junto a Doyle, convirtiéndose, sin el menor esfuerzo, en el nuevo foco de atención. tenía en la mano una linterna y la movió señalando hacia la puerta.

—Damas y caballeros —dijo—, faltan cinco minutos para las ocho y nuestros carruajes nos están esperando fuera.

En un silencio algo tenso todos abandonaron sus asientos para ponerse sombreros, gorras y gabanes.

«Ciento setenta años —pensó Doyle—, es la distancia que nos separa de mil ochocientos diez. ¿Podría llegar hasta ahí con una vela? Si, y sería capaz de volver.»

Como si fuera un espectador lejano se dio cuenta de que el corazón le latía fuertemente y le costaba tragar aire.

Salieron en fila india de la habitación hasta el terreno despejado A unos metros del remolque había dos carruajes con dos caballos cada uno, y a la vacilante luz de sus lamparillas Doyle pudo ver que los vehículos, como las ropas de época que todos llevaban, estaban limpios y en buen estado, pero era evidente que habían sido utilizados con anterioridad.

—En cada uno de los carruajes cabrán cinco personas, aunque algo apretadas —dijo Darrow—, y dado que Treff no podrá acompañarnos yo ocuparé su lugar. El personal irá en la parte de arriba.

Benner tomó a Doyle por el codo mientras los invitados, con un cierto revuelo de sombreros que caían y chales que se enredaban, empezaban a instalarse en los carruajes.

—Nos toca el segundo —le dijo.

Dieron la vuelta por la parte trasera del carruaje más lejano y subieron hasta los dos pequeños asientos que emergían de la cabina, a la misma altura que el del conductor. El aire nocturno era frío y a Doyle le alegró sentir el calor que desprendía la lamparilla de la izquierda del carruaje, justo bajo su codo. Desde su elevada

posición pudo distinguir unos cuantos caballos más, que eran conducidos hacia la parte norte del terreno.

El carruaje se balanceó sobre sus muelles cuando dos guardias subieron al pescante del conductor y, al oír un tintineo metálico cerca de él, Doyle miró hacia Benner y vio los extremos de dos pistolas que emergían de una faltriquera de cuero colgada junto a la mano izquierda de Benner.

Entonces oyó un chasquido de riendas y unos cascos resonando sobre el suelo polvoriento; el primer carruaje se había puesto en marcha.

—¿Adónde vamos? —preguntó al ponerse en marcha el suyo—. Quiero decir, adónde vamos en el espacio.

—Iremos a la parte de la valla en donde no han subido la lona. ¿Ves esa plataforma de madera no muy alta? Hay un camión pegado a la valla por la parte exterior.

—Ah —dijo Doyle, intentando que no se le notara demasiado todo el nerviosismo que sentía.

Miró hacia atrás y vio que los caballos de antes estaban siendo uncidos a los dos remolques y se los llevaban luego hacia la parte norte del terreno.

Benner movió la cabeza para ver hacia dónde miraba.

—El terreno debe quedar completamente despejado en cada salto —le explicó—. Todo lo que se encuentre dentro de él irá con nosotros.

—Entonces, ¿por qué tus tiendas y tus gitanos no vinieron hasta aquí?

—Lo que vuelve en el instante del regreso no es el campo entero sino sólo los ganchos y lo que esté en contacto con ellos. El gancho funciona igual que una banda de goma elástica en esas paletas a las que se ata una bola: hace falta energía para repeler la bola, y si una mosca se ha posado en la superficie de la paleta acompañar a la bola en su trayecto, pero sólo ésta volverá. Incluso los carruajes permanecerán ahí. De hecho —añadió, y las lamparillas daban luz suficiente como para que Doyle pudiera distinguir su sonrisa—, en mi salto pude darme cuenta de que tu ropa se queda aquí también, aunque el pelo y las uñas se las arreglan para acompañarte, así que después de todo Treff ha conseguido un poco de la diversión que buscaba. —Se rió—. Ésa es probablemente la razón de que sólo le devuelvan la mitad de lo que pagó.

Doyle contempló la lona que circundaba el terreno y sintió un repentino agradecimiento ante su presencia.

Los dos carruajes se acercaron a la valla, y a través del enrejado metálico Doyle pudo distinguir el camión, que tenía uno de sus lados completamente abierto gracias a un panel móvil. Junto al camión se había instalado un estrado de madera, que mediría unos treinta centímetros de alto, pero hacia casi veinte metros de anchura y longitud y se encontraba pegado a la valla; cuando los cocheros hicieron avanzar los caballos

para que los carruajes quedaran encima de él, la estructura retumbó como el estruendo de doce tambores golpeados al unísono. Varios hombres ataviados con monos de 1983, que les daban un aspecto curiosamente anacrónico, levantaron rápidamente unos postes de aluminio sobre la plataforma y luego colocaron sobre ellos una lona bastante gruesa, con lo cual los dos carruajes se encontraron en el interior de una gran tienda de forma cúbica. La tela brillaba débilmente a la apagada luz de las lamparillas y Doyle extendió la mano para tocarla.

—Una red de hilos de acero recubiertos de plomo —dijo Benner, con su voz más audible en el interior del recinto creado por la lona—. Es el mismo material con el que habían fabricado mi atuendo de esta tarde —añadió bajando el tono de voz—. El camión también está cubierto por tres lados.

Doyle estaba intentando impedir que Benner se diera cuenta de que le temblaban las manos.

—¿Hay algún tipo de explosión? —dijo, obligándose a mantener la voz firme—. ¿Sentiremos alguna sacudida?

—No, la verdad es que no se siente nada. Sólo…, bueno, como si te sacaran de un sitio muy deprisa para aparecer en otro.

Doyle oyó unos murmullos en la cabina que tenía debajo, y desde el otro carruaje le llegó la risa de Darrow. Uno de los caballos coceó el suelo despertando un sinfín de ecos.

—¿A qué están esperando? —musitó Doyle.

—Hay que darle tiempo a esos hombres para que lleguen a la puerta y salgan del terreno.

Aunque los carruajes permanecían inmóviles, Doyle estaba un poco mareado y el aceitoso aroma metálico de la extraña tienda se le estaba haciendo cada vez más insoportable.

—Lamento confesarlo —dijo—, pero ese olor es…

De pronto algo se desplazó violentamente sin que hubiera ningún movimiento perceptible, y todo lo que Doyle podía ver perdió su profundidad y dimensiones: ante sus ojos sólo quedó una oscuridad achatada en la cual nadaban manchas de luz imposibles de identificar. La barandilla del techo donde se aferraba era el único punto firme de apoyo que tenia; el norte y el sur habían desaparecido, igual que el arriba y el abajo, y de pronto se encontró otra vez en el sueño del que le había despertado la azafata la noche anterior, sintiendo cómo la vieja Honda patinaba horriblemente hacia un lado sobre el pavimento mojado, para luego dejarle caer en un aterrador movimiento horizontal, y oír el grito de Rebecca cortarse en seco con el primer golpe en el asfalto…

La plataforma de madera había cedido un poco y cuando los cuatro caballos y los dos carruajes se movieron se agrietó bastante. El suelo ya no era llano y los postes

metálicos cedieron de pronto, enterrándolo todo un instante después bajo los pesados pliegues de la lona metálica.

Doyle casi agradeció el dolor causado por uno de los postes, que rebotó en el techo del carruaje y le dio en el hombro, pues ese dolor estableció de nuevo para él dónde y cuándo estaba. «Si me duele debo de estar en el mundo real», pensó algo aturdido, apartando de su mente el vivido recuerdo del accidente y la moto. El olor que tanto le había disgustado era ahora muy fuerte, pues una parte de la lona oprimía su cabeza contra el techo del carruaje. Pensó que quizá no hubiera nada capaz de unir tanto a una persona con su realidad circundante como el hecho de encontrarse fatal.

Pero justo cuando creía haber reunido la energía necesaria para vomitar un poco levantaron la cortina de plomo y el fresco aire nocturno hizo que repentinamente la idea le pareciera impropia y más bien ridícula. Doyle miró a su alrededor y vio que los carruajes se encontraban en un campo iluminado por la luna y rodeado de grandes árboles.

—¿Te encuentras bien, Brendan? —dijo Benner y Doyle se dio cuenta de que lo decía por segunda vez.

—Sí, claro. Me encuentro perfectamente. Jesús, vaya salto, ¿no? ¿Se encuentran bien todos los demás? ¿Y los caballos? —Doyle se sintió bastante orgulloso al encontrarse formulando preguntas tan adecuadas y concisas, aunque también deseara, al mismo tiempo, que le fuera posible no gritar tanto y dejar de mover la cabeza de un lado a otro.

—Cálmate un poco, ¿quieres? —dijo Benner—. Todo va bien. Toma… bebe algo.

Desenroscó el tapón de una petaca y se la tendió a Doyle.

Un instante después, Doyle pensó que el licor resultaba todavía más efectivo que el dolor físico (y, probablemente, que el vomitar) en cuanto a reconciliarle con la realidad.

—Gracias —le dijo con voz algo más tranquila, al devolvérsela.

Brenner movió la cabeza lentamente, se guardó la petaca y bajó de un salto a la plataforma rota, y se dirigió luego hacia los guardias que estaban cavando un hoyo en la tierra y plegando la lona. En un espacio de tiempo tan corto que Doyle estuvo seguro de que debían haberlo practicado antes, la lona quedó enterrada y los guardias ocuparon nuevamente su lugar en los carruajes.

—Tendrías que ver la plataforma —dijo Benner, casi sin jadear—. Cuando saltamos al fondo se le rebanaron sus buenos cinco centímetros. Si no hubiéramos estado sobre ella los caballos se habrían quedado sin herraduras y a todas las ruedas les faltaría un trozo.

Los cocheros hicieron chasquear las riendas y los carruajes avanzaron traqueteando; abandonaron los tablones medio rotos y se situaron sobre la hierba. Luego, sin apresurarse, empezaron a cruzar el campo.

Unos cuantos minutos después habían llegado a un macizo de sauces que les ocultaba del camino y uno de los guardias bajó de un salto y echó a correr hacia adelante. Agazapándose lo más posible miró a derecha e izquierda y con la mano les indicó que no se movieran; unos segundos después un carruaje abierto pasó rápidamente, de izquierda a derecha, por su campo visual, en dirección a la ciudad. Doyle se le quedó mirando fascinado, algo impresionado también al pensar que la pareja de aspecto alegre, que había distinguido fugazmente a través del ramaje de los sauces, estaría muerta muy probablemente un siglo antes de que él naciera.

Las riendas chasquearon nuevamente y los arneses tintinearon al ponerse en marcha nuevamente los caballos; después de unos cuantos esfuerzos y algún que otro resbalón, los carruajes llegaron finalmente al camino. Giraron hacia la derecha y reanudaron la marcha, ahora a buena velocidad, hacia el este, en dirección a Londres. Las lamparillas, que habían parpadeado vacilantes durante el algo difícil paso del campo al camino, se balanceaban ahora con regularidad sobre sus soportes, arrojando reflejos amarillentos sobre los flancos de los caballos y la brillante madera de los carruajes, pero su luz palidecía ante la luna que cubría de escarcha los árboles y convertía el camino que tenían delante en una pálida ruta de cenizas.

«Y si corres raudo sin vacilar —pensó Doyle—, con la luz de una vela podrás llegar.»

# 2

*Nací en lugar oscuro y horriblemente lejano…*

*PERCY B. SHELLEY*

Por encima de las aceras repletas, las ventanas de los elegantes y señoriales balcones de la calle Oxford ardían como luminarias en la aún joven noche del domingo. Hombres y mujeres elegantemente vestidos iban y venían cogidos del brazo, silueteados por los escaparates y los umbrales de las casas, entrando o saliendo de los cabriolés, que luchaban entre si para conseguir moverse a lo largo de la calzada. El aire vibraba con el griterío de los cocheros, el chirrido estridente de centenares de ruedas sobre los adoquines, y con el más agradable y rítmico canturreo de los vendedores callejeros, que habían acudido desde la feria dominical celebrada al oeste, en Tottenham Court Road. Desde su asiento en lo alto del carruaje, Doyle podía oler la mezcla de los caballos, el humo de los puros, las salchichas calientes y los perfumes transportados con la fresca brisa nocturna.

Cuando torcieron a la derecha, por la calle Broad, Benner sacó una de sus pistolas (un complejo artefacto de cuatro recámaras, que parecía más bien una araña metálica gracias a sus incontables percutores y remaches) de la faltriquera de cuero y apoyó el codo en el tejado del carruaje, con el arma totalmente al descubierto apuntando hacia el cielo. Al mirar hacia adelante, Doyle vio que el resto de los guardias le habían imitado.

—Estamos entrando en los tugurios de Saint Giles —explicó Benner—. Por aquí hay tipos bastante duros, pero no se meterán con un grupo de hombres armados.

Doyle miró a su alrededor con cauteloso interés, contemplando las angostas callejuelas y los pequeños patios que brotaban a cada lado de la calle; casi todos estaban en tinieblas, pero en algunos se veían los reflejos de luces humeantes al otro lado de la esquina. aquí la venta callejera era aún más abundante, al menos en la calle principal, y los carruajes pasaron junto a docenas de puestos que vendían café, ropas viejas y montones de verduras distintas, vigilados por ancianas de aspecto formidable, que fumaban humeantes pipas de arcilla y observaban a la multitud con los ojos entrecerrados. Varias personas les gritaron cosas al pasar, con un acento tan pronunciado que Doyle apenas si pudo distinguir en sus palabras un «demonios» o alguna que otra «maldición», pero por el tono parecían más jocosos que amenazadores.

Miró hacia atrás y luego tocó a Benner en el brazo.

—No quiero ponerte nervioso —dijo a toda prisa—, pero ese carruaje de ahí…, el

que está detrás del carro de las patatas, el que parece una carreta del oeste. Lo llevamos detrás desde que entramos en Bayswater Road.

—Por el amor de Dios, Brendan, desde entonces sólo nos hemos desviado una vez —siseó Benner con impaciencia, volviéndose pese a todo para mirar—. Diablos, pero si es… —De pronto pareció algo pensativo—. Creo que es un carro de gitanos.

—Otra vez los gitanos —dijo Doyle—. No solían… quiero decir que normalmente no entraban demasiado en las ciudades grandes, ¿verdad?

—No lo sé —le replicó Benner con lentitud—. Ni tan siquiera estoy seguro de que sea en realidad un carro de gitanos, pero se lo diré a Darrow.

La calle fue haciéndose más angosta y oscura a medida que se acercaban a Saint Martin's Lane, y cuando pasaron junto al enorme edificio de la vieja iglesia, los grupos de hombres que les observaban desde los portales en penumbra hicieron que Doyle se alegrara ante las armas de Benner; la calle se ensanchó nuevamente, dando paso a la luz y el jolgorio cuando entraron en la gran avenida del Strand. Benner guardó nuevamente su compleja arma en la faltriquera.

—La Corona y el Ancla está justo al doblar la esquina —le dijo—. Y hace varias manzanas que no he visto a tu carro de gitanos.

Por entre los edificios, Doyle distinguió fugazmente el río Támesis brillando bajo la luna. Le pareció ver sobre él un puente que no estaba allí durante su visita de 1979, pero antes de que tuviera tiempo para orientarse realmente torcieron por una callejuela y se detuvieron con un chirrido ante un edificio de dos pisos, con vigas en la fachada y un cartel que se balanceaba sobre la puerta. *La Corona y el Ancla*, leyó Doyle.

Cuando los invitados bajaban de los carruajes gotas de lluvia empezaron a repiquetear sobre los adoquines. Darrow apareció ante ellos con las manos ocultas por un grueso manguito de piel.

—Usted —le dijo al hombre que había estado conduciendo el primer carruaje—, encárguese de los coches. El resto, adentro todos.

Y, poniéndose en marcha, encabezó el cortejo de diecisiete personas hacia el cálido interior de la taberna.

—Santo Dios, caballero —exclamó el chico que apareció a toda prisa para recibirles—, ¿todos ustedes vienen a cenar? Tendrían que habernos avisado antes, habríamos abierto la sala de banquetes… Pero veamos, quizá tenga suficientes sillas para…

—No hemos venido a cenar —le respondió Darrow con impaciencia—. Hemos venido para escuchar al señor Coleridge.

—¿Ah, sí? —El chico se volvió hacia un pasillo y gritó—: Señor Lawrence! ¡aquí hay otro grupo de gente que creía que éste era el domingo en que debía hablar ese poeta!

El rostro de Darrow palideció increíblemente, y de pronto no fue sino un hombre muy viejo vestido con un atuendo ridículo. El manguito cayó de sus manos para chocar con un leve ruido en el suelo de madera. Nadie dijo nada, aunque Doyle, bajo su sorpresa decepcionada, pudo sentir un ataque de risa histérica que pugnaba por huir a su control.

Un hombre de aspecto nervioso, seguido por un viejo regordete con larga cabellera gris, se acercó con premura a ellos.

—Soy Lawrence, el encargado —dijo—, y el señor Montagu dispuso la conferencia para el domingo que viene, el ocho de octubre, y el que todos ustedes hayan venido hoy no es culpa mía. El señor Montagu no está aquí y se pondría muy nervioso si…

Doyle había desviado la mirada casualmente hacia el anciano que permanecía inmóvil junto a Lawrence, y ahora no le quitaba los ojos de encima. El anciano pestañeaba como intentando disculparse ante todos, mientras el encargado seguía hablando y Doyle, cada vez más excitado, alzó la mano con tal rapidez que éste se detuvo a mitad de una frase.

—Creo que es usted el señor Coleridge, ¿no? —le dijo Doyle al anciano, inclinándose hacia adelante.

—Si —dijo éste—, y les pido disculpas a todos por…

—Perdóneme. —Doyle se volvió hacia Lawrence—. El chico nos indicó que en estos momentos quizá fuera posible acomodarnos en otro sitio.

—Bien, si, es cierto, pero la sala no ha sido barrida, no hay fuego… y además, el señor Montagu…

—A Montagu no le importará. —Se volvió hacia Darrow, que estaba recobrando un poco el color—. Señor Darrow, estoy seguro de que habrá traído la suficiente cantidad de dinero en efectivo para hacer frente a cualquier emergencia, y me imagino que si le da una suma adecuada, este caballero hará que enciendan el fuego y que sirvan comida en esa sala que ahora no utilizan. Después de todo, el señor Coleridge creía que iba a ser esta noche y nosotros también, así que, ¿debemos escucharle en la calle cuando hay tabernas con salas por utilizar? Estoy seguro —le dijo a Lawrence—, de que ni tan siquiera el señor Montagu podrá encontrar un defecto lógico en mi razonamiento.

—Bueno —dijo el encargado con cierta reluctancia—, hará falta utilizar a varios miembros del personal y no podrán encargarse de sus labores habituales… Tendremos que esforzarnos todos un poco más de lo corriente y

—¡Cien soberanos de oro! —gritó Darrow.

—Hecho —se apresuró a responder Lawrence, casi atragantándose—. Pero le ruego que no levante tanto la voz.

Coleridge parecía horrorizado.

—Caballero, no puedo consentir que…

—Soy un hombre repugnantemente rico —dijo Darrow, que ya había recobrado totalmente la compostura—, y el dinero no significa nada para mí. Benner, vaya a buscar esa cantidad al carruaje mientras el señor Lawrence nos enseña la sala que ocuparemos.

Rodeó con un brazo la espalda de Coleridge y con el otro la de Doyle, y el trío se puso en marcha siguiendo a la nerviosa figura del encargado.

—Por su acento tengo la impresión de que es usted norteamericano, ¿no? —dijo Coleridge, aún algo aturdido.

Doyle se dio cuenta de que pronunciaba claramente las r y pensó que debía ser obra de su acento nativo del Devonshire, aún detectable después de tantos años. Sin saber muy bien por qué, ello acentuaba aún más la impresión de vulnerabilidad que ya le había producido Coleridge.

—Si —respondió Darrow—. Somos de Richmond, en Virginia.

—Ah, siempre he querido visitar los Estados Unidos. Hubo un tiempo en que yo y algunos amigos tuvimos planes para hacerlo.

La sala, al otro extremo del edificio, estaba a oscuras y muy fría.

—No hace falta barrer —dijo Darrow mientras iba colocando con ademanes enérgicos las sillas a lo largo de la gran mesa—. Que enciendan las luces y el fuego, que traigan montones de vino y coñac; estaremos perfectamente.

—Inmediatamente, señor Darrow —dijo Lawrence, saliendo a toda prisa de la estancia.

Coleridge tomó otro sorbo de coñac y se puso en pie. Contempló a los presentes, que ahora ascendían a veintiuno, después de que tres hombres que habían estado cenando en una de las otras salas se enteraran de lo que iba a celebrarse y decidieran unirse al grupo. Uno de ellos había sacado un cuaderno de notas y sostenía entre los dedos un lápiz con aire expectante.

—Como todos ustedes sabrán, sin duda, tan bien como yo —empezó diciendo el poeta—, todo el tono de la literatura inglesa se vio alterado y cobró matices más apagados y sombríos cuando el partido de Cromwell dominó el Parlamento y los llamados popularmente Cabezas Redondas consiguieron, pese al «derecho divino de los reyes», acabar decapitando a Carlos I. Los esplendores atenienses de la era isabelina, pues no se extendieron sólo a su reinado, las luces que durante años habían abarcado tal gloria combinada en todas las disciplinas como jamás había conocido nuestra nación, cedieron el paso a la austeridad de los puritanos, los cuales se apartaron brutalmente, tanto de la extravagancia como de las brillantes ideas de sus predecesores en la historia. Cuando Cromwell ocupó el poder, John Milton tenía ya treinta y cuatro años y por ello, aunque apoyó al partido del Parlamento y saludó con placer el nuevo énfasis que éste ponía en la disciplina y el autocontrol más austero, su

manera de pensar se había formado durante el crepúsculo del periodo anterior…

A medida que Coleridge seguía hablando, cada vez con menos vacilaciones, y ganando en autoridad cuanto más se entusiasmaba con el tema, Doyle se encontró observando a los que le rodeaban. El hombre del cuaderno estaba muy ocupado tomando notas en alguna especie de taquigrafía y Doyle comprendió que debía ser el maestro de escuela mencionado por Darrow la noche anterior. Sus ojos se clavaron con cierta envidia en el cuaderno de notas. «Si la suerte me acompaña —pensó—, puede que consiga ponerle las manos encima dentro de ciento setenta años.» El hombre alzó la mirada, vio a Doyle y le sonrió. Doyle asintió levemente con la cabeza y se apresuró a desviar la mirada. «No pierdas el tiempo —se dijo algo furioso —. Sigue escribiendo.»

Los Thibodeau contemplaban a Coleridge con los ojos entrecerrados y por un instante Doyle temió que la pareja de ancianos se hubiera empezado a dormir, pero luego identificó su expresión absorta como la marca de una profunda concentración, y supo que estarían registrando la conferencia en sus mentes de forma tan precisa y completa como lo habría hecho una cinta de video.

Darrow estaba mirando al poeta con una sonrisa tranquila y satisfecha. Doyle supuso que no se estaría enterando demasiado de la conferencia y que, sencillamente, le alegraba que su público disfrutara del espectáculo.

Benner se miraba las manos como si todo esto fuera sólo un interludio, un pequeño descanso previo a un gran esfuerzo que debería realizar en el futuro. Doyle se preguntó si Benner estaría preocupado pensando en el viaje de regreso a través de los tugurios, aunque en la ida no había parecido demasiado intranquilo.

—De ese modo, Milton refina la pregunta hasta convertirla en un asunto de fe —dijo Coleridge, a punto de concluir la conferencia—, y una clase de fe mucho más independiente y autónoma; y, de hecho, más fuerte aún que la buscada por los puritanos. Milton nos dice que la fe no es una flor exótica, que debe ser trabajosamente conservada, excluyendo casi todos los aspectos del mundo cotidiano, ni tampoco una ilusión provechosa, que debe ser sostenida mediante sofismas y medias verdades, al igual que la creencia de un niño en san Nicolás… No es, brevemente, una prudente y ciega adherencia a un credo estructurado sino que, de ser algo, más bien debe ser una clara y vivaz obra de reconocimiento, de comprender las tendencias y los modelos que pueden ser hallados en la más pequeña hebra con que está hecho el mundo material, pues esas hebras son los hilos de Dios. Por ello, la religión no puede ser más que consejo y aclaración y no puede revestirse con las espuelas de la fuerza, ya que solamente la creencia y la conducta a la cual se ha llegado mediante una convicción libre son susceptibles de condena o alabanza. Siendo así, puede considerarse una mutilación criminal de los derechos individuales mantener voluntariamente a alguien en la ignorancia de cualquier hecho u opinión, y

no hay pieza alguna del pensamiento que pueda ser juzgada como inadmisible, pues cuantas más piedras se añadan al mosaico, ya sean brillantes u oscuras, más clara será la imagen que tengamos de Dios.

Hizo una pausa y contempló a su público. Luego murmuró un Gracias apagado y volvió a sentarse. Doyle se dio cuenta de que ahora abandonado por el fuego de la oratoria, el poeta se había convertido nuevamente en el anciano regordete y algo tímido que habían conocido al entrar en la taberna, pese a que durante la conferencia había parecido una figura impresionante.

—¿Alguna pregunta, algo que deseen aclarar o con lo que no estén de acuerdo? —dijo Coleridge.

Percy Thibodeau le acusó hábilmente de haber leído el ensayo de Milton sólo para encontrar en él sus propias opiniones, y apoyó su juicio en las citas de algunos de sus propios ensayos. El poeta, obviamente halagado, le replicó con amplitud, señalando los muchos puntos en los cuales difería de Milton.

—Pero cuando se trata con un hombre de su estatura —dijo sonriendo—, la vanidad me incita a extenderme más sobre las opiniones que comparto con él.

Darrow sacó un reloj del bolsillo de su chaleco, lo miró y se puso en pie.

—Me temo que debemos ponernos en camino —dijo—. El tiempo y la marea no esperan a nadie y tenemos por delante un largo viaje.

Las sillas se apartaron de la mesa con ruidosos chirridos y todos se pusieron en pie para buscar sus gabanes. Casi todos, incluido Doyle, se detuvieron a estrechar la mano de Coleridge y Percy Thibodeau le besó en la mejilla.

—No creo que su Sara haga ninguna objeción por el hecho de que le bese una mujer de mis años —dijo.

La mujer que Doyle creía era una célebre espiritista, como era de esperar, había empezado a entrar en algún tipo de trance y Benner fue rápidamente hacia ella para murmurarle algo al oído con una sonrisa. La mujer recobró instantáneamente la conciencia y permitió que la cogieran del codo y la sacaran de la sala.

—Benner —dijo Darrow—, oh, lo siento, siga… Señor Doyle, ¿tendría la bondad de hablar con Clitheroe para que traiga los carruajes a la entrada de la taberna?

—Por supuesto.

Doyle se detuvo en el umbral para mirar por última vez a Coleridge; temía no haber estado demasiado atento y no haber sacado de la velada tanto como, por ejemplo, los Thibodeau. Luego, con un suspiro, salió de la estancia.

El pasillo estaba muy oscuro y el suelo algo desnivelado; Benner y la médium habían desaparecido. Doyle dobló una esquina a tientas, pero en lugar de la entrada se halló al pie de una escalera de caracol cuyos últimos peldaños estaban iluminados por un velón situado en una hornacina de la pared. «Debe de ser al otro lado», se dijo, dándose la vuelta.

Y entonces sufrió un violento sobresalto, pues justo detrás de él se encontraba un hombre muy alto; su rostro estaba desagradablemente surcado de arrugas, como si hubiera vivido durante mucho tiempo, y tenía una expresión muy poco agradable de ver en el semblante, en tanto que su cabeza era tan calva como la de un buitre.

—Dios santo, qué susto me ha dado —exclamó Doyle—. Discúlpeme, pero al parecer me he…

Con una fuerza sorprendente el hombre cogió la mano de Doyle y, haciéndole girar en redondo, la alzó de pronto hasta los omoplatos; Doyle boqueó ante el repentino dolor y, en ese mismo instante, una tela húmeda le cubrió el rostro de tal modo que en vez de aire al inhalar sintió el agudo aroma del éter. Sintiéndose perdido dio una patada hacia atrás con la fuerza que proporciona el pánico, pero aunque sintió cómo el tacón de su bota chocaba duramente con un hueso, los poderosos brazos que le sostenían no vacilaron ni un segundo. Sus esfuerzos le hicieron aspirar todavía más aprisa el éter, pese a que intentó contener el aliento. Sintió una cálida masa de negrura e inconsciencia hinchándose en su nuca y se preguntó frenéticamente por qué alguien, Darrow, Benner, incluso Coleridge, no aparecían por la esquina del pasillo para lanzar un grito de alarma.

Y con el último destello de conciencia que tuvo antes del desmayo, de pronto pensó que éste debía de ser «el viejo calvo y de aspecto cadavérico» al que Benner había dado un susto en su tienda de Islington en 1805, cinco años atrás o quizá unas pocas horas antes.

El paseo nocturno del que «Detestable» Richard había estado gozando como un placentero descanso en su agotadora tarea de ir derritiendo un suministro aparentemente interminable de cucharillas de alpaca, se había ido echando a perder por la descripción que le hizo Wilbur de la llegada de su presa al campo.

—Salí sin ser visto y seguí al viejo —le había murmurado Wilbur, mientras esperaban en el pescante del carro a que volviera su jefe—, y él fue andando con mucha lentitud por el bosque, deteniéndose de vez en cuando, con un par de sus raros juguetes… Llevaba esa vasija de arcilla con ácido y plomo dentro, ya sabes cuál, esa que te pica si tocas los dos botones metálicos de la parte de arriba. De vez en cuando se paraba para tocarla, vete a saber por qué, y pude ver que cada vez apartaba la mano de golpe cuando sentía la picadura. Y también llevaba esa especie de telescopio con los sucios dibujos. —Richard sabía que se refería al sextante. Wilbur siempre había pensado que ese nombre tenía algo que ver con el sexo, y por lo tanto daba por sentado que el jefe estaba viendo imágenes pornográficas cuando lo utilizaba—. Y se detuvo un montón de veces para mirar por él, me imagino que para no dejar que se le helara la sangre, ya sabes. así que le estuve vigilando detrás de un árbol, mientras él empezaba a cruzar ese campo, echándoles un vistazo a sus dibujitos y luego

dejándose picar por el otro juguete, y pensé que quizá estuviera preocupado. Entonces tocó la vasija y no movió la mano. Miró la vasija y la sacudió bien fuerte, y luego volvió a tocarla pero no le picó; yo pensé que se habría roto. Después de eso volvió corriendo muy de prisa hacia los árboles, sin pararse para nada, y yo me escondí lo mejor que pude, temiendo que me viera. Pero no me vio, y cuando me atreví a echar otro vistazo, él estaba detrás de un árbol a unos veinte o treinta metros de mí, con los ojos clavados en el campo vacío. Y eso hice yo también, aunque ya estaba muy asustado, porque fuera lo que fuese le había hecho poner nervioso incluso a él.

Wilbur hizo una pausa para recobrar el aliento y Richard metió la mano en el interior de su camisa para taparle los oídos a su monito de madera con el pulgar y el índice, pues siempre había sospechado que oír cosas tan aterradoras como ésa podían ponerle nervioso.

—Bueno —prosiguió Wilbur—, nos quedamos ahí durante unos minutos y yo no me atrevía a irme por miedo a que me oyera. Y, de pronto, se oyó un ruido apagado pero fuerte, y también una fuerte ráfaga de viento, que agitó las copas de los árboles; entonces miré justo a tiempo de ver una gran tienda negra que se derrumbaba en mitad del campo. —En ese punto de su narración había extendido la mano para apretar el hombro de «Detestable» Richard—. ¡Y cuando miré atrás no estaba ahí! Sencillamente apareció, ¿entiendes? Hice los signos contra el mal de ojo y murmuré ¡Ajo!, al menos una docena de veces, pues cualquiera habría podido darse cuenta de que eso era obra del Negro. Y luego un par de *chals* bien vestidos salieron a rastras de la tienda y la recogieron y, ¿qué crees que había dentro? ¡Pues dos carruajes, con las lámparas encendidas y todo! Y en los dos había gente y los caballos estaban listos para la marcha. Y entonces uno de esos *chals* del Negro dijo casi chillando: «¡Vaya salto! ¿Se encuentran todos bien? ¿Y los caballos?» Otro le hizo callar y luego dos de ellos plegaron la tienda y la enterraron, y los dos carruajes se fueron por el camino. Entonces el jefe volvió corriendo al campamento conmigo detrás, y nos hizo coger este carro para seguirles.

Wilbur se había retirado ahora a la parte trasera del carro y, a juzgar por su ruidosa respiración, estaba aprovechando esa oportunidad para dormir un poco. «Detestable» Richard le envidió esa habilidad que poseía para no pensar en cosas inquietantes. El viejo gitano se removió inquieto en el pescante y contempló la negra puerta de La Corona y el Ancla. Sólo el encontrarse en la ciudad bastaba ya para ponerle nervioso; todos los *gorgios* le miraban, y los *prastamengros* siempre estaban ansiosos de meter a un chal gitano en prisión, pero el saber que en el asunto había algo de brujería hacia que hasta la cabeza le doliera por miedo al peligro. Richard poseía la nada gitana habilidad de comparar las situaciones actuales con las pasadas y por un instante deseó, con cierta melancolía, que Amenofis Fikee no hubiera

desaparecido ocho años antes: mientras fue el jefe el botín siempre fue abundante y la vida había resultado mucho menos ajetreada. Metió nuevamente la mano en el interior de su camisa y acarició tranquilizadoramente la cabeza del mono con su pulgar.

La puerta trasera de la taberna se abrió con un crujido y el doctor Romany avanzó con su paso oscilante hacia el carro, llevando un cuerpo inconsciente a la espalda.

—Arriba, Wilbur —siseó Richard, un instante antes de que su jefe apareciera en la parte posterior del carro.

—Ayúdame a subirle, Wilbur —dijo Romany en voz baja.

—*Avo, rya* —dijo Wilbur, que había despertado al instante y no daba señales de haber estado durmiendo.

—Con cuidado, imbécil. No le des ningún golpe en la cabeza… necesito lo que hay dentro de ella. *Avo*, sobre las mantas, así, justo. Ahora, átale y amordázale. —El anciano jefe de los gitanos cogió la lona del carro y la ató fuertemente. Luego, con una agilidad sorprendente pese a su incómodo calzado, rodeó el carro a toda velocidad y se instaló en el pescante junto a Richard—. Es evidente que van a marcharse de un momento a otro —le dijo—. Tengo a uno, pero debemos seguir a los demás.

—*Avo, rya* —accedió Richard.

Chasqueó la lengua para poner en marcha a los caballos y el carro empezó a rodar con un leve susurro cuando la lona que lo cubría oscilaba sobre los grandes aros de hierro que hacían de soportes. Dos manzanas al este de la taberna torcieron por el Strand y se quedaron inmóviles junto a la acera.

Estuvieron esperando durante casi media hora, y durante ese tiempo se les acercaron bastantes personas, atraídas por las barrocas letras pintadas en la lona, proclamando la presencia de la FERIA AMBULANTE EGIPCIA DEL DOCTOR ROMANY. De pronto, el doctor Romany miró a lo lejos frunciendo el ceño.

—¡Richard, ahí van por fin! Síguelos.

Las riendas chasquearon y el carro se unió al torrente del tráfico. La calle estaba repleta de carretas y landós, y los dos carruajes les estaban ganando bastante terreno; el viejo gitano tuvo que ponerse de pie en el pescante y usar hasta el último gramo de su sabiduría con los caballos para no perder de vista a su objetivo.

Mientras torcían a la derecha en Saint Martin's Lane, el doctor Romany sacó un reloj de su bolsillo, sin hacer caso de los gritos de miedo e irritación que su brusco giro había causado en los demás cocheros, lo miró y volvió a guardarlo.

—Deben de tener la intención de llegar a la puerta antes de que se cierre —le oyó decir Richard, como si hablara consigo mismo.

Los tres vehículos avanzaron apresuradamente siguiendo a la inversa el camino que habían trazado unas horas antes. Cuando llegaron a la calle Oxford, Richard ya

estaba seguro de que el hombre de la parte trasera del segundo carruaje se había dado cuenta de que tras él venía un carro sin la menor intención de perderle de vista. Y apenas Hyde Park hubo quedado a la izquierda y se encontraron rodeados por la oscuridad de los campos, hubo un destello y un estampido apagado que procedía del segundo carruaje, y una bala rebotó en el aro de hierro, justo encima de la cabeza de Richard.

—*¡Pre mi mullo dadas!* —exclamó el viejo gitano, tirando instintivamente un poco de las riendas—. Ese bribón nos está disparando!

—¡Maldito sea tu difunto padre, corre más! —gritó Romany—. He practicado un hechizo para desviar sus balas.

Richard apretó los dientes y, protegiendo a su pobre mono de madera con un brazo, espoleó a los caballos con las riendas hasta hacerles recobrar su velocidad anterior. El aire era frío y húmedo, y por un instante sintió el deseo de estar nuevamente en su tienda, trabajando con el crisol y los moldes.

—Está claro que van a ese campo que hay al otro lado de los árboles —le dijo Romany—. Coge por el siguiente atajo y daremos la vuelta hacia nuestro campamento.

—¿Por eso nos hizo cambiar de sitio el campamento, *rya*? —le preguntó Richard, mientras frenaba a los caballos, agradecido, dejando que los otros dos carruajes desaparecieran por el camino—. ¿Sabía acaso que volverían?

—Sabía que alguien podía volver aquí —murmuró Romany.

El carro avanzó dando saltos a lo largo del sendero, que se apartaba de Bayswater Road para dirigirse hacia el sur por el cinturón de árboles. Junto a las tiendas y los fuegos humeantes del campamento no se veía a nadie, pero el carro fue recibido por varios perros, que se quedaron contemplando a los recién llegados y luego fueron trotando hacia las tiendas para contarles a sus amos, mediante complejos meneos de rabo y cabriolas, que los recién llegados también eran gitanos. Un instante después apareció una pareja de hombres que se acercó al carro.

Romany bajó de un salto, torciendo el gesto al sentir cómo los resortes de sus botas absorbían el impacto del golpe.

—Lleva a nuestro prisionero a su tienda, Richard —le dijo—, y asegúrate de que no está herido y de que no va a tener ocasión de huir.

—*Avo, rya* —replicó el viejo gitano.

Su jefe partió a la carrera, con su peculiar paso oscilante, hacia los árboles que separaban el campamento del campo donde, según Wilbur, se habían materializado los desconocidos que tan criminales intenciones habían manifestado durante la persecución.

Richard recordó de pronto el osado espionaje de Wilbur y decidió que él no sería menos.

—Llévale a mi tienda, Wilbur —dijo—, y átale como si fuera una herradura vieja…, volveré en seguida.

Le guiñó el ojo aparatosamente al otro gitano, que se había quedado satisfactoriamente boquiabierto, y luego partió en persecución del jefe.

Se desvió un poco hacia la izquierda, para así llegar a los árboles unos cientos de metros más al oeste de donde habría llegado Romany: pudo oír cómo el viejo escogía cuidadosamente su camino entre la arboleda sin hacer apenas ruido, aunque no tan silencioso como habría sido un gitano, y cuando Romany se quedó quieto detrás de un gran tronco en el límite del campo, Richard ya estaba agazapado bajo un arbusto, sin haber hecho ni el más mínimo ruido.

Los carruajes estaban en el centro del campo, y sus ocupantes habían bajado para formar un grupo a unos metros de distancia. Richard contó a diecisiete, incluidas varias mujeres.

—¿Quieren escucharme? —dijo en voz alta un anciano, claramente preocupado—. No podíamos quedarnos más tiempo para buscarle; ya hemos reducido peligrosamente nuestro margen de seguridad. Infiernos, acabamos de llegar aquí y sólo quedan unos cuantos segundos hasta que se cierre el agujero. Evidentemente, Doyle decidió…

Se oyó un estampido apagado y todos cayeron fláccidamente al suelo. Un instante después, Richard se dio cuenta de que en el suelo sólo había ropas… quienes las habían llevado ya no estaban, se habían esfumado. Los caballos y los carruajes habían quedado abandonados en el campo desierto, iluminado por la luna.

—Eran *mullo chals* —murmuró Richard, horrorizado—. Fantasmas! Ajo, ajo, ajo… —Vio cómo el doctor Romany cruzaba a la carrera el campo y se puso en pie sacando el mono de su camisa—. No hace ninguna falta que me lo digas —le susurró—. Nos vamos.

Y echó a correr por entre los árboles en dirección al campamento.

Aunque al principio Doyle no logró reunir las fuerzas necesarias para abrir los ojos, el espantoso sabor a desinfectante y el olor que aún parecía llenar su cabeza le indicaron que se encontraba otra vez en el consultorio del dentista, recuperándose. Se pasó la lengua por el interior de la boca, intentando averiguar qué diente le habían sacado esta vez. Pensó que el sillón en el que estaba tendido resultaba más bien incómodo, como lleno de bultos y, con cierta irritación, se preguntó dónde estaba la enfermera, que siempre le traía un tazón de chocolate después de las extracciones.

Abrió los ojos y le disgustó bastante ver que no se encontraba en el consultorio del dentista y, por lo tanto, era muy probable que fuera a quedarse sin chocolate. Estaba en una tienda y, por la luz de una linterna sorda colocada sobre una mesa cercana, pudo ver a dos hombres morenos, con bigotes y pendientes en las orejas, que

le miraban, sin que él supiera por qué, con cierto temor. Uno de ellos, el que ya tenía bastantes canas, jadeaba como si hubiera acabado de correr un buen trecho.

Doyle parecía incapaz de hacer funcionar sus brazos y sus piernas, pero de pronto recordó que estaba en Inglaterra para dar una conferencia sobre Coleridge a un viejo loco llamado J. Cochran Darrow. «Y me dijo que tendría una habitación de hotel —pensó enfadado—. ¿Es así como llama a esta condenada tienda? ¿Y quiénes son esos payasos?»

—¿Dónde está? —graznó—. ¿Dónde está Darrow? —Los dos hombres retrocedieron un paso sin dejar de mirarle. Lo más probable era que no trabajaran para Darrow—. El anciano con el que estaba —dijo con impaciencia—, ¿dónde se encuentra ahora?

—Se ha ido —dijo el que jadeaba.

—Bueno, pues llámenle —replicó Doyle—. El número estará probablemente en la guía.

Los hombres dieron un respingo y uno de ellos sacó un monito de madera de un bolsillo y le apretó la cabeza con el índice y el pulgar.

—¡No vamos a llamar a ningún fantasma *gorgio* para ti, *chal* del Negro! —le dijo con voz sibilante—. ¡Nada de eso, por mucho que el número de la bestia se encuentre de verdad en la Biblia *gorgio*!

En ese instante un perro entró en la tienda, trazó rápidamente un círculo con el rabo entre las patas, y se fue.

—El *rya* ha vuelto —dijo el hombre del monito—. Ve por la parte de atrás, Wilbur.

—*Avo* —dijo Wilbur sin hacerse de rogar, y se arrastró bajo la lona de la tienda.

Doyle estaba mirando hacia la entrada de la tienda. Cuando el perro había apartado la lona había podido ver que afuera era de noche, que estaban en el campo y el aire frío que había rozado brevemente su rostro olía a hierba y árboles. Su memoria se había librado por fin de las nieblas del éter, y se había puesto en funcionamiento, revisando, cada vez con más ansiedad, todo lo sucedido. Si, el salto había funcionado, y luego la ciudad, después los tugurios y, si, ¡Coleridge! Y la señora Thibodeau le besó… De pronto, Doyle sintió un frío vacío en el abdomen, la frente se le cubrió de sudor y recordó al hombre calvo que le había cogido la mano.

«¡Oh, Dios mío —pensó horrorizado—, no pude llegar a tiempo para el salto de regreso, me encontraba fuera del campo cuando el agujero se cerró!»

La lona de la entrada se apartó a un lado y el hombre calvo, que le había secuestrado en la taberna, avanzó hacia él con un extraño paso elástico y oscilante. Sacó un puro de un bolsillo y fue hacia la mesa, se inclinó sobre la linterna y lo encendió. Luego se acercó al catre donde yacía Doyle y una de sus poderosas manos le cogió la cabeza, en tanto que la otra acercaba el extremo encendido del puro a su

ojo izquierdo. Doyle, aterrado, arqueó el cuerpo, moviendo arriba y abajo sus pies atados, pero por mucho que se esforzó su cabeza estaba atrapada en una trampa indestructible. Sintió el calor en su ojo a través del párpado firmemente apretado; el ascua del puro debía de estar a un centímetro de él.

—¡Oh, Dios mío, basta! —gritó—. ¡Socorro, deténganle, aléjenle de mí!

Un instante después el calor desapareció y sintió que le soltaban la cabeza. La movió de un lado a otro, mientras el ojo izquierdo se le llenaba de lágrimas. Cuando pudo ver nuevamente con claridad, distinguió al hombre calvo de pie, junto al catre, dando pensativas chupadas a su puro.

—Lo sabré todo —dijo el hombre calvo—. Me dirás de dónde habéis venido, cómo usáis las puertas para viajar y cómo las habéis descubierto…, lo sabré todo. ¿Me he explicado bien?

—Sí —gimió Doyle—. «Maldito seas, J. Cochran Darrow, —pensó con furia—, y ojalá el cáncer se te coma vivo. ¡No era cosa mía ir a buscar los carruajes!» Si, se lo diré todo. De hecho, si me hace un favor le convertiré en un hombre rico.

—Un favor… —repitió el viejo en tono meditabundo.

—Sí. —A Doyle le escocía la mejilla húmeda por las lágrimas, y el no poderse rascar le estaba volviendo loco—. Y no estoy bromeando en cuanto a lo de hacerle rico. Puedo decirle lo que debe comprar, las inversiones que debe hacer… Es probable que pueda decirle dónde encontrar tesoros ocultos si tengo el tiempo suficiente para pensar en ello… oro en California… La tumba de Tutankhamón…

El doctor Romany agarró las cuerdas que ceñían el pecho de Doyle y le alzó en vilo del catre, inclinándose de tal modo que su rostro quedó a unos centímetros del suyo.

—¿Vuestra gente sabe eso? —susurró—. ¿Dónde está?

La incómoda posición de Doyle estaba haciendo que la cuerda le mordiera los flancos y la espalda con un dolor tal que tuvo la sensación de que perdería nuevamente el conocimiento, pero se dio cuenta de que, sin saber cómo, había irritado bastante a ese viejo, que parecía tener tan malas intenciones.

—¿Cómo…? —logró farfullar—. ¿Qué dónde está la tumba del rey Tut? Si… ¡pero bájeme, no puedo respirar!

Romany abrió la mano y Doyle cayó bruscamente sobre el catre; el golpe aturdió todavía más su ya mareada cabeza.

—Entonces, ¿dónde está? —le preguntó Romany con una voz peligrosamente suave.

Doyle miró a su alrededor con desesperación. En la tienda sólo estaba, aparte de ellos dos, el viejo gitano con su mono; no le quitaba los ojos de encima a Doyle y repetía sin cesar algo ininteligible.

—Bueno —dijo Doyle, vacilante—, haré un trato con…

Unos segundos después se dio cuenta de que si le zumbaba el oído y le ardía la mejilla al mismo tiempo, ello se debía a que el anciano le había propinado un fuerte golpe en esa zona.

—Entonces, ¿dónde está? —repitió amablemente Romany.

—Jesús, hombre, cálmese! —De pronto, se convenció de que su torturador ya sabía dónde se encontraba la tumba, y lo único que deseaba era asegurarse de que no estaba mintiendo. Vio la mano de Romany alzándose de nuevo—. ¡En el Valle de los Reyes! —chilló—. ¡Está bajo las chozas de los trabajadores que construyeron la tumba de algún otro faraón! Ramsés, o quizá fuera otro nombre, no lo sé…

El viejo frunció el ceño y durante unos segundos eternos se limitó a chupar su puro.

—Me lo dirás todo —dijo luego.

Acercó una silla al catre y se instaló en ella, pero en ese momento el perro entró trotando nuevamente en la tienda y, volviéndose hacia la entrada, gruñó quedamente.

—*Gorgios* —susurró el viejo gitano, atisbando por entre la lona—. ¡Que *Duvel* nos salve, *rya*, son los *prastamengros*!

Doyle tragó todo el aire que pudo, sintiéndose como alguien que va a saltar desde una altura peligrosa, y gritó «¡Sooo-coooo-rrooo!» con todo el volumen del que fueron capaces sus pulmones y su garganta.

Sin perder un segundo, el viejo gitano giró en redondo y dio una patada a la linterna, rompiéndola y derramando el aceite en llamas sobre un costado de la tienda; al mismo tiempo, Romany tapó con una mano la boca de Doyle y le hizo volver la cabeza de tal modo que sólo podía ver el suelo. Doyle oyó cómo el viejo gitano gritaba «¡Socorro, fuego!», un segundo antes de que el puño del doctor Romany se estrellara justo detrás de su oreja izquierda, lanzándole nuevamente a la inconsciencia.

Un par de tiendas estaban ardiendo y a Doyle le molestó un poco el ser incapaz de enfocar la mirada; no quería preocuparse por ahora de la mordaza con sabor a lana que tenía metida en la boca, o de las cuerdas que le apretaban las muñecas contra las caderas; esos incendios le parecían una distracción de primera categoría si lograba echarles un vistazo. Recordó vagamente que el inquietante hombre calvo le había dejado apoyado en este árbol, se había detenido lo suficiente para tomarle el pulso y subirle los párpados para mirarle la pupila antes de volver corriendo al incendio y a los gritos que surgían de él. Eso era realmente lo que le había despertado… el dolor producido por los callosos pulgares del viejo en su párpado quemado.

Echó la cabeza hacia atrás y le sorprendió ver dos lunas en el cielo. Su cerebro estaba funcionando como un coche necesitado de una buena puesta a punto, pero no tardó en deducir que eso significaba que veía doble y, por lo tanto, que sólo una

tienda estaba ardiendo. Con un cierto esfuerzo físico logró que las dos lunas se fundieran en una. Inclinó nuevamente la cabeza y vio sólo un incendio. Una ola de aire frío pareció abrirse paso a través de la cálida confusión de su mente y, de pronto, fue consciente de todo cuanto le rodeaba: las piedras y la hierba bajo él, la áspera corteza del tronco en su espalda y el doloroso apretón de las cuerdas.

Sin ningún aviso previo, una náusea repentina hizo que los refinados platos de Darrow le vinieran a la boca y Doyle, con el cuerpo envarado, se obligó a luchar contra el reflejo y volvió a tragarlos. La brisa nocturna helaba el sudor, que había constelado repentinamente su cara y sus manos y, con otro esfuerzo, Doyle se obligó a no pensar en lo que habría sucedido en caso de vomitar mientras aún estaba inconsciente, y tenía la mordaza en la boca. Empezó a luchar para liberarse de ella; la empujó con la lengua y luego la sostuvo entre los dientes, de modo que su lengua pudiera retroceder para empujarla de nuevo. Por fin logró quitársela, aunque seguía con la cinta de cuero que la había sostenido alrededor del rostro, y agitó la cabeza hasta que la mordaza cayó sobre la hierba. Respiró profundamente e intentó pensar. No podía recordar cómo había llegado a encontrarse apoyado en ese árbol, contemplando el incendio, pero si recordaba el puro del viejo y el golpe que le había dado en la cara. Sin ser muy consciente de ello, se apartó del árbol, cayó de bruces en el suelo y empezó a rodar, alejándose.

Se estaba mareando y notaba que su recién recobrada claridad mental volvía a escaparse, pero siguió avanzando sobre la oscura hierba, empujándose con el talón, luego con una sacudida del hombro y dejando que la inercia del movimiento al rodar le ayudara para empezar el siguiente ciclo. Tuvo que detenerse dos veces a causa de violentos accesos de náuseas, y le alegró haber conseguido librarse de la mordaza. Un tiempo después había olvidado ya por completo la razón por la que había decidido iniciar tan peculiar forma de locomoción, y empezó a imaginarse que era un lápiz rodando hacia el borde de un escritorio, o quizá un cigarrillo encendido que resbalaba por el brazo de un asiento… pero no quería pensar ahora en cigarrillos o puros.

De pronto, se encontró en el aire y su cuerpo se tensó convulsivamente un instante antes de caer en una corriente de agua helada. Logró salir a la superficie, pero sus pulmones aturdidos por el frío eran incapaces de tragar aire, y un segundo después se encontró nuevamente sumergido, con los brazos y las piernas esforzándose inútilmente contra sus ataduras. «Ahora es cuando me muero», pensó, pero siguió pataleando, y cuando su cabeza asomó otra vez en el agua logró tragar una gran bocanada de aire.

Después de haber controlado su pánico inicial, descubrió que no le resultaba demasiado difícil flotar con los pies por delante y retorcerse aproximadamente cada medio minuto para asomarse a la superficie y respirar.

«Este río tendrá que hacerse un poco menos profundo antes de llegar al Támesis

—pensó—, y cuando lo haga, encontraré un modo de llegar a la orilla.»

Su talón chocó con algo y el golpe le hizo girar en redondo. Su hombro se estrelló en una roca y Doyle lanzó un chillido de dolor. La siguiente roca le dio en la cintura, pero consiguió que sus músculos torturados encorvaran su cuerpo lo suficiente como para mantenerse pegado a ella mientras recuperaba el aliento. La corriente de agua, que sentía en la espalda, le ayudaba a mantenerse varado en la roca, pero muy pronto empezó a notar que resbalaba; arañó con una mano la piedra húmeda, pero no consiguió nada; en apenas un segundo perdió bastante confianza en su habilidad para llegar a la orilla sin que le ayudaran.

—¡Socorro! —gritó.

El esfuerzo de gritar le hizo perder su asidero en la roca y, al mismo tiempo, le recordó que ya había chillado de la misma manera un poco antes durante la noche.

«¡Que *Duvel* nos salve, *rya*, son los *prastamengros*!», pensó, mientras la corriente se lo llevaba de nuevo río abajo como un corcho a la deriva, apenas sin fuerzas ya para intentar nada.

Gritó dos veces más pidiendo auxilio mientras giraba indefenso entre las aguas, tan pronto con la cabeza encima como debajo del agua, y cuando por fin, desesperado, se dio cuenta de que sólo tenía fuerzas para gritar una vez más, emergió todo lo que pudo del agua, llenando los pulmones para hacer de ese último grito algo digno de oírse… y en ese momento algo frío y afilado atravesó su levita y empezó a tirar de él contra la corriente.

Doyle dejó escapar todo su aliento contenido en un salvaje aullido de sorpresa.

—¡Santo Dios, amigo —exclamó una voz algo sobresaltada muy cerca de él—, cálmese, le estoy rescatando!

—Creo que le has roto la columna, papá —dijo con nerviosismo una voz de muchacha.

—Siéntate, Sheila, que no se la he roto. Vete al otro lado, ahí; no queremos que la barca se vuelque mientras subo a bordo a este pobre hombre.

Doyle era empujado con cierta dificultad en contra de la corriente, y al mirar por encima del hombro vio a varias personas en un bote de remos; uno de los ocupantes, un hombre de edad avanzada, estaba tirando del palo con un garfio en la punta, con el cual le había pescado. Doyle dejó que el garfio sostuviera todo su peso, y su cuerpo se aflojó casi por completo; con la cabeza medio sumergida en el agua, se inclinó hacia atrás para contemplar la luna, mientras que sus pulmones absorbían golosamente la máxima cantidad posible del fresco aire nocturno.

—Dios mío, Meg, mira esto —dijo el hombre mientras su palo resonaba en la borda y dos manos cogían a Doyle por los hombros—, está atado con cuerdas, como si fuera un maldito salchichón para curar…

Una mujer murmuró algo que Doyle no pudo oír.

—Bueno —siguió diciendo el hombre—, no podía dejar que pasara a nuestro lado, arrastrado por la corriente, y saludarle sólo con la mano, creo yo. Además, estoy seguro de que comprender en seguida que somos pobres comerciantes, agobiados por el trabajo, y que, incluso un retraso como éste para obrar como buenos samaritanos, nos cuesta dinero. Eso es algo fácil de ver. —Hubo un chasquido y unos segundos después la hoja de un cuchillo, guiado por una mano experta, empezó a cortar sus ligaduras—. Eso es, ahora levante los pies, ya que hemos empezado bien podemos quitarlas todas. Bien, ya está. Ahora, veamos si…, maldición, Sheila, ¿no te había dicho que te sentaras al otro lado del bote?

—Quería ver si le habían torturado —dijo la joven.

—Yo creo que ya es una tortura suficiente que te aten de pies y manos para tirarte al arroyo de Chelsea, y que una vez te han pescado de él tengas que oír las tonterías de una niña. Siéntate.

El hombre levantó a Doyle por la pechera del traje y luego, pasando la mano por encima de su hombro, echó a un lado los empapados faldones de la levita y, cogiéndole por la cintura de los pantalones, le hizo pasar en un segundo sobre la borda, depositándole en el bote. Doyle intentó cooperar pero se encontraba demasiado débil y lo único que pudo hacer fue rozar sutilmente la borda con los dedos cuando le izaron. Se quedó inmóvil en el suelo del bote, concentrado todavía en los sencillos placeres de relajarse y respirar.

—Gracias —logró jadear—. No habría podido… mantenerme a flote… un minuto más.

—Mi esposo le ha salvado la vida —dijo una vieja con el rostro arrugado como una patata y el ceño fruncido, que apareció súbitamente en su campo visual.

—Venga, Meg, ya lo sabe y estoy seguro de que también sabrá cómo expresar adecuadamente su gratitud. Ahora vamos a ponernos otra vez en movimiento, veo que el bote se acercó demasiado a la orilla. —Se instaló en el centro del bote y Doyle oyó cómo los remos resonaron al cogerlos—. Ahora tendré que remar con fuerza para compensar el tiempo que hemos perdido, Meg —dijo con un tono de voz bastante más alto de lo necesario— Y pese a ello es probable que lleguemos tarde a nuestro habitual punto de atraque en Billingsgate.

Se quedó inmóvil durante unos segundos y luego el bote se estremeció, para lanzarse finalmente hacia adelante con el impulso de los remos.

—Esas ropas debían ser dignas de todo un caballero antes de que se mojaran —observó la muchacha llamada Sheila mientras se inclinaba con expresión curiosa sobre Doyle.

Doyle asintió débilmente con la cabeza.

—Esta noche me las había puesto por primera vez —dijo con voz ronca.

—¿Quién le ató y le echó al arroyo?

Una vez recuperado el aliento y sintiéndose un poco más fuerte, Doyle logró sentarse, todavía mareado.

—Gitanos —respondió—. Me…, me robaron. No me dejaron ni un cent…, quiero decir que no me dejaron ni un penique.

—Oh, Chris, por el amor de Dios —le interrumpió la vieja—, dice que no tiene dinero. Y además creo que no es de aquí.

El rítmico crujido de los remos se detuvo. —¿De dónde es usted, señor? —le preguntó Chris.

—De Calif… bueno, de los Estados Unidos.

La brisa penetraba sus ropas empapadas haciéndole temblar; tuvo que apretar los dientes con fuerza para que no empezaran a castañetear.

—Bueno, Meg, ha tenido dinero para viajar, ¿no? Eso está claro… ¿Dónde está su hotel, señor?

—La verdad es que yo… maldición, tengo mucho frío, ¿no podrían darme algo para que me tapara un poco? Lo cierto es que acabo de llegar y se lo han llevado todo: mi dinero, mi equipaje, mi… bueno, mi pasaporte.

—En otras palabras, que es un mendigo calado hasta los huesos —afirmó Meg, clavando su adusta mirada en Doyle—. Entonces, ¿cómo espera recompensar nuestra bondad al salvarle la vida?

Doyle estaba empezando a irritarse.

—Oiga, ¿por qué no me habló de sus tarifas antes de sacarme del río? Si lo hubiera hecho, yo habría podido explicarle que no me resultaba posible pagarles, y entonces podrían haberse largado en busca de alguna persona más acomodada a la cual rescatar.

Supongo que nunca llegué a leer el final de esa parábola…, la parte en que el Ahorrativo Samaritano le presenta al pobre desgraciado su factura, con todas las partidas bien justificadas.

—Meg —dijo Chris—, el pobre hombre tiene razón y aunque tuviera dinero tampoco deberíamos aceptarlo. Estoy convencido de que le alegrará pagar su deuda… pues, caballero, ya sabe que de eso se trata, tanto a los ojos de Dios como a los del hombre…, ayudándonos en el mercado y llevando las cestas en lugar de Sheila. —Contempló con aire especulativo la levita de Doyle y sus botas—. Y ahora, dale una manta para que se pueda quitar esa ropa mojada. Podemos prestarle algo viejo de Patrick…, bueno, podemos incluso dárselo a cambio de esa tan estropeada que ahora lleva. Luego intentaremos venderla, aunque sea como harapos.

A Doyle le arrojaron una manta que apestaba a cebollas, y de un pequeño compartimiento situado en la proa, Meg sacó una gruesa chaqueta y un par de pantalones: las dos prendas eran de pana y estaban abundantemente remendadas. A esto siguió una camisa, que en tiempos lejanos había sido blanca, y un par de viejas

botas que daban la impresión de haber protegido los pies del viejo Chris cuando éste tenía los años de Doyle.

—¡Ah! —exclamó ella, sacando por último del compartimiento un sucio pañuelo blanco—. Éste era el preferido de Patrick.

El frío hizo que Doyle estuviera más que dispuesto a utilizar esas ropas, no muy vistosas pero secas, y una vez se hubo quitado el traje, tapándose para ello con la manta, Meg se apresuró a recogerlo y a guardarlo con tal cuidado que Doyle estuvo seguro de que pensaban sacar un buen precio por él.

Se restregó el pelo con la manta hasta dejarlo bastante seco y luego, sintiéndose más cómodo y recuperado, buscó un sitio algo más alejado del que ocupaba, pues había dejado un charco sobre la madera del bote. Deseó tener una pipa, un puro…, siquiera un cigarrillo. Al examinar el bote se dio cuenta de que estaba lleno de barriletes y sacos de arpillera.

—Huele a cebollas y… ¿qué más?

—Sopa de guisantes —dijo la joven Sheila—. Los pescadores y la gente del mercado de Billingsgate pasan tanto frío que pagan dos peniques por un plato de sopa. En invierno llegan a pagar tres peniques.

—Las cebollas… —jadeó Chris mientras remaba—…, las cebollas son la parte principal del negocio. La sopa es sólo… una cortesía, algo de lo que… apenas si logramos recuperar el… el coste de hacerla.

«Apostaría a que si lo recuperan», pensó Doyle con amargura.

La luna se cernía sobre el horizonte como un gran disco dorado y algo borroso. Su mágica luz bañaba los árboles, los campos y la rápida corriente del arroyo, y cuando Meg se inclinó para coger la linterna sorda que colgaba de la proa y la encendió con un pedazo de pedernal, la nueva luz apenas si disminuyó su brillo.

El arroyo se estaba ensanchando y Chris hizo girar el bote para dirigirlo al puerto.

—Ahora nos encontramos en el Támesis —dijo en voz baja.

A lo lejos se veían otros dos botes atados entre si con una soga; tenían las bordas bastante bajas y parecían pesados y poco marineros. Cada uno de ellos estaba cubierto por una gran lona cuadrada, sobre la que se distinguían las cuerdas y aparejos.

—Barcazas de paja —dijo Sheila, sentada junto a Doyle—. Una vez vimos una que ardía y hombres envueltos en llamas saltaban de lo alto de la paja hasta el agua. Eso si fue todo un espectáculo… mejor que los teatros, y gratis.

—Espero que… que los actores lograran disfrutar también con él —dijo Doyle.

Pensó que su pequeño viaje podía ser una interesante historia que narrar, mientras tomaba coñac en un club como el Boodle's o el White, una vez hubiera logrado hacer fortuna.

Pues, desde luego, de ello no le cabía duda alguna. Los primeros días serian

duros, claro, pero con toda la ventaja que le daba su conocimiento del siglo veinte, acabaría sabiendo poner las cosas a su favor. Diablos, podía empezar trabajando en un periódico, y quizá le fuera posible hacer algunas predicciones sorprendentes sobre el desenlace de la guerra, o las tendencias literarias del momento, y después de todo, Ashbless debía llegar a Londres dentro de sólo una semana. Le resultaría fácil trabar amistad con él, y dentro de dos años Byron volvería a Inglaterra, y podía hacerse conocido suyo antes de que *Childe Harold* le convirtiera en una superestrella literaria.

«Vaya, —pensó—, pero si también puedo dedicarme a inventar cosas: la bombilla, el motor de explosión, las cisternas de retrete…, no, sería mejor no hacer nada que pudiera variar el curso de la historia conocida. Ese tipo de manipulaciones podían acabar eliminando el viaje que le había hecho llegar hasta aquí, o incluso las circunstancias en las que se habían conocido sus padres. Tendré que andarme con cuidado…, pero supongo que siempre podría arreglármelas para hacerles unas cuantas sugerencias a Faraday, Lister y Pasteur. Je, je, sería divertido…»

Recordó cómo le había preguntado a la imagen de William Ashbless si en sus tiempos las mujeres, el licor y los puros eran mejores. Bueno —se dijo Doyle—, por Dios que voy a descubrirlo. Bostezó y apoyó la espalda en un saco de cebollas.

—Despiértenme cuando lleguemos a la ciudad —dijo, y dejó que el balanceo del bote le ayudara a conciliar el sueño.

# 3

*Y a la aldea fue apretando el paso,*
*Para encontrarse solamente con un payaso.*

*Balada tradicional*

Aunque el mercado de Billingsgate de esa época consistía nada menos que en todo el lecho dejado por el antiguo curso del río, llamado ahora calle del Támesis, las carretas de los vendedores, cargadas de cebollas, zanahorias, lechugas y coles se apretaban rueda contra rueda a lo largo de la calle, y por el este llegaban hasta Tower Stairs, junto al blanco castillo medieval, en cuyas cuatro torres ondeaban las banderas; seguían por el oeste más allá de la fachada helénica de las Aduanas y rebasaban los ocho muelles abarrotados hasta llegar al mercado de Billingsgate y, más allá, hasta la parte oeste del puente de Londres. El estruendoso torbellino del comercio llenaba toda la calle, desde los callejones que morían en ella por el norte hasta el lugar en que la calzada desaparecía para unirse unos metros más abajo al curso del río, ceñido por plataformas de madera, junto a las que se alineaban los botes de los pescadores de ostras. Un laberinto de planchas y escalerillas unía las bordas de los botes a la tierra, formando una pequeña calle más bien precaria, llamada por los comerciantes del mercado calle de las ostras.

Doyle, apoyado en una esquina del cobertizo donde se guardaba el pescado, estaba seguro de que durante esa mañana había recorrido cada metro de ese paisaje. Bajó la mirada con disgusto hacia su cesta de cebollas y sintió el deseo algo tardío de no haber cedido a la tentación e intentado saciar su considerable apetito con una de ellas. Se acarició el bolsillo para asegurarse de que no había perdido los cuatro peniques ganados hasta ahora.

—Puedes quedarte todo lo que hagas una vez hayas superado el chelín —le había dicho Cris la última vez en que Doyle y Sheila pasaron por el bote—. Ahora ya debes orientarte bien y puedes hacer unas cuantas rondas solo —había añadido—.

Le había tendido a Doyle una cesta llena de lo que parecían ser las cebollas más feas de todo el cargamento, mandándole luego en una dirección y a Sheila en sentido opuesto. La chica, siempre interesada en lo morboso, no había sido una compañía muy agradable, pero ahora la echaba de menos.

«Y un chelín son doce peniques —pensó con desesperación—. Nunca conseguiré ganar ni tan siquiera uno con estos malditos tubérculos, y es todavía más imposible que me gane lo que ellos llaman un bulto para que me sirva de paga.»

Se apartó de la pared de madera y caminó de nuevo y más cansado hacia la Torre,

sosteniendo su cesta ante él.

—¡Cebollas! —iba gritando sin mucho entusiasmo—. ¿Quién desea comprar estas magníficas cebollas?

Sheila se había encargado de enseñarle la letanía.

Una carreta vacía pasó ruidosamente ante él y su ocupante, un hombre ya maduro y de aspecto evidentemente próspero, miró a Doyle y se rió.

—Amigo, ¿a eso le llamas cebollas? Yo creo más bien que son cagadas de rata.

La broma hizo reír a unos cuantos, y un chico de rostro ceñudo se apresuró a correr hacia Doyle para darle una ágil patada a su cesta, haciéndola saltar de sus manos y derramando un diluvio de cebollas a su alrededor. Una cebolla le dio justo en la nariz y las risas se hicieron aún más estruendosas.

El hombre de la carreta frunció el ceño, como si no hubiera deseado provocar tales resultados.

—No eres un tipo muy afortunado, ¿verdad? —le dijo a Doyle, que se había quedado inmóvil contemplando el improvisado partido de fútbol que los muchachos de la calle habían empezado a celebrar con sus cebollas— ¡Ten…, aquí tienes dos veces lo que valían. ¡Maldita sea, cógelo y espabila!

Dejó caer dos peniques en la mano que Doyle extendió automáticamente, y luego obligó a trotar de nuevo a su caballo.

Doyle se guardó las monedas y miró a su alrededor. La gente había perdido su pasajero interés en él. No se veía ninguna cebolla y la cesta también había desaparecido. Pensó que no sacaría nada si seguía en esa dirección y volvió por el camino del río con paso cansino, sintiéndose vencido.

—¡Ah, aquí tenemos a uno de los Hermanos Dolorosos! —trinó una vocecilla extrañamente aguda, que recordaba a la del ratón Mickey—. Vuestras cebollas acaban de ser pisoteadas hasta convertirse en Sopa de Calzada, ¿no es así, caballero?

Sorprendido y más bien incómodo, Doyle alzó la mirada y vio que su interlocutor era un muñeco pintado en colores chillones que se encontraba en un pequeño escenario de madera con unas imágenes pintadas aún más chillonas, de dragones y hombrecillos. Ante el escenario había unos cuantos niños harapientos y un par de vagabundos derrumbados en el suelo; el muñeco le hizo un gesto de invitación a Doyle y los espectadores se rieron.

—Ven aquí y deja que el viejo Punch te anime un poco —graznó el muñeco. Doyle meneó la cabeza, notó que empezaba a enrojecer y siguió andando, pero el muñeco alzando la voz, añadió—: Quizá pueda decirte un modo para ganar dinero de verdad, ¿eh?

Doyle se detuvo.

Los ojos del muñeco estaban hechos de un cristal reluciente y parecía que eran realmente capaces de verle. El muñeco agitó nuevamente el brazo.

—¿Qué podéis perder, señoría? —le preguntó con su voz de pájaro—. Ya se han reído de vos… y Punch nunca busca hacer bromas de segunda mano.

Doyle fue hacia el escenario, y compuso con gran cuidado una expresión de escepticismo. ¿Le estaría realmente ofreciendo un empleo de titiritero escondido tras la madera? No podía permitirse el lujo de pasar por alto tal oferta sin echarle una mirada antes. A un par de metros del escenario se detuvo, y se cruzó de brazos.

—¿En qué estás pensando, Punch? —le preguntó, casi gritando.

—¡Ah! —exclamó el muñeco, aplaudiendo con sus manecitas de madera—. ¡Un forastero! ¡Excelente! Pero no se puede hablar con Punch hasta después del espectáculo. señoría, tened la bondad de sentaros… —Su mano señaló las piedras del suelo—. Se ha reservado un sitio para vos y para vuestra compañera.

Doyle miró a su alrededor.

—¿Mi compañera? —preguntó, empezando a sentirse como la víctima de una comedia de enredos.

—¡Oh, sí! —trinó el muñeco —. Creo haber reconocido a la Dama Ruina, ¿hum?

Doyle se encogió de hombros y se dejó caer en el suelo, calándose la gorra hasta las cejas.

«Qué diablos —pensó—, se supone que debo volver al bote a las once y no deben de ser todavía ni las diez y media...»

—¡Muy bien, pues! —exclamó el muñeco, irguiéndose y paseando sus asombrosamente vivos ojos por su más bien escaso y miserable auditorio—. Ahora, habiendo llegado por fin su señoría, empezaremos con "El Dominio del Hechizo Secreto, o la Nueva ópera de Punch".

Un melancólico organillo empezó a sonar detrás del escenario, rechinando y jadeando a medida que de sus entrañas surgía una melodía que, quizá en tiempos lejanos, hubiera sido una alegre pieza de baile; entonces, Doyle se preguntó si había más de un hombre detrás del escenario, pues un segundo muñeco acababa de aparecer en él y, lógicamente, haría falta una mano para manejar el organillo.

El nuevo muñeco era, por supuesto, Judy, y Doyle, medio aturdido por el hambre y el cansancio, contempló cómo los dos intercambiaban todo tipo de amenazas verbales y golpes de porra. No entendía demasiado bien por qué el espectáculo había sido presentado como "La Nueva ópera de Punch", ya que el argumento absurdo y feroz parecía ser el mismo de siempre: Punch era abandonado con el niño que lloraba, empezaba a cantar para que se callara y finalmente le estrellaba la cabeza contra la pared, arrojándolo luego fuera del pequeño escenario. Luego confesaba su fechoría a Judy, y cuando ésta le golpeaba, Punch se enfurecía y acababa matándola. Doyle bostezaba continuamente con la esperanza de que el espectáculo no fuera demasiado largo. El sol logró abrirse paso a través de la calina grisácea que llenaba el cielo y su calor empezaba a notarse en su viejo traje de pana; emanaba de él un molesto hedor a

pescado rancio.

El siguiente muñeco en aparecer fue Joey el Payaso, pero en esta versión su nombre era distinto y Doyle no pudo entenderlo, aunque le pareció algo así como «Horrible», y andaba sobre zancos. «Una sátira de lo más tópico, está claro», pensó Doyle, ya que en el curso de la mañana había visto varias veces por el mercado a un payaso en zancos y este muñeco era un duplicado suyo, y llegaba al extremo de imitar los más bien inquietantes dibujos de pinturas con que se cubría el rostro. El payaso, con una especie de burlona tozudez, le estaba preguntando a Punch lo que pretendía hacer tras haber asesinado a su pobre esposa y a su niño.

—Caramba, pues supongo que iré a la policía y me dejaré encerrar —replicó con voz triste Punch—. Un canalla asesino como yo debe ser ahorcado.

«¿Qué es esto? —pensó Doyle—. ¿Un Punch con sentido moral? Toda una innovación.»

—¿Quién ha dicho tal cosa? —preguntó el payaso, consiguiendo liberar un brazo que se le había enredado en el zanco correspondiente, y apuntando con él a Punch—. ¿Quién ha dicho que deban ahorcarte? ¿La policía? ¿Acaso te gustan los policías? —Punch meneó la cabeza—. ¿Los magistrados? ¿Acaso son algo más que una pandilla de viejos gordos e imbéciles, cuyo único deseo es impedir que te diviertas? —Tras arduas reflexiones Punch admitió que eso eran—. Entonces, ¿es Dios? ¿Algún gigante barbudo que mora en las nubes? ¿Acaso le has visto alguna vez, o le has oído decir que no debes obrar según te venga un gana?

—Bueno…, pues no.

—Entonces, ven conmigo.

Los dos muñecos empezaron a caminar sin moverse de sitio, y unos momentos después apareció un muñeco uniformado anunciando que tenía una orden de arresto «para el señor Punch». Punch pareció muy abatido al oírlo, pero el payaso sacó un diminuto y reluciente cuchillo de la manga y se lo clavó al policía en el ojo. Los niños que rodeaban a Doyle saludaron su caída con aplausos y vítores.

Punch, claramente complacido, empezó a bailar.

—Señor Horrabin —le dijo al payas —, ¿puede conseguirnos algo para comer?

El espectáculo volvió entonces a su argumento acostumbrado: Punch y el payaso robaron una ristra de salchichas y una sartén de la residencia de un noble, aunque Doyle no recordaba que en la versión normal se incluyera también el asesinato del noble.

Punch, cada vez más contento, estaba ejecutando una serie de piruetas y saltos con la ristra de salchichas cuando apareció un muñeco sin cabeza, también bailando, con el muñón de su cuello oscilando a un lado y a otro a medida que la música del organillo se hacía cada vez más rápida. La nueva aparición aterró a Punch, hasta que Horrabin le explicó que se trataba solamente de su amigo, Scaramouche, y le

preguntó si acaso no resultaba divertido tener por amigos a tipos de los cuales todo el mundo se horrorizaba. Punch meditó sobre tales palabras con su puntiagudo mentón apoyado en los nudillos, luego rió, dijo que si lo era y se puso nuevamente a bailar. Ahora, también el muñeco llamado Horrabin estaba bailando y Doyle se quedó bastante asombrado al pensar en las contorsiones que el titiritero se vería obligado a realizar para mantener a los tres muñecos en danza sin que el organillo dejara de sonar.

Y en ese instante un cuarto muñeco hizo su entrada en el escenario: era un mujer con el tipo de silueta exageradamente voluptuosa que los niños pequeños suelen dibujar con tiza en los paredes, pero su pálido rostro de grandes ojos negros y los largos velos blancos que la cubrían dejaban bien claro que representaba a un fantasma.

—¡Judy, mi dulce criatura! —exclamó Punch, mientras seguía bailando—. ¡Ahora estás mucho más hermosa que antes!

Punch bailó hasta la parte frontal del escenario y de pronto la música se detuvo y a sus espaldas cayó un telón, aislándolo de los otros muñecos. Dio unos cuantos pasos más con cierta vacilación y luego se detuvo, pues acababa de aparecer un nuevo muñeco, una sombría figura cubierta con un capuchón negro que tiraba de un cadalso en el cual oscilaba una pequeña soga.

—¡Jack Ketch! —exclamó Punch.

—Cierto, Jack Ketch —dijo el recién llegado—, o el Señor Cogelotodo, o la Muerte en persona. No importa el nombre que me des, Punch. He venido a ejecutarte por orden de la Ley.

La cabeza de Horrabin asomó entonces por entre el telón.

—Ya veremos si puedes hacerlo —dijo, y volvió a esfumarse.

Punch empezó a dar palmadas de contento y luego, parloteando sin cesar, confundió de tal manera a Jack Ketch que le hizo ajustarse la soga en su propio cuello, sólo para ver cómo debía hacerse, y cuando la tuvo bien apretada Punch tiró de ella y alzó por los aires al muñeco vestido de verdugo, cuyas flacas piernas pataleaban con gran realismo. Punch se rió y encaró al público, abriendo los brazos en un gesto de alegría.

—¡Hurra! —gritó con su voz de dibujo animado—. ¡Ahora la Muerte ha muerto y todos podemos hacer lo que nos venga en gana!

El telón que había a su espalda se levantó de golpe y la música empezó a sonar nuevamente, ahora a un ritmo enloquecido, en tanto que los muñecos bailaban frenéticamente alrededor del cadalso, mientras Punch le daba la mano al espectro de Judy. Un par de niños y uno de los vagabundos se pusieron en pie y se alejaron del escenario; el viejo vagabundo meneaba la cabeza disgustado.

Punch y el espectro de Judy fueron bailando hasta la parte frontal del escenario y

cuando el telón volvió a caer y la música se detuvo los dos muñecos quedaron separados de los demás.

—Ésa, damas y caballeros —trinó Punch—, fue la nueva versión corregida de la ópera de Punch. —La cabeza del muñeco giró lentamente para contemplar a su público, que había quedado reducido a sólo dos viejos vagabundos, tres niños y Doyle. Luego hizo una pirueta y le propino un obsceno pellizco al espectro de Judy —. Horrabin le ha enseñado a vuestro humilde servidor un buen par de trucos, amigos —dijo—, y quien sienta interés en ellos puede venir detrás del escenario y hablar conmigo.

Sus ojos de cristal se clavaron con sorprendente intensidad en Doyle y luego otro telón surgió de los laterales del escenario, escondiendo al muñeco. El espectáculo había terminado.

Uno de los viejos y un niño pasaron junto a Doyle para dirigirse hacia la parte trasera del pequeño escenario, y el muñeco, que parecía ahora muy pequeño al asomar el hueco del telón, les hizo una seña de invitación.

—¡Mis admiradores! —graznó Punch—. Uno por uno… y su señoría el Forastero el último.

Sintiéndose como un tonto, Doyle se puso detrás del chico, que obviamente era algo retrasado, mientras el viejo vagabundo desaparecía en el interior del escenario. «Parece que vayamos a confesarnos», pensó con cierto desaliento, y al oír los murmullos interrogativos y las respuestas susurradas que llegaban del escenario la idea se le impuso aun con más fuerza.

Doyle no tardó en darse cuenta de que entre la multitud que llenaba el mercado había unas cuantas personas que le contemplaban de un modo raro: un hombre bien vestido, que tenía a un niño cogido de la mano, le miró con una mezcla de piedad y desprecio; un hombre ya mayor y bastante corpulento le dirigió una fugaz mirada de clara envidia y un agente de policía, para alarma de Doyle, le contempló con el ceño fruncido y cierta suspicacia, como si estuviera pensando en arrestarle allí mismo. Doyle bajó los ojos hacia los viejos y medio rotos zapatos que Chris y Meg le habían dado a cambio de sus elegantes botas.

«Sea lo que sea —pensó—, si hay dinero a ganar y no es demasiado ilegal, lo aceptaré…, al menos durante un tiempo, sólo el necesario para orientarme un poco en este maldito siglo».

El vagabundo emergió nuevamente del escenario y se fue, sin dirigir ni una mirada a Doyle o al chico. Doyle, viéndole esfumarse entre la multitud, no supo adivinar si el viejo estaba contento o decepcionado. El chico había entrado ya en el escenario, y unos instantes después se le oyó reír alegremente. Un segundo después apareció de nuevo y se alejó dando saltos con una brillante moneda de un chelín en la mano y, según notó Doyle, un circulo hecho con tiza dentro del cual había una cruz,

dibujado en la espalda de su viejo y enorme gabán. Doyle estaba seguro de que esas marcas no habían estado allí antes de entrar en el escenario.

Miró nuevamente hacia el telón y se encontró con la voluptuosa mirada del muñeco que representaba a Judy contemplándole.

—Ven a jugar conmigo —le susurró, guiñándole un ojo.

Doyle recordó que el chico había conseguido un chelín y dio un paso adelante, pensando que siempre estaría a tiempo de comprobar si había marcas de tiza en su ropa.

Judy desapareció en el interior del escenario un segundo antes de que Doyle apartara el telón y entrara en él. El lugar estaba muy oscuro pero logró distinguir un pequeño taburete y tomó asiento en él.

Y a medio metro de él vio una silueta confusa, una cabeza ataviada con un gran sombrero puntiagudo y cuyo torso estaba cubierto con una levita de hombreras grotescamente hinchadas; la silueta se movió hacia adelante y Doyle supo que estaba en presencia de su anfitrión.

—Y ahora, el extranjero arruinado —dijo una voz aflautada—, intentando instalarse y hacer fortuna en una tierra desconocida. ¿De dónde vienes?

—De… de América. Y estoy arruinado… no tengo ni un penique. Si tuviera algún tipo de trabajo que ofrecerme yo… ¡aaah!

El panel que tapaba la parte frontal de una linterna sorda fue bruscamente descorrido y su luz reveló la silueta de un payaso con el rostro horriblemente embadurnado de rojo, verde y blanco. Sus ojos parecían arder, enmarcados en una cruz negra, y una lengua sorprendentemente larga asomaba por entre sus hinchadas mejillas. Era el mismo payaso que había visto antes andando con sus zancos por el mercado, el que había servido de modelo para el muñeco llamado Horrabin.

La lengua desapareció y los rasgos se suavizaron levemente, pero incluso en reposo la pintura que cubría el rostro hacía imposible adivinar su expresión o a qué se parecían realmente. El payaso estaba sentado, con las piernas cruzadas, en un taburete algo más alto que el de Doyle.

—Me doy cuenta de que se os ha terminado la leña —dijo el payaso—, y que de un momento a otro empezaréis a usar las sillas y las cortinas, y puede que incluso los libros, para alimentar la chimenea. Es una suerte que me hayáis encontrado hoy…, mañana o pasado mañana no creo que hubiera quedado ya gran cosa de vos.

Doyle cerró los ojos e intentó calmar el galope desbocado de su corazón. Le alarmó notar que incluso esa burlona muestra de simpatía había estado a punto de hacerle llorar. Lanzó un hondo suspiro y luego abrió de nuevo los ojos.

—Si hay alguna oferta —dijo en voz baja—, háblame de ella.

El payaso sonrió, revelando una hilera de dientes amarillentos que parecían torcerse en todas direcciones a la vez, como las lápidas de un viejo cementerio en

ruinas.

—Ah, así que no habéis tenido que arrancar todavía las planchas del suelo —observó con cierta aprobación—. Bien, bien. Caballero, veo que tenéis un rostro inteligente y sensible, y me parece evidente que habéis sido bien criado, y que esas sucias ropas con las cuales os cubrís, no son aquellas que usáis normalmente. ¿os han interesado alguna vez las artes dramáticas?

—Bueno… no, no en especial. Cuando estudiaba actué en un par de obras.

—¿Creéis, quizá, que seriáis capaz de aprender un papel, de juzgar el humor del público y de alterar vuestro parlamento para acomodarlo a sus gustos y convertiros en el tipo de personaje hacia el cual puedan sentirse más inclinados a simpatizar?

Doyle estaba más bien sorprendido, pero empezaba a sentir también los tímidos comienzos de una esperanza.

—Supongo que si podría. Claro que si antes pudiera conseguir una cama y algo de comida… Estoy seguro de que no me da miedo el escenario, es algo que ya he comprobado, porque…

—La pregunta —le interrumpió el payaso—, es más bien si os da miedo la calle. No estoy hablando de hacer monerías en un lindo teatro.

—Oh… Entonces, ¿se trata de actuar en la calle? Bueno…

—Sí —dijo el payaso con voz paciente—, se trata de la más sutil forma de actuar que puede realizarse en la calle…, se trata de mendigar. Os escribiremos un papel y entonces, dependiendo de… bueno, de los sacrificios que estéis dispuesto a hacer, es posible llegar a ganar hasta una libra al día.

El comprender que las palabras anteriores del payaso, que había tomado por una muestra de aliento y compasión, no eran sino una cínica evaluación de la pena que podía llegar a inspirar en la gente, fue para Doyle como una bofetada en el rostro.

—¿Mendigar? —La súbita oleada de ira casi le aturdió—. Bueno, pues muchas gracias —replicó con irritación, poniéndose en pie—, pero ya tengo un trabajo honesto vendiendo cebollas.

—Sí, ya había notado lo capacitado que estáis para ello. Bien, seguid vuestro camino…, pero cuando cambiéis de parecer, preguntadle a cualquiera del West End dónde actúa en esos momentos el espectáculo de Punch y Horrabin.

—No cambiaré de opinión —dijo Doyle, saliendo del escenario.

Se alejó a grandes zancadas y no se volvió a mirar hasta haber llegado al final del largo muelle, que iba paralelo a la calle. Horrabin, nuevamente sobre sus zancos, desaparecía ya entre la multitud, tirando de un carrito que aparentemente era el escenario hábilmente plegado. Doyle se estremeció y giró hacia la izquierda, en dirección a los atracaderos, buscando el bote de Chris y Meg.

El bote había desaparecido. Ahora los atracaderos que se internaban en el río estaban casi vacíos y el agua estaba puntuada por las siluetas de los botes que se

alejaban hacia el este y el oeste.

«¿Qué pasa —pensó Doyle con preocupación—, estarán cerrando ya el mercado? Imposible, estamos sólo a media mañana…»

Y entonces vio un bote a unos cien metros de él, un bote que podría haber sido el que buscaba y las siluetas de cuyos ocupantes le parecieron las de Chris, Meg y Sheila.

—¡Eh! —gritó, descubriendo con cierta vergüenza lo débil que sonaba su voz.

A duras penas le habrían podido oír en el atracadero contiguo.

—Muy bien, ¿qué ocurre?

Doyle se volvió en redondo, y se encontró con el agente de policía que le había estado mirando con expresión poco amistosa unos minutos antes.

—Señor, por favor, ¿qué hora es? —le preguntó al policía, intentando pronunciar las vocales con el acento nasal que todo el mundo utilizaba allí.

El agente extrajo una cadena de un reloj del bolsillo de su camisa, lo contempló arqueando una ceja y volvió a guardarlo.

—Casi las once. ¿Por qué?

—¿Por qué se van todos?

Doyle señaló con la mano hacia los botes que cubrían la superficie del río.

—Pues porque ya casi son las once —replicó el agente de policía, articulando las palabras muy lentamente, como si pensara que Doyle estaba borracho—. Y, por si le interesa saberlo, es domingo.

—¿Quieres decir que el mercado cierra los domingos a las once?

—Muy bien expresado. ¿De dónde viene? Su acento no es de Surrey ni de Sussex.

Doyle suspiró.

—Soy de América…, de Virginia. Y aunque… —se pasó la mano por la frente— aunque todo se arreglará en cuanto un amigo mío llegue a la ciudad, por el momento me hallo en mala situación. ¿Hay alguna institución benéfica donde puedan darme cama y comida hasta que… hasta que ponga en orden mis asuntos?

El policía frunció el ceño.

—Junto a los mataderos de la calle Whitechapel hay un taller en el que podrán darle comida y alojamiento si trabaja curtiendo pieles y limpiando los despojos.

—Ah, un taller… —dijo Doyle, recordando cómo solía describir Dickens tales sitios—. Gracias.

Se dio la vuelta y empezó a irse con los hombros encorvados.

—Un momento —dijo el policía—. Si lleva algún dinero encima, déjeme verlo.

Doyle metió la mano en el bolsillo, sacó los seis peniques y se los enseñó.

—Muy bien, ahora ya no hace falta que le arreste por vagancia. Pero quizá volvamos a vernos por la noche. —Se llevó la mano a la visera del casco—. Buenos

días.

Al volver a la calle Támesis, Doyle se gastó la mitad de su fortuna en un plato de sopa de verduras, al que añadió un cucharón de puré de patatas. tenía un sabor maravilloso, pero le dejó casi tan hambriento como antes, así que gastó sus tres últimas monedas en otra ración. El vendedor le dejó tomarse un vaso de agua fría para ayudar a tragar la comida.

Agentes de policía iban y venían por la calle gritando que ya era hora de cerrar, que eran las once, día de descanso, hora de cerrar. Doyle, convertido ahora en un auténtico vagabundo, se mantuvo cuidadosamente apartado de ellos.

Un hombre, que tendría aproximadamente su misma edad, caminaba por la calle con una cesta llena de pescado en un brazo y una chica bastante guapa cogida del otro. Doyle, pensando «sólo por esta vez», se obligó a interponerse en su camino.

—Discúlpeme, señor —se apresuró a decir—, pero me encuentro en una situación que…

—Al grano, amigo, al grano —le interrumpió el hombre con impaciencia—. ¿Mendigando, no?

—No. Me robaron la noche pasada y no tengo un penique y… soy norteamericano y todo mi equipaje y documentos han desaparecido y me gustaría. pedir algún empleo, o si pudiera dejarme algo de dinero…

La muchacha lo contempló con ojos compasivos.

—Dale algo a ese pobre hombre, Charles —dijo—. Ya que no vamos a la iglesia…

—¿En qué barco ha llegado? —le preguntó él con cierto escepticismo—. Su acento no se parece a ninguno que haya oído antes.

—En el… en el *Enterprise* —respondió Doyle.

En su apresurada búsqueda de un nombre plausible había estado a punto de responder «en la nave espacial *Enterprise*.»

—¿Ves, querida? Miente —dijo Charles con tono orgulloso—. Puede que exista un *Enterprise*, pero ningún barco con ese nombre ha llegado aquí recientemente. Resultaría bastante verosímil que hubiera algún yanqui con problemas, que hubiera llegado a bordo del *Blaylock* la semana pasada pero, claro —se volvió hacia Doyle y le preguntó con voz burlona—, el nombre que ha dicho no era ése, ¿verdad? No debería intentar ese tipo de estafas con alguien metido en el negocio marítimo. —Charles miró hacia el extremo de la calle, cada vez más vacía—. Por aquí hay montones de policías. Estoy tentado de llamar a uno y denunciarle.

—Oh, déjale —suspiró la chica—. Ya andamos algo retrasados y resulta bastante claro que se encuentra en algún tipo de apuro.

Doyle le hizo una seña de agradecimiento y se fue a toda prisa. Su siguiente intento fue con un hombre ya mayor, y tuvo buen cuidado de afirmar que había

llegado en el *Blaylock*. El hombre le dio un chelín y añadió a la limosna el consejo de que si algún día Doyle se hallaba en una posición acomodada debería mostrarse igualmente generoso con otros mendigos. Doyle le aseguró que eso haría.

Unos instantes después, cuando Doyle estaba apoyado en los ladrillos de una posada, discutiendo consigo mismo si era capaz de apaciguar un tanto sus temores y dudas gastando parte de su recién adquirida fortuna en un vaso de cerveza, un tirón en la pernera de sus pantalones le sobresaltó y estuvo a punto de soltar un grito al mirar hacia abajo y contemplar a un hombre de tupidas barbas, sin piernas e instalado en una plataforma con ruedas que le estaba mirando.

—¿En qué sitio andas trabajando y con quién estás? —le preguntó el hombre con una voz grave, digna de un tenor de ópera.

Doyle intentó marcharse, pero el hombre le agarró con más fuerza de sus pantalones de pana y durante unos segundos la plataforma rodó tras Doyle, arrastrada por sus pasos como un pequeño remolque. Cuando Doyle se detuvo al notar que le estaban empezando a mirar, el hombre repitió su pregunta.

—¡No trabajo en ningún sitio y no estoy con nadie —murmuró Doyle irritado—, y si no me sueltas echaré a correr por el muelle hasta que lleguemos al río!

—Pues venga —dijo riéndose— te apuesto a que nado mejor y más de prisa que tú. —A juzgar la anchura de sus hombros, ocultos por la chaqueta negra del lisiado, Doyle tuvo la desalentadora impresión de que estaba en lo cierto— Te vi acercarte a esos dos, y sé que al segundo le sacaste algo. Puede que seas un nuevo recluta del capitán Jack o puede que estés con Horrabin… o puede que vayas por libre. ¿Cuál de las tres cosas?

—No sé de qué me estás hablando, pero… suéltame o llamo a un policía. —Una vez más, Doyle sintió unos enormes deseos de echarse a llorar, imaginando ya claramente que esa criatura sin piernas jamás iba a soltarle, y que durante el resto de su vida la tendría pegada, rodando con expresión furibunda detrás de él—. No estoy con nadie!

—Eso me parecía —dijo el lisiado moviendo la cabeza—. Aparentemente eres nuevo en la ciudad, así que me limitaré a darte un buen consejo. Los mendigos que van por libre pueden intentarlo al este o al norte de aquí, pero Billingsgate, la calle Támesis y Cheapside son zona de los chicos de Copenhague Jack, o de ese circo de alimañas dirigido por Horrabin. Al oeste de San Pablo encontrarás acuerdos similares. Bueno, ahora ya has sido advertido por «Patines» Benjamin y si te vuelvo a ver en las calles principales del East End…, bueno, chico, francamente —dijo «Patines», no sin cierta amabilidad—, entonces, no podrás obtener ningún otro empleo excepto el de mendigo. Lárgate, vi que te daban algo de plata y debería quitártela… y no empieces a decir que no podría, o me obligarás a demostrarte que si podría…, pero tienes aspecto de necesitarla. ¡Largo!

Doyle se fue apresuradamente en dirección oeste, hacia el Strand, rezando para que las oficinas de los periódicos no cerraran tan pronto como el mercado de Billingsgate, y que en una de ellas hubiera alguna plaza libre y, caso de haberla, que pudiera dominar por un tiempo su creciente agotamiento y estupor para convencer a un editor de que era una persona educada y lo bastante inteligente. Se frotó el mentón y pensó que al haberse afeitado hacia menos de veinticuatro horas la barba aún no era ningún problema, pero le habría ido muy bien tener un peine.

«Oh, no te preocupes tanto por tu aspecto —pensó sin demasiada coherencia—. Conseguirás labrarte una posición sólo con tu elocuencia y la fuerza de tu personalidad.» Se irguió todo lo que pudo e intentó caminar con algo más de viveza.

# 4

*El fruto que debía crecer en este Árbol del Mal debía ser grande, pues su destino era ser servido en la mesa de Don Lucifer, como nueva sensación del banquete, dado que todos sus otros manjares, aunque le mantenían gordo y saludable, estaban empezando a cansar su apetito.*

*TOBIAS DECKER*

La gruta subterránea se había formado mediante el derrumbe, sólo Dios sabía cuánto tiempo hacia ya, de unos doce niveles de alcantarillado; los escombros habían ido desapareciendo en el pasado, a manos de los saqueadores o arrastrados por la corriente. La gruta tenía la forma de una inmensa estancia, sostenida por las grandes vigas que en tiempos habían servido de base al pavimento de la calle Bainbridge (dado que el derrumbe no había llegado a ser notado en la superficie), y el suelo estaba formado por piedras que los romanos habían labrado en los días en que Londinium era una avanzadilla militar, situada en los hostiles campos salvajes de los celtas. A distintas alturas de la gruta se veían hamacas colgadas de largas sogas, que se perdían en la penumbra catedralicia del lugar. Empezaban a verse luces, lámparas que humeaban con un grasiento resplandor rojizo, colgando de los maderos que asomaban, medio rotos, de las abundantes bocas de alcantarillado que constelaban los muros. Un hililllo de agua caía incesantemente de una boca de gran tamaño, perdiendo su aparente solidez a medida que trazaba un arco por la oscura atmósfera, hasta formar un negro lago en un extremo de la cueva.

En el suelo de piedra se veía una gran mesa, y en ella andaba de puntillas un enano de cuerpo deforme y blancos cabellos, colocando delicados platos de porcelana y cubiertos de plata sobre un mantel de lino. Cada vez que una partícula de cuero podrido o unas cuantas gotas vertidas de una petaca caían sobre la mesa, el enano maldecía en voz baja a los mendigos de arriba. A lo largo de la mesa había sillas y en su cabecera se veía un asiento muy alto, como para un niño de talla monstruosa, pero en el otro extremo de la mesa no había asiento alguno, sólo una especie de arnés que el enano miraba de vez en cuando con expresión temerosa. El arnés colgaba de una larga cuerda que llegaba hasta el techo de la gran estancia, y se balanceaba suavemente impulsado por la brisa de las cloacas.

Los señores de los ladrones estaban empezando a llegar y sus elegantes ropajes contrastaban de forma macabra con el aspecto del lugar. Uno a uno, fueron ocupando sus lugares en la mesa. El primero en sentarse apartó al enano de un empujón.

—Acepta la palabra de alguien que puede ver la mesa desde arriba —le dijo con

expresión absorta—, ya has terminado. Ve por la comida.

—¡Y el vino, Dungy! —le gritó otro de los señores al enano—. ¡Aprisa, aprisa!

El enano echó a correr por un túnel, claramente aliviado ante la excusa que se le proporcionaba para abandonar el lugar, aunque fuera sólo por unos minutos. Los señores sacaron pipas de arcilla y chisqueros de sus bolsillos, y muy pronto una neblina de opio y tabaco se alzó hacia el techo para deleite de los mendigos, que empezaron a balancear sus hamacas de un lado a otro del abismo, para así capturar todo el humo que les fuera posible.

La mesa empezaba a llenarse también con hombres y muchachos harapientos, que se saludaban entre sí a gritos. Un poco más lejos, y ostentosamente ignorados, estaban unos hombres agrupados, que se habían adentrado mucho más en la pobreza y la consiguiente devastación física y mental que ésta acarrea. Permanecían inmóviles, sentados o caídos sobre las losas, en los rincones más oscuros de la gruta, cada uno de ellos solo, pese a estar rodeado de iguales, murmurando y gesticulando más por la fuerza de la costumbre que por un deseo auténtico de comunicarse entre ellos.

El enano apareció nuevamente, tambaleándose bajo el peso de una red de pescar repleta de botellas. Dejó su carga en el suelo y empezó a utilizar un sacacorchos para abrirlas. Desde uno de los túneles más espaciosos empezó a llegar un golpeteo espaciado, como de madera sobre piedra, y a medida que el ruido iba aumentando de volumen el enano descorchaba las botellas cada vez más rápido.

—¿A qué viene tanta prisa, Dungy? —le preguntó uno de los jefes de ladrones, viéndole sudar—. ¿Acaso tienes miedo de ver a nuestro anfitrión?

—Claro que no, señor —jadeó el viejo Dungy, sacando el último corcho—, pero siempre le gusta verme diligente y atareado.

El ruido, que había llegado a ser estruendoso, cesó de golpe y dos manos pintadas de blanco aparecieron agarrándose a las piedras superiores de la boca del túnel, seguidas un segundo después por una cabeza cubierta de pintura, que se agachó levemente para no chocar con la bóveda, casi a unos cuatro metros del pavimento. Horrabin sonrió e incluso los arrogantes jefes de los ladrones y mendigos rehuyeron su mirada, algo inquietos.

—¿Otra vez tarde, Dungy? —graznó con voz alegre el payaso—. Pensaba que ya estaría todo preparado.

—Sí, sí…, sí, señor —dijo el viejo Dungy y casi se le cayó una botella—. Es sólo que… cada vez me cuesta más servir la mesa bien, señor. Mis viejos huesos…

—…alimentarán uno de estos días a los perros callejeros —concluyó Horrabin, avanzando por la sala con hábiles movimientos de sus zancos. Su sombrero cónico y su abigarrada levita con los hombros puntiagudos por el relleno le daban a la escena el súbito aire de un carnaval—. Mis huesos, aunque algo más jóvenes, no se

encuentran tampoco en muy buena forma, por si te interesa saberlo. —Se detuvo, oscilando sobre sus zancos, ante el arnés que colgaba del techo—. Coge los zancos —le ordenó.

Dungy echó a correr y sostuvo los zancos, mientras Horrabin pasaba los brazos por las tiras del arnés y luego, con una contorsión, metía las piernas por la parte inferior. Luego, el enano llevó los zancos a la pared más cercana y los apoyó en los ladrillos, en tanto que el payaso se balanceaba en el aire a unos tres metros del suelo.

—Ah, mucho mejor —suspiró Horrabin—. Tengo la impresión de que cuando los llevo más de unas cuantas horas, vibraciones malignas empiezan a subir por la madera de los zancos. Y si el tiempo es húmedo la cosa es aún peor, claro. El precio del éxito. —Bostezó, y se abrió un gran abismo rojo en la variopinta superficie de su rostro—. ¡Uf! ¡Y ahora, adelante! Para disculparte ante esta reunión de caballeros, que han debido esperar indebidamente a que empezara la cena, quizá tengas la bondad de cantarnos algo.

El enano torció el gesto, asustado.

—Señor, por favor…, el traje y la peluca están abajo, en mi celda. Me haría falta…

—Esta noche no hacen falta aderezos —dijo el payaso con aire alegre—, no vamos a ser ceremoniosos. Esta noche puedes cantar sin el traje. —Alzó la mirada hacia el techo lejano—. ¡Música!

Los mendigos colgados del techo metieron la mano en unas bolsas de tela atadas a sus hamacas, y de ellas sacaron toda una variedad de instrumentos, que iban desde la armónica a la ocarina, incluyendo un par de violines, y con ellos empezaron a interpretar algo que, si no muy musical, al menos si poseía sin duda un ritmo. Los ecos de las paredes le proporcionaban el contrapunto y los hombres y chicos harapientos, que rodeaban la mesa, empezaron a llevar el ritmo dando palmadas.

—Basta de tonterías —dijo de pronto una nueva voz, tan aguda que se oyó fácilmente en toda la gruta, pese a la cacofonía de instrumentos y palmadas.

Cuando los presentes se dieron cuenta del recién llegado, reinó el silencio en la gruta. Un hombre muy alto y envuelto en una capa, por la que asomaba su cabeza calva, avanzó hacia la mesa con paso extrañamente elástico, como si estuviera pisando un trampolín y no el sólido suelo de piedra.

—¡Ah! —exclamó Horrabin, y al menos en su voz parecía haber cierto deleite, algo que resultaba imposible discernir en su rostro cubierto de pintura—. ¡Nuestro errabundo jefe! ¡Bien, al menos en esta reunión el sillón presidencial no estará vacío!

El recién llegado asintió, quitándose la capa con un gesto brusco y arrojándola a Dungy; el enano se apresuró a salir de la gruta para guardarla con una expresión de agradecimiento en el rostro. Luego se instaló en el asiento que había a un extremo de la mesa y, sin la capa, todos los presentes pudieron ver los zapatos con suelas sobre

resortes, que le daban ese andar tan peculiar.

—Señores y ciudadanos —dijo Horrabin, empleando el tono de voz de un jefe de pista circense—, permitid que os presente a nuestro gran jefe… ¡el Rey de los Gitanos, el doctor Romany! —Se oyeron algunos vítores y silbidos, pero bastante desanimados—. ¿Qué asunto trae vuestra presencia a nuestra mesa, Majestad?

Romany no le contestó hasta no haberse desembarazado de sus zapatos con suelas de resorte, tras lo cual lanzó un suspiro de alivio.

—Varios son los asuntos que me traen a tu trono de las cloacas, Horrabin —dijo —. Para empezar, he traído personalmente el envío mensual de monedas…, soberanos de oro en sacos de doscientos kilos, que he dejado en el pasillo, probablemente aún calientes por haber salido del molde. —Esta noticia hizo que los asistentes lanzaran unos vítores bastante más sinceros que los anteriores—. Y, además, traigo algunas noticias nuevas en cuanto a nuestra caza particular. —Aceptó la copa de vino tinto que le ofrecía uno de los comensales—. Aún no has sido capaz de encontrar ese hombre al que llamas Cara-de-Perro Joe.

—Amigo, un maldito licántropo es bastante difícil de encontrar… y hallarlo puede ser peligroso —dijo una voz al otro lado de la mesa, a lo cual siguieron murmullos de asentimiento.

—No es un licántropo —dijo el doctor Romany sin volverse hacia su anónimo interlocutor—, pero admito que es peligroso, y mucho. Ésa es la razón de que la recompensa sea tan grande, y os aconsejo que me lo traigáis mejor muerto que vivo. En cualquier caso, la recompensa asciende ahora a diez mil libras en efectivo y un pasaje en cualquiera de mis barcos mercantes al punto del globo que se desee. Pero ha aparecido otro hombre que también deseo que me encontréis… y éste debe ser capturado vivo y sin haber sufrido ningún daño. La recompensa por traerme a ese hombre será de veinte mil libras y una esposa tal y como me la pidáis, que os garantizo será tan apasionada como podáis soñar y, por supuesto, un billete al sitio que desee la persona recompensada. —Los comensales se removieron inquietos y empezaron a murmurar entre ellos, e incluso uno o dos de los hombres harapientos, que sólo se movían para la tradicional pelea por los restos de la comida, parecieron dar muestras de interés—. No sé cómo se llama —siguió diciendo el doctor Romany —, pero debe de tener unos treinta y cinco años y tiene el cabello oscuro aunque ya algo escaso. Muestra tendencia a engordar, es de piel pálida y habla con alguna especie de acento colonial. Le perdí la pasada noche en un campo cerca de Kensington, junto al arroyo de Chelsea. Estaba bien atado, pero al parecer… —Romany se calló de pronto, pues Horrabin había empezado a balancearse en su arnés, dando claras muestras de nerviosismo—. ¿Si, Horrabin?

—¿Iba vestido como los vendedores del mercado? —le preguntó el payaso.

—Cuando le vi por última vez no, pero si escapó por el arroyo, tal y como

sospecho, estoy seguro de que luego desearía cambiarse de ropa. ¿Le has visto? ¿Dónde, hombre…, cuándo?

—Vi a un hombre que se le parecía, pero iba vestido con un traje de pana vieja e intentaba vender cebollas en Billingsgate esta mañana, justo antes de que cerrara el mercado. Presenció mi espectáculo de Punch y le ofrecí trabajo como mendigo, pero al parecer eso le ofendió y se fue. Dijo que era norteamericano. Yo le dije que cuando cambiara de opinión, y puedo asegurar que jamás había visto un hombre con menos recursos, podía preguntar dónde actuaba el espectáculo de Punch y Horrabin, y que entonces hablara conmigo otra vez.

—Creo que debe de ser él —dijo el doctor Romany intentando controlar su nerviosismo—. ¡Alabado sea Anubis! Temía que se hubiera ahogado en el arroyo. así que Billingsgate… muy bien, quiero que tu gente registre toda el área que hay de San Pablo y el puente, por el este, hasta los tugurios que hay sobre el muelle de Londres, y desde el norte del río hasta el Hospital de Cristo, la Muralla y Long Alley. El hombre que me lo traiga vivo pasará el resto de su existencia rodeado de lujos —Romany volvió lentamente la cabeza para mirarles a todos, y su gélida mirada paralizó a los comensales—, pero si alguien le mata, entonces su destino será tal que… —hizo una pausa como si estuviera buscando la imagen adecuada— entonces tendrá una amarga envidia del viejo Dungy.

Desde los comensales se alzaron murmullos asintiendo: en efecto, había cosas peores que disponer la mesa y ejecutar danzas idiotas. Pero algunos de ellos, que habían estado sentados a esa mesa cuando Dungy era su jefe, agitaron la cabeza y fruncieron el ceño con expresión dubitativa, como pensando si la captura de ese hombre merecía tales riesgos.

—Nuestros asuntos internacionales —prosiguió Romany—, funcionan bien y dentro de un mes, si todo sigue como hasta ahora, deberían producirse unos cuantos resultados bastante espectaculares. —Se permitió el lujo de una breve sonrisa—. Si no supiera que se me tacharía de exagerar salvajemente, me atrevería a decir que nuestro parlamento subterráneo puede muy bien ser el Parlamento que gobierne esta isla antes de que llegue el invierno.

De pronto, una enloquecida explosión de carcajadas resonó entre los hombros harapientos acurrucados alrededor de la mesa, y algo que resultó ser un hombre muy viejo avanzó hacia la luz, moviéndose con la rapidez de un insecto. Hacía mucho tiempo su rostro debió de sufrir una tremenda herida y ahora le faltaba un ojo, la nariz y media mandíbula. Sus harapos eran tan enormes y colgaban de tal modo sobre su cuerpo que daba la impresión de no existir.

—No me queda gran cosa —jadeó, intentando controlar las carcajadas que pugnaban por escapar de su pecho—, no me queda gran cosa, pero me queda lo suficiente para decirte a ti, ¡idiota presuntuoso!, decirte lo que vale tu exageración…

¡Burp!

El eructo fue tan potente que a punto estuvo de hacerle caer de espaldas y todos los presentes se rieron.

El doctor Romany clavó una mirada de irritación en el ruidoso desecho que le había interrumpido.

—Horrabin, ¿no puedes poner fin a la miseria de este desgraciado? —le preguntó en voz casi inaudible.

—¡Si no lo hizo es que no puede! —medio rió medio lloró el viejo.

—Con vuestro permiso, señor —dijo Horrabin—, haré que le saquen de la sala. Siempre ha estado aquí, y los mendigos de Surreyside le han dado el apodo de Suerte. Casi nunca habla, pero cuando lo hace sus palabras no tienen mayor significado que las incoherencias de un papagayo.

—Bueno, pues que se lo lleven —dijo Romany irritado.

Horrabin movió la cabeza y uno de los hombres que había estado riendo se acercó a la Suerte de Surreyside y le cogió en brazos, asombrándose visiblemente ante lo poco que pesaba el viejo.

Cuando ya estaba casi fuera de la sala, el viejo se volvió hacia el doctor Romany y le guiñó su único ojo.

—Búscame luego, cuando las circunstancias sean distintas —murmuró con voz teatral echándose a reír de nuevo como un loco.

Sus risotadas fueron apagándose, para convertirse en ecos extraños a medida que él y el hombre que le llevaba en brazos se perdieron por uno de los túneles.

—Tienes invitados muy interesantes a tus cenas —dijo el doctor Romany, aún enfadado, poniéndose de nuevo sus zapatos con resortes.

El payaso se encogió de hombros, lo que produjo un extraño efecto visual dado lo exagerado de sus hombreras.

—En el salón de Horrabin jamás se rechaza a nadie —dijo—. Algunos nunca pueden salir de él, otros se marchan usando el río…, pero todos son bienvenidos. ¿Te vas ya, antes de que sirvan la cena?

—Sí, y por la escalera, si no tienes inconveniente. Tengo muchas cosas que hacer…, debo entrar en contacto con la policía y ofrecer una gran recompensa por ese hombre. También ellos tienen derecho a una recompensa, ¿no? Y, además…, nunca me ha gustado mucho la clase de cerdo que sirves. —La indescifrable expresión que había en el rostro del payaso quizá fuera una mirada de aviso. Romany sonrió y luego se levantó, frunciendo un poco el ceño al notar de nuevo la presión de los resortes sobre las losas. Dungy se apresuró a traerle su capa, y Romany la desplegó y se la puso. Antes de introducirse en uno de los túneles se volvió hacia los comensales y dejó vagar la mirada sobre ellos, sumidos en un silencio muy poco habitual; alzó luego los ojos hasta el techo y los mendigos suspendidos de las cuerdas…, todos le

estaban mirando—. Encontrad a ese americano —dijo—. olvidad a Cara-de-Perro Joe por ahora… y traedme al americano, vivo.

El sol poniente recortaba la cúpula de San Pablo detrás de Doyle, mientras avanzaba por la calle Támesis hacia Billingsgate. La pinta de cerveza, que se había tomado diez minutos antes, le había librado casi totalmente de su mal sabor de boca y había despejado un tanto sus preocupaciones.

Aunque no tan concurrida como durante la mañana, la calle seguía estando poblada: unos niños jugaban a la pelota, de vez en cuando pasaba un carruaje y los peatones tenían que rodear con cautela un carro, del cual unos obreros estaban descargando toneles. Doyle se quedó inmóvil, observando el tráfico.

Unos minutos después vio a un hombre que se le acercaba silbando, y antes de que se hubiera alejado Doyle le preguntó, con cierto cansancio ya que éste era su cuarto intento, si podía decirle dónde actuaba esa noche el espectáculo de Punch y Horrabin.

El hombre miró a Doyle de arriba abajo y meneó la cabeza con aire de duda.

—Las cosas andan mal, ¿eh? Bueno, amigo, yo nunca le he visto actuar de noche, pero cualquier mendigo debería ser capaz de llevarte hasta allí. Claro que la noche de los domingos apenas si hay un par de mendigos por aquí, pero creo que vi a uno en Billingsgate.

—Gracias.

«Las alimañas de Horrabin», pensó mientras seguía andando, ahora un poco más rápido. Por otro lado…, hasta una libra al día si estás dispuesto a ciertos sacrificios. Doyle se preguntó a qué tipo de sacrificios se estaría refiriendo, y luego pensó en su entrevista con el editor del *Morning Post*… intentando olvidarla por completo unos segundos después.

En la esquina de Santa María del Monte había un viejo sentado, y cuando Doyle se acercó a él vio el letrero que colgaba de su pecho. El letrero decía: EN TIEMPOS FUI UN SASTRE DILIGENTE. Y AHORA ME VEO INÚTIL PARA ESE OFICIO POR MI CEGUERA, Y DESEO VENDER CARAMELOS DE MENTA PARA SOSTENER A MI ESPOSA Y A MIS POBRES HIJOS. CRISTlANO, SÉ GENEROSO. Sostenía en la mano una bandeja llena de pastillas de un color verde sucio, y cuando Doyle se detuvo ante él, el viejo extendió la bandeja con ademán imperioso, de tal modo que si Doyle hubiera intentado seguir caminando la habría tirado al suelo.

El viejo pareció algo decepcionado al notar que Doyle se paraba ante él, y al mirar a su alrededor adivinó la razón: a esas horas de la noche se veía buen número de gente bien vestida, e indudablemente les habría movido a la compasión ver cómo el viejo perdía sus caramelos desparramados por la calzada.

—¿Quiere comprar algunos excelentes caramelos de menta para ayudar a un pobre ciego? —gimoteó el viejo, alzando la cabeza como si implorase al cielo.

—No, gracias —contestó Doyle—. Necesito encontrar a Horrabin. Horrabin —repitió, al ver que el mendigo inclinaba la cabeza en un gesto interrogativo—. Creo que es algo así como un jefe de mendigos.

—Tengo caramelos que vender, caballero —dijo el mendigo extendiendo la mano —. No puedo distraerme intentando recordar cosas para gente que no sabe pagar ni un penique como compensación al tiempo que pierdo.

Doyle apretó los labios, pero dejó caer un penique en la mano del viejo. La noche estaba acercándose y necesitaba desesperadamente un sitio donde dormir.

—¿Horrabin? —dijo el mendigo en voz baja y algo pensativa—. Si, le conozco. Y dado que ésta es la noche del domingo, estará con su parlamento.

—¿Su parlamento? ¿A qué se refiere?

—Podría llevarle hasta allí y enseñárselo, caballero, pero eso querría decir que perdería como mínimo un chelín por las ventas perdidas.

—¿Un chelín? —dijo Doyle desesperado—. ¡Sólo tengo diez peniques!

El mendigo extendió raudo la mano con la palma hacia arriba.

—Ya me pagará lo que falta, caballero.

Doyle vaciló.

—¿Podrá darme cama y comida?

—Oh, claro, a nadie se le echa del salón de Horrabin.

La mano temblorosa seguía extendida y Doyle, con un suspiro, rebuscó en su bolsillo para dejar cuidadosamente una moneda de seis peniques y cuatro de uno entre los dedos del viejo.

—Bueno…, pues adelante.

El viejo guardó las monedas y los caramelos en un bolsillo y, metiéndose la bandeja bajo un brazo, cogió un bastón que había en el suelo a su espalda y se incorporó con dificultad.

—Adelante, entonces —dijo.

Echó a caminar rápidamente hacia el oeste, en la misma dirección por la que había venido Doyle, balanceando su bastón ante él, con un aire despreocupado como si en realidad no le hiciera falta. Doyle tuvo que apretar el paso para no perderle.

Aturdido por el hambre, pues había perdido su desayuno de sopa y puré de patatas en la oficina del *Morning Post*, Doyle pestañeaba deslumbrado por el brillo cegador del ocaso, e intentaba no perder de vista al mendigo. Por ello, y pese a ser vagamente consciente de un chirrido muy cercano, no cayó en que alguien le seguía hasta que una mano inolvidable le agarró por la pernera del pantalón. El agarrón le hizo perder el equilibrio y cayó sobre los adoquines, golpeándose dolorosamente las manos y las rodillas.

Volvió la cabeza enfadado y se encontró contemplando el barbudo rostro de «Patines» Benjamin. La plataforma del hombre sin piernas se había parado con un seco impacto en el tobillo de Doyle.

—Maldición —boqueó Doyle—, suélteme. No estoy mendigando y necesito seguir a ese…

—No, amigo, con Horrabin no —dijo «Patines» en un susurro apremiante—. No eres lo bastante malo como para prosperar con esa canalla. Ven conmigo y…

El viejo mendigo había girado en redondo y volvía hacia ellos, con los ojos clavados con tal fijeza en el recién llegado que, aunque algo tarde, Doyle se dio cuenta que su ceguera era un fraude.

—¿En qué te estás metiendo, Benjamin? —siseó el viejo—. ¿Es que el Capitán Jack necesita nuevos reclutas en estos últimos tiempos?

—Déjale en paz, Bugs. No es de los vuestros —dijo «Patines»—. Pero de todos modos, aquí tienes tu tarifa por haberle encontrado; cortesía de Copenhague Jack.

Sacó dos monedas de seis peniques de su bolsillo y se las arrojó. Bugs las cogió al vuelo con una sola mano.

—Muy bien —dijo, guardándolas con sus caramelos—. Si piensas hacerlo de ese modo, por mi puedes meterte en mis asuntos siempre que lo desees.

Lanzó una breve risita y se fue nuevamente hacia Billingsgate, golpeando el suelo con su bastón una vez se hubo alejado unos cincuenta metros. Doyle se puso en pie, apoyándose con cierta cautela en el tobillo dolorido.

—Antes de que desaparezca —dijo Doyle—, ser mejor que me diga si ese Copenhague Jack suyo puede darme comida y una cama.

—Sí, y las dos cosas bastante más sanas de lo que habrías sacado de Horrabin. Jesús, realmente no sabes arreglártelas muy bien, ¿verdad? Venga, por aquí.

El comedor de la casa de los mendigos en la calle Pye era más largo que ancho, y tenía ocho grandes ventanas, cada una de las cuales estaba compuesta con un damero de cristales disparejos, que habían sido emplomados para formar un conjunto, situadas a intervalos a lo largo de la gran pared que daba a la calle. Un farol situado junto a la casa dejaba entrar unos escasos rayos de luz, que se retorcían siguiendo los complejos mosaicos de los pequeños cristales, pero la iluminación principal del comedor procedía de lamparillas de aceite que colgaban de unas cadenas atadas al techo. El extremo este de la estancia, más angosto, se encontraba unos treinta centímetros por encima del resto del comedor, y se llegaba a él por cuatro escalones; a cada lado de los escalones nacía una barandilla que terminaba en la pared, y que le daba a la estancia el aire de un puente de barco, con el castillo de popa por encima del resto.

Los mendigos que estaban reunidos en las largas mesas de madera eran toda una

parodia de la moda contemporánea: había desde las levitas elegantes con guantes blancos, remendadas pero impecablemente limpias, que llevaban los Caballeros Arruinados, hasta los mendigos que intentaban provocar la compasión proclamando, a veces sin mentir, que eran aristócratas de alta cuna, a quienes el alcohol o los reveses financieros habían llevado a la ruina; pasando por la camisa azul y los pantalones negros atados con una cuerda, y el negro gorro de lona con el nombre de algún navío escrito en apagadas letras de oro, que llevaban los Marineros Naufragados (quienes, incluso, aquí salpicaban sus frases con términos náuticos aprendidos en los vodeviles y las baladas callejeras); y los turbantes, los pendientes y las sandalias de los Hindúes en Apuros. También se veían aquí y allá los rostros ennegrecidos de mineros, a los que supuestas explosiones subterráneas habían dejado lisiados y, naturalmente, los harapos anónimos de los mendigos corrientes. Doyle se dio cuenta, al ocupar su lugar al extremo de uno de los bancos, de que había varios mendigos vestidos como él.

Pero la figura más impresionante de todas era la de hombre con cabello y bigote rubios, que había estado sentado en una especie de trono en la parte más alta del comedor y que se puso en pie, apoyándose en la barandilla, para contemplar a los reunidos en el comedor. Su atuendo era extravagante, pero no resultaba del todo ridículo; una levita con montones de encaje asomando por la pechera y los puños, pantalones ceñidos de satén blanco y medias de seda, también blanca, que terminaban en unos zapatos tan pequeños que, de no ser por sus hebillas de oro, habrían hecho pensar en un bailarín de ballet. El murmullo de las conversaciones cesó de pronto al ponerse en pie.

—Ahí tienes a Copenhague Jack en persona —murmuró con aire orgulloso «Patines», que había ocupado un lugar en el suelo junto a Doyle—, capitán de los mendigos de la calle Pye.

Doyle asintió, algo distraído, y mucho más atento al olor a pavo asado que repentinamente había empezado a flotar en el aire.

—Buenas noches, amigos —dijo el capitán, jugueteando con una delicada copa de cristal tallado.

—Buenas noches, capitán —dijeron a coro todos los mendigos.

Con los ojos clavados todavía en las mesas, el capitán extendió su copa y un chico con casaca roja y botas de caña se apresuró a llenarla de vino tinto. El capitán lo probó y luego hizo un gesto de satisfacción.

—Un Medoc bien seco con el asado de buey —anunció, mientras el chico se iba a toda prisa—, y con el pavo es probable que agotemos todo el Sauterne que llegó la semana pasada.

Los mendigos aplaudieron enérgicamente y Doyle les imitó.

—Los informes, los actos disciplinarios y la evaluación de los nuevos miembros

tendrán lugar después de la cena.

Estas palabras parecieron agradar igualmente a los mendigos, y apenas el capitán tomó asiento ante su mesa, situada en el estrado, una puerta se abrió al otro lado del comedor y por ella aparecieron nueve hombres, cada uno llevando una bandeja con un pavo asado entero. A cada una de las mesas le tocó una bandeja y el hombre que ocupaba la cabecera recibió un largo cuchillo y un tenedor para trincharlo. Doyle ocupaba casualmente la cabecera de la suya, y logró recordar lo bastante de las habilidades requeridas en los banquetes de Navidad y el día de Acción de Gracias para hacer un trabajo adecuado. Una vez hubo servido algo de pavo en todos los platos que le entregaron, incluido el que «Patines» sostenía desde el suelo, se sirvió un poco en el suyo y lo atacó vigorosamente, ayudándose para engullirlo con generosos tragos del Sauterne que un pequeño ejército de pinches no dejaba de verter en cada copa apenas se medio vaciaba. Al pavo siguió buey asado, casi negro en los extremos y sangrante en el centro, y un aparentemente interminable suministro de panecillos y manteca, así como botellas y más botellas de lo que Doyle se vio obligado a reconocer como un Burdeos maravillosamente seco y de un cuerpo excelente. Como postre hubo pastel de moras caliente y crema de jerez.

Una vez que los platos quedaron limpios y los comensales se reclinaron en sus asientos, muchos de ellos, para envidia de Doyle, llenaron sus pipas de arcilla y las encendieron diestramente, utilizando las velas que había sobre las mesas. Copenhague Jack desplazó su trono hasta la parte delantera del estrado y dio una palmada para atraer su atención.

—Al negocio —dijo—. ¿Dónde está Fairchild?

La puerta que daba a la calle se abrió para dejar entrar a un joven de aspecto nervioso. Por un instante, Doyle pensó que sería Fairchild pero un hombre de aire patibulario y rostro sin afeitar se levantó en los bancos de una mesa trasera y dijo «Aquí, señor». El joven que acababa de entrar se quitó la bufanda con que se protegía el cuello y, cruzando el comedor, fue a sentarse en los escalones.

El capitán le hizo una seña con la cabeza y luego miró nuevamente a Fairchild, que le estaba dando vueltas a la gorra que sostenía entre las manos con expresión preocupada.

—Se te vio esconder cinco chelines esta mañana en un desagüe.

Fair Fairchild tenía la cabeza gacha, pero en ese instante alzó la mirada hacia Copenhague Jack y sus ojos brillaron ferozmente por entre sus cejas hirsutas.

—¿Quién me vio, señor?

—Eso no importa. Lo niegas, entonces.

El hombre lo pensó en silencio.

—Yo… no, señor —dijo por último—. Sólo que…, bueno, no pretendía esconderlos de Marko, entiéndame, sino de esos chicos que me molestaban. tenía

miedo de que me robaran.

—Entonces, ¿por qué no le dijiste eso a Marko cuando vino a la una de la tarde, en vez de explicarle que sólo habías hecho unos cuantos peniques?

—Se me olvidó —dijo Fairchild—, se me olvidaron por completo esos malditos chelines.

El joven sentado en los escalones estaba observando a los mendigos como si esperara ver entre ellos a alguien conocido. Doyle se preguntó a quien estaría buscando. parecía tener menos de veinte años, pese a su Incipiente bigote, y Doyle pensó que el propietario original del gabán que llevaba, probablemente muerto y enterrado hacia ya veinte años habría sido de mucha mayor talla que su actual poseedor

—No eres el único de los presentes que tiene mala memoria, Fairchild —dijo con voz amable el capitán—, pues me parece recordar ahora que he pasado por alto ya dos fechorías tuyas, muy parecidas a ésta, en los últimos meses.

El joven de los escalones miraba a Doyle con una expresión pensativa, en la que había algo de ansiedad. Cuando Doyle empezaba a preocuparse, el joven dejó de mirarle.

—Me temo —siguió diciendo Copenhague Jack—, que deberemos olvidar unas cuantas cosas más; olvidaremos que en el pasado has sido miembro de nuestro grupo, y espero que por tu parte tengas la amabilidad de olvidar cómo se llega a mi casa.

—Pero, capitán —jadeó Fairchild—, no lo hice con mala intención, puede quedarse con los cinco chelines y…

—Guárdalos; te harán falta. Ahora, vete. —Fairchild se fue tan de prisa que Doyle imaginó que el capitán debía de tener un medio muy rápido y brusco de expulsar a quienes no querían marcharse, una vez que se les había pedido que lo hicieran—. Y ahora —dijo el capitán —, pasemos a cosas más agradables. ¿Alguien desea ser admitido?

«Patines» levantó la mano todo lo que pudo, llegando con ello hasta las velas que había sobre la mesa.

—Capitán, he traído a uno —rugió, supliendo de ese modo el poco resultado de sus señas

Había alzado tanto la voz que las copas de la mesa se estremecieron.

El capitán miró con curiosidad hacia la mesa.

—Entonces, que se levante.

Doyle se puso en pie y se volvió hacia Copenhague Jack.

—Bueno, «Patines», admito que mueve bastante a compasión. ¿Cómo te llamas?

—Brendan Doyle, señor.

Doyle sólo había pronunciado las dos primeras silabas de su nombre y ya el joven que le había estado mirando se volvió en redondo y se incorporó ágilmente para

murmurar algo al oído del capitán.

Copenhague Jack ladeó la cabeza para oírle mejor, y unos instantes después se irguió mirando a Doyle con cierta incredulidad. Luego le susurró al joven unas cuantas palabras que, pese a ser inaudibles, eran obviamente algo así como «¿Estás seguro?». El joven asintió vigorosamente y le dijo algo más.

Doyle vio todo esto con creciente alarma, preguntándose si el joven del bigote no estaría trabajando para el calvo jefe de los gitanos. Empezó a mirar hacia la puerta de la calle, y se dio cuenta de que no estaba totalmente cerrada.

«Si intentan cogerme —pensó—, saldré por esa puerta antes de que hayan podido levantarse de la mesa.»

El capitán se encogió de hombros y luego se volvió hacia los comensales, que cada vez parecían más intrigados.

—El joven Jacky me ha dicho que nuestro nuevo amigo Brendan Doyle acaba de llegar de Bristol, donde le ha ido muy bien en el pasado fingiendo ser sordomudo y algo retrasado. Bajo el nombre de Tom el Simple ha conseguido sacar buen provecho de la simpatía de la gente de Bristol durante los cinco últimos años, pero se ha visto obligado a irse porque…, ¿de qué se trataba, Jacky? oh, sí, ya recuerdo…, vio a un amigo suyo saliendo de un burdel, y la chica con la que había estado se asomaba por la ventana del piso de arriba con un… con un enorme orinal de mármol que pensaba arrojar sobre la cabeza del pobre tipo cuando pasara por debajo, cosa que estaba a punto de hacer. Aparentemente habían tenido cierta discusión en cuanto a la tarifa y la joven tenía la impresión de haber sido estafada. Bueno, pues Doyle avisó a su amigo desde el otro lado de la calle. «¡Cuidado! —gritó Doyle—. ¡Retrocede, amigo mío, esa ramera piensa aplastarte los sesos!» Bueno, pues de ese modo se salvó la vida de su amigo, pero a Doyle le oyeron todos los presentes de la calle, y en muy poco tiempo todos se enteraron de que sabía hablar tan bien como cualquiera, con lo cual se vio obligado a salir de la ciudad.

Los mendigos que estaban más cerca de Doyle le felicitaron por su habilidad y su buen corazón.

—Tendrías que habérmelo contado esta mañana, amigo —le dijo «Patines«.

Doyle, intentando ocultar su sorpresa y sus sospechas, abrió la boca disponiéndose a contestarle, pero el capitán levantó la mano en un ademán tan imperioso que todos los ojos volvieron a fijarse en él, y Doyle no llegó a hablar.

—Y Jacky me ha dicho que si Doyle tiene el proyecto de reanudar su oficio de mendigo aquí, en Londres, y dado que tan bien le fue en el pasado, cuando no hablaba, y que sufrió exilio la primera vez en que pronunció una palabra, tendría que recobrar su costumbre de confiar en los gestos y las señas a la hora de comunicarse con los demás. Señor Doyle, tendrá que practicar nuevamente cómo ser Tom el Simple. ¿No está de acuerdo en ello?

Todos se volvieron hacia Doyle, y éste vio cómo una de las cejas del capitán se arqueaba levemente. Doyle se dio cuenta de que el propósito de toda la farsa era el de ocultar su acento. Pero ¿por qué? ¿Y cómo sabía ese chico que tenía acento? Sonrió con cierta vacilación y movió la cabeza, asintiendo.

—Un hombre inteligente, Tom el Simple —dijo Copenhague Jack—. Jacky me ha dicho que en Bristol solíais actuar juntos, de forma que le permitiré privarnos de tu compañía durante un tiempo, en el cual te explicar nuestras costumbres. Y mientras tanto, iré tomando en consideración al resto de candidatos al reclutamiento. ¡Qué se levante otro!

Mientras un hombre de rostro cansado luchaba por incorporarse en otra mesa, Jacky saltó del estrado y fue con paso rápido hacia Doyle, con su enorme gabán aleteando alrededor de su flaca silueta. Aún algo receloso, Doyle retrocedió un paso y miró otra vez hacia la puerta.

—Venga, Brendan —le dijo Jacky—, ya sabes que no soy rencoroso… y he sabido que una semana después te dejó por otro.

«Patines» soltó una risita parecida a un trueno apagado y Jacky le guiñó el ojo a Doyle, mientras su boca formaba unas silabas, que quizá fueran «confía en mí».

Doyle aflojó sus tensos músculos. «Debes confiar en alguien —pensó—, y al menos aquí saben apreciar un buen Burdeos.» Asintiendo, se dejó llevar fuera del comedor.

Fairchild empujó suavemente la puerta y al pisar el pavimento se detuvo como preocupado por algo. La última luz grisácea del ocaso se esfumaba en el cielo, y el aire se hacía más fresco. Fairchild frunció el ceño, animándose luego un poco al pensar en los cinco chelines ocultos en el desagüe, pues con eso tendría bastante para pagar dos cómodos días de cerveza, pasteles de buey y juegos de bolos. Pero… (y tanto lo complicado de esa idea, como las lúgubres perspectivas que implicaba le hicieron fruncir otra vez el ceño), pero habría más días y los cinco chelines acabarían esfumándose. ¿Qué haría entonces? podía preguntárselo al capitán…, no, claro, el capitán le había echado hacia unos minutos, y por eso ahora tenía que pensar. Mientras iba con paso rápido por la calle Pye gimoteó un poco y se dio unas cuantas bofetadas en la cara, esperando así lograr que su cerebro se esforzara más y diera con alguna idea constructiva.

—Sabias que tengo acento.

Doyle se arrebujó en su chaqueta de pana, pues la pequeña habitación estaba algo fría, pese a la chimenea de carbón.

—Obviamente —dijo Jacky, mientras añadía unos cuantos troncos a las ascuas

del carbón, disponiéndolos de tal modo que se produjera un buen tiro—. Le dije al capitán que no se te podía dejar hablar por ahí, y él improvisó una buena historia para justificarlo. Cierra las ventanas, ¿quieres? Luego puedes sentarte.

Doyle cerró las ventanas y luego pasó los pestillos.

—Entonces, ¿cómo lo sabías? ¿Y por qué no deben oírme hablar?

Había dos sillas, una a cada extremo de la pequeña mesa, y ocupó la más cercana a la puerta.

Una vez que la chimenea funcionó a su gusto, Jacky se puso en pie y fue hasta una alacena.

—Te lo diré tan pronto como tú hayas respondido a unas cuantas preguntas que deseo formularte.

Doyle entrecerró los ojos, algo resentido al verse tratado tan perentoriamente por un chico más joven que la mayoría de sus estudiantes, y su resentimiento sólo se calmó un poco al ver que el joven había sacado una botella de la alacena.

En el piso de abajo se oyeron silbidos y aplausos apagados, pero ninguno de los dos hizo caso de ellos.

Jacky tomó asiento y contempló a Doyle con una expresión, mezcla de asombro y decisión, mientras llenaba dos vasos de coñac y le acercaba uno.

—Gracias —dijo Doyle, tomándolo y haciéndolo girar bajo su nariz.

Olía tan bien como cualquiera de los buenos coñacs que había tomado en su vida anterior.

—Vivís bien —admitió algo a regañadientes.

Jacky encogió sus delgados hombros.

—El mendigar es un oficio como cualquier otro —dijo con cierta impaciencia—, y Copenhague Jack es el mejor organizador que conozco. —Tomó un sorbo de su vaso—. Ahora, Doyle, dime la verdad… ¿qué has hecho para conseguir que el doctor Romany sienta tales deseos de cogerte?

Doyle pestañeó.

—¿Quién es el doctor Romany?

—Es el jefe de la banda de gitanos más poderosa que existe en toda Inglaterra.

Unos dedos espectrales hicieron que a Doyle se le erizara el vello de la nuca.

—¿Un tipo viejo y calvo? ¿Que lleva zapatos con resortes en las suelas?

—Ese mismo. Tiene a cada mendigo y ladrón que se esconde en el cubil de Horrabin buscando a un… un hombre con tus señas y acento extranjero, posiblemente norteamericano. Y ofrece una gran recompensa por tu captura.

—¿Horrabin, ese payaso? Dios mío, pero si le conocí esta mañana: asistí a su condenado espectáculo de marionetas. No me pareció que…

—Fue esta tarde cuando el doctor Romany dio la orden de que te buscaran. Horrabin mencionó haberte visto en Billingsgate.

Doyle vaciló, intentando poner en claro los diferentes intereses que se mezclaban en tan complicada historia. Si fuera posible asegurar una tregua no le importaría hablar con el doctor Romany, pues era evidente que ese hombre conocía los lugares y los momentos en los cuales se abrían los agujeros, aunque no tenía idea de por qué medios podía saberlo. Doyle seguía teniendo su gancho móvil en el brazo, y si podía enterarse del lugar exacto en que se encontraba un agujero y colocarse dentro de su campo cuando se cerrara, aparecería nuevamente en el terreno de Londres en mil novecientos ochenta y tres. Al pensar en California, en Fullerton y en la autobiografía de Ashbless sintió una increíble oleada de nostalgia… Por otra parte, ese doctor Romany le había dado la impresión de ser una persona más bien difícil de tratar, por no mencionar su uso de los cigarros. ¿Y qué interés tenía el chico en todo ello? Probablemente, la »gran» recompensa.

Doyle debió de mirar a Jacky con cierta cautela, impulsado por tales ideas, pues el joven sacudió la cabeza con disgusto y dijo:

—No, no estoy planeando entregarte a él. No se me ocurriría entregarle a esa criatura ni un perro rabioso…, ni siquiera aunque mantuviera su palabra en cuanto a la recompensa, lo cual me parece improbable. La recompensa real sería más bien la ocasión de registrar el fondo del Támesis en busca de monedas perdidas.

—Lo siento —dijo Doyle tomando un trago de coñac—, pero me dio la impresión de que habías asistido a una de sus reuniones.

—Así fue. El capitán Jack me paga para que vaya por todas partes y no pierda de vista a…, bueno, a la competencia. Horrabin celebra sus reuniones en una alcantarilla bajo la calle Bainbridge y suelo asistir a ellas con frecuencia. Pero deja de rehuir mi pregunta… ¿Por qué te busca?

—Bueno… —Doyle alzó su vaso y contempló con ojos ausentes el modo en que las llamas bailaban en el oscuro topacio del licor—. La verdad es que no estoy completamente seguro de ello, pero sé que desea saber algo por mí. —Entonces se le ocurrió que estaba empezando a emborracharse—. Quiere saber…, quiere saber cómo llegué a un campo cerca de Kensington.

—¿Y bien? ¿Cómo llegaste allí? ¿Y cuál es la razón de que eso le preocupe tanto?

—Bueno, Jacky, amigo mío…, te diré la verdad. Hice ese viaje mediante la magia.

—Claro, debía de tratarse de algo parecido… ¿Qué tipo de magia? ¿Y de dónde viniste?

Doyle estaba algo desconcertado.

—¿No te resulta difícil de creer?

—Me resultaría difícil creer que el doctor Romany pudiera ponerse tan nervioso por algo en lo que no estuviera metida la magia. Y ciertamente no soy tan… bueno, tan ingenuo como para pretender que la magia no existe. —Sonrió con tal amargura

que por unos instantes Doyle se preguntó qué clase de cosas podía haber visto aquel muchacho—. ¿Qué tipo de magia? —repitió Jacky.

—La verdad es que no lo sé. Formaba parte de un grupo y los mecanismos mágicos de todo el asunto pertenecían a otro departamento. Pero se trataba de un hechizo o de algo parecido, que nos permitió saltar de un… de un sitio a otro sin tener que atravesar la distancia que hay entre los dos.

—¿Y de ese modo hicisteis el viaje desde América?

«¿Y por qué no?», pensó Doyle.

—Correcto. Y ese doctor Romany debió de vernos aparecer en el campo…, supongo que estaría vigilando el sitio, porque no se puede saltar de un lugar a otro como te apetezca, compréndeme…, tienes que partir y aparecer en ciertos sitios, lo que el hombre encargado de todo eso llamaba agujeros, y tengo la impresión de que Romany sabe dónde están todos esos agujeros. Debió de seguirnos a partir de allí, porque me capturo cuando me separé un momento de los otros, y me llevó a un campamento de gitanos.

Doyle bebió un poco más de coñac, pues el narrar su historia despertaba de nuevo sus temores hacia el viejo calvo.

—¿Y qué les ocurrió a los otros, a los que te acompañaron?

—No lo sé. Supongo que lograron llegar al agujero y volvieron por él hasta… bueno, hasta América.

—¿Por qué vinisteis aquí?

Doyle se rió.

—Es una larga historia, pero vinimos a oír una conferencia.

Jacky arqueó una ceja.

—¿Una conferencia? ¿A qué te refieres?

—¿Has oído hablar alguna vez de Samuel Taylor Coleridge?

—Por supuesto. Debe hablar sobre Milton en una taberna llamada La Corona y el Ancla el sábado que viene.

Doyle le contempló durante unos segundos. Este joven mendigo estaba empezando a impresionarle.

—Correcto. Bueno, pues se confundió de fecha y apareció la noche pasada para darla, y nosotros estábamos también allí, de modo que aprovechó para dar su conferencia. A decir verdad, resultó muy interesante.

—¿Si? —Jacky terminó su coñac y se sirvió otro dedo de licor con gesto pensativo—. ¿Y cómo sabíais que se iba a confundir de fecha?

Doyle extendió las manos en un gesto despreocupado.

—El encargado de todo eso lo sabía.

Jacky guardó silencio durante unos instantes, mientras se rascaba el pequeño bigote. Luego alzó la mirada y sonrió.

—¿Eras un empleado sin importancia, encargado de cuidar a los caballos o algo parecido, o te interesaba realmente la conferencia?

Doyle sintió la tentación de soltarle a ese muchacho arrogante que había publicado una biografía de Coleridge, pero en vez de ello se contentó con replicarle, tan arrogantemente cómo fue posible:

—Me trajeron para que les explicara a los invitados quién… quién es Coleridge, y para que respondiera a sus preguntas sobre él una vez que estuviéramos de nuevo en nuestro país.

Jacky rió con deleite.

—¡Así que te interesa la poesía moderna! Vaya, Doyle, eres un tipo sorprendente.

La puerta que había a la espalda de Doyle se abrió y apareció Copenhague Jack; en la pequeña habitación parecía aún más alto y ancho de hombros.

—Dos nuevos miembros —dijo, inclinándose sobre la mesa para coger la botella de coñac—. Un buen Caballero Arruinado y el mejor temblador que he visto en años…, tendrías que haber presenciado el ataque con el que nos obsequió para demostrarnos su estilo. Algo sorprendente… ¿Qué tal se está portando Tom el Simple?

Doyle torció el gesto.

—¿Debo quedarme realmente con ese apodo?

—Si permaneces aquí, desde luego. ¿Qué es todo eso de que Horrabin te busca?

El capitán alzó la botella y tomó un buen trago directamente de ella.

Jacky se encargó de responder.

—Se trata del jefe de Horrabin, el doctor Romany. Piensa que Tom el Simple, aquí presente, está enterado de algún asunto mágico, y en ello se equivoca, pero ha ofrecido una recompensa enorme, por lo que cada uno de los chacales que se esconden en el hoyo de ratas de Horrabin estará buscando a Brendan Doyle. —Se volvió hacia él y añadió—: Te guste o no, tu papel como Tom el Simple es puramente una táctica de supervivencia.

El capitán se rió.

—Y da gracias de que no lleve el negocio tal y como lo hacia el padre de Horrabin.

Jacky se rió también y luego, viendo la mirada de incomprensión que le dirigió Doyle, se lo explicó todo.

—El padre del payaso era también jefe de mendigos en Saint Giles y no consentía ni un solo fraude…, todos sus ciegos eran realmente ciegos, y sus niños lisiados no llevaban muletas sólo para impresionar. Claro que a eso no se le pueden poner objeciones hasta que empezó a saberse que reclutaba gente en perfecto estado de salud y luego los adaptaba para el oficio de mendigar. tenía una especie de hospital al revés escondido en algún lugar de las cloacas de Londres, y había creado técnicas

para convertir a hombres, mujeres y niños perfectamente saludables en criaturas diseñadas para despertar el horror y la piedad.

Durante ese discurso la sonrisa se había ido borrando de los rasgos de Jacky.

—Por lo tanto, si el viejo Teobaldo Horrabin hubiera llegado a la conclusión de que debías ser Tom el Simple —dijo el capitán—, te habría cortado la lengua, y luego se habría divertido largo tiempo contigo hasta hacerte realmente un buen retrasado mental, dándote golpes en la cabeza o sencillamente reduciendo tu suministro de aire el tiempo necesario para que tu cerebro muriera. Tal y como ha dicho Jacky, era todo un experto en ello. —Bebió un poco más de coñac de la botella—. Algunos dicen que llegó a trabajar en su propio hijo, y que Horrabin lleva esas ropas tan holgadas y toda esa pintura en el rostro para ocultar las deformidades que le causó su padre.

Doyle se estremeció, recordando el susto que le había dado la repentina aparición del rostro del payaso en la parte trasera del escenario.

—¿Y qué le ocurrió al padre de Horrabin?

Jacky se encogió de hombros.

—Todo eso fue antes de que yo naciera.

—Algunos dicen que murió y entonces Horrabin se encargó del negocio —le explicó el capitán—, y otros dicen que para ello mató al viejo Teobaldo. He llegado a oír, incluso, que el viejo Teobaldo sigue vivo en algún lugar de los subterráneos… y no estoy muy seguro de si no le gustaría más estar muerto. —Miró a Doyle al ver la expresión interrogativa de éste—. oh, el viejo Horrabin era muy alto y todos los lugares pequeños o concurridos solían ponerle nervioso.

—Una de las cosas malas que tiene hacer pasar a este hombre por sordomudo —dijo Jacky, quitándole la botella al capitán el tiempo suficiente para llenar de nuevos los dos vasos—, es que puede leer.

El capitán miró a Doyle con un interés mayor del que había mostrado durante toda esa noche.

—¿De veras sabes leer? ¿Y con liquidez?

Suponiendo que con ello el capitán quería referirse a la fluidez, Doyle asintió.

—¡Excelente! Entonces, podrás leer para mí. La literatura es quizá lo más interesante que hay en toda la vida, pero nunca he logrado sacar el menor sentido de esas señales que hay en las páginas. ¿Conoces algún poema de memoria?

—Oh, claro.

—Venga, pues.

—Yo… está bien.

Se aclaró la garganta y empezó a recitar:

*La campana repica haciendo partir el día,*
*el ganado se marcha lentamente del prado,*

*y el cansado labrador vuelve a su hogar,*
*dejando el mundo para la oscuridad…*

El capitán y Jack permanecieron inmóviles y absortos mientras Doyle les recitaba toda la *Elegía* de Gray. Una vez hubo terminado, el capitán aplaudió y se puso a recitar una estrofa de *El combate de Sansón*.

Luego le tocó el turno a Jacky.

—Dime qué opinas de esto —le dijo a Doyle, y empezó a recitar:

*Este frío laberinto de calles, que en tiempos a legre resonó*
*con las luces y festejos, me devuelve ahora el eco*
*de mis pasos solitarios. El viento nocturno camina*
*por cuartos polvorientos y a través de las ventanas rotas*
*arrastra a la calle viejos recuerdos y deseos.*

Jacky hizo una pausa y, automáticamente, Doyle completó la estrofa:

*Muy lejos está el joven que amó estos lugares.*
*Y nada persiste ahora de su espíritu.*

Después de haberlo recitado, Doyle intentó recordar dónde lo había leído. Era en un libro sobre Ashbless, pero no era obra suya…

«Ya lo tengo —pensó—, es una de las condenadamente escasas poesías de Colin Lepovre, quien estuvo comprometido con Elizabeth Tichy antes de que ésta se convirtiera en la esposa de William Ashbless. Lepovre desapareció en…, veamos, si, en mil ochocientos nueve, unos meses antes de que tuviera lugar la boda. tenía veinte años y detrás de si sólo dejó un delgado volumen de poesías, que no obtuvo criticas muy abundantes ni entusiastas.»

Miró a Jacky y vio que el joven le estaba contemplando con sorpresa y, por primera vez, con algo parecido al respeto.

—Santo Dios, Doyle…, ¿has leído a Lepovre?

—Oh, sí —replicó él con despreocupación—. Desapareció… el año pasado, ¿no? Jacky le miró con expresión ceñuda.

—Esa es la versión oficial. La verdad es que le asesinaron. Yo le conocía, ¿sabes?

—¿De veras? —Doyle pensó que si alguna vez lograba volver al año mil novecientos ochenta y tres, esta historia podía ser una buena nota a pie de página para su biografía de Ashbless—. ¿Cómo ocurrió?

El joven tomó otro sorbo de coñac y luego, con un gesto brusco, volvió a llenarse el vaso.

—Puede que algún día llegue a conocerte lo suficiente como para hablar de ello.

Doyle, todavía decidido a conseguir algo publicable, le preguntó:

—¿Conocías a su prometida, Elizabeth Tichy?

Jacky pareció aún más sorprendido.

—Si vienes de América, ¿cómo puedes saber todo esto?

Doyle abrió la boca dispuesto a inventar alguna réplica plausible, pero no se le ocurrió ninguna y tuvo que limitarse a contestar, con cierto tono de misterio:

—Jacky, puede que algún día llegue a conocerte lo bastante bien como para hablar de ello.

Jacky arqueó las cejas, como si estuviera pensando en ofenderse, pero luego sonrió.

—Tal y como ya dije, Doyle, eres un tipo sorprendente. Si, conocí a Beth Tichy… y la conocí bastante bien. La conocí años antes de que se encontrara con Lepovre, y todavía nos mantenemos en contacto.

—Evidentemente, casi he acertado al decir que vosotros dos ya os conocíais antes de hoy —dijo Copenhague Jack—. Doyle, ven conmigo. El viejo Stikeleather ha conseguido llegar hasta la mitad del *Aubrey* de Dallas, pero lee de tal modo que, como mínimo, tardará otro año en acabarlo. Veamos si eres capaz de leer un poco más rápido que él.

La cocina de El Mendigo en el Matorral tenía el techo bastante bajo y estaba muy concurrida, pero casi todo el mundo se agrupaba alrededor de una mesa en donde se celebraba una partida de cartas y Fairchild, sosteniendo su vaso de ginebra en un rincón oscuro, tenía el espacio suficiente para reclinarse apoyando los pies en los ladrillos del muro. Había aprendido hacía mucho tiempo que no le convenía jugar a nada, y que era incapaz de entender las reglas de cualquier juego, por sencillo que fuera y sin importar el tipo de naipes con el que se jugara; los demás siempre conseguían quedarse con su dinero y acababan diciéndole que había perdido.

Sólo había cogido un chelín del desagüe de la calle Fleet, pues había logrado trazar un plan; se uniría al ejército de mendigos de Horrabin y guardaría los chelines para cosas especiales como carne, ginebra y cerveza, aparte de —al pensar en ello sorbió un buen trago de ginebra— una chica de vez en cuando.

Cuando hubo terminado su vaso decidió no tomarse otro, pues si esa misma noche no lograba alistarse en el ejército del payaso con zancos tendría que gastar el dinero para alojarse, y ello no entraba en sus planes. Se puso en pie y se abrió paso a través del tumulto hasta la puerta principal de la taberna, y salió al exterior.

La vacilante luz de los faroles no parecía demasiado dispuesta a iluminar las prominentes fachadas de la calle Buckeridge, y sobre el negro telón de la noche sus débiles rayos apenas si lograban dar alguna pincelada casi invisible; en una fachada se veía brillar una ventana, aunque la habitación que había detrás permanecía en las

tinieblas. A lo lejos, se veía la boca de un callejón con otra luz casi perdida en sus profundidades, subrayando con un trazo amarillento los adoquines mojados, y haciendo pensar en un desfile de sapos, que se habían quedado momentáneamente paralizados en el lento proceso de cruzar la calle. Cuando una ráfaga ocasional hacia arder con mayor fuerza la llama, se podía distinguir durante un fugaz segundo la irregular silueta de los tejados y retazos de los muros desconchados.

Fairchild anduvo a tientas hasta la esquina siguiente y, al llegar a la otra calle, pudo oír unos ronquidos tras los tablones que protegían las ventanas sin cristales de la fonda de la madre Dowling. Dirigió una mirada despectiva hacia los durmientes que, como bien sabia por experiencia, habían pagado cada uno tres peniques para compartir un lecho con otras dos o tres personas y la habitación con una docena más. «Pagar dinero para que les encierren, amontonados como murciélagos, en una vieja casa», pensó con sarcasmo, satisfecho porque él tenía planes muy distintos a ésos.

Pero un instante después, algo inquieto, empezó a pensar en qué tipo de alojamiento nocturno podía proporcionarle Horrabin. El payaso le daba miedo; quizá tuviera a la gente durmiendo en féretros, o en algo parecido… La idea hizo que Fairchild se detuviera con la boca abierta y se persignara rápidamente. Luego, recordó que se estaba haciendo tarde y, fueran cuales fuesen sus planes, lo mejor sería llevarlos a cabo sin perder tiempo.

«Al menos Horrabin no te cuesta dinero, pensó, poniéndose otra vez en movimiento; en el refugio de Horrabin todos son bienvenidos.»

El parlamento de las alcantarillas habría terminado ya su sesión, por lo que en vez de girar hacia la derecha por Maynard en dirección a la calle Bainbridge, siguió el muro que tenía a su izquierda, y torció luego por la esquina del norte donde, al otro lado de Ivy Lane, se alzaba la negra edificación, parecida a un almacén, que era conocida en el vecindario como el Hotel de Horrabin, o el Castillo de las Ratas.

Ahora empezaba a preocuparle la idea de que no le aceptaran. Después de todo, no era muy inteligente, pero logró tranquilizarse un poco pensando en que era un buen mendigo, como mínimo, y que eso era lo importante en ese lugar. También pensó que a Horrabin podía interesarle saber que el nuevo recluta sordomudo de Copenhague Jack no lo era, en realidad, y que se le podía engañar para que hablara.

«Si —decidió Fairchild—; si le cuento eso al payaso, estoy seguro de que conseguiré ganarme sus favores para siempre…»

Jacky permaneció durante un rato ante la ventana que Doyle había cerrado, contemplando los tejados casi invisibles, en los que de vez en cuando se veía el humeante punto rojo de una linterna, o el cuadrado ámbar de una ventana con las cortinas corridas.

«Me pregunto qué estará haciendo ahora —pensó Jacky—, qué oscuro callejón

puede estar pisando, o en qué tugurio estar invitando a una copa a un pobre diablo que nada sospecha. Quizá esté dormido en alguna buhardilla por aquí cerca… y ¿qué tipo de sueños puede estar teniendo? Me pregunto si también robará los sueños…»

Jacky se apartó de la ventana y se sentó ante la mesa, en la que había colocado papel, pluma y un tintero. Sus delgados dedos tomaron la pluma y, tras sumergirla en el tintero esperó durante unos segundos, luego empezó a escribir:

*2 de septiembre de 1810*

*Querida madre:*

*Aunque todavía no puedo darte una dirección donde puedas localizarme, si puedo asegurarte que me encuentro bien, que estoy comiendo lo suficiente, y que tengo un tejado sobre mi cabeza a la hora de dormir. Ya sé que piensas en ello como en una Locura peligrosa, y fruto del capricho, pero estoy haciendo algunos progresos en mi búsqueda del hombre, si es que de tal puede calificársele, que mató a Colin. Y aunque me has repetido muchas veces que es trabajo de la policía, te pediré una vez más que aceptes mi palabra de que la policía no está en situación de tratar adecuadamente con él y que, de hecho, ni tan siquiera pueden llegar a comprender o reconocer la existencia de tal tipo de criatura. Tengo la intención de terminar con él corriendo el mínimo de Riesgo posible, apenas ello me resulte Factible, y luego volveré a casa con la confianza de que en ella todavía podré hallar una Bienvenida. Mientras tanto, me hallo entre Amigos y sufro un peligro mucho menor del que tú probablemente imaginas y caso de que, pese a mi actual y muy dolorosa desobediencia a tus Deseos, quieras conservar el calor y el cariño con que tan abundantemente me has inundado en el pasado, harás muy feliz a tu hija, que te ama como siempre lo ha hecho.*

*ELIZABETH JACQUELINE TICHY*

Jacky agitó la carta en el aire hasta que la tinta se hubo secado y, después de doblarla, escribió la dirección y dejó gotear sobre ella la cera de la vela para sellarla. Cerró la puerta, se quitó sus ropas demasiado grandes y, antes de bajar la cama, que estaba unida a la pared mediante bisagras, se quitó el bigote de un tirón, rascándose vigorosamente el labio superior, y luego lo dejó pegado en la pared.

# 5

*Casi todas las personas rompen la cáscara de los huevos después de haber comido su contenido. En el principio, ello se hacía para evitar que fueran usadas como barcas por las brujas.*

*FRANCIS GROSE*

En la noche del sábado el Covent Garden tenía un aire totalmente distinto al que presentaba por la mañana; estaba casi igual de concurrido y, desde luego, no era menos ruidoso, pero donde doce horas antes se habían visto hileras de carros alineados junto a la acera, ahora se veían rodar los más elegantes faetones, tirados por caballerías cuidadosamente elegidas por su talla y color, a medida que la aristocracia del West End iba llegando de sus casas, en la calle Jermyn y en Saint James, para acudir al teatro.

Cada dos minutos, el pavimento era frenéticamente barrido por hombres cubiertos de harapos, cada uno de los cuales se encargaba con celoso ardor de la porción de calzada que tanto le había costado ganar, y que mantenía limpia para evitar cualquier tropezón de las damas y caballeros que lo pisaban. El pórtico dórico del Covent Garden, reconstruido el año pasado tras haberse quemado hasta los cimientos en 1808, alzaba su imponente estructura con mucha mayor elegancia a la luz de los faroles y el dorado brillo de sus candelabros, que no bajo la claridad del sol.

Los hombres que barrían la calle y la acera al menos hacían algo a cambio de los peniques y chelines que recibían, pero en la calle había también mendigos puros y simples. Uno de los que tenían mayor éxito era un hombre de cuerpo rechoncho y algo deforme, que iba y venía por la acera sin pedir nunca nada, pero mordisqueando con expresión desesperada un mendrugo de pan rancio cada vez que alguien le miraba. Y si una dama movida por la piedad le pedía a su acompañante que indagara de ese pobre desgraciado cuál era su calamidad, aquella ruina humana, de ojos hundidos en las cuencas, se limitaba a llevarse la mano a la boca y al oído, indicando con ello que no podía ni oír ni hablar, concentrando nuevamente su atención en el repugnante mendrugo que sostenía. Su calamidad parecía mucho más auténtica al ser explicada con tal laconismo, y por ella recogía tal cantidad de monedas (incluyendo varias coronas y, hecho sin precedentes, incluso un soberano de oro), que cada diez o veinte minutos tenía que vaciar sus bolsillos en la bolsa de Marko.

—Ah, Tom el Simple —exclamó Marko en voz baja, cuando Doyle apareció una vez más en el callejón donde le aguardaba. Extendió su bolsa de arpillera y Doyle empezó a sacar puñados de monedas de sus bolsillos, echándolos en el interior de la

bolsa—. Amigo, lo estás haciendo de maravilla. Ahora escúchame: me voy al callejón de Malk, junto a la calle Bedford, y estaré allí durante la media hora siguiente. ¿Me has entendido?

Doyle asintió.

—Sigue así y tose de vez en cuando. Tienes una tos realmente increíble…

Doyle asintió de nuevo, le guiñó el ojo y volvió a la calle.

Era su sexto día de mendicidad y todavía estaba sorprendido de lo bueno que había resultado en dicho oficio, y lo descansada que era tal forma de vida. Incluso ya no le molestaba tanto el levantarse al amanecer y caminar unos quince kilómetros cada día, cubriendo las dos direcciones del río al oeste del puente de Londres, pues el apetito que le despertaban tales paseos resultaba siempre ampliamente saciado por las cenas en casa de Copenhague Jack, en la calle Pye, y el capitán no ponía objeción alguna a que sus mendigos hicieran alguna que otra parada en las tabernas para tomarse una pinta o echaran una breve siesta en los puentes sin utilizar, que unían los tejadillos de algunas casas viejas, o entre las barcazas cargadas de carbón que había junto al puente.

Pero el maquillaje estaba empezando a irritarle la piel. Jacky había tenido la idea de exagerar todavía más la ya pálida complexión de Doyle, hasta el punto de hacerle parecer medio muerto de hambre mediante un paño blanco atado a la cabeza, como si le dolieran las muelas, con una gorra negra y una bufanda roja en el cuello y aplicando luego un poco de pintura rosada alrededor de los ojos, con lo que su rostro parecía aún más exangüe.

—Te da un aspecto lamentable —había dicho Jacky, mientras aplicaba el maquillaje en el rostro de Doyle—, y si Horrabin te viera espero que eso impedirá que te reconozca.

Jacky tenía cada vez más intrigado a Doyle. A veces, el joven daba, en algunos de sus gestos y expresiones, una curiosa impresión de afeminado y lo que resultaba muy claro era que no tenía ni el más mínimo interés en las mujeres, pero el miércoles, después de cenar, cuando un Caballero Arruinado, de belleza algo marchita, le había acorralado en un rincón llamándole su cosita linda e intentando besarle, Jacky no había reaccionado con una firme negativa, sino con disgusto, como si todo el asunto le hubiera parecido un insulto o una falta de cortesía. Y Doyle no lograba entender por qué un hombre joven, con la inteligencia de Jacky, se conformaba con mendigar para ganarse la vida, incluso en una organización relativamente tan agradable como la del capitán Jack.

Doyle no tenía la intención de quedarse mucho tiempo con ellos, desde luego. Faltaban tres días para el martes once de septiembre, el día en que William Ashbless llegaría a Londres, y Doyle estaba decidido a conocerle, a trabar amistad con el poeta y luego, aunque no sabía muy bien cómo, a conseguir que Ashbless (famoso siempre

por su desprendimiento) le ayudara a encontrar algún tipo de trabajo decente. Sabía que Ashbless llegaría al muelle de Londres en la fragata *Sandoval*, a las nueve de la mañana, y que a las diez y media escribiría el primer borrador de su poema más conocido, "Las Doce Horas de la Noche", en una sala de la cafetería Jamaica. Doyle tenía la intención de ahorrar un poco de dinero, comprar un traje aceptable y presentarse allí. Habiendo estudiado tan profundamente al poeta, Doyle tenía la sensación de conocerle ya bastante bien.

Pero no se había permitido considerar la posibilidad de que Ashbless no pudiera, o no quisiera ayudarle.

—Dios santo, Stanley, ¡fíjate en esa pobre criatura! —dijo una dama al bajar de su carruaje—. Dale un chelín.

Actuando como si no la hubiera oído, Doyle empezó a mordisquear nuevamente el sucio mendrugo que le había dado el capitán Jack hacia ya seis días. Stanley se estaba quejando de que si le daba un chelín a Doyle no tendría el dinero suficiente para tomar una copa antes del espectáculo.

—¿Acaso aprecias más tu sucio licor que la salvación de tu alma? Ya veo que se trata de eso; me haces enfermar al oírlo. ¡Eh, el del pan, o lo que sea eso que comes! Págate una cena decente con esto.

Doyle tuvo buen cuidado de esperar hasta que ella se le acercó, y entonces levantó la vista sobresaltado, tocándose la boca y el oído con la mano. La dama le estaba alargando un brazalete.

—Oh, Stanley, fíjate, además no puede hablar ni oír… Ese pobre hombre se encuentra en una situación tan lamentable como la de un perro callejero.

Agitó el brazalete ante Doyle y éste lo cogió con una sonrisa de agradecimiento. La pareja avanzó nuevamente hacia el teatro, con Stanley gruñendo malhumorado; Doyle dejó caer el pesado brazalete en su bolsillo.

«Y luego —pensó, mientras seguía andando por la acera—, cuando Ashbless me haya echado una mano y pueda establecerme en este maldito siglo, si decido, tal y como supongo que haré, que prefiero volver a casa y a una época con anestesia, inspectores de salud pública, películas, cisternas de retrete y teléfonos, me pondré muy cautelosamente en contacto con el temible doctor Romany y haré algún trato con él, para que me diga dónde se encuentra uno de los próximos agujeros temporales. ¡Diablos, probablemente pueda engañarle para meterme dentro del campo cuando se cierre el agujero! Claro que deberé tener mucho cuidado para que no se entere de la existencia del gancho móvil y me lo quite. Me pregunto si ser demasiado grande para que me lo trague…»

En los últimos minutos había estado carraspeando levemente, para prepararse, y al ver que una pareja elegantemente vestida se le aproximaba con paso lento y mesurado, Doyle dejó escapar su muy alabada tos. Intentaba no utilizarla con gran

frecuencia, porque tendía a convertirse rápidamente de una ordalía simulada en un auténtico paroxismo, que le desgarraba los pulmones, y en los últimos días había estado empeorando. Doyle suponía que la había pillado gracias a su remojón de medianoche en el arroyo Chelsea hacia una semana.

—Santa Madre de Dios, James, ese cadáver ambulante está a punto de escupir sus entrañas sobre la calzada. Dale algo para que pueda tomarse una copa.

—Sería una pérdida inútil de dinero; estará muerto antes del amanecer.

—Bueno…, puede que tengas razón. Sí, creo que tienes toda la razón.

Había dos hombres apoyados en la verja de hierro que rodeaba el teatro. Uno de ellos sacudió su puro para tirar la ceniza, haciendo aparecer un brillante punto rojizo en las sombras.

—Se lo pregunté a una persona —le dijo a su compañero—, y se trata de un sordomudo llamado Tom el Simple. ¿Seguro que es él?

—El jefe está seguro.

El primer hombre miró hacia la calle donde estaba Doyle, ya recuperado de su tos, y fingiendo nuevamente que masticaba su mendrugo rancio.

—Pues no parece muy amenazador.

—Su simple existencia es una amenaza, Kaggs. No debería estar aquí.

—Supongo que tienes razón. —Kaggs sacó un largo cuchillo de hoja muy delgada del interior de su manga, y con aire distraído probó su filo con el pulgar, guardándolo luego otra vez—. ¿Cómo quieres hacerlo?

El otro hombre lo estuvo pensando durante unos instantes.

—No creo que sea muy difícil. Yo le empujo y le hago caer, y entonces tú haces como si le estuvieras ayudando. Deja que tu gabán le tape para que nadie lo vea, y luego le clavas el cuchillo junto al esternón, con la hoja bien perpendicular al hueso, y la sacudes un poquito. Por ahí hay una gran arteria y es imposible que no la encuentres; en unos segundos debería estar muerto.

—De acuerdo, vamos.

Arrojó su puro a la calzada y los dos se apartaron de la verja para dirigirse hacia Doyle.

Unos ojos rojizos ardían en el rostro cubierto de pintura. Horrabin dio dos ruidosas zancadas hacia adelante.

—Le están vigilando y ahora van a por él —dijo con un gruñido totalmente distinto de la voz aflautada que utilizaba normalmente—. ¿Estás seguro de que no son nuestros?

—Señoría, jamás los había visto antes —dijo uno de los hombres que estaban con

él.

—Entonces, nada de esperar a que la gente entre en el teatro —siseó el payaso—. Coged a Tom el Simple ahora mismo. —Los tres hombres se alejaron rápidamente en pos de Doyle y sus dos perseguidores, mientras Horrabin golpeaba con una mano enguantada los ladrillos del callejón y murmuraba—: Maldito seas, Fairchild, ¿por qué no lo recordaste ayer?

«Tengo que volver a mil novecientos ochenta y tres antes de que esta tos me mate —pensó Doyle con desánimo—. Una inyección de penicilina o algo parecido me dejaría bien en un par de días, pero si se me ocurre visitar a uno de sus médicos es muy probable que el hijo de perra me recete sanguijuelas. Sentía otra vez un cosquilleo en la garganta, cada vez más insistente, pero lo resistió con un tozudo esfuerzo de voluntad. Me pregunto si tendré una buena neumonía… Demonios, ya no parece servirme ni tan siquiera para el negocio; nadie tiene ganas de darle limosna a un mendigo con el aspecto de irse a morir dentro de diez minutos. Quizá el capitán debería…»

La pierna de alguien se interpuso en su camino y antes de que pudiera apartarse le dieron un fuerte empujón por la espalda; Doyle cayó de bruces sobre los adoquines, despellejándose las palmas de las manos. El que le había hecho caer siguió andando sin detenerse, pero otra persona se inclinó sobre él.

—¿Estás bien? —preguntó el recién llegado.

Aturdido, Doyle empezó con su pantomima de sordomudo, pero un instante después una mano cubrió el rostro de Doyle, apretándole firmemente la mandíbula, en tanto que otra mano hundía un cuchillo en su hombro. Doyle distinguió el brillo fugaz de la hoja y se retorció de tal modo que ésta atravesó su chaqueta, rozando la piel, pero rebotó en su esternón sin hundirse demasiado. Intentó gritar, pero sólo logró emitir una especie de zumbido, ya que su atacante le seguía apretando la mandíbula, mientras que sus rodillas le mantenían aprisionado el brazo que tenía libre. La hoja se alzó para una segunda intentona.

Y de pronto algo chocó con el hombre, éste lanzó un ¡uuuf! y dio una rápida voltereta hacia atrás, mientras su cuchillo rebotaba sobre los adoquines. Ahora había tres hombres junto a Doyle; dos de ellos le pasaron rápidamente las manos por las axilas, levantándole con un gruñido.

—Te hemos salvado el pellejo, Tommy —jadeó uno de ellos—. Ahora, ven con nosotros.

Doyle permitió que le llevaran al trote por donde había venido, dando por sentado que eran algunos mendigos de Copenhague Jack, que le rescataban, pero entonces vio la flaca silueta de Horrabin esperando en el callejón cercano, y comprendió que el doctor Romany le había encontrado.

Extendió un brazo y golpeó con el codo el estómago del hombre que le sostenía el brazo izquierdo; al derrumbarse, Doyle le dio un puñetazo en la garganta al hombre que le cogía por el brazo derecho. También él cayó, y Doyle se lanzó a correr hacia el sur, con la ilimitada energía que da el pánico, pues recordaba tan bien el puro de Romany que, por unos segundos, casi pudo notar su calor en el párpado. Detrás de él oía los pasos del tercer hombre, persiguiéndole.

Se encontraba ya fuera de la calle principal, y corría por un callejón. Los pasos de su perseguidor resonaban aterradoramente cercanos; vio una hilera de cajas, llenas con restos de verdura, apoyadas en una pared; extendió la mano al pasar, y las derribó. La inercia de su movimiento le hizo volverse en redondo y perder el equilibrio; cayó pesadamente al suelo, golpeándose primero la cadera y luego el hombro herido, pero las cajas habían caído directamente en el camino de su perseguidor. El hombre de Horrabin se enredó los pies en ellas y se estrelló con un satisfactorio golpe seco sobre los adoquines. Una vez caído se quedó inmóvil, había perdido el conocimiento, y quizá estaba muerto. Doyle se puso en pie, gimoteando, y se alejó cojeando todo lo aprisa que pudo del callejón.

Atravesó dos calles no tan anchas y siguió por el callejón durante otra manzana más hasta llegar a una acera del Strand, brillantemente iluminada, a sólo unas cuantas calles de La Corona y el Ancla. Su carrera le había hecho toser nuevamente, y antes de que pudiera controlar el acceso de tos, había ganado un chelín y una moneda de cuatro peniques. Cuando pudo respirar otra vez con no demasiada dificultad, empezó a caminar por el Strand en dirección oeste, pues, de pronto, se le había ocurrido que ésta era la noche del sábado en que Coleridge debía hablar en un principio, y Coleridge, aunque no estuviera en una posición capaz de permitirle ayudar a nadie, quizá pudiera echarle una mano a Doyle para regresar a la casa del capitán Jack sin que le vieran.

«Diablos —pensó Doyle—, puede que incluso me recuerde.»

Sin hacer caso de las ventanas de los restaurantes y los escaparates iluminados ante los que pasaba, Doyle siguió andando a toda prisa por la acera, encorvando el cuerpo para no sentir tanto las dolorosas punzadas de su costado, cojeando y respirando con un leve silbido asmático. Vio cómo una mujer se apartaba de él con expresión temerosa y, de pronto, comprendió el grotesco aspecto que debía de tener con su maquillaje, sus harapos y su andar encorvado, de insecto malherido. Súbitamente avergonzado, intentó erguir el cuerpo y caminar más lentamente.

La multitud, que se apartaba presurosa ante él, le parecía una avalancha de sombras, una masa indefinida de figuras salidas de un teatro, pero cuando una silueta sorprendentemente alta apareció en un callejón para interponerse en su camino, Doyle no pudo sino verla. Un sombrero puntiagudo de color blanco coronaba una cabeza que parecía un huevo de Pascua cubierto de dibujos, y Doyle, con un jadeo, se

volvió en redondo para echar nuevamente a correr, oyendo a su espalda el repiqueteo de los zancos sobre el pavimento.

Horrabin corría con gran facilidad sobre sus zancos y a cada paso cubría casi tres metros de calle, pese a verse obligado a evitar el tráfico; al correr emitía una casi musical serie de jadeos, en los que se alternaban el grave y el agudo. A Doyle, aterrado, el ruido le hizo recordar las sirenas de la Gestapo nazi en las viejas películas sobre la segunda guerra mundial.

Los jadeos de Horrabin hacían acudir a unos cuantos mendigos de callejas y portales; eran criaturas calladas, de aspecto musculoso, y dos de ellos avanzaron hacia Doyle, mientras un tercero se le acercaba desde el otro lado de la calle.

Al mirar por encima del hombro, Doyle distinguió fugazmente a Horrabin a sólo una de sus grandes zancadas de distancia, con el rostro sonriendo locamente, como el de un dragón chino, y una blanca garra extendida hacia él. Doyle se metió de un salto en un callejón lateral y rodó por el suelo, a punto de caer bajo los cascos de un caballo, que pasaba tirando de un carruaje. Logró ponerse en pie y subió de un salto al reborde lateral del carruaje, agarrándose con una mano a la ventanilla y con la otra al techo.

En el carruaje iban un hombre mayor y una muchacha.

—Por favor, vayan más aprisa —jadeó Doyle—. Me persiguen…

El anciano, irritado, había cogido un bastón de paseo del suelo del carruaje y, sacándolo por la ventanilla, golpeó con la punta el pecho de Doyle con toda la fuerza de quien da la primera tacada en el billar para dispersar las bolas. Doyle salió despedido del carruaje, como si le hubieran disparado un tiro, y aunque logró caer de pie, no tardó ni un segundo en perder el equilibrio para rodar sobre la calzada.

El viejo desecho humano que sólo tenía un ojo estaba acurrucado en un portal. Sus manos, parecidas al papel maché, aplaudieron en silencio.

—¡Ah, sí, sí! Y ahora, Doyle, al río… hay algo que deseo mostrarte en el otro lado —balbució la Suerte de Surreyside.

—¡Qué Dios nos ayude, le han disparado! —gritó Horrabin—. ¡Cogedle mientras aún respire, hatajo de chinches!

Doyle había logrado incorporarse, pero cada inhalación parecía partirle el pecho, y por unos segundos pensó que si empezaba a toser otra vez se moriría allí mismo. Uno de sus perseguidores estaba a sólo unos pasos de distancia, avanzando hacia él con una sonrisa confiada. Doyle metió la mano en el bolsillo, sacando el pesado brazalete y lo arrojó con todas sus fuerzas al rostro del hombre. Luego, sin pararse a comprobar el efecto que había tenido su acción, se dio la vuelta y, cojeando, fue hasta la otra acera y una vez en ella desapareció por un callejón.

—¡A menos que me lo traigáis, vais a convertiros en la cena de mañana! —graznó Horrabin, con gotitas de espuma brotando de sus labios escarlata, mientras su furia le hacía bailotear en la otra acera, como un pájaro carpintero enloquecido.

Uno de sus mendigos se lanzó hacia adelante, pero no había calculado bien la velocidad que llevaba un carro de la Compañía Chaplin, y cayó bajo los cascos de los caballos; antes de que el conductor pudiera frenarlos y detener el vehículo, una de las ruedas delanteras le habla pasado ya por encima. El tráfico se detuvo en toda aquella parte del Strand, mientras los conductores empezaban a chillarse unos a otros y, en más de un caso, se azotaban con sus látigos.

Horrabin bajó de la acera y empezó a caminar, abriéndose paso entre la confusión hacia el otro lado de la calle.

Doyle emergió de entre dos edificios y bajó a toda prisa una vieja escalera de madera para encontrarse en una especie de paseo hecho con tablones que corría a lo largo de la orilla. Fue lo más rápido que pudo hasta el extremo de uno de los muelles y se acurrucó tras una gran caja de madera; su respiración fue haciéndose gradualmente más lenta hasta que, por fin, fue capaz de cerrar la boca y no jadear más. El aire del río era más bien helado, y Doyle se alegró de que Copenhague Jack no obligara a sus mendigos a ir medio desnudos en invierno, por muy efectivo que ello resultara en el oficio. Se abrió un poco la chaqueta y la camisa y miró la herida; seguía sangrando, aunque no era demasiado profunda.

«Me pregunto quién demonios era ése —pensó—. No pudo ser nadie del doctor Romany y tampoco de Horrabin, pues Jacky me dijo que deseaban cogerme vivo a toda costa. Puede que fuera algún rival suyo… o quizá no fuera más que un lunático asesino trabajando en solitario, una especie de prototipo de Jack el Destripador.»

Doyle se tocó cautelosamente la larga herida y dio gracias a Dios de que los hombres de Horrabin hubieran llegado en ese instante.

Se frotó el pecho y luego tragó aire con todo lujo de precauciones, apretándose los pulmones al hacerlo. Aunque sentía cierto dolor en el esternón, y sin duda estaba en camino de conseguir el mayor hematoma de su vida, al menos por el momento, no sintió ningún dolor interno; lo más probable era que el iracundo bastonazo del viejo no le hubiera roto nada. Dejó escapar el aire y se apoyó agotado en la caja, dejando que los pies le colgaran por encima del agua.

Los puntos amarillentos de las linternas, colgadas en los botes que pasaban, y sus reflejos formaban sobre las tinieblas del río un modelo parecido a un dibujo de Monet, y las luces de Lambeth eran una cadena reluciente en el horizonte. La luna, una rodaja que emitía un débil resplandor anaranjado, parecía colgar de la silueta del puente situado a un kilómetro hacia el este. Por detrás de él y a su derecha se

encontraban las luces de Adelphi Terrace, con el aspecto de algún fantástico barco de recreo contemplado desde el nivel del agua; cuando la brisa paraba un poco, le llegaba un débil sonido de música.

Sintió que estaba a punto de sufrir un nuevo acceso de tos, pero el miedo le dio la fuerza necesaria para dominarlo al oír un lento y pesado golpeteo, que se aproximaba por encima de las tablas del paseo.

A Jacky le alegró que en el canal subterráneo el agua fluyera con tal rapidez que no fuera demasiado útil el timón, pues si éste hubiera girado en exceso hacia babor le habría dado en la cabeza, y si los ocupantes del bote hubieran estado haciendo algo, aparte de utilizar sus pértigas cada vez que la corriente les hacía aproximarse demasiado a los muros, quizá hubieran notado que llevaban una pasajera escondida. A medida que se acercaban al río, el agua que se arremolinaba alrededor de su cuello era cada vez más fría, y le estaba costando un auténtico esfuerzo impedir que sus dientes castañetearan. Intentaba mantener la cabeza muy por encima del nivel del agua, pues en su turbante llevaba una pequeña pistola y no deseaba que la pólvora se mojase. Las antorchas situadas en la proa y en la popa del bote parpadeaban en la brisa sulfurosa del túnel, a veces proyectando una tenue claridad rojiza y otras veces estallando en súbitas llamaradas, que iluminaban claramente las losas que formaban la bóveda del techo.

Cinco minutos antes estaba seca y caliente, cocinando unas salchichas en el hogar del Castillo de las Ratas de Horrabin, situado en la calle Maynard. Llevaba su atuendo de Ahmed, el mendigo Hindú, con turbante, sandalias y túnica fabricada a partir de una colcha de brocado; se había teñido el rostro y las manos con aceite de nuez, y se había añadido una barba falsa a su habitual bigote postizo, pues había visto al exiliado Fairchild en el Castillo de las Ratas, y no quería que la reconociesen como perteneciente a la organización de Copenhague Jack. El doctor Romany había llegado una media hora antes, y tras haberse instalado en una silla, se había quitado sus extraños zapatos para quedarse inmediatamente absorto en un montón de informes portuarios.

Y entonces uno de los mendigos de Horrabin, un tipo corpulento y de rostro rojizo, había entrado sin aliento a causa de la carrera, y farfulló su mensaje casi antes de encontrarse dentro de la habitación.

—Doctor Romany… aprisa… El Strand, y yendo hacia el sur en dirección al río… le han disparado a un hombre.

—¿Qué? ¿A quién han disparado? —Romany se levantó de un salto sin perder tiempo para ponerse los zapatos con su viejo rostro contorsionado por la agonía. Luego se derrumbó en su asiento y se puso los zapatos con suela de resorte—. ¿Quién?, maldito seas —le preguntó con un ronco graznido.

—No lo sé… Simmons le vio y… me envió a buscarle. Dice que es el… el hombre por el que ha ofrecido usted una recompensa.

Romany ya tenía puestos los zapatos y se había atado los cordones. Volvió a levantarse de un salto y empezó a moverse ágilmente sobre los poderosos resortes de sus suelas.

—¿Cuál? No, debe de ser Cara-de-Perro Joe… Jamás se atreverían a disparar contra el americano. Bueno, ¿dónde está? ¿Has dicho en el Strand?

—Sí, señor. Y se dirige hacia el sur, por Adelphi. Señoría, resultaría más rápido coger el bote por el canal subterráneo hasta llegar a las Arcadas de Adelphi. Con las últimas lluvias hay mucha agua y la corriente es fuerte…

—Ve delante… y aprisa. Hace años que conozco al viejo Joe, y si no le han matado con el primer disparo, estoy seguro de que lograr huir.

Cuando los dos hombres bajaron a toda prisa la escalera del sótano, Ahmed, el Mendigo Hindú, se encontraba a sólo unos pasos de distancia, olvidándose por completo de sus salchichas.

«Al fin —pensó Jacky, mientras el corazón le latía con tal fuerza que parecía a punto de reventar, mientras se obligaba a mantener la distancia suficiente para que no pudieran verla, ni oír que les seguía—. Dios, que siga vivo, deja que me acerque lo bastante a él para meterle una bala en el cerebro… Y si pudiera tener un instante para hablar antes con él, para explicarle quién soy y la razón de que vaya a matarle…, si todo eso fuera posible, entonces al fin podría irme a casa.»

Cuando llegaron al viejo muelle de piedra, situado en el sótano, hicieron falta unos segundos para que dos mendigos prepararan el bote y encendieran las antorchas. Mientras tanto, el doctor Romany contemplaba con impaciencia la oscura boca del túnel, y el ruido de los preparativos le permitió a Jacky cruzar con cautela el suelo de piedra y meterse sin hacer ruido en las negras y frías aguas. Los dos mendigos llevaron el bote junto al muelle para que el doctor Romany pudiera subir. En su borda había una serie de anillos que permitían cubrirlo con una lona, y Jacky pasó dos dedos por el interior de uno de esos anillos; cuando el bote fue empujado a fuerza de pértigas hasta el centro de la corriente, Jacky se dejó llevar con él.

—¡Ajá! —graznó la aguda voz del payaso—. Y ahora, ¿dónde está mi viejo amigo, Tom el Simple?

Cada vez que Horrabin avanzaba o retrocedía por encima de los tablones, se oía un golpe seco de madera contra madera. Aparte de ese ruido, sólo estaba el soplo ocasional de la brisa entre los aparejos de los botes atracados junto al muelle, y el lento agitarse del agua rozando los pilotes del embarcadero.

Doyle, sentado detrás de la caja, al final del embarcadero, permanecía tan inmóvil que ni siquiera respiraba, y empezaba a sentir ciertas dudas sobre si podría contenerse o se pondría en pie de un salto para gritar. «Basta ya, acabemos, estoy aquí y lo sabes

muy bien!» En la voz del payaso había cierto matiz burlón, como si conociera perfectamente dónde se ocultaba Doyle.

El payaso siguió moviéndose y Doyle oyó el ruido de sus zancos sobre los tablones.

«Dios mío —pensó—, si esa cosa empieza a venir por el embarcadero hacia mí, saltaré al agua y echaré a nadar hacia Lambeth antes de que haya podido dar ni tres pasos.» Y entonces se imaginó al payaso siguiéndole a través de las negras aguas, con Doyle volviéndose para ver por encima de su hombro ese rostro pintado y sonriente, que avanzaba con imposible rapidez, mientras él intentaba seguir nadando, pese a su hombro cada vez más dolorido. El latido de su corazón era tan fuerte que por unos segundos creyó que iba a romperle en pedazos, como un viejo edificio que cae bajo los golpes demoledores de un ariete.

—¡Horrabin! —el grito venía de su derecha—. ¿Dónde está?

Doyle comprendió, horrorizado, que esa voz era la del doctor Romany.

El payaso se rió en voz baja, y fue como si cien grillos enloquecidos chirriaran al unísono.

—Aquí mismo —gritó, y sus zancos repiquetearon más cerca de Doyle.

Con un alarido tan explosivo que hasta él mismo quedó algo sorprendido, Doyle saltó por el extremo del embarcadero, con el tiempo Justo para tragar aire antes de hundirse en las aguas heladas. Pataleó hasta encontrarse en la superficie y empezó a nadar frenéticamente.

—¿Qué fue eso? —La voz de Romany era claramente audible a través del agua —. ¿Qué está pasando?

Horrabin había llegado ya al final del embarcadero.

—Está en el río, yo te diré dónde…

Lanzó un silbido, éste aún más agudo y complejo que el usado para llamar a los mendigos en el Strand, y luego esperó, contemplando fijamente las orillas del río.

Apenas emergió el bote del túnel, y antes de que cruzara las arcadas de Adelphi para salir al río, Jacky soltó sus dedos entumecidos de la borda y dejó que el bote se alejara. «Justo a tiempo», se dijo, pues un instante después uno de los mendigos agarró el timón y el otro cogió un par de remos del fondo del bote, pasándolos luego por las escalameras. El doctor Romany gritó algo en tono interrogativo, y Jacky pudo oír una débil respuesta, pero había estado nadando medio sumergida y las palabras exactas le resultaron ininteligibles. Luego oyó un grito, breve pero tan potente que nadie situado en un kilómetro a la redonda habría dejado de sentirlo. Después del grito, lejana pero comprensible, la voz de Horrabin diciendo: «Está en el río, yo te diré dónde…»

Luego, cuando ya estaba en la orilla y emergía del agua, oyó el primer crujido de los remos.

Doyle, a unos cincuenta metros de distancia, logró calmarse un poco y empezó a nadar intentando hacer el menor ruido posible.

«Si algún bote se me acerca, si veo a alguien nadando —pensó—, me sumergiré en el agua y recorreré todo el trecho que queda, y luego intentaré sacar la cabeza sin hacer ruido, y respiraré muy despacio, con calma. Diablos, si tengo un poco de suerte quizá consiga escapar de ellos, no es tan difícil… y, teniendo un considerable montón de suerte, puede que logre volver a la orilla antes de que la corriente me agote por completo.»

El río le estaba empujando hacia la izquierda, lejos del doctor Romany. Y entonces oyó un nuevo ruido; unos remos, moviéndose rítmicamente a su derecha.

Horrabin sonrió; un tenue resplandor había aparecido en el segundo embarcadero a su izquierda y, a medida que se movía, fue convirtiéndose en una compleja trama formada por docenas de lucecitas que bailaban sobre la oscura superficie del río. El payaso señaló hacia el último lugar en el que había oído los chapoteos de Doyle y el enjambre de luces se internó en el río con la rapidez de unos pétalos arrancados por el viento a una extraña flor luminosa.

—¡Siga las luces, doctor Romany! —gritó con voz alegre Horrabin. «¿Qué luces? —se preguntó Doyle—. Las luces más próximas están en el otro lado del río. De acuerdo, doctor Romany, siga esas luces mientras yo me alejo hacia el este.»

Se mantuvo a flote moviendo lentamente las piernas y el brazo derecho para darle un descanso a su hombro izquierdo. No era demasiado difícil; había descubierto que si alternaba el nadar con el flotar de espaldas, removiendo lentamente el agua, le resultaba sencillo mantener el rostro fuera del agua sin tener que hacer ningún esfuerzo excesivo con los músculos. La corriente le estaba acercando al puente y empezaba a sentir una cautelosa confianza; quizá fuera capaz de trepar por uno de sus pilares y, cuando sus perseguidores hubieran llegado a la conclusión de que se había ahogado, entonces podría ir nadando de pilar en pilar hasta llegar a la orilla.

De pronto supo a qué luces se había referido Horrabin, pues lo que parecía una veintena de pequeñas velas flotantes venía en línea recta hacia él. Metió la cabeza bajo el agua y, dando una patada que levantó un breve surtidor de espuma, empezó a nadar, describiendo un ángulo recto con respecto a la dirección que habían llevado las luces.

Su tenue confianza anterior había desaparecido. Esto olía a magia ¿acaso no había dicho Jacky que el doctor Romany era un hechicero? Evidentemente, Horrabin también lo era, y Doyle se sintió como un hombre que, preparándose para una pelea a puñetazos, ve de pronto cómo su oponente cierra con un golpe seco la recámara de su revólver.

Siguió nadando bajo el agua todo lo que pudo, retorciéndose como una rana mientras tuvo algo de aire en sus pulmones, y por último dejó que su cabeza emergiera a la superficie del río. Luego alzó lentamente una mano y se apartó un mechón empapado de los ojos.

Y por un instante permaneció inmóvil en el agua, flotando en silencio, totalmente atónito; las luces le habían seguido, y ahora estaban a su alrededor. Una de ellas estaba tan cerca que casi habría podido tocarla, y Doyle vio que era sólo media cáscara de huevo en cuyo interior había una diminuta antorcha, un mástil hecho con una brizna de paja y una vela de papel y… y ni por un momento creyó que ello se debiera a un delirio febril, un hombrecillo no mayor que su dedo meñique, agazapado en la cáscara de huevo y manejando hábilmente el minúsculo timón de su nave para mantenerla inmóvil, pese a la brisa que soplaba sobre las aguas.

Doyle lanzó un alarido y trazó un arco con el brazo para hundirlas. Luego, sin esperar a ver lo que había ocurrido, tragó todo el aire que pudo y volvió a sumergirse.

Cuando sus pulmones parecían a punto de estallar y creyó que debía de estar casi debajo de los pétreos pilares del puente, Doyle se dejó flotar nuevamente hasta la superficie. Los diminutos marineros en sus cáscaras de huevo estaban otra vez agrupados a su alrededor formando un anillo. Se mantenían separados de él por unos dos brazos de distancia, y pese al ruido que indicaba la cada vez mayor proximidad del bote del doctor Romany, Doyle se detuvo unos segundos para recobrar el aliento, pataleando débilmente en el agua.

Algo golpeó el agua a unos centímetros de su mejilla izquierda y una rociada de espuma le dio en el ojo. Un instante después oyó el estampido de un arma disparada en la costa, seguido casi simultáneamente por un disparo procedente del bote de Romany; al estar el bote en movimiento, el disparo falló el blanco y levantó un surtidor de espuma entre el grupo de navecillas, lanzando una por los aires.

«Santo Dios —pensó Doyle con desesperación—, me están disparando desde dos lados a la vez. Llenó nuevamente de aire sus pulmones y se hundió bajo las aguas. Ahora ya ni tan siquiera desean cogerme vivo…»

Horrabin se había vuelto hacia la izquierda cuando sonó el disparo entre las barcas de pesca, y cuando se oyó un disparo procedente del bote del doctor Romany, alzó la cabeza bruscamente en aquella dirección. El payaso vio una lucecita que salía despedida de las aguas y se extinguía al caer, y comprendió que el jefe de los gitanos estaba disparando contra el hombre en el agua.

Horrabin formó una bocina con las manos alrededor de sus labios y gritó: —¡Pensé que le querías vivo!

Hubo un instante de silencio y luego la voz de Romany retumbó sobre las aguas.

—¿No es Cara-de-Perro Joe?

—Es el americano.

—Qué me… Entonces, ¿por qué le has disparado, condenado imbécil?

Jacky ya había cogido una red de pescar de la barca más cercana, la había metido en una canoa y estaba empujándola hacia el río cuando oyó el grito de Horrabin, aún más agudo que de costumbre a causa del miedo.

—¡No fui yo, Señoría, lo juro, maldita sea! Es alguien escondido entre las barcas, ahí… ya le veo, está en una canoa, se dirige hacia su Señoría!

Jacky manejaba el único remo de la canoa con veloz habilidad, impulsándola rápidamente hacia el anillo de lucecitas que se estaba moviendo hacia el este, en dirección al puente.

«Dios —pensó mientras jadeaba por el esfuerzo—, lo siento, Tom… quiero decir, Doyle. Estaba demasiado impaciente por matar a Cara-de-Perro Joe. Lo siento, por favor, no dejes que te maten ahora…»

Sentía como si sus entrañas se hubieran ahuecado por el terror, dejando en su lugar un vacío helado. Le había parecido un buen tiro y había estado apuntando justo al centro de la cabeza entrevista sobre las aguas…

Su canoa avanzaba más aprisa que el bote del doctor Romany, bastante más grande, y la había botado mucho más al este que él, por lo que cuando la cabeza de Doyle emergió nuevamente en la superficie del río (y, otra vez, justo en el centro del infalible anillo de luces), se encontraba casi unos cien metros más cerca de ella que el doctor Romany.

—¡Doyle! —gritó, profundamente aliviada al verle aún con vida—. ¡Soy Jacky! Espera, ya voy…

Doyle estaba tan agotado que el oír la voz de Jacky le hizo sentir cierta irritación. Se había resignado ya a la idea de ser capturado y el intento de rescate de Jacky daba la impresión de significar todavía más ejercicios agotadores de los que, probablemente, no saldría nada que no fuera aumentar la ya considerable ira del doctor Romany.

—Sumérgete tan hondo como puedas y luego vuelve a salir —decía nuevamente la voz de Jacky, ahora más cerca.

Doyle volvió la cabeza y, gracias a las lucecitas de su flotilla liliputiense, vio a un hombre barbudo en una canoa. Sus ojos se agrandaron por la sorpresa, pero antes de que pudiera meterse bajo el agua la silueta de la canoa agitó la mano.

—¡Espera! —dijo y, alzando la mano, se arrancó la barba de un tirón—. Soy yo, Doyle. Ahora haz lo que te he dicho, ¡y aprisa!

«Supongo que aún no ha llegado la hora del descanso», se dijo Doyle al borde del desmayo, mientras se hundía nuevamente bajo las aguas y, obedientemente, dejaba que el aire de sus pulmones fuera escapando en un reguero de burbujas por su nariz,

permitiéndole de ese modo descender con más facilidad a través de las frías y negras aguas. Luego detuvo su bajada moviendo las piernas, al ocurrírsele repentinamente que esta vez no habría ningún suelo de piscina en el fondo, desde el cual volver a subir impulsándose con una patada. «¿Y si me he hundido tanto que no puedo volver a la superficie antes de que mis pulmones se rebelen y decidan empezar a llenarse de agua del río?» Sin perder ni un segundo empezó a debatirse, y un momento antes de emerger otra vez el aire libre, sintió una cuerda rozándole el dorso de la mano.

Oyó un parloteo salvaje, como el de una bandada de pájaros asustados y vio a Jacky, inclinada sobre la borda de su canoa, recogiendo la red entre cuyas cuerdas ardían aún unas cuantas lucecitas.

—Sube —le ordenó secamente Jacky—. Hazlo por delante, yo equilibraré la canoa por atrás. No te acerques a la red… esos pequeños hijos de perra llevan cuchillos. Y date prisa.

Doyle perdió unos segundos mirando hacia el otro extremo del río, y vio el bote de Romany a unos cincuenta metros de distancia. El chasquido rítmico de los remos era ya casi ensordecedor. Luego, con un último esfuerzo, logró subir a la canoa. Jacky estaba agazapada en la popa, sosteniendo con todas sus fuerzas el remo en posición vertical sobre el agua.

Apenas la canoa hubo dejado de oscilar, Doyle la miró, jadeando, y dijo:

—Pisa el acelerador.

Jacky empezó a remar desesperadamente, pero la canoa, ahora con más peso y perdido el anterior impulso de su movimiento, apenas si lograba avanzar.

—Tengo otra pistola —gritó el doctor Romany—. Si tiras el remo no la usaré.

—No se atreverá a usarla —jadeó Jacky, con los brazos temblando por el esfuerzo de remar—. Te quiere vivo.

—Ya no —dijo Doyle, intentando cautelosamente ponerse algo más cómodo—. Hace un minuto me dispararon de todos lados.

—Creí que… eras otra persona.

La canoa estaba empezando a moverse, pero aún iban bastante despacio. Doyle pudo distinguir tres cabezas silueteadas en el bote que se les venía encima.

—¿Hay algún otro remo? —preguntó con desesperación.

—¿Has… has remado alguna vez en una canoa?

—No.

—Entonces cierra el pico.

Doyle se dio cuenta de que en la pernera izquierda de los pantalones de Jacky había un desgarrón, a través del cual se veía una herida bastante honda. Abrió la boca para preguntar sobre ella, y entonces vio que en la borda de la canoa había un agujero bastante cerca de la popa.

—¡Santo Dios, Jacky, te han dado!

—Ya lo sé.

Incluso a la tenue luz de la luna el rostro de Jacky estaba claramente enrojecido por el esfuerzo y cubierto por una reluciente capa de sudor, pero ahora la canoa ya había logrado una velocidad comparable a la del bote del doctor Romany. Durante uno o dos minutos las embarcaciones se mantuvieron separadas por la misma distancia, y avanzaron cortando el agua entre surtidores de espuma, con los remos marcando un compás idéntico al del frenético jadeo de Jacky, pero gradualmente la canoa fue consiguiendo dejar atrás a su no tan marinero competidor.

El puente alzaba ya su negra masa ante ellos, y cuando quedó claro que habían logrado distanciar el bote, Jacky alzó la vista hacia los grandes arcos de piedra, que se les aproximaban con una rapidez algo inquietante.

—Arco central del norte —murmuró, metiendo el remo en el agua por estribor.

La canoa, con una sacudida salvaje, empezó a virar hacia estribor.

Cuando ya se encontraban casi en línea recta con el arco que había indicado, y tan cerca de él que Doyle podía ver los chorros de espuma que el río levantaba al estrellarse contra sus piedras, Jacky sacó bruscamente el remo del agua y lo metió en el otro lado. La canoa se enderezó con una sacudida. Durante un instante todo fue negrura, aguas que rugían y la impresión de estar rodeados por un mundo de piedra, que fluía con cegadora velocidad por su lado (y unas oscilaciones de la canoa tan pronunciadas que Doyle estuvo a punto de caer nuevamente al agua), para desaparecer como si nunca hubiera existido; de pronto se encontraron otra vez en el río, ahora en el lado este del puente, y Jacky se dejó caer lentamente contra la popa de la canoa, con los ojos cerrados y las manos colgando fláccidamente a cada lado, consagrando todas sus energías en la tarea de recobrar el aliento, mientras la canoa iba perdiendo velocidad gradualmente.

Doyle miró hacia atrás y comprendió que el doctor Romany no habría podido imitar con su bote el brusco viraje que les había hecho pasar por el arco central del puente, más ancho que los otros, y que tampoco se atrevería a intentar pasar por el arco que tenía delante, demasiado angosto para ello. Si quería seguir la persecución tendría que dar la vuelta hasta frenar casi por completo su bote, y luego pasar lentamente por el arco que la canoa había cruzado como una exhalación.

—Les has despistado, Jacky —dijo asombrado—. Por Dios, has conseguido dejarles atrás…

—Crecí… en un río —logró decir Jacky unos segundos después—. Entiendo bastante… de botes. —Unos segundos más de respiración agitada y, tras apartarse el cabello empapado de la cara, Jacky añadió—: Creí que los Chicos de la Cuchara eran sólo un mito.

Doyle pensó que Jacky debía de estarse refiriendo a los marineros de las cáscaras de huevo.

—¿Has oído hablar de ellos?

—Oh, claro, hasta tienen una canción dedicada… «Y los Chicos de la Cuchara roban los juguetes en la casa de muñecas, cuando el gato duerme junto al fuego, y luego se van flotando en sus cáscaras de huevo por los desagües hasta el mundo subterráneo.» La canción sigue más o menos así, echándoles la culpa de casi todo lo imaginable. La gente dice que Horrabin los creó.. y desde luego esta noche le obedecieron ciegamente, indicando durante todo el tiempo dónde te encontrabas. Dicen que cerró un trato con el diablo para aprender cómo crearles.

Los ojos de Doyle se agrandaron un poco al ocurrírsele de pronto una idea.

—¿Has visto alguna vez su espectáculo?

—Claro, es condenadamente list… ¡Oh! Sí… sí, diría que tienes razón. Santo Dios… pero los muñecos del espectáculo son más grandes.

—Los Chicos del Bolsillo.

—Y yo que admiraba tanto su habilidad para manejarlos… —Jacky cogió el remo y se puso nuevamente en movimiento—. Será mejor que no perdamos el tiempo…, está decidido a cogerte.

—Por la forma en que todo el mundo me disparaba, tuve la impresión de que me querían muerto y nada más. Me has salvado la vida, Jacky. ¿Qué tal la pierna?

—Oh, duele un poco pero es un rasguño superficial. Me disparó tres veces cuando tú estabas sumergido y yo arrojaba la red sobre tu pequeña escolta. Es la primera vez que me disparan y no me ha gustado ni pizca.

Doyle estaba temblando.

—A mí tampoco me ha gustado. El disparo de Horrabin dio a unos centímetros de mi ojo.

—Bueno…, por eso tuve que venir remando en tu busca. Verás, no fue Horrabin el que te disparó. Él sabía quién eras. Fui yo.

El primer impulso de Doyle fue enfadarse, pero al ver una vez más la herida de Jacky se calmó.

—Entonces, ¿quién habíais creído tú y el doctor Romany que era?

Jacky siguió remando en silencio durante unos instantes y luego le contestó, no de muy buena gana.

—Supongo que ya te has ganado el derecho a conocer la historia. Creíamos que eras un hombre conocido como Cara-de-Perro Joe. El…

—¿Cara-de-Perro Joe? ¿El asesino del que se cree es un hombre-lobo?

Se dio cuenta de que Jacky le contemplaba con sorpresa.

—¿Quién puede haberte hablado de él?

—Oh, siempre ando escuchando por ahí y tengo buen oído. Bien, ¿qué tenéis tú o Romany contra él?

—Mató a un amigo mío. Diablos… Me… me engañó para que matara a un amigo

mío. Él… nunca le he hablado a nadie de esto, Doyle. Al menos, no de esta parte. Maldita sea… Ya has leído la poesía de Colin Lepovre… bueno, Colin era… un amigo muy íntimo y…, ¿Sabes cómo sigue vivo Cara-de-Perro Joe?

—He oído decir que puede cambiar de cuerpo.

—Sabes mucho más de lo que dejas ver, Doyle. No habría creído que en Londres hubiera ni media docena de personas enteradas de eso. Sí, así actúa. No sé cómo lo hace, pero puede ocupar el cuerpo de cualquier persona con la que pase cierto tiempo, y debe de hacerlo con bastante frecuencia, porque apenas se mete en uno nuevo, a éste empieza a crecerle pelo… por todas partes. Así que en cuanto pasan unos días debe escoger entre afeitarse por completo o buscar un nuevo cuerpo. —Jacky aspiró una honda bocanada de aire—. El año pasado cogió el de Colin. Creo que Cara-de-Perro Joe envenenó su viejo cuerpo antes de salir de él. Colin vino a verme, y estaba claro que sufría horribles dolores. —Jacky controlaba su voz mediante un gran esfuerzo de voluntad, y aunque sus ojos estaban clavados en la cúpula de San Pablo, Doyle pudo ver una delgada capa de lágrimas resbalando por su mejilla—. Era de madrugada. Yo me encontraba en la casa de mis padres, leyendo cuando él abrió la puerta y corrió hacia mí gruñendo…, no sé, como si fuera un perro enorme y sangraba abundantemente por la boca. ¡Maldita sea, Doyle, estaba en el cuerpo viejo, el que Joe había abandonado hacía poco, y estaba cubierto de pelo como si fuera un mono! ¿Me entiendes? ¡De noche! ¿Cómo podía…, cómo podía saber que era Colin? ¡Maldita sea!

—Jacky —dijo Doyle sin saber qué hacer, medio aturdido por esa historia aparentemente imposible, pero reconociendo el auténtico sufrimiento—. Era imposible, no había modo de saberlo.

El puente de Londres se encontraba a un kilómetro escaso, y Doyle empezó a distinguir las oscuras masas de las barcazas cargadas de carbón en la orilla de Surrey, a su derecha. Jacky empezó a llevar la canoa en esa dirección.

—Tenía una pistola —siguió diciendo Jacky con voz átona—, esa misma pistola que está ahí, a tus pies…, estaba sobre el dintel de la chimenea, y cuando esa cosa velluda entró en la casa me levanté de un salto, la cogí y le pegué un tiro en mitad del pecho. La cosa se derrumbó, cubierta de sangre. Me acerqué a ella con cuidado y entonces… entonces me miró durante un segundo antes de sufrir unas breves convulsiones y quedarse inmóvil. Estaba cubierto de pelo, lleno de sangre, pero cuando me miró pude reconocerle…, supe que era Colin El color de los ojos era distinto, claro, pero reconocí…, no era exactamente la expresión…, le reconocí a él ahí, dentro de ese cuerpo. —Después de la última barcaza había un embarcadero situado bajo una casa con las ventanas iluminadas; al parecer, Jacky se dirigía hacia él. El resplandor que surgía de las ventanas derramaba una cálida luz dorada sobre la aceitosa superficie negra del río—. Después de eso me pasé dos semanas durmiendo.

Yo era el único que dormía…, gritaba día y noche vomitaba la comida y soltaba tales obscenidades que mi pobre e inocente madre apenas si entendía la mitad de ellas…, pero estaba dormido. Y cuando eso terminó, decidí matar a Cara-de-Perro Joe con la misma arma que había matado… con la que yo había matado a Colin. —Jacky sonrió con amargura—. ¿Te has perdido?

—No. —Doyle pensó cuánta verdad podía contener esa fantasía digna de Lovecraft, quizá uno de los misteriosos Monos Danzarines había irrumpido en la casa de Jacky, aproximadamente en el mismo instante en que Lepovre había decidido esfumarse…, y también pensó que no se equivocaba al sospechar que en ese dolor tan hondo había algo más que pena ante la muerte de un amigo muy íntimo. ¿Habría estado en lo cierto con sus sospechas iniciales sobre Jacky?—. No creo que resulte muy original pero… lo siento, Jacky.

—Gracias. —Jacky había frenado la canoa, dejando colgar el remo dentro del agua, y ahora estaban deslizándose muy despacio junto al embarcadero. Jacky agarró una cuerda que colgaba por entre dos pilares y la sostuvo hasta dejar la canoa totalmente inmóvil—. Acerca tu extremo al embarcadero, Doyle…, hay una escalera que empieza más o menos por encima de tu cabeza.

Una vez que los dos hubieron subido al embarcadero, Jacky le miró y dijo:

—Ahora tenemos que pensar en tu destino. No puedes volver a la casa de Copenhague Jack… Horrabin tendrá una docena de espías aguardándote allí. —Caminaban lentamente hacia el edificio, que parecía alguna especie de posada o taberna, y Jacky, con los pies descalzos, avanzaba cautelosamente sobre los viejos maderos medio rotos—. ¿Cuándo llegar ese amigo tuyo a la ciudad? ¿Cómo se llamaba, Ashbin?

—Ashbless. Iré a verle el martes.

—Bueno, el viejo Kusiak, el posadero, tiene un establo al lado del edificio y siempre necesita ayuda. ¿Sabrás quitar la mierda de los caballos?

—Si hay alguien incapaz de ello me molestaría bastante ser de ese grupo.

Jacky abrió la puerta que daba al muelle y entraron en una pequeña habitación con chimenea. Doyle se apresuró a ir hacia ella.

Una chica con un delantal entró en la habitación y su sonrisa de bienvenida palideció un tanto al darse cuenta de que los dos recién llegados habían caído evidentemente en el río, y que uno de ellos todavía estaba empapado.

—No ocurre nada, señorita —dijo Jacky—, no vamos a sentarnos. ¿Tendrá la bondad de avisar a Kusiak y decirle que ha llegado Jacky, de la otra orilla, y que nos gustaría tomar dos baños calientes… en habitaciones separadas?

Doyle sonrió. Desde luego Jacky se tomaba muy en serio eso de la intimidad.

—Y también nos gustaría cambiarnos de ropa, no importa de qué clase —prosiguió Jacky—. Después, dos platos de su excelente sopa de pescado en el

comedor. oh, y un poco de café caliente con ron mientras esperamos.

La chica asintió en silencio y se apresuró a salir en busca de su jefe.

Jacky se inclinó junto a Doyle, sentado ante la chimenea.

—¿Estás seguro de que ese tal Ashbin será capaz de proporcionarte algún tipo de posición decente?

Doyle no estaba demasiado seguro y su respuesta, algo definitiva, iba dirigida tanto a convencer a Jacky como a sí mismo.

—Creo que no es tacaño. Y le conozco bastante bien, desde luego.

«Y tiene amigos e influencia —añadió Doyle mentalmente— ¡y quizá pudiera conseguirme una entrevista con el viejo Romany, garantizando mi inmunidad!, y puede que en ella seamos capaces de negociar según mis condiciones: dejaré que se entere de algunas briznas de información sin importancia (o puede que incluso le suelte mentiras puras y simples; sí, eso sería más seguro), a cambio de saber dónde se encuentra un agujero. Si pudiera tener el tipo adecuado de amigos esperando fuera de la tienda no se atrevería a intentar una vez más su numerito del puro en el ojo. Y si no me ayudan, tardaré meses o puede que años en conseguir una posición en la cual me sea posible acceder a tales influencias; Darrow dijo que los agujeros se van haciendo más escasos después de mil ochocientos dos y en cualquier caso no creo que vaya a tener meses…, la tos ya me estaba matando antes de la sesión acuática de esta noche. Puede que ahora se le ocurra convertirse en una auténtica neumonía. Tengo que volver muy pronto a un sitio donde haya hospitales de verdad…»

Doyle deseaba también hablar con Ashbless sobre sus primeros años y luego guardar la información en algún sitio donde no pudiera sufrir daño hasta «descubrirla», una vez de regreso en mil novecientos ochenta y tres. «Schliemann y Troya —pensó con cierta fatuidad—, George Smith y Gilgamesh, Doyle y los Papeles de Ashbless.»

—Bueno, que tengas suerte —dijo Jacky—. Puede que dentro de un mes tengas un trabajo en la Bolsa y habitaciones en Saint James, con lo cual apenas si recordarás tus días como mendigo y mozo de cuadra… —Sonrió—. Oh, sí, y aquella mañana como vendedor callejero más bien fracasado… ¿qué más has hecho?

El café con ron llegó en aquel instante y la sonrisa de la chica, así como sus palabras tranquilizadoras sobre la inminente preparación de los baños calientes, mostraban claramente que Kusiak habla decidido avalar el crédito de Jacky como cliente. Doyle, agradecido, tomó un sorbo de café.

—No mucho más —respondió.

El edificio conocido en todo el tugurio de Saint Giles como el Castillo de las Ratas habla sido construido sobre los cimientos y alrededor de las ruinas de un hospital levantado en el siglo doce; el campanario del hospital todavía estaba en pie,

pero a lo largo de los siglos los varios propietarios del lugar hablan añadido nuevos pisos y muros a su alrededor, para que sirviera de almacén, con lo cual sus ventanas de ojiva normanda no daban a la ciudad sino a cuartuchos que hablan sido unidos a la vieja piedra del campanario. La única parte de éste, que seguía aún libre, era la punta de la torre, y habría resultado más bien difícil descubrirla entre el laberinto formado por las chimeneas y los tejadillos de aquella enloquecida arquitectura.

Las cuerdas de las campanas se hablan podrido hacía siglos y las poleas cayeron al suelo para ser vendidas luego como chatarra, pero los viejos maderos regulan sosteniéndose, y nuevas cuerdas hablan sido atadas a ellos para levantar a Horrabin y al doctor Romany hasta unas tres cuartas partes de la altura del campanario. Dado que ello les permitía conversar a una cómoda distancia del suelo, era su sala de conferencias favorita. En lo alto de la torre se hablan colocado lamparillas de aceite, y «Detestable» Richard era el encargado del servicio en la reunión de aquella noche; estaba sentado en el alféizar de una ventana un poco más abajo de las lamparillas, con lo que se encontraba a un metro escaso por encima de las cabezas de sus jefes, suspendidos en el vacío.

—No tengo ni la menor idea de quiénes eran esos dos, Señoría —estaba diciendo Horrabin. Su extraña voz aflautada creaba un eco de pesadilla en el interior de la torre, como un lento aullido—. Lo cierto es que no eran de los míos.

—¿Y realmente pretendían matarle?

—Oh, sí. Dennessen dice que cuando golpeó al segundo, nuestro americano ya habla recibido una puñalada y estaba a punto de recibir otra.

El doctor Romany se balanceó pensativamente durante unos segundos de atrás adelante, dando leves patadas en el muro de piedra cada vez que se le acercaba.

—No logro entender quiénes pueden ser. Alguien trabajando contra ml, es obvio, alguien que quizá ya sabe lo que el americano puede contarme…, o que, sencillamente, no quiere que me lo cuente. No pueden ser los que le acompañaron, pues les vi desaparecer a todos cuando la puerta dejó de existir; a partir de entonces he estado vigilando todas las puertas y nadie ha llegado por ellas. Y la Hermandad de Anteo, según creo, lleva más de un siglo sin ser ninguna amenaza seria para nosotros.

—Son una pandilla de viejos —corroboró Horrabin—, que han olvidado el propósito original de su organización.

—Bueno, dile a tu Dennessen que si puede reconocer al hombre que intentó matar al americano, y consigue traérmelo vivo, la recompensa será idéntica a la que tendría de haber matado a Cara-de-Perro Joe. —Movió los brazos para afianzarse y detener sus balanceos—. El hombre barbudo que disparó al americano y que luego le recogió puede ser del mismo grupo. ¿Dices aún que reconociste a nuestro osado navegante de la canoa?

—Eso creo, Señora. No llevaba su turbante habitual, pero parecía el mendigo que

a veces ronda por aquí, ese llamado Ahmed. Un falso hindú…, tengo una orden general de búsqueda y he ofrecido una recompensa.

—Bien. Lograremos que uno de esos pájaros nos cuente toda la historia, si es voluntad de Set, aunque me haga falta pelarle hasta no dejar más que los pulmones, la lengua y el cerebro.

«Detestable» Richard extendió cautelosamente la mano hacia su monito de madera, que habla dejado en la repisa de la ventana como si fuera capaz de contemplar el prodigioso espectáculo de los dos hechiceros colgados como jamones para ahumar, y luego le tapó los oídos con el índice y el pulgar, pues tal tipo de conversaciones tendían a ponerle nervioso. Tampoco Richard estaba demasiado alegre. Ya llevaba en la ciudad una semana entera, confinado en el Castillo de las Ratas y en las recámaras ocultas bajo la calle Bainbridge, mientras el doctor Romany por lo menos iba personalmente a cada uno de los lugares en que aparecían las puertas, con lo cual pasaba gran parte del tiempo al aire libre.

—No puedo evitar el preguntarme si… si esta interferencia puede ser motivada por los esfuerzos de… de mi compañero de Turquía —dijo el doctor Romany.

—Pero si nadie sabe en qué consisten —indicó Horrabin y luego, en voz más baja, añadió—: Por ejemplo, sólo sé que vuestro hermano gemelo ha encontrado a un joven lord inglés, que estaba pasando sus vacaciones en solitario, y que pensáis puede ser de gran utilidad. Tengo la impresión de que debería estar más al corriente de vuestros planes.

Romany no parecía que le hubiera prestado atención.

—No creo que en este lugar se haya producido ninguna filtración —dijo con voz pensativa—, sencillamente porque soy el único que sabe cosas importantes. Pero no estoy demasiado enterado de qué tal van las cosas en Turquía, con el doctor Romanelli; tengo entendido que a ese joven lord le encanta escribir cartas. Espero que mi…, mi hermano no le haya permitido deslizar en ellas alguna información importante, sin darse cuenta, y que ésta llegue a manos de ciertas personas situadas en nuestra isla.

Horrabin pareció sorprendido.

—¿Dónde se halla ese joven par tan turbulento?

—A unos cuantos días de camino desde Atenas, dirigiéndose obedientemente hacia Patrás por el golfo de Corinto. No sé a qué se deberá, pero el joven milord es muy vulnerable psíquicamente cuando se halla en tal zona: Patrás, Missolonghi, el golfo… Cuando estuvo por última vez allí, en julio, Romanelli consiguió que el cónsul imperial, que trabaja para él, le hiciera dormir mediante el ingenioso recurso de obligarle a concentrarse en un reloj musical, y mientras dormía mi hermano puso una orden en la mente del lord, muy por debajo de su nivel consciente para que no la percibiera…, una orden para volver a Patrás a mediados de septiembre, momento en

el que las cosas deben estar lo suficientemente caldeadas para que la ebullición pueda producirse en unos instantes. Y ahora mismo, el lord lleva dentro esa orden mientras que, ignorante de todo, cree que la decisión de volver a Patrás es sólo obra suya.

Horrabin estaba meneando la cabeza con impaciencia.

—La razón de que lo haya preguntado es…, bien, si una carta suya hubiera podido causar problemas aquí, debería haber sido enviada… ¿cuándo? Creo que hace meses. ¿Acaso no hay una docena de guerras en curso entre ese lugar y aquí? Por lo tanto, incluso sí hubiera mandado dicha carta sin perder ni un momento, no ha tenido el tiempo suficiente como para llegar aquí y hacer que alguien descubriera vuestra identidad y vuestros planes.

Romany arqueó las cejas y asintió.

—Tienes razón, no había tomado en cuenta la lentitud del correo internacional en estos días. —Frunció el ceño—. Entonces, ¿quién diablos son esos hombres, y por qué pretenden interferir en mis planes?

—No puedo responder a ello —dijo el payaso, estirando y encogiendo lentamente sus miembros como una inmensa araña cubierta de pintura. Detestable Richard le tapó los ojos a su monito—. Pero —añadió Horrabin— también están interfiriendo en los míos. Cuatro docenas de mis homúnculos más diminutos se perdieron esa noche al ahogarse por culpa de ese maldito hindú. Es necesario que vuestro Amo de El Cairo me envíe más de esa sustancia…, ¿cómo se llama?

—Maná —dijo el doctor Romany—. Es condenadamente difícil de producir dado el estado actual de la magia.

Meneó la cabeza con aire dubitativo.

Horrabin torció el gesto y sus rasgos pintados formaron una mueca horrible, pero sin alterarse, siguió con sus lentos ejercicios gimnásticos.

—La necesito…, la necesito si debo trabajar para vosotros, para hacer más homúnculos —dijo con voz tranquila—. Los enanos y las criaturas similares puedo conseguirlas a partir de seres humanos, pero en cuanto a muñequitos capaces de escuchar una conversación escondidos en una taza de té, o de seguir a un hombre agarrados al borde de su sombrero —el payaso estaba empezando a levantar la voz—, o de introducirse en un banco a través de los desagües para reemplazar soberanos de la mejor calidad por la moneda falsa de vuestros gitanos… —se inclinó de tal modo que su cabeza estaba casi rozando la de Romany, mientras sus piernas se retorcían lentamente y añadió, en un susurro casi inaudible—: Por no hablar de vuestro deseo de que algunos entren en la habitación de un monarca, ocultos en algún traje de doncella, para poner en su sopa, sin que nadie les vea, drogas capaces de corromper la mente, después de lo que, ataviados tal y como os plazca, desde disfraces de insectos hasta los trajes de los Doce Apóstoles, empiecen a bailar en algún sitio donde no pueda cogerles para así dar algo más de colorido a sus delirios…, bueno,

para ese tipo de trabajos os hacen falta mis Chicos de la Cuchara.

—No tendremos que seguir con eso por mucho tiempo si todo sale bien en Patrás —dijo Romany en voz baja—. Pero debo admitir que esas criaturas tienen su utilidad. Le explicaré la situación a mi Amo y ya te transmitiré sus palabras.

—Esa comunicación debe realizarse por medios más rápidos que el correo normal —observó Horrabin, mientras sus cejas pintadas de color naranja se alzaban en un ademán interrogativo, como queriendo ocultarse bajo su sombrero.

—Oh, sí —dijo Romany encogiéndose de hombros—. Mediante la hechicería, yo y mis colegas podemos hablar entre nosotros cuando nos plazca, sin que importe la distancia, e incluso podemos transmitir objetos sin pérdida de tiempo. Ese perfecto sistema de comunicación asegura que nuestro golpe, cuando decidamos asestarlo, ser dado con tal justeza y coordinación que no habrá defensa alguna contra él. —Sonrió fugazmente—. En nuestras manos se encuentra el Rey de los Hechiceros, y eso basta para vencer a cualquiera de las cartas que el viejo John Bull pueda tener.

«Detestable» Richard miró a su mono con los ojos algo desorbitados y meneó la cabeza. «Menudo canalla, ¿eh, monito? —pensó—. Sencillamente, no quiere que ese terrible payaso se entere de cuánto le necesita… sí, monito, cuántas veces le hemos visto tú y yo chillándole a esa estúpida vela que tiene, llena de garabatos egipcios, y un par de horas después se oye una débil vocecita diciendo "¿Cómo? ¿Cómo?", una vocecita que sale de la llama… ¿y cuántas veces ha intentado mandar o recibir objetos de sus amigos en esa tierra lejana? ¿Recuerdas la vez en que su Amo intentó mandarle una estatuilla y todo lo que recibió fue un puñado de barro rojizo? ¡Ja! ¡Para eso sirve la brujería!»

Escupió disgustado y ello le valió un grito irritado del doctor Romany.

—Lo siento, *rya* —se apresuró a decir Richard y luego se volvió hacia su mono, con el ceño fruncido.

«No hagas que empiece a parlotear contigo —le dijo—. ¿Has visto lo que saco con ello? Meterme en líos…»

—En cualquier caso —prosiguió el doctor Romany, limpiándose la calva—, hemos hecho que el americano se viera obligado a salir de su refugio, y quiero que esta noche se lleve a cabo una buena búsqueda, mientras aún le tenemos por ahí corriendo y lleno de miedo. Bien, nosotros tres…, ¿me estás escuchando, Richard? Muy bien…, nosotros tres le hemos visto, así que cada uno debería encargarse de un grupo de búsqueda. Horrabin, tú pondrás en movimiento a tus desgraciados y registrarás la zona que va de Saint Martin's Lane hasta la catedral de San Pablo… y quiero que compruebes todas las fondas y posadas, así como las tabernas. Que no se te pase por alto ningún mendigo. Richard, tú llevarás un grupo desde la costa sur hasta los graneros que hay en Wapping. Yo cogeré unos cuantos chicos del muelle desde el sureste junto a San Pablo hasta el tugurio de Clare Market, pasando por la

Torre, los muelles y la zona de Whitechapel. Francamente, es allá donde espero encontrarle; tendrá amigos en el lado norte del río y cuando le vimos por última vez iba hacia el este, lejos de la zona que te he encargado, Horrabin.

Dos horas después «Detestable» Richard subía lentamente por la escalera pisando con mucho cuidado, pues creía que el mono de madera se habla dormido en su bolsillo. Cuando ocupó de nuevo su puesto en la ventana con un gesto de cansancio, los dos hechiceros colgaban ya de sus cuerdas, aunque el doctor Romany se balanceaba en la suya como si acabara de subir.

—Supongo —dijo el jefe de los gitanos, volviendo hacia él un rostro lleno de fatiga—, que no fuiste más afortunado en Surreyside de lo que nosotros lo fuimos en el norte.

—*Kek, rya*.

—Eso quiere decir no —le explicó Romany a Horrabin.

En la cúpula de la torre faltaba una gran piedra y a medida que un brillante rayo de sol iba bajando por el muro, se empezó a oír cómo los vendedores de la calle Holborn alababan a gritos la excelente calidad de sus verduras. Los dos hechiceros discutían las estrategias a seguir y Detestable Richard, con su mono ya despierto metido dentro de la camisa, estaba manteniendo con él una interminable conversación en un murmullo totalmente inaudible.

# 6

*La otra noche, tras la celosía,*
*Me encontré a un hombre que no existía…*

*Balada tradicional*

La mañana del martes, dos días después, amaneció nublada y amenazando lluvia, pero en las cafeterías que rodeaban la Bolsa los cambistas y los agentes se dedicaban a sus negocios con el mismo vigor de siempre.

Doyle, algo atontado por el hambre y la falta de sueño, estaba sentado en un rincón de la cafetería Jamaica, viendo cómo una docena de comerciantes pujaban por un cargamento de tabaco rescatado de una nave que había logrado fondear a duras penas en el Támesis; la subasta se hacía mediante el Dedo de Vela, y la última puja ofrecida antes de que se hubiera extinguido la llama de la corta vela, de donde le venía ese nombre, era la aceptada. La vela estaba a punto de apagarse y las pujas se sucedían cada vez más aprisa y casi gritando. Doyle decidió tomar otro sorbo de su café tibio, obligándose a que el sorbo fuera breve, pues si lo terminaba tendría que pagar otro para conservar la mesa, y la compra de sus ropas actuales (pantalones marrones y chaqueta negra, una camisa blanca y botas negras, todo de segunda mano pero limpio y en bastante buen estado) le habían dejado solamente con un chelín, y deseaba poder invitar con una taza de café al poeta en cuanto éste llegara.

Sentía un fuerte dolor en el hombro, y empezaba a temer que el coñac usado para empapar su vendaje no hubiera sido capaz de acabar con la infección de la cuchillada.

«Tendría que habérmelo bebido, pensó. Le lloraban los ojos y le escocía la nariz, pero aparentemente su cuerpo había olvidado cómo estornudar. Date prisa, William —pensó—, que tu biógrafo se muere.»

Se volvió para mirar el reloj de la pared y vio que eran las diez y veinte. Ashbless debía aparecer dentro de diez minutos.

«Al menos he conseguido llegar vivo hasta aquí —pensó—, aunque hubo momentos en que no lo habría asegurado. Me han dado una cuchillada, me han disparado y estuve a punto de ahogarme la noche del sábado. Y un poco más tarde me capturó ese gitano.»

Sonrió con cierto asombro al contemplar su taza de café, al recordar el encuentro. Le había dado las gracias a Jacky y se había despedido del joven, tras acordar que se encontrarían al mediodía del viernes en mitad del puente de Londres. Le estaban presentando al jefe de los establos de Kusiak cuando había entrado a toda prisa el gitano, pidiendo cambiar tres caballos agotados por tres frescos. El jefe de los

establos se había negado en un principio, pero cambió de parecer cuando el gitano, con un ademán impaciente, sacó un puñado de soberanos de oro de una bolsa y se los ofreció. El más bien distraído interés de Doyle se convirtió bruscamente en pánico al reconocer en ese hombre al mismo gitano que había permanecido impasible viendo cómo le torturaba el doctor Romany hacía una semana. Doyle se apartó silenciosamente del círculo de luz arrojado por la lámpara, y se volvió, disponiéndose a huir, pero cuando llegó a la puerta lateral también él había sido reconocido. Doyle salió corriendo por un callejón, y luego torció hacia el este en dirección al puente de Londres, pero el viejo gitano era más rápido, y las pisadas que sonaban a espaldas de Doyle fueron aumentando de volumen hasta que, de pronto, una mano le agarró por el cuello haciéndole caer al suelo.

—Pronuncia la primera sílaba de cualquier hechizo, perro del Negro, y te aplastaré la cabeza en el pavimento —había dicho el gitano, agazapado sobre él y casi sin jadear, pese a la carrera.

—Adelante —replicó Doyle—. Jesús, ¿por qué no podéis dejarme en paz? —Estaba empezando a recobrar el aliento—. Y si conociera algún hechizo, ¿crees que habría salido corriendo? No, demonios, habría conjurado alguna maldita especie de… no sé, una carroza alada o algo parecido. Y te habría convertido en un montón de estiércol para luego tener el gusto de echarte a paletadas en una carretilla.

Para sorpresa de Doyle el gitano sonrió al oírle.

—¿Te has enterado, mono? Quiere convertirnos en estiércol. La mayoría de estos *chals* dedicados a la magia quieren convertir las cosas en oro, pero el viejo Jadeos, aquí tendido, no es tan ambicioso. —Hizo levantar a Doyle de un tirón—. Vamos, hombre del Negro, alguien quiere hablar contigo.

Un par de siluetas se perfilaban junto a la puerta por la que Doyle había salido huyendo, y una de ellas gritó algo con voz enfadada, por lo que el viejo gitano le hizo tirar por una calle más alejada del río, y luego le hizo torcer nuevamente, con lo cual se acercaron a la entrada principal de Kusiak. Doyle iba delante.

Cuando estuvieron frente a una taberna, dos edificios más allá de la posada de Kusiak, Doyle se detuvo.

—Si estás llevándome otra vez con ese lunático, que intentó quemarme el ojo la última vez —dijo Doyle con voz algo vacilante—, entonces necesito tomarme antes dos cervezas. Por lo menos dos… Y dado que tienes tanto oro, amigo, creo que bien puedes invitarme.

—Una idea muy *kushto* —dijo el gitano desde detrás suyo tras un momento de silencio—. *Adree,* vamos.

Entraron en la taberna y atravesaron la habitación de techo muy elevado, donde se encontraba el mostrador, hasta llegar a una estancia más pequeña, separada por dos escalones en la que había unas cuantas mesas dispuestas sin mucho orden. El gitano

clavó sus negros ojos en una mesa del rincón y Doyle asintió. Fueron hacia allí y se sentaron para calentarse luego las manos sobre la vela que ardía en un plato.

Una vez que la chica se había ido con el pedido, cerveza para Doyle y vino para el gitano, éste le dijo:

—Me llaman «Detestable» Richard.

—¿Oh? Bueno, encantado de… no. Esto…, yo me llamo Brendan Doyle.

—Y éste es mi compañero —dijo el gitano, sacando de su bolsillo un mono tallado en madera. Doyle recordó que se lo había visto ya a Richard la noche del sábado pasado—. Mono, éste es Doyle. Doyle es el *gorgio* que el *rya* ha estado tan ansioso de encontrar, y el rya estará muy contento con nosotros por haberle encontrado. —Miró a Doyle y le dirigió una radiante sonrisa—. Y esta vez te llevaremos a un sitio donde no haya *prastamengros* para oírte gritar.

—Oye…, esto, «Detestable» —dijo Doyle en voz baja pero llena de ansiedad—, si finges no haber podido encontrarme, te convertiré en un hombre rico. Te doy mi palabra de que…

Y Doyle estuvo a punto de caer al suelo, pues el gitano se había movido con la rapidez de una ratonera al cerrarse, y sus nudillos se habían estrellado con dureza en el puente de su nariz.

—Todos los *gorgios* pensáis que nosotros, los romani, somos idiotas —observó Richard.

En ese instante llegaron el vino y la cerveza, y Doyle hizo esperar a la chica mientras consumía su jarra en dos largos tragos, que le dejaron la garganta más bien ardiendo. Luego, medio atragantado, pidió otra pinta.

Richard le estaba mirando fijamente.

—Supongo que no pasará nada si te llevo borracho. —Contempló a la chica con cierto anhelo—. Un poco de cerveza fría no me vendría mal después de tanto correr.

Sorbió su vino sin demasiado entusiasmo.

—No es mala. Toma un poco.

—No…, la cerveza era la bebida favorita de mi Bessie, y desde que se enfrió no he tomado ni gota.

Acabó su vino de un solo trago, se estremeció levemente y cuando la chica le trajo a Doyle su segunda jarra, pidió otro vaso de vino.

Doyle tomó un poco de cerveza y meditó durante unos segundos.

—Mi Rebecca… —dijo con cautela—, bueno, a ella le gustaban casi todos los licores y desde que se… se enfrió me he dedicado a beber lo suficiente para los dos. Como mínimo.

Richard escuchó sus palabras con aire pensativo, frunció el ceño y acabó moviendo la cabeza en un gesto de comprensión.

—Es la misma idea que tengo yo —dijo en tono solemne—, eso evita que se las

olvide.

Cuando la chica acudió nuevamente a su mesa, pidió algo de dinero, lo obtuvo y a cambio de él les dejó en la mesa una jarra de cerveza y una botella. Con una lentitud algo melancólica los dos hombres volvieron a servirse.

—Por las damas muertas —dijo «Detestable» Richard.

Doyle levantó su jarra. Un instante de silencio interrumpido por ruidos de líquido al ser tragado, y luego los dos volvieron a dejar sobre la mesa jarra y vaso, ahora vacíos. Un momento después, los llenaron con gesto ceremonioso.

—¿Cuánto… cuánto hace que murió Bessie? —preguntó Doyle.

Richard se bebió medio vaso antes de responder.

—Hace diecisiete años —dijo por fin en voz baja—. La arrojó al suelo un caballo cerca del bosque de Crofton. Siempre fue *kushto* con los caballos, pero esa noche estábamos huyendo de los *prastamengros*, y el suyo metió la pata en un agujero. La caída… Se rompió la cabeza.

Doyle volvió a llenar su jarra y luego alargó la mano hacia la botella de vino, llenando de nuevo el vaso del gitano.

—Por las damas muertas —dijo en un susurro.

Vaso y jarra quedaron vacíos y volvieron a llenarse.

Doyle descubrió que podía seguir hablando con claridad si lo hacía despacio y escogía sus palabras tan cuidadosamente como el jugador de golf, que selecciona sus palos para un golpe difícil.

—Rebecca también se rompió la cabeza —le dijo al gitano—, a pesar del casco. El casco se partió también…, se dio contra una columna de la autopista. Yo conducía y ella iba detrás. —El gitano movió la cabeza con lentitud—. Íbamos en una vieja Honda Cuatrocientos cincuenta y las calles estaban demasiado mojadas para llevar un pasajero; yo lo sabía pero teníamos demasiada prisa y, qué diablos, llevaba casco y yo había estado usando motos desde hacía años. Estaba cambiando de carril, porque cuando llegas a la autopista de Santa Ana desde la playa acabas en el más rápido, quieras o no. Yo intentaba pasarme a uno más lento, y al inclinarme hacia la derecha y pasar por entre esos pequeños desniveles que marcan la división entre los carriles, noté que la moto… bueno, que patinaba. Es una sensación horrible, como un terremoto, ¿entiendes? Es un… un movimiento totalmente inesperado y letal. Y entonces perdí el control y la vieja Cuatrocientos cincuenta era demasiado pesada, demasiado metal delante y… se cayó. —Tragó un enorme sorbo de cerveza—. Rebecca salió despedida por la derecha y yo me deslicé por el asfalto como una peonza. Mi chaqueta de cuero ardió como si fuera de papel… Si el asfalto hubiera estado seco, me habría dejado sin piel ni carne, con las costillas al descubierto. Los coches lograron frenar sin atropellarme y entonces me puse en pie y volví cojeando hacia ella…, me había roto el tobillo, entre otras cosas…, volví hasta donde estaba

ella. Su… su cabeza estaba…

El tintineo de cristal sobre cristal le arrancó de sus recuerdos. Richard le estaba volviendo a llenar la jarra.

—No hace falta que me lo expliques —dijo Richard, dejando la gran jarra de cerveza sobre la mesa—, yo vi lo mismo que tú. —Levantó su vaso—. Por Rebecca y por Bessie.

—Que descansen en paz —dijo Doyle.

Una vez que hubieron terminado de beber, «Detestable» Richard miró a Doyle fijamente.

—No eres un hechicero, ¿verdad?

—Dios, ojalá lo fuera.

—Pero alguno de tus compañeros debía serlo…, yo mismo vi los carruajes desaparecer de ese campo como pulgas en el dorso de tu mano.

Doyle asintió sin demasiado entusiasmo.

—Sí. Se fueron, dejándome aquí.

El gitano se puso en pie y dejó caer un soberano sobre la mesa.

—Cógelo —le dijo—. Les contaré que estuve persiguiendo a un *chal* que se te parecía, y que llegué a pillarlo, pero que no eras tú y tuve que invitarle a una copa y convencerle de que no fuera a por los *prastamengros*.

Se volvió, dispuesto a irse.

—Estás… —farfulló Doyle. El gitano se detuvo y le contempló con una expresión indescifrable—. ¿Vas a dejar que me vaya? ¿Sólo porque has tomado una copa conmigo? —sabía que lo mejor era callarse, no hablar, pero también sabía que le resultarla imposible vivir con ese enigma—. ¿Has creído que mi oferta de hacerte rico era mentira?

—*Gorgio*, tú eres el estúpido —dijo «Detestable» Richard.

Con una sonrisa, se dio la vuelta y salió de la habitación.

La vela parpadeaba en un charco de cera medio derretida; la subasta había terminado. El vencedor se puso en pie para encargarse del papeleo, parecía un poco más sorprendido que alegre por haber sido el último en pujar.

Doyle miró el reloj y sintió un estremecimiento helado en sus entrañas; eran las diez y treinta y cinco. Sus ojos examinaron la habitación pero no había ningún gigante rubio en ella, con o sin la profusa barba que Ashbless había utilizado siempre.

«Maldita sea —pensó Doyle—, ese hijo de perra llega tarde… ¿Es posible que le haya pasado por alto durante los últimos minutos? No, se supone que no va a limitarse a meter la cabeza en la habitación y largarse; se supone que va a sentarse aquí mismo y escribir sus malditas "Doce horas de la noche". ¿Qué son, como doscientas líneas?»

Tenía el rostro ardiendo y en la boca un sabor desagradable y febril. Pensando que no podía permitirse el lujo de sufrir un desmayo en ese lugar, pidió una pinta que le costarla la preciosa cantidad de dos peniques. Cuando llegó su pinta, según el reloj faltaban veinte minutos para las once y aunque intentó beberla con lentitud, tal y como convenía a su estado, cuando en el reloj hubo sonado el tercer cuarto de hora su jarra estaba vacía, y Doyle sentía el alcohol a punto de explotar en su bóveda craneal; no había comido en veinticuatro horas y Ashbless aún no había llegado.

«No pierdas la calma —pensó—. Café, basta de cerveza. Así que anda un poco retrasado… Bueno, los informes y relatos que hay sobre su llegada tenían más de un siglo de antigüedad cuando los leíste, y estaban basados en los recuerdos del propio Ashbless, tal y como fueron recogidos por Bailey en mil ochocientos treinta, así que cierta imprecisión no deberla resultar tan sorprendente. Quizá llegara a las once y treinta… tenía que ser a las once y treinta.»

Se recostó en su asiento, dispuesto a seguir esperando. Tres tazas de café cuidadosamente dosificadas más tarde, y el reloj dio las once y media; seguía sin haber señal alguna de William Ashbless.

Los cambistas y comerciantes seguían con sus negocios. En un momento dado, un caballero de aspecto distinguido, que había vendido una plantación en las Bahamas con unos beneficios increíbles, pidió una ronda de ron para todos los presentes y Doyle, agradecido, vertió el brebaje por su garganta cada vez más reseca.

Y a partir de entonces empezó a enfadarse. tenía la impresión de que aquel retraso era un auténtico descuido por parte del poeta, una falta de atención hacia sus lectores. «Qué arrogancia… afirmar que había estado allí a las diez y media, cuando en realidad no se había tomado la molestia de llegar hasta… veamos…, casi las doce. ¿Qué le importa tener a la gente esperando? —pensó Doyle algo confuso—. Es un poeta famoso, un amigo de Coleridge y Byron.»

Doyle se lo imaginó, y la fiebre y el cansancio se combinaron para darle a su visión una claridad casi digna de una alucinación: los anchos hombros, el rostro curtido, con su melena leonina y su barba de vikingo… Hasta ahora ese rostro, como el de Hemingway, le había parecido básicamente dotado de humor y sociable, aunque algo adusto, pero ahora había solamente en él una altiva y distante crueldad.

«Lo más probable es que esté fuera —pensó Doyle—, esperando a que yo me caiga muerto al suelo antes de que se digne entrar a escribir su maldito poema.»

De pronto, se le ocurrió una idea y llamó a un chico para pedirle un lápiz y unas cuantas hojas de papel. Cuando llegó lo que había pedido empezó a escribir, de memoria, el texto completo de "Las Doce Horas de la Noche". Al componer su primer artículo sobre la obra de Ashbless y luego, mientras escribía la biografía, había tenido que leerlo centenares de veces, y pese a su aturdimiento actual, no tuvo ninguna dificultad para recordarlo palabra por palabra. A las doce y media estaba

garabateando sus últimas ocho líneas.

*Murmuró: «Y un río yace*
*entre el ocaso y los cielos del alba,*
*y las horas son la distancia imposible*
*que se extiende entre esas mareas nocturnas…*
*Demasiado perdidos para temer, libres ya de todo afán,*
*los viajeros se hunden en la negrura*
*donde la oscuridad brilla como un fuego deslumbrante*
*a través de las Doce Horas de la Noche.»*

«Ya está —pensó, dejando caer el lápiz sobre la mesa—. Cuando ese malnacido acuda por fin a cumplir con sus compromisos históricos, me limitaré a entregarle esto y diré: Si estas líneas le despiertan la curiosidad, señor William Desgraciado Ashbless, puede ponerse en contacto conmigo en la posada de Kusiak, en Fickling Lane, Southwark. Ja, ja.»

Dobló las hojas de papel y volvió a reclinarse en su asiento con una sonrisita de satisfacción, dispuesto a esperar.

Cuando empezaron a sonar los alaridos, Jacky echó a correr por el callejón hacia Kenyon Court, notando cómo la vieja pistola que llevaba en su bolsa rebotaba dolorosamente a cada zancada en su hombro izquierdo. Lanzó un juramento, segura de que ya era demasiado tarde. Cuando emergió del callejón al solar lleno de escombros e inmundicias un disparo resonó entre las casas cubiertas de mugre y hollín.

—Maldición… —jadeó sin aliento.

Sus ojos medio ocultos por el flequillo iban de un lado a otro, intentando ver una silueta cualquiera, desde un chiquillo hasta una vieja, saliendo del lugar. En especial, alguien que se moviera con excesiva despreocupación…, pero todo el mundo se dirigía corriendo hacia la casa de donde había partido el disparo, gritando, preguntando qué pasaba a los ocupantes del edificio, pegando el rostro en las ventanas cubiertas de polvo y vaho.

Jacky se lanzó hacia adelante, agachándose y usando los codos para abrirse paso a través de la multitud hasta llegar a la puerta principal de la casa. Descorrió el pestillo, abrió la puerta y se metió dentro, cerrándola a su espalda y pasando el cerrojo interior.

—¿Quién demonios eres? —gritó una voz bastante cercana a la histeria.

Un hombre corpulento con un delantal manchado de cerveza estaba en el primer

peldaño de la escalera, en el otro lado de la habitación. La pistola, que humeaba en su mano derecha, no parecía algo que le llamara particularmente la atención, como no la habría llamado una gota de mostaza en el bigote; en esos instantes la pistola era sólo un peso, que servía para impedir que aquella mano imitara los gestos nerviosos y sin objeto a que se entregaba la mano izquierda.

—Sé lo que ha matado —jadeó Jacky con voz apremiante—, y hace tiempo maté a una criatura igual, pero eso ahora no importa… ¿Falta algún miembro de su familia, alguna otra persona? ¿Salió alguien de la casa durante los últimos minutos?

—¿Cómo? ¡Arriba hay un maldito mono! ¡Acabo de matarlo! ¡Dios mío! ¡Gracias a todos los santos en la casa no hay nadie de mi familia! Mi mujer se habría vuelto loca, puede que yo me acabe volviendo loco y…

—Muy bien. ¿Qué estaba haciendo el… el mono? ¿Qué hacía cuando usted le disparó?

—¿Era suyo? ¡Hijo de perra, haré que le metan en la cárcel por dejar suelta semejante bestia!

Empezó a bajar los escalones con paso vacilante.

—No, no era mío —dijo Jacky alzando la voz—, pero he visto otro parecido. ¿Qué estaba haciendo?

El hombre agitó las manos y la pistola golpeó contra el muro.

—Estaba… ¡Jesús!…, estaba gritando como si se quemara, y por la boca le sallan litros de sangre, y estaba intentando meterse a rastras en la cama de mi hijo Kenny. Maldición, sigue ahí…, el colchón habrá quedado…

—¿Dónde está Kenny ahora? —le interrumpió Jacky.

—Oh, le faltan aún horas por volver. Tendré que…

—¡Por el amor de Dios, dónde está Kenny! —gritó Jacky—. ¡Corre un terrible peligro!

El hombre se quedó boquiabierto.

—¿Es que los monos van detrás de Kenny? sabía que acabaría pasando algo parecido. —Al ver que Jacky abría la boca para soltar otro exabrupto se apresuró a interrumpirla—. Está en El Ladrido de Ahab, al otro lado de la calle, en los Minories.

Jacky salió corriendo por la puerta, y volvió por el callejón que había tomado antes, pensando que para el pobre desgraciado sería una bendición no llegar a saber nunca que, muy probablemente, a quien había disparado era a su Kenny, atrapado a la fuerza en un cuerpo velludo y lleno de veneno, que no le era nada familiar y con el que intentaba meterse a rastras en su lecho.

Los Minories estaban medio bloqueados por una hilera de carros, que llevaban telas procedentes del viejo mercadillo situado en Cutler para desembarcarlas en el muelle de Londres. Jacky corrió hacia el carro más próximo, subió a su pescante y desde esa posición privilegiada miró a uno y otro extremo de la calle. Allí estaba, un

letrero que se balanceaba, con un viejo que parecía salir del Antiguo Testamento pintado en él, con la cabeza hacia atrás y la boca formando una «O». Bajó de un salto del pescante, justo cuando el cochero de atrás empezaba a gritar algo sobre ladrones, y fue tan aprisa como pudo hacia El Ladrido de Ahab.

Aunque la puerta estaba abierta y una ráfaga de brisa hacía revolotear las cortinas amarillentas por el humo que colgaban de los ventanales, el lugar olía fuertemente a ginebra barata y cerveza de poca calidad. El propietario alzó la mirada, con cara de pocos amigos, desde detrás del mostrador ante la entrada algo ruidosa de Jacky, que jadeaba visiblemente, pero cambió su expresión por una sonrisa algo vacilante cuando el recién llegado de ojos desorbitados y respiración ruidosa le dejó media corona sobre la madera del mostrador.

—¿Hay un chico llamado Kenny bebiendo aquí? —preguntó Jacky—. Vive en Kenyon Court.

«Joe, por favor, tienes que estar aquí, no puedes haberte ido todavía.»

En la mesa que había detrás de ella se oyó un carraspeo.

—¿Eres de la bofia o qué?

Jacky se volvió para contemplar a los cuatro jóvenes no muy bien vestidos que ocupaban la mesa.

—¿Tengo cara de serlo, amigo? No es ningún asunto legal…, su padre tiene problemas, no sé muy bien cuáles, y me ha mandado a buscarle.

—Oh. Bueno, puede que Kenny ya lo supiera porque se puso en pie y salió corriendo de aquí hace unos cinco minutos, como si acabara de recordar que se había dejado algo al fuego.

—Cierto —dijo otro de los jóvenes—. Yo estaba entrando en ese mismo instante, y me apartó de un empujón, sin ni tan siquiera mirarme, y no perdió el tiempo ni para saludar con un «hola» a un tipo que lleva casi diez años siendo amigo suyo.

Jacky aflojó los músculos con desaliento.

—¿Hace cinco minutos?

«Podía estar ya a un kilómetro de distancia —pensó—, y no tenía ni idea de en qué dirección. No podía conseguir una buena descripción de Kenny, y no sabría reconocerle si le encontraba; y aun si le encontrara, no podría pegarle un tiro entre ceja y ceja, porque estoy casi segura de que Kenny murió de un disparo en su propia cama, y que ese cuerpo está ocupado ahora por el viejo Cara-de-Perro Joe, pero no lo estoy del todo. tendría que interrogarle, engañarle, conseguir que se delatara a sí mismo… Puede que antes hubiera sido capaz de matarle con las mismas pruebas que tengo ahora, pero ya no soy capaz…, no después de que casi le hago un agujero en el cráneo al pobre Doyle.»

Pese a todo logró una buena descripción de Kenny: bajito, más bien grueso, y pelirrojo. Luego se fue de la taberna, pensando que al menos ése iba a ser su aspecto

durante una o dos semanas.

«A juzgar por las áreas en que habían aparecido hasta el momento los "monos", le gusta el East End, probablemente porque las desapariciones no son algo demasiado raro aquí, y resulta más fácil huir de la persecución en el enloquecido laberinto de callejones, patios y tejados de estos tugurios. Además, por muy rara que sea cualquier historia que se cuente aquí, lo más probable es que la achaquen a la bebida, el opio o la locura. Bueno, durante las próximas dos semanas registraré las fondas más mugrientas de Whitechapel, Shoreditch y Goodman's Fields en busca de un joven bajito, rechoncho y pelirrojo, que no tendrá ningún amigo, será un poco lento de entendederas y hablará de la inmortalidad con cualquiera dispuesto a escucharle, alguien que quizá necesite un buen afeitado en la frente y en las manos…, pues está claro que el pelo empieza a crecer por todo el cuerpo apenas lo ha ocupado. Me pregunto qué clase de criatura es y de dónde habrá llegado.»

Dominando un escalofrío, se alejó con paso cansado hacia una posada que conocía en Crutchedfriars Road, donde podría estar tranquilamente sentada durante un buen rato ante un coñac doble. Jamás se había acercado tanto a su presa, y las enloquecidas palabras del padre del pobre Kenny le habían hecho recordar vívidamente su encuentro con uno de los cuerpos desechados por Cara-de-Perro Joe.

«También ese cuerpo sangraba por la boca, pensó, preguntándose si les ocurrirla igual a todos los cuerpos y, en tal caso, a qué se debería. Y de pronto se detuvo, palideciendo. Claro —pensó—. Al viejo Joe no le gustaría ni pizca que las personas, a las que va metiendo en sus cuerpos inútiles, pudieran decir algo antes de que el veneno terminara con ellas. Antes de abandonar su cuerpo, aparte de tomar una dosis fatal de veneno, debe masticarse la lengua hasta tal punto que el nuevo inquilino de ese cuerpo no sea capaz de hablar…»

Jacky, que había leído y admirado la obra de Mary Wollstonecraft, despreciando la afectada languidez que estaba de moda entre las mujeres, comprobó con cierto enfado que le bastaba pensar en ello para que le entraran ganas de caer desmayada.

La cafetería Jamaica cerraba a las cinco, y a esa hora Doyle fue expulsado de ella sin demasiada cortesía. Vagabundeó sin rumbo fijo por el callejón, y estuvo durante un rato en la acera de la calle Threadneedle, contemplando, sin verla, la impresionante fachada del Banco de Inglaterra al otro lado de la calzada, aún muy concurrida, mientras las páginas del manuscrito se agitaban a impulsos del viento, olvidadas entre sus dedos.

Ashbless no había aparecido.

Por cien veces durante ese día interminable, Doyle había revisado mentalmente las fuentes históricas en las cuales se basaba su certeza de que Ashbless llegarla; la biografía de Bailey afirmaba, sin duda alguna, que el lugar era la cafetería Jamaica, a

las diez y media de la mañana del martes once de septiembre de 1810…, claro que la biografía de Bailey se fundamentaba en los recuerdos de Ashbless, pero Ashbless entregó el poema al Courier a principios de octubre, y Doyle no sólo había leído la carta con que lo acompañó, sino que había llegado a tenerla en sus manos. «Escribí "Las Doce Horas de la Noche" el martes, día once del pasado mes —había explicado Ashbless— en la cafetería Jamaica, junto al callejón de la Bolsa, y el Motivo de tal poema surgió durante mi reciente y largo viaje…»

«¡Maldita sea —pensó Doyle—, quizá hubiera podido recordar mal la fecha diez o veinte años después, pero era bastante difícil que se equivocara cuando sólo había transcurrido un mes! ¡Y especialmente cuando hablaba con tal precisión del día y de la fecha concreta!»

Un joven pelirrojo y no muy alto le estaba contemplando con atención desde la esquina de la Bolsa, y Doyle, que había llegado a sentir cierta cautela ante todo escrutinio por parte de gente desconocida, se dirigió con paso decidido hacia el este y la calle Gracechurch, que le llevarla hasta el puente de Londres y, una vez cruzado el río, al establecimiento de Kusiak.

¿Habría estado mintiendo Ashbless intencionadamente? Pero ¿cuál podía ser el motivo para tal mentira? Doyle miró disimuladamente hacia atrás, pero el joven pelirrojo no le estaba siguiendo.

«Será mejor que te calmes un poco —pensó— si cada vez que alguien te mira a la cara empiezas a suponer que es uno de los mendigos de Horrabin… Bueno —se dijo, concentrándose nuevamente en el enigma—, el próximo acontecimiento, del que creo estar seguro, en la cronología de Ashbless es que se le vio disparando a uno de los Monos Danzarines en una cafetería, cerca de la Bolsa, el sábado veintidós de este mismo mes, pero no puedo esperar una semana y media más. Es probable que para entonces mi neumonía esté demasiado avanzada, y ni tan siquiera la medicina del siglo veinte me ayudaría. Tendré que…, santo Dios, tendré que acudir al doctor Romany. La sola idea bastó para marearle. Quizá si me cuelgo una pistola del cuello con una cinta, paso el dedo por el gatillo y le digo: "O hacemos un trato o me vuelo la cabeza, y entonces no se enterará de nada" ¿Se atrevería entonces a desafiarme para ver si sólo era un farol? ¿Me atrevería yo a que sólo fuera un farol?»

Pasaba junto a un callejón en Aldgate y alguien, en uno de los puentecillos que unían los tejados, estaba silbando. Doyle se detuvo a escucharle. La melodía le resultaba familiar, tan melódica y llena de nostalgia que, por unos instantes, le pareció el acompañamiento perfecto para su solitario paseo de ese largo anochecer.

«¿Cómo diablos se llama esa canción? —pensó distraídamente, mientras reanudaba su marcha—. No es *Greensleeves*, tampoco es *Canción de Londonderry*…»

De pronto, se quedó inmóvil, como si le hubiera caldo un rayo, con los ojos

desorbitados. Era *Yesterday*, la canción de los Beatles escrita por John Lennon y Paul McCartney. Durante unos segundos permaneció ahí, incapaz de moverse, igual que Robinson Crusoe contemplando la huella de un pie en la arena.

Y luego echó a correr hacia el lugar donde había oído el silbido.

—¡Eh! —chilló al llegar al puentecillo, aunque ahora ya no había nadie en él—. ¡Eh, vuelva! ¡Yo también soy del siglo veinte! —Un par de transeúntes pasaron junto a él, obsequiándole con la mirada cautelosa que la gente decente reserva para los lunáticos callejeros, pero ninguna cabeza asomó por el tejado para contemplarle—. ¡Maldita sea… Coca Cola, Clint Eastwood, Cadillac! —gritó Doyle desesperado.

Entró corriendo en el edificio y subió tambaleándose la escalera, e incluso tuvo la suerte de hallar abierta la puerta que daba al tejado, pero no había nadie en él. Atravesó el puentecillo y bajó por el otro edificio, jadeando, pero cantando *Yesterday* a pleno pulmón en cada uno de los pasillos que recorría. Consiguió un buen número de quejas, pero al parecer nadie sabía de qué canción se trataba.

—¡Si no te largas de aquí ahora mismo, yo te daré un buen sitio donde esconderte, amigo! —gritó un anciano más bien furioso amenazándolo con los puños; parecía pensar que el comportamiento de Doyle tenía como único fin molestarle personalmente a él.

Doyle bajó corriendo el último tramo de escalera y abrió la puerta que daba a la calle, empezando a dudar de que hubiera oído realmente la canción.

«Es probable que haya oído claro algo que se le parecía —pensó, mientras volvía a cerrar la puerta de la calle— en mi ferviente deseo de que otra persona haya encontrado un medio de llegar a mil ochocientos diez logré convencerme de que era la canción de los Beatles.»

El cielo brillaba con una claridad grisácea detrás de los tejados, pero la noche se estaba acercando. Doyle se dirigió apresuradamente hacia el sur y el puente de Londres.

«No me gustaría llegar tarde al turno de las seis y media en el establo de Kusiak… —pensó con tristeza—. Necesito este trabajo.»

Las escasas hojas, que aún quedaban en los árboles de la plaza Bloomsbury, relucían con una luz rojo dorada aquella tarde de martes cuando Ahmed, el Mendigo Hindú, salió de la taberna de Paddy Corvan. Se quedó inmóvil durante unos segundos, contemplando con nostalgia los árboles y la hierba, pensando en su hogar, y luego se quitó cuidadosamente los últimos restos de espuma de su bigote y barba postiza para dirigirse con paso decidido hacia la izquierda, bajando por Buckeridge hacia la calle Maynard y el Castillo de las Ratas. Una leve brisa le daba en el rostro, surgida directamente del corazón de Saint Giles, llevando con ella el olor de las cloacas, las hogueras y las cosas que se cocinaban en ellas cuando mejor sería tirarlas

a la basura, y hacía pedazos el frágil encanto campesino de la plaza Bloomsbury.

Jacky no había estado en el Castillo desde la noche, cinco días antes, en que había bajado corriendo la escalera hasta el muelle subterráneo, siguiendo los pasos del doctor Romany, decidida a terminar con Cara-de-Perro Joe. Su visita actual estaba motivada por el deseo que sentía de averiguar si se habían hecho algunos nuevos avances en cuanto a la localización de aquel peludo ser, capaz de cambiar de cuerpo.

Cuando torció hacia la derecha, para entrar en la angosta sima de oscuridad que era a esas horas la calle Maynard, un chico se asomó por una ventana del tercer piso de un almacén abandonado de la esquina, aprovechando que las tablas usadas para asegurarla estaban medio sueltas. Sus vacuos ojos de pez, medio ocultos por un gigantesco sombrero de tres picos digno de un pirata, siguieron atentamente la silueta de Ahmed el Mendigo hindú, y los delgados labios tras los cuales apenas si se escondía algún diente formaron una sonrisa.

—Ahmed —murmuró el chico—, eres mío.

En el tejado, tres pisos más arriba, una cuerda seguía pendiendo de la polea oxidada; el que siguiera así podía atribuirse a que estaba demasiado separada del muro para que fuera posible asirla desde alguna ventana, y sus extremos se encontraban a demasiada altura como para que se pudiera llegar a ellos, aunque fuera subiéndose a la espalda de alguien. Atraído por la inmensidad de la recompensa ofrecida por Horrabin, el chico se subió al repecho de la ventana y de un salto atravesó el vacío que le separaba de la cuerda.

La polea estaba tan oxidada que resultaba imposible que se moviera, y la cuerda pasaba por ella con gran dificultad, por lo que, pese a recibir unos cuantos golpes contra la pared durante el descenso, no se rompió las piernas al aterrizar en el suelo, tres pisos más abajo. Se quedó inmóvil durante unos instantes, y luego se fue incorporando lentamente, rodeado por un diluvio de cuerda sucia que se estrelló contra los adoquines y le golpeó el sombrero, calándoselo hasta la nariz. Una vez recuperado, se levantó de un salto y salió en persecución de Ahmed, justo cuando un trío de viejas aparecía por una escalera de un sótano cercano y empezaba a pelearse por la propiedad de la cuerda. Ahmed estaba pasando junto a un muro no muy alto y el chico se encaramó a él, corriendo agazapado por los ladrillos hasta llegar a su altura; entonces saltó sobre el Mendigo Hindú, chillando como un mono enfurecido.

—¡He cogido al moro! —graznó—. ¡Buscad a Horrabin!

Atraídos por el ruido, varios hombres emergieron del portal ruinoso, que daba entrada al Castillo de las Ratas, y durante varios segundos permanecieron inmóviles, contemplando el prodigioso espectáculo de Ahmed debatiéndose ferozmente con un chico que no paraba de gritar y agitar las manos encaramado a su espalda. Luego, una vez pasado su estupor, se lanzaron sobre él cogiéndole de los brazos.

—¡Ahmed! —dijo uno de ellos con voz amable—. El payaso está muy nervioso,

esperando la ocasión de hablar contigo…

Intentaron hacer que el chico soltara su presa, pero éste clavó todavía más sus uñas en Ahmed, y se dedicó a morder ferozmente todas las manos que intentaban separarle de él.

—Diablos, Sam —acabó diciendo uno de los hombres—, vamos a llevarles así. No creo que piense darle la recompensa a ningún mocoso.

«Si puedo meter mano en mi turbante —pensó Jacky, intentando no ceder ante el pánico—, quizá logre sacar la pistola, matar a uno de los hombres y luego sacarme de encima a esta pesadilla de crío, romperle la cabeza…»

Ahora ya sólo les separaban unos pasos del edificio. Jacky alzó la mano hacia el turbante, notó el bulto del arma y la sacó de un tirón, haciendo caer también el turbante, para clavarla en las costillas de uno de sus captores, apretando luego el gatillo. El percutor del arma se enredó en un pliegue de la tela, y aunque golpeó el cartucho, el único estallido fue una pequeña explosión de chispazos.

—¡Jesús, una pistola, quitádsela! —gritó el hombre.

Desesperada, Jacky apartó la tela, consiguió montar el percutor con una sola mano y apretó nuevamente el gatillo. Pero la pólvora se había escapado por el agujero del cartucho, y pese al nuevo estallido de chispazos el arma no se disparó; un segundo después un puño se estrelló duramente en el estómago de Jacky, y una bota le hizo saltar el arma de entre los dedos.

La pistola se estrelló sobre los adoquines con un golpe seco y el chico, evidentemente decidido a sacar todo el provecho inmediato de la situación y desdeñando riesgos futuros, saltó de su espalda, se apoderó de ella y escapó a toda velocidad. Los dos hombres cogieron al encogido y jadeante Mendigo Hindú, comentando entre ellos lo poco que pesaba, y le llevaron al interior del edificio.

Horrabin había regresado al Castillo de las Ratas unos segundos antes, y estaba una vez más en su columpio de cuerdas, mientras que Dungy se encargaba de recoger el escenario de Punch, cuando los hombres entraron en la habitación con Ahmed.

—¡Ah! —exclamó el payaso—. ¡Buen trabajo, chicos! El hindú fugitivo, por fin… —Dejaron a Jacky en el suelo ante el columpio de Horrabin, y éste se inclinó hacia adelante, sonriendo—. ¿Adónde llevaste ese americano la noche del sábado?

Jacky, jadeante, todavía no era capaz de hablar.

—Nos amenazó con un arma, Señoría —explicó uno de los hombres—. Tuve que darle un buen porrazo en la barriga.

—Ya veo… Bien, entonces… ¡Dungy! ¡Tráeme mis zancos! Vamos a meterle en las mazmorras. El doctor Romany tiene muchas preguntas que hacerle y —el payaso hizo una pausa y rió levemente—, además, él posee unas técnicas de interrogatorio mucho más enardecedoras que las mías.

El cortejo que recorrió cuatro tramos de escalones, y luego caminó cien metros

por un pasillo subterráneo, que bien podría haber sido excavado antes de que los romanos llegaran a Inglaterra, era francamente peculiar: Dungy, el enano jorobado, avanzaba cojeando en primer lugar, con una antorcha en la mano, seguido por los dos hombres que medio empujaban medio arrastraban a un Ahmed enredado en sus ropas de brocado y cuyo rostro, escondido por la barba y el bigote postizos, mostraba una cierta tonalidad grisácea, causada por el miedo, pese a su maquillaje marrón. Finalmente, iba Horrabin, con la espalda encorvada para que su sombrero no rozara las losas del techo, cerrando la marcha con el golpeteo de sus zancos.

Por fin atravesaron una arcada que terminaba en una gran estancia. La antorcha de Dungy iluminó las viejas y húmedas piedras del techo y la pared más cercana, pero el fondo de la estancia, si es que existía, quedaba oculto por la más impenetrable oscuridad. A juzgar por los ecos el lugar era enorme. El cortejo se detuvo después de unos cuantos pasos y Jacky oyó a lo lejos un gotear de agua y, de ello estaba segura, unos susurros casi inaudibles, pero llenos de nerviosismo.

—Dungy —dijo Horrabin, y en esos momentos incluso en la voz del payaso había una cierta inquietud—, el cuarto de invitados más cercano…, quita el pestillo. Y date prisa.

El enano avanzó cojeando y los demás miembros del cortejo quedaron abandonados en la oscuridad. Tras recorrer unos diez metros se detuvo y levantó una pequeña placa metálica, dejando al descubierto un agujero en el suelo. Se agazapó junto a él, intentando acercar la antorcha lo máximo posible al agujero sin prenderle fuego a su grasienta cabellera.

—No hay nadie en casa —anunció.

Luego metió la antorcha en un hoyo que había entre las losas del suelo, rodeó con los dedos una barra metálica hundida en su cavidad, plantó cuidadosamente los pies sobre las losas y dio un tirón. Una losa, evidentemente montada sobre bisagras, giró hacia arriba revelando un agujero circular que tendría un metro escaso de ancho; la piedra se detuvo tras recorrer un trayecto de noventa grados y Dungy retrocedió, limpiándose el sudor de la frente.

—Tus aposentos te esperan, Ahmed —dijo Horrabin—. Si te agarras bien con las manos y luego te dejas caer verás que apenas si hay unos dos metros hasta el suelo. Puedes escoger: o haces eso o te tiramos dentro.

Los dos hombres soltaron a Jacky después de haberla llevado hasta el agujero, y retrocedieron un par de pasos. Jacky, con un gran esfuerzo, logró sonreír.

—¿Cuándo se sirve la cena? ¿Debo vestirme de algún modo especial?

—Puedes hacer los preparativos que más te plazcan —le respondió fríamente Horrabin—. Dungy vendrá a buscarte sobre las seis. Ahora, adentro.

Jacky contempló a sus dos escoltas, calculando si sería capaz de escabullirse por entre ellos, pero los hombres se dieron cuenta de su mirada y retrocedieron un par de

pasos, extendiendo los brazos. Jacky, desesperada, contempló nuevamente el agujero que se abría a su espalda y de pronto, para que su humillación fuera aún más completa, descubrió que estaba llorando.

—¿Hay…? —tragó saliva—. ¿Hay ratas ahí abajo? ¿o… o serpientes?

«¡Soy una mujer!» quería gritar, pero sabía muy bien que tal grito no haría sino aumentar las penalidades que ya le esperaban.

—No, no —dijo Horrabin con voz tranquilizadora—. Si alguna rata o serpiente logra llegar hasta ahí abajo es devorada en seguida por los residentes habituales. Bueno, Sam, parece que no lo hará por su voluntad propia; dale un empujón.

—Un momento. —Jacky, moviéndose con cautela, se dejó caer junto al agujero, y sus pies calzados con sandalias colgaron en la oscuridad. Su única esperanza era que nadie viera los temblores que sacudían sus piernas cubiertas de brocado—. Ya me voy, no necesito vuestra… vuestra amable ayuda.

Se inclinó hacia adelante, agarrándose al borde de las losas. Tragó aire y luego se dejó resbalar por el borde, y todo su cuerpo se hundió en el agujero, sosteniéndose únicamente con sus dedos. Miró hacia abajo y no pudo ver nada, sólo las tinieblas más impenetrables y sólidas que jamás hubiera contemplado. El suelo podía estar a unos centímetros de sus pies, pero no le hubiera costado ningún esfuerzo creer igualmente que se encontraba a centenares de metros.

—Dadle una patada en los dedos —dijo Horrabin, pero Jacky se soltó antes de que su orden pudiera ser obedecida.

Tras caer durante un segundo muy largo, aterrizó con las rodillas dobladas sobre el suelo de consistencia fangosa y, pese a la violencia de la calda, consiguió no darse con las rodillas en el mentón al aterrizar. Algo escurridizo se apartó de ella en el suelo fangoso. Miró hacia arriba y vio la parte inferior de la losa enrojecida durante unos segundos por la luz de la antorcha; luego, con un golpe ensordecedor, la losa cayó nuevamente a su posición inicial. Durante unos segundos pudo distinguir un tenue cuadrado de líneas luminosas sobre su cabeza pero cuando volvieron a colocar la placa metálica se encontró sumida en una impenetrable oscuridad, dentro de la cual no había forma humana de orientarse.

Aunque se encontraba tan tensa como un reloj al que le han dado cuerda en exceso, permaneció inmóvil, respirando tan silenciosamente como podía por la boca y escuchando. Cuando cayó al suelo, los ecos de su aterrizaje la habían convencido de que la estancia no podía tener más de unos cinco metros de ancho, pero tras un millar de inspiraciones y espiraciones silenciosas estuvo segura de que era mucho más grande, y de que en realidad no era una habitación sino una colosal llanura subterránea. Le pareció oír un suspiro del viento en una arboleda lejana, y de vez en cuando le llegaba un eco de cánticos distantes, como si un coro melancólico vagabundeara sin rumbo fijo por la llanura en tinieblas… Empezó a no estar muy

segura de si realmente había un techo de piedra sobre su cabeza; no, debía de ser el cielo eternamente oscuro, en donde toda estrella visible era, como quizá lo había sido siempre, sólo fugaces destellos carentes de significado, que ardían en sus retinas…

Empezaba a preguntarse si el murmullo que oía a lo lejos no sería simplemente el suave rugido de su propia respiración, convertido en una corriente de agua en movimiento, sabiendo muy bien que aún le quedaban dudas y pérdidas mucho más fundamentales por descubrir, cuando un ruido innegable la hizo salir de esa insondable espiral de pensamientos sin objeto. El ruido, un leve chirrido, resultaba sorprendentemente fuerte en lo que hasta ese momento no había sido más que un abismo silencioso, y gracias a él las dimensiones de su celda volvieron a ser las mismas que al principio.

Le había parecido el ruido que hacía la placa metálica al ser descorrida, pero cuando alzó la mirada no pudo distinguir nada, ni tan siquiera una zona donde la oscuridad fuera menos densa. Pero un instante después pudo oír el ruido de una respiración, y luego un murmullo sibilante que no logró entender.

—¿Quién está ahí? —preguntó Jacky cautelosamente.

«Tiene que ser Dungy con mi cena», se dijo desesperada.

El murmullo se convirtió en una leve risita ahogada.

—Déjanos entrar, cariño —oyó de pronto con toda claridad—. Deja que mi hermana y yo entremos.

Jacky sintió que las lágrimas empezaban a correr por sus mejillas; se arrastró hacia un muro y pegó la espalda a él.

—No —sollozó—. Marchaos.

—Tenemos regalos para ti, querida…, oro y diamantes que se han perdido hace mucho, mucho tiempo en las alcantarillas. Serán para ti a cambio de dos cosas que nunca más te harán falta, como dejaron de hacerte falta tus muñecas cuando te convertiste en una joven dama.

—¡Tus ojos! —dijo un nuevo murmullo, más ronco.

—Sí, justamente —siseó la primera voz—. Sólo tus ojos, para que mi hermana y yo podamos tenerlos, y de ese modo nos sea posible subir por todas las escaleras hasta coger un barco que nos lleve a Haymarket, para que allí podamos bailar bajo el sol.

—Muy pronto —graznó la segunda voz.

—Oh, sí, querida, muy pronto, pues la oscuridad se está haciendo cada vez más espesa, como el fango al secarse, y queremos estar muy lejos de aquí cuando se haya hecho tan dura como las piedras.

—Y no queremos estar dentro de ella —dijo la voz ronca.

—No, queremos estar fuera de ella…, ¡mi linda hermana y yo no debemos quedar aprisionados en esas piedras de noche endurecida! Por lo tanto, abre la puerta.

Jacky se agazapó contra la pared, llorando en silencio, esperando que la losa de piedra hubiera quedado sólidamente encajada en su sitio y fuera imposible abrirla.

Entonces oyó un ruido lejano y las voces parecieron consternadas.

—Uno de tus hermanos se acerca —dijo la primera voz—. Pero volveremos… muy pronto.

—Muy pronto —dijo la segunda voz.

Después hubo un sonido como el de las hojas secas arrastrándose sobre el suelo de piedra. La mirilla se abrió, y a través de ella Jacky pudo distinguir una tenue claridad rojiza, y luego oyó a Dungy, silbando nerviosamente la estúpida canción que Horrabin siempre le obligaba a cantar.

Unos instantes después la antorcha y el rostro de Dungy aparecieron por el agujero.

—¿Cómo has logrado mover de su sitio la placa? —le preguntó el enano.

—Oh, Dungy —dijo Jacky, poniéndose en pie y yendo hacia el agujero, sintiendo que en esos instantes cualquier compañía humana era bienvenida—, no fui yo. Dos cosas que afirmaban ser hermanos la movieron y luego me ofrecieron tesoros a cambio de mis ojos.

Vio cómo el enano se erguía y miraba inquieto a su alrededor. Jacky, recordando las dimensiones de la estancia superior, comprendió hasta qué punto era inútil su escrutinio.

—Sí —acabó diciendo—, aquí abajo hay criaturas como ésas. Experimentos fallidos de Horrabin…, diablos, puede que todavía anden por aquí algunos de los míos. —Miró nuevamente hacia la celda—. El doctor Romany y Horrabin creen que eres miembro de algún grupo que trabaja contra ellos. ¿Es cierto eso?

—No.

—Eso pensaba yo. De todos modos, basta con que a Horrabin se lo parezca. —El enano pareció vacilar—. Si…, si te dejo salir de aquí, ¿me ayudarás a matarlo?

—Me encantaría, Dungy —le respondió Jacky con toda sinceridad.

—¿Me lo prometes?

En esos instantes el enano habría podido pedirle cualquier precio y Jacky se lo habría pagado.

—Sí, lo prometo.

—Bien. Pero si vamos a trabajar juntos debes saber que mi nombre es Teobaldo, y no llamarme más Dungy. Puedes llamarme Tay.

El rostro del enano desapareció y Jacky oyó un gruñido de esfuerzo; unos segundos después la losa de piedra se levantó. El enano metió la cabeza por el hueco y Jacky pudo ver que en la mano tenía un palo bastante grueso, en cuyo centro había enrollada una cuerda.

—Espero que seas capaz de trepar por una cuerda —dijo Teobaldo.

—Claro que sí —le replicó Jacky.

«Al menos —pensó— ahora descubriremos si soy capaz o no.»

El enano dejó el palo perpendicularmente sobre el agujero y metió la cuerda por él. El sobrante se acumuló a los pies de Jacky que, tragando aire, se acercó a la cuerda que colgaba en la oscuridad, agarrándose tan arriba como le fue posible, y luego empezó a subir por ella, una mano después de la otra. En un par de segundos los dedos de una mano se cerraron sobre el palo, y un instante después se les unieron los de la otra.

—Agárrate a los bordes —dijo Teobaldo— para que pueda quitar el palo. Entonces podrás salir.

Jacky descubrió también que le era posible hacer tal y como le decían. Unos instantes después se encontró fuera del agujero y contempló con aire sombrío a su salvador, pues ahora recordaba dónde había oído anteriormente el nombre de Teobaldo.

—Antes eras el jefe de esto —dijo en voz baja.

El viejo enano la miró, mientras recogía la cuerda y la iba enrollando rápidamente entre sus dedos.

—Así es.

—Yo… había oído decir que eras bastante alto.

El enano dejó la cuerda en el suelo y se acercó a la losa de piedra. Flexionó los músculos de los brazos y dijo, no de muy buena gana:

—Ayúdame a empujar, ¿quieres? Intentaré frenar la caída y dejar la losa en su sitio sin hacer ruido. Se supone que te he traído la cena y deberla limitarme a tirarla por la mirilla, así que como oigan caer la losa vendrán aquí corriendo.

Jacky se apoyó en el bloque de piedra, plantando sólidamente sus sandalias en una rendija del suelo, y empujó.

El enano recibió la piedra en sus manos extendidas, y dejó que su mismo peso le fuera doblando hacia el suelo. Aspiró el máximo de aire posible y luego, levantando un poco la losa, se apartó con una pirueta, y cuando ésta cala la cogió al vuelo. Sus labios estaban retorcidos en un rictus de esfuerzo, y Jacky pudo ver cómo el sudor cubría su frente a medida que iba bajando la losa, con los brazos temblorosos; finalmente la soltó y la sólida piedra encajó en su sitio no haciendo más ruido que el de una puerta al cerrarse.

Tay se dejó caer al suelo, jadeando.

—Muy… muy bien —logró decir—, no…, no habrá podido oírlo. —Luego, con un visible esfuerzo, se puso en pie—. Hubo un tiempo en que fui alto. —Cogió la antorcha y miró a Jacky, que seguía inmóvil al otro lado de la losa—. ¿Sabes hacer magia?

—Me temo que no.

—Bueno, pues le engañaremos. Ahora subiré de nuevo y le diré que quieres hablar, pero no con el doctor Romany porque él te matarla. Le diré que deseas comprar tu libertad contándole a Horrabin tales secretos que será igual a… no, qué diablos, más fuerte que Romany. Le diré que posees Palabras de Poder. En los ocho años que lleva siendo la mano derecha de Romany, Horrabin ha llegado a convertirse en un hechicero bastante bueno, pero siempre está intentando que el viejo le revele una o dos Palabras de Poder. Romany nunca lo ha hecho. Le diré que tu grupo lo sabe todo sobre los planes de Romany en Turquía, porque ésa es otra cosa que tiene muy preocupado a Horrabin; Romany no le cuenta nada, salvo lo que necesita saber para manejar los asuntos corrientes en Londres. Sí —dijo el enano con expresión cansada —, estoy seguro de que morderá el anzuelo. Me preguntará cómo pudiste dejar que te capturaran conociendo tales trucos, pero le contestaré que…, no sé…, bueno, que en estos momentos las estrellas andan muy torcidas para ese tipo de cosas. ¿Te parece bien esa respuesta?

—Supongo que sí, pero ¿para qué una historia tan complicada? —le preguntó Jacky con nerviosismo, arrepintiéndose de haberle prometido su ayuda en una empresa tan peligrosa.

—Para hacer que baje aquí solo —le respondió secamente Tay—, sin sus centinelas. No querrá dejarles oír las Palabras de Poder, y menos aún querrá tenerles al corriente de que está haciendo tratos con los enemigos del doctor Romany.

—¿Y qué haremos cuando venga aquí? ¿Matarle por las buenas? —Aunque contenta por haber salido de su celda subterránea, Jacky se encontraba tensa y empezaba a tener la sensación de que algo no andaba bien en su cuerpo—. ¿Tienes un arma?

—No, pero eso no servirla de nada contra él; uno de los hechizos que le ha dado el doctor Romany desvía las balas. He visto una pistola disparada a quemarropa en su pecho y el proyectil no llegó a tocarle; lo único que hizo fue romper una ventana que tenía al lado. Y por dos veces he visto cómo los cuchillos se quedaban inmóviles a un centímetro de su cuerpo para romperse luego en fragmentos, como si hubiera estado cubierto de vidrio muy grueso. La única vez que le vi herido fue hace un par de años, cuando acudió a Hampstead Heath para explicarles las costumbres de la ciudad a los gitanos; por aquel entonces creía que se les podía utilizar en la organización de robos a gran escala, y a un gitano que no estaba de acuerdo se le ocurrió que Horrabin era el Negro en persona…, es la palabra que usan para referirse al demonio, según me han dicho. Ese gitano se levantó de un salto, cogió uno de los palos que usan para sujetar las tiendas y se lo clavó al payaso en el muslo. Y ni se desvió ni se detuvo a un centímetro de su cuerpo, sino que le entró bien hondo, y el payaso empezó a sangrar como un odre de vino agujereado, y estuvo a punto de caerse de los zancos. Si el gitano hubiera podido darle un segundo golpe habría borrado a Horrabin del mapa

para siempre…

Jacky asintió, no muy convencida.

—¿Qué había de especial en esa estaca?

—¡La tierra, claro! —replicó Tay con impaciencia—. Antes de que el doctor Romany hiciera de él un hechicero, el payaso no tenía que andar todo el día en zancos. Pero cuando decides consagrarte a la magia, entonces…, entonces te prohíbes todo contacto con el suelo, con la tierra o con el polvo. Tocar la tierra es terriblemente doloroso para todos los que practican la magia, y por tal razón Romany lleva esos zapatos con resortes, y Horrabin camina sobre zancos. Su magia no tiene efecto sobre la tierra, y por eso la estaca cubierta de fango atravesó sus hechizos como si fueran sólo telarañas. —El enano sacó un cuchillo del interior de su harapiento gabán y se lo tendió a Jacky—. Entre las losas del suelo hay montones de fango y polvo; extiende una buena cantidad sobre la hoja del cuchillo y luego escóndete en las sombras. Cuando se incline sobre el agujero para mirar, yo le haré caer y entonces tú vendrás corriendo y se lo clavarás. El muelle subterráneo está en el otro lado de ese arco y podemos huir por el río. ¿Lo has comprendido todo?

—¿Y por qué no huimos ahora mismo? —dijo Jacky con una sonrisa algo trémula —. Quiero decir… ¿para qué correr el riesgo de intentar matarle?

Tay frunció el ceño, irritado.

—Bueno, para empezar porque lo has prometido…, pero te daré unas cuantas razones aún mejores. Por el canal subterráneo hay unos veinte minutos hasta el Támesis, y si no vuelvo en seguida arriba mandar hombres aquí para ver lo que ocurre y, en cuanto lo sepa, mandar a toda prisa hombres en dirección al sur, por las cloacas, para que se adelanten y nos corten el paso…, pero si le matamos, especialmente si ha dejado órdenes de que no se le moleste, y si además escondemos el cuerpo…, bueno, puede que no le echen en falta hasta que hayan pasado horas.

Jacky asintió con aire algo miserable y, agachándose, cogió un buen puñado de fango y lo extendió por los dos lados del cuchillo.

—Muy bien. Escóndete por ahí. —A regañadientes, Jacky avanzó cautelosamente por la traicionera superficie de las losas hasta encontrarse a unos quince metros del enano—. No, aún puedo verte. ¡Más lejos! Sí, un poquito más lejos aún sería mejor… Bien, creo que ahí será suficiente.

Jacky estaba temblando y no dejaba de mirar con temor las sombras impenetrables que la rodeaban. Cuando el enano se volvió hacia la arcada no pudo contener un grito.

—Espera! —graznó—. ¿No piensas dejar la antorcha aquí?

El enano meneó la cabeza.

—Parecerla sospechoso. Lo siento…, pero sólo será por unos minutos y tienes el cuchillo.

Luego desapareció a través del arco y Jacky, paralizada por el miedo, pudo oír sus pasos alejándose por el pasillo, mientras sus ojos, clavados en la silueta del arco, el único punto aún iluminado del lugar, velan cómo ésta iba oscureciéndose lentamente. Unos segundos después de que las tinieblas se hicieran completas, Jacky oyó un ronco susurro cerca de ella: «Mientras esté sola…» Y luego hubo un ruido, como el de una tela rígida arrastrándose por el suelo hacia ella.

Conteniendo un grito, Jacky corrió en la dirección que parecía corresponder a la abertura del arco. Después de haber dado diez pasos rebotó en una pared de ladrillo y, aunque lo primero en chocar con ella fueron su rodilla y su hombro, el impulso le hizo golpearse la cabeza un segundo después, y se encontró, medio aturdida, sentada en el suelo. Sacudió la cabeza, intentando despejarse y detener el zumbido que sentía en los oídos. Estaba claro que se había equivocado en cuanto a la situación del arco, pero ahora, ¿estaba a la izquierda o a la derecha de ella? ¿Había dado media vuelta, o quizá una vuelta completa al chocar con la pared? ¿Se encontraba a medio metro de ella, detrás o a un lado?

De pronto algo le tocó el ojo y Jacky, sollozando, movió el cuchillo hacia adelante y sintió cómo su punta rasgaba algo parecido a un globo que, al reventar, le inundó la mano y el brazo con un fluido bastante frío. Luego se oyó un grito muy agudo, pero medio sofocado, que hizo estremecer el aire húmedo con un zumbido semejante al que podría causar un insecto gigantesco frotando sus élitros. Jacky se incorporó de un salto y echó a correr, tambaleándose sobre los desniveles del suelo, pero sin llegar a caer nunca del todo, sollozando desesperada y acuchillando a ciegas la oscuridad con su arma. De pronto, el suelo se hundió bajo sus pies en un brusco cambio de nivel, y aunque logró mantener el equilibrio durante unos cuantos pasos, acabó perdiéndolo y cayó de bruces, aterrizando sobre manos y rodillas pero sin soltar el cuchillo.

«De acuerdo, venid —pensó con furia desesperada—, al menos sé que os puedo hacer daño. Supongo que he salido de la primera habitación y ahora me h metido en un túnel, que no había visto antes y en donde nunca entrar un rayo de luz, pero al menos haré pedazos a unos cuantos monstruos antes de que puedan acabar conmigo…»

Cerca de ella oyó unos cautelosos susurros y una voz murmuró algo. Jacky sólo entendió la palabra, «muerta».

—Aún tiene sus ojos —dijo otra voz casi inaudible—, puedo sentir el viento que hacen al parpadear.

—Apoderaos de sus ojos —gimoteó una voz parecida a la de una vieja—, pero mi hijo necesita su sangre.

Jacky se dio cuenta de repente que podía oler el agua del río, y oyó el débil ruido del agua al lamer las piedras. parecía estar detrás de ella. Se volvió… y quedó muy

sorprendida al darse cuenta de que podía ver.

Bueno, no era exactamente ver, pues para ello hace falta luz; en la oscuridad sus ojos percibieron una mancha de oscuridad aún más profunda, una negrura que parecía brillar con la ausencia y la negación de la luz, y supo entonces que si ese objeto, que se acercaba a ella por el río, emergía alguna vez a la superficie de la tierra, incluso el sol más brillante quedarla tragado y oscurecido por sus negros rayos. Cuando lo tuvo más cerca, pudo ver que el objeto era un bote.

Otro pedazo de intensa oscuridad se alzó detrás de él, dibujando a su paso la orilla opuesta del río; parecía tener la forma de una gran serpiente, y Jacky pudo oír un áspero eco metálico a lo largo del agua a medida que la forma se iba extendiendo, como desenroscándose.

Las voces que susurraban a su alrededor se estremecieron, aterradas.

—¡Apep! —exclamó una—. ¡Apep viene!

Y Jacky oyó el murmullo de sus perseguidores huyendo a toda velocidad. Jacky echó a correr detrás de ellos.

Cuando el suelo ascendió nuevamente de nivel hasta desembocar en la estancia principal, Jacky vio la luz auténtica, una claridad rojo anaranjada, y gracias a ella distinguió las siluetas del payaso sobre sus zancos y del enano, que emergían en ese instante por la arcada. Las dos figuras, una extrañamente alta y la otra extrañamente corta, se detuvieron para mirar en su dirección. Jacky se encogió todo lo que pudo, aunque estaba segura de que no podrían verla, oculta entre las sombras.

—Me pregunto qué les ha puesto tan nerviosos —dijo Horrabin.

—Tus condenados errores —dijo Tay inquieto—. El hindú se quejó de que le habían estado hablando a través de la mirilla.

Horrabin se rió, pero su alegría sonaba algo forzada.

—¿No te gusta la compañía, Ahmed? Pues da gracias de que no vayamos a incapacitarte para disfrutar de ella.

Horrabin y Tay avanzaron hacia el centro de la estancia y se detuvieron. Jacky pensó que habrían llegado hasta el agujero, donde había estado prisionera. Apretó con más fuerza la empuñadura del cuchillo y se puso en movimiento; había perdido sus sandalias en la confusión anterior y sus pies descalzos no hacían ni el más mínimo ruido sobre las piedras.

Cuando se encontraba a unos quince metros de distancia y ya empezaba a pisar el suelo teñido por la claridad de la antorcha, Horrabin se inclinó hacia adelante (una visión más bien sorprendente, pues para ello debla echar los zancos hacia atrás).

—¡Deja que te vea, Ahmed, y dime cuál es tu oferta! —dijo

El enano se persignó y luego apoyó las manos en los zancos de Horrabin y dio un fuerte empujón.

Con un agudo grito de temor el payaso se derrumbó hacia adelante, intentando

desesperadamente controlar sus zancos sin conseguirlo, y se estrelló en el suelo, mientras Jacky dejaba atrás los últimos metros. El payaso rodó sobre sí mismo, con la cabeza echada hacia atrás y los dientes amarillentos al descubierto, en una mueca de agonía; Jacky saltó sobre su estómago contorsionado por el dolor y hundió el cuchillo en su garganta pintada de blanco.

La hoja se partió, como si hubiera intentado clavarla en una de las losas, y mientras los fragmentos metálicos tintineaban en el suelo, los ojos surcados por venas rojizas del enano se volvieron hacia ella, y aunque los dientes estaban marcados de sangre y dos hililllos rojizos fluían de sus orejas pintadas, la boca del payaso se había curvado en lo que era inconfundiblemente una sonrisa.

—¿Que hay en su mano, Señoría? —murmuró Horrabin.

Jacky sintió que algo se debatía entre sus dedos y, con un gesto de repugnancia, arrojó bien lejos lo que deberla ser la empuñadura de su cuchillo, pero que era un puñado de enormes abejas negras, grandes y oscuras como pasas. Una le picó en la mano antes de que lograra apartarla, y las demás empezaron a girar en un furioso enjambre alrededor de su cabeza, mientras que Jacky se apartaba del payaso y rodaba por el suelo.

Tay estaba en la arcada que daba al muelle, sosteniendo aún la antorcha.

—¡Tenemos que salir corriendo! —le gritó a Jacky—. ¡Vamos, corre antes de que consiga levantarse!

Jacky echó a correr hacia el arco, perseguida por las abejas, y mientras ella y Tay se lanzaban hacia el muelle oyeron a Horrabin gritar detrás de ellos.

—¡Te cogeré, Padre! ¡Y te convertiré en algo que sólo pueda vivir dentro de una cuba de cristal!

Los dos fugitivos encontraron una balsa, subieron a ella y soltaron sus amarras.

—¿Qué le sucedió al barro del cuchillo? —preguntó Tay, como si en realidad no le interesara gran cosa saberlo.

—Tuve que usarlo con una de esas cosas de ahí abajo jadeó ella, aplastando a una persistente abeja sobre la madera de la balsa hasta convertirla en pulpa—. Parecía tener agua fría en vez de sangre. Supongo que eso quitó el barro de la hoja.

—Ah, ya… De todos modos, lo intentamos.

El enano cogió una bolsa de cuero, que llevaba en la cintura, sacó una píldora y se la tragó. Se estremeció levemente, y luego le ofreció otra píldora a Jacky.

—¿Qué es?

—Veneno —dijo Tay—. Tómalo…, es una muerte mucho mejor de la que tendrás si te coge con vida.

Jacky se quedó atónita.

—¡No! ¡Y tú tampoco deberlas tomarla! Dios mío, quizá puedas vomitarla. Creo que…

—No, no. —Tay metió la antorcha entre dos maderos de la balsa y se tendió sobre ella, contemplando el techo de piedra—. Había decidido morir esta mañana. Me dijo que debía prepararme para una actuación de gala esta noche…, falda, peluca, barniz de uñas. Decidí que… no, me era imposible hacerlo otra vez. Decidí que intentaría matarle, y con eso también yo habría muerto, ¿entiendes? Hace unos cuatro años creó… ¿cómo lo llamaba?…, un lazo en un solo sentido. Paparruchas mágicas. Quiere decir que cuando él muera yo también moriré. Pensó que eso le protegería de mí. Quizá hubiera bastado, si no me viera obligado a interpretar continuamente esos malditos números de cante y baile… Dios, qué sueño tengo. —Sonrió apaciblemente —. Y no se me ocurre un modo mejor para pasar mis últimos minutos que éste: un agradable paseo en balsa con una joven dama.

Jacky pestañeó, sorprendida. —¿Lo… lo sabes?

—Ah, muchacha, siempre lo he sabido. Eres Jacky, con su bigote postizo. oh, sí.

Y cerró los ojos.

Jacky contempló la silenciosa figura del enano, aterrada y fascinada a la vez. La balsa giró en el agua entrando por el canal. Cuando creyó que estaba muerto, en voz muy baja, le preguntó:

—¿Eras realmente su padre?

Y estuvo a punto de dar un brinco cuando el enano le respondió.

—Sí, muchacha —dijo con voz casi inaudible—. Y en realidad no puedo culparle demasiado por su forma de tratarme. No merecía nada mejor. Cualquier hombre capaz de… de alterar a su propio hijo, sólo para que el chico fuera un mendigo más eficiente…, ah, sí, realmente todo ha sido culpa mía. —En los labios de Tay floreció una débil sonrisa—. ¡oh, sí, y el chico me lo devolvió todo con creces! Se apoderó de mi ejército de mendigos… y luego me encerró en el hospital del sótano… muchas, muchas veces…, sí, fui alto en tiempos.

Lanzó un suspiro y su pie izquierdo repiqueteó varias veces sobre los maderos de la balsa. Ahora Jacky ya había visto morir a dos personas.

Al recordar la predicción de Tay, sobre los hombres que serian enviados por las alcantarillas para interceptarles, Jacky no esperó hasta llegar a uno de los atracaderos y se metió en el agua. Estaba bastante fría, pero dado que el río subterráneo había disminuido bastante su caudal desde su último remojón la noche del sábado, también la intensidad de ese frío había disminuido bastante. Jacky se quedó durante unos segundos agarrada a los maderos.

—Descansa en paz, Teobaldo —dijo, aflojando luego su presa.

Una vez se hubo quitado sus empapados atuendos de Ahmed no le costó casi nada avanzar contra la corriente, y muy pronto dejó la balsa (y la antorcha) bastante atrás, nadando contra corriente en la oscuridad. Pero ya no era amenazadora y Jacky supo, instintivamente, que aquel otro río más hondo, aquel sobre el cual había «visto» el

bote, no tenía ninguna conexión con este canal, y quizá ni tan siquiera con el Támesis.

Oyó ecos de voces flotando sobre las aguas.

—¿Quién demonios dijo que era?

—El viejo Dungy y ese hindú.

—Bueno, los chicos de Pete les detendrán en el muelle que hay bajo el Covent Garden.

Gradualmente una claridad amarillenta empezó a teñir el agua, las paredes y el techo que tenía delante. La corriente dobló una curva y Jacky empezó a nadar lo más silenciosamente que pudo, viendo a lo lejos el muelle en donde habían subido a la balsa. Sobre el muelle había varios hombres, todos con antorchas, aunque Horrabin no parecía estar presente.

—Deben de estar locos —comentó uno de ellos, su voz claramente audible por todo el túnel—. o quizá creyeron que la magia del hindú era mejor. Será interesante oír lo que cuentan…, ¡ay! maldita sea, ¿cómo ha podido llegar una abeja hasta aquí?

—¡Jesús, otra! Venid, aquí no hay nada que hacer. Vayamos arriba y veremos cómo les traen. Será divertido: el payaso ha ordenado abrir el hospital.

Los hombres se fueron a toda prisa y el túnel se oscureció: por un instante la arcada relució con una claridad anaranjada y luego, a medida que las antorchas desaparecieron por el pasillo, acabó desvaneciéndose en la negrura general. Jacky nadó lentamente hacia esa última imagen entrevista, intentando con mucho cuidado no desviar la cabeza, ni tan siquiera cuando notó la barba postiza resbalando de su rostro para marchar a la deriva por la corriente. Después de nadar unos minutos notó en la mano los maderos del muelle, y logró izarse para quedarse luego inmóvil, jadeando. Estaba desnuda, salvo por sus pantalones cortos, y al apartarse el cabello de la cara, se dio cuenta de que había perdido el bigote además de la barba.

Pensó que con su atuendo actual no le resultarla demasiado fácil pasar desapercibida en el Castillo de las Ratas.

Avanzó cautelosamente por el arco, deseando tener aún el cuchillo; en el silencio pudo oír el lejano zumbido de una abeja. El pasillo estaba vacío, y Jacky caminó por él, deteniéndose con frecuencia para escuchar si había algún ruido indicativo de que la persiguieran, y prestando especial atención a su espalda.

Trepó por unos escalones y, mientras buscaba a tientas para descubrir su continuación, encontró una puerta de madera. Ni en la rendija ni por entre los tablones se percibía la más mínima luminosidad; o la habitación al otro lado de la puerta estaba oscura como la escalera, o se trataba de una puerta anormalmente gruesa.

Empujó la puerta, descubrió que no estaba cerrada, y la entreabrió un par de centímetros. Por el hueco no entró ningún rayo de luz. Jacky se apresuró a entrar y

cerró la puerta a su espalda.

Aunque se hubiera atrevido no tenía ningún medio para encender una luz, y tuvo que examinar la habitación a tientas, siguiendo los cuatro muros hasta encontrar nuevamente la puerta, y luego andando cautelosamente en diagonal. Encontró una cama más bien angosta y con la ropa lista, una cómoda con un par de libros encima, una mesa en la que sus dedos, tanteando cautelosamente, descubrieron una botella y un vaso (lo olió: ginebra, y muy seca) y, finalmente, en un rincón, una silla sobre la cual había un vestido corto, una peluca, un pequeño equipo de maquillaje y unas viejas sandalias de cuero. Mientras iba identificando los objetos con cierta dificultad, Jacky le fue dando gracias a Dios por su hallazgo.

«El que haya topado con todas estas ropas es un milagro y de los grandes», pensó, y unos instantes después recordó que el viejo Teobaldo había recibido la orden de actuar esa noche con atuendo de gala; ésa debla de ser su habitación, y él debla de haber colocado el vestido y lo demás sobre la silla antes de, tal y como lo había expresado, decidirse a morir. Aunque era incapaz de ver nada, sus ojos fueron de un lado a otro del cuarto y, presa de una súbita curiosidad, pensó que ojalá hubiera un modo de saber qué libros había sobre la cómoda.

Len Carrington estaba sentado en la habitación y, sin importarle quién pudiera verle, estaba tomando un buen sorbo de su petaca. Le habría gustado saber por qué razón se le había nombrado de repente segundo al mando y, mientras meditaba sobre ello, evaluaba sus posibilidades de aplacar al furioso doctor Romany a medida que le iban llegando, a intervalos de unos cuantos minutos, los nada satisfactorios informes del equipo encargado de atrapar a los dos fugitivos. ¿Cómo podía hacer todo eso y, al mismo tiempo, tranquilizar al enfurecido Horrabin, que no paraba de gemir en su hamaca, evidentemente cubierto de quemaduras bastante dolorosas, y asegurarle que se estaba haciendo todo lo posible para remediar el problema? Carrington ni tan siquiera entendía cuál era el problema. Había oído decir que el enano bailarín había intentado matar al payaso, huyendo luego por el río subterráneo en compañía de un hindú, nada menos…, pero, si eso era lo ocurrido, entonces ¿por qué diablos lo único que parecía interesar al doctor Romany era hablar con ese hindú?

Alguien estaba subiendo por la escalera del sótano. Carrington pensó brevemente en levantarse y luego rechazó la idea.

Por la escalera apareció una mujer. Su cabellera parecía el nido de un roedor y su vestido colgaba informe sobre su cuerpo, como una losa mojada en una estaca, aunque su rostro, medio tapado por el colorete y el carmín, era bastante agradable.

—Me dijeron que buscara a Horrabin abajo —dijo ella, con tanta calma como si una mujer en el Castillo de las Ratas no fuera algo tan inaudito como un caballo en la catedral de Westminster—, pero no le he visto.

—No —dijo Carrington poniéndose en pie—. Está…, está de mal humor. ¿Qué diablos haces aquí?

—Me envía Katie Dunningan, la encargada de todos los burdeles de Piccadilly. Se supone que debo hacer los arreglos para una conferencia con ese Horrabin, que está interesado en adquirir parte del negocio.

Carrington pestañeó. Por lo que él sabía, de momento el payaso no se había metido en el negocio de la prostitución, pero desde luego era algo que convenía muy bien a su estilo, y además resultaba inconcebible que una mujer joven pudiera acudir al Castillo a no ser por una razón semejante. Se relajó, convencido que no estaba relacionada con los dos fugitivos en lo más mínimo.

—Bueno, pues me temo que ahora no podrás verle. Ser mejor que te marches…, ¡y la próxima vez dile a esa Dunnigan que mande un hombre! Tendrás suerte si no te violan una docena de veces antes de que te hayas ido.

—Entonces, préstame un cuchillo.

—¿Qué has… Y por qué te lo iba a prestar?

Jacky le guiñó el ojo.

—¿Vas a Piccadilly de vez en cuando?

En los labios de Carrington fue apareciendo lentamente una sonrisa. Luego extendió la mano hacia Jacky.

—No, no, yo no —se apresuró a decir ella—. Tengo…, esto…, tengo una enfermedad. Pero en Piccadilly tenemos chicas muy limpias. ¿Te interesa saber la contraseña para conseguir una gratis o no?

Carrington había retrocedido un par de pasos al oír lo de la enfermedad, pero acabó metiendo la mano en su chaqueta y sacó un cuchillo en una funda de cuero.

—Toma —le dijo—. ¿Cuál es la contraseña?

Jacky pronunció la palabra más fea que había oído en toda su vida.

—Ya sé que te parecerá estúpido, pero ésa es. Sólo tienes que entrar en cualquier sitio de ésos, ve al tipo corpulento de la puerta principal y se lo dices al oído.

Y unos instantes después Jacky, andando sin prisa, salió del Castillo de las Ratas, limpiándose sin ningún disimulo las uñas con el cuchillo.

# 7

*Juventud, Naturaleza y el clemente Júpiter para mantener mi llama en la dura lucha, pero tan fuerte era Romanelli que a los tres venció… y de un soplo la extinguió.*

*LORD BYRON (en una carta desde Patras, 3 de octubre de 1810)*

Doyle despertó en su lecho de paja el sábado por la mañana, y se dio cuenta de que al fin se había decidido; el pensar en lo que pretendía hacer le secó la garganta e hizo que las manos le empezaran a temblar, pero ese nerviosismo era sólo el de quien ha decidido emprender un viaje peligroso, y resultaba casi un alivio tras una semana pasada en las garras de la duda.

Ahora comprendía que había cometido un error depositando todas sus esperanzas en la intervención de Ashbless; aunque hubiera podido hallar al poeta, no dejaba de ser una fantasía su convicción de que Ashbless podría (o querría) hacer algo para ayudarle. El conflicto al que se enfrentaba era entre Doyle y el doctor Romany y sólo podía resolverse mediante una confrontación abierta. Cuanto antes lo hiciera, mejor serla, pues la salud de Doyle estaba yendo decididamente de mal en peor.

Le pidió a Kusiak el día libre y el viejo se alegró de dárselo, pues la tos de Doyle empezaba a ser tan mala que los clientes le miraban con inquietud, como si temieran hallarse ante el portador de una plaga. Doyle cogió sus míseros ahorros y compró con ellos el mejor seguro posible en sus circunstancias: una vieja pistola de apariencia muy maltrecha, que el propietario de la tienda juró enfáticamente que todavía era capaz de disparar, y con la cual Doyle pensaba afirmar que se mataría si el doctor Romany intentaba hacerle prisionero. Ayer, en el puente de Londres, Jacky le había contado lo ocurrido con Horrabin y el intento de asesinato, y en esos instantes Doyle deseó tener la píldora de veneno que el enano le había ofrecido a Jacky; resultarla mucho más fácil llevarla entre los dientes que no moverse con una pistola apuntada a su cabeza.

Comprendió que si debía estar mucho rato con la pesada pistola apuntando a su cabeza, el brazo no tardarla en cansarse, por lo que se quitó el cinturón, pasó un extremo por la guarda del gatillo y luego lo volvió a cerrar alrededor de su cuello. Con la chaqueta abotonada y un pañuelo cubriendo el cañón del arma, que ahora reposaba su frío peso justo bajo su mentón, lograba evitar que se fijaran en él, y al mismo tiempo tenía el arma en tal posición que le bastaba meter el pulgar por entre el segundo y el tercer botón de su chaqueta para llegar al gatillo y enviar una bala a través de su boca, su paladar, su cavidad nasal y su cerebro, hasta que viera la luz del

sol, al salir exactamente en su coronilla.

En la calle Bishopsgate se encontró con uno de los mendigos del capitán Jack y, tras intercambiar un saludo, el hombre le dijo que el campamento gitano del doctor Romany se hallaba ahora en un campo situado al norte de Goswell Road, dedicado a predecir la fortuna de los aristócratas del West End y a vender filtros de amor y venenos a los habitantes de las zonas bajas de Golden Lane. Tras darle las gracias y transmitirle sus saludos para los demás mendigos, Doyle se marchó en dirección este por el antiguo muro de Londres. Mientras cruzaba la calle Coleman, pensando que en esos instantes se encontraba a una manzana de donde había nacido Keats, oyó un silbido en la acera norte de la calle.

El silbido (tres notas: aguda, grave, grave) era el inicio de *Yesterday*.

Y desde la otra acera de la calle Coleman, en respuesta, llegaron las siguientes nueve notas de la canción.

Esta vez no había duda posible. No era el único hombre del siglo XX en el año mil ochocientos diez. Con el corazón desbocado cruzó corriendo la calle y al llegar a la acera norte se detuvo, desorientado, mirando a su alrededor. Bastantes transeúntes estaban también mirándole, y Doyle examinó cada uno de los rostros, ya mostraran una expresión divertida o desaprobadora, esperando, sin saber muy bien cómo le sería posible hacerlo, reconocer en ellos algún anacronismo. Pero todos los rostros parecían pertenecer a nacidos en aquella época de la historia.

Había empezado a caminar con vacilantes pasos hacia el final de la calle Coleman, pero no se fijó en el carruaje parado junto a la acera. Tenía la ventanilla abierta, y Doyle pudo ver en el interior el borroso contorno de una silueta. Un segundo antes de que sus pies fueran arrancados del pavimento, vio el destello de una pistola dentro del carruaje, pero lo que oyó fue la detonación del arma que llevaba bajo la camisa al estrellarse el proyectil en el percutor y hacer que éste prendiera la pólvora. Tenía el cuerpo medio vuelto hacia un lado, y el cañón del arma estaba junto a su mandíbula y no bajo ella cuando se disparó; el proyectil, al rojo vivo, le arañó la mejilla, desgarrándole la oreja derecha en vez de levantarle la tapa de los sesos.

Se quedó tendido en el suelo, sin enterarse de la estrepitosa huida del carruaje. Era vagamente consciente de que algo había explotado y de que estaba herido, y cubierto de sangre. Le dolía terriblemente el pecho, pero cuando sus manos entumecidas lograron apartar los harapos quemados por la pólvora, y hubo tirado al suelo los restos humeantes de su pistola, no le pareció que hubiera ninguna herida mortal, sólo un montón de arañazos y quemaduras. Le zumbaban los oídos, el derecho mucho más que el izquierdo. A decir verdad, sentía todo el lado derecho de la cabeza tan anestesiado como si le hubieran dado una inyección de novocaína. Se lo palpó torpemente con la mano y notó que estaba cubierto de sangre, y una gran herida… pero no había oreja. En el nombre de Dios, ¿qué había pasado?

Intentaba ponerse en pie cuando varios paseantes se acercaron a él y, con algo rudas muestras de simpatía, le alzaron en vilo. Doyle comprendía a medias lo que decían:

—Eh, amigo, ¿vas a vivir?

—¿Cómo se te ocurre preguntarle eso, no ves que le han dado en la cabeza?

—El tipo del carruaje le disparó.

—Tonterías, yo lo vi todo… le explotó el pecho. Llevaba una bomba. Es uno de esos espías franceses de la plaza Leicester.

—Eh, mirad —exclamó uno—. Lleva un trozo de pistola colgando del cuello. —Hizo volver el rostro de Doyle hacia el suyo—. ¿Por qué demonios llevaba una pistola colgada ahí?

Doyle deseaba marcharse a toda prisa.

—Yo… acabo de comprarla —logró murmurar—. Pensé que sería un buen modo de llevarla hasta casa. Yo… supongo que se me disparó por accidente.

—Este hombre es idiota —afirmó el interrogador de Doyle. Luego se volvió nuevamente hacia él y añadió—: No creo que fuera una pistola demasiado buena, a juzgar por cómo ha quedado después de hacer un solo disparo. Ande, venga conmigo y le llevaré a un médico para que le remiende la cabeza.

—¡No! —Doyle era incapaz de recordar si en mil ochocientos diez ya se utilizaban los antisépticos y, aunque sabía que en esos momentos no pensaba con gran claridad, sabía igualmente muy bien que no estaba dispuesto a pillar una infección a causa de unos dedos sucios o un hilo de sutura en malas condiciones—. Sólo un… un poco de coñac, por favor. Que sea fuerte. o whisky…, algo que tenga mucho alcohol dentro.

—¡Lo sabía! —dijo con voz aflautada un viejo que no se había enterado realmente de lo ocurrido—. Es un timador; seguro que perdió la oreja hace años y ahora va fingiendo que se la acaba de volar una y otra vez por todo Londres, para que los tontos le paguen una copa.

—No —rebatió otro de los presentes—. Mire, ahí hay un trozo de oreja… ¡Eh, cuidado! ¡Parece que se está mareando!

Y, desde luego, Doyle se estaba mareando. Unos instantes después reunió las fuerzas suficientes para abrirse paso a través del grupo que había acudido en su ayuda, cada vez menos numeroso. Sin hacer caso a las miradas de curiosidad que llovían sobre él de todos lados, se quitó la chaqueta y con los restos de su camisa se vendó lo más fuerte que pudo la cabeza para detener la hemorragia, que goteaba sobre el pavimento y le manchaba las manos. Luego volvió a ponerse la chaqueta y, mareado por la conmoción y la pérdida de sangre, se alejó tambaleándose en busca de alguna taberna pues, aunque en esos instantes no se daba cuenta de casi nada, le consolaba un poco el saber que la compra de su pistola, uno de cuyos fragmentos

colgaba aún de su cuello, le había dejado con dinero suficiente para dos coñacs: uno servirla para empapar su vendaje y el otro se iría rápidamente cuello abajo.

Dos días después oyó nuevamente la canción de los Beatles.

Cuando volvió a la fonda de Kusiak, la tarde del domingo, abrió de un empujón la puerta y entró tambaleándose en la sala principal. El viejo posadero apartó los ojos de un libro de cuentas que estaba examinando con una expresión de alarma, que se convirtió rápidamente en una mueca de ira. Interrumpió las nada coherentes explicaciones de Doyle con la seca orden de que le metieran en una cama y cuidaran de él «hasta que su alma salga volando por el techo, o sus malditos pies puedan llevárselo otra vez por la puerta de atrás». Dicho esto, uno de sus nudillos se materializó bajo el mentón de Doyle, y levantó su pálido rostro hacia él.

—Y no me importa qué camino escojas, Doyle, pero quiero verte fuera de aquí lo más pronto posible… ¿Me has entendido?

Doyle se había erguido todo lo posible y le había soltado una réplica llena de dignidad, que luego fue totalmente incapaz de recordar; después puso los ojos en blanco y cayó de espaldas como un árbol herido, por el hacha. Cuando su cuerpo se estrelló en el suelo, éste retumbó como un timbal y sus uñas, al arañar brevemente los tablones, hicieron un ruido semejante al de unas castañuelas.

Kusiak, sintiendo cierto alivio, le declaró muerto y ordenó que le sacaran de allí mientras aguardaban la llegada de la policía, pero apenas el fláccido cuerpo había sido arrastrado por dos pinches de cocina hasta la puerta trasera, Doyle se levantó como impulsado por un resorte, miró a su alrededor muy nervioso y dijo:

—Vuelo ocho, cero, uno a Londres… Se supone que me han reservado un billete. Lo paga… Darrow de EIID. ¿Qué está pasando? —dijo y volvió a desmayarse.

Kusiak le maldijo sin demasiado entusiasmo, así como a Jacky pese a no estar presente, y luego ordenó a los pinches que se llevaran a su nada bienvenido y delirante huésped al cuarto vacío más miserable que pudieran hallar, y que una vez en él le fueran echando un vistazo de vez en cuando hasta que tuviera la bondad de morirse.

Durante dos días Doyle estuvo languideciendo en una angosta cama, en un cuarto desprovisto de ventanas y de forma más bien peculiar, situado bajo la escalera de la fonda, alimentado por la excelente sopa de pescado de Kusiak, regada con cerveza negra, y durmiendo la mayor parte del tiempo. Hacia la tarde del martes logró levantarse de la cama y se presentó en la sala principal, donde le vio Kusiak, con su eterno delantal, y le dijo que si estaba lo bastante recuperado para abandonar su cuarto, entonces, maldita sea, se encontraba también lo bastante sano como para largarse inmediatamente de la fonda.

Una vez que Doyle se puso la chaqueta y hubo dado unos pasos más bien

vacilantes por la calle oyó cómo algo rebotaba en los adoquines a su espalda. Se volvió y descubrió que Kusiak había arrojado por la puerta los restos de su pistola; Doyle volvió sobre sus pasos y los recogió, pensando que podrían proporcionarle unos cuantos peniques en cualquiera de las traperías, que parecían estar por todas partes y, dado el estado actual de cosas, conseguir tres peniques significarla doblar su fortuna.

«Desde luego está destrozada», pensó, mientras la recogía. El percutor había desaparecido, la culata se había partido y el retorcido cadáver de la bala, que se había estrellado en ella, resultaba claramente visible en el interior de la madera. Doyle se estremeció, recordando que si la pistola no hubiera estado en mitad de su camino la bala se habría hundido directamente en su pecho.

Entonces se le ocurrió examinar más de cerca la bala y vio que tenía la base plana de los proyectiles disparados con un cartucho fabricado a máquina, no la forma redonda de las balas corrientes en ese año.

«Bueno —pensó con nerviosismo—, esto lo confirma. Las balas de este tipo no se empezaron a usar hasta mil ochocientos cincuenta o por ahí. Hay más hombres del siglo veinte por aquí…, es decir, ahora…, y por una razón desconocida son hostiles. Me pregunto qué diablos tendrán contra mí.

»Y me pregunto quién diablos serán.»

Había llegado a la calle Borough y a su derecha se alzaba la sombría masa del hospital de Santo Tomás, mientras que a su izquierda el puente de Londres erguía su silueta bañada por la luz del ocaso a caballo del ancho cauce del Támesis; en sus aguas de un gris metálico empezaban a relucir los primeros destellos rojizos del crepúsculo. Le pareció más prometedora la visión del otro lado del río y torció hacia la izquierda.

«Pero —se preguntó mientras iba andando por la orilla—, ¿a qué se debe que unos viajeros del tiempo visiten Londres en mil ochocientos diez? ¿Y, en nombre de Dios, por qué desean matarme? ¿Por qué no se limitan a llevarme de vuelta? ¿Acaso piensan que quiero estar aquí… ahora?

»Quizá se deba a que estoy buscando a William Ashbless —se le ocurrió de pronto—. Quizá habría aparecido en la cafetería Jamaica, pero ellos le han secuestrado, y viniendo yo del futuro me he dado cuenta de su ausencia, por lo cual desean evitar que le hable a nadie de ello.»

Se detuvo unos instantes en el centro de la curvatura formada por el puente y se apoyó en el parapeto de piedra, aún caliente por el sol, contemplando el curso del río; en el oeste el cielo se oscurecía, dibujando aún la silueta de los cinco arcos de Blackfriars, a casi un kilómetro río arriba.

«Supongo que tendré que hacer otro intento para hablar con el doctor Romany; es probable que sea una causa perdida, pero debo intentar como sea volver a mil

novecientos ochenta y tres. Suspiró, permitiéndose un segundo de autocompasión. Si sólo fuera por esta bronquitis, neumonía o lo que sea, podría quedarme aquí, intentar superarla y arreglármelas, para ganarme la vida en este año, pero cuando dos grupos evidentemente poderosos combaten por tu posesión, uno queriendo matarte, mientras que el otro se conforma meramente con torturarte, es difícil conservar un trabajo.»

Se alejó del parapeto y empezó a caminar hacia el extremo norte del puente.

«Claro que podría irme de la ciudad —se dijo—. podría ir a la costa, robar un bote y largarme en él, dejando que la corriente me llevara hasta Gravesend o donde fuera. Empezar una nueva vida…»

Cuando emergió por fin de sus ensueños se encontraba ya fuera del puente y cruzando la calle Támesis. Miró a uno y otro extremo de la calle, iluminada por sus faroles, recordando el día, hacía ya dos semanas y media, en que casi había dejado que ese falso ciego le llevara hasta Horrabin, y cómo fue rescatado en el último instante por «Patines» Benjamin.

Había poca gente por la calle esa noche de martes, y tanto las tabernas como las fondas dispersas por la calle Gracechurch estaban más bien silenciosas, aunque sus luces tiñeran de reflejos cálidos los adoquines. Doyle pudo oír el silbido a una buena distancia. Era otra vez *Yesterday*.

Una vez hubo pasado el primer momento de pánico irracional, Doyle sonrió con una amarga diversión al pensar en lo pavloviana que se había vuelto su respuesta a esa maldita canción de los Beatles; se había metido sin perder un segundo en el portal más próximo y, sacando el fragmento de pistola del bolsillo de su chaqueta, lo había levantado sobre su cabeza como si fuera una porra. Cuando se dio cuenta de que el silbido estaba por lo menos a una manzana de distancia, bajó el arma y respiró hondo, aunque su corazón siguió latiendo con el mismo ritmo frenético de antes. Asomó cautelosamente la cabeza fuera del portal, sin atreverse a salir de él por miedo a llamar la atención. Unos instantes después el silbido dobló la esquina de Eastcheap y empezó a sonar más cercano; venía por Gracechurch, en dirección a Doyle, pero por el otro lado.

El hombre que silbaba era alto y parecía estar borracho. Llevaba un sombrero de ala ancha, que le tapaba el rostro, y al caminar daba bandazos de un lado a otro de la acera, prorrumpiendo de vez en cuando en una torpe parodia de claqué, acelerando entonces el ritmo del silbido para acompañarse. Cuando estaba a punto de pasar junto al escondite de Doyle su cabeza osciló exageradamente a la derecha y el hombre pareció darse cuenta, por primera vez, de una taberna pequeña y mal iluminada que se llamaba El Remero Vigilante. El hombre dejó de silbar, se dio una palmadita en el bolsillo y, aparentemente tranquilizado al oír el tintineo de las monedas, le dio un empujón a la puerta provista de un ojo de buey y desapareció en el interior.

Doyle se dispuso a marcharse a toda prisa en dirección sur, hacia el río y

Gravesend, pero apenas había dado unos pasos se detuvo y se volvió hacia la taberna.

«¿Puedes irte así como así? —se preguntó—. Este tipo parece estar solo, desde luego, y en este momento no da la impresión de ser particularmente peligroso. No seas idiota —protestó la parte más miedosa de su mente—, ¡lárgate de aquí!»

Doyle se quedó inmóvil durante unos segundos y luego, casi de puntillas, cruzó la calle y se aproximó a la gruesa puerta de El Remero Vigilante. El viejo letrero de la taberna chirriaba suavemente, colgado de sus cadenas por encima de su cabeza, mientras Doyle intentaba reunir el coraje suficiente para agarrar el picaporte en forma de S.

De pronto la puerta se abrió bruscamente desde el interior, evitándole el problema de tomar una decisión, y un hombre alto y fornido pareció materializarse en la calle como si le hubiera impulsado la oleada de aire caliente y cargado con los olores de la carne, la cerveza y las velas de sebo que salió de la taberna.

—¿Qué pasa, amigo? —dijo en voz alta el hombre—. ¿No tienes ni un penique para cerveza? Ten: cuando Morningstar bebe, todo el mundo bebe. —Dejó caer un puñado de monedas de cobre en la palma de Doyle—. Venga, adentro.

Morningstar apoyó una mano gigantesca entre los omoplatos de Doyle y, de un empujón, le metió en la taberna.

Doyle corrió hasta el largo mostrador que había en el otro extremo de la sala, apartando el rostro al pasar ante el grueso de las mesas y los reservados, y le pidió una cerveza al camarero, que parecía más bien aburrido. Luego se echó el pelo sobre la frente, alzó la pesada jarra de cerveza hasta sus labios y, con sólo los ojos al descubierto, le dio la espalda al mostrador y empezó a examinar lentamente la sala, mientras tomaba su primer trago.

Cuando estaba a mitad de su examen se quedó helado y estuvo a punto de atragantarse. El hombre que silbaba estaba sentado en un reservado, junto a la otra pared, con una cerveza delante; había dejado el sombrero junto a la jarra, y la vela que tenía sobre la mesa iluminaba claramente su flaco rostro y sus ojos algo nublados. Era Steerforth Benner.

Una vez se hubo convencido de que no era ni un error ni una alucinación, Doyle bebió un poco más de cerveza. ¿Por qué no había vuelto Benner con los demás? ¿Acaso alguien más había perdido el barco? Doyle se apartó del mostrador con su cerveza en la mano y fue hacia la mesa de Benner, con la otra mano en el bolsillo de su chaqueta agarrando el pedazo de pistola.

Doyle se quedó quieto ante él, pero Benner no le miró. Doyle, indeciso, apretó el pedazo de pistola contra la tela de su chaqueta, tensándola, y luego le sacudió por el hombro.

Y Benner alzó la cabeza, frunciendo sus cejas rubias en un ceño de irritación.

—¿Sí? —dijo. Luego, intentando articular con más precisión, añadió—: ¿Qué

pasa?

Doyle se estaba impacientando. ¿Por qué tenía que estar borracho justo ahora?

—Soy yo, Steerforth. Soy Doyle. —Tomó asiento al otro lado de la mesa, dejando que el pedazo de pistola golpeara la madera con un estruendo metálico—. Tengo un arma —le dijo—, y te está apuntando al corazón. Ahora quiero unas cuantas respuestas a mis preguntas.

Benner le estaba mirando boquiabierto, con los ojos desorbitados por el horror.

—¡Jesús, Brendan, no me tortures más! —farfulló de modo casi ininteligible—. ¿Eres real? Quiero decir, estás aquí, no eres ningún fantasma, ni tengo *delírium trémens*. ¿Eres tú? Di algo, maldición!

Doyle meneó la cabeza disgustado.

—Tendría que fingir que soy un fantasma sólo para ver cómo te pones histérico. Cálmate un poco. Soy real. ¿Es que los fantasmas beben cerveza? —Doyle tomó un sorbo como si estuviera haciendo un truco de magia, sin apartar los ojos de Benner—. obviamente, sabes que me dispararon el domingo. Dime quién lo hizo y por qué… y quién más anda por ahí silbando *Yesterday*.

—Todos, Brendan —se apresuró a responder Benner—. Todos los que Darrow ha traído con él; es una especie de señal para reconocerse entre ellos, como la que utilizan los Jets en *West Side Story*.

—¿Darrow? ¿Está aquí otra vez? Pensé que el viaje de vuelta había salido bien.

—¿La vuelta del tuyo? Claro que salió bien. Todos volvieron perfectamente menos tú. —Benner meneó pesadamente la cabeza—. Nunca llegué a pensar que desearas permanecer aquí, Brendan.

—No lo deseaba. Me secuestró un gitano medio loco. Pero, entonces, ¿qué estás diciendo? ¿Dices que Darrow ha vuelto otra vez? ¿Cómo ha podido hacerlo? ¿Encontró nuevos agujeros por los que saltar?

—No. ¿Qué falta le hacen? Mira, todo el discurso de Coleridge era una tapadera para financiar el auténtico proyecto de Darrow…, que era instalarse de modo permanente en el condenado mil ochocientos diez. Estuvo contratando tipos de mente abierta y bien enterados de la historia para que formaran su guardia personal… ése es el trabajo del cual no podía hablarte, ¿recuerdas? Y entonces se dio cuenta de que el viejo Coleridge estaba a punto de dar un discurso en Londres en el mismo período del agujero. Había estado empezando a tener problemas financieros y ésa era la solución…, conseguir un millón por cabeza de diez tipos raros, amantes de la cultura y deseosos de oír a Coleridge. Y entonces decidió que para ello necesitaba a un experto en Coleridge, y por eso te contrató. Pero durante todo ese tiempo el objetivo principal era volver aquí en persona, con su puñado de elegidos para quedarse a vivir. Así que cuando el grupo de Coleridge volvió a mil novecientos ochenta y tres, les metió a toda prisa en sus coches, preparó otro salto al mismo agujero de septiembre y

volvimos. Pero esta vez llegamos en mitad del agujero, una hora o algo así después de que todos vosotros…, es decir, nosotros, hubiéramos ido a oír a Coleridge, limpiamos todas las trazas de nuestra llegada, y cuando los dos carruajes volvieron ya nos habíamos ido y esperamos a que el agujero se cerrara. Claro que en los carruajes faltaba un experto en Coleridge… —Benner sonrió—. habría sido divertido ir hasta La Corona y el Ancla para echarnos un vistazo a nosotros mismos. Dos Benner y dos Darrow! Darrow llegó a pensar en ello para impedir tu desaparición, pero decidió que cambiar la historia, aunque fuera en tan poco, estaba lleno de riesgos.

—Entonces, ¿por qué desea matarme? —le preguntó Doyle con impaciencia—. Y si a Darrow le preocupa tanto la inviolabilidad de la historia, maldición, ¿por qué ha secuestrado a William Ashbless?

—¿Ashbless? ¿Ese poeta chalado sobre el que andabas escribiendo? No hemos hecho nada al respecto. ¿Qué ocurre, ha desaparecido? —Benner parecía totalmente sincero.

—No —dijo Doyle—, sencillamente no ha aparecido. Y ahora deja de evitar el tema: ¿por qué Darrow desea verme muerto?

—Creo que su meta final es vernos muertos a todos —murmuró Benner contemplando su cerveza—. Ha estado prometiendo al personal que se le permitirá volver a mil novecientos ochenta y tres mediante un agujero en el año mil ochocientos catorce, pero estoy prácticamente seguro de que piensa matarnos uno a uno, a medida que deje de necesitarnos. Ha confiscado todos nuestros ganchos móviles y ya ha matado a Bain y Kaggs, los que habrían debido terminar contigo hace una semana. Y cuando esta mañana le oí dar la orden de disparar apenas me vieran, conseguí hacerme con una buena cantidad de dinero en efectivo y me largué, pero no me atrevo a rondar demasiado cerca de él. —Benner alzó la mirada con expresión cansada—. Verás; Brendan, no quiere a nadie más aquí enterado de las cosas del siglo veinte…, radio, penicilina, fotografía, todo ese tipo de asuntos. Le preocupaba mucho que fueras a patentar una máquina voladora más pesada que el aire, o que se te ocurriera publicar *La playa de Dover* con tu nombre, o algo parecido. Se sintió muy aliviado cuando yo…

Hubo un silencio que se fue alargando de modo cada vez más incómodo, mientras en los labios de Doyle aparecía una sonrisa feroz.

—Cuando le informaste de que me habías metido una bala en el corazón.

—Cristo —murmuró Benner con los ojos medio cerrados—, no me dispares, Brendan… Tuve que hacerlo en defensa propia. habría ordenado que acabaran conmigo si no lo hubiera hecho. De todos modos, no lo conseguí. —Abrió los ojos y le miró—. ¿Dónde te dio la bala? Estoy seguro de que no fallé el tiro.

—No, el tiro fue excelente, justo en el centro de mi pecho. Pero yo llevaba algo bajo la chaqueta y eso detuvo el proyectil.

—Oh. Bueno, me alegro —Benner sonrió ampliamente y se reclinó en su asiento —. ¿Has dicho que no desapareciste voluntariamente del viaje de regreso? Entonces, tú y yo podemos ayudarnos mucho el uno al otro.

—¿Cómo? —le preguntó Doyle con escepticismo. —¿No quieres volver a mil novecientos ochenta y tres?

—Bueno…, sí.

—Bien. Yo también. Amigo, no sabes apreciarlo hasta que lo has perdido, ¿verdad? ¿Sabes lo que más echo en falta? Mi equipo estereofónico Jesús, cuando estaba en casa podía hacer sonar las nueve sinfonías de Beethoven en un día si me venía en gana, y luego podía empezar con Tchaikovsky. ¡Y Wagner! ¡Y Gershwin o Janis Joplin! Demonios, era divertido hacer el trayecto hasta el Dorothy Chandler para oír los conciertos, pero cuando ésa es la única forma de escuchar música resulta más bien horrible.

—De acuerdo, Benner, ¿cuál es tu plan?

—Bueno…, toma un puro, Brendan, y… —agitó la mano hacia una camarera— vamos a tomar otra ronda y te lo explicaré.

Doyle aceptó el puro, tan largo como los que solía fumar Churchill, pero sin vitola ni envoltura de celofán y le dio un mordisco a la punta. Luego, sin apartar los ojos de Benner, cogió la vela y chupó hasta dejar el puro bien encendido. No sabía mal del todo.

—Bien —empezó Benner, encendiendo otro puro, una vez que Doyle hubo dejado la vela sobre la mesa—, para empezar debes saber que el viejo está chalado. Está loco. Es listo como el diablo, claro que sí, pero algo se le ha roto dentro del cuadro de fusibles. ¿Sabes qué hemos estado haciendo desde nuestra llegada? ¿Sabes lo que hemos estado haciendo en vez de…, no sé, de comprar billetes para Sutter's Mill o el Klondike? Bueno, pues ha comprado una tienda en la calle Leadenhall y la ha equipado con todo lo necesario para…, ¿sabes para qué? Pues para la depilación, uno de esos salones a los que acudes cuando quieres quitarte el pelo… y además tiene a dos hombres en la tienda desde las nueve de la mañana hasta las nueve y media de la noche, continuamente.

Doyle frunció el ceño, sin saber qué pensar.

—¿Dijo…, dijo cuál era la razón de esa tienda?

—Claro que sí. —Entonces llegaron las cervezas y Benner tomó un buen sorbo de la suya—. Nos dijo que estuviéramos bien atentos en busca de un hombre que tuviera todo el cuerpo como tú tendrías la cara a las cinco de la tarde, y que pidiera un tratamiento completo. Darrow nos dijo que le disparásemos con una pistola tranquilizadora, que lo atáramos y que lo lleváramos arriba; no debíamos hacerle daño alguno aparte del tranquilizante, y sería mejor para nosotros si no le dábamos en la cara o en el cuello al dispararle. Y, Brendan, entiende bien esto, yo le pregunté qué

aspecto tenía ese tipo…, quiero decir, aparte del pelo. ¿Sabes lo que me respondió Darrow? Dijo que no lo sabía y aun si lo supiera la descripción sólo iba a servir durante una o dos semanas. Y ahora, dime…, ¿son ésas las palabras y las acciones de un hombre cuerdo?

—Puede que sí y puede que no —dijo Doyle lentamente con las cejas arqueadas, pensando en que ahora sabía mucho más sobre los planes de Darrow que el propio Benner—. ¿Qué relación tiene todo esto con tu plan para llevarnos a casa?

—Bien…, dime, ¿tienes aún tu gancho móvil? Perfecto, Darrow sabe donde están todos los agujeros y cuánto duran; en estos momentos son bastante frecuentes y el de mil ochocientos catorce no es el más próximo. Haremos un trato con él, le pediremos que nos diga dónde se encuentra el más cercano, y cuando el campo se forme nosotros estaremos justo en el centro y… ¡bingo! Volveremos a encontrarnos en ese solar y en el Londres moderno.

Doyle le dio una buena calada al puro, que debla admitir estaba resultando excelente, y lo acompañó con un trago de cerveza.

—¿Y qué vamos a venderle?

—¿Hum? Oh, ¿no te lo he dicho? He descubierto a su hombre peludo. Apareció ayer, tal y como dijo el viejo que haría. Es un tipo pelirrojo, bajito y algo gordo; inconfundible, con todo el cuerpo sombreado. Cuando intenté coger la pistola tranquilizadora se asustó y salió corriendo, pero —Benner sonrió con orgullo—, le seguí hasta el sitio donde vive. Esta mañana me dediqué a pegar el oído a la habitación de Darrow, intentando saber si estaba de humor para ofrecerle esta información a cambio de mi gancho y la localización del próximo agujero y…, ¡por Dios!, oí cómo Darrow le decía a Clitheroe que los muchachos debían pegarme un tiro nada más verme. Al parecer no confía en ml. Cogí todo el dinero que pude encontrar en la caja, salí corriendo y hablé en persona con el hombre peludo. He comido con él hace sólo unas horas.

—¿Comiste con él?— Doyle pensó que habría preferido comer con Jack el Destripador antes que con Cara-de-Perro Joe.

—Cierto. La verdad es que no es malo del todo; está algo loco y había constantemente de la inmortalidad y los dioses egipcios, pero es listo y ha recibido una educación condenadamente buena. Le dije que Darrow estaba en condiciones de curar su problema de hipervellosidad, pero que deseaba hacerle algunas preguntas. Le dejé pensar que el viejo tenía intenciones de torturarle… y, por lo que yo sé, quizá las tenga, y que necesitaba un mediador, alguien que hiciera de portavoz para tratar con Darrow. Le dije que había estado con Darrow, pero que me había marchado cuando le oí hablar de las atrocidades que pensaba cometer con ese pobre infeliz. ¿Entiendes? Pero sigo teniendo ese problema con la orden que ha dado Darrow a sus chicos, de que me maten nada más verme. —Benner sonrió—. Por lo tanto, puedes convertirte

en mi socio. Había con Darrow, encárgate de negociar el trato y luego podrás compartir el premio… un viaje a casa. Creo que lo mejor ser que le digas esto… —Se apoyó en su asiento y contempló a Doyle con una ceja arqueada—: «Mire, Darrow, le diremos al viejo King Kong que no acuda a verle hasta que reciba una carta nuestra. Y le daremos esa carta a un amigo…, conozco a una chica que será perfecta para eso, por cierto… con instrucciones de echarla al correo sólo cuando nos haya visto desaparecer por uno de esos agujeros. así que denos un gancho y la localización de un agujero, y si nuestra chica ve cómo nuestras ropas vacías caen al suelo…, y piense que puede encontrarse a cien metros de distancia, en la copa de un árbol o en una ventana, así que le resultar imposible cogerla…, entonces su hombre peludo recibirá el mensaje de que acuda a Darrow.»

Doyle había estado intentando interrumpirle.

—Pero, Benner —logró decir por fin—, te olvidas de que Darrow ha dado la orden de matar también a Doyle. No podré acercarme a él.

—Brendan, nadie anda detrás tuyo —le dijo Benner con paciencia—. Para empezar, todos creen que te maté, y para continuar te recuerdan como ese tipo algo gordito y de aire saludable que dio la conferencia sobre Coleridge. ¿Te has mirado a un espejo últimamente? Estás cadavérico y tienes la cara tan pálida como esos tipos que salen en los grabados de Fritz Eichenberg, aparte de que en tu cara hay algo así como cien arrugas nuevas… ¿quieres que siga? De acuerdo… además, ahora te has quedado decididamente calvo y, para colmo, tu maldita oreja parece haberse esfumado. ¿Cómo lo conseguiste? Ah, el otro día me di cuenta de que andabas de un modo raro. Francamente, pareces veinte años más viejo. Nadie te echará una mirada para pensar luego «ajá, es Brendan Doyle», así que deja de preocuparte. Lo único que debes hacer es entrar en ese salón para depilaciones y decir algo así como: «Hola, un amigo mío tiene el cuerpo cubierto de pelo, dejad que hable con vuestro jefe». Cuando hayas llegado hasta ahí puedes admitir que eres Doyle, no se atreverá a poner en peligro su única conexión con el gran gorila blanco.

Doyle asintió pensativamente.

—No está mal, Benner. Es complicado pero no está mal.

Doyle estaba bastante seguro de cuáles eran las intenciones de Darrow… y, dicho sea de paso, ahora comprendía la razón de que el viejo tuviera una copia del *Diario* de lord Robb.

«Es su cáncer —pensó—. No puede curarlo, pero apenas se ha familiarizado con el viaje temporal ha sabido que existe un tipo capaz de cambiar de cuerpo, por lo cual busca una copia del libro de lord Robb, dado que contiene la única mención del momento, el lugar y las circunstancias en que Cara-de-Perro Joe fue ejecutado… o, mejor dicho, linchado, en el año mil ochocientos once. ¡Es una buena información para usarla en un negocio como éste!»

—Maldita sea, Brendan, ¿me estás escuchando?

—Lo siento, ¿qué decías?

—Presta atención, es muy importante. Estamos a martes…, ¿qué te parece si el sábado estás en… conoces Jonathen's, junto a la Bolsa al otro lado del río, subiendo por la orilla? Bueno, podríamos encontrarnos allí al mediodía. Creo que entonces ya podré tener arreglado el asunto de la carta con mi chica y habré hablado con el hombre peludo; luego podrás ir a ver al viejo. ¿De acuerdo?

—¿Cómo se supone que voy a vivir hasta el sábado? Me hiciste perder el trabajo que tenía al dispararme.

—Oh, lo siento. Toma. —Benner metió la mano en el bolsillo y arrojó cinco arrugados billetes de cinco libras cada uno sobre la mesa—. ¿Te las arreglarás con eso?

—Supongo que sí. —Doyle se los guardó y luego se puso en pie. Benner extendió la mano pero Doyle se limitó a contemplarla con una sonrisa—. No, Benner. Pienso cooperar contigo, pero no pienso darle la mano a un tipo que es capaz de matar a un viejo amigo sólo para librarse de un problema.

Benner cerró la mano con un leve chasquido y sonrió.

—Repite eso cuando te hayas encontrado en la misma situación que yo y hayas obrado de forma distinta, viejo…, puede que entonces me sienta avergonzado. Te veré el sábado.

—De acuerdo. —Doyle se dio la vuelta, disponiéndose a salir, pero luego se detuvo y miró nuevamente a Benner—. Un puro muy bueno. ¿Dónde lo has conseguido? Me he estado preguntando qué tal son los puros en mil ochocientos y creo que ahora puedo permitirme ese lujo.

—Lo lamento, Brendan. El puro es un Upmann del año mil novecientos ochenta y tres. Le robé una caja a Darrow antes de irme.

—Oh..,

Doyle fue hasta la puerta y salió a la calle. La luna brillaba ya en el cielo, y las sombras de las nubes barrían la calle y las fachadas, como fantasmas huidizos que tuvieran mucha prisa por llegar al río. Un viejo estaba inclinado junto a la acera, y mientras Doyle le miraba, extendió la mano para recoger una maltrecha colilla de puro.

Doyle fue hacia él.

—Tenga —le dijo, extendiendo su puro— olvídese de esta porquería y tome este Upmann.

El viejo le contempló con expresión iracunda. —¿Qué me tome qué?

Demasiado cansado como para explicárselo, Doyle se marchó a toda prisa.

Siendo entonces lo bastante rico como para concederse ciertas comodidades, Doyle alquiló una habitación en el Hospitable Squires de Pancras Lane, dado que

todas las fuentes concordaban en afirmar que allí había pernoctado William Ashbless durante sus dos primeras semanas de estancia en Londres. Aunque le sorprendió enterarse de que el encargado jamás había oído hablar de Ashbless, y que nunca le había alquilado una habitación a un hombre alto y rubio con abundante barba o sin ella, el problema planteado por la ausencia de Ashbless era mucho menos apremiante para Doyle ahora que se había comprometido con el plan de Benner.

Pasó los tres días siguientes descansando. Su tos no parecía empeorar (de hecho, daba la impresión de estar mejorando un poco) y la fiebre, que había estado soportando durante dos semanas, había sido evidentemente eliminada por la cerveza de Kusiak y su sopa llena de especias. Como aún temía a los hombres de Horrabin, y ahora también a los de Darrow, no se alejó mucho de su habitación, pero descubrió que desde su más bien angosto balcón resultaba fácil trepar por las tejas hasta lo alto del edificio; y en una zona totalmente plana, que se encontraba entre dos chimeneas, encontró una silla con la madera hinchada y algo agrietada por décadas de intemperie londinense. Estuvo sentado en ella durante las largas puestas de sol, contemplando la pendiente de las calles Támesis y Fish, que bajaban hacia el río, y los botes que zarpaban con la marea dando una impresión de tranquila falta de prisas. Solla dejar el tabaco y un chisquero en el amplio repecho de ladrillos de la chimenea, a su izquierda, y en el tejado, allí donde su mano derecha llegaba fácilmente, tenía una gran jarra de cerveza fría; dando chupadas alternas a su pipa y sorbos a su jarra, se dedicaba a contemplar el casi bizantino entramado de tejados, torres y columnas de humo dominado por la cúpula de la catedral de San Pablo, a la derecha, pensando con la cómoda seguridad de quien no debe tomar ninguna decisión por el momento, en que quizá lo mejor era, sencillamente, no ver a Benner y dedicarse a vivir su vida en esa mitad de siglo, que iba a verse dominada por las presencias de Napoleón, Wellington, Goethe y Byron.

Sus tres días de reposo se vieron empañados sólo por un acontecimiento desagradable; en la mañana del jueves, cuando Doyle volvía a su alojamiento tras visitar a un librero de Cheapside, un viejo espantosamente deforme se le plantó delante, impulsándose al parecer tanto con sus pies como con el incesante agitar de sus manos, que parecían ramas secas. La calva cabeza que emergía de sus viejas y abigarradas ropas, como un hongo creciendo en una pila de inmundicias, había sufrido en el pasado una tremenda herida, pues la nariz, el ojo izquierdo y una parte de la mandíbula habían desaparecido, dejando en su lugar una masa de retorcido tejido cicatricial. Cuando aquella vieja ruina se detuvo frente a Doyle, éste ya había metido la mano en el bolsillo sacando un chelín.

Pero la criatura no se dedicaba a mendigar.

—Usted, señor —graznó el viejo—, tiene el aspecto de alguien que amaría volver a su hogar. Y creo —le guiñó el ojo—, que su hogar está en un sitio hacia el cual no

se puede señalar con el dedo, ¿eh?

Doyle miró a su alrededor, sintiendo una repentina oleada de terror, pero no vio persona alguna que pareciera estar aliada con aquel desecho humano. Quizá no fuera sino uno de esos omnipresentes lunáticos callejeros cuyo delirio, por puro azar, daba la impresión de hacer referencia a la situación actual de Doyle. Quizá estuviera hablando del Cielo o de algo parecido.

—¿A qué se refiere? —le preguntó Doyle cautelosamente.

—¡Je, je! ¿Piensa que el doctor Romany es el único enterado de cuándo y dónde se abrirán las puertas de Anubis? ¡Amigo mío, no se engañe! Yo las conozco, y hay una que podría llevarle hasta su presente. —Se rió con un sonido estremecedor, como canicas que rodaran por unos peldaños metálicos—. Está en el otro lado del río. ¿Quiere verlo?

Doyle estaba atónito. ¿Era posible que ese hombre supiera dónde se hallaba un agujero? Lo cierto, como mínimo, era que sabía de ellos. Y, teóricamente, los agujeros abundaban en esa época, era posible que hubiera uno abierto en Surreyside. Dios santo, ¿y si pudiera volver hoy mismo a su hogar? Con ello podría evitar a Benner, dejándole tirado…, aunque, desde luego, aquel bastardo no tenía ni el menor derecho a confiar en su lealtad. Y si se trataba de una trampa de Horrabin o Darrow, parecía innecesariamente complicada.

—Pero ¿quién es usted? —le dijo—. ¿Y qué sacará mostrándome cuál es el camino de vuelta a mi hogar?

—¿Yo? Solamente soy un viejo algo enterado de la magia. Y en cuanto a por qué deseo prestarle ese servicio —volvió a reírse—, quizá porque no soy exactamente un amigo del doctor Romany, ¿no le parece plausible? podría llegar a decir que debo estarle agradecido a Romany por esto. —Su mano revoloteó en el aire señalando su rostro destrozado—. Bien, ¿le interesa? ¿Quiere venir a contemplar la puerta que le mandará…, o que le ha mandado, o que le está mandando a su hogar?

—Sí —dijo Doyle, sintiendo que se le iba la cabeza.

—Entonces, vamos.

El patético guía de Doyle se puso en marcha, lleno de energía, como si nadara al mismo tiempo que andaba, y Doyle empezó a seguirle, pero se quedó helado al darse cuenta de algo.

La acera estaba llena de hojas secas, pero cuando el viejo las pisaba no producían el menor crujido.

El viejo volvió su horrible rostro hacia Doyle al darse cuenta de que se había detenido.

—Aprisa, muchacho —le dijo.

Doyle se encogió de hombros, conteniendo un repentino deseo de persignarse, y lo siguió.

Cruzaron el río por Blackfriars sin decirse gran cosa, aunque el viejo parecía tan contento como un niño el día de Reyes al descubrir que habiéndose ido todos los mayores a misa, puede por fin entrar en el cuarto donde se amontonan los regalos. Llevó a Doyle por la calle Surrey, y luego le hizo torcer a la izquierda, por un callejón, hasta llegar a un alto muro de ladrillos que rodeaba un solar bastante grande. En el muro había una puerta de sólido aspecto; el viejo, con una sonrisa y un espantoso enarcar de cejas, le enseñó una llave de estaño.

—La llave del Reino —le dijo.

Doyle retrocedió un par de pasos.

—Este agujero de hoy… ¿está por pura casualidad tras una puerta de la que tiene una llave?

—He sabido de él… desde hace cierto tiempo…, ¡he sabido que estaba aquí! —dijo su guía con cierta solemnidad—. Y compré este lugar porque sabía que acabarla viniendo aquí.

—Pero ¿qué es? —le preguntó Doyle cada vez más nervioso—. Me está hablando de un agujero muy prolongado, pero entonces no me servirá de nada hasta que se cierre.

—Cuando llegue ahí encontrará una puerta, Doyle, de eso no tenga duda alguna.

—Oyéndolo da la impresión de que moriré ahí dentro.

—No morirá hoy —replicó el viejo—, ni en ningún día venidero.

El viejo estaba haciendo girar la llave en la cerradura, y Doyle retrocedió dos pasos más sin dejar de mirarle.

—Eso cree, ¿eh?

—Lo sé.

La puerta estaba ya abierta y el viejo la empujó.

Doyle no sabía demasiado bien lo que esperaba ver, pero desde luego no era el solar cubierto de hierba que se distinguía por el umbral, con el pálido sol de septiembre brillando sobre los montones de escombros y los ladrillos rotos. El viejo estaba ya dentro, y avanzaba por entre la hierba; Doyle hizo acopio de valor, apretó los puños y cruzó de un salto el umbral.

Aparte de ellos dos y los restos de viejas paredes, que asomaban por entre la hierba, el solar estaba completamente vacío. El viejo le estaba guiñando su único ojo, algo sorprendido por la brusca aparición de Doyle.

—Cierre la puerta —le dijo al fin, concentrándose nuevamente en algo que había estado removiendo entre la tierra.

Doyle cerró la puerta cuidando de que el pestillo no se encajara y fue hasta su extraño guía.

—¿Dónde está la puerta? —le preguntó con impaciencia.

—Mire esos huesos. —El viejo había quitado un trozo de lona que cubría un

montón de huesos, aparentemente muy viejos, algunos de los cuales estaban ennegrecidos como por el fuego—. aquí hay un cráneo —dijo, sosteniendo entre los dedos una maltrecha esfera de marfil de la cual colgaban, a punto de caerse, los huesos del pómulo y la mandíbula.

—Dios mío —dijo Doyle con cierta repugnancia—, ¿a quién le importa eso? ¿Dónde está la maldita puerta?

—Compré este lugar hace muchos años —dijo el anciano, ensimismado contemplando el cráneo, como si le estuviera hablando—, para poder enseñarle un día estos huesos.

Doyle dejó escapar su aliento en un largo silbido.

—Aquí no hay ninguna puerta, ¿verdad? —dijo con voz cansada.

El viejo lo miró, y si en su rostro cubierto de cicatrices había alguna expresión en particular, a Doyle le resultó imposible averiguar cuál era.

—Encontrará una puerta y espero que cuando la encuentre sienta tantos deseos de cruzarla como los siente ahora. ¿Quiere llevarse estos huesos con usted?

Doyle pensó que después de todo era sólo un lunático callejero, que tenía ciertos conocimientos sobre la jerarquía mágica de Londres.

—No, gracias —replicó y, dándose la vuelta, se abrió paso por entre la hierba.

—¡Búsqueme de nuevo cuando las circunstancias hayan cambiado! —le gritó el viejo mientras se iba.

Cuando Steerforth Benner entró a las doce en punto por las puertas de la cafetería Jonathen's, Doyle, al verle, agitó la mano señalando hacia la otra silla vacía que había en la mesa, donde ya llevaba sentado media hora. Las botas de Benner repiquetearon en el suelo de madera al cruzar la sala. Apartó la silla con un golpe seco y se instaló en ella.

Una vez sentado, miró a Doyle con una dureza que parecía ocultar bastante incertidumbre.

—¿Has llegado temprano, Doyle, o es que no he recordado bien la hora de nuestra cita?

Doyle logró atraer la atención de un camarero y señaló su taza de café, indicando luego al recién llegado Benner. El camarero asintió, mientras subían los escalones que llevaban a su sala principal.

—Llegué temprano, Benner. Dijiste que al mediodía, de acuerdo.

Examinó más atentamente a su compañero de mesa, y le pareció que sus ojos estaban algo extraviados, como si le costara enfocar la mirada.

—¿Te encuentras bien? —inquirió—. Parece… como si tuvieras resaca o algo parecido;

Benner le miró con suspicacia.

—¿Resaca, dices?

—Cierto. ¿Estuviste bebiendo anoche hasta muy tarde o qué?

—¡Ah, sí! —El camarero acudió con su taza de café humeante y Benner se apresuró a pedir dos pasteles de riñón—. No hay nada mejor que un poco de comida cuando se te ha ido la mano, ¿eh?

—Claro —dijo Doyle sin demasiado entusiasmo—. Creo que deberás tener un poco de cuidado cuando volvamos…, no sólo has cogido el acento de la época, sino que empiezas a hablar de un modo algo raro.

Benner rió sin demasiada alegría.

—Bien, claro está. He tenido la intención de fingirme…, fingirme un auténtico indígena de este viejo período histórico.

—Creo que te has excedido, pero eso no importa. ¿Lo tienes todo listo?

—Oh, sí, sí, claro; no he tenido ningún problema.

Doyle pensó que Benner debla de estar muy hambriento, pues no dejaba de mirar a un lado y a otro con impaciencia, aguardando el regreso del camarero.

—¿La chica está de acuerdo? —preguntó Doyle.

—Naturalmente que lo está, y lo hará espléndidamente. ¿Dónde diablos está ese camarero con nuestros pasteles?

—A la mierda los malditos pasteles —dijo Doyle con impaciencia—. ¿Qué ha pasado? ¿Has tenido algún problema o qué? ¿Por qué estás actuando de un modo tan extraño?

—No ha pasado nada —dijo Benner—. Sencillamente, tengo hambre.

—Bueno, ¿cuándo tengo que ver a Darrow? —le preguntó Doyle—. ¿Hoy, mañana?

—No tan pronto, debes esperar unos cuantos días. ¡Ah, nuestros pasteles! Gracias. Venga, Doyle, no debes dejar que se enfríe.

—Puedes quedarte el mío —dijo Doyle, que nunca había podido soportar la idea de comer riñones—. Bien, ¿por qué debo esperar unos días? ¿Has perdido a tu hombre peludo?

—Cómete ese maldito pastel. Lo he pedido para ti.

Doyle alzó los ojos al techo, cada vez más irritado.

—No intentes seguir cambiando de tema. ¿A qué viene esa espera?

—Darrow estará fuera de la ciudad hasta… hasta la noche del martes. ¿Prefieres quizá algo de sopa?

—No quiero nada, muchas gracias —dijo Doyle levantando un poco la voz—. Entonces, ¿voy a verle el miércoles por la mañana?

—Sí. Ah, también me preocupa algo un tipo que da la impresión de haber estado siguiéndome. No tengo ni idea de quién puede ser; es bajito y lleva barba negra. Creo que le perdí al entrar en la cafetería, pero me gustaría estar seguro. ¿Te importaría

salir fuera y ver si aún ronda por ahí? Si anda por la calle no quiero que se dé cuenta de que le he visto.

Doyle lanzó un suspiro pero se levantó, fue hasta la puerta y, una vez en la acera, miró a uno y otro extremo de la soleada calle Threadneedle. Había mucha gente, pero Doyle, poniéndose de puntillas, agachándose luego y murmurando montones de «perdóneme», no logró distinguir a ningún hombre bajito con barba negra. Alguien estaba chillando a su derecha y las cabezas empezaban a volverse en esa dirección, pero Doyle no tenía el menor interés en saber a qué se debla el tumulto. Entró nuevamente en la cafetería y tomó asiento ante la mesa.

—No le he visto —dijo. Benner estaba removiendo con la cuchara una taza de té que no había estado allí antes—. ¿Cuánto lleva siguiéndote? ¿Y dónde le notaste por primera vez?

—Bueno… —Benner sorbió su té haciendo bastante ruido—. Diablos, aquí dan un té estupendo. Pruébalo.

Le ofreció la taza a Doyle.

Los gritos del exterior empezaban a ser cada vez más fuertes, y Doyle tuvo que acercarse a Benner para que éste pudiera oírlo.

—No, gracias. ¿Quieres responder a lo que te he preguntado?

—Sí, te responderé. Pero antes prueba un poco de te; es realmente magnífico. Y estoy empezando a pensar que te consideras demasiado superior a mí como para beber o comer en la misma mesa.

—Oh, Benner, por el amor de Dios… —Doyle aceptó la taza y la levantó con un gesto de impaciencia hasta sus labios, y justo cuando abría la boca para tomar un sorbo, Benner alargó la mano y empujó el fondo de la taza, con lo que Doyle tragó una sustanciosa porción del líquido. Estuvo a punto de atragantarse y tosió—. Maldito seas… —logró farfullar una vez hubo tragado el té—, ¿estás loco?

—Sencillamente, quería hacerte tomar un buen sorbo para que lo paladearas —le dijo Benner sonriendo ampliamente—. ¿A que es bueno?

Doyle se pasó la lengua por los labios. El té sabía excesivamente a especias y no habían colado muy bien las hojas; le hizo pensar en un vino tinto que contuviera un exceso de tanino, tan seco que ahora sentía los dientes pegajosos.

—Es horrible —le dijo a Benner y entonces se le ocurrió una idea de lo más inquietante—. Hijo de perra…, quiero ver cómo bebes un poco de ese té.

Benner se inclinó hacia él con una mano formando bocina en la oreja.

—¿Qué has dicho? Perdona, pero creo que hay un…

—¡Bebe ahora mismo!

Doyle casi gritaba para conseguir que le oyera por encima del estruendo que llegaba de la calle.

—¿Supones acaso que deseo envenenarte? ¡Ja! Mira. —Ante el considerable

alivio de Doyle, Benner vació el resto de la taza sin la menor vacilación—. Doyle, resulta evidente que no entiendes ni lo más mínimo de tés.

—Supongo que no. ¿Qué infiernos crees que está pasando ahí fuera? Déjalo, será mejor que sigas hablándome de ese tipo barbudo que…

De pronto se oyeron unos gritos de pánico en el interior de la sala, detrás de Doyle, en la puerta, y antes de que pudiera volverse hubo una explosión y un estruendo metálico; la ventana había saltado en fragmentos. El altercado callejero subió instantáneamente su volumen. Doyle se levantó de un salto, y por el rabillo del ojo vio que Benner, sin inmutarse, se levantaba también sacando una diminuta pistola de su levita.

—¡Matadle! —gritaba alguien—. ¡Creo que va hacia la cocina!

Doyle pudo ver un remolino de gente en el lado de la sala que daba a la calle, y distinguió trozos de sillas rotas que giraban en el aire como si fueran porras, pero durante los primeros y tensos segundos no logró percibir lo que se hallaba en el centro del remolino; luego un camarero salió despedido por los aires y cayó al suelo, arrastrando con él a media docena de personas. En ese fugaz instante Doyle vio un mono con el pelaje tan rojizo como el de un setter. Aunque era más bajo que casi todos sus oponentes, era tal su ferocidad que logró pasar por el espacio que había despejado el camarero catapultado por los aires, y en dos saltos cubrió la distancia que le separaba de la mesa de Doyle y Benner. Antes de que la pistola de Benner detonara casi junto a su cabeza, Doyle tuvo el tiempo suficiente para ver que el pelaje del mono estaba salpicado de sangre y que la mayor parte de la sangre parecía venir de su boca.

Doyle sintió que el aire se agitaba junto a su cara, y vio aparecer de pronto un chorro de sangre en el pecho del mono cuando el proyectil le hizo saltar por los aires. Su vuelo terminó a unos tres metros de distancia y por un segundo, antes de caer convertido en un fláccido montón de carne y pelo, el mono se inmovilizó en mitad de su vuelta de campana, apoyándose sobre su cabeza.

En el instante de silencio que siguió al disparo, Benner cogió a Doyle por el brazo y le empujó a toda prisa hacia la cocina y, tras cruzar la puerta trasera, a un minúsculo y sombrío callejón lateral.

—Vete —dijo Benner—. Por aquí se llega a Cornhill.

—¡Espera un minuto! —Doyle estuvo a punto de caer al enredarse los pies en una carretilla rota, que había logrado escapar a los siempre vigilantes saqueadores y traperos—. Ése era uno de los de Cara-de… ¡Uno de los despojos del hombre peludo! ¿Por qué vino a…?

—No importa. Ahora, quieres…

—¡Pero eso quiere decir que ahora está en un nuevo cuerpo! ¿No entiendes que…?

—Lo entiendo mucho mejor que tú, Doyle, créeme. Todo está controlado y luego ya te lo explicaré.

—Pero…, oh, de acuerdo. ¡Eh, espera! Maldita sea, ¿cuándo te veré de nuevo? ¿Habías dicho… el martes, quizá?

—El martes resultará perfecto —dijo Benner con impaciencia—. ¡Corre!

—El martes…, ¿dónde?

—No te preocupes por eso, yo te encontraré. Oh, qué diablos… El martes aquí mismo a las diez de la mañana. ¿Te sientes mejor ya?

—Bien, de acuerdo. Pero ¿podrías dejarme algo más de dinero? No…

—Oh, cierto, cierto, no deseo que pases hambre, desde luego. Toma. No sé cuánto hay aquí pero debe de ser bastante. Y ahora, ¿quieres hacer el favor de marcharte?

El camarero de pelo canoso había quitado ya los trozos de cristal y ahora, con su recogedor lleno de vidrios y la servilleta que se había atado alrededor de la cabeza como si fuera un turbante, tenía todo el aspecto de un gran visir en busca de un sultán al cual ofrecerle un montón de diamantes tallados al azar.

—Lo siento, hijo, pero la verdad es que todo estaba demasiado revuelto como para ponerme a cobrar en las mesas, ¿entiendes?

—Dejó caer el contenido del recogedor en el barril usado para la basura, y se dispuso a seguir barriendo.

—Pero ¿iba hacia dos hombres sentados a una mesa?

El camarero suspiró.

—O se dirigía a ellos o, más probablemente, intentaba huir en esa dirección.

—¿Y puede recordar algo más sobre el tipo que le disparó al mono?

—Sólo que era alto y rubio, como ya he dicho. Y el tipo que estaba con él era más bajito, moreno y flaco; parecía encontrarse algo enfermo. Ahora vete a tu casa, ¿de acuerdo?

No parecía que hubiera manera de conseguir más información en la cafetería, así que Jacky le dio las gracias al camarero y se marchó desanimada por los adoquines del callejón que llevaba a la Bolsa, donde varios hombres, con bastante repugnancia, estaban cargando en un carro el cadáver cubierto de vello rojizo de Kenny fuera-cual-fuese-sunombre, abandonado hacía una semana por Kenny, y abandonado en el día de hoy por Cara-de-Perro Joe.

«Maldición —pensó Jacky—, ha cambiado su cuerpo y ahora no tengo ni la menor idea de en cuál puede estar.»

Se metió las manos en los bolsillos de su enorme chaqueta y, abriéndose paso por entre los boquiabiertos mirones que rodeaban el carro se alejó hacia la calle Threadneedle.

Cuando ya estaba a medio camino de su alojamiento, Doyle empezó a temblar. Una vez instalado en su refugio del tejado, bebió a toda prisa una cerveza y luego se tapó el rostro con las manos y respiró hondamente, hasta que el temblor se calmó.

«Dios mío —pensó—, ése es el aspecto que tienen las malditas criaturas… No me extraña que Jacky se volviera un poco loco después de matar a una, y creyera que vio el alma de Colin Lepovre contemplándole desde los ojos de esa cosa agonizante. O, diablos, quizá si estuviera ahí… —Doyle volvió a llenarse la jarra y bebió un trago —. Desde luego, mi única esperanza es que Benner sepa lo que hace y conozca la clase de fuego con la que está jugando.»

Dejó la jarra en el tejado y contempló el horizonte, pensando con inquietud en dónde estaría ahora, en si el pelo ya había empezado a brotar en el nuevo cuerpo como una fina capa de polvo… y en si estaría ya buscando otro cuerpo del que apoderarse.

En el maltrecho umbral de piedra de una casita encalada, que estaría a unos tres mil kilómetros en dirección sureste del observatorio de Doyle, un hombre viejo y calvo estaba sentado con expresión aburrida fumando una larga pipa de arcilla, contemplando la hierba de un sucio color amarillento que terminaba en la playa de guijarros y el agua. El viento, cálido y seco, soplaba del oeste y en su largo camino agitaba levemente las inmóviles aguas del golfo de Patras; cuando el viento se calmaba por unos instantes era posible oír el leve tintineo de los cencerros al pie de las colinas de Morea, detrás de él.

Por tercera vez durante ese largo atardecer, Nicolo, el chico, salió corriendo de la casa, ahora golpeando de modo efectivo (y no, como antes, sólo rozando) el brazo del médico, que estuvo a punto de perder la pipa. Y el chico ni tan siquiera se disculpó… El doctor sonrió fríamente, contemplando al bribonzuelo y jurándose que otra grosería más por parte de ese mocoso griego tendría como resultado una dolorosa, fea y prolongada agonía para su amado «padrone».

—Doctor —jadeó Nicolo—. ¡Venga! ¡El *padrone* se retuerce en la cama y habla con gente que no está en la habitación! ¡Creo que va a morir!

«No morirá hasta que yo se lo permita», pensó el doctor.

Miró hacia el cielo y vio que el sol ya empezaba a bajar por el occidente, finalizando su trayecto en el firmamento griego, siempre libre de nubes, y decidió que ya era hora de actuar. En realidad no importaba demasiado en qué momento del día lo hiciera, pero las viejas leyes muertas son tan pesadas como las supersticiones, y al igual que ni se le ocurriría pronunciar el nombre de Set en el vigésimo cuarto día del mes de Pharmuthi, y tampoco miraría a un ratón el doce de Tibi, no se sentía capaz de realizar magia negra en tanto que Ra, el dios del sol, estuviera aún en lo alto del cielo y pudiera verle.

—Muy bien —dijo el doctor, dejando su pipa y poniéndose trabajosamente en pie

—. Iré a verlo.

—Yo también debo venir —afirmó Nicolo.

—No. Debo estar a solas con él.

—Yo vendré también.

El ridículo mocoso había puesto su mano derecha en el pomo de la daga curvada, que llevaba siempre en su faja escarlata, y el doctor estuvo a punto de reírse.

—Si insistes…, pero tendrás que salir del cuarto cuando le atienda.

—¿Por qué?

—Porque —dijo el doctor, sabiendo que su excusa convencería perfectamente al chico, aunque al *milord anglais* del interior le habría hecho salir corriendo en busca de sus pistolas— la medicina es magia, y la presencia de una tercera alma en el cuarto puede convertir las brujerías que curan en hechicerías malignas.

El chico pareció algo resentido, pero acabó murmurando un de acuerdo.

—Entonces, vamos.

Entraron en la casa y tras cruzar la sala llegaron a la habitación sin puerta del final; aunque los muros de piedra habían mantenido fresca la atmósfera del interior, el joven que yacía en el angosto lecho de armazón metálica estaba cubierto de sudor y su rizada cabellera negra se pegaba a su frente. Tal y como le había dicho Nicolo, no paraba de moverse y aunque tenía los ojos cerrados fruncía el ceño y murmuraba algo ininteligible.

—Ahora debes irte —le dijo el doctor al chico.

Nicolo fue hacia el umbral, pero se detuvo para contemplar con desconfianza los objetos que había sobre la mesilla de noche; una lanceta, un cuenco, líquidos de colores en botellitas de cristal y un aro metálico en el cual había insertada una cuenta de madera.

—Una cosa antes de que me vaya —dijo—. Mucha gente a la que ha tratado de esta fiebre acabó muriendo. El lunes ese inglés, George Watson, se le escapó de entre los dedos. El *padrone* —señaló al hombre de la cama— dice que usted es un *pericolo*…, un peligro mayor que la propia fiebre. Y por ello le digo…, le digo que si también él es uno de sus fracasos, entonces le seguirá al reino de la muerte ese mismo día. ¿*Capisce*?

En el viejo y arrugado rostro del doctor la diversión luchaba con el enfado.

—Déjanos solos, Nicolo.

—Tenga mucho cuidado, doctor Romanelli —dijo Nicolo.

Luego se dio la vuelta y se marchó.

El doctor llenó un vaso con el agua de un jofaina que había sobre la mesa, y luego cogió de una bolsita que llevaba en la cintura unos puñados de hierbas resecas, las metió en el vaso y removió con el índice. Después pasó el brazo por los hombros del joven que deliraba y, medio incorporándole en la cama, alzó el vaso hasta sus labios

que no cesaban de murmurar.

—Bebed, milord —dijo en voz baja, inclinando el vaso. El enfermo bebió sin oponer resistencia, aunque con el ceño fruncido, y cuando el doctor Romanelli apartó el vaso, ahora vacío, tosió y meneó la cabeza como un gato que acaba de percibir un olor desagradable—. Sí, milord, ¿verdad que es amargo? Tuve que tomar un vaso igual hace ocho años y todavía recuerdo el sabor.

El doctor se puso en pie y fue rápidamente hacia la mesa, pues ahora cada segundo era importante. Romanelli prendió con su yesquero unas pajas que había en un platito, y una vez obtenida la llama, sostuvo sobre ella su vela especial hasta que en el pábilo se encendió una aureola de fuego. Después la colocó de nuevo en su soporte y la contempló con cierta ansiedad. La llama no iba hacia lo alto como habría ocurrido con cualquier vela normal, sino que se extendía por un igual en todas direcciones formando una esfera semejante a un diminuto sol amarillo, y su calor iba tanto hacia arriba como hacia abajo, proyectando pequeñas olas de aire caldeado, que hacían removerse los jeroglíficos del soporte, como caballos de carreras esperando su partida.

Y ahora…, ¡si su ka de Londres estaba haciendo correctamente su parte!

Miró la llama y dijo:

—¿Romany?

Una voz casi inaudible le respondió desde la llama.

—Todo listo aquí. La bañera de maná está bien y la temperatura es la adecuada.

—Bien, eso espero. ¿Está listo el camino para él?

—Sí. Se ha pedido audiencia con el rey Jorge y han dado permiso hace unos días.

—Muy bien. Entonces, pongamos en marcha el canal.

Romanelli se volvió hacia el aro metálico, que estaba firmemente unido a un bloque de madera muy resistente, y lo golpeó con una varilla también metálica. El golpe produjo una prolongada nota musical, que un segundo después fue contestada por otra nota idéntica en el interior de la llama.

Pero el tono de la respuesta no le pareció del todo igual, así que hizo subir la cuenta de madera un par de centímetros por el aro y volvió a golpear; esta vez las dos notas fueron totalmente iguales, y por un instante la bola de fuego pareció desaparecer, aunque ardió de nuevo con normalidad al apagarse los dos sonidos musicales.

—Creo que ya lo hemos conseguido —dijo con voz tensa—. Ahora, repitamos.

Las dos notas, una producida en Londres y la otra en Grecia, sonaron de nuevo sin que fuera posible distinguirlas, y la llama se convirtió en una diminuta esfera de tenue claridad grisácea; y cuando el metal del aro todavía vibraba por el golpe, Romanelli movió con cautela la cuenta de madera, haciéndola subir un milímetro por el aro. Las notas eran totalmente iguales, y allí donde antes ardía la llama se veía

ahora un agujero en el aire, a través del cual podía distinguirse un suelo cubierto de polvo. Mientras las dos notas se desvanecían en el silencio, la extraña llama esférica apareció de nuevo.

—Lo tengo —dijo Romanelli con voz nerviosa—. Pude ver bien a través del agujero. Golpea de nuevo cuando yo te lo diga y lo mandaré.

Cogió un plato y luego, acercándose al hombre inconsciente del lecho, alzó una de sus fláccidas manos, hizo un corte en un dedo con su lanceta y recogió las gotas de sangre en el plato. Cuando tuvo un par de cucharadas de sangre en el plato dejó caer su mano nuevamente en el lecho y se volvió hacia la vela.

—¡Ahora! —dijo, golpeando el aro con su varilla. Una vez más la nota tuvo respuesta y, cuando la llama se convirtió de nuevo en un agujero, dejó caer la varilla, metió los dedos en el plato con la sangre y, agitándolos, envió por el agujero una docena de gotas rojizas —¿Ha llegado? —preguntó, preparado para repetirlo todo si fuera necesario.

—Sí —respondió la voz desde el otro lado, mientras las notas se desvanecían y la llama ardía de nuevo—. Cuatro gotas justo en la bañera.

—Excelente. Morirá apenas me entere de que todo ha salido bien.

Romanelli se inclinó hacia adelante y apagó la vela de un soplido.

Luego tomó asiento y contempló pensativamente el inquieto sueño del joven. Encontrarle había sido todo un golpe de suerte; era perfecto para sus propósitos. Un par del reino, pero con una historia personal oscura, y en más de un momento cercana a la pobreza y, quizá debido a su defecto físico, tímido e introvertido, con pocos amigos. Durante sus días en Harrow había publicado una sátira que ofendió a un gran número de personas influyentes de Inglaterra, incluyendo a su mecenas, lord Carlisle, con lo que todos estarían dispuestos a creer en el tremendo crimen que Romanelli y su ka inglés harían ver que había cometido.

—El doctor Romany y yo te sacaremos de la oscuridad —dijo en voz casi inaudible Romanelli—. Haremos famoso tu nombre, lord Byron.

Bajo la notablemente plácida sonrisa de la cabeza de Teobaldo, que había sido colocada en una hornacina del muro, el payaso Horrabin y el doctor Romany permanecían inmóviles ante una bañera llena de maná, que relucía débilmente; en su interior se veían las gotas de sangre, ahora negra y solidificada, hundidas en medio del maná, que empezaban a producir una fina red de hebras que se unían rápidamente entre sí.

—En doce horas ya se le podrá reconocer como un hombre —dijo Romany, tan inmóvil que ni siquiera sus zapatos con suelas de resortes le hacían balancearse como de costumbre—. Dentro de veinticuatro horas debería ser capaz de hablar con nosotros.

Horrabin se agitó levemente sobre sus zancos.

—Un auténtico lord británico —dijo con voz pensativa—. El Castillo de las Ratas ha tenido muchos visitantes distinguidos, pero el joven Byron, aquí presente, será el primer par del reino.

Aun a pesar del maquillaje, Romany pudo ver su sonrisa burlona. El doctor Romany también sonrió.

—Te he introducido en los círculos más elevados.

Hubo un silencio que duró unos segundos y luego el payaso, con voz algo quejosa, le miró y dijo:

—¿Debemos poner en práctica el proyecto mañana por la noche, sin haber dormido nada? Necesito pasar diez horas en mi hamaca o tengo unos terribles dolores de espalda y, desde que mi maldito padre —movió la mano hacia su cabeza cercenada — me hizo caer al suelo, el dolor se ha hecho dos veces más fuerte.

—Lo haremos por turnos y dormiremos cuatro horas de cada ocho —le recordó con cierto cansancio el doctor Romany—. Eso debería bastar para mantenerte con vida. sería mejor que tuvieras compasión de él —añadió, indicando con la cabeza la bañera llena de maná—. Durante todo ese tiempo estará despierto y aguantará los gritos.

Horrabin suspiró.

—Entonces, ¿acabaremos pasado mañana?

—Probablemente hacia la tarde. Antes nos ocuparemos de él por turnos durante toda la noche de mañana y el día siguiente; supongo que hacia la tarde ya no le quedará ni pizca de voluntad propia, y después de haberle paseado por ahí durante dos días, le daremos sus instrucciones, esa pistola en miniatura y le soltaremos. Después de eso, mis gitanos y tus mendigos se pondrán en acción y, más o menos una hora después, mi hombre del Tesoro anunciar que una quinta parte de todos los soberanos de oro existentes en el país son falsos, en tanto que otros se ocuparán del Banco de Inglaterra. Y para cuando nuestro joven Byron se haya encargado de su truco, ¡el país entero se habrá puesto de rodillas! Si Napoleón no se encuentra en Londres para la Navidad me llevare una gran sorpresa.

Sonrió con satisfacción.

Horrabin seguía removiéndose sobre sus zancos.

—¿Estás…, estás seguro de que eso representará una mejora? No me importa darle una buena zurra al país, pero sigo sin estar muy convencido de que sea inteligente acabar con él.

—Los franceses son fáciles de manejar —dijo Romany—. Lo sé…, he tratado con ellos en El Cairo.

—Ah. —Horrabin se dirigió hacia la puerta, pero se detuvo antes para contemplar el interior de la bañera y las hebras rojizas que empezaban a formar el contorno de un esqueleto humano—. Imagínate, nacer de una bañera llena de barro sucio…

Agitando su cabeza, que hacía pensar en una tienda de feria, abandonó la habitación.

El doctor Romany, ahora solo, se volvió hacia la bañera llena de sustancia brillante.

—Oh —dijo en voz baja—, hay cosas peores, Horrabin. Dentro de un mes podrás decirme si ya has sido capaz de averiguar en qué consisten.

En la mañana del martes veinticinco de septiembre, Doyle contemplaba la hilera de frascos de la Tienda de Tabacos Wassard, intentando descubrir algo que se pudiera fumar en aquellos días en que aún no se conocían los humidores y el tabaco turco superior, mientras, poco a poco, se iba dando cuenta de la conversación que se mantenía a su lado.

—Pues claro que es un lord genuino —dijo uno de los comerciantes de mediana edad que había en la tienda—. Está borracho como una cuba ¿no?

Su compañero rió levemente, pero no parecía del todo convencido.

—No sé, no sé. parecía más bien enfermo, o quizá… loco, eso es.

—Lo cierto es que sabe vestirse.

—Sí, a eso me refiero; es como un actor vestido para interpretar a todo un lord, metido en una función de saltimbanquis. —Meneó la cabeza—. Si no fuera por todos esos soberanos de oro que anda repartiendo a su alrededor pensarla que es…, no sé, algún tipo de truco para llamar la atención sobre algún espectáculo. Dices que has oído hablar de ese lord…, ¿cómo se llama, Brian?

—Byron. Sí, escribió una obrita en la que se burlaba de todos los poetas modernos, incluido Little, por el que siento debilidad. Ese Byron es uno de los nuevos «universitarios», ya los conoces…

—Ya; jóvenes bastardos que siempre andan con muchos humos.

—Exacto. ¿Te fijaste en su bigote?

Doyle, atónito, se acercó a ellos.

—Disculpen, pero ¿están diciendo que han visto recientemente a lord Byron?

—Cierto, amigo, nosotros y la mitad del distrito de los negocios. Estaba sentado en La Pérgola de Gimli, en la calle Lombard, vergonzosamente borracho… o fuera de sus cabales —añadió, mirando a su compañero—, y les estaba pagando a los clientes una ronda de bebidas tras otra.

Quizá tenga tiempo de ir allí y tomarme algo —dijo Doyle sonriendo—. ¿Lleva alguno de ustedes reloj?

Uno de los hombres sacó un reloj de oro del bolsillo de su chaleco y lo examinó.

—Las diez y media.

—Gracias.

Doyle salió a toda prisa de la tienda.

«Aún falta hora y media para mi encuentro con Benner —pensó—. Tengo tiempo suficiente para ver a ese impostor que pretende ser Byron y enterarme de qué tipo de fraude está planeando.»

Mientras caminaba pensó que Byron era una buena identidad para un estafador, pues el auténtico Byron seguía siendo bastante desconocido en mil ochocientos diez; sólo la publicación de *Las peregrinaciones de Childe Harold*, dentro de dos años, le haría famoso, y el hombre de la calle ignoraba que en esos momentos Byron se encontraba haciendo turismo por Grecia y Turquía. Pero ¿qué clase de estafa podía ser tan colosal, como para que justificara el «ir repartiendo» soberanos de oro a diestra y siniestra sólo como preparativo?

Fue en dirección sur hasta la calle Lombard, y no tuvo dificultad alguna en localizar la taberna; en su entrada había un considerable grupo de gente. Doyle fue hacia allí e intentó ver algo por encima de las cabezas del gentío.

—No empuje, amigo —gruñó un hombre bastante gordo al verle—. Tendrá que esperar su turno, como todos.

Doyle se disculpó y fue hacia una de las ventanas; pegó la nariz al cristal, ahuecando las manos alrededor, y trató de ver algo.

La taberna estaba a rebosar y durante medio minuto todo lo que Doyle pudo ver fue a gente que gritaba y parecía muy ocupada vaciando sus vasos o agitándolos, ya vacíos, ante camareros desbordados de trabajo. Entonces hubo una brecha momentánea en el tumulto, y vio a un joven de oscura y rizada cabellera, que fue cojeando hasta el mostrador y, sonriendo, dejó caer un montón de monedas sobre la pulida madera. Su gesto hizo que la multitud lanzara tal grito que Doyle pudo oírlo perfectamente, pese al grueso del cristal, y el joven se perdió nuevamente tras un mar de brazos que se agitaban.

Doyle se abrió paso nuevamente hacia la calle y se apoyó en el poste de un farol. Aunque en la superficie su mente estaba tranquila, podía sentir cómo en sus entrañas se iba extendiendo una presión helada, y supo que cuando aquella ola de frío irrumpiera en su conciencia, como un submarino que emerge del agua, podría reconocerla fácilmente como pánico. Intentó calmarse, meditando muy despacio en lo que había visto.

«Byron está en algún lugar de Grecia o Turquía —se dijo con toda firmeza—, y el que ese tipo se parezca tan condenadamente a todos los retratos que he visto de él, no es más que una coincidencia. Y una de dos, o este impostor resulta que también es cojo, o ha estudiado tan concienzudamente a su modelo que no ha pasado por alto el detalle de imitar la cojera de Byron…, aunque prácticamente nadie en mil ochocientos diez prestaría demasiada atención a tal detalle. Pero ¿cómo explicar el bigote? Byron se dejó crecer el bigote en el extranjero, es algo que pude ver en el retrato de Phillips, pero, aunque un impostor hubiera podido enterarse de ello,

resultaba bastante difícil que decidiera valerse de tal bigote para engañar a gente que, si había visto al Byron original, le había visto siempre afeitado. Y si el bigote es sólo un descuido, algo que el impostor no sabía que Byron no llevaba durante sus últimos días en Inglaterra, ¿entonces a qué se debla el toque final de la cojera?»

El pánico o lo que fuera seguía creciendo.

«¿Y si es Byron —pensó—, y si no está en Grecia, tal y como afirma la historia? ¿Qué diablos está pasando? Ashbless debla estar aquí, pero no ha llegado y Byron no debla estar aquí, pero sí está. ¿Acaso Darrow nos metió en un mil ochocientos diez alternativo, un año a partir del cual la historia va a desarrollarse de un modo distinto al que conocemos?»

Empezaba a sentirse mareado y le alegró tener el apoyo del farol, pero sabía muy bien que no le quedaba más remedio que entrar en esa taberna y averiguar si ese joven era o no el auténtico Byron. Con un esfuerzo se apartó del farol y avanzó un par de pasos, pero se detuvo al darse cuenta de que el miedo que sentía en su interior, cada vez más fuerte, era demasiado primario e incontenible para ser causado por algo tan abstracto como la pregunta de en qué ramal del tiempo se encontraba. Algo le estaba ocurriendo, algo que su mente consciente era incapaz de percibir, pero que estaba haciendo agitarse su parte subconsciente igual que una bomba removerla el agua de un pozo si explotara en el fondo.

La multitud y el edificio que tenía delante perdieron de pronto todo su relieve y casi todas sus tonalidades de color, de tal modo que le pareció estar contemplando una pintura impresionista, una escena en la que sólo se hubieran utilizado marrones y amarillos.

«Alguien ha bajado el volumen de golpe», pensó aturdido

Unos instantes antes de que la luz y el sonido se desvanecieran por completo y su mente, sin ningún soporte al que aferrarse, cayera en la inconsciencia, como el cuerpo de un hombre que se desploma por la trampilla del cadalso, tuvo el tiempo suficiente para preguntarse si eso era lo que uno sentía al morir.

A veces saltando, pero más a menudo arrastrándose sobre un pie y las dos manos; como una cucaracha a la que han pisoteado sin matar del todo, pues su pierna izquierda había desarrollado una nueva y dolorosa articulación, Doyle avanzó jadeando y sintiendo fuertes deseos de vomitar a lo largo del asfalto mojado por la lluvia, sin ni tan siquiera ver cómo los coches oscilaban violentamente ante él, por efecto de los frenos pisados violentamente, y sin enterarse de los chirridos de los neumáticos torturados.

Distinguió una silueta inmóvil tendida en la gravilla, con aquel aspecto desordenado que adquieren los objetos arrojados violentamente cuando ya no tienen ninguna utilidad, y aunque se estaba arrastrando agónicamente hacia la silueta para

ver si se encontraba bien, sabía que no era así, pues ya había vivido todo aquello una vez en la vida real y varias veces en sus sueños. Su mente ardía a causa de la ansiedad, el miedo y la esperanza pero, al mismo tiempo, sabía perfectamente lo que iba a encontrar.

Pero esta vez todo sucedió de un modo distinto. En vez de la confusa mezcla de sangre, huesos y fragmentos multicolores del casco que tan bien recordaba, esparcida sobre el cemento y el pilar de la autopista, la cabeza de la silueta hacia la cual se arrastraba seguía intacta y unida a los hombros. Y el rostro no era el de Becky…, era Jacky, el joven vagabundo.

Retrocedió un poco, sorprendido, y entonces vio, pero sin que ello la causara la menor sorpresa, y aunque era incapaz de explicar a qué se debla tal falta de sobresalto, que no se encontraba en la autopista. estaba en una pequeña habitación, con una ventana desprovista de cristales en donde se agitaban lentamente unas cortinas muy sucias. La ventana cambiaba continuamente de forma; a veces era redonda, hinchándose y contrayéndose como un extraño esfínter arquitectónico, desde el tamaño de una mirilla empotrada en una puerta hasta el del rosetón que había en la catedral de Chartres, mientras que otras veces decidla caprichosamente adoptar un contorno rectangular. También el suelo parecía indeciso; en un instante dado se hinchaba de tal forma que le obligaba a encogerse para no golpear el techo, y un segundo después se desplomaba como un trampolín que hubiera perdido toda voluntad de seguir erguido, dejándole en el fondo de un pozo, desde el que tenía que levantar la vista para seguir contemplando la ventana y su peculiar danza del vientre. Desde luego, debla reconocer que era una habitación muy entretenida.

Sentía la boca entumecida y aunque el dentista, que llevaba puestas dos máscaras de cirujano, por lo que Doyle sólo podía ver sus ojos relucientes, le había ordenado que no se la tocara, Doyle se llevó disimuladamente una mano cubierta de vello a los labios y le aterró el vivo color rojo de la sangre tiñendo su vello dorado. «Vaya dentista», pensó, y aunque con un esfuerzo de voluntad logró abandonar aquella visión para volver al pequeño cuarto, aún llevaba los guantes cubiertos de vello y la boca le seguía sangrando en abundancia. Encogió el cuerpo, luchando contra otra punzada de dolor en el estómago, y la sangre manchó el plato, el cuchillo y el tenedor que alguien había dejado en el suelo.

Le enfureció ver que, fuera quien fuese, no era capaz ni de recoger sus platos sucios, pero entonces recordó que estaba contemplando los restos de su propia cena. ¿Sería ella la causante de su entumecimiento y del continuo flujo de sangre? ¿Habría pedazos de cristal en lo que había comido? Cogió el tenedor y removió los restos de comida que aún quedaban en el plato, temiendo ver algún destello escondido, pero después de unos instantes llegó a la conclusión de que no había ningún cristal.

De todos modos, ¿qué era esa comida? olía vagamente a curry pero, al parecer,

era una especie de estofado hecho de hojas y algo que se parecía a los kiwis, pero era más pequeño, más duro y estaba cubierto de pelitos. Su mente empezó a divagar, intentando encontrar una rima que combinara adecuadamente las palabras curry y kiwi, moviéndose en un ruidoso circuito sin final, que hacía pensar en una moneda atascada en un aspirador; la evidente relación existente entre las dos palabras había cautivado su atención y le impedía pensar en nada más. Una eternidad después logró apartar su mente de la rima, y sufrió un instante de gélida lucidez al reconocer la fruta exótica que estaba en el plato. La había visto antes, en los Jardines Foster de Nuuanu, en Hawai, colgando de un gran árbol cuyo nombre científico todavía recordaba: *Strychnos Nux Vomica*, la fuente natural más rica en estricnina que existe.

Había estado comiendo estricnina casi pura.

El agua tenía un olor terrible, que hacía pensar en un charco de marea atrapada en la playa, lleno de peces muertos desde hacía varios días, y algas en avanzado estado de putrefacción, pero la calzada estaba llena de gente alegre que se paseaba con trajes de baño multicolores, y a Doyle le alegró bastante ver que en el Yoho Snack Stand no había cola. Se acercó a la angosta ventana y golpeó con su moneda el mostrador de madera para atraer la atención del camarero. Éste se volvió y Doyle quedó muy sorprendido al ver que era J. Cochran Darrow con un delantal y un gorro blanco de papel. Al final lo ha perdido todo, comprendió Doyle con tristeza, y ahora no le queda más remedio que encargarse de un maldito puesto de helados y bocadillos congelados.

—Tomaré un… —empezó a decir Doyle.

—Hoy sólo servimos batidos de carbono activado —le interrumpió Darrow, inclinando la cabeza para verle mejor—. Ya se lo había dicho, Doyle.

—Oh, claro. Entonces, uno de ésos.

—Tendrá que hacérselo usted mismo. Tengo que coger un bote que va a hundirse dentro de diez minutos.

Darrow extendió la mano por la ventanilla y cogió a Doyle por el cuello. De un potente tirón le arrastró hacia él, hasta que el marco de la ventanilla chocó con sus hombros.

Dentro no había luz y una nube de cenizas, que flotaba en el aire, hizo toser a Doyle. Logró soltarse y cayó al suelo, viendo que había metido la cabeza en la minúscula chimenea del cuarto.

«Dios mío —pensó— estoy teniendo una alucinación detrás de otra… ¿Es que la estricnina te hace delirar o qué? ¿Ser posible que haya logrado consumir dos venenos distintos? Pero Darrow estaba en lo cierto. Lo que ahora necesito es una buena dosis de carbono, en la forma que sea… y rápido.»

Recordó haber leído sobre un tipo que se tomó una dosis diez veces fatal de estricnina, y que logró expulsarla mediante polvo de grafito, sin tener que sufrir

ningún efecto demasiado grave después. ¿Cómo se llamaba? Touery, eso era.

«¿Dónde voy a conseguir yo un poco? Siempre puedo llamar al servicio de habitaciones y pedirles que me suban unos quinientos cartones de esos cigarrillos que tienen el filtro de carbono activado… Un momento —pensó—, justo delante tengo una buena cantidad; todos esos montones de madera quemada en la chimenea. Puede que no esté activado, pero seguirá teniendo miles de millones de poros microscópicos… para absorberte mejor, mi querida estricnina.»

Tras unos instantes de búsqueda halló un cuenco y una estatuilla de algún dios egipcio, que tenía cabeza de perro, y los utilizó a modo de almirez y mortero para pulverizar los negros pedazos de madera incinerada. Mientras iba haciéndolo se dio cuenta de que tanto sus manos como sus antebrazos parecían haber desarrollado una espesa capa de vello dorado, y decidió atribuir el fenómeno, con cierto nerviosismo, a sus alucinaciones.

Mientras tanto, otra posible explicación del fenómeno aguardaba, pacientemente, a ser tomada en cuenta en lo más hondo de su mente.

Y la sangre fluía constantemente de su boca, cayendo de vez en cuando sobre el montón de polvo negro, aunque le parecía que el flujo había disminuido un poco; y en ese momento tenía cosas mucho más importantes de las cuales preocuparse. Mientras iba fabricando el polvo negro se preguntó cómo diablos se suponla que iba a consumirlo…

Empezó tragándose todos los pedazos que tenían el tamaño aproximado de comprimidos y luego, usando el agua que había en una jofaina del rincón, hizo bolitas con el polvo negro y logró tragarse varias docenas.

Mezclado con algo de agua, el polvo resultaba bastante maleable y unos minutos después dejó de consumirlo y empezó a usarlo para fabricar una figurilla con forma humana. Le sorprendió su habilidad y decidió conseguir, a la primera oportunidad que se le presentara, algo de arcilla para empezar una nueva existencia como escultor; se había limitado a moldear durante unos segundos las extremidades entre sus dedos antes de unirlas al tronco, pero al hacerlo se dio cuenta de que tanto el grosor de los distintos músculos como los ángulos de la rodilla y el codo eran impecables, y los rápidos arañazos que había hecho con la uña en la parte delantera de la cabeza habían logrado crear, sin que supiera muy bien cómo, un rostro parecido al Adán dibujado por Miguel Ángel en el techo de la Capilla Sixtina. Tendría que conservar esa estatuilla; en algún tiempo futuro sería exhibida reverentemente en el Louvre, o en algún lugar parecido, como la Primera obra de Doyle.

Pero ¿cómo había podido pensar ni por un segundo que ese rostro se parecía al de Adán? No, era el rostro de un viejo, de un hombre espantosamente anciano… Y los miembros estaban retorcidos y secos, como los gusanos muertos que se pueden encontrar en la acera un día de lluvia, cuando el sol aparece por fin entre las nubes.

Aterrado, se disponla a destruir su obra cuando la estatuilla abrió de pronto los ojos y le sonrió ampliamente.

—¡Ah, Doyle! —graznó con voz ronca—. ¡Tenemos muchas cosas que discutir!

Doyle lanzó un grito y retrocedió a rastras por el suelo, alejándose de aquel horrible objeto que le sonreía. Le costó un poco hacerlo, pues el suelo del cuarto había empezado nuevamente con sus trucos de subir y bajar. oyó un lento tronar que venla de lejos y, cuando enormes gotas de ácido empezaron a formarse en las paredes y, una vez rota su tensión superficial, resbalaron hacia él, se dio cuenta demasiado tarde de que la casa era un organismo vivo y que estaba a punto de digerirlo.

Despertó tendido en el suelo, exhausto y deprimido, contemplando sin el menor interés las gotas de sangre seca que parecían flotar ante sus ojos. Le dolía la lengua como si fuera una muela infectada, pero no le pareció que ese dolor fuera demasiado grave o apremiante. sabía que había logrado sobrevivir al envenenamiento y las alucinaciones, y también sabía que, con el tiempo, acabaría alegrándose de ello.

Le escocía el rostro y alzó la mano para rascarse… y se quedó inmóvil con la mano a mitad de trayecto. Aunque las alucinaciones habían desaparecido, su mano seguía cubierta por un vello dorado.

Y bastó un segundo para que esa explicación, oculta en lo más hondo de su mente, se le impusiera con una fuerza innegable, convenciéndole de que era la única posible. Su depresión aumentó un poco, pues significaba aún más trabajo una vez reuniera las energías necesarias para levantarse y empezar la dura labor de ocuparse de las cosas reales. Se tocó el rostro, meramente para confirmar lo que ya sabía. Sí, tal y como había sospechado, también su rostro estaba cubierto de vello. «Justo lo que necesitaba», pensó con amargura.

Obviamente, se encontraba en el último cuerpo desechado por Cara-de-Perro Joe, y ahora Joe se encontraba sólo Dios sabía dónde, con el cuerpo de Doyle.

«¿Y de quién puede ser el cuerpo en el que estoy metido? Naturalmente, el de Steerforth Benner.»

Benner mencionó que había comido con el viejo Joe hacía una semana, y Joe debió de darle alguna mezcla de hierbas alquímicas capaz de aflojar los tornillos que sujetan el alma de la gente y luego, el sábado, hizo el cambio.

«Por lo tanto —razonó Doyle—, era Cara-de-Perro Joe, con el cuerpo robado de Benner, el que me encontré el sábado en Jonathen's. No me extraña que pareciera algo raro…, como si no fuera él del todo. Y, naturalmente, por esto estaba tan ansioso de que bebiera o comiera algo allí; tenía que darme una dosis de ese brebaje para intercambiar las almas, y cuando no quise tomar nada tuvo que mandarme fuera para buscar a un hombre indudablemente ficticio, para pedir de esta manera una taza de té donde meter sus repugnantes hojas, y luego no paró hasta conseguir que me la

bebiera.»

Pese a su cansada apatía, Doyle se estremeció al ocurrírsele repentinamente que el mono rojo, muerto de un tiro ese día, era el mismísimo Benner, pobre hijo de perra, implacablemente atrapado en el último cuerpo de Cara-de-Perro Joe.

«Y ahora —pensó Doyle— tiene mi cuerpo y está libre para encontrar a Darrow y hacer un trato con él, sin tener que repartir con Benner o conmigo para nada.»

Doyle logró sentarse en el suelo con un gran esfuerzo. Su boca, su nariz y su garganta estaban cubiertas de sangre seca, y notaba un espantoso sabor a óxido; sintiendo algo parecido a una vaga diversión, comprendió que el buen Cara-de-Perro Joe debía darle una larga sesión de mordiscos a su propia lengua antes de abandonar un cuerpo, para asegurarse de que el nuevo inquilino fuera incapaz, en el corto espacio de tiempo necesario para que el veneno hiciera su efecto, de explicar algo que pudiera hacer sospechar a quienes lo encontraran.

Se puso en pie, sintiendo un cierto mareo a causa de su actual estatura, y miró a su alrededor. No le sorprendió demasiado encontrar unas tijeras, una brocha, una navaja de afeitar y una pastilla de jabón grisáceo en un estante junto a la cama; probablemente Cara-de-Perro Joe compraba una navaja nueva cada semana. Había también un espejo en el suelo, y Doyle lo cogió, sintiendo cierta aprensión, para echarse una mirada.

«¡Dios mío! —pensó, tan asustado como atónito—, me parezco al hombre lobo… o a Chewbacca… o al tipo que salía en esa película francesa de *La Bella y la Bestia*… o, no, ya lo tengo, al León Cobarde de Oz.»

Espesas guedejas de vello dorado caían por su mentón y sobresalían en sus mejillas para dar la impresión de unas enormes patillas; el vello se rizaba a lo largo de su nariz hasta unirse a la cascada de lujuriante pelo dorado, que empezaba en los arcos supraciliares para seguir luego, carente de todo freno, ascendiendo por su cabeza y bajando luego hasta cubrirle los hombros. Incluso el cuello y la parte escondida por el mentón se encontraban abundantemente cubiertas de vello.

«Bueno —pensó, cogiendo las tijeras y agarrando con dos dedos un mechón—, no sirve de nada que lo vaya retrasando. Clic. Un puñado de pelos menos; espero que pueda recordar cómo se usan esas navajas de barbero.»

Una hora más tarde se había despejado la frente (vigilando de no eliminarse las cejas), así como su nariz y mejillas; y antes de enfrentarse a la difícil tarea de afeitarse las manos decidió echarse una mirada en el espejo. Apoyó el espejo en la pared, en un ángulo distinto al anterior, retrocedió un par de pasos y lo contempló arqueando la ceja.

Y de pronto sintió un hueco en el pecho, tan profundo, que el acelerado latir de su corazón resonó como los golpes sobre un tambor. Después del asombro inicial empezó a pensar nuevamente, y estuvo a punto de reírse ante la nítida claridad con

que todo encajaba.

«Naturalmente, había ido a la cafetería Jamaica el martes día once, recordó maravillado, y también era cierto que escribió (o, al menos, copió de memoria) Las Doce Horas de la Noche en ese local. Y estuve alojado en los Hospitable Squires de Pancras Lane. Y este cuerpo mató a uno de los Monos Danzarines el sábado, en Jonathen's. Así que, después de todo, no hubo ningún secuestro, ni me encuentro en un mil ochocientos diez alternativo.»

Ya que, desde luego, Doyle había reconocido el rostro en el espejo. Era el rostro de Benner, naturalmente, pero con aquella melena leonina y la barba de profeta del Antiguo Testamento, y las arrugas aún recientes que habían surcado la frente y las mejillas, o la algo extraviada lucidez de sus ojos era también, sin duda alguna, el rostro de William Ashbless.

# Libro II

## Las doce horas de la noche

# 8

*Me dijo que en 1810 me había encontrado, le parecía que en la calle Saint James, pero que pasamos uno junto a otro sin dirigirnos la palabra. Al mencionarlo le dijeron que era imposible, pues en aquellos días yo me encontraba en Turquía. Uno o dos días después le señaló a su hermano una persona que se encontraba en el otro lado de la calle y dijo: Ahí está el hombre al cual tomé por Byron. A ello, su hermano respondió sin perder un segundo: Pero si es Byron y nadie más. Pero no termina aquí el asunto: alguien me vio inscribir mi nombre en la lista de los que deseaban inquirir por la salud del Rey… y luego me vio, aparentemente presa de la locura. Y por lo que he podido precisar, durante ese mismo período, me encontraba en Patrás, sufriendo un grave ataque de fiebre…*

*LORD BYRON (en una carta a John Murray, 6 de octubre de 1820)*

Aunque había sido algo difícil encontrar todos los minúsculos motores y darles cuerda adecuadamente, así como ajustar los conductos de aire alrededor de las innumerables velas ocultas, el *village Bavarois*, tal y como monsieur Diderac había llamado al increíblemente caro juguete, parecía al fin listo para funcionar. Ya sólo se necesitaba encender las velas y accionar el resorte principal, disimulado bajo la forma de un minúsculo tocón, inclinándolo hacia la derecha.

El doctor Romany retrocedió unos centímetros y contempló, al parecer no demasiado satisfecho, el complejo artefacto. «Detestable» Richard quería ponerlo en marcha antes de que llegaran los otros para que su mono pudiera verlo, pero Romany tenía miedo de que un aparato tan abstruso no pudiera funcionar más que una sola vez, por lo que se había negado. Extendió la mano y tocó levemente la cabeza de un diminuto leñador tallado en madera, y lanzó un respingo de pesar al ver que la figurilla avanzaba unos centímetros por el sendero pintado, balanceando un hacha que era tan grande como un palillo, y emitiendo un ruido que hacía pensar en un reloj aclarándose la garganta.

«Que Apep me coma —pensó con inquietud—, si es que lo he roto… Y, de todos modos, ¿por qué debemos rebajarnos a esto? Recuerdo muy bien los tiempos en que los *yags* pedían hermosos juegos de ajedrez, sextantes y telescopios a cambio de sus servicios. Y ahora, ¿qué piden? Condenados juguetes…

»Y nunca se mostraban tan respetuosos como habrían debido —pensó con rencor—, ni siquiera en el pasado…, pero últimamente se habían empezado a comportar de forma claramente grosera.»

Se puso en pie y meneó la cabeza. La tienda estaba llena de incienso y el doctor Romany fue con su peculiar paso oscilante hacia la entrada, apartando la lona para contemplar los brezales de Islington, y guiñó los ojos ante el súbito resplandor.

Al verlos pensó que no muy lejos de allí, hacía ya ocho años, el pobre Amenofis Fikee se había entregado al dios con cabeza de perro que vigilaba las puertas, y perdió casi toda la mente y la totalidad de su magia (con excepción de ese maldito hechizo para cambiar de cuerpo). Después, salió corriendo, con una bala en el vientre y la marca de Anubis creciendo por todo su cuerpo, e inició una nueva trayectoria muy poco distinguida como Cara-de-Perro Joe, el «hombre lobo» con el que todas las madres de Londres amenazaban a los niños traviesos… Y con todo ello, dejó a Romany, un ka que habría debido retirarse hacía ya largo tiempo, al cargo del puesto que había ocupado Fikee…, todo el Reino Unido.

«Bueno —pensó Romany con cierta complacencia—, está claro que el Amo hizo un buen trabajo al crear este ka; no creo que Fikee… ni tan siquiera Romanelli!, hubieran podido desempeñar mejor la tarea de mantener y proteger los intereses del Amo en Inglaterra. Supongo que después de todo esto me retiraré, devolviéndome al maná primordial. Cuando nuestro golpe final de esta semana haya tenido lugar, no sentiré ninguna pena por marcharme; ocho años es demasiado para un ka.

»Lo único que deseo —pensó, frunciendo su ceño de ave rapaz— es poder resolver antes el misterio de ese alarmante y bien instruido grupo de magos que utilizaron las nada seguras puertas de Fikee para viajar. Ése al que logré coger, ese tal Doyle, daba la impresión de que se habría resquebrajado muy satisfactoriamente si hubiera podido tenerle cierto tiempo en mi poder. Me pregunto de dónde pueden haber venido…»

Y, de pronto, arqueó una ceja al comprender que eso no debla de ser tan difícil de averiguar: bastarla con calcular qué otra puerta era practicable en el mismo momento que la de Kensington. Era obvio que debla de tratarse de un caso de puerta doble, una, grande y situada en el presente, con duración bastante prolongada, y otra, pequeña y mucho menos duradera, situada en un lugar distinto. No eran demasiado comunes, y en tales casos siempre decidía mantener bajo observación la puerta grande, pero incluso así se daban de vez en cuando, y ésta era una de tales ocasiones. Resultaría fácil calcular dónde habían embarcado y podría ser una investigación bastante valiosa para legarla a su sucesor.

Se apartó del sol y se instaló ante su mesa, empezando a revisar sus más recientes cálculos sobre la localización de las puertas. Encontró que había una justo el primer día de septiembre y, frunciendo el ceño, empezó a repasar los números.

Unos instantes después se mordió el labio con un gesto de impaciencia y, mojando la pluma en el tintero, tachó toda una hilera de números y empezó trabajosamente a rehacer los cálculos.

—Un ka no deberla trabajar con matemáticas de alto nivel —murmuró—. Ya tuve suerte con acertar en la puerta de Kensington…

Cuando por fin logró una respuesta, sin embargo, contempló los números con el rostro inexpresivo, pues éstos coincidían con los que había tachado antes. No había cometido ningún error y esa noche sólo había un agujero, no dos. El agujero del uno de septiembre no había sido uno de esos infrecuentes casos de agujero doble.

«Entonces —se preguntó—, ¿de dónde han venido?» Y la respuesta le llegó con tal brusquedad que torció el gesto, enfadado consigo mismo por no haberlo adivinado antes.

Estaba claro que la gente de los carruajes había saltado de una puerta a otra, pero… ¿a qué venía dar por sentado que las dos puertas debían existir en el mismo tiempo?

Doyle y sus hechiceros habían llegado al uno de septiembre de mil ochocientos diez desde una época distinta.

«Y si pueden realizar ese truco —pensó Romany cada vez más nervioso—, entonces nosotros podremos hacerlo también. ¡Fikee, puede que después de todo, tu sacrificio no haya sido en vano! Ra y Osiris, lo que podríamos conseguir…, ¿habría acaso algo imposible para nosotros? Saltar hacia el pasado e impedir que los ingleses conquistaran El Cairo… O retroceder aún más para minar el poderío de Inglaterra, de tal modo que al llegar a nuestro siglo ya no tuviera ni la menor importancia como nación… Y pensar que teniendo todo ese poder en sus manos, el grupo de Doyle se limitó a escuchar la conferencia de un poeta… Nosotros sabremos utilizarlo con propósitos mucho mejores.»

Una mueca de lobo apareció en su rostro.

Y luego, mientras extendía la mano para apagar la Vela de Hablar a Distancia, se le ocurrió que su descubrimiento era demasiado grande como para no compartirlo de inmediato. Encendió nuevamente la vela usando su lamparilla de aceite, y cuando la diminuta esfera de fuego floreció una vez más en el pabilo de la vela mágica, la amarillenta claridad ovalada de su lámpara pareció retroceder ante ella.

Dentro de la mínima capacidad de alegría que aún conservaba, más parecida a un reflejo de insecto que a otra cosa, el joven sonriente se alegraba de que el dominio que sobre él poseía el doctor Romany no sólo le hubiera librado de la molesta carga del libre albedrío sino que también hubiera convertido las incomodidades y malestares físicos en una abstracción. Sentía una remota conciencia de que tenía hambre y de que le dolían los pies y, aún mucho más lejos, le parecía notar una voz que aullaba aterrorizada en lo más hondo de su mente, pero el fuego de su conciencia había sido casi extinguido por un diluvio, cuyo fin era utilizar el vapor resultante para mover una máquina imposible de imaginar; las pocas ascuas que aún relucían eran

incapaces de sentir nada, salvo una especie de anestesiada satisfacción al ver que, aparentemente, la máquina funcionaba.

Igual que el cochero, al cual se le ha instruido para que dé vueltas y vueltas alrededor de un edificio hasta que su cliente, listo por fin, salga del coche para llamarle con una seña, el joven sonriente empezó nuevamente con la primera línea de la página que había memorizado.

—Buenos días, buen hombre —dijo—. Soy lord Byron. ¿Puedo invitarle a una pinta? —El joven, que siempre sonreía, no llegó a oír realmente la respuesta del hombre, tan ahogada como si hubiera sonado detrás de un tabique muy grueso y distante, pero alguna parte de su cerebro, o quizá de la máquina, consiguió identificarla y eligió la réplica número tres—. Ciertamente, amigo mío…, el sexto barón Byron de Rochdale. Heredé el título en mil setecientos noventa y ocho, cuando tenía diez años. Si está preguntándose, por ventura, sobre la razón de que un par del reino se encuentre en un sitio como éste, bebiendo con los trabajadores…, pues bien, se debe a que pienso que son los trabajadores quienes forman este país y no los lores o la realeza. Yo diría… —A eso siguió la habitual interrupción, que exigía la réplica número uno—: ¡Posadero! ¡Una pinta de lo que desee beber este caballero! —La mano del joven, como un instrumento de alta precisión, sacó una moneda del bolsillo de su chaleco y la dejó caer sobre la superficie plana más próxima, mientras sus labios reanudaban la réplica número tres, exactamente donde antes la había interrumpido—. ¡diría que esos hombres que nos gobiernan sólo por haber nacido en un vientre determinado deberían irse al infierno! Digo que el rey, y usted, o yo no somos mejores que los demás, y no me parece justo que algunos coman en cubertería de plata y no trabajen ni un solo día de sus vidas, mientras que otros, tan buenos como ellos, deben romperse la espalda trabajando duramente cada día, sin poder probar carne más que una vez a la semana. Los americanos han logrado desembarazarse de una sociedad tan artificial, los franceses lo intentaron y yo digo que nosotros deberíamos…

De pronto, se dio cuenta de que el hombre ante el que había estado pronunciando su discurso ya no estaba. ¿Cuándo se habría marchado? No importaba… otro vendría dentro de poco. Se reclinó nuevamente en la silla, y su vacua sonrisa volvió a su rostro, como un pez muerto que flota en la superficie de una charca estancada.

Después de cierto tiempo, cobró conciencia de que había alguien sentado junto a él y se puso nuevamente en marcha.

—Buenos días, buen hombre. Soy lord Byron. ¿Puedo invitarle a una pinta?

Le respondieron con una de las frases que ya le habían enseñado y, con despreocupada tranquilidad, escogió la réplica número ocho.

—Sí, amigo mío, estuve viajando por el extranjero hasta hace muy poco. Tuve que regresar al hogar, debido a unas fiebres cerebrales que de vez en cuando aún

siguen nublando mi entendimiento. Por favor, disculpe la inseguridad con que me aflige esta reciente enfermedad… ¿acaso nos conocemos?

Tras una larga pausa, durante la cual el joven sonriente fue vagamente consciente de una lejana preocupación en lo más hondo de su mente, llegó la respuesta, negativa, y ya más tranquilo siguió hablando.

—Si está preguntándose, por ventura, sobre la razón de que un par del reino se encuentre en un sitio como éste, bebiendo con los trabajadores…

El recién llegado interrumpió su discurso con una pregunta que, para su repentino terror, oyó con toda claridad.

—¿Qué tal le van *Las peregrinaciones de Childe Harold*? —dijo el desconocido —. Oh, lo siento, en este momento deben de ser todavía *Las peregrinaciones de Childe Buron*, ¿verdad? Ah, sí… «Y en la isla de Albión moraba un joven, que en ningún camino de la virtud hallaba deleite.» ¿Cómo sigue a partir de ahí?

Fuera por la razón que fuese, esas frases tuvieron sobre el joven el mismo efecto que un cubo de agua helada y, al mismo tiempo que le obligaban a oír con claridad, también le despejaron la vista; lo que le rodeaba pasó repentinamente de ser un cómodo manchón borroso a una horrible claridad de foco y, por primera vez en cuatro días, distinguió un rostro.

Y el rostro del hombre que le había dirigido la palabra era ciertamente de los que atraen la atención: sobre unos hombros de anchura impresionante, y un cuello donde abultaban los músculos, rodeado por una abundante melena dorada, se distinguía el rostro surcado de arrugas y los ojos medio enloquecidos de un hombre que poseía secretos fabulosos y difíciles de soportar.

El joven, que ya no sonreía, supo de modo instintivo que en su entrenamiento se le habían dado instrucciones precisas para una situación como ésta.

«Si de pronto las cosas se hacen más cercanas y se oyen mejor —le había dicho repetidamente Romany—, y si pierdes el velo protector de mi guía, vuelve sin perder ni un segundo al campamento, antes de que la gente de la calle te haga pedazos como a un perro lisiado en una arena de apuestas…»

Pero las palabras del hombre barbudo habían puesto en marcha algo más, algo más importante que la orden de Romany. Byron oyó su voz, casi sin reconocerla:

—«Y pasaba sus días en indecentes placeres y con su risa ofendía al soñoliento oído de la noche.» —Un enjambre de recuerdos punzantes pareció liberarse de pronto por esas frases, que tan familiares le resultaban, y sus picotazos le herían, como la sangre que vuelve a circular nuevamente por un miembro entumecido desde hace mucho tiempo y queda libre de improviso. Recordó de pronto cómo había viajado en el bergantín *Araña*, con Fletcher y Hobhouse…, los albaneses en Tepaleen con sus faldellines blancos y sus capas ribeteadas de oro, con los cintos repletos de dagas y pistolas barrocamente decoradas, las resecas colinas de color amarillo y el profundo

cielo azul de Morea…, y algo sobre unas fiebres y…, ¿un médico? Su cerebro se apartó bruscamente de ese recuerdo concreto y le pareció sentir el ruido de una puerta que se cerraba sobre esas imágenes, pero su voz siguió hablando—. «¡Ah, en verdad que era un desvergonzado, que su alma amarga amaba el placer y la risa blasfema, que alegraba a los malvados y a los hombres de bien aterraba…!»

De pronto fue como si una mano le agarrara por el cuello, y supo que era la del doctor Romany, y en su cráneo resonó nuevamente la orden del calvo anciano: «Vuelve sin perder ni un segundo al campamento».

Se puso en pie, contemplando con asombro a los hombres que bebían en aquella habitación de techo muy bajo y luego, murmurando disculpas, la atravesó a toda prisa y, cojeando, salió por la puerta y se desvaneció en la calle.

Doyle se levantó de un salto, pero aún no se había acostumbrado a su nueva altura y tuvo que agarrarse unos instantes a la mesa para no perder el equilibrio.

«Dios mío —pensó, mientras respiraba hondamente y luego salía tambaleándose en persecución del joven—, es realmente Byron…, conoce los versos de *Childe Harold*, cuando en toda Inglaterra nadie los verá hasta dentro de dos años. Pero ¿qué le ocurre? ¿Y qué le está ocurriendo a la historia? ¿Cómo es posible que se encuentre aquí?»

Llegó con cierta dificultad hasta la puerta y se agarró a la jamba de madera, saliendo luego a la calzada. Distinguió la rizada cabellera de Byron por encima de la multitud, hacia su derecha, y le siguió con penas y trabajos, deseando todo el tiempo que le fuera posible hacer funcionar aquel cuerpo, indiscutiblemente superior al suyo, con la gracia de movimientos que Benner había poseído.

La gente que colmaba la calle parecía más bien ansiosa por no interponerse en el camino de aquel gigante de aspecto leonino y ojos feroces. A la altura de la siguiente taberna logró alcanzar a Byron. le cogió del codo y le obligó a entrar en ella.

—Cerveza para mí y mi amigo —le dijo a la camarera que le miraba con cierta sorpresa, intentando articular lo más claramente posible. «Maldita sea esta lengua medio destrozada» pensó, mientras empujaba al joven, que no se resistía en lo más mínimo, hacia la mesa más próxima y le obligaba a sentarse. Luego se inclinó sobre él con una mano en el respaldo de la silla, con lo que su musculoso brazo imposibilitaba cualquier intento de huida—. —Y ahora —logró gruñir Doyle sin levantar demasiado la voz—, ¿qué sucede? ¿No siente ni la menor curiosidad por averiguar cómo he llegado a conocer esos versos?

—Yo… estoy enfermo, unas fiebres cerebrales —dijo Byron con voz nerviosa, y una sonrisa casi de idiota en contraste con su cada vez más evidente ansiedad—. Debo irme…, por favor, estoy… estoy enfermo.

Las palabras parecían surgir de sus labios una por una, como si estuvieran atadas

a un interminable cordel que Doyle fuera estirando de su garganta a tirones.

Y de pronto Doyle comprendió dónde había visto antes aquella sonrisa de idiota: en los rostros de algunos miembros de sectas, que solían mendigar en los aeropuertos o ante los restaurantes que cerraban muy tarde.

«Que me cuelguen —pensó—. Byron actúa como si le hubieran programado.»

—¿Qué le parece el tiempo de estos últimos días? —le preguntó Doyle.

—Por favor, debo irme. Mi enfermedad…

—¿Qué día es hoy?

—…unas fiebres cerebrales, que siguen nublando mi mente de vez en cuando…

—¿Cómo se llama?

El joven pestañeó lentamente.

—Lord Byron, sexto barón de Rochdale. ¿Puedo invitarle a una pinta?

Doyle se apartó de él y se instaló en la otra silla.

—Sí, gracias —replicó—. Ya viene la camarera.

Byron sacó una moneda de oro del bolsillo y pagó las cervezas, aunque no hizo ningún gesto de tocar la suya.

—Si está preguntándose, por ventura, qué hace un par del reino

—«Pues había corrido por el largo laberinto del pecado, y no hizo acto de contricción alguna al perderse en él…» —lo interrumpió Doyle—. ¿Quién escribió eso?

La sonrisa de Byron volvió a esfumarse y apartó su silla de la mesa, como disponiéndose a huir, pero Doyle se puso en pie para impedírselo.

—¿Quién escribió eso? —repitió.

—Eh… —En la pálida frente de Byron brotaron gotitas de sudor y cuando por fin respondió, lo hizo en un murmullo casi inaudible—. Lo… lo escribí yo.

—¿Cuándo?

—El año pasado, en Tepaleen.

—¿Cuánto tiempo lleva en Inglaterra?

—No lo… ¿cuatro días? Creo que he estado enfermo…

—¿Cómo llegó hasta aquí?

—Que cómo llegué…

Doyle sacudió su hirsuta cabeza.

—Hasta aquí. ¿Un barco? ¿Qué barco fue? ¿Desde el continente?

—¡Oh… oh, claro, volví…! —Byron frunció el ceño—. No puedo recordarlo.

—¿No puede recordarlo? ¿No le parece raro que no pueda recordarlo? ¿Y cómo cree que he llegado a saber esos versos suyos?

—¿Ha leído mi poesía? —le preguntó Byron, sonriendo otra vez con su extraña mueca—. Me halaga saberlo, pero ahora todo eso me parece infantil; ahora persigo la poesía de la acción, la de la espada que sabe golpear donde debe, con preferencia a la

de poner una palabra en su sitio. Tengo por meta asestar el golpe que cercenar…

—Basta —dijo Doyle.

—…las cadenas que nos impiden…

—Basta. oiga, no tengo demasiado tiempo y mi cabeza tampoco está funcionando precisamente con todos sus cilindros, pero su presencia aquí…, necesito saber lo que está haciendo aquí, necesito saber…, oh, demonios, necesito saber montones de cosas. —La voz de Doyle se fue convirtiendo en un murmullo de preocupación; cogió la jarra de cerveza—. Necesito saber si estamos en el auténtico mil ochocientos diez o en un mil ochocientos diez falso…

Byron le contempló durante unos segundos y luego, titubeando, extendió la mano hacia la otra jarra y se la llevó a los labios.

—Me dijo que no bebiera —murmuró.

—Al diablo con él —replicó Doyle, limpiándose la espuma del bigote—. ¿Piensa permitir acaso que le diga cuándo puede beber y cuándo no?

—Al… al diablo con él —repitió Byron, aunque pronunció estas palabras con cierta dificultad. Tomó un largo trago de cerveza, y una vez hubo dejado nuevamente la jarra sobre la mesa sus ojos parecieron algo más despejados—. Al diablo con él.

—¿Quién es él? —le preguntó Doyle.

—¿Quién?

—Maldita sea, el tipo que le ha programado…, lo siento, el tipo que le ha puesto los arneses, las anteojeras y la silla de montar que ahora lleva encima. —Byron frunció el ceño, atónito, y la recién ganada claridad de sus ojos empezó a desvanecerse, por lo que Doyle volvió a hablar nuevamente—. «Buenos días, buen hombre. Soy lord Byron. ¿Puedo invitarle a una pinta? Si está preguntándose, por ventura, qué hace un par del reino en…» ¿quién dijo todo eso?

—Yo.

—Pero, ¿quién se lo dijo primero, quién le obligó a que se lo aprendiera de memoria?

Esas palabras no son suyas, ¿verdad? Intente recordar quién le dijo todo eso.

—No…

—Cierre los ojos. Ahora está oyendo esas palabras, pero las pronuncia una voz diferente. ¿A qué se parece esa voz?

Byron cerró obedientemente los ojos y, tras una prolongada pausa, dijo:

—Es más grave y apagada. Es la voz de un viejo.

—¿Qué está diciendo?

—Milord —y la voz de Byron se hizo una octava más grave al hablar—, esas frases y contestaciones deberían bastar para los dos días siguientes y evitar todo problema. Pero, si de pronto las cosas se hacen más cercanas y se oyen mejor y si pierdes el velo protector de mi guía, vuelve sin perder ni un segundo al campamento,

antes de que la gente de la calle te haga pedazos como a un perro lisiado en una arena de apuestas. Ahora, Richard te llevará a la ciudad en el carro, y te recogerá a las seis de la tarde en la esquina de las calles Fish y Bread. Ya ha llegado Richard; pasa. ¿Listo para la partida? «*Avo, rya*. *Rya*, ese juguete que trajo el *chal* extranjero…, a mi mono le gustaría ver cómo se mueve.» Hablaremos de eso luego, Richard, por favor. Ahora, lleva al caballero a la ciudad. —Byron abrió los ojos y ahora en su rostro había una expresión sorprendida—. Y —añadió, ahora con su propia voz— me encontré en un carro.

Doyle logró mantener el rostro impasible, pero su mente estaba corriendo a toda velocidad.

«Que Dios nos ayude —comprendió—, es Romany otra vez… ¿Qué diablos pretende ese hombre? ¿Qué puede pretender lavándole el cerebro a lord Byron, y luego soltándole por Londres para que haga discursos como si fuera un mecanismo de relojería? Desde luego, se está encargando de que le vean por todas partes…, para encontrarle hoy sólo tuve que seguir los rumores sobre el lord chalado, que paga rondas de cerveza a todo el mundo. ¿Será responsable de que Byron se encuentre ahora en Inglaterra? De todas formas, no me queda más remedio que sacarle la verdad a este pobre diablo…»

—Escúcheme —le dijo—, necesita recobrar algunos recuerdos muy importantes y eso no podemos hacerlo aquí. Tengo una habitación a unas cuantas calles de distancia…, digamos que la he recibido en herencia. La gente que vive ahí no mete nunca las narices en los asuntos de sus vecinos. Vayamos a mi habitación.

Aún algo aturdido, Byron se puso en pie.

—De acuerdo, supongo que ser lo mejor, señor…

Doyle se dispuso a contestarle y luego lanzó un suspiro.

—Oh, diablos… Supongo que puede llamarme William Ashbless… por ahora. Pero que me cuelguen si pienso seguir siendo William Ashbless para siempre. ¿Le parece bien?

Byron se encogió de hombros, indicando con su expresión no haber entendido nada.

—Por mí, estupendo.

Doyle tuvo que recordarle que debía pagar las cervezas y durante el breve trayecto hasta su alojamiento, Byron no paró de contemplar los edificios y las multitudes que iban de un lado a otro.

—Estoy realmente otra vez en Inglaterra —murmuraba.

Sus oscuras cejas se arquearon en un gesto de perplejidad, que no varió durante todo el camino.

Byron seguía con su mirada perpleja cuando llegaron al maltrecho alojamiento de Doyle. Mientras subían por la escalera, varias familias que parecían considerarlas

como sus habitaciones particulares los miraban pasar y escondían celosamente sus feos pedazos de comida. No fue hasta llegar a la antigua habitación de Cara-de-Perro Joe, y ante dos tazas de café calentado en el hogar, que Doyle le vio por vez primera aparentemente consciente de lo que le rodeaba y algo despierto.

—¿Qué día es hoy, señor Ashbless?

—Veamos…, es el día veintiséis de… —La expresión de Byron no había cambiado al oírle, por lo que Doyle, tras sorber cautelosamente un poco de café, añadió—: De septiembre.

—Eso es imposible —afirmó Byron—. Estaba en Grecia…, recuerdo que estaba en Grecia el sábado, que era día… veintidós. —Se removió en su asiento y se agachó para quitarse los zapatos—. Maldita sea, estos zapatos me hacen daño… —empezó a decir y luego cogió un zapato y se lo quedó mirando—. ¿Dónde diablos he podido encontrar yo estos zapatos? No solamente son demasiado pequeños, sino que además su estilo corresponde como mínimo a cien años atrás… ¡Tacones rojos, nada menos, y esas hebillas! Y, en el nombre de Dios, ¿cómo he podido llegar a ponerme semejante levita? —Dejó caer el zapato al suelo y luego miró a Doyle. Cuando habló de nuevo había en su voz una tensión tan contenida, que Doyle comprendió el miedo que sentía—. Por favor, señor Ashbless, dígame cuál es la auténtica fecha de hoy, y todo lo que sepa sobre lo que ha sido de mí desde mi salida de Grecia. Supongo que he estado enfermo, pero ¿por qué no me encuentro con mis amigos o con mi madre?

—Hoy es veintiséis de septiembre —dijo Doyle con lentitud—, y todo lo que sé sobre sus acciones más recientes es que durante los dos últimos días ha estado invitando a beber a medio Londres. Pero sé quién puede explicarle lo que ha estado sucediendo.

—Entonces, vayamos inmediatamente a verle. No puedo soportar este…

—Esa persona está aquí; es usted mismo. No, escúcheme unos segundos…, hace un rato, en la taberna, estaba recordando con toda fidelidad cierta conversación. Veamos… pruebe con «*Avo, rya*». Recuerde cómo oyó decir eso a una voz distinta de la primera voz.

—*Avo, rya* —dijo Byron y su rostro quedó nuevamente en blanco—. «*Avo, rya*. Es muy *kushto* con él. Está claro que ya había manejado armas antes.» Estupendo, Wilbur, aunque no le hará falta ser demasiado hábil; cuando tenga que usarla estará a un metro escaso de él. ¿Crees que puede sacar el arma con la suficiente rapidez? Me gustaría que pudiera llevarla en el bolsillo, pero me temo que incluso un lord deberá someterse a una pequeña inspección antes de acceder a la presencia del rey. «Oh, *avo, rya*, la pequeña funda que lleva bajo el brazo no le ha dado ningún problema. Tendría que verle…, rápido como una serpiente y el arma aparece en su mano.» ¿Y no da muestras de vacilación en el instante de hacer fuego? Debe ser un gesto automático… «*Avo*, el maniquí está hecho trizas, lo ha repetido ya tantas veces…»

Byron se levantó de un salto.

—¡Santo Dios —exclamó con su voz normal—, debía matar al rey Jorge! ¿Qué clase de abominación…? Era como un muñeco, como un sonámbulo, aceptaba esas diabólicas instrucciones tan… tan dócilmente como una doncella aceptaría que le ordenaran servir la cena. ¡Por Dios que obtendré una satisfacción ante esta… esta atroz afrenta! Matthews o Davies se encargarán de que mi desafío llegue hasta… hasta… —Su puño derecho se estrelló ferozmente en la palma de su otra mano y luego miró a Doyle—. Creo que usted sabe quién es.

Doyle asintió.

—Creo que sí, pero no me parece conveniente que vaya a verle ahora. Sería mejor enterarnos de todo lo posible antes de que se meta de cabeza en algún lío. Podríamos hacer una cosa…, pruebe «Sí, Horrabin» con esa misma voz que le estaba dando instrucciones en la última conversación. ¿Consigue algo con esas palabras?

Aún con el ceño fruncido, Byron volvió a sentarse.

—Sí, Horrabin… —Su rostro quedó nuevamente en blanco—. Sí, Horrabin, también haré matar a ese otro. Debe funcionar como un reloj, y es posible que sepa lo bastante como para darnos problemas de un momento a otro. Es mejor que pequemos de concienzudos, ¿verdad? De paso, ¿sigue existiendo la Hermandad de Anteo? Quiero decir si todavía se reúnen y todo eso… De ser así, opino que debemos acabar también con ellos; está claro que en un momento dado fueron una dolorosa espina clavada en nuestro flanco. «Puede que hace cien años lo fueran, Señoría, pero ahora son solamente un club de viejos. He oído los relatos, y estoy de acuerdo en que, según lo que se cuenta, fueron formidables en el pasado, pero ahora no son más que reliquias, y lo único que conseguiríamos al borrarles del mapa sería atraer una peligrosa atención sobre nosotros mismos.» En eso tienes razón…, muy bien, pero sitúa a unos cuantos hombres tuyos en el sitio donde se reúnen esos viejos… «En la calle Bedford, Señoría, en unas habitaciones sobre el taller de un sastre» …y diles que me informen inmediatamente si ven… oh, no importa, esto es como disparar contra las sombras. ¿Por qué no te llevas de aquí al milord, y le haces repasar nuevamente sus discursos? —En los ojos de Byron apareció nuevamente la lucidez y su lengua chasqueó con impaciencia—. Ashbless, todo esto no sirve de nada. No obtengo ningún dato, sólo diálogos incomprensibles, y sigo sin poder recordar ni un solo detalle de cómo he llegado desde Grecia aquí. Recuerdo que me llevaron al campamento de ese hombre, y estoy bien seguro de que volveré allí, pues el camino sigue en mi mente…, pero esta vez llevaré conmigo unas pistolas de duelo.

Se puso en pie con un gesto lleno de fluidez, fue hacia la ventana (Doyle seguía temiendo que de vez en cuando ésta reanudara sus contorsiones) y se quedó ante ella con los brazos cruzados, contemplando con expresión vengativa el panorama de los tejados.

Doyle meneó la cabeza, exasperado.

—Milord, ese hombre no es un caballero. Es probable que aceptara vuestro desafío, y que luego le indicara a uno de esos hombres que os volara la cabeza por la espalda.

Byron se volvió y le miró con los ojos medio cerrados.

—¿Quién es? No puedo recordar que le llamaran por su nombre en ningún momento. ¿Qué aspecto tiene?

Doyle arqueó levemente sus hirsutas cejas.

—¿Por qué no se limita a recordarlo? oiga la voz: «Sí, Horrabin, también haré matar a ese otro». Pero no se limite a oírla…, véala también.

Byron cerró los ojos y un segundo después empezó a hablar con cierta perplejidad.

—Estoy en una tienda llena de antigüedades egipcias, y el payaso más horrible del mundo entero está sentado encima de una pajarera. Está hablando con un viejo calvo…, ¡Cielo santo, es mi médico de Grecia, Romanelli!

—Romany —le corrigió Doyle—. ¿Es griego?

—Se llama Romanelli. Bien, no, creo que es italiano…, pero es el médico que me trató cuando estaba en Patrás. ¿Cómo es posible que no le haya reconocido hasta ahora? Me pregunto si él y yo volvimos juntos a Inglaterra, pero…, ¿por qué razón Romanelli desearía ver muerto al rey? ¿Y para qué traerme desde Patrás hasta aquí para hacerlo? —Volvió a sentarse y contempló a Doyle con una dureza que rayaba en la beligerancia—. Amigo, basta ya de bromas…, necesito saber en qué día estamos.

—Es una de las pocas cosas sobre las que estoy seguro —le replicó Doyle sin perder la calma—. Estamos a viernes, día veintiséis de septiembre de mil ochocientos diez. ¿Y afirma que hace sólo cuatro días estaba en Grecia?

—¡Que me cuelguen —murmuró Byron, apoyándose en el respaldo de su silla—, pero creo que está hablando en serio! Y si debo confesar la verdad, mis recuerdos de encontrarme enfermo en Patrás parecen tener apenas una semana de antigüedad. Sí, estaba en Patrás el sábado pasado, al igual que lo estaba ese villano que se hace llamar Romanelli. —Sonrió—. ¡Ah, en todo esto anda la brujería, Ashbless! Ni tan siquiera unos… unos cañones, dispuestos en un sistema de relevos a través de todo el continente, podrían hacerme llegar hasta aquí con el tiempo suficiente como para que ayer estuviera pagando rondas de cerveza al pueblo de Londres. Julius Obsequens escribió sobre cosas parecidas en su libro de prodigios. ¡Es evidente que Romanelli tiene poderes sobre los espíritus del aire!

«Esto empieza a liarse», pensó Doyle.

—Quizá —le contestó cautelosamente—. Pero si Romanelli era su médico allí, en Patrás, entonces… bueno, lo más probable es que siga allí. Porque ese doctor Romany, que al parecer es gemelo suyo, lleva aquí desde hace bastante tiempo.

—¿Así que gemelos? Bien, pienso obtener todo el relato de lo sucedido de boca del gemelo de Londres… a punta de pistola, si llega a ser necesario. —Se puso en pie con expresión decidida y luego vaciló, contemplando sus ropas y sus pies enfundados en medias—. ¡Maldición, no puedo desafiar a nadie con esta vestimenta! Será mejor que antes pase por la tienda de un buen sastre.

—¿Piensa amenazar a un hechicero con pistolas de duelo? —le preguntó Doyle con sarcasmo—. Sus… sus espíritus del aire dejarán caer un cubo sobre su cabeza para que le sea imposible apuntar. Yo creo que antes deberíamos visitar a esa Hermandad de Anteo…, si en el pasado fueron una amenaza para Romany y los suyos, puede que todavía conozcan alguna defensa efectiva contra él, ¿no le parece?

Byron chasqueó los dedos con impaciencia.

—Supongo que tiene razón… ¿Ha dicho deberíamos?¿Tiene asuntos que arreglar con él?

—Necesito saber algo que sólo él puede decirme —explicó Doyle poniéndose en pie—, algo que no está dispuesto a contarme… voluntariamente.

—Muy bien. ¿Por qué no investigamos a esa Hermandad de Anteo mientras me preparan un buen traje y calzado conveniente? Anteo, ¿eh? Supongo que todos andarán descalzos sobre suelos de tierra…

Sus palabras le recordaron algo a Doyle, pero antes de que pudiera concretar ese huidizo recuerdo, Byron había logrado calzarse otra vez con un gesto despectivo y abría ya la puerta.

—¿Me acompaña?

—Oh, claro que sí —dijo Doyle, cogiendo el gabán de Benner.

«Pero debes recordar esa observación sobre los pies descalzos y los suelos de tierra —pensó—, me hace pensar en algo que quizá sea importante.»

Las gotas de sudor rodaban como minúsculos caracoles de cristal por las calvas sienes del doctor Romany y su concentración estaba empezando a verse afectada por el agotamiento, pero decidió intentar una vez más entrar en contacto con el Amo en El Cairo. Estaba claro que, por una vez, el problema consistía en que el éter era demasiado receptivo, y lo más probable era que después de los primeros quince kilómetros el haz de su mensaje se estuviera convirtiendo en un cono, que se abría cada vez más y extendía su energía hacia los lados, en lugar de lanzarse hacia adelante, donde se encontraba la vela que ardía perpetuamente en los aposentos del Amo. Cuando eso ocurría, el mensaje quedaba frenado de golpe y luego rebotaba otra vez hasta la vela de Romany, produciendo los estruendosos ecos distorsionados que enfurecían al doctor Romany y aterraban a los gitanos.

Acercó nuevamente la llama de su lámpara al negro pabilo de la vela y, dado que ésta era su intentona número doce, pudo sentir cómo la energía le abandonaba apenas

apareció la llama redonda.

—Amo —graznó contemplándola—. ¿Podéis oírme? os habla el ka de Romanelli, en Inglaterra; es urgente que hable con vos. Tengo noticias que quizá puedan impulsaros a ponerle fin a nuestra misión actual. Yo…

—¿Golpeéis oeerme? —Su propia voz, distorsionada y mucho más lenta, brotó repentinamente de la vela, tan alta que le hizo dar un brinco—. Zozzaaabla kaa Rooooomanilli zeeeez uuuurgtee…

De pronto, el eco ininteligible se extinguió, dejando un ruido semejante al de un vendaval lejano, tenue y apagado como si estuviera oyéndolo a través de una gruesa lona. Romanelli se inclinó nuevamente hacia adelante. El eco carecía de la agudeza típica de los contactos logrados, pero al menos era algo distinto a lo que había conseguido por el momento.

—¿Amo? —dijo con una leve esperanza.

Sin convertirse en una voz, y sin que ni por un instante pareciera algo más que el sonido del viento resonando en un enorme vacío, el lejano susurro empezó a formar palabras.

—Kes ku sekher ser sat —murmuró el vacío—, tuk kehmu a pet…

La extraña llama se apagó cuando la vela, impulsada por el puño de Romany, se estrelló contra una pared de la tienda. Romany, sudoroso, se puso en pie y, oscilando temblorosamente, todavía más de lo normal, salió al exterior.

—¡Richard! —gritó enfadado—. Maldito seas, ¿dónde te has metido? Coge tu…

—*Acai, rya* —dijo el gitano, acudiendo a toda prisa.

El doctor Romany miró a su alrededor. El sol ya se hundía por el oeste, arrojando largas sombras por el páramo, cada vez más oscuro; sin duda, estaría demasiado preocupado con su inminente entrada en el Tuaut, y su viaje en barca a través de las doce horas de la noche, para volver la mirada hacia lo que pudiera hacerse en el campamento de los gitanos. La estructura de madera reposaba sobre la hierba y hacía pensar en un trozo de puente de unos seis metros de longitud; los vapores del coñac eran tan fuertes, pese a la leve brisa del atardecer, que Romany estuvo seguro de que sus amenazas habían funcionado y los gitanos habían usado el barrilete para rociar la madera, sin guardar ni una sola gota del licor para bebérselo.

—¿Cuándo lo mojasteis? —preguntó.

—Hace apenas un minuto, *rya* —respondió Richard—. Estábamos echando a suertes quién iría a la tienda para…

—Muy bien. —Romany se frotó los ojos y lanzó un hondo suspiro, intentando alejar de su mente el susurro que había oído en la vela—. Traedme el brasero y mi lanceta —dijo por fin—, e intentaremos llamar a esos elementales del fuego.

—*Avo*.

Richard se fue a toda prisa, murmurando con toda claridad ajo una y otra vez, y

Romany se volvió hacia el sol, que ahora estaba ya a punto de sumergirse en las tinieblas. Durante ese instante, con la guardia baja, las palabras que había oído volvieron a su mente: «*Kes ku sekher sersat, tuk kemhu a pet*»… Tus huesos caerán sobre el polvo y jamás verás el cielo…

Oyó los pies de Richard abriéndose paso por entre la hierba a su espalda y se encogió de hombros con cierto fatalismo. Luego empezó a clavarse las uñas de la mano derecha en el brazo izquierdo, intentando hallar una buena vena. «Espero que se conformen con sangre de ka» pensó.

El anciano del batín raído frunció sus blancas cejas y abrió mucho los ojos, en una expresión casi simiesca de asombrada desaprobación cuando Doyle se atrevió a llenar por segunda vez su minúscula copa con el más bien mediocre jerez de la botella, aunque cuando Byron había vuelto a llenar la suya se había limitado a menear la cabeza, sonreír y murmurar un «Sírvase usted mismo, milord».

—Ah, hum…, ¿qué estábamos discutiendo antes? —tartamudeó el anciano—. Sí, aparte de la…, sí, de la compañía que se obtiene, sí…, y de promover el deleite tranquilo de hallarse rodeado de amigos inteligentes, nuestro propósito principal es impedir la…, la contaminación de la vieja y noble raza inglesa por… linajes inferiores. —Una mano temblorosa derramó una cantidad excesiva de rapé sobre un huesudo nudillo de la mano y el anciano, con un estruendoso resoplido, aspiró el rapé; a continuación, según le pareció a Doyle, se encontraba a las puertas de la muerte, a raíz de un terrible ataque de toses y estornudos.

Byron arqueó los labios en un silencioso rugido de exasperación y apuró de un trago su copa de jerez.

—¡Cielos! Yo…, ¡aaaatchís!…, le ruego que me perdone, milord.

El anciano se limpió los ojos llorosos con un pañuelo.

Doyle se inclinó hacia adelante y, con cierta impaciencia e intentando dominar su ronca voz, miró al anciano.

—Y… ¿cómo pretende evitar esta… llamémosle contaminación, señor Moss?

Contempló las cortinas polvorientas y los tapices de colores marchitos, así como los viejos cuadros y volúmenes, que aislaban las habitaciones de la Hermandad de Anteo de la fresca brisa otoñal que soplaba en el exterior. Los olores de la cera de los candelabros, el rapé escocés y el cuero envejecido y gastado de las encuadernaciones de los viejos libros y sillones empezaban a producirle un cierto malestar físico.

—¿Eh? oh, nosotros…, bueno, escribimos cartas. A los periódicos. Protestamos contra la… la relajación sufrida por las leyes sobre inmigración y proponemos estatutos para… para expulsar a los negros, a los gitanos y a… a los irlandeses de las ciudades más importantes. Y además nos encargamos de imprimir y distribuir panfletos que —esto último fue acompañado por una mueca de complicidad dirigida

a Byron— tienden, como bien puede imaginar, a pesar onerosamente sobre los magros…, eh…, recursos de nuestro club. Y patrocinamos obras en las cuales la moralidad…

—¿Por qué ese nombre…, la Hermandad de Anteo? —le interrumpió Doyle, cada vez más irritado al ver que la vaga esperanza despertada por la mención de ese nombre estaba, al parecer, resultando totalmente infundada.

—¿Qué…, cómo? ¡Oh! Sí, tuvimos la sensación de que la fuerza de Inglaterra, al igual que la de Anteo en…, sí, eso es, en la mitología clásica… se basa en… en mantener el contacto con la tierra, con el suelo… ya sabe, el sólido suelo nativo de los ingleses, sí…

—El suelo… —dijo Byron, agitando rápidamente la cabeza mientras echaba su asiento hacia atrás y se incorporaba—, excelente. Gracias, señor Moss, sus palabras me han parecido muy inspiradas y hermosas. Ashbless, puede quedarse y recoger más informaciones valiosas, si lo desea, por si se diera el caso de que fuéramos atacados por salvajes negros o irlandeses. Yo prefiero esperar en mi sastre; al menos, allí me limitaré a soportar el aburrimiento.

Se volvió en redondo, reprimiendo un claro respingo de dolor causado por sus zapatos, y salió cojeando del salón. El eco irregular de sus pisadas fue apagándose por la maltrecha alfombra de la escalera y finalmente se oyó el golpe de la puerta al cerrarse.

—Le pido disculpas —dijo Doyle, volviéndose hacia un Moss más bien atónito —. Lord Byron es hombre de pasiones tempestuosas.

—Yo…, sí, bien, claro, la juventud —murmuró Moss.

—Pero escúcheme —dijo Doyle con cierta ansiedad, inclinándose hacia él hasta abandonar prácticamente su asiento, ante la evidente alarma de Moss—, ¿su gente no había sido algo más… militante en el pasado? Estoy hablando de hace cien años, o algo así…, no sé, quizá entonces las cosas eran más… serias en sus consecuencias de lo que hoy en día resulta mandar una carta al *Times*, ¿me comprende?

—Bien, al parecer sí hubo… excesos, sí, incidentes de naturaleza violenta —admitió cautelosamente Moss—, cuando la Hermandad tenía su sede en el puente de Londres, tocando al extremo de Southwark. En nuestros archivos se mencionan ciertos sucesos que tienden a…

—¿Archivos? Por favor, ¿podría examinarlos? Esto…, lord Byron me indicó que deseaba conocer la historia de la Hermandad antes de tomar una decisión sobre si entrar en ella o no —añadió a toda prisa, al ver que el simiesco fruncimiento de ceño empezaba a formarse nuevamente en los rasgos de Moss—. Después de todo, antes de comprometer su considerable fortuna en una organización de tal naturaleza le gustaría saber más sobre ella.

—¿Oh? Bien, sí, naturalmente. Comprenderá que es una petición bastante fuera

de lo corriente —dijo Moss, levantándose con bastante dificultad de su asiento y con la precaria ayuda de un bastón—, pero supongo que en este caso podemos hacer una excepción a la regla de que sólo los miembros… —Habiendo logrado, por fin, alcanzar la posición vertical, avanzó lentamente hacia la puerta que tenía detrás—. Si tiene la bondad de coger la lámpara y venir por aquí… —dijo.

La referencia a la fortuna de Byron consiguió que Moss finalizara la frase con un algo reluctante «señor», dedicado a Doyle.

La puerta se abrió hacia el interior con tal chirrido, que Doyle estuvo seguro de que llevaba mucho tiempo sin utilizarse, y una vez hubo cruzado el umbral, siguiendo a Moss, cuando la luz de su lámpara hizo visible la pequeña estancia, comprendió las razones de esta falta de uso.

La habitación estaba llena, desde el suelo hasta el techo, con interminables estantes de volúmenes encuadernados en cuero; el moho se había ensañado duramente con ellos y en más de un lugar las pilas se habían derrumbado, vertiendo sobre el húmedo suelo un diluvio de pedacitos de papel ennegrecido por el tiempo. Doyle extendió la mano hacia el volumen que coronaba una especie de estalagmita, que le llegaba solamente hasta el pecho, pero en algún momento del pasado la lluvia había conseguido filtrarse por el techo y había derretido, o hecho germinar, la vieja encuadernación hasta convertir el libro en un bloque sólido. La intromisión de Doyle estaba enloqueciendo a toda una abundante población de arañas, por lo que apartó la mano y se dedicó a examinar un estante que contenía varios pares de botas momificadas.

Al notar un destello metálico en una de ellas, la examinó más de cerca y vio una fina cadena de oro sujeta al viejo cuero de la bota; una vez terminado su escrutinio resultó que la mitad de las botas tenían cadenas, aunque la mayoría eran de cobre y llevaban ya largo tiempo recubiertas de verdín.

—¿A qué vienen esas cadenas?

—¿Mm? Oh, es… algo tradicional en nuestros rituales y ceremonias el llevar en el tacón de la bota derecha una cadena. No sé cómo llegó a empezar dicha costumbre, e imagino que es sólo una pequeña excentricidad sin importancia, como los gemelos de ciertas sectas masónicas

— ¿Qué sabe exactamente sobre los orígenes de esa costumbre? —gruñó Doyle, ya que, al igual que con la observación de Byron sobre los pies descalzos y los suelos de tierra, le había parecido recordar algo al ver las cadenas—. ¡Piense!

—Veamos, caballero… no hace falta que me hable en tono tan iracundo…, pero en fin, creo que los miembros llevaban tales cadenas siempre durante el reinado de Carlos II…, Oh, naturalmente entonces no se limitaban a estar unidas al tacón igual que ahora, mediante una pequeña hebilla, sino que había un agujero en la bota y la cadena pasaba a través de la media o el calcetín y se anudaba alrededor del tobillo.

Sólo Dios sabe la razón de ello…, con el paso de los años la costumbre se ha simplificado… para evitar la incomodidad y las rozaduras, claro…

Doyle había empezado a examinar uno de los estantes, con volúmenes de aspecto más bien conservado. Descubrió que estaban situados en un vago orden cronológico, que recordaba al de los distintos estratos que pueden hallarse en un suelo determinado, y que los volúmenes correspondiente al siglo dieciocho sólo narraban sucesos sin importancia, a través de los cuales era fácil percibir una relación cada vez más alejada de la marcha de la sociedad; una cena en la cual se esperaba a Samuel Johnson, pero a la que no compareció, una queja presentada sobre la adulteración de los vinos de oporto, una protesta ante la proliferación de los galones de oro y plata (fueran lo que fuesen) con que los hombres adornaban cada vez más profusamente sus sombreros…, pero cuando hubo logrado desenterrar los volúmenes superiores del siglo diecisiete, las anotaciones se hicieron de pronto cada vez más sucintas y crípticas, consistiendo generalmente en tiras de papel pegadas a los libros metidas en ellos, escaseando las que habían sido escritas directamente en el papel. No logró sacar gran cosa en claro de esos volúmenes más antiguos, que consistían, en su mayor parte, en listas hechas en código o mapas con nombres de calles incomprensiblemente abreviados, pero finalmente logró descubrir un volumen que parecía enteramente consagrado a lo ocurrido una noche, la del cuatro de febrero del año mil seiscientos ochenta y cuatro. Las tiras de papel habían sido garrapateadas con una premura y en lenguaje corriente, como si no hubieran tenido el tiempo necesario para utilizar un código.

El redactor o redactores de la narración parecían dar por sentado que quienes fueran a leerla se hallarían familiarizados con la situación, y se habían interesado únicamente en consignar los detalles.

«…Después le seguimos a él y a su infernal cortejo a través del hielo, desde las escalinatas de Pork-Chopp hasta Southwark —leyó Doyle en una de las tiras—, yendo nuestro grupo con gran habilidad en un Bote con ruedas, pilotado por B. y nuestro anónimo Informante. Y aunque tuvimos gran cuidado en evitar todo conflicto abierto estando en el río, y con la única pretensión de llevarles a tierra…, al no ser buena, por supuesto, la Conexión sobre el agua helada…, hubo problemas.» Otro fragmento decía: «… por completo destruido y su líder muerto por el proyectil de una pistola en el rostro…». En el principio del volumen había una entrada, que había sido escrita directamente sobre la página: Cuando estábamos a punto de hacer nuestra colación nocturna, consistente en salchichas y buey, apareció con gran tumulto y con voz lastimera nos apartó de la que iba a ser una de nuestras más delicadas cenas».

«Bueno, pandilla, ¿qué diablos ocurrió?», pensó Doyle. Lo de «cortejo infernal» sonaba bastante ominoso… ¿y qué significaba eso de «la Conexión»? Sin muchas esperanzas buscó el final del volumen y, de pronto, le llamó la atención una breve

anotación escrita en las solapas del libro.

La leyó, y por primera vez durante todas sus aventuras e infortunios, sintió ciertas dudas sobre su salud mental.

La anotación decía: HAY ENDANBRAY. ¿ANCAY OUYAY IGITDAY? La letra era la suya, aunque la tinta se había vuelto tan borrosa como en todas las demás páginas del volumen.

Sintiendo un cierto mareo, se dejó caer sobre una pila de libros, que explotó en una nube de polvo bajo su peso, haciéndole derrumbarse de espaldas sobre otra pila que, desequilibrada por el golpe, le enterró en una masa de pergamino húmedo y medio desintegrado, por entre la cual se removía una gran cantidad de arañas y lepismas aterrorizados.

Y cuando el gigante, gritando de un modo ininteligible, se alzó de entre las ruinas como un Quinto Jinete del Apocalipsis, una verdadera encarnación de la Podredumbre coronada de insectos y papel enmohecido, el aterrado Moss salió corriendo.

El hombre, que en ese momento no sabía muy bien si era Doyle, Ashbless o algún miembro largamente difunto de la Hermandad de Anteo, echó a correr tambaleándose y salió de la sala de archivos, aún gritando y quitándose insectos de la barba, para cruzar el vestíbulo y llegar a la entrada. En la pared había colgado un reloj de cuco y, movido por un impulso irracional, aferró con sus grandes manos una de las cadenas del péndulo, arrancó de un tirón el contrapeso en forma de piña que colgaba de su extremo y luego, de otro tirón aún más poderoso, hizo pasar toda la cadena por el mecanismo del reloj, dejándola suelta. Después, bajó tambaleándose por la escalera, con la cadena entre los dedos y dejando tras él un reloj de cuco parado para siempre.

El calor que desprendía la plataforma de madera en llamas era muy fuerte, y cuando el doctor Romany se alejó unos pasos de ella, el aire nocturno le pareció repentinamente helado sobre el sudor de su cara. Apretó el puño y volvió a relajarlo, torciendo el gesto al sentir los pegajosos hililIos de sangre, que habían resbalado por su antebrazo durante los últimos minutos al usar repetidas veces su lanceta. Luego, con un hondo suspiro, se quedó inmóvil, deseando poder sentarse sobre la hierba; en ese momento le parecía que la sencilla libertad de sentarse sobre el suelo era la más apreciada e inestimable de la incontable multitud de cosas que se había visto obligado a perder cuando escogió la brujería.

Con gestos vacilantes, la vista fija aún más allá de la roja rueda de fuego perdida en la oscuridad, que parecía unida a él por su larga sombra, tomó de nuevo su lanceta y sacó de su bolsillo el cuenco cubierto de sangre seca, dispuesto a intentarlo una vez más.

Pero antes de que pudiera herir otra vez la ya exhausta vena de su brazo, una voz

que parecía más bien el tañido de un arco de violín sobre una cuerda tensa graznó a su espalda.

—Veo zapatos.

Y en la voz había alegría salvaje e inhumana.

—También yo los veo —replicó otra voz parecida.

En el suspiro de Romany había agradecimiento a los viejos dioses mientras que, preparando su ánimo para la siempre desconcertante visión de los *yags*, se iba dando la vuelta.

Las ahora conscientes columnas de fuego habían tomado la vaga forma de siluetas humanas, de tal modo que una ojeada superficial las habría confundido con gigantes, que ardían agitando las manos sobre sus cabezas.

—Ahora los zapatos se vuelven hacia nosotros —resonó otra voz dominando el chasquido de las llamas—. Creo que deben de pertenecer a nuestro poco visible invocador.

Romany se lamió los labios, disgustado como siempre al comprobar que los elementales no eran realmente capaces de verlo.

—Cierto, esos zapatos pertenecen al que os ha invocado —dijo con voz firme.

—Oigo ladrar un perro —dijo uno de los gigantes de fuego.

—¿Ah, sí, un perro? —dijo Romany, ahora claramente enfadado—. Bien, estupendo. Claro que un perro sería incapaz de enseñaros el magnífico juguete tapado por una lona que hay a mi espalda, ¿verdad?

—¿Tienes un juguete? ¿Qué puede hacer?

— Para qué le haces tal pregunta a un perro? —replicó Romany.

Durante unos segundos las siluetas brillantes agitaron los brazos sin emitir sonido alguno y finalmente una de ellas dijo:

—Pedimos tu perdón, señor hechicero. Enséñanos ese juguete.

—Os lo enseñaré —dijo Romany, acercándose con paso oscilante hacia el objeto escondido por la lona—, pero no lo pondré en funcionamiento hasta que no me prometáis que haréis algo por mí. —Quitó la lona que ocultaba el *village Bavarois*, complacido al ver que todas las velas seguían brillando en sus lugares correctos tras las ventanas de las casas en miniatura—. Tal como podéis ver —explicó, intentando que en su voz no hubiera ninguna duda sobre el posterior funcionamiento del juguete, y con la esperanza de los *yags* fueran capaces de cumplir con su promesa—, es un pueblecito bávaro. Cuando funciona, todos los hombrecitos que veis ahí adentro caminan y los trineos se deslizan gracias a esos caballos que tiran de ellos… ¡mueven incluso las patas! Y estas muchachas danzan a los acordes de una graciosa melodía de acordeón.

Las enormes llamas se inclinaban sobre él, como si estuviera soplando un vendaval, y sus contornos ya no eran tan cuidadosamente humanos, lo cual indicaba

que estaban empezando a ponerse nerviosas.

—P-p-p-ponlo en marcha —tartamudeó una de las siluetas.

Con mucha cautela el doctor Romany extendió la mano hacia el interruptor.

—Os dejaré que lo veáis funcionar durante un segundo —dijo—, y luego discutiremos lo que deseo de vosotros.

Y accionó el interruptor.

La máquina se estremeció levemente y empezó a emitir una musiquilla, a cuyo ritmo las minúsculas figuras bailaron, caminaron y dieron vueltas. El doctor Romany desconectó el interruptor y se volvió, algo nervioso, hacia los *yags*.

Ahora eran solamente columnas de fuego indistinto, de las cuales salían despedidas al azar pequeñas llamaradas.

—¡Yaaah! —rugían un par de ellos—. ¡Yaaah! ¡Yaaah!

—¡Lo he parado! —gritó Romany—. ¡Mirad, lo he parado, ya no funciona! ¿Queréis verlo otra vez en funcionamiento?

Las llamaradas fueron extinguiéndose y las columnas de fuego cobraron nuevamente un tosco aspecto humano.

—Vuelve a conectarlo —dijo una de las columnas de fuego.

—Cuando hayáis hecho lo que deseo —dijo el doctor Romany, limpiándose la frente con la manga—, lo pondré en funcionamiento.

—¿Qué deseas?

—Quiero que aparezcáis en Londres mañana por la noche; los fuegos de sangre y coñac estarán dispuestos para serviros de guía, y quiero que os acordéis bien de este juguete, y penséis que, cumpliendo con lo pedido, podréis verlo funcionar todo el tiempo que os plazca.

—¿Londres? Ya nos pediste eso hace tiempo.

—Sí, os lo pedí en el año mil seiscientos sesenta y seis —asintió Romany—. Pero no fui yo quien os lo pidió entonces, fue Amenofis F…

—Era un par de zapatos. ¿Cómo podemos distinguir un par de otro?

—Supongo que no tiene importancia —murmuró el doctor Romany, con una vaga sensación de haber sido derrotado—. Pero debe ser mañana por la noche, ¿lo habéis entendido? Si lo hacéis en un momento o en un lugar equivocados, entonces no podréis tener el juguete y no volveréis a verlo nunca más.

Las columnas de llamas se agitaron inquietas; los *yags* no sentían demasiada inclinación a la puntualidad.

—¿N-n-no volveremos a verlo nunca más? —canturreó una de las columnas, con una voz medio llorosa medio amenazante.

—Nunca —afirmó Romany.

—Queremos ver cómo funciona el juguete.

—Muy bien. Entonces, cuando veáis los fuegos guía debéis venir a toda prisa y

hacerlos crecer. Quiero que os volváis locos en ese momento, que estéis furiosos.

—Entonces, nos volveremos locos y estaremos furiosos —repitió un yag con cierta satisfacción.

Romany, aliviado, dejó que sus hombros se relajaran levemente, pues la parte más dura ya había terminado. Ahora sólo era necesario esperar cortésmente a que los *yags* se fueran, y la hoguera se habría convertido nuevamente en una simple hoguera. Unos segundos después, los únicos ruidos que se percibían eran el chasquido de las llamas, algún seco estampido causado por un tronco que se partía en una explosión de chispas y, cuando el viento soplaba del norte, la apagada conversación de las ranas.

Y, de pronto, en la oscuridad que circundaba el campamento, resonó un grito.

—¿Dónde te escondes, Romany o como te llames? ¡Muéstrate, hijo de perra, a no ser que el precio a pagar por la hechicería te haya convertido en un eunuco tembloroso!

—¡Yaaah! —exclamó uno de los *yags*, aumentando su resplandor al tiempo que perdía casi totalmente sus contornos humanos—. ¡Los zapatos son de un eunuco tembloroso!

De la columna en llamas emergió un chorro de pavesas, acompañado de un rugido que parecía una risotada.

—¡Jo, jo! —chilló otro *yag*—. ¡El joven cabeza rizada quiere apagar a nuestro invocador! ¿Notáis el sabor de su ira?

—¡Quizá quiera poner en funcionamiento el juguete para nosotros! —gritó otro *yag*, perdiendo toda consistencia humana en su salvaje alegría.

El doctor Romany se volvió con cierto pánico hacia el aún invisible intruso, extremadamente consciente de que los elementos del fuego estaban a punto de perder todo control y provocar un desastre.

—¡Richard, Wilbur! —gritó—. ¡Maldita sea, coged a ese hombre que hay al sur y hacedle callar!

—*Avo, rya* —gimoteó una lastimera voz gitana en la oscuridad.

—Si queréis calmaros un poco —rugió Romany volviéndose hacia los *yags*, que estaban lanzando tentáculos llameantes en todas direcciones—, pondré en funcionamiento otra vez el juguete.

Ahora, Romany estaba enfadado, aparte de asustado, y no era tanto la intrusión lo que le irritaba como el hecho de que los *yags* pudieran ver al intruso…, e incluso leer su mente dentro de ciertos límites.

—Esperad un instante —ordenó una de las columnas de fuego, dirigiéndose a sus compañeras—. Los zapatos van a poner en marcha otra vez el juguete.

Lentamente, y con cierta reluctancia, los *yags* adoptaron nuevamente una apariencia más o menos humana.

No se habían oído más gritos desde el extremo sur del campamento, y Romany se

calmó un poco, con la cabeza algo confundida todavía por la rapidez de la crisis. Cuando se volvió nuevamente hacia el *village Bavarois* había recobrado casi toda su confianza.

Y justo cuando Romany extendía la mano hacia el interruptor principal, Richard apareció corriendo como un loco. Los labios del viejo gitano estaban retorcidos en un gesto de terror al verse tan cerca de los *yags*, pero fue en línea recta hacia el doctor Romany y, acercando la boca a la oreja del hechicero, le habló en un susurro casi inaudible.

—El h-hombre que gritaba, *rya*… era vuestro lord *gorgio*, que ha vuelto a casa demasiado temprano.

Romany sintió como todos sus músculos se aflojaban, y su tenue confianza desapareció tan bruscamente como la tinta fresca es borrada de la página por un vaso de agua helada.

—¿Byron? —murmuró, deseando estar absolutamente seguro de su derrota.

—*Avo*, Byron —se apresuró a responder Richard en otro murmullo—. Ahora lleva ropas distintas y también tiene dos pistolas en un estuche. Quiere combatir en duelo con el *rya*, pero hemos conseguido atarlo.

El gitano le hizo una reverencia y luego salió corriendo frenéticamente hacia las tiendas medio ocultas por la oscuridad.

«Es el fin —pensó Romany, aturdido, mientras extendía la mano automáticamente hacia el interruptor—. Habrá encontrado alguien que conocía al auténtico Byron, y fuera quien fuese ha conseguido despertarle y romper mi control.»

Movió el interruptor y lo mantuvo en funcionamiento durante unos segundos; los muñequitos se movían al son de la música, que resonaba extrañamente en el silencio nocturno de los campos desiertos. Cuando los *yags* empezaron a rugir y bailotear siguiendo el ritmo, detuvo nuevamente el juguete.

—¡He cambiado de opinión! —gritó—. He decidido que podéis quedaron el juguete esta misma noche y no hace falta que os ocupéis de Londres. —El Amo, recordó con abatimiento, había dicho que el incendio de Londres por sí solo, de no producirse en sincronía con el hundimiento de las finanzas británicas y el escándalo del regicidio, resultaría como mínimo un golpe incapaz de acabar con el Imperio, y supondría, además, la pérdida de todos los valiosos preparativos que se habían hecho hasta ahora—. Esperad hasta que mis hombres lo carguen en una carreta y después lo llevarán hasta el principio del bosque, cruzando los páramos, para que así podáis gozar de él donde…, eh… donde haya el espacio suficiente.

La voz de Romany, abatido y exhausto, carecía de toda entonación, pero los *yags* ardían ahora con secos estampidos, semejantes a barriles de pólvora que detonaran uno tras otro.

—Calmaos un poco mientras sigáis en el campamento —les dijo—. Esperad hasta

haber llegado al bosque. ¡Escuchadme, maldición, o de lo contrario os quedaréis sin el juguete!

«Al menos, aún podemos explorar la posibilidad del viaje en el tiempo —se dijo, mientras se volvía para llamar a Wilbur y Richard—, al menos aún no debo informar sobre un fracaso total.»

—Estoy seguro de que tienen cerrado durante la noche —le dijo por tercera vez el cochero—, pero siempre puedo llevarle a Long Alley. Conozco una señora muy buena que sabe leer la palma de la mano y…

—No, gracias, —replicó Doyle, abriendo la puertecilla del carruaje.

Encorvando su enorme cuerpo logró salir y bajó cuidadosamente al suelo, pues el cochero, algo bebido, no se había tomado la molestia de echar el freno. El aire cortaba como un cuchillo y el ver las llamas parpadeando a lo lejos, tras las oscuras tiendas de los gitanos, hacía que la idea de entrar en el campamento fuera algo más atractiva.

—De todos modos, señor, lo mejor sería que le esperase —dijo el cochero—. Estamos muy lejos de la calle Fleet y en este lugar no hay modo de conseguir un carruaje.

El caballo pateó el suelo con impaciencia.

—No, váyase, volveré a pie.

—Si está seguro de ello…, pues buenas noches.

El cochero hizo chasquear su largo látigo y el carruaje se agitó oscilando sobre el suelo desigual. Unos segundos después, Doyle pudo oír el ruido de las ruedas al pisar el pavimento de Hackney Road, dirigiéndose de nuevo hacia el tenue resplandor del suroeste, donde estaba la ciudad.

Desde el campamento de Romany le llegaba el tenue sonido de voces incomprensibles.

«Supongo que Byron ya estará ahí —pensó—; el sastre dijo que se había ido de la tienda como mínimo media hora antes de que llegara yo y, tras haber recogido sus ropas y su calzado, sólo se entretuvo el tiempo necesario para indagar dónde se hallaba el armero más cercano».

Cuando Doyle logró encontrar a ese armero, Byron ya no estaba allí, y con algunos de los soberanos de oro que Romany le había entregado, según le explicó el comerciante, había comprado un juego de pistolas para duelo. Después de eso, Doyle se vio obligado a preguntarle a un agente de policía dónde se encontraba en esos momentos el campamento gitano del doctor Romany, mientras que Byron ya conocía el camino.

«Maldito imbécil —pensó Doyle—, le avisé de que las pistolas no sirven de nada contra gente como Romany. Avanzó dos pasos hacia las tiendas iluminadas por las

llamas y se detuvo Exactamente, ¿qué esperas hacer ahí? —se preguntó—. ¿Rescatar a Byron, caso de que aún siga vivo? La policía es quien debe encargarse de ello. ¿Hacer algún tipo de trato con el doctor Romany? Oh, claro, perfecto, resultaría muy útil enterarse de la situación exacta del agujero del año mil ochocientos catorce que los empleados de Darrow usarán para volver a mil novecientos ochenta y tres, de tal modo que pueda estar ahí y salir corriendo para coger a uno de la mano cuando falte un segundo para que se cierre el agujero… pero si Romany cree que sé algo interesante para él, se limitará a cogerme prisionero y no hará ningún trato conmigo.»

Doyle movió los hombros y apretó los puños, sintiendo cómo los músculos se tensaban contra la tela de su camisa.

«Claro que esta vez —pensó con cautelosa satisfacción— quizá no le sea tan fácil dominarme… Me pregunto qué tal le irá a Cara-de-Perro Joe con mi viejo cuerpo. Supongo que al menos ahora no deberá preocuparse por la calvicie y eso ya es algo.»

Sintió que se aproximaba otro ataque de vértigo, así que agitó la cabeza con vigor, aspirando varias bocanadas del gélido aire nocturno y se puso en marcha a través de la hierba.

«Me limitaré a echar un vistazo sin que me descubran —se dijo—, con toda la cautela posible; ni tan siquiera hace falta que me aproxime a las tiendas.»

De pronto, se le ocurrió una idea y se detuvo. Luego sonrió, meneando la cabeza, y se puso nuevamente en marcha, pero un segundo después volvió a pararse.

«¿Y por qué no? —se dijo—. De momento, un buen montón de cosas aparentemente insensatas han resultado ser verdad, así que ¿por qué no probar al menos?»

Se sentó sobre la hierba, se quitó el zapato derecho, y con el cortaplumas de Cara-de-Perro Joe, o posiblemente de Benner, hizo un agujero en la costura posterior del zapato. Luego se quitó el calcetín, saco de su bolsillo la cadena del reloj de cuco, ató un extremo a su tobillo y volvió a ponerse la bota. Ayudándose con la hoja del cortaplumas, no le resultó demasiado difícil hacer pasar el otro extremo de la cadena por el agujero, de tal modo que al final tuvo unos treinta centímetros de cadena asomando por la bota y en contacto con el suelo. Se puso en pie y siguió avanzando hacia las tiendas.

Los *yags* se hicieron más brillantes y se inclinaron hacia el sur, por encima de las tiendas.

—Mirad al hombre confundido —dijo uno de ellos—. Viene aquí y no sabe lo que desea.

—Ni tan siquiera sabe quién es —añadió otro de los *yags*, aparentemente muy interesado.

El doctor Romany se volvió hacia el sur, donde pudo distinguir las borrosas

siluetas de Wilbur y Richard, que estaban unciendo un caballo a la carreta.

«No pueden estar leyendo la mente de ninguno de los dos —pensó—, debe de ser el ka de Byron, con la cabeza llena de recuerdos contradictorios e instrucciones confusas, irradiando un aura de incertidumbre. Si sus emociones siguen poniendo nerviosos a los *yags*, tendré que decirle a Wilbur que le duerma a golpes un buen rato…, o quizá ser mejor que le mate. Ya no sirve de nada.»

Doyle sintió las breves intrusiones en su mente, como las manos o los ojos de los niños traviesos que, encontrando la puerta de la biblioteca sin el cerrojo puesto, se meten a la carrera en su interior para tocar las cubiertas de los libros y contemplar boquiabiertos sus polvorientos dibujos.

Meneó nuevamente la cabeza, intentando despejarse.

«¿Qué estaba haciendo ahora? oh, sí, claro…, estaba explorando el campamento para ver dónde se encuentra el precioso juguete que…, ¡no! Byron y Romany. Pero —se preguntó inquieto—, ¿a qué viene el pensar justo ahora en un juguete? Sí, un juguete maravillosamente complicado, lleno de hombrecitos y caballos, que corren hábilmente por pequeños senderos pintados y…»

Le latía el corazón cada vez más fuerte, y sentía deseos de lanzar enormes bolas de fuego a través de los campos en tinieblas.

—¡Yaaah!

El rugido había sonado ante él y, en el mismo instante en que lo oyó, las llamas que había tras las tiendas aumentaron de intensidad.

A lo lejos, oyó una voz más normal, gritando.

—¡Richard, date prisa!

Doyle pensó que fuera lo que fuese, allí estaba ocurriendo algo que tenía a todo el mundo muy ocupado. Echó a correr hacia adelante, tan encogido como le fue posible y manteniendo la negra masa de una tienda entre él y las llamas. Unos segundos después estaba agazapado detrás de una tienda, altamente complacido al darse cuenta de que no jadeaba en lo más mínimo.

Las extrañas presencias, que parecían destellos luminosos, rozaron de nuevo su mente y oyó un salvaje rugido que decía:

—¡Su nuevo cuerpo corre mejor!

«Dios mío —pensó Doyle, sintiendo las palmas de las manos repentinamente cubiertas de sudor—, ahí hay alguien que me lee la mente!»

—¡No os preocupéis por él! —gritó de nuevo la voz, y Doyle comprendió que difería de los rugidos, sencillamente, porque era humana—. ¡Está bien atado! ¡Si queréis el juguete es necesario que os calméis!

—Los zapatos no son nada divertidos —canturreó otra de las voces inhumanas.

«Debo largarme a toda prisa», pensó Doyle poniéndose en pie y volviéndose

hacia el camino por el que había llegado.

—¡Richard! —gritó la voz que ahora Doyle sospechaba pertenecía al doctor Romany—. Dile a Wilbur que se quede con él…, con Byron, y que esté listo para matarle apenas yo lo ordene.

«No le debo nada —pensó Doyle vacilante—. Bueno, de acuerdo, me invitó a comer y me dio un par de soberanos…, pero, qué diablos, para empezar el dinero era de Romany… De todos modos, no tenía por qué haberme ayudado, claro… Pero yo le avisé de que no volviera aquí… oh, no creo que le pase nada, no se muere hasta mil ochocientos veinticuatro… en la historia que yo recuerdo, claro está… Naturalmente que en esa historia Byron no se encontraba en Londres en el año mil ochocientos diez… oh, bueno, de acuerdo, supongo que, como mínimo, puedo echar un vistazo.»

Unos cuantos metros a su derecha se alzaba un viejo castaño, que servía como punto de apoyo a unas cuantas sogas unidas a las tiendas. Doyle avanzó rápidamente de puntillas hacia él y, alzando la vista, distinguió una rama que daba la impresión de poder aguantar su peso. Dio un salto y se agarró a ella.

La cadena que sobresalía de su bota derecha quedó bruscamente suspendida en el aire, sin tocar ya el suelo.

—¡Ha desaparecido! —exclamó uno de los *yags*, su voz convertida en un insoportable chirrido por el asombro.

—¡Wilbur! —aulló Romany—. ¿Sigue Byron ahí y está consciente?

—¡*Avo, rya*!

«Entonces —se preguntó Romany—, ¿qué está diciendo el *yag*? ¿Sería posible que hubiera un desconocido rondando por el campamento? Bueno, de ser así supongo que ahora ya se ha marchado.»

Richard había estado luchando con la carreta para llevarla hasta el *village Bavarois*; una vez lo hubo logrado bajó de un salto para examinar el juguete.

—¿Puedes subirlo tú solo a la carreta? —ladró Romany, cada vez más nervioso.

—C-creo que no, rya —dijo Richard con voz algo temblona, apartando cuidadosamente la mirada de los inquietos gigantes de fuego.

—Tenemos que sacarlos del campamento sin perder ni un segundo… —¡Wilbur, mata a Byron y ven aquí!

Richard torció el gesto. Había matado a varios hombres durante el curso de su vida, pero cada vez se había tratado de una pelea desesperada, una situación en la que no había otro remedio, y donde las oportunidades estaban más o menos equilibradas. y sólo la idea de que si no hubiera actuado de ese modo habría sido él quien muriera le había mantenido en pie durante las interminables horas de temblores y náuseas horrorizadas que habían seguido a cada una de esas muertes. El frío acto de cortarle

el cuello a un hombre maniatado se encontraba más allá de su capacidad; no era tan sólo que fuera incapaz de hacerlo, comprendió, sino que no hubiera podido ni verlo. De hecho, pensaba con abatimiento, era algo que no podía consentir…

—¡Espera, Wilbur! —gritó, y cuando Romany se volvió hacia él con expresión iracunda, Richard alargó la mano hacia el interruptor que controlaba el *village Bavarois*, empujándolo hacia adelante…, y luego, con un pequeño esfuerzo, lo rompió.

Apenas hubo oído al doctor Romany dando la orden de matar a Byron, Doyle había empezado a reptar por una rama casi horizontal, esperando ver al tal Wilbur y poder arrojarle algo, no sabía demasiado bien el qué. Pero todavía no había aprendido a calcular adecuadamente el peso de su nuevo cuerpo, y la rama, que se habría limitado a doblarse un poco bajo el peso de su antiguo cuerpo, empezó a torcerse rápidamente, con un gemido que fue subiendo de tono hasta el chirrido y, finalmente, con una salva de secos crujidos, se desgajó por completo del tronco.

La gruesa rama y su jinete atravesaron el techo de la tienda destruyendo la cocina de los gitanos: cucharas, platos, cazuelas y sartenes añadieron su salvaje estruendo al desgarrarse de la lona y al pesado golpe final contra el suelo. Unos instantes después, el revuelo interior de la tienda empezaba a iluminarse rápidamente por las llamas que habían hecho presa en los pliegues de lona.

Doyle salió rodando de la tienda derrumbada y se encontró sobre la hierba. Las columnas de fuego, que se veían detrás de las tiendas, oscilaban y rugían como si alguien les hubiera echado gasolina encima, y Doyle pensó que, cuando estaba en el árbol le había parecido ver en esas llamas unos contornos humanos, y que todo había sido obra de su imaginación.

Se puso en pie de un salto, dispuesto a salir corriendo en cualquier dirección para evitar el peligro; apenas su pie encadenado tocó el suelo, sintió otra vez los suaves contactos en el interior de su mente y oyó gritar a una de las voces inhumanas.

—¡Ahí está otra vez!

—¡Hola! —dijo una voz similar . ¡Brendan Doyle, ven a ver nuestro juguete!

—¿Doyle está aquí? —oyó chillar a Romany.

—¡Yaah! —rugió algo con tal fuerza que Doyle sintió cómo los dientes le castañeteaban y una columna de llamas, que había adoptado súbitamente la posición horizontal, dio un increíble salto de treinta metros y convirtió una de las tiendas en un infierno de fuego.

Por encima de los alaridos de los gitanos, que huían de la tienda incendiada, Doyle creyó oír el tenue sonido de un acordeón y un organillo tocando una alegre melodía.

Rebotando como un saltamontes sobre sus suelas con resortes, el doctor Romany

se apartó del incendio, mirando como enloquecido en todas direcciones, y se quedó parado de golpe al ver a Doyle, inmóvil junto a la tienda donde antes estaba la cocina, ahora envuelta en llamas.

—¿Quién eres tú? —jadeó, y luego, con un gruñido, dijo—: No importa… —El jadeante y sudoroso hechicero extendió una mano con los dedos rígidos hacia las llamas, como si pensara sacar energía de ellas y luego señaló con su otra mano hacia Doyle—. Muere —le conminó.

Doyle sintió una ola de frialdad que le golpeaba, congelando su corazón y sus entrañas, pero un instante después la ola de frío corrió como una marea que se retiraba a toda velocidad por su pierna derecha, atravesando su pie y hundiéndose en el suelo.

Romany se le quedó mirando, atónito.

—¿Quién infiernos eres tú? —murmuró, retrocediendo un paso.

Metió la mano en su cintura y sacó de su levita una pistola de cañón muy largo.

El cuerpo de Doyle pareció reaccionar por voluntad propia; se lanzó hacia adelante en un rápido salto y extendió su pierna derecha, hundiendo su pie como si fuera un pistón metálico en el pecho de Romany. El hechicero fue catapultado hacia atrás y aterrizó de espaldas a dos metros. Doyle aflojó los músculos cuando aún se encontraba en los aires, y aterrizó con el cuerpo medio flexionado, mientras cogía la pistola al vuelo con su mano izquierda.

—¿*Rya*? —dijo una voz a su espalda—. ¿Quieres que mate a Byron o no?

Doyle se volvió en redondo y vio a un gitano, con un cuchillo en la mano, inmóvil en la entrada de una tienda cercana, intentando ver algo en la oscuridad y la confusión de los fuegos. El hombre acabó distinguiendo al hechicero, que se debatía en el suelo y, volviéndose rápidamente, se metió otra vez en la tienda.

Con dos veloces zancadas, Doyle cubrió la distancia que le separaba de la tienda y apartó de un manotazo la lona, justo a tiempo para ver cómo el gitano alzaba el cuchillo sobre la garganta de Byron, que estaba tendido en un catre, maniatado y con una mordaza en la boca. Antes de que su mente hubiera tomado la decisión de disparar, Doyle sintió cómo su brazo temblaba por el retroceso de la pistola y, a través de la humareda, vio al gitano que se derrumbaba contra la lona, con un hilillo de sangre manando de su sien, donde ahora había un pequeño agujero.

Con los oídos zumbándole todavía a causa del disparo, Doyle se lanzó hacia adelante, tomó el cuchillo de entre los dedos del muerto y cortó las sogas que ataban las muñecas y los tobillos de Byron.

El joven lord se incorporó en el catre y se arrancó la mordaza de la boca.

—Ashbless, le debo la vida…

—Tome —replicó Doyle, metiéndole el cuchillo entre los dedos—. Tenga cuidado, esta noche ocurren cosas muy extrañas por aquí…

Doyle salió corriendo de la tienda, con la esperanza de coger a Romany mientras éste seguía indefenso y medio inconsciente en el suelo, pero el hechicero había desaparecido.

Ahora casi todas las tiendas ardían, y Doyle vaciló durante unos segundos, intentando decidir qué dirección sería la más segura para salir huyendo. De pronto, frunció el ceño intentado comprender lo que veía, pues, sin saber cómo, el espectáculo que presenciaba sólo podía deberse a un grosero error de perspectiva: había visto a dos… no, a tres!… hombres envueltos en llamas, de unos diez metros de alto como mínimo, corriendo y saltando enérgica y casi alegremente por encima de la hierba, yendo y viniendo de las tiendas al camino. Un instante después, otras dos siluetas pasaron ante él, corriendo con una velocidad que a Doyle le pareció más digna de cometas que de seres humanos.

«Creo que lo mejor ser largarnos por la parte norte del campamento y lo más de prisa que podamos —pensó Doyle, pero al volverse en aquella dirección vio que las siluetas llameantes también se encontraban allí—. ¡Dios mío, sean lo que sean están corriendo en círculos alrededor del campamento!»

Se volvió nuevamente hacia el sur y en un instante dos cosas le quedaron bien claras: las siluetas eran ahora demasiado numerosas y corrían demasiado de prisa, con lo que no había ninguna esperanza de poder cruzar el círculo delimitado por su carrera… y la rueda llameante que formaban se estaba estrechando cada vez más.

«Romany hizo venir a esas cosas —pensó Doyle desesperado—, y si ahora resulta que no puede hacerlas volver no será porque yo tenga miramientos en retorcerle el brazo… o el cuello, si hace falta. Tiene que estar metido en una de las tiendas…»

Doyle salió corriendo hacia la tienda más cercana, su sombra fragmentada por las llamas, que giraban locamente a su alrededor.

# 9

*…mediante su brazo vencieron los hijos de la tierra; ahora ten por seguro que ese brazo nos llevará a las profundidades, donde el frío que todo lo detiene ha encerrado a Cocicto.*

*Virgilio hablando a la sombra de Anteo (del Infierno de DANTE)*

«La energía necesaria para ello no plantearía problema alguno —pensó el doctor Romany mientras se inclinaba sobre los papeles de su escritorio e intentaba no oír los alaridos de los gitanos que no habían conseguido huir, y el rugido del ahora casi sólido muro de llamas, que giraba fuera de todo control alrededor del campamento—. Y a juzgar por el ángulo en el que han quedado las varillas de cristal, puedo decidir perfectamente la distancia del salto que deseo, pero… ¿cómo voy a volver? Necesitaría un talismán vitalizado unido a este tiempo…, un trozo de esquisto verde, en el que hubiera inscritas las coordenadas de esta época, sería perfecto.»

Sus ojos se volvieron con expresión pensativa hacia la estatuilla de Anubis, que utilizaba como pisapapeles y que había sido esculpida en esa piedra.

Por encima del estruendo que llegaba del exterior oyó golpes en la tienda de al lado y una voz que gritaba:

—Malditos seáis, ¿dónde está Romany? ¿Es que le tenéis escondido ahí?

Romany pensó que debía de ser el gigante barbudo, que parecía inmune a su proyección fría.

«Viene por mí y no tengo tiempo de ir tallando piedras. Tendré que hacerlo en un papel y confiar en un poco de mi propia sangre (bueno, un poco más de ella) para vitalizarlo…»

Mientras garabateaba a toda prisa los jeroglíficos del Viejo Reino sobre una hoja de papel en blanco se preguntó quién podía ser el hombre barbudo. Y, además, ¿dónde estaba Brendan Doyle?

De pronto, su pluma quedó suspendida en el aire al ocurrírsele una posible respuesta.

«Claro —pensó con algo parecido al terror—, apuesto a que se trata de eso… Naturalmente, ¿acaso no dijeron los yags que su nuevo cuerpo funcionaba mejor? Pero me pareció tan sinceramente indefenso cuando le tuve en mi poder… ¿Sería meramente una farsa? ¡Por Set que debió de serlo! Cualquier hombre capaz de hacer que Amenofis Fikee le colocara en un cuerpo superior, capaz de librarse del veneno y que, además, es capaz de sobrevivir a una de mis mejores proyecciones frías y un momento después, encima, puede dejarme indefenso físicamente…, sí, debía de

tratarse de una comedia.»

Mientras Romany seguía trazando los viejos signos, intentó decidir a qué tiempo saltaría. ¿El futuro? No cuando ello significaba dejar que la debacle de esta noche pasara a formar parte de la historia establecida… Sería mejor saltar al pasado y, una vez allí, arreglar las cosas de tal modo que el esfuerzo fracasado, que había dado origen a la situación de esta noche, ya mala para empezar, nunca hubiera tenido lugar. ¿Cuándo habían empezado realmente los problemas del Amo con Inglaterra? Desde luego, mucho antes del combate naval en la bahía de Abukir el año mil setecientos noventa y ocho, después de lo cual todo el mundo pudo darse cuenta de que los ingleses estaban destinados a controlar Egipto; incluso si esa batalla hubiera favorecido al otro bando, y si el general francés Kleber no hubiera sido asesinado, Inglaterra seguiría controlando las cosas en el momento actual. No, ya que iba a retroceder en el tiempo, bien podía retroceder mucho, al momento en que, por primera vez, Inglaterra puso el pie en el continente africano. Aquello habría tenido lugar en…, alrededor de mil seiscientos sesenta, cuando Carlos II fue restaurado en el trono de Inglaterra y contrajo matrimonio con la princesa de Portugal, Catalina de Braganza, parte de cuya dote era la ciudad de Tánger.

Romany hizo unos cuantos cálculos a toda velocidad y luego frunció el ceño, al darse cuenta de que no había agujero alguno en un radio de veinte años a partir de la boda de Carlos. Claro que había uno en mil seiscientos ochenta y cuatro, el…, garabateó furiosamente…, sí, el cuatro de febrero. Eso era un año antes de la muerte de Carlos, cuando había tenido lugar el primer intento de Cairene Master por establecer en el trono al tan estúpido como manejable bastardo real Jaime, el duque de Monmouth, como sucesor a la tozuda voluntad de Carlos. Fikee había pasado casi dos décadas controlando a duras penas el inevitable rebote newtoniano producido por la invocación de los yags en mil seiscientos sesenta y seis, y se le habían dado instrucciones para que relajara ese control, permitiendo que el equilibrio se restaurara bajo la forma de una tremenda helada en coordinación con el envenenamiento del soberano, la falsificación de un «recién descubierto» certificado de matrimonio entre Carlos Estuardo y Lucy Walter, la madre de Monmouth, y el regreso en secreto del propio Monmouth desde Holanda.

Mientras sacaba a toda prisa la más que utilizada lanceta para otro pinchazo en su vena, Romany recordó lo que había ido mal en ese plan. La dosis fatal de mercurio acabó en el vientre de uno de los spaniels de Carlos… y la Gran Helada, que se suponía debía terminar con la llegada triunfal de Monmouth a Folkestone, resultó mucho peor de lo que Fikee había previsto, prolongándose hasta bien entrado marzo… y el certificado de matrimonio falso, encerrado en su caja negra, se había extraviado misteriosamente. El Amo no se había mostrado muy complacido, desde luego…

Las paredes de la tienda brillaban con una luz anaranjada, reflejando el círculo llameante de los enloquecidos yags del exterior, y gotas de sudor caían sobre la sangre que Romany iba extendiendo cuidadosamente en el margen de la hoja.

«Sí —pensó Romany, poniéndose rápidamente en pie y moviendo las varillas de cristal que había sobre la mesa—, ahí es donde…, no, perdón cuando… voy a saltar. Y les diré a Fikee y al Amo lo que nos reserva el futuro, y les diré que se olviden de esos intentos por controlar Inglaterra, para que consagren todas sus energías a destruirla. Que trabajen para hacer aún más intensa la helada, para que se prolongue enormemente, que enfrenten a los católicos contra los protestantes y los judíos, que asesinen a los líderes del futuro cuando todavía sean niños…»

Sonrió, acariciando las varillas de cristal con delicadeza, colocándolas en el ángulo perfecto. Luego extendió la mano con los dedos estirados hacia el anillo de fuego dibujado por los elementales en el exterior, dispuesto a sacar de ellos la tremenda energía que le haría falta como combustible para impulsar su salto a través del tiempo.

Doyle cerró con un golpe el arcón de las ropas e, ignorando a los aterrados gitanos que yacían en el suelo jadeando, corrió hacia el exterior. El anillo de fuego, que circundaba el campamento, ardía con una luz blanca parecida a la del sol, tan fuerte que era imposible mirarlo directamente. Doyle se quedó inmóvil, jadeando, intentando respirar en la atmósfera cada vez más desprovista de oxígeno, sintiendo cómo el sudor se evaporaba apenas había brotado de su piel. Las tiendas ardían por todas partes e incluso las situadas en el centro, cerca de él, empezaban a humear.

«Dios mío —pensó aterrado—, ¿por qué no los detiene? Si la temperatura sube unos cuantos grados más todos arderemos como cerillas en una chimenea…»

Fue corriendo hasta la tienda contigua y, justo cuando apartaba la lona de la entrada, la parte exterior de la tienda se incendió con una llamarada de color azul. Entró en ella, tambaleándose, y vio al doctor Romany, inmóvil junto a una mesa, con una mano extendida hacia Doyle y la otra aferrando un trozo de papel. Doyle saltó sobre él…

…Y se vio barrido por un huracán incandescente. Durante varios segundos permaneció inmóvil, con todo el cuerpo encogido, esperando el impacto final que le haría pedazos, y luego se encontró cayendo a través de un vacío silencioso y carente de toda luz… hasta que de pronto, sin previo aviso, la luz y el sonido cayeron nuevamente sobre él como un diluvio.

Distinguió fugazmente una gran habitación, iluminada con velas dispuestas en toscos candelabros de madera, y luego volvió a caer a través de una atmósfera terriblemente fría. Un segundo después sus botas se estrellaron en una mesa, una de ellas hizo pedazos un pato relleno y la otra derramó en todas direcciones el contenido

de una sopera. Resbaló, perdiendo el control, y aterrizó con un golpe ensordecedor en una bandeja de jamón cocido.

Los comensales, a los que había cubierto de sopa y trozos de pato, lanzaron un grito de asombro y retrocedieron. Un momento después, Doyle vio al doctor Romany tendido de bruces, con el rostro enterrado en las bandejas de la mesa contigua.

—Disculpen…, les pido perdón — murmuró Doyle, confundido, bajando torpemente de la mesa. —¡Qué me aspen! —exclamó un anciano con los ojos casi fuera de las órbitas, intentando limpiarse con una servilleta—. ¿Qué maldito truco…?

Ahora, una vez pasado el efecto de la sorpresa inicial, todo el mundo parecía más bien irritado y Doyle oyó que alguien gritaba:

—Todo esto huele a brujería… Que les arresten.

También Romany estaba en pie y abrió los brazos con tal ademán de autoridad que, quienes se habían levantado de un salto al verle llegar, retrocedieron un paso obedientemente.

—Hubo una explosión —jadeó, logrando dar a su voz un tono de mando, pese a lo agitado de su respiración—. Apartaos de mi camino, debo…

Y entonces vio a Doyle.

Y pese a su total aturdimiento, Doyle sintió cierta alegría al ver cómo el hechicero se ponía lívido, se volvía en redondo, para abrirse paso a puñetazos y maldiciones hacia la puerta más cercana, y la abría de un manotazo. Antes de perderse en la noche se volvió por última vez hacia Doyle y le miró con temor.

—Ve tras él, Sammy, quiero que le cojas —dijo tranquilamente una voz detrás de Doyle. Se volvió para enfrentarse a la mirada algo suspicaz de un hombre bastante corpulento, que llevaba un mandil, y sostenía en la mano un gran trinchante con la calma de quien está familiarizado con tal instrumento—. No oí explosión alguna —le dijo a Doyle, mientras un joven muy fornido salía corriendo en pos de Romany—. Te quedarás aquí, al menos hasta que hayamos decidido quién debe pagar por toda esa comida desperdiciada.

—No —dijo Doyle, intentando que su voz sonara muy tranquila. No le resultó fácil, pues se había dado cuenta de que varios hombres llevaban botas hasta la rodilla, levitas muy largas y peluca, aparte de que los acentos que oía le resultaban casi incomprensibles; empezaba a tener una idea bastante aproximada de lo que había ocurrido—. Pienso salir de aquí, ¿entendido? Siempre puedes intentar detenerme con eso que llevas en la mano, pero estoy tan asustado que voy a intentar quitártelo con todas mis fuerzas; me imagino que los dos quedaremos malheridos y tengo la impresión de que éste es un mal año para ponerse enfermo.

Para dar más énfasis a sus palabras extendió la mano y cogió una jarra de cerveza vacía de la mesa de al lado.

«Benner —pensó mientras sopesaba la gran jarra de peltre y buscaba el mejor

sitio para cogerla—, espero que seas capaz de esto…»

Apretó fuertemente la jarra, lo bastante fuerte para que se le volvieran blancos los nudillos (las conversaciones habían cesado y todos, incluido el posadero, le estaban observando con interés) y luego aumentó la presión, notando cómo todas las pequeñas irregularidades de la jarra se le clavaban en los dedos. El brazo le dolía terriblemente y todo su cuerpo temblaba…, pero la jarra no cedió.

Tras unos segundos más de esforzarse inútilmente aflojó su presión y, con mucho cuidado, puso nuevamente la jarra sobre la mesa.

—Una artesanía excelente —musitó.

Algunos de los que tenía más cerca estaban sonriendo, y en las mesas más lejanas resonaron algunas inconfundibles carcajadas. Incluso la estólida cara del posadero empezaba a mostrar el asomo de una sonrisa, aunque de mala gana. Cuando Doyle dio la vuelta para salir de la posada todos empezaron a reír y, al igual que las primeras grietas del hielo rompen su presión y su resistencia, gracias a esas risas pudo abrirse paso, rojo de vergüenza pero sin que nadie le molestara, hasta llegar a la puerta.

Cuando abrió la puerta y dio un paso en el exterior, el frío le quemó instantáneamente la cara y las manos, dejándoselas insensibles. Sus pulmones no parecieron demasiado dispuestos a engullir la primera bocanada de aire, y pensó que su nariz empezaría a sangrar a causa de ese aire salvajemente helado.

«Jesús —gritó mentalmente, mientras la puerta se cerraba ruidosamente a su espalda—, ¿qué ocurre? Esto no puede ser Inglaterra, ese hijo de puta debe de habernos llevado a una maldita avanzadilla colonial en la Tierra del Fuego, o en algún sitio parecido…»

De no ser porque todos los ocupantes de la posada seguían riéndose de él, habría dado media vuelta al instante y se habría metido otra vez dentro, pero tal y como estaban las cosas no le quedó más remedio que seguir adelante, con las manos metidas en los bolsillos de su levita demasiado delgada, acelerando el paso cada vez más, hasta que se encontró corriendo por el callejón en tinieblas, con la vaga esperanza de coger a Romany y darle tal susto, que éste fuera capaz de encontrar un lugar bien caliente donde pudiera quedarse sentado durante un rato.

No logró encontrar a Romany, pero Sammy sí lo había conseguido, y Doyle descubrió a Sammy hecho un ovillo a la entrada de un callejón, que estaba a una manzana y media de la posada; a la cenicienta claridad de la luna, Doyle quizá hubiera pasado de largo, pero oyó sus desesperados sollozos. Lágrimas heladas habían pegado la mejilla de Sammy a la pared de ladrillos; cuando Doyle se inclinó sobre él y alzó suavemente la cabeza del joven, se oyó un leve crujido.

—¡Sammy! —dijo Doyle, alzando la voz para penetrar el enloquecido lamento del joven—. ¿Adónde se fue? —Viendo que no obtenía respuesta alguna, le sacudió

con fuerza—. ¿Por dónde se fue?

El vapor de su aliento se alzaba como la humareda de una chimenea.

—Él —jadeó el joven—, él me enseñó las serpientes dentro de mí. Me dijo: «Mírate», y lo hice y no pude ver nada que no fueran serpientes. —Sammy empezó a sollozar de nuevo—. No puedo volver a la posada, no puedo irme a casa…, se meterán dentro de todos y…

—Se han ido —le replicó Doyle con firmeza—. ¿Me entiendes? Se han ido. No pueden soportar el frío, vi a cada una de ellas alejándose a rastras, y habían muerto cuando llegué aquí. Ahora, dime, ¿dónde se ha metido ese hijo de perra?

Sammy dejó de sollozar.

—¿Se han ido? ¿Y están muertas? ¿De verdad?

Inclinó la cabeza con una expresión de temor para mirarse.

—Sí, maldita sea. ¿Viste adónde se marchó?

Después de remover entre sus ropas, con un miedo que iba disminuyendo rápidamente, el chico empezó a temblar.

—De-debo volver —dijo, levantándose con cierta dificultad—. Hace un frío de mil diablos… oh, sí, querías saber dónde se había marchado…

—Sí.

Doyle estaba a punto de bailar claqué sobre los adoquines, tal era su impaciencia y el frío que sentía. Estaba empezando a perder la sensibilidad en el tobillo derecho y temía que la cadena helada se le pegara a la piel.

Sammy resopló, intentando despejarse la nariz.

—Saltó por encima de esa casa y desapareció en la calle de al lado.

Doyle ladeó la cabeza para oírle mejor.

—¿Cómo?

—Saltó por encima de esa casa, igual que si fuera una pulga. —Resopló—. Tenía unos alambres metálicos en la suela de los zapatos —añadió Sammy a guisa de explicación.

—Ah. Bien, gracias… —Doyle pensó que, obviamente, Romany no había tenido demasiadas dificultades para hipnotizar al joven… ¡y en sólo unos segundos! Sería mejor que no confiara demasiado en el miedo que parecía tenerle el hechicero, desde luego, si llegaba a encontrarlo—. oh, por cierto —dijo cuando el joven ya empezaba a irse—, ¿dónde estamos? Me he perdido.

—Estamos en la calle Borough, en Southwark.

Doyle arqueó las cejas.

—¿En Londres?

—Pues claro que en Londres —dijo el joven, empezando a dar patadas en el suelo con impaciencia.

—Ya…, y ¿el año? ¿En qué fecha estamos?

—Oiga señor, en nombre de Cristo, no lo sé. Lo que sí puedo decirle es que estamos en invierno.

Se dio la vuelta y empezó a marcharse a toda prisa hacia la posada.

—¿Quién reina ahora? —gritó Doyle antes de que el joven se esfumara.

—¡Carlos! —le replicó éste por encima del hombro.

«Carloselquesea», pensó Doyle.

—¿Quién reinó antes que él? —gritó hacia la ya casi invisible silueta del joven.

Sammy, al parecer, no le había oído, pero en lo alto se escuchó el crujido de una ventana al abrirse.

—Oliver el Bendito —gritó con enfado una voz masculina—, y cuando gobernaba no permitía que en las calles se armaran tales jaleos por la noche.

—Le pido que me disculpe, caballero —dijo Doyle a toda prisa, alzando hacia la oscura masa del edificio sus ojos doloridos por el frío, e intentando distinguir cuál de las doce minúsculas ventanas se había entreabierto—. Sufro de… —¿Y por qué no, después de todo?— una ligera fiebre cerebral y he perdido la memoria. No tengo lugar alguno donde ir. ¿Podría dejarme dormir hasta mañana en su cocina o quizá arrojarme por la ventana algo que fuera más grueso que mi levita? Yo…

Oyó el golpe de la ventana al cerrarse y el chirrido del pestillo, aunque seguía sin poder precisar de cuál se trataba.

«Típicamente cromwelliano pensó, lanzando un suspiro que se alejó por los aires como una nubecilla. Bueno —se dijo reanudando la marcha—, así que me encuentro en algún año entre…, eh… mil seiscientos sesenta y ¿qué? ¿Cuándo murió Carlos II? Me parece que fue alrededor de mil seiscientos noventa. Peor aún… Al menos en mil ochocientos diez tuve la suerte de encontrar a Benner, y siempre me quedaba el recurso de buscar a los hombres de Darrow y volver a casa con ellos o, si no lo conseguía, aceptar lo que el destino parecía haberme reservado; vivir mi vida en una razonable comodidad como William Ashbless. (Maldición, qué frío hace…) Imbécil…, ¿por qué no lo hiciste? Tendrías que haberte limitado a escribir los poemas de Ashbless tal y como los recordabas, visitar Egipto y dejar que una modesta cantidad de fama y fortuna, aparte de una linda esposa, te fueran cayendo encima. Pero no, en vez de eso, tenías que meterte con hechiceros para echar a perder sus planes. Ahora, la historia va a quedarse sin William Ashbless y tú estás atascado en un maldito siglo en el que nadie se lavaba los dientes, ni se daba un baño, y un hombre ha llegado a la mitad de su vida cuando cumple los treinta años.»

Casualmente, estaba mirando hacia arriba cuando una extraña silueta apareció recortada en la estrecha franja de cielo visible entre las dos hileras de tejados y quedó claramente iluminada por la luna, casi llena, durante un segundo. Doyle retrocedió dando un salto, y se apretó todo lo que pudo contra la pared más próxima, por mucho que estuviera seguro de su casi total invisibilidad entre las sombras del callejón. La

imposible figura que había visto en pleno salto era, inconfundible incluso en esa visión fugaz, la del doctor Romany, con su capa aleteando y las suelas de sus zapatos colgando bajo él con los resortes totalmente desplegados.

A medida que su impulso ascendente iba desapareciendo, y sentía las primeras y aún débiles telarañas de la gravedad que empezaban a atraerle hacia el suelo, y cuando los tejados más próximos empezaban a subir de nuevo, ocultándole el gélido esplendor de las grandes mansiones situadas a lo largo del puente de Londres y el inmóvil río blanco que yacía debajo, Romany se dio cuenta de que sus saltos no eran tan potentes como unos minutos antes, y la capa de aire activado que le rodeaba empezaba a perder su integridad, dejando que el intenso frío de la atmósfera le alcanzara. Después de todo, sus poderes no habían aumentado realmente y lo único que ocurría era que su normal habilidad mágica llegaba más lejos en ese ambiente más arcaico y, por lo tanto, más susceptible a la hechicería. El efecto estaba empezando a desvanecerse. Mientras flexionaba las piernas contra un gablete y descendía luego en una lenta zambullida hacia los adoquines, pensó que su actual situación era parecida a la del hombre que encuentra muy ligera su espada de costumbre, tras haber pasado unas horas practicando con otra mucho más pesada: la espada sigue pesando igual que siempre y la ilusión de una nueva fortaleza no tarda en desvanecerse.

«Este aparente aumento de mis poderes es probable que no llegue a la mañana… y la puerta, situada en la posada que pusimos patas arriba, se cerrará aproximadamente al amanecer. Por lo tanto —pensó, mientras detenía su lenta caída rodeando con el brazo el letrero de una taberna que, en hierro forjado, exhibía como emblema un cuervo bailando—, tengo que hablar con Fikee y el Amo tan pronto como pueda para decirles quién soy y la razón que me ha traído hasta aquí.»

«Ésta va a ser una cena excelente», pensó Ezra Longwell, a quien siempre le había complacido la buena comida que la Hermandad ponía a disposición de sus miembros. Volvió a llenar su copa de oporto con la botella que había junto a la chimenea, pensando que en ese terrible invierno incluso el vino de Champaña debía pasar una buena media hora junto al fuego antes de ser servido, mientras que a los claretes y a los vinos de más cuerpo les hacía falta como mínimo hora y media. Sorbiendo su vino, aún algo fresco, se acercó a la pequeña ventana estilo Tudor que el calor de la cocina había mantenido libre de escarcha. Limpió el vaho con su manga y miró hacia afuera.

Al oeste del puente se veían las luces de los cobertizos y tiendas de la feria invernal, que se extendía sobre la superficie helada del río, desde Temple Stairs hasta

la orilla de Surrey. Patinadores con linternas giraban alegremente sobre el hielo, como fuegos artificiales o estrellas fugaces, pero en esos momentos a Longwell le alegraba más encontrarse a cubierto y con la perspectiva de una buena cena.

Se apartó de la ventana y con una última mirada afectuosa a los pucheros humeantes («¡Trate con amabilidad a esas admirables salchichas!», le había dicho a la formidable cocinera) cruzó la sala hasta llegar al comedor, mientras la delgada cadena de su tobillo tintineaba débilmente sobre los maderos del suelo.

Owen Burghard alzó la mirada y sonrió al ver a Longwell.

—¿Qué tal se porta el sesenta y ocho, Ezra?

Longwell se ruborizó un poco mientras se dirigía a su silla de costumbre, demasiado consciente de las miradas algo divertidas que le dirigían los otros miembros.

—No mal del todo —replicó con un gruñido mientras la silla crujía bajo su peso —, aunque es condenadamente frío.

—Eso le irá bien a tu humor sanguíneo, Ezra —dijo Burghard, concentrándose de nuevo en el mapa que tenía sobre la mesa. Golpeó levemente el margen derecho con el extremo de su pipa de arcilla y siguió hablando con su tono de costumbre, al que sólo le faltaba una pizca de entonación para ser pedante—. Por lo tanto, caballeros, pueden ver que estos períodos de creciente actividad por parte de la banda de gitanos de Fikee…

Y le interrumpió una serie de fuertes golpes en la puerta.

En un segundo todos se pusieron en pie, con la mano en el pomo de la espada y la culata de sus pistolas, y cada uno de ellos había movido automáticamente la cadena, que colgaba de su bota derecha, para que pudiera tocar libremente el suelo, como si ese contacto fuera tan importante como el de sus armas.

Burghard fue hacia la puerta, quitó el pestillo y retrocedió un par de pasos.

—No está cerrada —dijo.

La puerta se abrió y todas las cejas de los presentes se arquearon al ver entrar en el comedor lo que parecía un gigante salido de la mitología noruega. Era tremendamente alto, aún más que el rey, quien rebasaba con creces el metro ochenta, y su levita, de extraño corte y un grosor muy poco adecuado para el clima, poco hacía por ocultar la anchura de sus hombros y los grandes músculos de sus brazos. Su barba cubierta de escarcha le daba el aire de un anciano.

—Si tienen un fuego —dijo la gélida aparición con voz ronca y un acento más bien bárbaro— y algún tipo de bebida caliente…

Se tambaleó y Longwell temió por un segundo que, si el monstruo se derrumbaba, los libros saldrían despedidos de sus estanterías.

Y en ese momento, Burghard dio un respingo, señalando la bota derecha del intruso, de donde colgaba una cadenilla cubierta de hielo, y se adelantó para

sostenerle.

—¡Beasley! —ordenó secamente—. Échame una mano. Ezra, café y coñac, ¡de prisa! Burghard y Beasley acompañaron al coloso medio congelado hasta el banco, que se encontraba frente a la chimenea del comedor. Cuando Longwell apareció con un gran tazón de café, convenientemente reforzado, el gigante se limitó durante unos segundos a inhalar su aroma antes de tomar un sorbo.

—Ah —jadeó por fin, dejando el tazón en el suelo y extendiendo las manos ante el fuego—. Pensé que iba a morir ahí fuera. Sus inviernos ¿siempre son tan malos?

Burghard frunció el ceño y miró a los demás.

—Caballero, ¿quién sois y cómo habéis llegado hasta aquí?

—Oí decir que tenían la costumbre de…, de reunirse en una casa en el extremo sur del puente. En el primer sitio al que llamé no querían dejarme entrar, pero me indicaron cómo llegar hasta aquí. En cuanto a quién soy, pueden llamarme…, bueno, diablos, no se me ocurre un nombre adecuado. Pero he venido aquí… —y en el rostro cansado y lleno de arrugas apareció una sonrisa—, he venido aquí porque sabía que acabaría viniendo. Creo que ustedes son una especie de sabuesos y les necesito para atrapar a mi zorro. Hay un hechicero, llamado doctor Romany que…

—¿Se refiere al doctor Romanelli? —le preguntó Burghard—. Hemos oído hablar de él; y algunos le conocemos.

—¿De veras? ¿Tan arriba de la corriente? Santo Dios… Bien, Romanelli tiene un gemelo llamado Romany, que ha saltado… creo que podríamos decir que utilizando la hechicería, a su Londres. Debe ser atrapado y se le debe inducir a que vuelva al sitio al… al que pertenece. Y con un poco de suerte, quizá se le pueda convencer para que me lleve con él.

—¿Un gemelo? Apostaría a que debe referirse a un ka —dijo Longwell, cogiendo un ascua de la chimenea con las tenacillas y colocándola cuidadosamente en la cazoleta de su pipa, que había llenado hacía unos instantes—. ¿Le apetece una pipa?

—Dios, sí que me apetece —dijo Doyle, aceptando una frágil pipa de arcilla blanca y una bolsita de tabaco—. ¿A qué se refiere con eso de un ka?

Burghard contempló a Doyle con el ceño algo fruncido.

—Caballero, es usted una condenada y sorprendente mezcla de sabiduría e ignorancia, y en algún momento posterior me gustaría mucho oír la historia de sus aventuras. Por ejemplo, lleva una cadena de conexión, pero no parece saber gran cosa sobre nosotros; conoce al doctor Romanelli, pero no sabe lo que es un ka y tampoco está enterado de las razones por las cuales este invierno es tan inclemente —Sonrió, pese a que en sus engañosamente apacibles ojos seguía brillando una chispa de calculadora dureza, y se pasó los dedos por su rala cabellera, que llevaba bastante corta—. En cualquier caso… un ka es un duplicado de un ser humano que se hace crecer en un tanque lleno de una solución especial a partir de unas cuantas gotas de

sangre de la persona original. Si el procedimiento se lleva a cabo del modo adecuado, el duplicado no sólo se parece perfectamente al original, sino que además posee todos los conocimientos que tuviera ese original.

Doyle había llenado su pipa de tabaco y estaba procediendo a encenderla tal y como había hecho Longwell.

—Sí, supongo que Romany puede ser una criatura de esa especie —dijo, emitiendo bocanadas de humo y dejando que el calor de la pipa le fuera descongelando la escarcha de la barba. De pronto, abrió los ojos, como sorprendido —. Ah, claro…, creo conocer a otro hombre que probablemente también es un… un ka. Pobre diablo, estoy seguro de que él lo ignora.

—¿Ha oído hablar de Amenofis Fikee? —le preguntó Burghard.

Doyle contempló al grupo de hombres, preguntándose cuánto podía atreverse a revelarles.

—Ha sido, es o será el jefe de una banda de gitanos.

—Cierto, es su jefe. ¿A qué viene todo eso de ha sido o será?

—No importa… De todos modos, caballeros, ese ka del doctor Romanelli se encuentra esta noche en Londres, y posee un conocimiento que nadie debería poseer, por lo que es necesario encontrarle para que vuelva al sitio donde debe estar.

—Y queréis volver con él —dijo Burghard.

—Así es.

—¿Por qué utilizar un medio tan peligroso de viaje, así sea tan rápido? —le preguntó Burghard—. Utilizando un barco y luego con un caballo o una mula podréis llegar a cualquier lugar del mundo en seis meses.

Doyle suspiró.

—Tengo entendido que la función de vuestra sociedad es actuar como una especie de… policía mágica —dijo.

Burghard sonrió y frunció el ceño al mismo tiempo.

—No se trata exactamente de eso, caballero. La paga, que recibimos de ciertos lores muy ricos y poderosos, se nos entrega para evitar todo tipo de traición cometida mediante la magia. No utilizamos la magia, sino sus negaciones.

—Ya veo. —Doyle dejó su pipa en el suelo—. Si se lo cuento todo —empezó a decir con cautela—, y si luego están de acuerdo conmigo en que ese Romany, sea lo que sea, constituye una…, digamos que una amenaza terriblemente poderosa para Londres, Inglaterra y el mundo… ¿me ayudarán a cogerle y, caso de que luego sea posible, no le pondrán obstáculo alguno a que regrese a mi lugar de origen?

—Tenéis mi palabra —le contestó Burghard en voz muy baja.

Doyle permaneció en silencio durante varios segundos, contemplándole mientras el fuego crujía y restallaba en la chimenea.

—Muy bien —gruñó por último—. Mi relato ser breve, pues debemos actuar

rápido, y creo saber dónde se encontrar durante las siguientes dos horas, más o menos. Él y yo llegamos hasta aquí mediante un proceso mágico, pero no venimos de otro lugar como podría ser, por ejemplo, Turquía. Nuestro salto empezó… en otra época. El último amanecer que he presenciado tuvo lugar el veintiséis de septiembre del año mil ochocientos diez.

Longwell prorrumpió en una explosión de risotadas, que cesaron cuando Burghard alzó la mano.

—Seguid —dijo.

—Bien, parece que algo ha… —Se detuvo al darse cuenta de un libro encuadernado en cuero que había sobre la mesa y, aunque el volumen era nuevo y el 1684 estampado en oro sobre el lomo relucía claramente, fue capaz de reconocerlo y, poniéndose en pie, fue hasta él. Al lado había una pluma y un tintero preparado. Sonriendo, Doyle mojó la pluma en el tintero, buscó la última página y escribió en ella: HAY ENDANBRAY. ¿ANCAY OUYAY IGITDAY?

—¿Qué habéis escrito? —inquirió Burghard.

Doyle contestó a su pregunta agitando con impaciencia la mano.

—Caballeros, algo ha perforado una serie de agujeros en la estructura del tiempo…

Unos quince minutos más tarde un grupo de doce hombres, bien protegidos contra el intenso frío, salió por la puerta del viejo edificio y fue rápidamente en dirección sur, hacia el angosto puente que llevaba a la orilla de Surrey. Entre las viejas casas había espacio suficiente para caminar dos hombres a la vez, pero ellos iban en fila de a uno. Doyle era el segundo de la fila, justo detrás de Burghard, envuelto en su capa; a Doyle no le resultaba demasiado difícil mantenerse a la par de sus largas zancadas, aún llevando en la cintura el nada familiar bulto de una espada, que golpeteaba constantemente su muslo derecho a cada paso. El delgado haz amarillento de la linterna, que llevaba Burghard, era su única iluminación, pues en el oscuro desfiladero de la calle reinaban las tinieblas, por mucho que, varios pisos por encima de ellos, los rayos de luna parecieran congelar los tejados puntiagudos y la telaraña de gruesos maderos que apuntalaban los inestables edificios para que no se desplomaran unos sobre otros. El puente estaba totalmente silencioso y lo cruzaban sin hacer ruido alguno, salvo el tintineo ocasional de una cadena sobre los adoquines; lejos, hacia su derecha, Doyle pudo oír una débil música y carcajadas.

—Aquí —murmuró Burghard, metiéndose en un callejón e iluminando con su linterna una estructura de madera que Doyle, unos segundos después, identificó como una escalera que se hundía en las profundidades—. No tiene sentido que proclamemos nuestra llegada entrando por la puerta sur como si fuéramos un desfile.

Doyle le siguió por la tenebrosa escalera y, después de un largo descenso por un

pozo tallado en las piedras del puente, aparecieron al aire libre bajo la enorme silueta del arco.

Doyle se dio cuenta, por primera vez, de que el río, visible más allá de la escalera a través de los ojos del puente, era una blanca e inmóvil extensión de hielo iluminado por la luna.

Sobre el hielo se veía un grupo que avanzaba hacia la orilla norte y, después de echarles una mirada distraída, Doyle no pudo apartar sus ojos de aquellas lejanas siluetas. ¿Qué le había llamado la atención en ellas? ¿Quizá lo peculiarmente encorvado de algunas, o el extraño andar oscilante de la que encabezaba la marcha?

Doyle apretó con su enorme mano enguantada el hombro de Burghard.

—El telescopio —gruñó todo lo bajo que pudo, mientras que Longwell se estrellaba contra su espalda, sin hacerle mover ni un centímetro.

—Ciertamente.

Burghard rebuscó bajo su capa y le extendió a Doyle un telescopio plegable.

Con una serie de chasquidos, Doyle lo desplegó al máximo y enfocó el lejano grupo de figuras. El aparato no parecía tener ningún modo de mejorar la imagen, pero pudo ver, con la claridad suficiente como para estar seguro, que su líder, el de los andares extraños, era el doctor Romany, mientras que las otras cinco…, no, seis figuras, parecían ser hombres contrahechos envueltos en pieles.

—Ese es nuestro hombre —le dijo Doyle a Burghard sin levantar la voz, devolviéndole el telescopio.

—Ah…, y mientras se encuentre en el hielo no podemos correr el riesgo de enfrentarnos a él.

—¿Por qué? —le preguntó Doyle.

—La conexión, amigo mío… las cadenas no sirven de nada en el agua —siseó Burghard con impaciencia.

—Cierto —murmuró Longwell a su espalda, invisible entre las tinieblas, algo por encima de donde estaba Doyle—, si nos enfrentáramos a él sobre el hielo, soltaría contra nosotros a todos los demonios del infierno en un segundo, y nuestras almas no tendrían ningún punto al que agarrarse para resistir ese asalto.

Una ráfaga de viento casi ártico azotó la vieja escalera, haciéndola oscilar como el puente de un navío en mitad de una galerna.

—De todos modos, siempre podemos seguirles hasta la orilla norte —dijo Burghard en tono pensativo—, y luego nos será posible detenerles. Sí, seguidme, eso es lo que haremos.

Reanudaron su descenso y, tras unos minutos más de moverse con dificultad por los angostos escalones, llegaron a un atracadero medio derrumbado y cubierto de nieve desde el cual pudieron pisar, al fin, el hielo.

—Ahora se han desviado un poco hacia el oeste —dijo Burghard, siempre en voz

baja, con los ojos clavados en las siete figuras que avanzaban por el río helado—. Saldremos bajo el puente por el lado oeste, y luego torceremos hacia el norte y nos encontraremos con ellos en la costa, una vez hayan terminado de cruzar el hielo.

Cuando pasaron por debajo de uno de los grandes arcos del puente, Doyle vio luces que oscilaban ante ellos, y oyó de nuevo, pero esta vez con mayor claridad, las risas y la música. En el río había tiendas y cobertizos, así como grandes columpios en los que se veían antorchas y un gran bote con ejes provistos de ruedas, que iba y venía lentamente de un lado a otro del río, con rostros pintarrajeados en la vela y en las ruedas y los aparejos cubiertos de cintas y banderolas. La silenciosa procesión de la Hermandad de Anteo no se acercó demasiado a los festejos, que se celebraban en la parte este, y siguió avanzando hacia el norte.

Cuando aún se encontraban a unos noventa metros de la costa, el grupo del doctor Romany emergió de las tinieblas, bajo el arco situado más al norte del puente, y se dirigió hacia unas escalinatas que había bajo la calle Támesis. La alta silueta del doctor Romany, con su eterno bamboleo, se volvió hacia ellos cuando empezaban a subir por la escalera; y en ese mismo instante, Burghard se apartó a un lado y dio una ágil voltereta, que terminó propinando con sus pies una buena patada al pecho de Doyle. A Doyle le resbalaron los pies sobre el hielo y acabó dando con su trasero en él, mientras que Burghard se reía estruendosamente. Mientras tanto, Longwell se entregaba a un más grotesco baile, seguido por una serie de piruetas. Durante unos instantes, Doyle estuvo seguro de que Romany les había lanzado un hechizo que producía una súbita locura y que, de un segundo a otro, él mismo empezaría a ladrar como un perro o intentaría comerse su sombrero a mordiscos.

Romany se volvió nuevamente hacia el norte, y tanto él como su sorprendentemente ágil cortejo de seguidores ascendieron por la escalinata. Una nube ocultó la luna y la escena se oscureció como si un telón hubiera bajado sobre ella.

Burghard y Longwell, ahora nuevamente serios, ayudaron a Doyle mientras se ponía en pie.

—Mis excusas —dijo Burghard—. Era vital que nos tomaran por un grupo de borrachos.

Ahora, de prisa, vamos a por ellos.

Los doce hombres empezaron a correr hacia la costa y Doyle no tardó en dominar el paso, medio carrera medio resbalón, necesario para mantener el equilibrio. Unos dos minutos después se encontraban al inicio de la escalinata, trepando por el mástil de un bote hundido, que sobresalía formando ángulo en el hielo.

Siguieron por un callejón, que daba a la calle Támesis, y, una vez llegados a esa avenida más amplia, miraron a derecha e izquierda en busca de su objetivo, que parecía haberse esfumado.

—Ahí —dijo Burghard con voz tensa, señalando hacia un montón de nieve en

mitad de la calle—. Se han metido en ese callejón.

Los doce hombres reanudaron la marcha, aunque Doyle no consiguió ver pista alguna a partir de la cual Burghard hubiera podido deducir el rumbo tomado por Romany; todo lo que vio al pasar junto al montón de nieve fueron las huellas dejadas por dos perros bastante grandes.

Se metieron corriendo en el callejón y el cuerpo de Doyle reaccionó ante un leve chirrido mucho antes de que su mente lo oyera de forma consciente; su mano izquierda desenvainó la espada, haciendo un molinete y dejándola en la posición justa una fracción de segundo antes de que la criatura saltara sobre él para empalarse en la punta. El impacto le hizo retroceder; oyó un gruñido gutural y el rechinar de los dientes sobre el acero un instante antes de que su pie izquierdo hiciera saltar al monstruo agonizante de su espada.

—¡Cuidado, monstruos! —oyó gritar a Burghard un poco más adelante; la linterna se estrelló sobre los adoquines helados y su panel corredizo se abrió a causa del golpe, derramando sobre el callejón un haz de claridad amarillenta.

La escena, que Doyle distinguió gracias a aquella luz, era como un cuadro enloquecido que Goya no hubiera tenido nunca el valor suficiente para pintar: Burghard rodaba por el suelo, luchando salvajemente con una criatura inhumanamente musculosa, que parecía ser a la vez tanto hombre como lobo, y había unas cuantas criaturas más, agazapadas, que parecían observar el combate como esperando su desenlace. Tenían los hombros encorvados, como si el caminar sobre sus patas traseras fuera todavía una novedad para ellas, y sus hocicos de perro hacían aún más pequeñas sus cabezas, mientras que de sus enormes fauces sobresalían unos dientes que a Doyle le parecieron más bien dagas de marfil… Pero en sus diminutos ojos brillaba la inteligencia y cuando Doyle, sin quitarles la vista de encima, dio un paso adelante para hundir su espada en el monstruo peludo que luchaba con Burghard, las demás criaturas retrocedieron cautelosamente.

—¡*Sols, Rowary*! —ladró una de aquellas criaturas por encima del hombro.

Burghard apartó de una patada a su agonizante adversario y se puso en pie, quitándose la sangre de los ojos y blandiendo la espada con la diestra, mientras que en su mano izquierda se veía una daga manchada de sangre. Los dos cuerpos musculosos y velludos habían dejado ya de retorcerse, y ahora yacían inmóviles como si fueran una frontera entre los dos grupos de enemigos.

—Longwell, Tyson —dijo Burghard en voz baja—, meteos los dos ahora mismo por entre esas casas y cerrad el otro extremo del callejón.

Los dos hombres se apresuraron a obedecer y partieron con un tintineo de espadas y cuchillos desenvainados.

Romany había dado la vuelta y, tras desandar el camino, se encontraba ahora ante sus atacantes, flanqueado por dos de sus lobunos esbirros. Su flaco rostro,

extrañamente iluminado por la linterna, estaba distorsionado por una rabia increíble y cuando abrió la boca para empezar a pronunciar sílabas, ante las cuales el mismo aire parecía encogerse aterrado, Doyle sintió cómo la cadena que llevaba alrededor del tobillo empezaba a vibrar y se calentaba. En ese mismo instante, Romany vio a Doyle con la espada cubierta de sangre en la mano, tan obviamente inmune a su magia que ni se tomaba la molestia de intentar evitarla, y su rostro palideció; el cántico se fue desvaneciendo en el silencio, pese a que los labios de Romany seguían abiertos, ahora en una mueca de abatimiento.

Doyle se inclinó para coger la linterna y luego volvió a erguirse. Miró al hechicero, sonriendo, y le apuntó con la espada.

—Me temo que deberá acompañarnos, doctor Romany —dijo.

El mago dio un prodigioso salto hacia atrás, que le hizo pasar sobre las cabezas de los hombres lobo, y luego siguió alejándose a saltos por el callejón, seguido por sus criaturas, y Doyle, Burghard y los demás, avanzando con más cautela, intentaban no perderles de vista.

De pronto, resonó ante ellos el seco estampido de una pistola y un instante después se oyó un aullido, que rebotó en los muros de piedra hasta desvanecerse en un jadeo ahogado.

—Deteneos, monstruos —Doyle oyó gritar a Longwell—, hay pistolas suficientes como para enviaros a todos al hogar del que habéis salido.

Doyle echó a correr rebasando a Burghard y alzó la linterna con el tiempo justo para ver cómo una figura, envuelta en una capa, salía disparada hacia lo alto.

—Ha saltado al tejado… ¡cogedle, rápido! —rugió y otros dos relámpagos seguidos por dos estampidos iluminaron el callejón ante él.

Distinguió fugazmente los cañones de las pistolas, que apuntaban hacia arriba, y un instante después le ensordeció la detonación de la pistola de Burghard, disparada casi junto a su oído.

—¡Esas cosas trepan por las paredes como si fueran arañas! —chilló Longwell—. ¡Disparadles!

En lo alto se oyó el chirrido de una ventana y lo que sólo podía ser un orinal se estrelló contra la pared que Doyle tenía delante, rociándole con su contenido.

—¡Marchaos de aquí, ladrones y asesinos! —graznó una voz de mujer.

Unos instantes después, en el suelo del callejón cayó un diluvio de tejas y fragmentos de piedra aflojados por los disparos.

—¡No disparéis! —gritó Burghard, su voz enronquecida por el disgusto—. Podéis darle a esa condenada mujer…

—Se han ido, jefe —dijo Longwell, que apareció corriendo para reunirse con Doyle, Burghard y los demás—. Huyeron por los tejados tan de prisa como si fueran ratas.

—Volvamos a la calle Támesis —dijo Burghard con la respiración entrecortada —. Hemos perdido a Romany…, una vez en los tejados puede ir donde le plazca.

—Sí, volvamos a nuestra cena —sugirió Longwell con fervor, mientras el grupo envainaba sus espadas, guardaba sus pistolas y volvía por el pavimento iluminado pálidamente por la claridad lunar, pasando por encima de los dos cadáveres cubiertos de pelo, hacia la calle Támesis.

—Sé adónde irá —dijo Doyle en voz baja—. Está volviendo al lugar donde yo había afirmado que estaría en un principio, el lugar donde mejor funciona la magia…, en el campo del agujero, en esa posada que se encuentra en la calle Borough.

—No me complace demasiado la idea de cruzar el hielo con él enterado de que le perseguimos —dijo uno de los miembros del grupo, de cabello rizado y gran estatura —. Si consigue pillarnos ahí…

—Esto no representaría necesariamente nuestro final —dijo Burghard, que encabezaba la marcha—. No debéis confiar hasta tal punto en vuestra armadura; por el momento nos limitaremos a efectuar un reconocimiento y no haremos nada que sea demasiado arriesgado.

Volvieron a toda prisa hacia las escalinatas que había bajo la calle Támesis. Una vez en lo alto de ellas, inclinándose por encima de la barandilla, escrutaron la helada extensión del río, sobre la que se veían las tiendas y antorchas de la feria invernal.

—Hay demasiada gente para distinguirle —gruñó Longwell.

—Quizá —murmuró Burghard, que había sacado su telescopio y estaba barriendo lentamente el paisaje con él—. Ya les veo —dijo unos segundos después—. Están cruzando en línea recta, ni se toman la molestia de esconderse… ¡ja, tendríais que haber visto los saltos que dan algunos al verles! —Se volvió hacia la imponente silueta de Doyle—. ¿Será mucho más poderoso cuando llegue a esa posada?

—No estoy muy seguro del voltaje exacto —dijo Doyle—, pero podríamos decir que será bastante grande. Debe de tener algo muy urgente que cumplir para no haber ido a la posada en primer lugar.

—Entonces, me temo que no queda más remedio que pisarles los talones —dijo Burghard con cierta reluctancia, empezando a bajar por la escalera—. Seguidme lo más rápido que podáis…, tenemos que recuperar mucho terreno perdido.

Las sandalias de madera japonesas repiqueteaban sobre los adoquines cubiertos de escarcha al acercarse furtivamente otro grupo de hombres por la esquina de Gracechurch, que daba a la calle Támesis; su jefe, el que llevaba un calzado tan peculiar, observó durante unos instantes la calle desierta y luego siguió avanzando con paso decidido.

—Un segundo, alquimista —dijo uno de los miembros de su grupo—. No pienso ir más lejos sin algún tipo de explicación. Lo que oímos eran disparos, ¿no?

—Sí —dijo el jefe con impaciencia—. Pero no iban dirigidos a nosotros.

—Pero ¿a qué iban dirigidos? Me pareció que ese alarido no salía de ninguna garganta humana. —El viento agitaba los largos rizos marrones de su cabellera sobre su rostro petulante y algo entrado en carnes. Con un gesto decidido, el hombre se caló más firmemente el sombrero—. Yo estoy al mando, aunque no haya sido sancionado oficialmente, al igual que mi padre lo estuvo en Francia, y digo que sólo necesitamos lo que está dentro de esa caja… y no consejo alguno de otro maldito hechicero.

Amenofis Fikee retrocedió sobre sus pasos hasta encararse con el hombre, dominándole gracias a la ventaja que le daban sus sandalias con suela de madera.

—Escúchame, payaso presumido —siseó—. Si tu maldito trasero va a posarse alguna vez sobre el trono, será gracias a mis esfuerzos y a pesar de los tuyos. ¿o te imaginas acaso que ese estúpido intento de asesinato planeado por Russell, Sidney y tú mismo el año pasado fue inteligente? ¡Ja! ¡Niños estúpidos que intentan alcanzar un pastel a través del cristal de la tienda! Me necesitáis tanto como a mi magia y, además de eso, os hará falta una ración de suerte condenadamente grande para no terminar con la cabeza en el patíbulo… ¡y no digamos para llegar al trono! Y el hombre que entró en contacto conmigo esta noche, y que me saludó a través de la vela con las viejas contraseñas, tenía un poder mágico como no he visto en ningún hechicero desde…, bueno, desde hace mucho tiempo. Tú estabas ahí y lo viste…, ni me hizo falta encender la vela para recibirle…, ¡la vela se encendió por sí sola! Ahora tiene problemas, muy probablemente con esa preciosa Hermandad de Anteo creada por Jaime, y quiere llegar hasta una de esas inexplicables burbujas de indulgencia de las cuales ya te he hablado, esos lugares en donde la brujería es más libre de obrar… Por lo tanto, vamos allí para reunirnos con él. ¿o quizá prefieres volver a Holanda para correr tras la corona con tus propios medios y sin mi ayuda? —El duque de Monmouth no parecía del todo conforme y Fikee agitó ante él la cajita negra—. ¿Y sin mi falso certificado de matrimonio, que no puede distinguirse por medio alguno de otro auténtico?

Monmouth seguía con el ceño fruncido, pero acabó encogiéndose de hombros.

—Muy bien, brujo. Pero movámonos, antes de que tu maldita helada nos acabe dejando tiesos.

El grupo de siluetas reanudó la marcha hacia el puente.

El bote seguía navegando mal que bien y sus marineros, medio borrachos, agitaban sus antorchas siguiendo aproximadamente el compás de su canción, pero el timonel había subestimado el viento y, de pronto, la vela se hinchó con un seco chasquido; al intentar compensarlo, el timonel viró demasiado y la vela, perdido el viento, quedó totalmente fláccida. El bote se fue deteniendo y los rostros grotescos pintados en las grandes ruedas de madera se fueron haciendo cada vez más claros, a

medida que las ruedas giraban con mayor lentitud sobre los ejes de madera montados en un gran armazón; finalmente el bote quedó inmóvil en mitad del hielo y unos instantes después empezó a balancearse, indeciso, a merced de las ráfagas ocasionales, que amenazaban con hacerle retroceder.

Burghard, que había dirigido a Doyle y a los otros diez miembros de la Hermandad de Anteo en una larga carrera sobre el hielo, aprovechando la protección que les ofrecía el bote, fue directamente hacia él y, agarrándose a la borda, dio un salto y cayó sobre la cubierta. Los marineros borrachos, ya enfadados al haber perdido el viento, se volvieron con expresiones iracundas hacia ese delgado y poco imponente intruso, pero retrocedieron, más bien confusos, cuando la corpulenta silueta de Doyle apareció por encima de la borda en un remolino de melenas, barba y capa.

—Tomamos el mando de esta nave —gritó Doyle conteniendo a duras penas la risa, pues acababa de recordar que había leído el relato de esta aventura hacía sólo unas horas—. Burghard, ¿cómo se pone en marcha esta cosa?

—Stowell —gritó Burghard por encima de la borda—, aparta las ruedas traseras todo lo que puedas y haz que suban todos. La gente está acostumbrada a ver el bote yendo y viniendo por el río; nuestro hombre no se dará cuenta de que le seguimos.

—Pero el bote es mío, amigo… —protestó un hombre regordete instalado junto a la popa, intentando ponerse en pie mientras que el timonel avanzaba hacia los intrusos.

Burghard le enseñó unas cuantas monedas.

—Tomad. No pensamos dañarlo y lo dejaremos en la orilla sur. oh, además… —Contó unas cuantas monedas aparte de las primeras—. Esto es vuestro si podéis dejarnos las máscaras y las antorchas.

El propietario del bote sopesó las monedas, tomando también en consideración el decidido aspecto de los intrusos y acabó encogiéndose de hombros.

—Abandonad el bote, chicos —les dijo a sus compañeros—. Y dejad las máscaras y las antorchas… Tenemos lo suficiente para un barril entero de jerez.

Los expulsados marineros fueron desfilando por la borda con expresión alegre y saltaron al hielo; cuando el último hombre de Burghard estuvo a bordo, una ráfaga de viento hinchó la vela y el bote se puso de nuevo en marcha.

Burghard, con una máscara azul y roja que parecía un tucán, se encargó del timón y dirigió cautelosamente el bote para que siguiera a Romany, pero sin alcanzarle. Ya habían cubierto casi todo el camino, y se encontraban a unos treinta metros de las escalinatas de Jeter Lane, cuando la oscilante silueta de Romany se volvió hacia ellos por tercera vez y se paró de golpe con un respingo, consciente al fin de que le estaban siguiendo.

—¡Nos ha visto! —gritó Doyle, pero Burghard ya había girado todo el timón a la

izquierda y el bote osciló, inclinándose peligrosamente a babor mientras las dos ruedas de ese lado hacían saltar un diluvio de fragmentos de hielo, para acabar enderezándose con un golpe seco y virando a estribor; ahora la proa ya no encaraba las escalinatas sino un gran atracadero.

Doyle se puso en pie y desenvainó su espada para arrojarla bien lejos un segundo después, pues en lugar de espada tenía entre los dedos una gran serpiente, que arqueaba el cuello dispuesta a morderle. Un segundo más y su daga empezó a removerse en su vaina y le hicieron falta las dos manos para contenerla. Sus ropas ondulaban en un enloquecido movimiento peristáltico y su máscara aleteaba golpeándole el rostro, mientras que la mismísima cubierta del bote oscilaba bajo sus pies como los flancos de un inmenso animal que respirase agitadamente. A pesar de su pánico, Doyle comprendió que se encontraba justo en el foco de algún hechizo increíblemente fuerte y, utilizando un aparejo como trampolín, se lanzó por encima de la borda, aterrizando sobre el hielo con las manos extendidas y dando una voltereta. El impulso le hizo rodar un par de metros y luego resbaló durante uno o dos segundos, mientras el bote se estrellaba contra el muelle; el casco se partió con un golpe ensordecedor y tanto el mástil como los miembros de la Hermandad de Anteo salieron disparados en todas direcciones, como los bolos después de un buen tanto.

Doyle se incorporó, arrancándose su todavía palpitante máscara de gato y tras lanzarla tan lejos como pudo, se dio cuenta de que su daga, que el golpe había hecho caer de su vaina, se le acercaba reptando sobre el hielo como un enorme gusano. La apartó de una patada… y un segundo después sintió caer sobre él un aturdimiento casi paralizador pues, aunque el impacto la había lanzado bien lejos, haciéndola rebotar sobre el hielo con la flexibilidad de un tubo de goma, cada vez que daba en el hielo tintineaba.

Burghard se había puesto en pie un instante después de caer sobre el hielo y, aunque su rostro estaba retorcido en una mueca de dolor, logró musitar un «¡A la orilla!» lo bastante fuerte como para que le oyera Doyle, mientras se ponía en marcha hacia allí, cojeando.

En el bote empezaban a verse brillantes lenguas de fuego. Una de sus ruedas, arrancada del eje, giraba lentamente en círculos sobre el hielo, abriendo y cerrando espasmódicamente su boca pintada, mientras que sus ojos relucían con un brillo maligno; cuando las llamas se abrieron paso hasta los bordes de la vela, el rostro pintado en ella puso los ojos en blanco y la lona se arrugó ferozmente, como si esos labios pintados murmuraran palabras ininteligibles.

Stowell, con el rostro enrojecido mientras luchaba con su bufanda para que no le estrangulara, tropezó con Doyle en el camino hacia el atracadero y Doyle, con un esfuerzo de voluntad, tragó aire y le siguió. Algo empezaba a cambiar en la atmósfera; el aire tenía un sabor horrible y a Doyle le ardían los ojos y la nariz con

cada bocanada. Empezaban a dolerle los pulmones y sentía cómo se iba quedando sin fuerzas.

Ante la escalera, que llevaba a la orilla, había ahora un montón de trozos de madera que se retorcían y bailaban, intentando golpear las rodillas de quien se acercaba a la escalera, o metiéndose bajo sus pies para hacerle tropezar; un hombre había caído ya, y estuvo a punto de morir bajo los golpes antes de que Burghard lograra alejarle del peligro. Viendo eso, Doyle se limitó a coger al aún aturdido Stowell por el cuello y su cintura y, tras balancearse dos veces para conseguir un impulso inicial, usó hasta el último gramo de fuerza que le restaba para lanzarle hacia arriba; después de ese increíble esfuerzo, Doyle cayó de rodillas y, con ojos cada vez más nublados, vio cómo Stowell surcaba los aires agitando salvajemente los brazos y las piernas y caía sin apenas hacer ruido, sobre la superficie del atracadero.

El aire parecía quemar, y en él había un opresivo olor a cloro y azufre. Doyle supo que, incluso si los pedazos de madera se apartaran a un lado, no tendría fuerza suficiente para arrastrarse sobre los peldaños y subir por ellos. Rodó sobre sí mismo hasta quedar de espaldas y, sin el menor interés, vio cómo Stowell se recortaba claramente sobre el atracadero con el rostro iluminado por las llamas, cada vez más altas, y golpeaba con su espada hacia abajo. Doyle sintió una cierta envidia al comprobar que la espada de Stowell era sólida y recta, mientras que la suya se había convertido en una anguila saltarina. Luego dejó de pensar, tanto en espadas como en cualquier otra cosa.

Burghard, que aún se mantenía en pie, se internó por entre los trozos de madera y, mientras le golpeaban ferozmente en las rodillas y giraban en el aire para darle en la ingle o en el vientre, a punto de hacerle caer, extendió desesperadamente la mano hacia lo alto y sus dedos se cerraron sobre el filo de la espada que Stowell sostenía.

Sin perder ni un segundo los trozos de madera se apartaron de él, repiqueteando locamente como si estuvieran disgustados.

Burghard se puso en pie, evitando que la mano herida por la espada soportara el peso de su cuerpo, y temblando tragó una honda bocanada de aire.

—¡A mí, Anteanos! —logró gritar.

Longwell se arrastró hacia adelante, protegiéndose con una mano de los salvajes golpes que le propinaban los trozos de madera; con la otra mano, logró aferrar la cadena que sobresalía por la bota de Burghard.

Y los pedazos de madera se apartaron de él.

Uno a uno, tres hombres más lograron unirse a la cadena humana. Los burlados trozos de madera, reforzados a cada segundo que pasaba por nuevos contingentes (algunos, en llamas, procedentes, del bote incendiado), se apartaron de ellos para dirigirse hacia Doyle, que seguía sin haberse unido a la cadena. Los trozos más

pequeños avanzaban más de prisa y ya habían empezado a golpearle el rostro.

—¡Qué uno de vosotros le coja, rápido! —gritó Burghard.

El hombre que estaba al final de la cadena se tensó al máximo, pero no lograba llegar hasta Doyle. Miró hacia atrás y vio que unos enormes tablones, capaces de aplastar cráneos con un solo golpe, estaban apenas a unos metros de distancia, acercándose a toda velocidad; lanzando una áspera maldición, sacó su daga y utilizó la punta para clavarla en la bota de Doyle y arrastrarlo hacia él por encima del hielo.

Doyle sintió que el calor subía por su pie e iba aflojando sus músculos casi petrificados, llegaba por fin a su cabeza y expulsaba de ella a las incontables visiones de enormes cristales, cada vez más abundantes, que habían acaparado la escasa atención que aún estaba en condiciones de prestar al mundo exterior. Logró sentarse en el hielo y, a medida que su conciencia despertaba, se fijó en la daga que le atravesaba el pie y luego en el remolino de madera y tablones que se alejaba de él para ensañarse con dos siluetas inmóviles, que estaban demasiado lejos como para ser incluidas en la cadena formada por los Hermanos de Anteo.

—¡Tú, el de la barba! —estaba gritando Burghard—. No muevas el pie hasta que hayas logrado coger a Friedeman de la mano!

Doyle asintió y, centímetro a centímetro, fue acercándose al hombre de la daga.

—No te preocupes —le gritó a Burghard—, no pienso romper la conexión.

Llegó hasta Friedeman; le cogió de la mano y, unos instantes después, Friedeman aflojó su daga, liberando el pie de Doyle. Volvió a enfundarla y se volvió hacia atrás, para darle la mano al hombre que le había estado cogiendo por la cadena de la bota.

—Arriba —dijo por fin Burghard y los cinco hombres se levantaron algo temblorosos.

Doyle tenía la sensación de que la daga seguía clavada en su pie y cuando la hilera de hombres empezó a subir, cojeando y tambaleándose, por la escalera que llevaba al atracadero, miró hacia atrás y vio que estaba dejando sobre el hielo unas manchas oscuras de las que salía vapor y que, allí donde la daga había penetrado en su pie, se distinguía una zona más negra debido a la sangre congelada.

—Agarraos al que tengáis delante y subid utilizando sólo los pies —gritó Burghard, que ya se encontraba en el atracadero con el rostro visiblemente pálido, pese a la escasa iluminación anaranjada del incendio—. Os iremos ayudando a subir.

Unos dos minutos después, Doyle y cinco miembros de la Hermandad de Anteo estaban sentados o se tambaleaban sobre el atracadero, recuperando el aliento y aprovechando al máximo el calor que se desprendía del bote incendiado, dejando que una tranquilizadora vitalidad fluyera por sus cadenas hasta desparramarse en sus cuerpos, igual que lo haría una buena ración de coñac.

—Ha… ha seguido avanzando después de habernos atacado jadeó —Burghard,

mientras se anudaba un pañuelo alrededor de su mano herida—. Tuvimos suerte de que… no calculara bien el tiempo que tenía, y se limitara a lanzar sobre nosotros el hechizo de la Animación Maligna, uno de los más rápidos que posee. Si se hubiera tomado el tiempo necesario para entonar el hechizo del Aire Letal…

Un hombre se les acercaba corriendo por encima del hielo.

—¡Hijos de puta! —gritó el rechoncho propietario del bote incendiado, señalando expresivamente su infortunada embarcación—. ¡Os veré a todos encadenados ante los jueces!

Burghard rebuscó torpemente en un bolsillo con su mano sana, acabó sacando de él una faltriquera y se la arrojó.

—Con nuestras disculpas —gritó, mientras el hombre la agarraba al vuelo—. Ahí tenéis bastante para un bote nuevo y para que viváis hasta encontrarlo.

—Hemos perdido a seis hombres —dijo en voz baja unos instantes después, volviéndose hacia Doyle y los demás—. Y algunos habéis sufrido heridas que necesitan ser atendidas de inmediato…, pienso por ejemplo en vuestro pie, caballero…, y nuestra segunda protección por orden de importancia, el dinero, se ha terminado. No creo que fuera ninguna cobardía, dada la situación, volver a nuestra sede y… recuperarnos un poco, comer y dormir unas cuantas horas. Siempre podemos reanudar la persecución por la mañana y…

Doyle, que se había quitado la bota y estaba anudando sobre su pie un trozo de bufanda mojado en coñac, volvió a ponérsela y, rechinando los dientes para controlar el dolor, miró a Burghard.

—Tengo que continuar —dijo roncamente—, si es que pienso volver alguna vez a mi casa. Pero estáis en lo cierto, Burghard. Vuestra gente ha hecho más…, mucho más de lo que tenía derecho a pediros. Y lamento terriblemente la pérdida de vuestros seis hombres.

Se puso en pie, agradeciendo por una vez el intenso frío de ese invierno, que actuaba como un anestésico sobre su pie herido.

Longwell meneó la cabeza con expresión disgustada.

—No —dijo—. Cuando estábamos en la orilla norte del río habría estado más que contento de abandonar la cacería y volver a nuestra cena. Pero ahora, con McHugh, Kickham y los demás muertos…, sería incapaz de paladear el oporto sabiendo que su asesino continúa en libertad… y, probablemente, vanagloriándose de su hazaña.

—Cierto —dijo Stowell, que aún no estaba muy seguro de su bufanda y no dejaba de tocarla cautelosamente—. Cuando le hayamos enviado al infierno tendremos tiempo más que suficiente para comer y beber.

El rostro de Burghard, que a la luz anaranjada del fuego parecía tan áspero como un trozo de madera arrojado a la playa por la marea, se hendió en una feroz sonrisa.

—Así sea. Y, caballero —añadió volviéndose hacia Doyle—, no deseo que os

apenéis o que os enorgullezcáis pensando que esos hombres murieron por ayudaros. Se nos paga para esto, y lo considerable del peligro es la razón de que nuestra paga sea igualmente considerable. Y si no hubierais logrado hacer que Stowell pisara el suelo, todos estaríamos muertos en el hielo. ¿Podéis caminar?

—Caminaré.

—Muy bien. —Burghard se dirigió hacia el final del atracadero—. ¿os ha parecido adecuada la paga? —le gritó al propietario del bote, que estaba sentado en el hielo viendo cómo ardía.

—Oh, cierto, cierto —asintió el hombrecillo, saludándole con la mano—. Os aseguro que siempre que os plazca podéis tomar prestado mi bote.

—Al menos alguien ha salido beneficiado de esta noche —murmuró Burghard con amargura.

El bote, convertido ya en un infierno, se fue inclinando lentamente a través del hielo fundido por las llamas, y por entre las nubes del humo y vapor, antes de alejarse, Doyle vio cómo los maderos de la armazón iban cayendo uno a uno, igual que los dedos de una mano al contar.

El posadero frunció el ceño algo disgustado cuando Doyle, agachándose para no tropezar con el dintel, entró en la sala, y luego su gesto de disgusto se convirtió en sorpresa al ver a Burghard y a los demás.

—Owen, ¿este hombre va con vosotros? —preguntó el posadero, no muy convencido.

—Sí, Boaz —le respondió secamente Burghard , y la Hermandad pagará todos los daños que pueda haber causado. ¿Has visto un…?

—El hombre que cayó conmigo encima de las mesas —le interrumpió Doyle—. ¿Dónde está?

—¿Ése? Maldición, claro que sí, él…

La casa tembló de repente, como si un órgano de increíble poder empezara a emitir notas demasiado graves para la escala auditiva del ser humano, y unos instantes después se pudo oír un canturreo agudo, que parecía llegar de muy lejos. La cadena que rodeaba el tobillo de Doyle empezó a vibrar débilmente. Doyle sintió un repentino escozor en el pie.

—¿Dónde está? —gritó Burghard.

Y, de pronto, ocurrieron muchas cosas a la vez. Las velas, que ardían en los candelabros de madera, explotaron en increíbles destellos como si se hubieran convertido en fuegos artificiales, lanzando hacia el techo chorros de ascuas violáceas y emitiendo una espesa humareda, increíblemente apestosa. Las mesas se hicieron pedazos con un gran estruendo, arrojando en todas direcciones alimentos, cubertería y platos; mientras Doyle contemplaba asombrado el repentino pandemonio, se dio

cuenta de que sobre la cabeza de Boaz, el posadero, se había materializado de pronto una especie de embudo blanquecino que recordaba a un tornado. Doyle se volvió hacia los comensales, que habían caído al suelo ante la súbita destrucción de bancos y mesas, y vio sobre cada una de sus cabezas un embudo similar, que se retorcía aumentando de tamaño a cada segundo que pasaba. Sintiendo un repentino terror alzó la mirada, pero sobre su cabeza no vio retorcerse ninguna larva ectoplásmica y, como comprobó un segundo después, tampoco las había sobre las cabezas de sus compañeros.

«Deben de ser las cadenas —pensó—. Ellas nos protegen de este blasfemo Pentecostés…» Miró hacia abajo y vio que de su cadena salía un diluvio de chispas doradas; las cadenas de sus compañeros, de modo similar, parecían haberse convertido también en bengalas.

Las mesas, que se habían hecho pedazos, se agitaron velozmente y adoptaron formas vagamente antropoides; en sus rugosas superficies se veían las astillas, que seguían removiéndose como limaduras de hierro sometidas a un poderoso imán, y unos segundos después empezaron a moverse por la estancia invadida por la humareda purpúrea, golpeando con sus miembros de madera los muros y a todo aquél que se pusiera a su alcance y llegando a lanzarse unas contra otras, como animales enloquecidos.

—¡Círculo! —gritó Burghard.

Doyle se encontró metido de un empujón entre Longwell y Stowell al moverse rápidamente los miembros de la Hermandad de Anteo para formar un anillo. Todos habían sacado sus dagas y espadas y, aunque Doyle no creía demasiado en que armas tan mundanas pudieran hacer daño a semejantes adversarios, se inclinó rápidamente hacia el suelo para cogerle la espada a un comensal que yacía inconsciente a su lado.

Los embudos blancos se estaban haciendo cada vez más largos y llegaban prácticamente al techo, donde empezó a formarse una nube de materia blanquecina. Las diez o doce personas, que estaban unidas a la nube por los embudos, habían dejado de moverse, ya estuvieran de pie, sentadas o caídas por el suelo, pero, como obedeciendo a una señal invisible, de pronto todos alzaron la mirada, vacua e inexpresiva, hacia el círculo de hombres armados que había ante la puerta principal. Y las criaturas de madera se detuvieron, como escuchando algo, y luego, decididamente, se volvieron hacia la Hermandad y avanzaron lenta y cautelosamente en su dirección.

Una de las criaturas, la más adelantada, se detuvo ante Burghard y alzó su brazo, compuesto por la pata de una mesa, dispuesto a dar con él un golpe demoledor, pero antes de que pudiera hacerlo, Burghard hundió su espada en el hombro de la criatura y el bloque de madera, que hasta entonces había sido su brazo, dejó de estar unido al pecho, formado por la superficie de la mesa, y cayó al suelo con un golpe sordo.

Sin pensarlo conscientemente, Doyle dio un salto, que finalizó con su espada en el vientre de otra criatura y con lágrimas en sus ojos, a causa del dolor que el movimiento le había causado en el pie herido; la criatura cayó al suelo convertida en un informe montón de madera y tablones.

En el combate que siguió, resultó que ése era el mejor modo de atacar a las criaturas; y aunque Stowell quedó inconsciente al recibir un golpe, y el brazo de Doyle quedó prácticamente paralizado al encajar un respetable impacto en el hombro, en un par de minutos de saltos, estocadas y fintas todas las criaturas quedaron nuevamente reducidas a madera inerte con la única excepción de la última de ellas que, al encontrarse sola ante cuatro espadas, salió corriendo por la puerta en una más que notable exhibición de humanidad.

Aunque el diluvio de fuegos artificiales había hecho nacer uno o dos pequeños incendios, los candelabros habían vuelto a su intensidad normal y la acre humareda anterior se había disipado casi por completo.

—Debe de estar muy cerca —jadeó Burghard—. Probemos en la cocina… y nada de separarse.

Dio un paso en dirección a la cocina.

—Esperad —le replicó súbitamente un coro de voces inexpresivas, seguido por un ruido de pies en movimiento y cuerpos que avanzaban rígidamente.

Boaz y una docena de sus infortunados clientes se habían incorporado bruscamente, como títeres manejados por el cordón umbilical de ectoplasma que tenían unido a la cabeza. Varios llevaban dagas y espadas y el resto, incluyendo un par de respetables matronas, se habían armado con grandes trozos de madera a guisa de garrotes.

Doyle alzó la vista hacia la intersección de los embudos blanquecinos y vio que la masa del techo se había convertido en un gigantesco rostro sin ojos, y que todos los tentáculos salían de su fláccida bocaza.

—Doyle —dijeron los muñecos al unísono—, reúne a los restos de tu grupo e intenta buscar un camino de retirada tan oculto que mi ira sea incapaz de seguirte por él.

—Está bien, Burghard —dijo Doyle, intentando que la histeria no convirtiera su voz en un agudo graznido—, un hechicero con prisas iría hacia la cocina; el sitio perfecto donde puede encontrar esperándolo fuego, agua hirviendo y todo lo que necesite.

Doyle, Burghard, Longwell y el otro miembro del grupo que aún se tenía en pie, un tipo bajito pero muy corpulento, se movieron tan rápido como les fue posible hacia la cocina, pero el posadero y sus clientes se interpusieron con igual rapidez en su camino.

Doyle se agachó, esquivando el golpe de una matrona, y logró arrancarle el tablón

que blandía con un golpe de su espada, un segundo antes de parar una estocada que iba directa a su pecho. Su cuerpo se movió automáticamente hacia adelante para responder, y sólo en la última fracción de segundo le fue posible dominar el reflejo para hacer girar su espada levemente y hundir la guarda del arma y no su mortífera punta en el vientre del títere humano que le atacaba.

Mientras, la matrona se había colocado a su espalda y su puño se estrelló ferozmente en los riñones de Doyle. Con un rugido de dolor éste se volvió en redondo y la derribó de una patada; mientras caía hizo girar su espada en un arco horizontal que cercenó la blanca serpiente unida a su cabeza; los dos extremos del tentáculo ectoplásmico se encogieron al unísono, y el más largo de los dos azotó un par de veces el techo antes de ser engullido, como un repugnante espagueti, en la enorme boca, que ahora estaba sonriendo. La matrona, tendida en el suelo, empezó a roncar.

Aunque en su ataque no había nada de torpeza o lentitud, los muñecos humanos murmuraban como sonámbulos; uno de ellos logró acorralar a Doyle en un rincón gracias a una veloz y engañosa serie de estocadas, que Doyle consiguió parar de modo instintivo, agradeciendo muy hondamente que Steerforth Benner hubiera estudiado esgrima.

…pienso que podría habérmelo preguntado antes de tirarlo —iba diciendo su atacante con voz tranquila mientras tanto, como si estuviera conversando en la mesa —, eso es lo que me molesta, y me parece que si alguno de los dos tiene derecho a mostrarse enfadado…

«Enfadado, dice», pensó Doyle con desesperación, mientras lograba asestar un buen golpe a la elusiva hoja de acero, y la arrancaba de entre los dedos de su absorto atacante.

…pero si soy yo, querida, el que se queja, después de todo era mi doblete más apreciado y… —prosiguió el hombre sin perder la calma, mientras le asestaba a Doyle una feroz patada, que éste a duras penas logró esquivar de un salto.

Otros dos hombres de plácida expresión se lanzaban contra él, murmurando incesantemente, con las espadas desenvainadas; sin preocuparse del enemigo que pronto tendría a su espalda, Doyle lanzó un golpe hacia el cable blanquecino del hombre que opinaba tener derecho a mostrarse enfadado, pero el golpe no tenía la fuerza necesaria y rebotó en el tentáculo. El hombre lanzó un chillido muy agudo, como el de un conejo herido, y se derrumbó en el suelo. Doyle logró volverse con el tiempo justo para recibir a sus dos nuevos atacantes, cuyas espadas iban dirigidas sin ninguna vacilación a su pecho.

Doyle saltó hacia la derecha y logró detener la hoja del contrincante de ese lado con una *quinte* algo forzada, y luego se dejó caer hacia adelante, siguiendo el impulso de su salto, hasta quedar agazapado casi tocando el suelo. Se apoyó con los dedos de

la mano derecha y permitió que su espada rebotara en los tablones, todavía impulsada por el golpe anterior, quedando con la punta hacia arriba. Un segundo después su adversario se precipitó sobre ella, mientras la punta de su espada atravesaba el aire donde unos instantes antes se había encontrado el pecho de Doyle.

El primer hombre ya se había recobrado y, retrocediendo un paso, lanzó una estocada dirigida al rostro de Doyle («si esa maldita gata no puede decidir si quiere estar dentro de la casa», estaba diciendo en voz baja), pero Doyle movió su espada hacia adelante con toda la fuerza de que fue capaz, con lo que su agonizante adversario salió despedido («o fuera de ella», iba diciendo el hombre), y la estocada, que tenía por meta el rostro de Doyle, se enterró en su espalda.

«Maldito seas, Romany —pensó Doyle, sintiendo que su frío temor estaba empezando a convertirse en una rabia explosiva— has logrado que mate a uno de ellos.»

Golpeó de plano con su espada la sien del hombre, que seguía expresando sus deseos de que la gata se decidiera por fin, y mientras éste caía Doyle cogió una lamparilla de aceite apagada, que estaba en el suelo, y la arrojó, como si fuera un balón de fútbol, a través del comedor iluminado por las llamas hacia la puerta de la cocina. Al estrellarse contra ella y hacerse pedazos, el impacto abrió la puerta y Doyle fue hacia la hoguera más cercana, que estaba lamiendo una pared y empezaba a subir ya por el techo, cogió un madero encendido por un extremo y lo lanzó como una jabalina dentro de la cocina.

Oyó el impacto de la madera en las losas del suelo, y empezaba a pensar que había fracasado cuando se oyó un ruido ensordecedor en la cocina, acompañado de un relámpago anaranjado, y todos los muñecos gritaron al unísono, igual que una docena de radios sintonizadas con la misma emisora. Luego dejaron caer sus armas, miraron a su alrededor con gesto horrorizado y todos, salvo Boaz el posadero, salieron disparados hacia la puerta.

Los tentáculos ectoplásmicos colgaban ahora totalmente inertes, sin nada a qué agarrarse, y un instante después el enorme rostro del techo se apartó con un ruido semejante al de una ventosa, y se desplomó por el aire cargado de humo y hollín hasta estrellarse en el suelo con un repugnante chapoteo. Doyle saltó por encima de él y corrió hacia la cocina incendiada, seguido por Burghard y por un Longwell que cojeaba lanzando maldiciones. Boaz corrió hacia un estante de vasos y lo barrió con la mano, estrellándolos en el suelo. Cogió un bulto envuelto en tela, que había estado en el estante, oculto por los vasos y, deshaciendo los nudos con dedos temblorosos, corrió tras Doyle y los otros dos.

Doyle cruzó de un salto el umbral de la cocina, haciendo girar su espada ante él en un frenético molinete…, pero el doctor Romany no estaba allí. Doyle patinó medio metro sobre el suelo y miró a su alrededor, con cautela primero y con asombro

después, ya que, pese a la humareda y al aceite ardiendo que dificultaban la visibilidad, no resultaba demasiado complicado darse cuenta de que los estantes, los bancos, las mesas e incluso la chimenea de ladrillo, habían sido deformados y arrastrados hacia el centro de la estancia, como si no fueran más que siluetas pintadas en un lienzo de goma, al cual se le había dado un tirón en el centro.

Burghard tropezó con Doyle y unos instantes después, Longwell y el enfurecido posadero, que blandía el pistolón envuelto antes en el trapo, tropezaron con Burghard. Boaz dejó caer el arma y ésta hizo un leve ruido al estrellarse en el suelo cubierto de agua y aceite.

—Guerlay está muerto —jadeó Burghard—. Quiero a ese doctor Romany.

El posadero había recobrado su arma y ahora estaba agitando en todas direcciones el cañón, cubierto de barrillo, exigiendo saber si el duque de York le compensaría por la destrucción de su establecimiento.

—Cierto que lo hará, maldita sea —le replicó secamente Burghard—, y te comprará uno nuevo donde más te plazca. Dame eso antes de que mates a uno de nosotros —añadió, arrebatándole el pistolón—. ¿Adónde lleva esa puerta?

—Un vestíbulo —respondió Boaz de mala gana—. Por la derecha se va a las habitaciones y por la izquierda, a los establos que están detrás.

—Muy bien, empecemos a ver si…

De pronto, los fuegos empezaron a brillar más fuertemente y, en lugar de llamas, la estancia quedó iluminada por una especie de radiación, cuya gama de colores subía rápidamente desde el amarillo anaranjado hasta el blanco; y por segunda vez durante esa noche, Doyle se encontró respirando una atmósfera en la que apenas si quedaba oxígeno.

—¡Lo está haciendo desde fuera! —logró gritar Burghard—. ¡Corred!

Burghard y Longwell salieron tambaleándose al vestíbulo. Doyle se dispuso a seguirles; entonces se acordó del inconsciente Stowell y entró corriendo en el comedor, que también ardía a un ritmo igualmente acelerado.

Stowell había logrado sentarse y pestañeaba contemplando el resplandor blanquecino del incendio. Doyle fue hacia él, le puso en pie de un tirón y le empujó hacia la puerta principal, que seguía abierta.

Stowell, sin embargo, tropezó y, de ese modo, perdió justamente el tiempo necesario para que el dintel de la puerta cediera y media tonelada de escombros y maderos ardiendo se derrumbaran entre un diluvio de ascuas sobre el umbral.

—¡Es inútil! —gritó Doyle—. ¡A la cocina! —Agarró a Stowell por el hombro y le llevó, prácticamente a rastras—. Ten cuidado, eso se ha convertido en un horno —le advirtió, preparándose a entrar otra vez en la cocina, que parecía a punto de fundirse; y un segundo después los dos avanzaron a ciegas, dando tropezones y apagando a golpes las ascuas que intentaban prender en sus ropas y en la barba de

Doyle, hasta encontrarse por fin en la relativa frescura del vestíbulo—. Tendría que haber una puerta por aquí —graznó Doyle. Y entonces se dio cuenta de que toda el ala izquierda del vestíbulo se había derrumbado en un montón de cascotes humeantes—. ¡Jesús! —murmuró con desesperación.

—¡Eh!

Doyle se volvió en la dirección de la que había llegado el sonido y no se sorprendió demasiado, tal como estaban ya las cosas, al ver la cabeza del posadero que le contemplaba, aparentemente posada en el suelo. Le hicieron falta un par de segundos para comprender que Boaz estaba metido en un agujero por el que sólo asomaba su cabeza.

—¡Venid, idiotas! —gritó el posadero—. ¡Al sótano! Está conectado a una alcantarilla de la calle contigua, aunque no se me ocurre ninguna buena razón por la que deba salvar a dos bastardos de esa maldita Hermandad de Anteo…

Doyle logró salir de su estupor y, empujando a un medio inconsciente Stowell ante él, corrió hacia la trampilla. Boaz bajaba ya por la escalera y, con gestos impacientes, se encargó de ir guiando los pies de Stowell en cada peldaño, seguido muy de cerca por Doyle, que cerró la trampilla antes de empezar a descender. Un instante después los tres se encontraron en un suelo de piedra, contemplando los toneles y las cajas, que apenas eran visibles a la débil luminosidad que irradiaban dos cadenas unidas a dos botas.

—Tenía un montón de vino francés —dijo el posadero lacónicamente, señalando hacia unos estantes, y suspiró—: Venid por aquí, más allá de las cebollas.

Cuando salieron del sótano y empezaron a caminar por un angosto corredor tallado en piedra, Doyle, hablando instintivamente en susurros, le preguntó:

—¿Por qué este pasadizo secreto?

—No importa…, oh, qué diablos. Más allá, la cloaca se hace lo bastante ancha para que pueda pasar un bote de remos desde el río. A veces, no resulta prudente molestar a los aduaneros cuando te llega un envío susceptible de tasas… y de vez en cuando hay algún cliente que desea salir de la posada, pero no quiere hacerlo por ninguna puerta visible.

«Bueno —pensó Doyle—, voy a cruzar otra puerta invisible.»

Cuando llevaban recorridos unos cuarenta pasos por el túnel, las cadenas de sus botas dejaron de relucir.

—Hemos salido de la esfera mágica —musitó Stowell.

—Seguro que esas malditas cadenas fueron las causantes de que se incendiara mi posada —gruñó Boaz—. Pero ya hemos llegado…, se puede ver la luz de la luna a través de la reja.

El suelo del túnel subía de nivel al llegar a la reja que cerraba la cloaca. Doyle, flexionando las rodillas, colocó sus hombros contra las barras de hierro. Miró de

soslayo a Boaz y le sonrió.

—Esperemos que sea mejor rompiendo cloacas que aplastando jarras de cerveza.

Y después su rostro perdió toda expresión mientras empezaba a reunir hasta su último gramo de energía para levantarse.

«A decir verdad —pensaba el duque de Monmouth, temblando de frío mientras se acercaba un poco más al bienvenido incendio de la posada—, no me hacen falta estos hechiceros… y tampoco tu maldito certificado de matrimonio falso. Ya le he dicho a Fikee que tengo todas las razones del mundo para creer que mi madre estaba realmente casada con el rey Carlos, y que eso puede ser documentado por el obispo de Lincoln en Lieja. Entonces, ¿por qué no intenta hallar el auténtico certificado de matrimonio?»

Frunció los labios y, con cierto dolor, descubrió que se le habían agrietado a causa del frío. Conocía la respuesta a esa pregunta y no le gustaba. Estaba muy claro que Fikee no creía que Monmouth fuera el legítimo sucesor al trono y, por lo tanto, sus esfuerzos no podían ser interpretados como una simple preocupación patriótica.

«Ese brujo escurridizo pretende ganar mis favores y obtener influencia, una vez que me hayan coronado adecuadamente —se dijo—, y me imagino que el más importante de esos favores ser lo que lleva años armando jaleo por conseguir: el abandono de todos los intereses británicos en Tánger. ¿Por qué estar tan decidido Fikee a evitar que una potencia europea gane una cabeza de puente en África?», se preguntó Monmouth.

Se volvió hacia la silueta artificialmente aumentada de Fikee, que se encontraba a unos metros de distancia, sosteniendo la cajita negra dentro de la cual había el certificado falso.

—¿A qué estamos esperando, brujo?

—¿Es que no puedes mantenerte callado? —le replicó secamente Fikee, sin apartar los ojos del edificio en llamas. De pronto extendió la mano hacia él, señalando algo—. Allí!

Un hombre ardiendo acababa de aparecer por la esquina de la posada, y a cada paso, o más bien a cada salto, cubría una distancia increíble; en su persecución venían dos hombres que también parecían arder, al menos en parte, ya que junto a sus pies se veía una buena cantidad de pavesas y chispas.

Fikee dio un paso hacia adelante, justo cuando uno de los perseguidores se lanzaba hacia su presa en un salto que hizo tambalearse al hombre que ardía y acabó con sus huesos en un montón de nieve.

«Un rescate muy valeroso —pensó Monmouth—, y digno de un caballero.» Pero la segunda silueta se arrastró entonces hasta el primer hombre, que parecía aturdido y aún envuelto en llamas no tan abundantes, y Monmouth dio un respingo de sorpresa

al verle desenvainar una daga y golpear con ella el pecho del primer hombre…, pero la daga se rompió y las dos siluetas se enzarzaron en una pelea salvaje.

«Unos pasos más y llegaré a ellos —pensó Fikee mientras corría torpemente hacia las dos siluetas que se debatían entre la nieve—. Puede que todo esto redunde en nuestro beneficio, pues aunque el hechicero debe de estar sufriendo una terrible agonía al estar tendido en la tierra a la que ha renunciado, al menos sus perseguidores no podrán matarle mediante el fuego o el acero… y tampoco mediante el plomo», añadió mentalmente viendo que el último perseguidor, algo rezagado, extraía de su capa una pistola de gran cañón.

Burghard sabía que un disparo es incapaz de acabar con un hechicero, y especialmente dentro de una esfera mágica, así como tampoco servía de nada la estúpida daga de Longwell, pero había visto cómo el doctor Romany extendía la mano hacia la cadena que Longwell tenía en la bota. Al cerrarse sus dedos sobre los eslabones, se oyó un fuerte siseo y el hechicero lanzó un aullido de dolor, pero logró arrancarla de un tirón. Sólo tenía un instante para distraer al doctor Romany e impedir que hiciera pedazos al ahora indefenso Longwell, y Burghard echó a correr, acercó el cañón del arma a la cara de Romany cuando éste abría la boca para pronunciar algún hechizo devastador… y apretó el gatillo.

El rostro del doctor Romany se desintegró como un castillo de arena al que le dan una patada, y su cuerpo se desplomó sobre la nieve, ahora rociada de sangre.

Tanto Burghard como Amenofis Fikee se quedaron helados, contemplando atónitos la figura convulsa que yacía sobre la nieve. Y en ese instante, el duque de Monmouth, temiendo verse envuelto en algún juicio por asesinato cuando su padre, el rey, le había prohibido pisar nuevamente el país, se dio la vuelta y salió corriendo.

Lentamente, Burghard extendió la mano y, con un golpecito, hizo caer la caja negra de entre los dedos de Fikee.

Cuando Doyle había llegado ya al número veintiocho de la cuenta de treinta segundos, en los cuales había calculado que se le acabarían las fuerzas, la reja de hierro, que se le había estado incrustando en la carne, cedió bruscamente y salió despedida de sus soportes con un chasquido metálico, para caer entre una lluvia de mortero pulverizado sobre los adoquines de la calle que había encima de ellos. Doyle se agarró al borde y salió de la cloaca; luego se volvió y, cogiendo al posadero por la muñeca, le ayudó a salir, repitiendo esos mismos gestos con Stowell.

—¿Oíste algún ruido mientras yo intentaba abrir la reja? —le preguntó a Stowell —. Me pareció oír algo.

—Cierto —jadeó Stowell, frotándose el hombro—, un grito y un disparo.

—Volvamos.

Echaron a correr por donde habían venido pero, esta vez en la superficie y tras haber dado unos cuantos pasos, Doyle sintió que la cadena de su tobillo empezaba a calentarse de nuevo. Agotado, desenvainó su espada.

Pero cuando doblaron la esquina del edificio en llamas se encontraron con que la escena parecía haber llegado ya a su desenlace. Burghard y Longwell estaban sentados en mitad de la calle, observando el incendio. Burghard estaba haciendo saltar entre sus dedos una cajita negra, pero la dejó caer sobre los adoquines y se levantó de un salto cuando vio el ennegrecido trío que se le acercaba.

—En el nombre de Dios, ¿cómo habéis conseguido salir de ahí? —exclamó—. Ese hechicero vuestro hizo derrumbarse todas las puertas un segundo después de que escapáramos.

—Por el sótano y la cloaca —gruñó Doyle, oscilando levemente al notar, por fin, hasta qué punto llegaba su inmenso cansancio—. ¿Dónde está Romany?

—Logré matarlo, no sé muy bien cómo —dijo Burghard—. Creo que tenía algunos aliados esperándole ahí delante, pero huyeron cuando le disparé. Le arrastramos al otro lado de la calle hasta sacarle de la burbuja mágica…

—¿Le habéis registrado? —le interrumpió ansiosamente Doyle, preguntándose durante cuánto tiempo podía seguir abierto el agujero, si es que no se había cerrado ya.

—Todo lo que llevaba encima era este papel…

Doyle le quitó de los dedos el pedazo de papel mojado y lleno de manchas oscuras, lo examinó rápidamente y luego alzó la vista.

—¿Adónde llevasteis su cuerpo?

—Ahí, en… —Burghard se volvió extendiendo la mano y sus ojos se desorbitaron por el horror—. Dios mío, se ha ido! Pero si le volé toda la cara…

Doyle se tambaleó, como a punto de caer.

—Debía de estar fingiendo. Creo que no se les puede matar con pistolas.

—Yo también lo creía así —dijo Burghard—, ¡pero vi su cara estallar en mil pedazos cuando le disparé con el arma de Boaz! ¡Maldita sea, no soy ningún petimetre reclamando haber cazado un venado al que no acertó! Longwell, viste cómo…

—Un momento —dijo Doyle—. ¿La pistola que cayó en el barro?

—Cierto, esa misma. Tuve suerte de que no me estallara entre los dedos, tan llena de polvo y tierra estaba…

Doyle movió lentamente la cabeza, pensando que el fango de esa pistola podía realmente haberle causado a Romany una terrible herida que el proyectil habría sido incapaz de provocar. Debía guardar alguna relación con la repugnancia que sentía Romany a tocar el suelo…

Abrió la boca para explicárselo a Burghard, pero en ese instante todas las luces se extinguieron, y Doyle empezó a caer a través del mismísimo suelo, o eso le pareció a él, encontrándose luego en el espacio sin estrellas que había al otro lado del planeta.

Después de haber oído el ruido apagado, Burghard se quedó contemplando, durante unos momentos, el espacio vacío donde había estado Doyle y el montón de ropas sin ocupante, que se agitaban sobre la nieve movidas por el viento. Luego miró a su alrededor.

Longwell fue hacia él mirando a derecha e izquierda.

—¿No se ha oído una especie de pequeña explosión que no venía del incendio? —le preguntó—. ¿Y dónde se ha metido nuestro guía misterioso?

—Evidentemente, en el mismo sitio del que salió —dijo Burghard—, y espero que allí haga más calor. —Contempló a Longwell arqueando una ceja—. ¿Reconociste al hombre que estaba ahí esperando a Romany?

—A decir verdad, Owen, se parecía a Fikee, el jefe de los gitanos.

—¿Hum? oh, sí, ciertamente, Fikee estaba aquí…, pero yo me refería al otro.

—No, no le vi. ¿Por qué lo preguntas…, quién era?

—Bueno, se parecía a…, pero se supone que está en Holanda. —La sonrisa que dirigió a Longwell era más de cansancio que de alegría—. De todos modos, lo más probable es que nunca lleguemos a saber exactamente lo que ha ocurrido aquí esta noche.

Se agachó y cogió del suelo la cajita de madera negra. Stowell venía hacia ellos, haciendo crujir la nieve bajo sus botas.

—No tendría que haberte dejado ahí, Brian —le dijo Burghard—. Lo siento… y me alegro de que el hombre barbudo volviera a buscarte.

—No te culpo —dijo Stowell—, yo mismo pensé que no había forma humana de rescatarme. —Se frotó los ojos—. Vaya noche… ¿Qué hay en esa caja?

Burghard la arrojó al aire y volvió a cogerla.

—Supongo que más magia.

Luego flexionó el brazo y arrojó la cajita a través de una de las ventanas, para que se perdiera entre las ruinas llameantes.

Cojeando por un callejón, intentando ver algo con el ojo que le quedaba, el doctor Romany lloraba de rabia y frustración. No lograba recordar quién le había herido o por qué, pero sabía que había perdido. Y además estaba el mensaje, un mensaje que debía entregarle a una persona, un mensaje muy urgente…, pero el mensaje parecía haber huido de su cabeza, junto con toda la sangre que había perdido antes de recobrar el conocimiento y arañar la nieve para escribir en ella unos cuantos hechizos básicos que le devolvieran algo de fuerza. Si pudiera pronunciar un hechizo estaría en condiciones de arreglar su rostro destrozado, pero tenía la mandíbula deshecha y los

hechizos escritos apenas si bastaban para mantenerle vivo y consciente.

Pero había algo que sí sabía y de lo que se alegraba profundamente: Doyle había muerto. Romany le había logrado atrapar dentro de esa posada, y cuando se había alejado reptando cautelosamente del sitio donde le habían dejado tirado, dándole por muerto, había mirado hacia atrás, con el tiempo justo de ver la posada ardiendo tan intensamente que ahora estaba seguro de que nada podía haber quedado con vida en su interior.

Había perdido todo sentido del equilibrio y le costaba mucho caminar sobre sus zapatos con suelas de resorte.

«Bueno —pensó—, la verdad es que ya estoy algo viejo, y unas cuantas décadas más me permitirán ser tan ligero que, de todos modos, la gravedad apenas si tendrá poder sobre mí; entonces, podré arreglármelas sin estos malditos zapatos. Además, los hechizos escritos me mantendrán con vida hasta que mi rostro cure y pueda hablar otra vez. Con un poco de suerte debería ser capaz de volver al año mil ochocientos diez por el trayecto más largo… vivo. Y cuando llegue por fin ese año —pensó—, buscaré al señor Brendan Doyle. De hecho, creo que mientras tanto compraré el solar donde se encuentra la posada, y en mil ochocientos diez llevaré al señor Doyle hasta él para enseñarle su propio cráneo, calcinado por las llamas y el tiempo.»

Un gorgoteo, que quizá fuera una mezcla de carcajada y aullido de dolor, brotó de la mitad inferior de su rostro hecho pedazos.

Unos cuantos pasos después perdió nuevamente el equilibrio, chocó con una pared y empezó a resbalar hacia el suelo. De pronto sintió que un brazo le cogía y le levantaba, ofreciéndole su apoyo para que siguiera caminando. Volvió la cabeza para que su ojo sano pudiera contemplar a su benefactor y no le sorprendió excesivamente ver que no se trataba de ningún ser humano, sino de una silueta vagamente humanoide, una serie de pedazos de madera animados, que antes resultaba claro habían pertenecido a una mesa. Romany, lleno de gratitud, pasó un brazo sobre el grueso tablón que le servía de espalda a la criatura y, sin decir palabra, ya que ninguno de los dos era capaz de hablar, las dos siluetas se perdieron por el callejón.

# 10

*Los minerales son alimento para las plantas, las plantas lo son para los animales y los animales sirven de alimento a los hombres. Por ello, también los hombres serán alimento para otras criaturas, mas no para los dioses, pues su naturaleza se halla muy por encima de la nuestra, de lo cual se desprende, lógicamente, que lo sean para los demonios.*

*Hiperchen, de CARDAN*

Los pies descalzos de Doyle chocaron con un escritorio tras una caída tan corta que apenas si le hizo falta flexionar las rodillas para no perder el equilibrio. Se encontraba en una tienda y, al igual que el hombre que despierta repentinamente de una pesadilla recuerda gradualmente y con alivio cada vez mayor lo ocurrido y va reconociendo los detalles de su propio dormitorio, Doyle recordó dónde había visto antes el escritorio y el revuelto montón de papeles que lo cubría, así como las velas, las estatuas y todo lo demás; se encontraba en la tienda gitana del doctor Romany. Y, al bajar de un salto al suelo de tierra, se dio cuenta de que estaba totalmente desnudo; gracias a Dios, aquí hacía calor. Estaba claro que había vuelto al año mil ochocientos diez.

«Pero ¿cómo es posible? —se preguntó—. No llevo encima ningún gancho móvil.»

Fue hacia la entrada de la tienda y apartó levemente la lona, con el tiempo justo para ver dos gigantescas siluetas parecidas a esqueletos, tan débilmente luminosas como las imágenes que permanecen en la retina unos segundos después de haber cerrado los ojos, corriendo a cámara lenta tras las tiendas incendiadas. Las siluetas se esfumaron con tal rapidez, que le fue imposible estar seguro de si las había visto en realidad. El único sonido, aparte del crujido de los incendios, era una incongruente musiquilla de piano y acordeón que parecía venir del norte.

Dejó caer nuevamente la lona de la entrada y empezó a rebuscar entre los objetos de la tienda hasta encontrar una especie de albornoz y unas sandalias de suela gruesa, aparte de un pañuelo limpio para vendarse el pie, aún sangrante, y una espada. Sintiéndose algo mejor equipado, salió de la tienda.

Unas pisadas se le acercaron por la izquierda. Desenvainó la espada y se volvió en esta dirección para encontrarse ante el viejo gitano, «Detestable» Richard, que se lo quedó mirando boquiabierto y luego retrocedió de un salto, sacando una daga de su faja.

Doyle bajó lentamente su espada hacia el suelo.

—No corres peligro alguno, Richard —le dijo en voz baja—. Te debo la vida… igual que unas cuantas rondas de cerveza. ¿Qué tal va tu mono?

Las cejas del gitano ascendieron hasta el máximo que permitía su frente y, tras mover indecisamente la daga de un lado a otro, acabó dejándola colgar hacia el suelo.

—Pues… muy *kushto*, gracias, y es muy amable que te preocupes por él, siempre lo agradece —replicó con cierta vacilación—. Eh…, ¿dónde está el doctor Romany?

Había empezado a soplar un poco de brisa y la musiquilla que llegaba del norte se iba haciendo más lenta y melancólica.

—Se ha ido —dijo Doyle—. Creo que nunca volverás a verle.

Richard asintió mientras asimilaba la información; luego guardó nuevamente su daga en la faja y, sacando su mono del bolsillo, le comunicó las nuevas en un susurro.

—Gracias —dijo finalmente, mirando otra vez a Doyle—. Ahora debo ir a ocuparme de mi pobre gente. —Empezó a alejarse pero, tras haber dado unos cuantos pasos, se detuvo y se volvió de nuevo hacia Doyle. A la luz de las tiendas incendiadas, Doyle vio brillar sus dientes en una sonrisa fugaz—. Supongo que los *gorgios* no siempre sois estúpidos —añadió antes de marcharse definitivamente.

La tienda que Doyle había abandonado estaba ardiendo y la corriente de aire cálido impulsaba grandes pedazos de lona en llamas que ascendían trazando una espiral por el límpido cielo nocturno. Recordando el orinal que se había estrellado a unos centímetros de su cabeza, Doyle se tocó cautelosamente el pelo, pero le pareció que estaba limpio. Entonces comprendió que los efectos del diluvio de suciedad habían quedado abandonados en el año I684 junto con sus ropas.

—¡Ashbless! —gritó alguien a su derecha.

Doyle necesitó unos segundos para recordar que él era Ashbless.

«Debe de ser Byron —pensó—, o mejor dicho, el ka de Byron.»

—Aquí, milord —dijo.

Byron apareció cojeando de entre las sombras, mirando a todos lados y sosteniendo su daga en ristre.

—Al fin le encuentro —dijo. Se acercó a Doyle y le contempló con cierta curiosidad—. ¿Para qué lleva esa ropa y esos zapatos tan raros?

—Es… es una historia muy larga —dijo Doyle envainando su espada—. Salgamos de aquí; necesito un par de pantalones y un buen trago.

—¿Oh? —Byron pestañeó—. Pero ¿y los gigantes de fuego? ¿Se han ido?

—Sí. Romany los consumió, utilizando su energía para fabricar uno de sus hechizos.

—Hechizos… —dijo Byron con expresión disgustada, escupiendo en el suelo—. Entonces, ¿dónde está ahora?

—Se ha ido —dijo Doyle—. Lo más seguro es que ahora ya esté muerto.

—Maldición…, tenía la esperanza de matarle yo mismo. —Contempló a Doyle

con cierta suspicacia—. Parece saber muchas cosas sobre él y sobre todo este asunto. ¿Y cómo se las ha arreglado para perder los pantalones en los escasos minutos transcurridos desde que le vi por última vez?

—Salgamos de aquí —repitió Doyle, empezando a temblar.

Se dirigieron hacia la tienda, que estaba bajo el árbol al que había trepado Doyle y cuya rama se había roto (y de eso, pensó Doyle con asombro, sólo hacía unos pocos minutos de tiempo local), y luego avanzaron a través de la hierba; las sombras que proyectaban ante ellos fueron gradualmente absorbidas por la oscuridad, a medida que los incendios del campamento iban quedando cada vez más lejos.

La criatura que se desplazaba por entre la hierba encontraba más fácil arrastrarse que caminar, pues siempre podía irse agarrando a los tallos, dejando los pies para golpear de vez en cuando el suelo, evitando de ese modo posarse en él. Si alguien hubiera estado allí para observarla, la criatura le habría hecho pensar en un crustáceo de gran agilidad que avanzara dando leves saltos por el fondo del océano.

«Bien —pensó la cosa que en el pasado había sido indistinguible de un ser humano—, la última deuda ha sido cobrada y el largo círculo se cierra; el hombre que causó mi ruina está a punto de morir por mi obra. Vi extinguirse a los *yags* y sé positivamente que se ha ido; ya no existe. La cosa emitió una risita áspera y quebradiza, como hojas secas removidas por el viento. Hace media hora —pensó—, tenía miedo de que lograra escapar a la muerte, pero ahora lleva ciento veintiséis años muerto.»

Oyó voces y el ruido de pies moviéndose a través de la hierba algo más atrás, a la derecha; se quedó totalmente inmóvil y su cuerpo se volvió una y otra vez, cada vez más despacio, hasta detenerse contra un arbusto con los brazos y las piernas hacia arriba.

—Pero si mis amigos van a dejar que nos quedemos ahí —estaba diciendo con cierta impaciencia un hombre, y vuelvo a repetir que se alegrarán de ello; ¿por qué no?

«Vaya, creo que se trata del joven lord —pensó la criatura oculta entre la hierba —. Teníamos una misión para él. Claro, él también era un ka…, el original se hallaba en Grecia. ¿Cómo se llamaba? Y debía matar al rey. Planes y propósitos, sueños estúpidos…»

—Bueno —respondió otra voz con tono vacilante—, ellos creen que no estáis en Inglaterra. ¿Cómo pensáis explicar vuestra presencia aquí?

En la segunda voz había algo que inquietó profundamente a la criatura que se arrastraba; irguió el cuerpo con tal rapidez que éste salió despedido del suelo y, durante unos segundos, flotó sobre él como un globo al que no le queda demasiado helio. Cuando volvió a tocar el suelo, la criatura dio una fuerte patada y se elevó unos

seis metros por el aire, para ver mejor.

Dos hombres cruzaban el campo alejándose de las tiendas en llamas y la criatura, flotando lentamente hacia el suelo, contempló con horror al más alto de los dos.

«Sí —pensó—, realmente es muy alto y… por Isis, tiene una gran melena y una barba que parecen rubias a esa distancia! Pero ¿con qué condenada ayuda ha logrado salir de esa posada? ¿Y cómo ha podido volver al presente? ¿Quién es Doyle?»

Empezó a patalear y agitarse para volver más rápidamente al suelo, sabiendo que debía seguirle. Si aún quedaba una chispa de conciencia y decisión en el deteriorado ka, que antes había sido el doctor Romany, estaban consagradas a que Doyle muriera de una vez.

La fiebre estaba cediendo y el doctor Romanelli contempló con irritación a su paciente, plácidamente dormido.

«Maldito seas, Romany —pensó—, tendrías que informarme de cómo van las cosas…, esta historia de la fiebre no aguantar mucho más, y pronto tendré que matarle o permitir que se recobre.»

El doctor posó la mano sobre la frente de lord Byron y lanzó una maldición ahogada al notarla fría. El durmiente se removió levemente y Romanelli salió andando de puntillas.

«Duerme, milord —pensó—, duerme un poco más… al menos hasta que reciba nuevas de mi incompetente duplicado.»

Entró en la desordenada estancia, que usaba como gabinete de trabajo, y contempló con ojos esperanzados la vela, encendida pero silenciosa. Luego suspiró y dejó que sus ojos fueran hacia la ventana, tras la cual el sol se hundía hacia las colinas más allá de Missolonghi. El gran golfo de Patrás estaba ya cubierto de sombras y varios botes de pesca se dirigían hacia sus hogares, con sus velas en forma de triángulo hinchadas por la brisa del ocaso.

Un gorgoteo procedente de la mesa le hizo volverse en redondo y clavar los ojos en la vela, que había empezado a brillar con más intensidad.

—¡Romany! —exclamó contemplando la vela—. ¿Has triunfado?

La llama siguió silenciosa y, aunque ardía con mayor brillantez a cada segundo que pasaba, aún no había cobrado su habitual forma esférica.

—¡Romany! —repitió el hechicero, alzando la voz, sin preocuparse de si con ello despertaba a Byron—. ¿Puedo matarlo ya?

No hubo réplica alguna. De pronto la vela que ardía con un brillo cegador, se dobló por la mitad como un dedo haciendo una seña invitadora y el doctor Romanelli lanzó un gruñido de sorpresa. Un segundo después la vela se partió derramando sobre la mesa un pequeño torrente de cera; mientras el resto de la vela se fundía en un chisporroteo, Romanelli vio que el pabilo relucía con una luz blanco amarillenta.

«Que me condenen —pensó—, eso quiere decir que ahora mismo la vela de Romany debe de estar ardiendo…, su tienda se habrá incendiado. ¿Es posible que haya perdido el control de los *yags*? Sí, debe de ser eso…, se pusieron demasiado nerviosos y quemaron su campamento. Entonces, mañana no estarán preparados para prenderle fuego a Londres, se habrán saciado para semanas y no habrá forma de hacer que se muevan… ¡Romany, estúpido, inútil, condenado…, ¡impostor!»

Aguardó hasta que el pabilo dejó de relucir y el charquito de cera se hubo enfriado; luego fue al armario, sacó de él un cofrecillo y, con gran cuidado, extrajo de él otra vela. La desenvolvió, apartando un segundo la tapa de cristal ahumado de la lamparilla que había en la estancia para encenderla y unos segundos después el pabilo de la nueva vela se encendió con la llama mágica de forma circular.

—¡Amo! —dijo Romanelli con voz ronca.

—Sí, Romany —le contestó de inmediato la aguda voz del Amo—. ¿Están de acuerdo los *yags*? ¿Ha resultado el juguete lo bastante…?

—Maldita sea, soy Romanelli. Algo ha ido mal en Londres. Mi vela acaba de fundirse cuando intentaba entrar en contacto con él…, ¿me habéis oído? Su vela se ha quemado, no sé cómo… Creo que ha perdido el control de sus *yags* y no sé si debo matar a Byron o no.

—Roman… ¿Romanelli? ¿Quemado? ¿Muerto? ¿Qué?

Romanelli repitió varias veces sus noticias, hasta que el Amo hubo entendido por fin cuál era la situación actual.

—No —dijo el Amo—, no, nada de matar a Byron. Puede que aún sea posible salvar el plan. Ve a Londres y descubre lo que ha ocurrido.

—Pero tardaré como mínimo un mes en llegar hasta Inglaterra —protestó Romanelli—, y para entonces…

—No —le interrumpió el Amo—. Nada de viajar… Ve allí al instante. Debes estar allí por la noche.

Un último rayo de sol parpadeó tras las colinas de Patrás; en el golfo ya no se veía ningún bote.

—¿Esta noche? —dijo Romanelli en un susurro casi inaudible, después de unos instantes de silencio—. No…, no puedo hacerlo. Una magia semejante… si se espera de mí que me encuentre en condiciones de actuar con eficiencia una vez haya llegado…

—¿Crees que morirás si lo haces? —rechinó la voz del Amo en el interior de la llama.

En la frente de Romanelli aparecieron unas gotas de sudor.

—Ya sabéis que no —dijo—, aunque poco faltará para ello.

—Entonces, deja de perder el tiempo.

El hombrecillo que avanzaba por la calle Leadenhall se movía con gestos decididos, que no iban demasiado acordes con su aspecto, pues, cuando la luz de las ventanas y portales ante los que pasaba caía sobre él, daba la impresión de haber dormido con la ropa puesta y su rostro, aunque sonriente y de ojos vivaces, estaba cubierto de arrugas y le faltaba una oreja.

Muchas tiendas habían cerrado ya, pero el nuevo Salón Depilatorio seguía inundando de luz los adoquines a través de sus puertas abiertas; el sonriente hombrecillo entró en él y fue directamente hacia el mostrador. Había sobre él un timbre para llamar a los empleados, y el hombrecillo lo hizo sonar con tanto vigor como si alguien le hubiera prometido un chelín por cada timbrazo que pudiera causar antes de que le detuvieran.

Un empleado apareció a la carrera y contempló al hombrecillo con expresión algo recelosa.

—¿Quiere dejar de jugar con eso? —dijo alzando la voz.

Los timbrazos se detuvieron.

—Deseo hablar con su patrón —anunció el hombrecillo—. Lléveme hasta él.

—Si ha venido a que le corten el pelo, no hace falta hablar con el jefe. Yo mismo puedo…

—He pedido hablar con el jefe, hijito, y con el jefe hablaré. Verás, tiene que ver con un amigo mío…, digamos que él me ha enviado aquí. No puede viajar porque… —el hombrecillo hizo una pausa y guiñó exageradamente el ojo al empleado—, porque le crece el pelo de un modo terrible por todo el cuerpo. ¿Me has entendido, no? Y te aconsejo que no intentes nada con tu pistola de calmar, hijito. Llévame al jefe.

El empleado pestañeó y se pasó la lengua por los labios.

—Yo…, maldita sea…, bueno, de acuerdo. ¿Quiere esperar mientras…? No. ¿Quiere venir por aquí, caballero? —Levantó una sección del mostrador, montada sobre bisagras, para que el hombrecillo pudiera entrar—. Por ahí. Pero… no pensará hacer nada raro mientras está ahí dentro, ¿verdad?

—Por nada del mundo, hijito —dijo el hombrecillo, evidentemente sorprendido y casi dolido ante esa idea.

Cruzaron una puerta y luego recorrieron un pasillo en penumbra hasta el final, donde un hombre, que se levantó de un taburete, los detuvo.

—¿Qué pasa? —preguntó, extendiendo la mano rápidamente hacia la cuerda de una campanilla—. Pete, ya sabes que a los clientes no les está permitido llegar hasta aquí.

—Este tipo acaba de entrar —se apresuró a decir Pete—, y cuenta que…

—A un amigo mío le crece el pelo por todo el cuerpo —le interrumpió el hombrecillo con un gesto de impaciencia—. Y ahora, ¿quiere hacer el favor de

llevarme ante su maldito jefe?

El centinela se volvió hacia Pete con expresión acusadora.

Pete se encogió de hombros, como diciendo que la culpa no era suya.

—Lo…, lo sabía ya al entrar, no se lo he contado yo.

Tras pensarlo durante unos instantes, el centinela soltó la cuerda de la campanilla.

—Muy bien —dijo—. Esperad aquí mientras se lo digo. —Abrió la puerta a su espalda y desapareció por ella, cerrándola cuidadosamente. La cuerdecilla seguía balanceándose cuando volvió a salir—. Pete —dijo—, vuelve a la tienda. Usted, caballero…, tenga la bondad de seguirme.

—De acuerdo, amigo.

El desaliñado hombrecillo sonrió y se puso en movimiento.

Más allá de la puerta había una escalera cubierta de moqueta y en lo alto se encontraba un vestíbulo con varias puertas. La segunda estaba abierta y el centinela se la indicó con la mano.

—Ésa es su oficina —dijo, dando un paso hacia atrás.

El hombrecillo enderezó su bisoñé con un gesto entre fatuo y ridículo, entrando luego en la oficina.

Un anciano de ojos duros y brillantes se puso en pie tras un escritorio abarrotado y le indicó una silla.

—Tome asiento, caballero —dijo con una impresionante voz de bajo—, y demos por sentado que llevo armas, ¿de acuerdo? Ahora, veamos. Tengo entendido que usted… —Se quedó callado y examinó más atentamente el rostro de su visitante—. ¿D-Doyle? —dijo, no muy seguro. Su mano se movió como un rayo e hizo girar la ruedecilla de la lámpara que había sobre el escritorio—. Dios mío —jadeó—. ¡Doyle! Pero…, ya veo…, creo que he subestimado el implacable egoísmo de Benner. Mintió cuando dijo que le había matado.

Estaba recobrando la confianza, pero durante un segundo se había podido ver un miedo muy real en su rostro.

El hombrecillo estaba cómodamente reclinado en su asiento, sonriendo con una expresión de placer.

—Oh, sí, cierto que mintió. Pero podría decirse que estoy muerto. —Sacó la lengua y bizqueó horriblemente—. Envenenado.

En los ojos del anciano brilló nuevamente un miedo fugaz y, para disimularlo, movió los ojos en un gesto perentorio.

—Basta de acertijos —dijo secamente—. ¿A qué se refiere?

La sonrisa se esfumó de los labios del hombrecillo.

—Me refiero a que si dejo de usar la navaja no seré calvo durante mucho tiempo. —Alzó una mano regordeta—. ¿Puede ver las patillas que crecen entre mis dedos? Ya están empezando a crecer. —Sus mejillas se doblaron como los pliegues de un

acordeón al sonreír salvajemente, dejando al descubierto todos los dientes—. Y… demos por sentado, señor, que puedo marcharme de aquí cuando me plazca. Si tengo que salir huyendo este cuerpo se quedará aquí, pero dentro de él habrá repentinamente otra alma, muy confusa y asustada…, mientras que yo estaré a kilómetros de distancia.

Darrow palideció.

—Cristo, es usted. Muy bien, no… no huya, no quiero hacerle daño alguno. —Clavó sus duros ojos en esas pupilas que antes habían pertenecido a Doyle—. ¿Qué hizo con Doyle?

—Me encontraba en el cuerpo de Steerforth Benner y llevaba dentro de él tiempo suficiente para que pareciera un oso; me tomé un montón de estricnina y, además, una droga que te hace ver cosas raras y portarte como un loco. Luego le di a mi lengua una buena sesión de mordiscos, para que no pudiera hablar con nadie, y después de eso me limité a cambiar de cuerpo con él.

—Santo Dios —murmuró Darrow impresionado—. Ese… pobre hijo de perra. —Meneó la cabeza—. Bien, los muertos deben quedarse en sus tumbas. He recorrido un largo camino para encontrarle…, para hacer un trato con usted. Maldita sea, he ensayado mentalmente esta conversación al menos un centenar de veces, pero ahora no se me ocurre por dónde empezar. Veamos…, para empezar, puedo curar su hiperpilosidad, ese vello que le recubre todo el cuerpo…, puedo quitárselo cuando quiera y tantas veces como quiera de tal modo que, a partir de ahora, podrá tomar un nuevo cuerpo sólo cuando quiera hacerlo…, ya no se verá obligado a ello. Pero eso no es lo principal del trato que deseo hacer con usted. —Abrió un cajón y sacó una hoja de papel—. Escuche esto, es de un libro que poseo: «Al parecer —empezó a leer en voz alta—, tal y como yo oí narrar después, un hombre, que estaba sentado en otra mesa, se sintió ofendido ante algunas expresiones paganas que el desconocido había proferido a gritos, y al agarrarle por la pechera para expresar con más vigor el disgusto que sentía, la camisa se rompió, dejando al descubierto el pecho del desconocido. Y todos se dieron cuenta de que su piel, hasta entonces escondida, estaba cubierta de pelos, tales como los que aparecen en el rostro de un hombre que no se ha afeitado durante un par de días. El señor…» —Darrow alzó la vista y sonrió—. Todavía no puedo decirle su nombre auténtico. Llamémosle el señor Anónimo. «El señor Anónimo —prosiguió— miró a los demás clientes y gritó: "¡Creo que es Cara-de-Perro Joe! Cogedle y sacadle los guantes!". Los guantes fueron prontamente arrancados de las manos del extraño, que no cesaba de luchar, y resultaron estar igualmente cubiertas de pelo. El señor Anónimo hizo callar el unánime rugido de los presentes y afirmó que, si debía hacerse justicia con tan notorio asesino, ésta debía ser impartida de inmediato, sin implicar en ello los lentos engranajes de la ley; de esta manera, el hombre fue sacado a rastras de la taberna y se le colgó en una soga, que

fue atada a una viga de la fachada.»

Darrow dejó la hoja de papel sobre la mesa, sonrió, y miró al hombrecillo.

—Una interesante historia, aunque algo fantasiosa —afirmó el hombre que ocupaba el cuerpo de Doyle.

—Sí —dijo Darrow—, ahora es mera fantasía. Pero dentro de unos cuantos meses se habrá convertido en un hecho histórico. —Volvió a sonreír—. Joe, voy a contarle algo bastante largo. ¿Quiere un poco de coñac?

El rostro de Doyle se iluminó nuevamente con una sonrisa.

—No me importaría tomar un poco —dijo Amenofis Fikee.

Incluso los vagabundos, amontonados en los extremos de la sala como basura esparcida por el viento, parecían escuchar el sermón de Miller sobre su descontento. Las pocas lámparas no eran suficientes para iluminar a todas las caras que permanecían en las sombras, y varios ladrones habían cogido, como por casualidad, sus cuchillos de cortar carne.

—Aunque es cierto que mis tendencias políticas son más bien democráticas —dijo Horrabin—, pienso que tú, Miller, has agotado nuestro…

—¡Cállate! —le gritó Miller—. Tu doctor Romany nos ha usado como…, como… se usa a los cerdos para buscar trufas. ¿Tengo razón o no?

Horrabin se dio cuenta, de repente, de lo indefenso que se encontraba sólo con su arnés y sin sus zancos.

—Demócrata, dice. —Miller sonrió—. Ahora no digo que deberíamos…, pero ¿qué os parece si votáramos sobre si le cortamos el cuello?

«Cortarle… el cuello. Cortarle… el cuello.» La salvaje letanía fue repetida claramente por los mendigos del techo, que balanceaban furiosamente sus hamacas, en unos periplos peligrosamente grandes, a través de la sala… Después se oyó un largo chillido, cuando un mendigo cayó por entre el humo y chocó contra el suelo, con el sonido de un cuchillo de carnicero al clavarse en los flancos de un buey.

En el repentino silencio, Horrabin, con su arnés balanceándose todavía debido a las violentas contorsiones de unos segundos antes, contempló el cadáver destrozado que yacía en el suelo, junto a la mesa, y comprendió que la caída del mendigo había puesto nuevamente la situación en sus manos. Sonrió alegremente, dio unas palmadas con sus manos cubiertas de pintura y exclamó:

—Le ha faltado un poco para la mesa, ¿no? —El payaso sabía que ahora contaba nuevamente con la atención de su público y, sin ninguna prisa, tendió la mano hacia un trozo de carne que había en su plato, lo masticó pensativamente y luego lo arrojó hacia el otro lado del salón, donde las ruinas humanas se apresuraron a caer sobre él con un muy satisfactorio concierto de gruñidos y jadeos—. Ninguno de vosotros —dijo el payaso con voz tranquila— obtendrá nunca de mí algo que yo no desee

entregar.

Alzó la vista hacia los mendigos del techo. Sus intrincadas redes de hamacas seguían oscilando de un lado a otro sobre el abismo, aunque ahora habían dejado de chillar y agitar las manos y se limitaban a mirar cautelosamente hacia abajo, con sus ojos brillando en la humeante luz rojiza que desprendían las lámparas de aceite. Horrabin bajó la vista hacia el cadáver y luego se volvió hacia los señores de los mendigos sentados a la gran mesa. Miller, el que había llevado la voz cantante durante el conato de motín, rehuyó con cierto temor su mirada.

—Carrington —dijo Horrabin en voz baja.

—Sí —contestó su lugarteniente, dando un paso hacia adelante.

Aún cojeaba un poco a resultas de la paliza recibida en uno de los burdeles de Haymarket, pero ya no llevaba vendajes y esa noche su habitual mirada de ira frustrada era especialmente intensa.

—Mata a Miller en mi nombre.

Mientras un repentinamente lívido y jadeante señor de ladrones echaba hacia atrás su silla de una patada y luchaba por incorporarse, Carrington sacó una pistola de su cinto, la apuntó con un gesto casi indolente hacia Miller y disparó. El proyectil hirió a Miller en el rostro y, tras penetrar por su boca abierta, le destrozó el paladar, abriéndole un feo agujero en la nuca.

Horrabin extendió las manos, al mismo tiempo que el cuerpo de Miller caía al suelo.

—Ya veis —dijo levantando la voz antes de que pudiera producirse un nuevo tumulto. Luego, en tono algo más sosegado, añadió—: Os daré de comer a todos… de un modo u otro.

El payaso sonrió. Como espectáculo teatral había resultado bastante bueno, pero ¿dónde estaba el doctor Romany? ¿Acaso, tal y como había afirmado Miller, todas sus promesas habían sido mentiras con las que manipular a los ladrones de Londres, para utilizarlos en algún provechoso plan del que sólo él estaba enterado? Horrabin, que sabía bastante más que los otros sobre lo que teóricamente debía de haber sucedido, intentaba ocultar su inquietud, mucho más profunda que la que había sentido Miller. ¿Había sido asesinado ya el rey? En tal caso, ¿por qué ninguno de los mensajeros o exploradores enviados a la superficie por el payaso lo habían confirmado? ¿Estarían intentando ocultar la noticia? ¿Dónde estaba Romany?

En el silencio que ahora dominaba la gran sala, los pasos vacilantes, que resonaron de pronto en el corredor, dieron la impresión de ser mucho más fuertes de lo que eran en realidad. Horrabin alzó la vista, aunque sin demasiado interés, dado que los pasos no correspondían al leve chirrido metálico que producían los resortes de Romany, y sus ojos se desorbitaron levemente, a causa de la sorpresa, al aparecer en el salón el causante del ruido. Pues, después de todo, era Romany, pero no llevaba sus

acostumbrados zapatos con resortes sino unas botas provistas de gruesos tacones.

El payaso se volvió con aire de triunfo a los mendigos y ladrones, y luego le hizo una grotesca reverencia al recién llegado.

—Ah, Señoría —dijo con voz aflautada—, hemos estado aguardando vuestra llegada con un nerviosismo tal que, en un par de casos —señaló a los dos cadáveres —, ha llegado a ser literalmente insoportable.

Y tras haber dicho eso la sonrisa de Horrabin vaciló, a punto de esfumarse, y sus ojos examinaron más atentamente al recién llegado, pues éste se encontraba pálido y tembloroso; de su nariz y oídos fluían hilillos de sangre.

—¿Eres… Horrabin? —graznó el visitante—. Llévame al…, al campamento del doctor Romany… ahora mismo.

Mientras el payaso le contemplaba sin comprender, en el rincón de las ruinas humanas se oyó chirriar una voz muy aguda.

—¡De nada sirve ir ahí, amigo mío! ¡El plan está tan muerto como Ramsés! Pero puedo llevarte hasta el hombre que lo hizo fracasar… ¡y si puedes encargarte de que se quede sin sangre y sin médula, entonces, compadre, habrás conseguido algo mucho más importante que acabar con Inglaterra!

Algunos de los presentes habían recobrado el suficiente aplomo como para que esas palabras les hicieran lanzar silbidos y vítores.

—Carrington —murmuró Horrabin, furioso e incómodo—, saca de aquí a esa criatura—. Mejor aún, mátala… —Sonrió nerviosamente a Romanelli—. Me disculpo…, señor. Nuestra… política democrática a veces resulta un poco demasiado…

Pero Romanelli estaba mirando, con un asombro más bien horrorizado, a la ruina humana.

—¡Silencio! —dijo con voz sibilante.

—Sí, Carrington, hazle callar —dijo Horrabin.

—Me refiero a ti, payaso —dijo Romanelli—. Sal de aquí ahora mismo si eres incapaz de tener la boca cerrada. Tú —añadió volviéndose hacia Carrington—, quédate donde estabas. —Luego, como de mala gana, se acercó a la criatura del rostro destrozado—. Ven aquí —le dijo.

La criatura medio caminó medio reptó hacia él con algo que se parecía obscenamente a unos pasos de baile y se detuvo ante Romanelli.

—Eres el ka —dijo Romanelli con expresión asombrada—, el ka que el Amo creó hace ocho años. Pero…, a juzgar por tu aspecto, la herida de tu rostro tuvo lugar hace décadas. Y tu peso…, estás llegando al punto de la desintegración final. ¿Cómo puede haber ocurrido todo esto en sólo ocho años? No, menos aún…, ¿desde la última vez que hablé contigo?

—Son las puertas que abrió Fikee —farfulló la criatura—. Pasé por una de ellas y

tardé mucho tiempo en volver. Pero hablemos del negocio socio…, el hombre que lo sabe todo se hospeda en El Cisne de las Dos Cabezas, en Lad Lane, y si puedes llevarle a El Cairo para una entrevista larga y concienzuda, entonces nada de lo ocurrido desde mil ochocientos dos hasta hoy habrá sido una pérdida de tiempo. —La criatura volvió sus ojos hacia Horrabin—. Nos harán falta seis…, no, diez de tus chicos, los mejores y los más templados, que sean lo bastante listos como para coger a un hombretón y atarle, sin verse obligados a acabar con él o a estropear su precioso cerebro. oh, sí, y un par de carruajes y caballos frescos.

Entre los presentes se oyeron unas cuantas risitas burlonas, así como algunos comentarios en voz baja.

—No pienso aceptar órdenes de una maldita…, de una maldita piel de serpiente vieja que se arrastra por el suelo —dijo Horrabin, intentando de un modo no muy convincente que sus palabras sonaran confiadas.

Romanelli abrió la boca dispuesto a contestarle, pero la harapienta criatura que tenía ante él le indicó con una seña que no dijera nada.

—Esa es prácticamente la criatura de la que aceptarás órdenes ahora, payaso —le contestó—. Has obedecido mis deseos antes, aunque a duras penas Si puedo recordar todas esas noches de trazar planes, colgando uno junto al otro en la torre del campanario. Lo que sí recuerdo mucho más claramente es cuando esperaba tu nacimiento; conocí a tu padre cuando apenas si era más alto que esta mesa, y le conocí cuando era el jefe de esta guilda de ladrones y el hombre más alto de toda esta cloaca. Más tarde, adquirí la costumbre de hablar con él y compartir una botella de vino robado de vez en cuando, después que tú le redujeras para poder tener un bufón cortesano. —Tal era la vehemencia de sus palabras, que de su boca salieron expulsados bruscamente un par de dientes y, una vez en el aire, se alejaron flotando hacia lo alto, como burbujas abriéndose paso a través de un cántaro de aceite—. Ah, es terrible verse obligado a soportar en silencio tus propias estupideces y parloteos, sabiendo que te has equivocado en todo, mientras aguardas a que el reloj complete de nuevo su círculo…, pero ya se terminó. Ahora soy el único que conoce la historia de lo ocurrido en todo el mundo, y soy el único digno de dar órdenes.

—Haz lo que te ha dicho —gruñó el doctor Romanelli.

—Cierto, hazlo —añadió la criatura, agitándose de un lado a otro—. Y cuando le hayas capturado, vendré a El Cairo contigo; después de que el Amo haya terminado con él, me encargaré de acabar con la poca vida que aún conserve.

Tras haber escrito de memoria la carta al *The Courier*, Doyle la dejó con las demás hojas manuscritas que descansaban junto a la espada del doctor Romany sobre la mesa. No se había sorprendido demasiado, tras escribir las primeras líneas de "Las Doce Horas de la Noche", al darse cuenta de que, pese a seguir reconociendo

fácilmente como suyos esos garabatos, su recién adquirida calidad de zurdo hubiera hecho variar bastante su letra; claro que la nueva letra no le resultaba extraña, pues era idéntica a la de William Ashbless. Y ahora, una vez escrito el poema del principio al final, estaba seguro de que, si una foto de esta copia se sobrepusiera a la foto que en mil novecientos ochenta y tres se encontraría bien guardada en el Museo Británico, el parecido sería perfecto, y cada una de las comas y los puntos de las íes de su versión encajaría exactamente con los del manuscrito original.

«¿Manuscrito original? —pensó con una mezcla de sorpresa e inquietud—. Estas hojas de papel son el manuscrito original…, sencillamente, ahora son más nuevas y están más blancas que cuando las vi en mil novecientos setenta y seis. ¡Ja! Si hubiera sabido entonces que era yo quien había hecho todos esos garabatos no me habría sentido tan impresionado… Me pregunto cuándo, dónde y cómo aparecerán esas huellas de grasa que recuerdo haber visto en las primeras páginas.»

De pronto se le ocurrió una idea.

«Dios mío —pensó—, entonces si me quedo aquí y vivo una vida como Ashbless (y parece bastante claro que eso es lo que me tiene reservado el universo)…, entonces nadie escribió los poemas de Ashbless. Yo los iré escribiendo, tal y como los recuerdo por haberlos leído en los *Poemas completos* de mil novecientos treinta y dos, y lo que yo escriba irá a las revistas, y luego utilizarán lo aparecido en esas revistas para crear los *Poemas completos*… ¡Un círculo cerrado que sale de la nada! No soy más que un mensajero y, al mismo tiempo, soy también el que recibe el mensaje.»

Apartó con un esfuerzo de voluntad esa idea más bien inquietante y, sintiendo que le daba vueltas la cabeza, se puso en pie y se acercó a la ventana. Apartó la cortina y contempló el gran patio de El Cisne de las Dos Cabezas, repleto de pasajeros y cocheros de las líneas regulares.

«Me pregunto dónde estará Byron —pensó—, ha tenido tiempo suficiente para encontrar un montón de botellas de clarete, y no me importaría tomar unos cuantos vasos de lo que fuera para así poder retrasar algo el momento de plantearme ciertas preguntas… tales como el destino futuro de este ka de Byron. Tiene que desaparecer pues sé perfectamente que no hay datos históricos sobre él pero, al mismo tiempo, está hablando de ir mañana a visitar a sus antiguos amigos. Por lo tanto ¿cómo va a desaparecer? ¿Se gastan los kas con el tiempo? ¿Morirá?»

Cuando dejaba caer nuevamente la cortina en su sitio oyó un golpe en la puerta y fue hacia ella.

—¿Quién es? —preguntó con cierta cautela.

—Byron, con algo tonificante —fue la alegre respuesta—. ¿A quién estabas esperando?

Doyle quitó el pasador y le dejó entrar.

—Habrás ido bastante lejos a buscar ese algo tonificante.

—Fui hasta Cheapside —admitió Byron, cojeando hasta la mesa y dejando en ella un paquete hecho con papel encerado—, pero los resultados han sido buenos. —Empezó a romper el papel—. *Voila*! Cordero caliente, ensalada de langosta y una botella de lo que me parece muy improbable sea un Burdeos, pese a todos los juramentos del vendedor —De pronto frunció el ceño—. Copas —dijo, mirando a Doyle—, no tenemos ni una.

—Ni tan siquiera tenemos un cráneo para beber en él —dijo Doyle.

Byron sonrió.

—¡Has leído mis *Horas de ocio*!

—Muchas veces —dijo Doyle, sin que ello fuera mentira.

—Bueno, que me ahorquen… De todos modos, siempre podemos beber directamente de la botella.

Byron recorrió el cuarto con la mirada y vio las hojas de papel sobre el escritorio.

—¡Ajá! —exclamó, apoderándose de ellas—. ¡Poesía! Confiesa, es tuya.

Doyle sonrió, encogiéndose de hombros como si intentara disculparse.

—No es de ningún otro, cierto.

—¿Puedo leerla?

Doyle agitó la mano sintiendo cierta incomodidad.

—Adelante.

Tras leer las primeras páginas (y dejar en ellas, según notó Doyle, unas cuantas manchas de grasa, fruto de haber desenvuelto antes el cordero), Byron dejó el manuscrito sobre la mesa y miró a Doyle con expresión pensativa.

—¿Se trata de tus primeros esfuerzos?

Acabó de sacar el corcho de la botella, que ya estaba algo flojo, y bebió un generoso trago de vino.

—Eh…, sí.

Doyle tomó la botella que se le ofrecía y bebió un poco.

—Pues bien, caballero, en mi opinión no os falta la chispa divina… aunque considerablemente oscurecida por unas cuantas zarandajas metafísicas. Además, bien sabe Dios que en estos tiempos ser poeta no sirve de gran cosa. Prefiero el talento de la acción…, en mayo crucé a nado el Helesponto, desde Sestos hasta Abidos, y esa hazaña me enorgullece mucho más que cualquier logro literario.

Doyle sonrió.

—La verdad es que estoy de acuerdo en ello. Me sentiría más complacido de mi persona si fuera capaz de fabricar una silla decente, cuyas patas tocaran todas el suelo al mismo tiempo, de lo que me complace haber escrito ese poema.

Dobló el manuscrito y puso luego la carta de presentación sobre él, escribiendo la dirección y dejando caer encima un poco de cera caliente de la vela, para que sirviera

de sello.

Byron meneó la cabeza en un gesto de comprensión y abrió la boca para decir algo, pero lo pensó mejor, se quedó callado unos instantes y luego le preguntó:

—Por cierto, ¿quién eres? Ya no exijo respuesta alguna, pues cuando mataste de un tiro a ese maldito gitano, que estaba a punto de ponerle fin a mi historia, te convertiste en mi amigo para todo lo que me reste de vida. Pero siento una gran curiosidad al respecto.

Sonrió con cierta timidez y, en ese instante, Doyle tuvo la impresión de que, realmente, sólo tenía veintitrés años.

Doyle tomó otro sorbo de vino y dejó la botella sobre la mesa.

—Bueno, como probablemente ya habrás adivinado por mi acento, soy norteamericano y vine…, vine aquí para escuchar una conferencia de Samuel Coleridge. Me topé con ese tal doctor Romany y… —Hizo una pausa, pues le pareció haber oído algo, como unos golpes sordos en el exterior de la ventana. Luego, recordando que se encontraban en un tercer piso, se encogió de hombros y siguió hablando—. Y perdí al grupo de turistas con los que iba y… —Calló nuevamente, empezando a notar los efectos del alcohol—. oh, Byron, qué diablos…, voy a contarte la verdad, pero antes dame un poco más de vino. —Doyle tomó un buen trago y dejó nuevamente la botella sobre la mesa, con una preocupación algo exagerada—. Bueno, nací en…

Con dos explosiones simultáneas, de cristal a un lado y de astillas en el otro, la ventana y la puerta se hicieron pedazos para dejar el paso libre a dos hombretones que rodaron uno o dos metros por el suelo de la habitación. La mesa cayó, derramando toda la comida mientras que la lamparilla se rompía; en la repentina penumbra, Doyle distinguió las siluetas confusas de más hombres entrando por el umbral, saltando por encima de los fragmentos de la puerta o tropezando con ellos, ya que una parte considerable del panel de madera se sostenía aún, en ángulo, de una bisagra medio arrancada. Llamas azules empezaron a lamer el charco de aceite en el suelo.

Doyle cogió a un hombre por el cuello y, dando dos pasos por la habitación, le tiró por la ventana; el hombre se estrelló contra el marco y, por un instante, pareció que sería capaz de agarrarse a la cuerda que había utilizado para entrar el primer intruso, pero sus manos fallaron y el hombre se esfumó, dejando tras él tan solo el eco de su alarido, que rápidamente se perdió en el silencio.

Byron se había puesto en pie y tenía la espada de Romany en la mano. Vio que dos hombres con cachiporras en la mano avanzaban hacia Doyle, que no había recobrado completamente el equilibrio y, mientras de abajo les llegaba un fuerte golpe y gritos de sorpresa, se lanzó hacia adelante en una estocada demasiado impulsiva pero eficaz, que terminó con tres centímetros de acero en el pecho del

hombre que estaba más cerca de Doyle.

—¡Cuidado, Ashbless! —gritó, mientras arrancaba la espada de un tirón e intentaba no caer a causa del impulso.

El otro hombre, alarmado ante la súbita aparición de esa letal espada, abatió la cachiporra con todas sus fuerzas sobre el cráneo de Byron. Se oyó un ruido más bien feo y Byron se derrumbó como un fardo en el suelo, la espada rodando de entre sus dedos inertes con un tintineo metálico.

Para recobrar el equilibrio, Doyle se había agazapado sujetándose a una pata del escritorio y desde allí vio la silueta inmóvil de Byron.

—¡Hijo de… —rugió, irguiéndose y levantando el escritorio por encima de su cabeza, haciendo que todo su contenido se desparramara por el suelo (por el rabillo del ojo vio cómo el sobre dirigido al Courier salía volando por la ventana), y terminó la frase con un sonoro— …perra! —mientras abatía el sólido escritorio sobre la cabeza del hombre que había golpeado a Byron.

El hombre se desplomó y, aprovechando que varios de los intrusos estaban muy ocupados intentando apagar el incendio, Doyle se lanzó hacia la puerta como un animal enfurecido. Dos hombres intentaron pararle, pero cayeron bajo sus enormes puños. Cuando ya se encontraba en el pasillo, sin embargo, un calcetín lleno de arena y blandido por una mano experta se estrelló en su cráneo, justo detrás de la oreja derecha, convirtiendo su furiosa carga en una lenta caída al suelo.

El doctor Romanelli contempló durante unos segundos la silueta inmóvil de Doyle y luego, haciendo una seña a los hombres que habían salido de la habitación en pos de él, se guardó el calcetín en un bolsillo.

—Ponedle la mordaza de cloroformo y sacadle de aquí —rechinó—, payasos incompetentes.

—Maldita sea, Señoría —gimoteó el hombre que se había encargado de los tobillos de Doyle—, ¡estaban esperándonos! Tenemos tres muertos, a no ser que Norman haya logrado sobrevivir a esa caída…

—¿Dónde está el otro hombre que se encontraba en la habitación?

—Muerto, jefe —dijo el último hombre que salió del cuarto, poniéndose un gabán chamuscado del que aún brotaba algo de humo.

—Entonces, vámonos. Por la escalera de atrás. —Se tapó los ojos con las manos, apretándoselos—. Intentad no separaros, ¿querréis hacerme al menos ese pequeño favor? —dijo en un susurro—. Habéis armado tal pandemonio que me veré obligado a emitir un hechizo desorientador para confundir a quienes intenten perseguirnos, ya que estoy seguro de que van a intentarlo gracias a vuestra torpeza. —Empezó a murmurar en un idioma que ninguno de los hombres de Horrabin pudo reconocer y, tras la primera docena de sílabas, por entre sus dedos empezaron a correr hilillos de sangre. En la escalera principal se oían ya unos pasos, y los hombres se removieron

inquietos mirándose entre ellos pero, un segundo después, oyeron unas voces que discutían y los pasos se perdieron nuevamente escalera abajo. Romanelli dejó de murmurar y bajó las manos, respirando con cierta dificultad; dos de los hombres que le acompañaban palidecieron al ver la sangre que caía de sus ojos como lágrimas rojizas—. Moveos, malditos insectos —graznó Romanelli, abriéndose paso a empujones por entre sus hombres y avanzando hacia la escalera de atrás.

—¿Qué es un pandemonio? —le preguntó en voz baja uno de los hombres al compañero que tenía más cerca.

—Es como un calíope —le replicó éste—. En la Feria de la Armonía del verano pasado oí tocar uno. Tuve que ir, porque era el chico de mi hermana, y era la primera vez que iba a tocar el órgano y…

—¿Qué iba a tocarse el qué?

—El órgano.

—Jesús… ¿Intentas decirme que hay gente capaz de pagar dinero para ver tales cosas?

—¡Silencio! —siseó Romanelli.

Unos instantes después llegaron a la escalera. El esfuerzo de cargar con el cuerpo inconsciente de Doyle era tal que se les pasaron todas las ganas de hablar.

Lo que finalmente arrancó a Doyle de sus delirios inducidos por la droga fue el discordante coro de silbidos increíblemente agudos. Logró sentarse, temblando a causa del frío que hacía en aquella caja en forma de ataúd sin tapa y, tras frotarse los ojos y aspirar unas cuantas bocanadas de aire, se dio cuenta de que todo oscilaba a su alrededor, de que no se trataba de otro delirio y de que debía de encontrarse en un barco. Pasó una pierna por encima de la caja y dejó que su sandalia se apoyara con un leve chasquido en el suelo mientras, agarrándose a los costados de la caja, luchaba con cierta dificultad por incorporarse. Sentía en la boca el agudo y desagradable olor del cloroformo y, cuando por fin logró ponerse en pie, tambaleándose, lo primero que hizo fue escupir con el ceño fruncido.

Tal y como pensaba, habían cerrado por fuera. En la puerta había una minúscula ventana a la altura de su cuello; en vez de cristal tenía unos fuertes barrotes de hierro, lo que explicaba el frío que reinaba en la pequeña habitación; encorvándose un poco para ver por ella, distinguió una cubierta mojada, que se esfumaba pasados unos cuantos metros en una muralla de niebla grisácea. De la penumbra emergía una cuerda, que corría de forma paralela a la cubierta y estaba situada a un metro escaso de ella, evidentemente conectada a la parte exterior de un minúsculo camarote.

Los silbidos parecían llegar de muy cerca. Reuniendo todo su valor, y confiando en la probabilidad de que sus captores desearan conservarle con vida, Doyle se puso a gritar.

—¡Acabad con ese condenado ruido! Aquí hay gente que intenta dormir!

Unos cuantos silbidos cesaron de inmediato y los demás fueron bajando de tono con cierta vacilación, hasta acabar extinguiéndose unos segundos después. Muy a su pesar, Doyle no pudo sino estremecerse al oír una voz que era casi igual a la del doctor Romany.

—Tú…, no, tú quédate…, tú encárgate de hacerle callar. Los demás seguid, idiotas. Si basta con un hombre para distraeros, ¿cómo esperáis aguantar cuando lleguen los Shellengeri?

El extraño coro de silbidos se puso nuevamente en marcha. Unos minutos después, Doyle, que seguía ante la ventana, vio algo bastante extraño: un hombrecillo de edad avanzada, que se cubría con una gruesa gabardina bastante sucia y se tocaba con un sombrero de cuero, avanzaba agarrándose a la cuerda hacia Doyle, pero sus piernas flotaban en el aire, como si estuviera moviéndose bajo el agua. Cuando el ingrávido hombrecillo llegó por fin al camarote y miró por la ventana, Doyle distinguió el rostro medio destrozado con un solo ojo, y comprendió que estaba ante el mismo lunático callejero que una vez le había prometido llevarle hasta un agujero temporal, y había terminado conduciéndole hasta un solar vacío para mostrarle unos huesos calcinados.

—Grita cuanto… te plazca, cuando esos… esos tipos hayan terminado, pesado —dijo el hombrecillo—, pero si vuelves a gritar una sola vez no te daremos de comer durante todo el viaje. Y supongo que desearás conservar las fuerzas como es normal, chaval. —Entonces la criatura pegó su horrible rostro a los barrotes y, con un gruñido, añadió—: Te recomiendo que comas…, quiero que tengas algo de nervio todavía cuando el Amo haya terminado contigo y seas mío para el acto final.

Doyle había soltado los barrotes humedecidos por la neblina y, al ver el odio que ardía en ese ojo solitario, retrocedió un par de pasos, apartándose de la ventana.

—Espera un momento —murmuró—, cálmate. ¿Qué he podido hacer yo para…? —Y de pronto se detuvo al tener una horrible sospecha, que un segundo después se convirtió en certidumbre—. Dios mío, ¿ese solar de Surreyside era el mismo, verdad que sí? —murmuró—. Y no tenías modo de saber que había escapado por el sótano…, creías estar enseñándome mi propio cráneo, ¿verdad? Dios santo. Y sobreviviste al proyectil cubierto de fango que te disparó Burghard…, pero era yo quien tenía ese pedazo de papel que actuaba como un gancho móvil… ¡Jesús, te has limitado a vivir durante todo ese tiempo, esperando!

—Así es —canturreó la cosa que había sido el doctor Romany—. Y ahora vuelvo a casa; los kas no están hechos para sobrevivir tanto tiempo, y muy pronto cogeré el último bote para cruzar las doce horas de la noche…, pero antes de que lo haga tú estarás total e irrevocablemente muerto.

«No, a menos que seas la misma persona que me recibirá en los pantanos de

Woolwich el doce de abril de mil ochocientos cuarenta y seis», pensó Doyle.

—¿A qué te refieres con eso de las doce horas de la noche? —le interrogó cautelosamente, preguntándose si acaso la criatura había leído el poema, que había escrito la noche anterior.

La criatura, que se agarraba a la cuerda, sonrió.

—Tú las verás antes que yo: el camino a través del Tuaut, el mundo subterráneo, el trayecto que sigue el dios del sol, Ra, una vez muerto, durante cada noche en su oscuro viaje desde el crepúsculo hasta el amanecer. Allí la oscuridad se vuelve sólida y las horas son una medida de la distancia, como si estuvieras navegando por la cara de un reloj.

La criatura se calló para emitir un estruendoso eructo, que pareció empequeñecerle a la mitad de su tamaño anterior.

—¡Silencio ahí abajo! —gritó alguien por entre la neblina, lo suficientemente alto como para ser oído incluso por encima de los silbidos.

—Y los muertos se congregan en las orillas del río subterráneo —siguió diciendo Romany en un susurro—, y suplican que se les permita subir a la barca del dios sol para volver a la tierra de los vivos, pues si lograran subir a ella, entonces podrían compartir la restauración de Ra hasta ser una vez más jóvenes y fuertes. Algunos se lanzan al río y nadan hasta ella, pero Apep, la serpiente, tiene un cuerpo muy, muy largo… y sus fauces se cierran sobre ellos para devorarlos.

—Entonces, a eso se refería él…, quiero decir que a eso me refería yo en el poema —dijo Doyle en voz baja. Alzó la mirada y logró dirigirle a la criatura una sonrisa confiada—. Ya he viajado por un río donde las horas sirven de mojones —añadió—, y, a decir verdad, mis viajes han sido dos y he cubierto grandes distancias en cada uno de ellos… y he sobrevivido. Si acabo encontrándome en ese Tuaut tuyo y en ese río, te apuesto a que acabaré emergiendo a la mañana siguiente sano y salvo.

Sus palabras parecieron irritar al doctor Romany.

—Estúpido, nadie…

—Nos dirigimos hacia Egipto, ¿verdad? —le interrumpió Doyle.

El único ojo del doctor Romany se acercó lentamente, para abrirse de nuevo unos segundos después.

—¿Cómo lo sabes?

Doyle sonrió.

—Sé muchas cosas. ¿Cuándo llegaremos?

La criatura que había sido el doctor Romany frunció el ceño y luego, como si olvidara su enfado, le contestó con un cierto tono de complicidad, como si estuviera haciendo una confidencia a un amigo.

—Dentro de una semana o, como mucho, en diez días…, si esos tipos de la cubierta consiguen llamar a los Shellengeri, los elementales del viento, que Eolo le

entregó a Odiseo.

—Oh —replicó Doyle, intentando sin mucho éxito ver algo por entre la niebla que invadía la cubierta—. Algo parecido a esos gigantes de fuego, que se volvieron locos en el campamento del doct…, quiero decir, en tu campamento.

—¡Sí, sí! —exclamó la criatura golpeando con sus pies descalzos—. Muy bien. Sí, las dos razas de elementales son primas lejanas y además hay otras razas, la del agua y la de la tierra. Tendrías que ver a los de la tierra; son como gigantescos acantilados, que se mueven lentamente y…

De pronto, un silbido ensordecedor rasgó el aire, más parecido a un aullido imposible que ninguna garganta material habría sido capaz de emitir, golpeando el navío con la fuerza de un choque palpable, haciendo que cada madero y cordaje vibrara velozmente hasta hacerse borroso. Doyle se apartó de un salto de la ventana, seguro durante unos instantes de que algún enorme reactor, quizá un 747 o algo parecido, estaba por la razón que fuera intentando aterrizar a toda velocidad sobre ellos, cayendo en picado hacia la embarcación. Antes de que tuviera tiempo de reflexionar sobre lo imposible de tal idea se vio arrojado nuevamente contra la puerta, al ser sacudida toda la embarcación por un colosal golpe de viento, que hinchó las velas como bajo el impacto de un puño ciclópeo; la proa de la nave pareció hundirse hacia los abismos del mar y luego volvió a enderezarse, mientras la embarcación casi volaba sobre las olas.

En los escasos segundos transcurridos antes de que la nave, y todo lo que contenía, se fuera ajustando a la nueva velocidad, el sólido mamparo que sostenía la espalda de Doyle pareció más un suelo que no una pared y, cuando la caja en forma de ataúd, dentro de la que había despertado, empezó a resbalar por el suelo hacia él, se limitó a levantar sus piernas, sin necesidad de dar un salto, y la dejó estrellarse en el sitio que unos segundos antes habían ocupado sus tobillos. Un instante después la gravedad se fue normalizando nuevamente y Doyle cayó de bruces sobre la caja. Por encima del aullido incesante del viento oyó cómo la primera ola barría la cubierta de un lado a otro.

Logró ponerse en pie y se agarró a los barrotes de la ventana. Una vez allí, frunció el ceño para soportar mejor las ráfagas de viento helado, intentó encontrar a Romany, pero la criatura se había esfumado.

«Espero que haya salido disparado por encima de la borda —pensó—, aunque en tal caso supongo que no se hundiría. Lo único que debería hacer sería seguirnos por encima del agua, pataleando como esos insectos que viven sobre las charcas.»

La nave se sacudía como un autobús lanzado a la carrera por un campo recién arado, pero Doyle logró mantenerse agarrado a la ventana el tiempo suficiente para distinguir unas siluetas agazapadas en la cubierta, que se movían lentamente intentando salir de ella.

«Al menos la niebla se ha ido», pensó algo aturdido, mientras soltaba los barrotes y se dejaba resbalar hasta quedar sentado en el suelo, pestañeando una y otra vez para intentar despejarse los ojos llenos de lágrimas causadas por el vendaval.

A medida que iba pasando el tiempo, sin la menor influencia sobre el estruendo de la galerna que hacía oscilar continuamente el barco, Doyle sintió una creciente gratitud por encontrarse dentro del cuerpo de Benner; el cuerpo de Doyle siempre había tenido tendencia al mareo e, incluso estando en éste, Doyle se alegró de no haber tenido el tiempo suficiente para probar la ensalada de langosta que había traído el pobre Byron.

Hacia lo que debía ser aproximadamente el mediodía, un par de objetos aparecieron por entre los barrotes de la ventana. El primero era un bulto envuelto en papel, que cayó al suelo con un golpe sordo y resultó contener un poco de salmuera y unas más bien duras rebanadas de pan negro; el segundo era una jarrita provista de tapa que, tras resbalar unos cuantos centímetros por la puerta, empezó a oscilar sostenida por una cadenita. En su interior había una cerveza bastante floja. Dado que en El Cisne de Dos Cabezas se le había impedido comer, y que no había probado nada desde el mediodía del día anterior, que para Doyle era un espacio de tiempo considerablemente superior a las veinticuatro horas que habían transcurrido allí, lo devoró todo con auténtico placer y llegó incluso a lamer el papel que había envuelto la comida.

Unas seis horas después se repitió el procedimiento anterior y Doyle volvió a comérselo todo. No tardó en oscurecer, aunque el viento y el agitado avance de la embarcación siguieron como hasta entonces, y Doyle estaba empezando a preguntarse cómo iba a dormir cuando un par de mantas aparecieron por entre los barrotes.

—Gracias! —gritó Doyle—. ¿No podría tomar otra cerveza?

La pequeña estancia no estaba totalmente a oscuras y Doyle se las arregló para convertir la caja en un lecho bastante cómodo. Cuando ya iba a meterse dentro de él, se llevó una considerable sorpresa al oír la cadena, que sujetaba la jarrita, tintinear contra la madera al ser retirada; el ruido que hizo al ser nuevamente llenada resultó inaudible gracias al agudo estruendo del viento entre los cordajes, pero sí logró oír el golpe de la jarra al pasar por entre los barrotes.

Se puso en pie y fue rápidamente hacia la puerta; mientras se apoyaba en ella, intentando beber el máximo de cerveza sin derramarla por el suelo, se preguntó por qué razones no estaba tan alarmado como debería estarlo en su situación actual, de prisionero al que le aguardaban la tortura y la muerte. En parte, por supuesto se debía a una irracional autoconfianza, que nunca había llegado a fallarle por completo desde que se encontraba en un cuerpo tan superior al que había estado utilizando durante toda su vida anterior. Además, su relativamente bien equilibrado optimismo, se

basaba tozudamente en que era William Ashbless, algo que ya había aceptado sin reservas, y que no iba a morir hasta mil ochocientos cuarenta y seis.

«Cuidado, chico —pensó—, puedes estar razonablemente seguro de que vas a sobrevivir, pero no tienes razón alguna para pensar que Ashbless no va a recibir un buen par de pisotones de vez en cuando…»

Pese a sus apuros actuales, no pudo sino sonreír mientras intentaba hallar una postura lo más cómoda posible, pues estaba pensando en Elizabeth Jacqueline Tichy, con quien (no sabía demasiado bien cómo) contraería matrimonio el año próximo. Siempre había parecido bastante bonita a juzgar por sus retratos…

El viaje duró quince días, y durante ese tiempo el furioso vendaval no se apaciguó ni un solo segundo. Pasados los dos primeros días de trayecto, los marineros tambaleantes, que Doyle lograba ver de vez en cuando por su ventana, parecían haber alcanzado un estado de aturdida indiferencia al clima. Durante ese tiempo, Doyle no vio ni una sola vez a Romanelli ni tampoco a los casi ingrávidos despojos del doctor Romany. Hasta que en el curso del cuarto día no se abrió una grieta en una viga del techo, demasiado vieja seguramente para resistir perfectamente los embates del vendaval, todo lo que el cautivo pudo hacer para pasar el tiempo era comer, dormir, mirar por la ventana e intentar acordarse de lo más bien poco que se sabía sobre la visita de Ashbless a Egipto.

Después de que la viga se agrietara, pasó el tiempo en conseguir una astilla, lo más larga posible, e intentó afilarla con dientes y uñas hasta conseguir que la punta se pareciera razonablemente a un cuchillo. Pensó en arrancar la jarrita que colgaba de los barrotes y aplastarla para su posterior uso como herramienta, pero decidió que eso no sólo le dejaría sin cerveza durante el resto del viaje sino que, una vez se dieran cuenta de que la había hecho desaparecer, sería registrado.

Durante el viaje sólo hubo un acontecimiento casi tan inquietante como la llegada de los Shellengeri. Cuando faltaba poco para la medianoche del sábado, en la undécima noche del viaje, Doyle creyó oír una especie de gemido, que casi dominaba el eterno aullido del viento. fue hacia la ventana e intentó ver algo, cosa tan difícil como distinguir la carretera yendo en una moto a ciento cincuenta por hora y sin gafas protectoras. Unos diez minutos después volvió a su cama, convencido casi por completo de que la silueta negra, que había visto gracias a que irradiaba una oscuridad mucho más intensa que la negrura de las olas contra las cuales se recortaba, era sólo una falsa imagen, causada por el esfuerzo impuesto a sus retinas para que encontraran algo en la agitación del mar y el viento. Después de todo, ¿qué podía estar haciendo allí fuera una silueta parecida a un gran bote?

# 11

*Nada podía ser más horrible. Su cabeza y sus hombros se hicieron visibles, volviéndose primero a un lado y luego a otro con un movimiento solemne y espantoso, como si le impresionara algún aterrador secreto de los abismos, que le había hecho emerger de su tumba acuática para ser así finalmente revelado. Imágenes como aquella se hicieron luego frecuentes y apenas si transcurría un día sin que los muertos acudieran para contemplar a los vivos, hasta que finalmente, ya cansados de ellos, dejaron de suscitar su curiosidad.*

*E. D. CLARKE*

Al amanecer del diez de octubre, Doyle se despertó, medio aturdido, y se dio cuenta de que estaba en cubierta… y de que los maderos que rozaban su barbuda mejilla estaban calientes. Abrió los ojos y la brillante luz del sol los hirió, obligándole a cerrarlos de nuevo. Unos instantes después oyó voces, aparejos que crujían y el suave roce del agua contra el casco que oscilaba levemente; el viento había cesado.

—Puede que haya un dique seco en algún sitio —estaba gruñendo uno de los hombres—, pero desde luego no será en este maldito lugar olvidado del mundo.

Otra voz dijo algo sobre Grecia.

—Claro, siempre que llegue a Grecia. Entra agua por todas partes, las velas están hechas pedazos y los condenados mástiles…

La segunda voz, que Doyle reconoció ahora como la casi idéntica a la del doctor Romany, le hizo callar secamente con unas palabras que Doyle no logró entender.

Doyle intentó sentarse, pero lo único que logró fue rodar sobre sí mismo, pues se encontraba fuertemente atado con unas gruesas sogas que olían a brea. No piensan correr ningún riesgo conmigo, pensó, y luego sonrió un poco al darse cuenta de que el objeto agudo que se le estaba clavando en la rodilla era su improvisada daga de madera, que había logrado escapar al escrutinio de quien le hubiera atado.

—Menos mal que le atamos en seguida —dijo la voz más áspera—. Desde luego tiene una buena constitución… habría apostado a que la droga le tendría dormido como mínimo hasta la tarde.

Aunque el movimiento hizo que las sienes le dolieran todavía más, Doyle alzó la cabeza y contempló lo que le rodeaba. Junto a la borda estaban dos hombres, mirándole: uno parecía ser una versión del doctor Romany anterior a su salto temporal (pensó que sería Romanelli, el original) y el otro era evidentemente el capitán del barco.

Romanelli iba descalzo y cuando se acercó a Doyle sus pasos resonaron levemente sobre la cubierta.

—Buenos días —dijo, agachándose junto a él—. Es posible que desee hacerte alguna pregunta y creo que no encontraremos a nadie que hable inglés, así que pienso quitarte la mordaza. De todos modos, si deseas ponerte a gritar y armar un escándalo, siempre podemos colocarla de nuevo y disimularla bajo un albornoz.

Doyle apoyó nuevamente la cabeza sobre la cubierta, cerró los ojos y esperó a que las dolorosas pulsaciones de sus sienes se calmaran un poco.

—De acuerdo —dijo abriendo de nuevo los ojos y contemplando el despejado cielo azul, que aparecía entre la masa de aparejos, mástiles y velas arriadas—. ¿Estamos en Egipto?

—En Alejandría —dijo Romanelli moviendo la cabeza—. Te llevaremos a la costa en un bote de remos y luego habrá que ir por tierra hasta el canal de Rosetta; desde allí subiremos por el Nilo hasta llegar a El Cairo. Goza del paisaje. —El hechicero se incorporó con un fuerte chasquido de sus articulaciones y una mueca de dolor, que no logró reprimir del todo—. Vosotros —gritó con irritación—, ¿está listo ya el bote? Entonces, sacadle del barco y empecemos.

Doyle fue levantado a pulso y transportado por encima de la borda. Unos instantes después hicieron pasar un gancho por la cuerda que le sujetaba los brazos y le bajaron, como si fuera una alfombra enrollada, hasta un bote que oscilaba sobre las aguas golpeando suavemente el casco de la otra embarcación, unos seis metros más abajo. Un marinero, que ya se encontraba en el bote, se encargó de cogerle por los tobillos y le guió hasta dejarle sentado en uno de los bancos; mientras, Romanelli bajaba usando una escalerilla de cuerda y, tras balancearse durante casi un minuto al final de ésta, agitando el pie y lanzando maldiciones, medio bajó medio se desplomó en el bote. El marinero le ayudó a sentarse en otro de los bancos y, unos segundos después, el último pasajero apareció por la escalerilla, haciéndola oscilar salvajemente: era la Suerte de Surreyside en persona, el doctor Romany casi devorado por el tiempo, con dos grandes clavos metálicos atados a sus zapatos para darle algo más de peso. Tras haber situado a la sonriente criatura, que no dejaba de parpadear, en la proa, donde encorvó el cuerpo hasta parecerse sorprendentemente a un cormorán amaestrado, el marinero se limpió las manos y se instaló con expresión impasible, frente a Romanelli y Doyle, para coger los remos y ponerse a trabajar.

Doyle se vio impulsado inmediatamente contra la borda y, desde esa posición, vio cómo el casco de la nave iba deslizándose junto a ellos hasta acabar desapareciendo, una vez rodeada la gran proa, para dar paso a la imagen de Alejandría, a casi un kilómetro de distancia por encima de la reluciente superficie del agua.

La ciudad le decepcionó bastante; esperaba encontrarse con el laberinto oriental sobre el que había escrito Lawrence Durrell, pero todo lo que pudo ver fue un

pequeño amasijo de edificios blancos en bastante mal estado, que se cocían al sol. No había más barcos en la bahía y junto a los atracaderos sólo se veían unos cuantos botes pequeños.

—¿Eso es Alejandría? —preguntó.

—Ya no es lo que era —gruñó Romanelli en un tono que no invitaba demasiado a seguir conversando.

El hechicero estaba acurrucado al otro lado de Doyle, respirando con lentos jadeos asmáticos. Los restos de Romany seguían inmóviles en la proa, lanzando una risita de vez en cuando.

El hombre de los remos dejó que la corriente les fuera llevando hacia la izquierda y al este de la ciudad y, en una elevación arenosa, Doyle distinguió finalmente unas siluetas; tres o cuatro personas vestidas a la usanza árabe, que se cobijaban a la sombra de una palmera algo polvorienta, mientras algunos camellos permanecían inmóviles alrededor de un pedazo de muro en ruinas. Doyle no se sorprendió demasiado cuando el marinero enfiló el bote en aquella dirección, haciendo que la proa apuntara en línea recta a la palmera.

Romanelli agitó la mano y gritó: ¡*Ya Abbas, sabah ixler*!

Uno de los hombres se estaba dirigiendo hacia la orilla. —¡*Saghida, ya Romanelli*! —respondió a gritos, agitando también la mano.

Doyle contempló durante unos instantes el flaco rostro de aquel hombre, que daba la impresión de haber sido tallado a golpes de cincel, y con cierto nerviosismo intentó imaginarle en alguna agradable actividad doméstica, como por ejemplo acariciar a un gato. Le resultaba imposible lograrlo.

Cuando el bote estuvo a unos metros de la orilla, el timón rechinó sobre el fondo arenoso, haciendo detener con cierta brusquedad a la pequeña embarcación y lanzando a Doyle sobre los maderos.

—Ay —murmuró al rozar sus labios la borda, que estaba fría y tenía un sabor salado a causa del movimiento de los remos.

Un instante después Romanelli le incorporó de un tirón.

—¿Te ha dolido? —preguntó la criatura agazapada en la proa fingiendo preocupación—. Diiiiime…, ¿te ha dolido o fue un vahído?

El hechicero se había puesto en pie y ya estaba ladrando instrucciones a los árabes en su misma lengua; dos de los hombres que habían estado bajo la palmera fueron rápidamente hasta el agua, mientras el primer hombre ya la cruzaba chapoteando. Romanelli señaló con el dedo a Doyle.

—*Taghala aghaya nisilu* —dijo, y un segundo después unos brazos morenos y flacos se extendieron por encima de la borda para sacar a Doyle del bote.

Doyle fue atado a lomos de un camello y, pese a las varias paradas para repostar agua y descansar, cuando llegaron a la aldea de El Hamed, junto al Nilo, sus piernas

se habían convertido en dos distantes columnas entumecidas, que sólo podía reconocer como suyas de vez en cuando, al ser atravesadas por tales pinchazos de dolor que le hacían rechinar los dientes. Tenía la impresión de que su espina dorsal se había convertido en el tallo de una planta secada por el sol, que unos niños hubieran utilizado repetidamente como proyectil para una diana. Cuando los árabes le desataron y le llevaron a bordo del *dahabeeyeh*, un pequeño bote de un sólo mástil con una minúscula cabina en la popa, estaba casi delirando y no dejaba de murmurar: «Cerveza…, cerveza…» Afortunadamente, parecieron reconocer la palabra y le trajeron una jarra de lo que, gracias al cielo, era inconfundiblemente eso: cerveza. Doyle acabó con ella en un par de tragos y se derrumbó sobre la cubierta, profunda e instantáneamente dormido. Estaba anocheciendo.

Despertó en una oscuridad casi completa cuando el bote chocó levemente contra alguna estructura de madera y se detuvo con un último balanceo. Sus captores le hicieron levantarse y luego, una vez sentado en el muelle, pudo ver unas luces situadas a doscientos metros a su izquierda.

Un hombre que llevaba una linterna apareció en el muelle.

—*Is salam ghalekum ya Ronanelli* —dijo sin alzar la voz.

—*Wi ghalekum is salam* —respondió Romanelli.

Doyle había estado temiendo otra cabalgata a lomos de camello, y lanzó un suspiro de alivio al distinguir la silueta de un auténtico carruaje estilo inglés en el camino que había a espaldas del recién llegado.

—¿Estamos en El Cairo? —preguntó.

—La hemos dejado atrás —respondió secamente Romanelli—. Ahora vamos hacia el interior, hacia el Karafeh, la necrópolis que se halla bajo la Ciudadela.

Empezó a ladrarles nuevas órdenes a los árabes y éstos, obedientemente, levantaron a Doyle por los tobillos y los hombros y le transportaron por unas viejas escalinatas de piedra hasta el camino, metiéndole luego en el interior del carruaje.

Unos instantes después se le unió Romanelli, la criatura que había sido Romany, uno de los árabes y el hombre que les había recibido en el muelle. Se oyó un chasquido de riendas y el carruaje inició una marcha algo traqueteante.

«La necrópolis —pensó Doyle con cierta inquietud—, estupendo.»

Apretó sus rodillas una contra otra, doblado en el suelo del carruaje, y sintió el bulto de su daga casera, tranquilizándolo un poco. No había sido consciente de los olores tropicales que emanaban del río hasta que éstos fueron desapareciendo, para ser sustituidos por el más leve, pero también más áspero, olor a piedra reseca del desierto.

Tras haber recorrido unos cuantos kilómetros por el camino, que no estaba en muy buen estado pero aún era practicable, el carruaje se detuvo y Doyle fue bajado de él para encontrarse contemplando un edificio sin iluminación, la meta de su viaje,

situado en el centro del desierto. La linterna le mostró un dintel en forma de arco, flanqueado por grandes columnas; el muro del edificio era totalmente liso con la excepción de un par de agujeros, que quizá hubieran sido concebidos como ventanas, aunque eran demasiado pequeños para que nadie pudiera meter la cabeza por ellos. Encima del edificio pudo distinguir vagamente una gran cúpula silueteada por las estrellas.

Romanelli hizo una seña y el árabe que había viajado con ellos desde el bote sacó de su albornoz una daga curva que brillaba como un espejo, y cortó las sogas que rodeaban las piernas de Doyle. Al segar aquellas cuerdas un diluvio de soga cayó sobre el suelo polvoriento, dejándole libre de cintura para abajo; Doyle apartó las cuerdas con un par de patadas.

—Nada de correr —le dijo Romanelli con voz cansada—. Abbas puede atraparte y le he dado instrucciones de que en tal caso te corte un tendón de Aquiles.

Doyle asintió, dudando de que fuera capaz ni tan siquiera de caminar.

El marchito ka se había quitado sus zapatos lastrados y, agarrándose a las hebillas, caminaba ahora sobre sus manos con las piernas oscilando en el aire, como las cintas utilizadas para indicar la posición de las rejillas de ventilación.

Miró a Doyle, obsequiándole con una sonrisa invertida, y dijo: —Ya es hora de ver al hombre de la luna.

—Cállate —le dijo Romanelli y, volviéndose hacia Doyle, añadió—: Por aquí, sígueme.

Doyle avanzó cojeando hacia la puerta, acompañado por el ka; cuando habían cubierto la mitad de los veinte pasos que les separaban de ella, oyó un chasquido ahogado y la puerta giró hacia el interior para revelar a una figura encapuchada, que sostenía una linterna y les hacía señas. Romanelli indicó con cierta impaciencia a Doyle y al ka que entraran en el enorme vestíbulo de piedra y luego le hizo una pregunta al hombre encapuchado, que estaba cerrando la puerta y pasando nuevamente la cancela, en un lenguaje que esta vez no parecía árabe.

El hombre, con un gesto despectivo, le contestó brevemente en el mismo lenguaje, al parecer sin sorprender a Romanelli y sin complacerle demasiado.

—No se encuentra mejor —le murmuró el ka mientras abría la marcha.

El hombre de la linterna les siguió, y las sombras que se balanceaban a su paso hicieron que los bajorrelieves de los muros, y hasta las columnas de jeroglíficos del Viejo Reino, parecieran moverse. Doyle vio que el vestíbulo terminaba a unos diez metros de distancia en un muro de ladrillos que tenía forma curva y sobresalía hacia ellos en un ángulo bastante pronunciado de tal forma que el suelo llegaba mucho más lejos que el techo, dándole la impresión de que al otro lado hubiera una piscina situada por encima del nivel del suelo.

—¿Esperabas oír acaso que había empezado a preparar sus vacaciones

veraniegas, o qué? —preguntó el ka, caminando todavía sobre las manos.

Romanelli no hizo caso de sus palabras y, pasando por una arcada que se abría en la pared izquierda, empezó a subir unos escalones. En la parte más alta de la escalera se veía luz al otro lado de la curva y el hombre con la linterna se quedó inmóvil ante ella, sin subir; a Doyle le pareció que estaba más bien contento por esto. Los tres subieron por la escalera hasta encontrarse en otro vestíbulo, éste mucho más pequeño que el de abajo, terminado en un balcón que daba a la superficie interior de la cúpula. El trío avanzó hacia la barandilla.

Y Doyle se encontró contemplando una enorme esfera, que tendría aproximadamente unos veintitrés metros de diámetro, iluminada por una lámpara que colgaba justo en su centro, al mismo nivel que el balcón, suspendida por una larga cadena que terminaba en la parte superior de la cúpula. Se inclinó sobre la barandilla y miró hacia abajo, quedando algo sorprendido al ver a cuatro hombres inmóviles en el interior de una especie de corral con muros de piedra, situado en el suelo de la estancia circular.

—¡Saludos, mis pequeños amigos.

El graznido, casi inaudible, venía del otro extremo de la esfera y, por primera vez, Doyle se dio cuenta de que allí había un hombre, un viejo increíblemente retorcido y arrugado, que se encontraba sobre un diván unido por una conexión invisible a la pared, a medio metro de la negra línea horizontal que parecía ser el ecuador de la estancia. El hombre estaba tendido sobre el diván sin mover un músculo, y éste se encontraba igualmente en línea recta con el muro, casi perpendicular, siendo tal la ilusión de que estaban sostenidos así por la gravedad que Doyle, de forma automática, se encontró buscando el borde del espejo que, ineludiblemente, debía encontrarse allí…, pero en la cara interna de la cúpula no había interrupción alguna. El diván y el hombre colgaban sencillamente de la pared, como si fueran un adorno mural de gusto más bien dudoso… Y, cuando Doyle empezaba a pensar en cómo podía reposar, con tal apariencia de comodidad, el viejo en aquel diván, evidentemente clavado en el pared, y en dónde se colocaría la escalera que le había permitido subir hasta ahí, se oyó un rechinar de engranajes y el diván ascendió un poco más.

El anciano lanzó un gemido y luego se acercó al borde del diván para mirar al «suelo»; ahora, el diván se encontraba justo sobre la línea del ecuador.

—Está saliendo la luna —dijo con voz cansada. Se tendió nuevamente en el diván y miró hacia el balcón—. Veo a los doctores Romanelli y Romany, este último un claro mentís a mi habilidad para fabricar un ka decente; creía que habrías durado como mínimo un siglo antes de alcanzar tal punto de ingravidez y deterioro. Pero ¿quién es nuestro gigantesco visitante?

—Tengo entendido que su nombre es Brendan Doyle —dijo Romanelli.

—Buenas noches, Brendan Doyle —dijo el hombre de la pared—. Me… me disculpo por no ser capaz de acercarme hasta ahí y darte un buen apretón de manos, pero, dado que me he visto obligado a renunciar a la tierra, ya no gravito hacia ella sino… hacia otro sitio. Se trata de una posición incómoda y espero ponerle remedio antes de que pase mucho tiempo. Y bien —prosiguió—, ¿qué relación guarda el señor Doyle con nuestra debacle actual?

—Fue él quien la causó, Señoría! —graznó el ka—. Logró sacar al ka de Byron del hechizo de obediencia al que le teníamos sometido, hizo que los *yags* se volvieran locos y después de eso, cuando salté al mil seiscientos ochenta y cuatro, me siguió hasta allí y alertó a la Hermandad de Anteo sobre mi presencia en ese año… —Había soltado sus zapatos para enfatizar más su discurso con todo tipo de gestos y empezaba a flotar con los pies hacia arriba; su cuerpo fue detenido por el murete de ladrillos que rodeaba la parte superior del balcón, rodó más allá de él y empezó a subir hacia lo alto de la cúpula—, y sabían que un arma ensuciada con tierra o barro podía hacerme daño, y me volaron media cara con una pistola que estaba llena de fango y…

—¿Aaalto ñomilchecientos chocuatro? —farfulló el Amo con un diluvio de saliva.

Romanelli, Doyle y el ka, que se habían agazapado junto a la cadena que sostenía la lámpara, se le quedaron mirando sorprendidos.

Al Amo se frotó los ojos y la boca hasta conseguir cerrarlos y los abrió unos segundos después.

—¿Un salto hasta el año mil seiscientos ochenta y cuatro? —dijo, articulando cuidadosamente las palabras.

—Creo que es cierto, señor —se apresuró a decir Romanelli—. Usaron las puertas que creó Fikee…, viajaron de puerta a puerta, pero a través del tiempo, ¿me comprendéis? Este ka —señaló con la mano hacia lo alto de la cúpula—, se encuentra obviamente en un estado demasiado caduco para haber pasado sólo ocho años en acción, y las partes de su historia que he podido reconstruir me parecen consistentes.

El Amo asintió lentamente.

—Hubo algo peculiar en el fracaso de nuestro plan con Monmouth en mil seiscientos ochenta y cuatro.

El diván ascendió un par de palmos más y, aunque los dientes del Amo se apretaron en una silenciosa mueca de dolor, entre las figuras del suelo se oyó un gemido semejante a un eco. Sobresaltado, Doyle miró de nuevo hacia abajo y no quedó muy tranquilo al ver que eran estatuas de cera. El Amo abrió nuevamente los ojos.

—Viaje por el tiempo —murmuró—. ¿Y de dónde vino el señor Doyle?

—De alguna otra época —dijo el ka—. Él y un grupo de gente aparecieron por

una de las puertas; le conseguí atrapar, aunque sus compañeros se fueron por donde habían venido. Tuve un poco de tiempo para interrogarle y… escuchadme bien, sabe dónde se encuentra la tumba de Tutankhamón. Sabe montones de cosas.

El Amo asintió y en sus labios floreció una horrenda sonrisa.

—Es posible que en esta época postrera y estéril hayamos dado por accidente con la herramienta más poderosa que hemos tenido nunca en las manos. Romanelli, sácale algo de sangre a nuestro invitado y construye un ka, uno en plena madurez, que sepa cuanto él sabe. No debemos correr riesgos en cuanto a lo que contiene su cabeza; podría suicidarse o contraer unas fiebres. Hazlo ahora mismo y luego enciérrale durante la noche. Los interrogatorios empezarán por la mañana.

Pasaron diez minutos intentando capturar al ka de Romanelli desde el balcón, pues a éste le resultaba tan imposible bajar por la cúpula como a un hámster le habría sido trepar por la superficie de una bañera. Finalmente lograron cogerle con una cuerda y Romanelli hizo bajar a Doyle por la escalera.

Una vez en el piso de abajo entraron en una habitación débilmente iluminada por una lamparilla, a cuya luz se podía distinguir al encargado de la puerta removiendo cuidadosamente una gran cuba, que contenía un fluido cuyo olor recordaba al pescado.

—¿Dónde está la…? —empezó a decir Romanelli, pero el encargado de la puerta le interrumpió señalando una mesa que había pegada al muro—. Ah. —Romanelli fue hasta ella y con gran cuidado alzó la tapa que cubría una copa de cobre—. Toma —le dijo a Doyle—. Bebe esto y nos ahorrarás el problema de atarte y metértelo luego por entre los pocos dientes que te queden.

Doyle aceptó la copa y olisqueó el líquido, no muy convencido. Su aroma era bastante acre, como el de ciertos productos químicos. Recordándose con fervor que no debía morir hasta el año mil ochocientos cuarenta y seis, alzó la copa hasta sus labios agrietados por el viaje y apuró el contenido de un solo sorbo, conteniendo las náuseas.

—Dios santo —resopló luego, devolviéndole la copa a Romanelli e intentando no llorar a causa del dolor.

—Ahora vamos a tomarte unas cuantas gotas de sangre —prosiguió Romanelli, sacando un cuchillo de sus ropas.

—No es más que sacarle el corcho a una vena, nena —afirmaron con regocijo los restos del doctor Romany.

El ka había agarrado una vez más las hebillas de sus zapatos lastrados y volvía a caminar sobre las manos.

—¿Sangre? —preguntó Doyle—. ¿Para qué?

—Ya has oído cómo el Amo nos dijo que hiciéramos un ka tuyo —respondió Romanelli—. Ahora voy a liberarte las manos, pero no cometas ninguna estupidez.

«No seré yo quien la cometa —pensó Doyle—; según la historia, saldré de Egipto dentro de cuatro meses, cuerdo y con todos los miembros intactos. ¿Para qué correr el riesgo de ganarme una conmoción o un brazo dislocado?»

Romanelli cortó las sogas que ataban las muñecas de Doyle.

—Acércate a esa cuba —le indicó—. Te haré un pequeño corte en el dedo.

Doyle dio un paso hacia adelante, extendiendo un dedo y contemplando con cierta curiosidad el líquido perlino que había en la cuba.

«Bueno —pensó—, ahí es donde harán un duplicado exacto de mí…

»Oh, Dios mío, ¿y si quien consigue huir es el duplicado y acaba volviendo a Inglaterra para morir allí en mil ochocientos cuarenta y seis? Podría morir aquí sin causarle ningún trastorno a la historia…»

Su tenue optimismo se extinguió de golpe. Doyle cerró sus dedos sobre la muñeca de Romanelli, que se acercaba blandiendo el cuchillo, y aunque recibió un profundo corte en una mano logró sujetar con la otra el antebrazo de Romanelli, y con la fuerza que da el pánico le hizo perder el equilibrio y caer hacia la cuba de líquido. Pese a todo, Doyle vio, desesperado, cómo varias gotas caían de su mano herida para hundirse en el fluido perlino.

Seguro de que Romanelli caería en la cuba, Doyle se volvió en redondo, agazapándose, sacó la daga de madera de su pantalón y se lanzó con un salto salvaje contra el ka, que flotaba cabeza abajo. La criatura lanzó una especie de mugido de alarma y soltó las hebillas de sus zapatos, pero antes de que pudiera ascender hasta el techo, el cuchillo de madera de Doyle penetró en su frágil torso.

Doyle recibió una ráfaga de aire frío y maloliente en el rostro y el ka salió despedido hacia atrás, alejándose del cuchillo y encogiéndose visiblemente a medida que el aire fétido salía con un silbido de su interior. Tras navegar durante unos segundos por la habitación rebotó en una pared, empezó a subir en línea recta hacia el techo y luego, perdiendo velocidad, acabó por quedarse inmóvil en el aire.

Romanelli estaba debatiéndose con el rostro retorcido por el dolor en el suelo, al otro lado de la bañera; había logrado dar una voltereta en el aire, pasando por encima de ella sin caer dentro.

—Cógelo —logró graznar.

El hombre que había estado removiendo el líquido se encontraba entre Doyle y la puerta de la habitación; Doyle se lanzó en línea recta sobre él, blandiendo el cuchillo y rugiendo con toda la potencia de que eran capaces sus pulmones.

El hombre se apartó de un salto, pero no fue lo bastante rápido; Doyle le dio en la cabeza con el extremo sin afilar de su arma y el contrincante se desplomó como un fardo en el suelo, mientras las pisadas de Doyle se iban alejando veloces hacia el vestíbulo.

Romanelli seguía luchando por interponer la protección de sus zapatos entre él y

la tortura del suelo cuando, haciendo un ruido casi tan inaudible como el de la hoja muerta que cae sobre una charca, la piel y las ropas que habían pertenecido al doctor Romany fueron a la deriva lentamente, movidas por el aire, hasta caer al suelo, donde quedaron inmóviles.

Los mendigos de la calle Támesis no se acercaron al hombrecillo que apareció andando por ella en ese frío anochecer, pues sus ropas de pésimo aspecto, su pálido y sonriente rostro y la desordenada melena grisácea, que parecía servirle de marco, indicaban a las claras que no llevaba encima ni un penique y bien podía estar algo loco. Sólo un mendigo, un hombre sin piernas, que se desplazaba en una plataforma con ruedas, frenó de golpe en mitad de su camino y, tras dar la vuelta, fue detrás del hombrecillo durante unos metros hasta detenerse de nuevo, menear la cabeza en un gesto de incertidumbre y volver lentamente hacia su puesto habitual.

El hombrecillo cruzó por Billingsgate, rodeó el pequeño escenario de Punch y Judy y oyó la vocecilla aflautada de Punch exclamando: —¡Ah, uno de los Hermanos del Dolor, apostaría a que…!

La voz se extinguió bruscamente en un gruñido de sorpresa y el hombrecillo clavó sus ojos en el muñeco.

El hombrecillo permaneció inmóvil y sonrió.

—¿Puedo hacer algo por ti, Punch? —preguntó.

El muñeco le devolvió la mirada durante varios segundos.

—Esto…, no dijo por fin—. Por un momento creí que…, no.

El hombrecillo se encogió de hombros y siguió andando hacia el atracadero. Poco después, los gastados tacones de sus botas resonaron sobre el maltrecho entablado de madera y sólo se detuvo cuando se encontraba a unos centímetros del borde.

Sus ojos contemplaron la oscura superficie del gran río y las primeras luces, aún escasas, que brillaban en la otra orilla. Luego rió quedamente y murmuró: —Vamos a probar tu…, tu aguante, Chinnie.

Se agazapó, inclinándose hacia adelante y luego, con los brazos por encima de la cabeza, saltó del atracadero en una larga parábola que terminó en el agua. El ruido de su zambullida no fue demasiado fuerte y no había nadie cerca para oírlo.

Las ondulaciones del agua empezaban a desaparecer cuando su cabeza emergió en la superficie a unos seis metros de distancia. Sacudió la cabeza para apartarse el pelo mojado de la cara y luego removió el agua durante unos segundos, respirando en rápidos y agudos jadeos.

—Fría como el agua de la hora final —murmuró—. Ah, bueno…, jerez y ropas calientes dentro de unos pocos minutos.

Empezó a nadar utilizando un estilo de braza bastante bueno y tomándose breves descansos de vez en cuando para flotar de espaldas en el agua, y contempló las

estrellas hasta que se encontró en el centro del río, muy lejos de las escasas barcazas y botes que se movían esa noche por el agua.

Luego expelió todo el aire de sus pulmones en un lento silbido y, cuando su cabeza desapareció bajo las aguas, el silbido se convirtió en un reguero de burbujas.

Durante casi un minuto las burbujas siguieron alzándose hacia el solitario centro del río para disolverse lentamente. Cuando no hubo más burbujas, la superficie del río cobró de nuevo su plácido aspecto de costumbre, liso e inmóvil.

La competición había sido bastante igualada, pero desde su ventajosa posición en la ventana, el viejo Harry Angelo vio que, al fin, su primer pupilo empezaba a colocar a su oponente en la posición necesaria para la estocada que Angelo le había recomendado contra un espadachín zurdo.

Llevaban ya cinco minutos sin que ninguno de los dos hubiera sido tocado y Richard Sheridan, que se había acercado con una copa de coñac en la mano para unirse al pequeño grupo de espectadores, le había comentado en voz baja al pugilista «Caballero» Jackson que era la mejor exhibición de esgrima que había presenciado desde que Angelo tenía su *salle* en la Casa de la Ópera, en Haymarket.

El pupilo de Angelo, el espadachín conocido como el Admirable Chinnie, había logrado evitar repetidamente una finta hacia la línea exterior de la *sixte*, para pasar a una estocada en la línea *quarte*, al otro lado de la hoja de su oponente, estocada que su oponente había logrado parar con bastante facilidad en cada ocasión, aunque nunca había logrado responder convenientemente a Chinnie.

A los cincuenta y cuatro años, Harry Angelo era el maestro de esgrima indiscutible de Inglaterra desde que su legendario padre se retiró un cuarto de siglo antes; y ahora podía leer las intenciones de su pupilo tan claramente como si Chinnie las hubiera anunciado en voz alta: otra finta en la *sixte* y después el ataque, ya esperado a esas alturas…, pero esta vez no iría en línea recta hacia la guardia de su oponente en la línea *quarte*, sino que subiría por debajo de su guardia para acabar en su cadera, ahora desprotegida.

Angelo sonrió al ver la finta… y luego frunció el ceño, pues la punta del arma, protegida por una bolita metálica, osciló en el aire. El oponente empezó con la tradicional parada en *quarte*, se dio cuenta de que la espada de Chinnie no se movía y, con cegadora velocidad, lanzó una estocada que terminó con su propia hoja doblándose como un sacacorchos sobre el estómago de Chinnie, protegido por su chaqueta acolchada.

Angelo dejó escapar el aliento en una maldición apagada. Un segundo después el Admirable Chinnie se tambaleó y estuvo a punto de caer; varios espectadores se lanzaron hacia él para sostenerle. El oponente de Chinnie se arrancó de un tirón la máscara y la dejó caer, junto con su arma, sobre el duro suelo de madera.

—¡Dios mío, Chinnie! ¿Te hice daño? —exclamó.

Chinnie se quitó la máscara, se irguió con cierta dificultad y meneó la cabeza como intentando despejarla.

—No, no —dijo con voz ronca—. Me cuesta un poco respirar, es todo. Estaré bien dentro de un segundo, habré forzado demasiado algún músculo…, esa postura rara.

Angelo arqueó sus cejas canosas. En tres años de instrucción muy intensa era la primera vez que oía al Admirable Chinnie describir la posición *en garde* como rara.

—Bueno, está claro que no podemos dar por bueno un tanto conseguido cuando te encontrabas mal —afirmó el oponente de Chinnie—. Cuando estés listo volveremos a empezar con el marcador a cero.

Aunque sonreía ampliamente, Chinnie meneó la cabeza.

—No —dijo—, luego. Ahora lo que necesito es… aire fresco.

Richard Sheridan le ayudó a llegar hasta la puerta, con Angelo pisándoles los talones, mientras que los demás se encogían de hombros y recogían máscaras y floretes; dos parejas se encaminaron hacia los dos extremos de la *piste* pintada en el suelo.

—Espero que se encuentre bien —murmuró alguien.

Una vez en el vestíbulo, Chinnie les indicó a los dos hombres con una seña que se fueran, mientras que en la *salle* se reanudaba el choque metálico de las armas.

—Volveré en un instante —dijo.

Pero una vez que volvieron a entrar en la sala, no de muy buena gana, Chinnie bajó corriendo la escalera que llevaba a la calle, abrió de un manotazo la puerta y se alejó a toda prisa por la calle Bond.

Cuando hubo llegado a Piccadilly permitió que su paso se fuera convirtiendo en una zancada más lenta y aspiró hondas bocanadas del frío aire otoñal. Una vez en el Strand miró a la derecha, hacia el río, y murmuró: —¿Qué tal te va, viejo Chinnie? Fría, ¿verdad?

Otro hombre, que iba por la acera, había empezado a dirigirse hacia él como si le conociera, pero se quedó inmóvil y luego se apartó, desconcertado, cuando Chinnie empezó a reírse como un maníaco y dio unos inexpertos pero veloces pasos de baile.

Fue riéndose todo el rato desde la calle Fleet hasta Cheapside.

—¡Ja! —exclamó en un momento dado con una ágil pirueta—. Éste es tan bueno como Benner. Mejor aún! No sé por qué no se me había ocurrido antes ir a comprar en el West End…

La primera parte del sueño carecía de horror y Darrow nunca logró recordar, hasta haberse despertado, que ya había pasado muchas veces por ella con anterioridad.

La niebla era tan espesa que le resultaba imposible ver más allá de unos pocos

metros, y los húmedos muros de ladrillo, que tenía a cada lado, sólo podían distinguirse gracias a su claustrofóbica proximidad. El callejón estaba silencioso, salvo por un golpeteo irregular que sonaba entre la niebla, por delante de él, como si algún postigo no asegurado oscilara a impulsos de la brisa.

Había seguido por un atajo que debía terminar en la calle Leadenhall, pero llevaba perdido por lo que ya parecían horas en un laberinto de patios, callejones y pasajes zigzagueantes. No había encontrado ni un alma, pero de pronto oyó una tos en la penumbra y se detuvo.

—Oiga —dijo, sintiendo. inmediatamente cierta vergüenza ante la tímida cautela que había en su voz—. Eh, oiga! —dijo en voz más alta—. Quizá usted pueda ayudarme a encontrar el camino.

Oyó pasos que se arrastraban lentamente por los adoquines y distinguió una silueta oscura emergiendo del muro neblinoso. Unos instantes después la silueta se le aproximó lo bastante como para que pudiera verle el rostro… y ese rostro era el de Brendan Doyle.

Una mano cogió a Darrow por el hombro y un instante después se encontró sentado en su cama, apretando los dientes para contener el grito desesperado, que en el sueño brotaba de sus labios para hacerse rápidamente inaudible, ahogado por la atmósfera saturada de niebla.

—¡Lo siento, Doyle! Dios mío, lo siento!

—Caramba, jefe —dijo el joven que le había despertado—, no quería darle un susto, créame. Pero me ordenó que le despertara a las seis y media…

—Está bien, Pete —graznó Darrow, sacando los pies de la cama y frotándose los ojos—. Estaré en la oficina. Cuando aparezca el tipo que te he descrito mándale aquí, ¿quieres?

—Claro, claro.

Darrow se puso en pie, se pasó las manos por su canosa cabellera y luego cruzó el vestíbulo hasta su oficina. Lo primero que hizo fue servirse una buena copa de coñac y apurarla de un solo trago. Dejó la copa sobre la mesa, se instaló en su asiento y esperó a que el licor fuera diluyendo las imágenes del sueño, que todavía rondaban por su cabeza.

Ojalá esos condenados sueños desaparezcan junto con el cuerpo —murmuró, extrayendo con gestos torpes un cigarrillo de una cajita y encendiéndolo con la llama de su lámpara.

Dejó que el humo fuera penetrando hasta lo más hondo de sus pulmones, se reclinó en el asiento y luego lo expulsó en una bocanada hacia la hilera de archivadores que tenía en un estante junto a la mesa. Estuvo pensando en revisar un poco su ya complicada red de inversiones, pero acabó descartando la idea. Estaba enriqueciéndose otra vez con bastante rapidez, y resultaba bastante irritante verse

obligado a trabajar sin computadoras ni calculadoras.

No pasó demasiado tiempo hasta que pudo oír dos pares de botas que subían por la escalera y, un momento después, alguien llamó a la puerta de su oficina.

—Pase —dijo Darrow, intentando con gran esfuerzo que su voz sonara tranquila y confiada.

La puerta se abrió para dejar entrar a un joven de elevada estatura, que exhibía en su apuesto rostro recién afeitado una brillante sonrisa.

—Aquí lo tiene, excelencia —dijo, dando una burlona pirueta en el centro de la habitación.

—De acuerdo, estese quieto. El médico le verá dentro de unos minutos, pero antes quería echarle un vistazo en persona. ¿Qué sensación se tiene al caminar?

—Flexible y fuerte como ese nuevo acero de los franceses. ¿Sabe lo que me ha sorprendido más? ¡Todos los olores que he encontrado viniendo hacia aquí! Y tengo la impresión de que nunca había sido capaz de ver tan bien…

—De acuerdo, ya nos encargaremos de que tenga uno bueno para usted. ¿Nada de dolores en el estómago o la cabeza? Lleva años ganándose la vida en las competiciones.

—Ni el más mínimo.

El joven se sirvió una copa de coñac, la apuró de un trago y volvió a llenarla.

—Tenga cuidado con la botella —dijo Darrow.

—¿Con la botella? ¿Por qué?

—Con la botella, con el beber…, me refiero al coñac. ¿Es que quiere proporcionarme una úlcera?

Con una expresión algo ofendida, el joven dejó la copa y se llevó la mano a los labios.

—Y no se muerda las uñas, por favor —añadió Darrow—. oiga… ¿ha sido capaz alguna vez de…, de captar pensamientos del viejo inquilino, algo que se haya quedado atrás como…, no sé, como ropa olvidada en los armarios después de que uno se muda? Quiero decir…, ¿siguen los sueños antiguos en el cuerpo o no?

—*Avo*…, quiero decir sí, sí, excelencia… creo que sí. No es el tipo de cosas al cual presto demasiada atención, pero a veces me encuentro soñando con lugares que nunca he visto, y creo que eso son fragmentos de las vidas de los tipos por cuyos cuerpos he ido pasando. Claro que no hay forma de estar seguro. Y —hizo una pausa frunciendo el ceño— , a veces, cuando estoy a punto de cruzar la frontera que separa el estar despierto del sueño, oigo…, bueno, imagínese que está en el castillo de proa de un barco lleno de emigrantes, ya sabe, y es de noche y todos están durmiendo en sus catres, como estanterías de libros a lo largo de las paredes… Y suponga además que cada uno de esos hombres está hablando en sueños…

Darrow alargó la mano hacia la copa de coñac y la apuró de un trago.

—Esta úlcera ya no importa —dijo, echando el asiento hacia atrás y poniéndose en pie—. Sígame, vayamos al médico.

El joven Fennery Clare, con los pies descalzos cosquilleándole todavía al haber estado durante un rato metido en la piscina de agua caliente, que había junto al taller de chapas metálicas en Execution Dock, se alejó de los atracaderos, dando un rodeo para no cruzar el Agujero de Limehouse e intentó recordar las señales orientadoras que había estado memorizando aquella mañana. Pero estaba oscureciendo a cada minuto que pasaba, y las dos chimeneas al otro lado del río eran ya completamente invisibles, mientras que la grúa del tercer muelle, río abajo, parecía haber sido trasladada a otro lugar desde la última vez que la había visto. Y aunque la marea no iba a ser demasiado alta, ya le estaba llegando a la cintura y, como la mayoría de Pájaros del Barro, no sabía nadar.

«Maldita pandilla de chavales irlandeses —pensó—. Si no hubieran estado rodando por el Agujero esta mañana, me habría limitado a recoger el saco y me lo habría llevado sin problemas. No hay nadie aquí capaz de hacerme frente… Pero esos comepatatas me lo habrían quitado, claro, y un golpe de suerte como éste es de los que sólo tienes una vez en toda tu vida; una gran bolsa de tela, evidentemente perdida por alguno de los obreros que estaban reparando ese gran barco de la semana pasada, totalmente llena con clavos de cobre!»

La sola idea del dinero que iba a sacar de esa bolsa en el chatarrero (por lo menos ocho peniques y era probable que incluso más de un chelín) hizo que al muchacho se le llenara la boca de saliva, y decidió que, si lograba encontrarla y luego no podía subir otra vez hacia la orilla, correría el riesgo de que se lo llevara la corriente antes que soltarla. El riesgo valía la pena, pues un chelín bastaría para garantizarle varios días de ocio total; y cuando esos días se hubieran terminado, ya estaría listo para dedicarse a su negocio habitual del invierno: robaría carbón en una de las barcazas de Wapping y se dejaría atrapar para que le mandaran al Correccional, donde le darían una chaqueta, zapatos y calcetines, por no hablar de las comidas a horas regulares durante varios meses. No, nada de ir medio desnudo por el barro helado durante las mañanas invernales…

Tensó el cuerpo y las comisuras de sus labios se alzaron en una leve sonrisa, pues los dedos de su pie izquierdo habían atravesado la capa inicial de barro y estaban tocando tela. Se volvió, intentando que su otro pie encontrara también la tela sin perder el equilibrio.

—¿Alguien… —graznó una voz débilmente a unos metros de distancia—, alguien puede… ayudarme?

El chico recobró el equilibrio una vez pasada la sorpresa inicial y, aunque algo tarde, se dio cuenta de que parte de los ruidos habituales del río, a los que había

estado demasiado absorto para prestar atención, se debían a una persona que intentaba mantenerse a flote.

Una rociada de gotas; una cabeza empapada se había movido en el agua.

—¡Eh…, chico! ¿Estás ahí, chico? Ayúdame!

—No sé nadar —respondió Fennery.

—Ahí haces pie, ¿verdad? ¿Está cerca la orilla?

—Sí, la tengo justo detrás.

—Entonces podré…, podré llegar yo solo. ¿Dónde estoy?

—Te lo diré si me ayudas a recoger esta bolsa de clavos.

El nadador se había dirigido lentamente hacia el chico y unos instantes después logró hacer pie en el lecho fangoso del río. Durante unos minutos se quedó inmóvil, con el cuerpo estremeciéndose por un incontrolable acceso de tos, vomitando grandes cantidades de agua. Fennery se alegró de encontrarse corriente arriba.

—Dios… —jadeó por fin el hombre. Se lavó la boca con un poco de agua y escupió—. Debo de haberme… tragado medio Támesis. ¿oíste una explosión antes?

—No, señor —dijo Fennery—. ¿Explotó algo?

—Creo que fue una manzana de edificios en la calle Bond. En un momento dado yo me encontraba… —Su rostro se retorció en un acceso de náuseas y unos segundos después vomitó otra considerable cantidad de agua del río—. Aj, que el Señor me proteja… Estaba en una competición de esgrima y un instante después me encontré en el fondo del Támesis con los pulmones vacíos, sin aire. Creo que me costó cinco minutos llegar hasta la superficie…, creo que ninguna persona sin el entrenamiento de un atleta habría podido conseguirlo… y pese a que tenía los dientes bien apretados y a mi…, mi firme decisión de no hacerlo…, intenté respirar el agua del río durante toda la subida. Ni tan siquiera recuerdo haber llegado a la superficie…, creo que me desmayé y fue el aire frío lo que logró revivirme.

El chico asintió con la cabeza.

—¿Puede llegar hasta mi bolsa?

Aún algo aturdido el hombre se inclinó obedientemente, metió la cabeza en el agua y tras unos instantes de buscar a tientas logró sacarla del barro dando un tirón.

—Aquí tienes, chico —dijo una vez fuera del agua—. ¡Señor, qué débil me siento! A duras penas si he podido levantarla… y creo que me he destrozado los oídos, las voces me suenan muy raras… ¿Dónde estamos?

—En Limehouse, señor —dijo Fennery con voz alegre, dirigiéndose hacia la escalera.

—¿En Limehouse? Entonces el río me ha llevado mucho más lejos de lo que pensaba.

El agua le llegaba a Fennery solamente a las rodillas y, gracias a eso, fue capaz de sostener la bolsa y al mismo tiempo ayudar al agotado nadador, que se tambaleaba

como si estuviera a punto de caerse.

—Señor, ¿es usted un atleta? —le preguntó el chico con cierta duda, pues el hombro que estaba ayudando a soportar le parecía más bien huesudo y flaco.

—Cierto; soy Adelbert Chinnie.

—¿Cómo? ¿El Admirable Chinnie, el campeón del florete? No puede

—Ése soy yo.

—Vaya, pero si le vi una vez en el Covent Garden compitiendo con Torres el Terrible…

Habían llegado ya a la escalera y empezaron a subir por ella con bastantes dificultades y deteniéndose de vez en cuando.

—Eso fue hace dos veranos. Cierto, y además estuvo a punto de ganarme…

Cuando hubieron conseguido llegar con penas y trabajos a la calle, recorrieron un sendero polvoriento, que estaba casi oculto por un muro de ladrillos, durante una docena de pasos, y al llegar al final, doblaron hacia un solar cubierto de escombros, que parecía pertenecer a una industria. Empezaron a cruzarlo, guiándose por la luz de dos linternas que colgaban del muro de un almacén cercano.

Fennery se alegraba de verse tan impresionantemente escoltado en su vecindario, que era uno de los más peligrosos de Londres. Alzó la vista hacia su compañero… y se quedó inmóvil.

—¡Sucio mentiroso! —siseó Fennery, súbitamente asustado y deseoso de no hacer mucho ruido.

El hombre parecía tener bastantes dificultades para caminar.

—¿Cómo? —le preguntó distraídamente.

—No eres el Admirable Chinnie!

—Pues claro que lo soy. De todos modos, ¿qué diablos supones tú que ha podido pasar en el río? Tengo una sensación rara en todo el cuerpo, como si…

—Chinnie es más alto que tú, más joven y mucho más musculoso. Tú eres una especie de ruina humana…

El hombre lanzó una débil risita.

—Mocoso desvergonzado… Si hubo alguna ocasión en la que haya tenido el derecho de parecer una ruina humana, me parece que debe de ser ésta… ¿Qué aspecto supones que tendrías tú después de haber subido con los pulmones vacíos desde el fondo del río? Y soy más alto… cuando llevo zapatos.

El chico meneó la cabeza con incredulidad.

—Pues desde ese verano puedo asegurarte que te has estropeado un montón… Mira, vivo justo ahí, así que debo marcharme, pero si tomas por ese callejón te llevar a Ratcliff. Supongo que allí podrás encontrar algún carruaje…

—Gracias, chico.

El hombre empezó a dirigirse con paso tambaleante hacia donde le había

indicado.

—Y cuídate, ¿eh? —gritó el chico—. ¡Y gracias por ayudarme con la bolsa!

Sus pies descalzos se perdieron casi sin hacer ruido en la oscuridad.

—De nada —murmuró el hombre.

¿Qué le estaba pasando? ¿Y qué había pasado antes? Ahora, con el tiempo suficiente para calmarse un poco, respirar hondo y considerar el problema, la idea de la explosión no tenía ningún sentido. ¿Le habrán atracado en el camino de vuelta a su casa, para echarle luego al río, y sería la conmoción culpable de haber borrado de su memoria todo lo ocurrido desde esa competición? Pero…, no, jamás salía del establecimiento de Angelo antes de las diez y el cielo no se había oscurecido del todo por el oeste.

Iba a doblar la esquina del almacén cuando vio una ventana encajada en los ladrillos, justo debajo de la linterna. Cuando pasaba junto a ella la miró, distraído… y se quedó helado. Retrocedió un par de pasos y clavó los ojos en ella.

Se llevó una mano a la cara y quedó horrorizado al ver que el reflejo de la ventana hacía lo mismo…, pues ese reflejo no era él. Ese rostro no era el suyo.

Dio un salto apartándose del cristal y contempló sus ropas…, no, claro, antes le había resultado imposible darse cuenta de nada. Un traje empapado se parece mucho a otro traje empapado, pero esta chaqueta y estos pantalones jamás hablan sido propiedad de Adelbert Chinnie.

Durante un breve segundo de locura sintió el deseo de clavarse los dedos en el rostro y arrancarlo hecho jirones. Luego examinó concienzudamente la idea de que él no era, ni había sido jamás, el admirable Chinnie, sino meramente un…, sólo Dios sabia el qué, aparentemente un mendigo que lo había soñado todo.

Con un increíble esfuerzo de voluntad se acercó nuevamente a la ventana y se miró en ella. El rostro que le devolvió temerosamente la mirada desde el cristal era delgado y estaba surcado de arrugas; cuando inclinó un poco la cabeza hacia la luz, distinguió una intrincada red de surcos alrededor de sus ojos, dándole una cierta expresión de locura. Pese a que sus cabellos estaban aún empapados, se dio cuenta de que tenía un montón de canas y, cuando se los echó hacia atrás, estuvo a punto de echarse a llorar, pues su oreja derecha había desaparecido.

—Bueno, pues no me importa —dijo, con una voz parecida al chirrido de un cristal arañado por un punzón metálico. Estaba tan empapado y las sensaciones de su cuerpo le eran tan poco familiares que realmente era incapaz de averiguar si el agua, que había alrededor de sus ojos, era o no debida a las lágrimas—. No me importa —repitió—. Soy Chinnie.

Intentó sonreír con bravura, pero dejó rápidamente de intentarlo al verse en la ventana. Pese a todo, irguió lo más que pudo sus flacos hombros y se alejó con paso decidido hacia Ratcliff.

# 12

*Oh, muerte ¿dónde está tu victoria?*

*Primera epístola de Pablo a los Corintios*

Con la guerra contra Francia todavía en curso, y su cortejo de embargos, mercado negro y rumores sobre la invasión de Inglaterra que pensaba realizar Napoleón, la situación mercantil y financiera en la calle Threadneedle variaba de un instante a otro. Un hombre que se encontrara en el sitio adecuado en el momento justo, y tuviera una cantidad suficiente de dinero, podía hacerse rico en cuestión de horas, mientras una fortuna, que en otras épocas habría tardado décadas en perderse, podía acabar evaporada en una sola mañana en la Bolsa. Y, aunque sólo alguien que no perdiera de vista el mercado y además tuviera muy buen ojo podría notarlo, existía un especulador que andaba metido en todas y cada una de las reas de comercio y que, de modo invariable, se las arreglaba para encontrarse a cada sorpresa desastre o cambio brusco en el lado de los ganadores.

Jacob Christopher Dundee, tal y como se hacía llamar ahora J. Cochran Darrow, había empezado su carrera como inversor el veintidós de octubre, pero en un mes había logrado aumentar su capital inicial de un modo tremendo, mediante una inspirada serie de especulaciones y maniobras en las que muy posiblemente había implicado cambios de divisas realizados fuera de la ley. Y pese a que sus antecedentes eran más que vagos, tan grande era el encanto del apuesto y joven Dundee que el cinco de diciembre el *London Times* anunció su compromiso con «Claire, hija del magnate de las importaciones Joel Peabody».

En su oficina, situada sobre un ahora difunto salón para depilaciones de la calle Leadenhall, Jacob Dundee agitó irritado la mano para disipar la nube de humo que emanaba de la pipa de su compañero, de edad algo más avanzada, y luego volvió a leer con el ceño fruncido las líneas del *Times*.

—Bueno, al menos parecen haber sido capaces de escribir todos los nombres correctamente —dijo—, aunque creo que podrían haber prescindido de esa referencia al astuto recién llegado del mercado bursátil londinense. En este tipo de trabajo es vital no llamar la atención…, ya hay unas cuantas personas que no me quitan el ojo de encima y que se guían por mis especulaciones.

El otro hombre se volvió con cierta curiosidad hacia el periódico.

—¿Es guapa la chica?

—Es adecuada para mis propósitos —replicó Dundee con impaciencia, agitando la mano para apartar otra nube de humo.

—¿Sus propósitos? ¿Puedo preguntar de qué propósitos se trata?

—Tener un hijo —respondió Dundee en voz baja—. Un chico al que le pueda dejar una buena fortuna ya hecha, un lugar donde crecer sin problemas y una salud perfecta. Mis médicos dicen que Claire es tan saludable e inteligente, que no podré encontrar nada mejor entre las jóvenes casaderas de la Inglaterra actual.

El hombre de mayor edad sonrió.

—La mayoría de los jóvenes que acaban de comprometerse tienen en la cabeza algo no tan filosófico, pero si más divertido, ¿no es cierto? Además, he oído decir que la belleza de esa tal Peabody no es lo que se dice despreciable…, claro que no me cabe duda de que ya se habrá encargado de hacer unas cuantas averiguaciones discretas y que, por decirlo así, ya habrá corrido un poco por esa pista para… familiarizarse con el terreno, ¿verdad?

Dundee se ruborizó levemente.

—Bien, yo… no, no pretendo ningún tipo de…, maldita sea, no soy joven…, quiero decir que si soy joven, pero que todo ese tipo de cosas deberán… —Tosió un par de veces—. Maldita sea, ¿es necesario que siempre fume esa cosa? ¿Cómo cree que cogí yo el cáncer? Si tanto necesita la nicotina, entonces confórmese con masticar tabaco cuando esté delante de mí, ¿vale?

—Vale —dijo el otro hombre—. Vale, vale, vale. —Hacia poco que había aprendido esa palabra y todavía parecía sentir un placer especial cada vez que la utilizaba—. De todas formas, ¿por qué preocuparse? Parte del trato fue un cuerpo nuevo cada vez que fuera necesario.

—Ya lo sé. —Dundee se frotó los ojos y luego se pasó los dedos por entre su rizada cabellera castaña—. Es como tener un coche nuevo, eso es todo… —murmuró —. Hasta que recibe la primera abolladura siempre te andas preocupando.

—Para ser un joven tan robusto y saludable creo que tiene un aspecto bastante cansado —observó el otro hombre, dejando su pipa de arcilla negra en el suelo y alargando la mano hacia la botella de coñac, de la que tomó un sorbo francamente considerable.

—Sí, no duermo demasiado bien —admitió Dundee—. Tengo sueños constantemente y…

—Amigo, debe apartarse de esos sueños, debe poner algo de distancia entre ellos y usted. Supongo que yo debo pasarme rato soñando, y si alguna vez se me ocurriera prestarles atención, estoy seguro de que me habría vuelto loco en unos segundos. Lo que yo hago es…, bueno, pongo a un lado un trocito de mi mente para observar los sueños y de esa forma no debo preocuparme más de ellos.

—Parece un truco muy saludable —dijo Dundee, agitando la cabeza con cierta desesperación—. Si, parece un truco saludable y estupendo.

Su compañero, que no había percibido la ironía de Dundee, movió la cabeza

complacido consigo mismo.

—Vale, ya se irá acostumbrando a ello. Cuando haya dado otros dos saltos le hará tanto caso a los sueños como al polvo que sus botas van dejando por la calle.

Dundee se sirvió un poco de coñac, le añadió algo de agua que había en un jarro cercano y tomó un sorbo.

Movió vagamente la mano hacia su interlocutor y le dijo: —¿Ha decidido ya adónde irá después de…, de éste?

—Sí. Creo que desahuciaré al señor Maturo…, su Señor Anónimo. Cena allí con bastante frecuencia y no creo que sea un problema demasiado grande deslizar las hierbas que aflojan las bisagras de la mente en su estofado una noche, dentro de una semana o algo así.

—¿Maturo? ¿El tipo que le hace ahorcar? Por lo que dice el *Diario* de Robb, da la impresión de tener unos cincuenta años de edad.

—Esa es su edad, cierto, y no pienso quedarme en él más de una semana, que es lo mínimo…, pero voy a gozar de tal modo con la expresión que habrá en su rostro un segundo antes de que aparte el barril de una patada, cuando se encuentre él mismo de pie con la soga alrededor del cuello y yo esté dentro de su cuerpo sonriéndole…

Dundee se estremeció.

—Que Dios nos conserve la alegría, caballeros —dijo en voz alta.

Por la acequia relativamente libre de nieve que corría por el centro de la calle avanzaba un hombre de no mucha estatura, trotando enérgicamente y emitiendo nubecillas blancas que hacían pensar en una máquina de vapor, mientras se esforzaba por mantener la caja de pesas en equilibrio, con sus casi cinco kilos de peso. Tras unos veinte pasos, se cambió la caja de mano y agitó la que había quedado libre para desentumecerla. La solidez de sus hombros y el que en su paso no hubiera señales de fatiga parecían demostrar que el ejercicio físico no era una repentina manía de aquella tarde.

Faltaban sólo cinco días para la Navidad y, pese a la nieve, la calle se veía bastante concurrida; los paseantes iban bien envueltos en abrigos, sombreros y bufandas y un par de niños y un perro se divertían con un pequeño trineo. De vez en cuando pasaba el carro de algún vendedor callejero, con un tintineo de arneses y un hilillo de humo brotando de la pipa del vendedor, acompañado por el vapor que emitían los ollares del caballo, y el hombre de la caja se veía obligado a cederle el paso apartándose a un lado. Cuando venían por detrás de él nunca parecía oírlos hasta que se encontraban prácticamente encima, y le habían gritado ya tantas veces que se apartara, que al oír un nuevo grito a su espalda se limitó a echarse a un lado sin volver la mirada.

Pero el grito se repitió.

—¡Eh, Doyle!

El hombre miró por encima de su espalda y redujo el paso hasta quedarse inmóvil, pues había visto a un chico delgado y con bigote que le hacía señas y avanzaba con dificultad por entre la nieve hacia él.

—¡Doyle! —exclamó el chico—. ¡He logrado encontrar a tu William Ashbless! ¡Esta semana publicó un poema en el *Courier*!

El hombre esperó hasta que el chico hubo llegado a su altura.

—Me temo que te confundes de hombre —dijo—. No me llamo Doyle.

El chico pestañeó, sorprendido, y retrocedió un poco.

—Oh, lo siento, yo… —Ladeó la cabeza y le examinó atentamente—. Estoy seguro de que eres Doyle.

—Pues soy el más indicado para saber si lo soy o no, ¿cierto? Y no lo soy Jacky le contempló durante unos segundos, con expresión dubitativa, y acabó diciendo:

—Pido disculpas si me equivoco, pero… ¿no tienes una cicatriz de cuchillo que te cruza el pecho debajo del esternón?

La reacción del hombre le pareció a Jacky bastante peculiar.

—¡Espera un momento! —jadeó y luego se apretó el pecho con las manos—. ¿Conoces a este hombre?

—¿Quieres decir que si te conozco… a ti? —preguntó Jacky con voz vacilante—. Si. ¿Qué ocurre…, has perdido la memoria?

—¿Quién es?

—Es…, eres Brendan Doyle y una vez…, una vez fuiste miembro de la guilda de mendigos de Copenhague Jack. oye, ¿quién te piensas tú que eres?

El hombre observó a Jacky con cautela.

—Adelbert Chinnie.

—¿Cómo, el espadachín? Pero, Brendan, es mucho más alto y más joven…

—Hasta hace dos meses yo era más alto y más joven. —Arqueó una ceja y contempló a Jacky con dureza—. Por casualidad… ¿ese Doyle tuyo no será un mago?

Jacky había estado observándole atentamente y su respuesta, pronunciada en voz algo temblorosa, fue:

—Mírate los zapatos.

El hombre hizo tal y como se le decía, aunque alzó la mirada al oír una exclamación ahogada. El chico había palidecido y por alguna razón desconocida parecía a punto de llorar.

—Dios mío —murmuró Jacky—, ya no estás calvo.

Esa vez le tocó al hombre el turno de sorprenderse.

—Yo…, no…

—Oh, Brendan. —Un par de lágrimas resbalaron por las mejillas de Jacky, enrojecidas a causa del frió—. Pobre, inocente hijo de perra…, tu amigo Ashbless

llegó demasiado tarde.

—¿Cómo?

—No estaba hablando contigo —resopló Jacky, limpiándose luego la cara con la punta de la bufanda—. Supongo que realmente eres el Admirable Chinnie.

—Sí, lo soy… o lo fui. ¿Te parece eso… creíble?

—Pues me temo que si me lo parece. oye, tú y yo tenemos que comparar nuestras respectivas historias. ¿Tienes tiempo para beber algo?

—Apenas le haya entregado esto a mi jefe tengo tiempo para cenar. Está al otro lado de la esquina: la tahona de Malk, en Saint Martin's Lane. Ven conmigo.

Jacky fue trotando junto a Chinnie, que había reemprendido sus ejercicios. Torcieron a la izquierda, por Saint Martin's Lane, y no tardaron en llegar al establecimiento. Chinnie le dijo a Jacky que le esperase y luego se abrió paso a través del grupito de chiquillos que habían sido atraídos por el cálido olor del pudding de pasas para congregarse ante el escaparate, y desapareció en el interior de la tienda.

Unos instantes después apareció nuevamente.

—Hay una taberna en Kyler Lane donde suelo tomarme una pinta. Son gente amable, aunque me tienen por un tipo algo raro.

—¡Ah, el Admirable! —dijo con expresión alegre el propietario, identificable por su mandil, al verles empujar la puerta de la taberna y entrar en su relativa penumbra —. Y veo que trae a su amigo, «Caballero» Jackson.

—Dos pintas de negra, Samuel —dijo Chinnie, llevando a Jacky hacia un reservado de la parte trasera—. Me emborraché una vez en este local —murmuró—, y fui lo bastante idiota como para revelarles mi secreto.

Una vez hubieron llegado las jarras de cerveza, y los dos hubieron tomado un sorbo a modo de prueba, Jacky le miró y dijo:

—¿Cuándo y cómo tuvo lugar el intercambio de cuerpos?

—El cuándo fue un domingo hace dos meses… el catorce de octubre. El cómo… —Bebió un poco más de cerveza—. Bueno, yo tenía una competición en el establecimiento de Angelo y, justo cuando me estaba preparando para un truco particularmente hábil…, me encontré de pronto en el fondo del Támesis sin aire en los pulmones.

Jacky sonrió con amargura meneando la cabeza.

—Sí, es su estilo. Dejándote en tal situación me imagino que no le hizo falta masticarse la lengua antes de largarse. —Contempló al hombre sentado al otro lado de la mesa con cierto respeto—. Debes ser Chinnie…, jamás te habría dejado de esa forma si hubiera existido alguna probabilidad de que sobrevivieras.

Chinnie apuró su jarra y pidió otra con una seña.

—Maldita sea, a punto estuve de no conseguirlo. A veces, cuando estoy tendido en mi catre junto al horno de la tienda, siento deseos de no haberlo conseguido. —

Miró a Jacky con un brillo acerado en los ojos—. Ahora, habla. ¿Quién es ese del que hablas todo el rato? Me refiero a tu amigo, a ese Doyle… ¿Se encuentra en mi auténtico cuerpo?

—No, me temo que Doyle está muerto. Es obvio que recibió el mismo tratamiento que tú, pero no consigo imaginármelo subiendo a nado desde el fondo del Támesis. No, creo que se trata de un mago conocido como Cara-de-Perro Joe, que puede ocupar el cuerpo de otras personas a voluntad y que debe de hacerlo con frecuencia pues, por alguna razón que no conozco, apenas se encuentra en un cuerpo nuevo empieza a crecerle el vello por todas partes.

—¡Si, exacto! dijo Chinnie con voz nerviosa—. Cuando salí del río estaba lleno de pelos…, tenía pelos hasta entre los dedos de los pies y de las manos. Una de las primeras cosas que hice fue comprar una navaja y afeitarme casi del todo. Gracias a Dios, parece que no vuelve a crecer…

—Supongo que se debe a no estar ya Joe dentro de tu cuerpo. Yo…

—Así que ese mago anda paseándose dentro mi cuerpo. Voy a encontrarle.

Jacky meneó la cabeza.

—Me temo que no podrás hacerlo una vez pasados esos dos meses. Yo llevo cierto tiempo intentando encontrarle y nunca se queda en un cuerpo más de una semana o dos.

—¿A qué te refieres? ¿Qué hace con los cuerpos?

—Lo mismo que le hizo al pobre Doyle cuando empezó a salirle el pelo, les coloca en una situación tal que sólo les falten segundos para morirse, y luego cambia al cuerpo de otra persona, que puede encontrarse a kilómetros de distancia, y se larga tan tranquilo dentro de su nuevo cuerpo, mientras que el hombre a quien ha expulsado muere antes de que tenga el tiempo necesario para averiguar ni tan siquiera quién es. Los que han sido expulsados de su cuerpo nunca viven demasiado y creo que debes de ser probablemente el único que ha logrado sobrevivir.

El patrono le trajo a Chinnie otra jarra de cerveza negra.

—G-gracias —dijo Chinnie y, cuando el hombre estuvo otra vez tras el mostrador, miró a Jacky con los ojos que habían pertenecido a Doyle—. No —añadió con firmeza—, no creo que se limitara a dejar tirado mi cuerpo. Escucha, nunca he sido vanidoso, pero yo tenía un…, un vehículo estupendo, para utilizar su propio vocabulario. —Chinnie estaba manteniendo la compostura al precio de lo que, estaba claro, le resultaba un esfuerzo considerable—. Apuesto, joven, fuerte, ágil…

—…y peludo como un mono.

—Entonces tendrá que afeitarse, ¿no? —gritó Chinnie, consiguiendo que todos los presentes de la taberna se volvieran hacia ellos.

Cuando vieron de quién se trataba hubo unas cuantas risitas tolerantes.

—De acuerdo, Admirable —dijo el posadero—, por mi puedes afeitarlos hasta

que parezcan un huevo…, pero nada de jaleos, ¿de acuerdo?

—Y —prosiguió un sonrojado Chinnie en voz bastante más baja— ¿verdad que hay sitios donde la gente va a quitarse el pelo? ¿Quién dice que no ha ido a un sitio de ésos?

—No creo realmente que en ninguno de esos lugares…

—¿Lo sabes? ¿Has estado allí? Pues deberías ir, créeme, porque ese bigote parece un… —había empezado a levantar nuevamente la voz, pero de pronto se quedó callado y se frotó los ojos—. Lo siento, chico. Este asunto me pone muy nervioso.

—Ya lo sé.

Estuvieron callados durante unos segundos, bebiendo cerveza.

—¿Dices que le has estado buscando? —preguntó Chinnie—. ¿Por qué?

—Mató a mi prometida —respondió Jacky en un susurro.

—¿Y qué harás si lo encuentras?

—Le mataré.

—¿Y si está en mi viejo cuerpo?

—Pienso matarle igual —dijo Jacky—. Oye, amigo, debes entenderlo; no vas a recuperar tu viejo cuerpo.

—No…, no me he resignado todavía a ello. Si le encuentro, si te digo dónde vive…, ¿a cambio, me ayudarás a… invertir el cambio que hizo?

—No se me ocurre cómo podría hacer eso.

—No te preocupes de ello. ¿Me ayudarías?

Jacky suspiró.

—Si puedes encontrarlo y si puedes arreglarlo todo…, claro, siempre que tenga la seguridad de que luego podré matarlo.

—Muy bien. —Chinnie alargó la mano y estrechó la de Jacky—. ¿Cómo te llamas?

—Jacky Snapp; vivo en el ciento doce de la calle Pye, cerca de la catedral de Westminster. ¿Qué nombre estás usando?

—Humphrey Bogart. Lo oí en un sueño que tuve la primera noche que pasé dentro de este cuerpo.

Jacky se encogió de hombros.

—Quizá ese nombre tuviera algún significado para Doyle.

—¿A quién le importa eso? De todos modos, puedes localizarme en la tienda de Malk, en Saint Martin's Lane. Y si le encuentras tú, ¿me lo dirás?

Jacky vaciló. ¿Para qué aceptar un compañero en su empresa? Naturalmente, un compañero fuerte podía resultar útil y Joe estaría con toda seguridad ya en otro cuerpo, con lo que la preocupación de Chinnie por el bienestar de su antiguo domicilio físico no resultaría nada molesta… y, desde luego, nadie podría presentar un argumento mejor para que le permitiera compartir su venganza

—De acuerdo —acabó diciendo—. Te acepto como compañero y como socio.

—¡Buen chico! —Se dieron nuevamente la mano y luego Chinnie miró el reloj de la taberna—. Será mejor que me ponga en movimiento —dijo, levantándose y dejando caer unas monedas sobre la mesa—. La levadura debe estar ya a punto y el tiempo y la masa del pan no esperan a nadie.

Jacky terminó su cerveza y se levantó también.

Salieron juntos del local y, unos segundos antes de que se fueran, el propietario le dio a Chinnie un golpecito en el hombro, haciéndole detenerse, y le dijo:

—Tenías razón en cuanto al bigote de ese Jackson. Si no puedes convencerle de que se afeite, te aconsejo que le des un puro de esos que explotan.

Las carcajadas de los clientes les siguieron hasta la calle.

El día de Nochebuena la sala principal de La Zorra y el Conejo, en Crutchedfriars, estaba ya bastante llena a las tres y media de la tarde. Aromáticas tazas de ponche humeante se entregaban gratis a cada recién llegado, una vez se había sacudido la nieve del sombrero, dejaba colgado el gabán o la capa en uno de los ganchos que había a lo largo de la pared sur y, tembloroso, conseguía llegar hasta el mostrador.

El propietario, un hombre de aire afable, que se estaba quedando calvo, llamado Bob Crank, acababa de servir ponche a los dos últimos clientes que habían entrado y ahora, apoyado en el mostrador, le daba un sorbo a su tazón de café enriquecido y contemplaba la habitación. La gente parecía alegre, tal y como debía ser el día de Nochebuena, y los leños de la chimenea habían sido colocados con tal liberalidad, que el fuego ardía perfectamente y no haría falta cuidarlo por lo menos en una hora. Crank conocía a casi todos los presentes y el único que le inspiraba cierta desconfianza era el viejo que estaba sentado solo cerca de la chimenea y que, pese a su posición más bien cálida, llevaba la camisa abrochada hasta el cuello. Sus manos, que sostenían el vaso con cierta rigidez, estaban cubiertas por gruesos guantes.

La puerta principal se abrió con un chirrido, dejando entrar una ráfaga de nieve en el vestíbulo. Crank había llenado ya la taza de ponche antes de mirar y la tenía en la mano unos segundos antes de reconocer al recién llegado.

—¡Doug! —exclamó al ver entrar en la estancia a un hombre corpulento de cabellos grises—. Hace frió fuera, ¿no? Deja que te ponga un poco de refuerzo en el vientre —añadió, bajando la voz y tendiéndole la taza.

Descorchó una botella de coñac y, escondiéndose detrás del mostrador, llenó la taza hasta el borde con licor puro.

—Muchas crankias, Crankie.

Los dos se echaron a reír y Crank fue el primero en parar.

—Tus amigos andan por ahí —dijo, señalando hacia la chimenea.

—Ah, muy bien. —Doug Maturo apuró la taza de ponche y la dejó caer con un tintineo sobre el mostrador—. Luego me envías un coñac, ¿quieres, Crank?

—Perfecto.

Maturo fue hacia la mesa que le habían indicado y se instaló en ella, respondiendo con una sonrisa y un gesto a los más bien ebrios saludos de sus amigos.

—Eh, vagabundos —dijo, agarrando una jarra de cerveza que aparentemente no tenía dueño, a la espera de que llegara su coñac—. ¿Quién se ocupa de la tienda?

—La tienda puede cuidar de si misma, señor Doug —murmuró uno de los hombres sentados a la mesa con voz algo estropajosa—. Nadie tiene ganas de robar en Nochebuena.

—Tienes toda la razón, maldita sea —le apoyó otro—. Y mañana es igual, por Dios que sí. ¡Por la Navidad!

Todos levantaron sus vasos, pero quedaron inmóviles en el aire cuando el viejo de la mesa contigua dijo, en tono bastante alto:

—La Navidad es para los imbéciles.

Maturo se volvió para verle mejor y arqueó una ceja con cierto desprecio al ver que el viejo llevaba guantes, igual que las mujeres. Pero Crank acababa de llegar con su coñac, así que se limitó a encogerse de hombros y volverse nuevamente hacia sus compañeros. Murmuró algo que les hizo reír a todos, y luego se tomó un buen trago de coñac, mientras la momentánea tensión del ambiente volvía a relajarse.

—Es una fiesta que celebra lo más débil y poco realista que existe en la maldita cultura occidental —prosiguió el viejo levantando aún más la voz—. Muéstrenme a un hombre que celebra la Navidad, y yo les mostraré a un idiota de ojos vacuos, que sigue deseando cada noche la llegada de su mamaíta para que le arrope en la cama.

—Oiga amigo, ponga todo eso por escrito, fírmelo como «Iconoclasta» y mándelo al *Times* —le aconsejó Maturo por encima del hombro—. Ahora, haga el favor de callar y échese un buen trago en esa bocaza suya, antes de que alguien le haga callar de un modo menos agradable.

El viejo le sugirió a Maturo un modo bastante obsceno de hacerle callar.

—Realmente, no tengo ningunas ganas de jaleo el día de hoy —suspiró Maturo, echando su silla hacia atrás y poniéndose en pie. Fue hasta el viejo y le agarró por el cuello de la camisa—. Óigame, viejo repugnante; por esta zona hay montones de tabernas, en las cuales se encargarán de proporcionarle la pelea que está buscando, así que, por qué no lleva sus viejos huesos a otra parte, ¿eh?

El viejo había empezado a incorporarse, pero perdió el equilibrio y se derrumbó otra vez en su silla. La camisa se le rompió y uno de los botones salió despedido y cayó en el interior de su taza de ponche.

—Ahora supongo que me pedirá que le pague la camisa —dijo Maturo con irritación—. Bueno, pues puede… —Se quedó callado y clavó los ojos en el pecho

del viejo, ahora al descubierto—. Santo Dios, ¿qué clase de…?

El viejo se levantó bruscamente, aprovechando que Maturo había aflojado su presa, y echó a correr hacia la puerta.

—¡Detenedle! —rugió Maturo con tal pasión que incluso Crank olvidó su regla de no meterse jamás en los asuntos de la clientela y lanzó una cazuela de pies de cerdo en adobo a las piernas del viejo.

La cazuela se hizo pedazos con un considerable estruendo y el viejo resbaló sobre los tablones mojados, cayendo pesadamente de costado y derribando uno de los taburetes del bar. Maturo se lanzó sobre él en un segundo y le hizo levantarse a la fuerza. El viejo jadeaba.

—¿Qué ha hecho, Doug? —le preguntó Crank con cierta preocupación.

Maturo cogió al viejo por el brazo y empezó a retorcerlo hasta que le obligó a ponerlo sobre el mostrador.

—Abre el puño, bastardo —siseó.

El puño siguió cerrado durante unos instantes, pero cuando Maturo empezó a ejercer presión sobre el codo se abrió rápidamente.

—¡Jesús, Doug, pero si no tiene nada en la mano! —exclamó Crank, cada vez más nervioso—. Le hemos tirado al suelo y resulta que no había cogido na…

—Sácale el guante.

—Maldita sea, hombre, ya hemos hecho bastante…

—Sácale el guante.

Con una mueca de resignación, Crank pellizcó la tela del guante por el pulgar y el índice y se lo arrancó de un tirón.

La pálida y arrugada mano del viejo estaba totalmente cubierta de pelo.

—Es Cara-de-Perro Joe —proclamó Maturo.

—¿Cómo? —gimió el cada vez más atónito Crank—. ¿El hombre lobo de esas historias para chavales?

—No es un hombre lobo. Es el peor asesino que ha caminado jamás por las calles de esta ciudad. Pregunta a Broc qué le pasó a su Kenny; vive en Kenyon Court. o pregúntale a la señora Zimmerman…

—Fue el que se cargó a mi hermano —dijo un joven, que estaba sentado en una mesa del rincón, poniéndose en pie—. Frank era sacerdote y un día salió corriendo de la rectoría, y cuando logré encontrarle no me reconoció; cuando le dije quién era yo se echó a reír. Pero le seguí hasta donde vivía y una semana después dijeron que algo parecido a un mono había saltado desde el tejado de esa casa. El cuerpo estaba hecho pedazos en la calle, cubierto de pelos, pero cuando le miré los dientes vi uno que le había mellado a Frankie cuando jugábamos de niños con unas espadas de madera.

El cautivo del mostrador se rió.

—Le recuerdo. Me lo pasé bastante bien dentro de su cuerpo…, aunque me temo

que dejé bastante maltrecho su voto de castidad.

El joven saltó hacia adelante con un puño levantado y lanzando un grito inarticulado, pero Maturo le hizo retroceder.

—¿Qué piensas hacer…, pegarle? —le preguntó Maturo—. Debemos hacer justicia.

—¡Si, traed a la policía! —gritó alguien.

—Eso no sirve de nada —respondió Maturo—. Para cuando llegue su juicio ya se habrá largado, dejando en su cuerpo a un pobre diablo inocente. —Miró al joven y luego a los demás clientes de la taberna—. Tiene que ser ejecutado —dijo con lentitud— … ahora.

Cara-de-Perro Joe empezó a debatirse ferozmente y, en aquel mismo instante, varias personas se levantaron de un salto, gritando que no pensaban participar en un asesinato.

Crank agarró a Maturo por la manga y le dijo:

—Aquí no, Doug, nada de hacerlo aquí dentro.

—No —admitió Maturo—. Pero, ¿quién piensa ayudarme?

—John Carroll te ayudará —dijo el joven, dando un paso hacia adelante.

—Yo también te ayudaré —dijo una matrona de aspecto corpulento—. En Gravesend pescaron a uno de esos monos, que flotaba en el río, y el anillo de mi Billy estaba metido en un dedo, tan cubierto de pelo que no pudieron sacárselo… y tampoco se lo habrían podido poner una vez que le hubiera crecido ese pelo.

Uno a uno, tres clientes más avanzaron hasta unirse a John Carroll y la mujer.

—Bien —dijo Maturo, volviéndose hacia la mesa que había abandonado—. ¿Alguno de vosotros, chicos?

Sus amigos, que habían recobrado de golpe la sobriedad, menearon la cabeza.

—No pensamos dejarte en la estacada, Doug, y nunca lo hemos hecho… —dijo uno en tono implorante—, pero ayudar a que se cometa un crimen a sangre fría…, tenemos familias y…

—Claro —Maturo desvió la mirada—. Que se vayan todos los que deseen marcharse. Y si os parece que debéis hacerlo, llamad a un agente de policía…, pero antes pensad en la clase de criatura que pondréis en libertad. Recordad las historias que os han explicado este chico y esta mujer y luego recordad también las historias que, estoy seguro, todos habéis oído contar.

Casi todos los presentes salieron por la puerta principal, aunque otros dos hombres se quedaron para unirse al grupo de Maturo.

—Acabo de comprender que pensaba largarme con las manos limpias, aunque me alegraba mucho de que se hiciera justicia —dijo uno de ellos—. No puedo irme así como así.

Maturo tapó con la mano la boca de Cara-de-Perro Joe y luego, volviéndose hacia

Crank, le dijo en tono despreocupado: —¿Sabes, Crankie? Creo que he cambiado de opinión…, me limitaré a llevarle a la policía, después de todo. ¿Me entiendes? Lo último que oíste decir fue que me lo llevaba con vida para entregarlo a las autoridades.

—Lo he comprendido —dijo Crank, algo pálido, sirviéndose una generosa ración de coñac puro—. Gracias, Doug.

Maturo, ayudado por sus compañeros, se llevó al viejo hacia la puerta trasera, pese a sus intentos de resistencia.

—Esto… Doug —dijo Crank con voz nerviosa—. ¿Vas a…, a salir por la puerta trasera?

—Así nos iremos con más discreción.

Los nueve miembros del grupo se llevaron a su cautivo, medio a rastras medio caminando, hacia el pequeño patio trasero de la taberna y, una vez en él, Maturo examinó el lugar; estaba cubierto de nieve y en una de las esquinas había tanta que casi había enterrado a un viejo carro en muy mal estado, que había servido para transportar cerveza. Una parte de la pared había sido derribada, sin duda por un descuido del operario que manejaba la pequeña grúa de la forja adyacente al patio. No se veía a nadie en la forja y la sombra de la grúa, ahora sin nadie que la manejara, se proyectaba sobre la puerta trasera de la taberna.

—Tú —dijo Maturo, señalando a uno de los hombres—, mira si hay un poco de cuerda junto al carro. Y… ¿dónde está John Carroll? Ah, estás ahí…, ¿crees que puedes trepar por esa grúa?

—Si alguien me presta unos guantes lo haré.

A Cara-de-Perro Joe se le quitó sin miramientos el otro guante, Carroll los pilló al vuelo y unos instantes después atravesaba el montón de cascotes cubiertos de nieve donde había cedido la pared.

—Hay una cuerda atada al yugo —gritó el hombre que Maturo había enviado para inspeccionar el carro—. Está congelada pero creo que podré soltarla.

—Cuando lo consigas reúnete con nosotros en la forja —le contestó Maturo. Se volvió hacia la mujer y le dijo—: Creo que podremos hacer las cosas tal como deben hacerse en vez de limitarnos a retorcerle el pescuezo.

Unos minutos después, los nueve se hallaban formando un semicírculo alrededor de un barrilete de clavos sobre el cual se encontraba Cara-de-Perro Joe, con el cuello bien estirado y sosteniéndose de puntillas, pues la cuerda había resultado ser un poco corta y, si dejaba que los pies se apoyaran normalmente en el barrilete, el nudo corredizo que le rodeaba el cuello le apretaba excesivamente.

—Si me bajáis de aquí —dijo Joe con voz ronca, inclinando al máximo la cabeza para poder verles por encima de la curva de sus pómulos—, os haré ricos a todos…, ¡tengo dinero de todos los cuerpos en los que he estado! ¡Es una fortuna y dejaré que

os la quedéis toda!

Retorció frenéticamente sus manos, atadas por una bufanda.

—Eso ya lo has dicho antes —le replicó Maturo—, y ya te dijimos que no. Reza alguna oración, Joe, porque pronto estarás en camino.

Maturo no parecía demasiado seguro de lo que iba a hacer, y no dejaba de alzar la mirada hacia su cautivo con cierta suspicacia.

—No me hacen falta oraciones —dijo Joe—. Mi alma está en buenas manos. —Pero sus confiadas palabras debían de ser meramente un farol, pues un instante después lanzó un grito desesperado y gimoteó—: ¡Esperad un minuto! ¡Soy D…!

El ruido interrumpió bruscamente sus palabras, pues Maturo había derribado el barrilete de una patada tan potente que lo mandó rodando sobre el suelo cubierto de nieve, mientras el viejo se balanceaba en el extremo de la cuerda, súbitamente tensada al máximo, con el rostro ennegreciéndose por segundos, los ojos congelados en una expresión suplicante y la boca formando palabras que ya no tenía el aliento necesario para pronunciar.

Maturo, que parecía más tranquilo una vez terminado todo, aguardó con una leve sonrisa en los labios hasta que el horrible péndulo hubo girado sobre si mismo, dando la espalda a sus verdugos para encarar el patio, el sol que colgaba ya sobre el horizonte y el barrilete que aún rodaba, cada vez más despacio, en el suelo cubierto de nieve. Luego, de un salto, se encaramó a la espalda del hombre ahorcado como si pretendiera jugar al caballito.

El chasquido de las vértebras al romperse resonó con toda claridad en el silencio helado de la forja, y John Carroll se dio la vuelta para vomitar sobre la nieve.

Doug Maturo entró en el maltrecho edificio, sobre cuya puerta todavía podían distinguirse débilmente las letras pintadas que anunciaban el SALÓN DEPILATORIO, cerró la puerta detrás de si, cruzó la estancia pisando las barras de luz grisácea que penetraban por las rendijas de los postigos y dejó atrás el mostrador cubierto de polvo para dirigirse hacia el oscuro vestíbulo y la escalera. Cuando se encontraba a medio camino empezó a oír voces en el piso superior y recorrió el resto del camino intentando no hacer el menor ruido.

—…en la calle Jermyn, cerca de la plaza Saint James —estaba diciendo Dundee—. El alquiler que piden es exorbitante, pero tal y como señalaste el otro día, necesito un sitio mejor donde vivir.

—Realmente lo necesitas, Jake —replicó una joven voz de contralto—. ¡Y me gusta la idea de verte preocupado por un alquiler! ¿Cuánto dijiste que ganabas al día?

—En estos momentos un promedio de novecientas libras, pero se trata de una progresión geométrica ascendente…, cuanto más tengo, más gano. A finales de mil ochocientos once no habrá modo de calcularlo… el tiempo necesario para realizar las

operaciones matemáticas sería tal, que las cifras perderían toda validez antes de que pudieras obtenerlas.

—¡Me voy a casar con un mago! —exclamó la joven, sonriendo a juzgar por el tono de su voz. Luego hubo unas cuantas risitas y murmullos cariñosos y unos instantes después añadió, con cierta burla—: Aunque no es demasiado afectuoso, me temo.

La risa de Dundee le sonó algo forzada al hombre que permanecía inmóvil en el vestíbulo con una sonrisa burlona en los labios, y no había demasiada convicción en su voz al responderle.

—Cuando estemos casados habrá tiempo más que suficiente para eso, Claire. Estaríamos… estaríamos traicionando la confianza que tu padre ha puesto en nosotros si… si nos comportáramos mal aquí y ahora.

El hombre del vestíbulo retrocedió silenciosamente hasta la escalera, golpeó varias veces con intensidad creciente el último escalón y luego, andando ya normalmente, fue hasta la puerta de Dundee y llamó.

—¿Si? —dijo Dundee—. ¿Quién es?

El hombre abrió la puerta y entró, haciéndole una seña con la cabeza a Dundee y sonriendo ampliamente a la delgada muchacha rubia.

—Aquí está nada menos que Chispeante Hal, el Hombre Inmortal —dijo con voz alegre.

Dundee contempló sin demasiada alegría al corpulento intruso. Jamás había visto aquel rostro más bien rojizo, con ojos que parecían pedernales y áspero cabello gris, pero sabía muy bien quién era.

—Ah…, hola —dijo—. Veo que… que todo fue bien.

—Cierto, no hubo ningún, ningún, ningún problema. A decir verdad, me he pasado todo el camino hasta aquí dando saltos y haciendo carreras, y he decidido que no está del todo mal…, creo que me quedaré un cierto tiempo, si lo permiten sus ingenios electro-mata-pelos. Pero ¿quién tenemos aquí?, ¿qué preciosa criatura veo?

Hizo una reverencia más bien teatral.

—Eh…, Joe —dijo Dundee, levantándose del diván—, es Claire Peabody, mi prometida. Claire, éste es uno de mis socios.

Joe sonrió, dejando al descubierto una dentadura blanca y casi perfecta.

—Encantado de conocerla, señorita Claire.

Claire frunció el ceño algo inquieta y no demasiado complacida ante la evidente y exagerada atención con que la observaba el recién llegado.

—Encantada de conocerle, Joe —dijo.

Al darse cuenta de que Joe estaba mirando sus pechos frunció un poco más el ceño y se volvió hacia Dundee con una expresión suplicante en los ojos.

—Joe —dijo el joven—, quizá podrías…

—¿No le parece magnífico que los dos nos sintamos tan…, tan encantados? —le interrumpió Joe, sonriendo más ampliamente que nunca.

—Joe —repitió Dundee—, quizá deberías esperar en tu habitación. Luego hablaré contigo.

—Claro, Jake —dijo Joe volviéndose hacia la puerta y deteniéndose ante ella unos instantes—. Feliz Navidad, señorita Claire.

No recibió contestación alguna y, al cerrar la puerta, Joe rió tan suavemente que casi no se le pudo oír.

Jacky pagó su penique en el mostrador y se unió a la fila de los que aguardaban.

Después de unos minutos, mientras se iba acercando paso a paso hacia la puerta trasera y el hombre que, de pie junto a ella, gritaba de vez en cuando «De acuerdo, ya lo han visto, ahora denle su oportunidad a otra persona», le tocó el turno de cruzar el umbral y reunirse con la multitud que colmaba el patio trasero. La nieve había sido pisoteada hasta convertirse en un lodazal.

Jacky no pudo ver nada salvo las anchas espaldas del hombre que tenía delante, pero la fila iba moviéndose y no tardó demasiado en encontrarse, junto con otras personas, ante un agujero que se abría en el muro de ladrillos y daba a un patio más grande con el suelo pavimentado. Ahora podía ver la grúa y la soga. En la calle contigua alguien estaba cantando fragmentos de villancicos con una voz de barítono algo alcoholizada.

«Bueno, ¿qué hago ahora? —se preguntó—. ¿Vuelvo a casa? ¿Vuelvo a mi pequeño hogar en Romford, a los estudios y, con el tiempo, a los brazos de algún ansioso y prometedor joven empleado en un banco para hacer de él mi esposo? Si, supongo que eso haré…, ¿qué otra cosa puedo hacer? Aquello por lo cual viniste a Londres ya está hecho, aunque haya sido otra persona quien se ha encargado de llevarlo a cabo. ¿Será eso lo que te hace sentir tan… tan inútil, tan a la deriva y tan…, si, mejor enfrentarse a ello…, tan asustada? Ayer tenias un propósito, una razón por la cual vivir de este modo; hoy ya no. No tienes ninguna razón para seguir siendo Jacky Snapp, pero no eres tampoco Elizabeth Jacqueline Tichi…, al menos, no del todo… ¿En qué te has convertido, muchacha?»

Rebasó por fin la última curva de la hilera de personas que iban moviéndose y pudo ver la escena con claridad. había una soga atada a la grúa y de su extremo colgaba un muñeco con la cabeza de saco, a cuyo rostro, manos y pies habían cosido retazos de piel apolillada; la fría brisa hacia que se balanceara lentamente de un lado a otro.

—Sí, amigos —dijo el encargado de la fila hablando casi en un murmullo—, aquí se hizo justicia por fin con el temido hombre lobo Cara-de-Perro Joe. La efigie que tenéis ante vosotros fue cuidadosamente construida para que todos pudierais ver

exactamente la escena con que se encontró la policía la noche anterior.

—Tal como lo he oído contar —le dijo en voz baja el hombre que estaba ante Jacky a su compañero—, no tenía tanto pelo en el cuerpo, era sólo como una barba de dos días…

—¿De veras, milord? —le preguntó cortésmente el otro hombre.

La fila fue avanzando hasta dejar atrás el muñeco, que había dado una vuelta sobre sí mismo, dejando ver ahora un buen desgarrón en el fondillo de sus pantalones por el que asomaba un poco de heno. Algunos se rieron y Jacky oyó cómo alguien especulaba en un murmullo sobre las circunstancias en que había sido capturado Cara-de-Perro Joe.

Jacky sintió que en su interior empezaba a nacer una cierta histeria.

«¿Lo has visto bien, Colin? —pensó—. ¿Puedes ver este…, este espectáculo de feria barata? Has sido vengado al fin. ¿No es maravilloso? ¿Y no te parece maravilloso que toda esta gente quiera contemplar tan magnífico monumento a la ejecución? ¿No lo encuentras noble, elevado y satisfactorio?»

Se encontró llorando antes de darse cuenta; el hombre corpulento que tenía delante la cogió por el codo, la apartó de la fila y la acompañó hasta la salida, una puerta que llevaba a la calle donde estaba la entrada principal de la taberna.

Una vez se encontraron fuera del solar el hombre dijo:

—Parker, mi petaca.

—Sí, milord —dijo el otro hombre, que les había seguido dócilmente fuera del patio.

Sacó de su gabán una petaca de peltre, desenroscó el tapón y se la ofreció.

—Toma, chico —dijo el hombre corpulento—, bebe un trago. En ese tonto espectáculo no hay nada por lo que valga la pena llorar en esta hermosa mañana de Navidad.

—Gracias —dijo Jacky, resoplando y limpiándose la nariz con la manga tras devolverle su petaca—. Creo que tiene razón y supongo que, en realidad, no hay nada por lo que valga la pena llorar. Otra vez, gracias.

Se llevó la mano a la gorra en un gesto de saludo y luego, metiendo las manos en los bolsillos, se alejó con paso decidido, pues había un largo trecho hasta volver a la calle Pye.

# 13

*Cuando la gran tragedia hubo concluido y el último estertor se apagó junto a Bab-el-Azaba, el médico italiano de Mohammed Alí intentó felicitarle, pero el Pachá no le respondió. Pidió algo de beber y apuró la copa de un sorbo.*

*G. EBERS*

A unos doce kilómetros de distancia por el valle del Nilo, calcinado por el sol de mediodía, las pirámides se recortaban claramente en el horizonte y, aparentemente sólo un poco más cerca, aunque en realidad estuvieran a tres kilómetros del muro de la Ciudadela sobre el que se encontraba el observador, se veían las orillas del Nilo, rodeadas por un cinturón de verdor, extendiéndose como una tira de acero pulido de norte a sur. Humaredas oscilantes, que parecían trazadas con un lápiz, emanaban de lo que ahora sabia era la isla de El Roda, aunque desde tal distancia no se viera como una masa separada de tierra, y podía distinguir las palmeras, los minaretes y las ventanas de los edificios del barrio viejo de El Cairo en la orilla más lejana. Pensó que quizá en esos mismos instantes algunos de los invitados, como por ejemplo los Bahritas, podían acercarse por esas calles. No le cabía duda de que su desfile debía resultar espléndido; todos los chiquillos se habrían escapado de sus trabajos para contemplarles y los perros estarían ladrando sin cesar, mientras que los encajes *mashrebeeyeh* de todos los segundos pisos de cada harén brillarían con los ojos ennegrecidos por el *kohl*, que se clavarían en los altivos señores de la guerra pasando a caballo por debajo de ellos. Muy pronto la enjoyada procesión saldría del barrio viejo y se empezaría a ver por el antiguo camino de losas, que parte en dos el desierto entre el viejo Cairo y la Ciudadela.

El doctor Romanelli se estremeció levemente, pese al calor, y se volvió hacia el norte, entornando los ojos para contemplar el espinoso laberinto de muros encalados y cúpulas de esmaltes multicolores de la parte nueva de la ciudad, crecida como un lujuriante brote de vegetación alrededor de la carretera llamada la Mustee, que conectaba la Ciudadela con el antiguo puerto de Boolak.

Le pareció distinguir un parpadeo lejano, como el del sol reflejándose en la punta de una lanza o en un casco pulido.

«Hace doscientos años —pensó—, el ejército de ex esclavos, llamado los Mamelucos, tenía un propósito, pero en el Egipto de hoy son sólo una molestia que está estrangulando lentamente al país, imponiendo un régimen impositivo salvaje, sostenido únicamente por la fuerza, sobre cualquier persona que parezca tener algo de

dinero; y la potencia de sus armas es suficiente como para no hacerles reconocer otra ley que no sea la de sus caprichos. No podíamos dejar que conservaran esa clase de poder, especialmente ahora, con Mohammed Ali al mando y con los ojos del mundo observándonos para calibrar cuáles serian sus respuestas a nuestros actos. La independencia se halla muy cerca de nuestras manos por primera vez en miles de años, y no podemos dejar que se ponga en peligro por un grupo local de bandoleros. ¡Cuán afortunados hemos sido al conseguir que Alí, por mediación mía, considere al Amo como su principal consejero!

»Si regreso a Inglaterra —pensó, mientras se daba la vuelta y contemplaba cómo los sudorosos esclavos cargaban el cañón de señales—, entonces será para disolver toda la historia de esa nación, de tal forma que en el presente…, en un nuevo presente, se vea reducida a la nada, probablemente a ser una mera posesión de Francia, a la cual luego también sabremos detener. Todo lo que nos hace falta es redescubrir el conocimiento que murió con el ka llamado Romany…, y eso lo conseguiremos antes de que pase mucho tiempo, ya sea contemplando nuestros cálculos o, lo que aún resulta concebible, sacándole algún dato vital al desgraciado ka de Brendan Doyle, que pudimos fabricar antes de que se nos escapara.

»Claro que eso tendrá que esperar bastante tiempo», pensó con amargura, recordando el interrogatorio de la noche anterior mientras bajaba por los angostos peldaños hacia la callejuela recalentada por el sol, que se encontraba junto a la puerta de El-Azab.

El ka había sido conducido fuera de su celda del sótano por primera vez en, como mínimo, un mes entero y, durante media hora, ni tan siquiera pareció capaz de oír las preguntas que le hacia el Amo, limitándose a permanecer sentado en el balcón, mordisqueándose la punta de su asquerosa barba y apartándose con gemidos guturales de lo que, evidentemente, eran insectos imaginarios. Finalmente había hablado aunque no para responder a ninguna de las preguntas.

—Sigo intentando detenerles —musitó—, intento impedir que suban a la moto, ¿saben? Pero siempre es demasiado tarde y se meten en la carretera antes de que pueda atraparles y yo me aparto porque no deseo verlo… Pero lo oigo…, el estruendo de la caída, el chirrido que hacen al resbalar… y el golpe del casco explotando contra el pilar…

—¿Cómo lograste entrar en la corriente del tiempo? —le preguntó el Amo por cuarta vez.

—Jacky me sacó —replicó el ka—. Tiró una red sobre los hombrecillos y luego me hizo subir a una canoa…

—No, me refiero a la corriente del tiempo. ¿Cómo lograste entrar y salir luego de ella?

—Todo es un río y los postes que indican los kilómetros son las páginas del

calendario. Si tus pies son ágiles y ligeros puede que te baste con una vela… El río está cubierto de hielo, ¿entiende?…, quizá no escuchaba cuando Darrow lo explicó…, pero hay un bote con rostros pintados en las ruedas y es capaz de navegar sobre el hielo…, el bote puede cobrar vida y matarte…, es un bote negro, más negro que la oscuridad…

En ese momento el Amo había sufrido un ataque de ira que le había hecho perder el control, viéndose obligado a usar uno de los *ushabti*, que había en el fondo de la esfera para poder hablar.

—Lleváoslo —graznó la voz de la estatua—, y que no entre más comida en su celda… No lo necesitamos.

Si, haría falta mucho tiempo y sería difícil…, pero la posibilidad seguía existiendo. Después de todo, en sus delirios había un par de puntos interesantes, que parecían bastante racionales.

«En cualquier caso —reflexionó Romanelli, mientras abría una puerta que no tardaría en quedar cerrada y atrancada—, puede que ni tan siquiera nos hagan falta las Puertas de Anubis. Habrá otros osados golpes políticos, como el que va a tener lugar esta tarde, y con un líder tan fuerte como Mohammed Ali aceptando los consejos del Amo puede que logremos colocar de nuevo a Egipto en el poder sin que nos haga falta escribir de otro modo la historia. Los asuntos de cómo disponer un asesinato secreto y la sustitución por un ka bien dócil pueden esperar como mínimo unos cuantos años…»

Antes de entrar en el vestíbulo miró a uno y otro extremo del callejón emparedado entre los grandes muros; estaba vacío.

«Qué silencio hay aquí ahora», pensó.

La Mustee se hallaba más bien atestada a la una de la mañana. Camellos pesadamente cargados se abrían paso con expresión estólida a través del gentío. Los gritos de las mujeres cubiertas con velos, que vendían naranjas, formaban una ensordecedora cacofonía, que casi dominaba el sonsonete del hombre que atrapaba ratas, y que llevaba en su sombrero de ala ancha seis ejemplares perfectamente entrenados de su presa habitual, cada uno de ellos tocado con un pequeño sombrero propio y formando una pirámide; más los gritos de los que vendían leche o pescado y el incesante canturreo de los mendigos que rezaban. Pero la multitud se apresuró a ceder el paso a los implacables cascos del cortejo, que se aproximaba por el centro del camino sin apresurarse pero, obviamente, sin la menor intención de parar ante un obstáculo, fuera el que fuese.

Esperando recibir algo al final del trayecto, un chico se había impuesto servir como *sais*, o mensajero que abre la marcha, pese a que en este caso era más bien innecesario.

—¡*Riglak*! —gritaba para avisar a un mercader rubio, que ya había apartado los pies del camino antes de que el chico gritara. Segundos después chillaba—: ¡*Uxrug*! —volviéndose hacia dos damas de un harén que ya se habían pegado a la pared más próxima y protestaban con voces estridentes e indignadas ante tal usurpación del camino.

Pero todos estaban tan ansiosos de ver el cortejo como de cederle el paso; los *effendis* británicos daban la vuelta a sus sillas de mimbre, instaladas en la acera ante el Café Jawiyah, para observar con cierta inquietud el paso del cortejo, mientras sorbían con más lentitud de lo habitual sus bebidas, ya que el desfile de los beys mamelucos se acercaba con toda la pompa y el lujo de las ocasiones más importantes. El cálido sol destellaba sobre las piedras preciosas engastadas en el pomo de sus espadas y en las culatas de sus armas, mientras que sus abigarradas túnicas, sus turbantes emplumados o sus cascos relucientes hacían que el resto de la calle pareciera apagada y monótona en comparación. Sin embargo, pese a la grandeza que le daban las armas enjoyadas, la riqueza de los tejidos y la suntuosidad de las armaduras, que protegían a los finos caballos árabes, el aspecto más impresionante de todo el desfile estaba en los rostros morenos, de rasgos aquilinos y huesos delgados, así como en los ojos entrecerrados, que nunca se rebajaban a contemplar la muchedumbre.

Y entre todos aquellos rostros, uno de los más impresionantes llevaba barba negra y se cubría con un casco; pertenecía a un impostor. Aunque muchos de los que se apartaban presurosos del camino, o atisbaban por las ventanas, conocían a Eshvlis el remendón, que hacia sus negocios en una hornacina situada en el muro de una mezquita a dos manzanas de distancia, ninguno de ellos pudo reconocerle bajo la armadura dorada del mameluco Bey Ameen.

Y ninguno de ellos sabía tampoco que, incluso en su diaria rutina de arreglar zapatos, Eshvlis era también un impostor y que, antes de elegir ese nombre y teñirse el pelo y la barba de negro, había sido conocido como Brendan Doyle.

Durante los últimos meses Doyle se había acostumbrado a ser Eshvlis, pero no confiaba demasiado en el papel que había asumido hoy y apartaba la mirada cada vez que veía a uno de sus clientes entre la multitud. La suplantación a la que tan alegremente había accedido esa mañana empezaba a ponerle nervioso…, ¿sería un crimen asistir al banquete del Pachá disfrazado como uno de los invitados? Probablemente. Sí su amigo Ameen no hubiera estado firmemente convencido de que el engaño iba a tener éxito, Doyle habría picado espuelas apartando su montura prestada del cortejo y, despojándose de su espada, sus dagas y sus magnificas vestiduras, habría regresado con el mayor sigilo posible a su hornacina de remendón para gozar del espectáculo desde una distancia mucho más cómoda.

Miró a su hornacina cuando pasaron ante ella y, aunque había adquirido pasaje

para salir del país en un barco que mañana levaría anclas, le sorprendió y le irritó bastante ver que ya había otro remendón en su sitio, rodeado de zapatos colgando de un hilo.

«Basta que faltes una mañana —pensó con amargura—, para que la competencia se lance sobre tu sitio como ratas.»

Más adelante se encontraba la plaza donde había visto por primera vez a su amigo Ameen. Doyle sonrió sin gran alegría, recordando esa cálida mañana de octubre, que había empezado a ir mal cuando la hebilla de Hassan Bey se rompió durante una cita con el gobernador británico.

La humillante desgracia había traído consigo la inmediata cancelación de la cita y Hassan, acompañado por sus cuñados Ameen y Tai había salido de la Ciudadela y vuelto al galope hacia su bote anclado en Boolak. Pero en la plaza situada junto al Mustee había ocurrido otro desastre; el corpulento mendigo conocido como Eshvlis, cuyo gran letrero encuadrado en madera le proclamaba como sordomudo, fue un poco lento a la hora de apartarse del camino de los mamelucos y un clavo, que sobresalía levemente de su cartel, se enganchó en un pliegue de la túnica bordada de Hassan, causándole un gran desgarrón y dejando al descubierto el muslo del ofendido mameluco.

Hassan rugió una espantosa maldición, se volvió en redondo y, desenvainando su espada con empuñadura de marfil, la movió con la velocidad del rayo para trazar un arco casi invisible que habría hendido el torso del mendigo.

Pero Doyle se había dejado caer a cuatro patas sobre el polvo con idéntica velocidad, de tal modo que la hoja partió su letrero y pasó inofensivamente sobre él (fallando por varios centímetros la punta de su cabeza); antes de que el sorprendido mameluco fuera capaz de alzar nuevamente su arma, Doyle saltó sobre él, se apoderó de una de sus dagas y logró parar con ella el siguiente golpe de la gran espada blandida por el jinete, más débil a causa de lo incómodo de su posición.

Fue entonces cuando Tai se movió con una mezcla de indolencia y rapidez, inmovilizando a su caballo bruscamente y llevándose el rifle a la altura del flanco. Justo cuando los ojos de Ameen se desorbitaban levemente al comprender lo que Tai pensaba hacer y se lanzaba hacia adelante con un grito, Tai apretó el gatillo.

Con un estampido que resonó por toda la plaza, el rifle, que Tai ni se había tomado la molestia de sacar de la funda, salió despedido de ésta por el retroceso. El caballo de Tai, entrenado para el combate, permaneció inmóvil, pero sacudió la cabeza y se estremeció levemente ante la súbita nube de humo. Doyle dio una admirable voltereta, que finalizó en el pavimento, y el reluciente agujero rojizo, que había aparecido en la parte trasera de su albornoz, no tardó en esfumarse bajo un torrente de sangre que empapó la tela.

—¡Villanos! —gritó entonces Ameen—. Era un mendigo.

Y su tono de voz dejó bien claro que un mendigo no sólo era, como oponente, indigno de que se desenvainara la espada sino que además, desde el punto de vista musulmán, era un auténtico representante de Alá, al que se le había encargado el trabajo de pedir las limosnas que todo verdadero creyente estaba en la obligación de dar.

La calle torcía ahora a la izquierda y, más allá de un edificio medio sumido en la penumbra, Doyle pudo ver, todavía a un kilómetro y medio de distancia, los minaretes y los pétreos muros sin ningún adorno, que formaban la Ciudadela, alzándose hasta medio camino del cielo sobre la agreste colina de Mukattam; aunque los mamelucos acudían a la fortaleza básicamente por un motivo social, el imponente aspecto del gran edificio hizo que Doyle sintiera cierta alegría al ver que tanto él como sus compañeros iban tan bien armados.

Ameen le había asegurado aquella mañana que el arresto en masa que esperaba, y del que se preparaba para huir en secreto, no tendría lugar durante aquel banquete.

—Cálmate un poco, Eshvlis —le había dicho a Doyle, mientras cerraba el último de sus arcones y miraba por la ventana a los camellos cargados de bultos y equipaje que esperaban en la calle—. Ali no está loco. Aunque pronto, creo yo, pondrá freno al desmedido poder de los mamelucos, nunca se atreverá a intentar el arresto de cuatrocientos ochenta beys a la vez, y menos mientras estén armados. Creo que el auténtico propósito del banquete es contar a sus enemigos y asegurarse de que todos están en la ciudad; esto le permitir que, en algún momento de la noche, antes de que llegue el amanecer, pueda capturarlos borrachos y desarmados, sacándoles de sus lechos con cualquier pretexto. No es que merezcamos un tratamiento distinto, como tú mismo serias el primero en afirmar, gracias a tu cicatriz de bala, de no ser por lo muy cortés que siempre has sido. Pero voy a partir hacia Siria esta tarde y tú volverás a tu identidad de Eshvlis, justo después del banquete, y abandonarás El Cairo mañana por la mañana, con lo que tanto tú como yo podremos huir de la red.

Ameen había logrado que todo pareciera perfectamente seguro, y Doyle le debía la vida, pues había sido Ameen quien dio la orden de que llevaran su cuerpo ensangrentado al Moristán de Ka'aloon para que recibiera atenciones médicas y, dos meses después, había hecho que empezara con buen pie en el segundo negocio de remendón exigiendo que Hassan le pagara cien piezas de oro por la reparación de la hebilla rota. Jamás se había vuelto a mencionar la túnica desgarrada y Hassan consideraba, probablemente, que eso había quedado pagado con los dos agujeros, uno de entrada y otro de salida, que la bala había abierto en el flanco del remendón.

Doyle frunció el ceño y, por un breve instante, se preguntó por qué razón no se hacía ni tan siquiera alusión a tales acontecimientos en la biografía de Ashbless escrita por Bailey. Después de todo, eran justo el tipo de cosas que podían darle

interés a la biografía de un poeta: una breve carrera como mendigo, un tiro en el flanco recibido a manos de un belicoso mameluco, la asistencia a un banquete real disfrazado, y luego sonrió pues, naturalmente, no podía contarle todo eso a Bailey teniendo en cuenta que Doyle iba a leer la biografía algún lejano día en el futuro.

«Y en tal caso —se preguntó—, ¿te habrías acercado a esa plaza de haber sabido que en ese día te iban a disparar justamente allí?

»Bueno, por lo menos sé que Ashbless se marcha de Egipto mañana por la mañana a bordo del *Fowler*, con destino a Inglaterra. Aunque no llegue a conocer demasiado El Cairo de mil ochocientos once, no creo que haya muchas más sorpresas que me olvidara de contar a Bailey. Por ejemplo, supongo que no volveré a ser capturado por Romanelli, de quien he oído decir que se ha establecido como médico personal de Mohammed Ali. De todos modos, no creo que pudiera reconocerme con el pelo teñido de negro, el bronceado intenso y el montón de arrugas y surcos nuevos, la herencia que me ha dejado una larga convalecencia y la falta de anestesia. Por lo menos ese cuerpo sigue teniendo las dos orejas…»

En el espacio abierto que había ante la Ciudadela, las filas de los mamelucos de alto rango se vieron incrementadas por las de los beys Bahritas. Durante quince ardientes minutos (en los que Eshvlis permaneció sudando bajo la increíblemente lujosa túnica que le había prestado Ameen, dejando que el caballo de éste siguiera al de Tai, que iba justo delante de él), todos menos uno de los cuatrocientos ochenta beys mamelucos, que en un tiempo fueron esclavos y ahora dominaban de forma absoluta el país y sólo en los últimos años habían caído un poco de ese cenit de poderío, desfilaron en todo su pintoresco y bárbaro esplendor bajo el azul cielo de Egipto.

La ágil y poderosa yegua de Ameen, «Melboos», avanzaba con paso orgulloso, agitando las crines de vez en cuando y, en general, haciendo que su jinete pareciera bastante competente, cosa que no era. Era un animal estupendo y había sido el bien más preciado de Ameen, que estaba orgulloso de ella, pero el engaño había exigido que no se la pudiera llevar consigo.

De pronto, a Doyle se le ocurrió que sentiría cierta nostalgia de Ameen, la única persona de todo El Cairo enterada de que Eshvlis no era realmente un sordomudo. Educado en Viena, el joven bey había logrado descubrir otras metas y perspectivas además de las tradicionales para los mamelucos, la guerra y la gloria; durante muchas tardes aparentemente interminables, Ameen había permanecido sentado junto a la hornacina del remendón, hablando con Doyle en inglés de historia, política y religión, aunque siempre había tenido buen cuidado de interrumpir la conversación si un cliente se acercaba lo bastante para oírles, ya que Ameen había oído ciertos comentarios sobre que el Pachá ofrecía una recompensa por cualquier información que pudiera dársele de un fugitivo corpulento y que hablaba inglés.

En ese momento aparecieron varias hileras de mercenarios albaneses del Pachá, temiblemente erizados de espadas, mazas y pistolas, así como de rifles más largos que un hombre; parecían algo ridículos, al menos para Eshvlis, con sus faldas plisadas de color blanco y sus enormes turbantes.

Los albaneses bajaron por un corto tramo de peldaños, que llevaba a una callejuela por la que se subía a la Ciudadela, y las filas de los mamelucos les siguieron; en el otro extremo de la callejuela la puerta de Bab-el-Azab giraba lentamente para abrirse.

Pese a que ahora no había nadie para verles, los mamelucos mantuvieron su paso lento y majestuoso, por mucho que los albaneses se lanzaran al galope hacia la puerta.

Doyle contempló con cierta curiosidad el foso de unos seis metros e inclinación bastante pronunciada por el que ahora desfilaban; estaba claro que formaba parte de las fortificaciones de la Ciudadela, pues en los sólidos muros de piedra que lo flanqueaban había unas cuantas puertas muy reforzadas y las ventanas, aunque abundantes, eran solamente hendiduras verticales, donde sólo había el espacio necesario para deslizar el cañón de un fusil.

A unos cuarenta y cinco metros por delante de ellos, los mercenarios albaneses, lanzados al galope, habían llegado ya a la puerta de Bab-el-Azab… y los ojos de Doyle se abrieron enormemente por la sorpresa al ver que, cuando el último de ellos se encontró dentro de la Ciudadela, la puerta empezó a cerrarse.

Se aupó en su silla para mirar hacia atrás y vio que la distante entrada a la callejuela amurallada estaba cerrada por más mercenarios. Mientras les observaba, la primera fila de mercenarios puso la rodilla en tierra y cada uno de ellos levantó su largo rifle para apuntar hacia los mamelucos.

En el mismo instante en que Doyle tragaba aire para lanzar un grito de alarma retumbó un cañón, que manchó con una humareda grisácea el azul del cielo, y, un segundo después, la callejuela pareció estallar en una ensordecedora e interminable descarga de fusilería, que venía tanto de atrás como de delante, así como de las ventanas parecidas a troneras. El aire resonaba a cada segundo con el silbido y el rebote de centenares de balas, que arrancaban pedazos de piedra de los muros, mientras una acre humareda hacía arder los ojos y las gargantas, impidiendo distinguir al enemigo.

Las filas de los mamelucos se desintegraron como una hilera de farolillos japoneses bajo el impacto de una manguera de incendios. La mayoría de los beys fueron derribados de sus monturas en el primer momento, incluso los que lograron blandir sus armas carecían de enemigo visible al que atacar, salvo el grupo de albaneses situado al otro extremo del callejón. Pero los escasos mamelucos que intentaron cargar sobre ellos (y Doyle, aturdido, vio entre ellos a Hassan) fueron

abatidos por la incesante rociada de plomo antes de que hubieran podido andar cinco pasos.

Aunque sintió varios tirones en su túnica, después de cuatro segundos de tiroteo, Doyle seguía sin haber recibido ninguna herida y, a juzgar por el modo en que «Melboos» saltó sobre un montón de cadáveres al estallar una parte del muro junto a su flanco, estaba claro que tampoco la yegua había sido herida.

El grito de Doyle, «¡Santo Dios, yegua…, salta la pared!», se perdió en el tumulto, pero la yegua saltó hacia adelante, pisoteando el montón de cadáveres que se estremecían a cada nuevo impacto de bala. Un proyectil rebotado, que casi no llevaba ya velocidad, le propinó un buen golpe sobre la oreja izquierda y, mientras se tambaleaba en la silla de montar, tres disparos le acertaron casi al mismo tiempo: uno le arañó el bíceps derecho, otro le abrió una herida bastante profunda en el muslo izquierdo y el tercero resbaló sobre su vientre, ayudándole a no caer de la silla al hacer que todo su cuerpo se doblara sobre el cuello de la yegua… y un instante después «Melboos» estaba escalando la montaña de cuerpos que habían formado la vanguardia del cortejo; una vez en lo alto, saltó hacia el final del muro que, por desgracia, se encontraba todavía a unos dos metros y medio de distancia.

Doyle sintió el increíble poder de su salto, como si le hubieran disparado por una catapulta, y sus ojos irritados por el humo vieron acercarse el borde del muro para ver, durante un casi ingrávido instante, su parte superior en el apogeo del salto. Sabía que una fracción de segundo después la gravedad les haría caer de nuevo en mitad del fuego cruzado, pero la yegua, ágil como un felino, logró apoyar sus cascos delanteros en el muro y, con otro esfuerzo, puso después los cascos traseros. Un momento después Doyle y su yegua empezaron a caer, si, pero fuera del callejón.

La yegua se desplomó con la cabeza por delante y Doyle se vio impulsado hacia atrás, después de haber distinguido fugazmente el foso, que se encontraba unos quince metros más abajo; empezó a desplomarse, sin ningún punto de apoyo, parpadeando aterrado al ver cómo el foso parecía subir a su encuentro con estremecedora velocidad.

La duración de la caída fue toda una tortura; por dos veces durante el trayecto, Doyle vació sus pulmones y volvió a llenarlos con aire fresco, con la esperanza de retenerlo, pero el impacto final le dejó sin aliento por mucho que se hubiera preparado para él; tanto sus manos como sus rodillas se estrellaron contra el fondo rocoso. Al rebotar por la fuerza del choque logró dirigir sus pies hacia abajo y con un gran esfuerzo movió las piernas, impulsándose hacia lo alto a través de casi ocho metros de agua, que parecía hervir con las burbujas de su caída.

Emergió en la superficie, como un trozo de carne despedido desde lo más hondo de una olla de agua en ebullición, y empezó a nadar débilmente hacia el borde del foso, donde un hombre, al que obviamente había interrumpido mientras orinaba en el

agua, se le quedó mirando unos segundos; se arregló a toda prisa el albornoz y salió corriendo.

—¡Sucio cobarde! —sollozó Doyle viéndole huir.

Apenas el remendón fugitivo logró sacar su tembloroso y ensangrentado cuerpo del foso, ahora más sucio que nunca, se quitó las armas y las ropas de Ameen y las arrojó en todas direcciones, confiando en que los mendigos callejeros se encargarían de hacerlas desaparecer; sólo conservó la espada, que enrolló con el turbante. Luego encontró una extensión de tierra polvorienta y reseca por el sol y, desnudo con excepción de su taparrabos, rodó por ella hasta quedar seco, si bien no precisamente muy limpio, pensando que el bulto de la espada envuelta en tela tendría que pasar como una muleta heredada de algún antepasado enfermo.

—¡*Melboos*! —exclamaron un par de comerciantes, que le habían estado observando.

Hasta que Doyle no logró recordar que la palabra significaba revestido de dignidad y se aplicaba a los que habían enloquecido viendo la imagen de Alá, creyó que, de modo inexplicable, conocían el nombre de la yegua, que había logrado salir del foso y era contemplada ahora con ojos avariciosos por unos cuantos miembros de los *ragharin*, los gitanos de Egipto.

—¡Sí, cogedla! —exclamó Doyle con voz más bien ronca—. ¡*Avo, chals*!

Aunque hacía calor, temblaba cuando echó a correr por el camino y torció por un callejón, pasando a través de zonas sombreadas, que luego cedían paso nuevamente al sol, y que eran creadas por las cuerdas con ropa tendidas ocasionalmente de un edificio a otro. Sólo cuando se dejó caer en un portal bastante protegido, y se tapó el rostro con las manos, se dio cuenta que había estado llorando desde que se arrastró fuera del foso. Alzó la cabeza e intentó contener el llanto.

Superpuestas, como en una foto mal revelada, a la luminosa escena callejera que se desarrollaba ante él, veía constantemente las imágenes de los doce segundos transcurridos en el callejón de Bab-el-Azab, que ahora parecía exigir casi a gritos toda su atención. Entonces fue cuando vio por primera vez, ya que su cerebro se había limitado antes a conservar la imagen sin examinarla, el chorro de sangre, polvo y fragmentos de tela que brotaba de un caballo con su jinete, que habían quedado atrapados por el fuego cruzado en un instante particularmente encarnizado; los dos habían muerto, pero seguían en pie y temblaban como si estuvieran aún vivos bajo el diluvio de proyectiles que caía de cada lado del callejón, un atisbo fugaz de un rostro tranquilamente absorto en realizar bien un trabajo de moderada dificultad, un bey mameluco, ciego y agonizante a causa de un disparo, que le había entrado por una sien saliendo luego por la otra, en pie y dando furiosos mandobles a un trozo desnudo de pared durante los escasos segundos que separaron la muerte de su montura de la suya.

Doyle lanzó un gemido y apretó la frente contra la áspera piedra del umbral, provocando otro «*Melboos*» en boca de un chico, que venía por el callejón con un odre de agua.

Doyle no podía oír gran cosa por encima del zumbido constante de sus tímpanos, pero vio al chico aplastarse contra una pared y un instante después doce mercenarios albaneses aparecieron al galope por el callejón, ataviados con sus faldas blancas, observando atentamente a cada persona que se les cruzaba. Cuando pasaron por su lado todos clavaron la mirada de sus duras pupilas en el viejo mendigo, increíblemente sucio, que sollozaba agarrado a un fardo de tela en el portal, con feas llagas cubiertas de barro en el brazo, la pierna y el vientre. Un par de los mercenarios se rieron y uno le arrojó al desgraciado una moneda, pero ninguno se detuvo.

Cuando hubieron desaparecido tras la siguiente esquina, Doyle recogió la moneda, se puso en pie y le hizo un gesto al chico, que se acercó al trote y le permitió tomar un sorbo de agua directamente de su odre hecho con piel de cabra. Aunque caliente y fétida, el agua borró de su boca el sabor a pólvora e hizo que los espantosos recuerdos aún recientes, que colmaban su cabeza, se alejaran lo bastante como para permitirle pensar en algo más.

«Bien, Ameen —pensó medio aturdido—, acertabas en dos cosas: desde luego Ali tenía la intención de poner freno con bastante dureza al incontrolable poder de los mamelucos y, desde luego, no intentó arrestar a cuatrocientos ochenta beys mamelucos armados hasta los dientes, pero te equivocabas creyendo que, debido a eso, se podía asistir con seguridad al banquete.»

Aún estaba temblando y cubierto de sudor; su brazo seguía sangrando tan profusamente como en el momento de ser herido.

«Necesito ropas y cuidados médicos —pensó—, y quizá un poco de venganza.»

Nilo abajo existía una casa veraniega propiedad de Mustafá Bey, un mameluco, en la que sus hijos y esposas estarían pasando el día sin hacer nada en particular. Doyle se puso en marcha hacia allí. tenía que darles unas cuantas noticias y pensaba hacerles una proposición.

Aunque el sol se había ocultado hacia poco rato tras las colinas Mukattam y la luna se recortaba sobre el terciopelo azul oscuro del este como la huella de un penique cubierto de cenizas, las puntas de las pirámides, en el otro lado del valle, seguían ardiendo con la luz rojiza del sol que daba de pleno en ellas. Las linternas multicolores de la maltrecha carretera, que salía del barrio viejo de la ciudad, resultarían durante la hora siguiente más un adorno que una necesidad.

Las alegres cintas y campanillas, con las que estaba profusamente adornada la carreta, no casaban demasiado bien con las expresiones de los seis hombres que iban en ella; sus rostros de labios apretados mostraban las duras líneas del cansancio, la

pena y, por encima de todo, una rabia demasiado profunda como para que fuera posible aliviarla mediante palabras o gestos de cualquier tipo. Y pese a su aire festivo, un centinela del palacio que hubiera tenido ojos lo bastante agudos habría detenido la carreta, pues las ruedas traseras, que estaban recubiertas por guirnaldas entrelazadas, dejaban sobre el polvo unas huellas sorprendentemente profundas, mientras las ruedas delanteras casi resbalaban sobre él y la gran alfombra, que sobresalía en la parte trasera de la carretera para colgar hasta el suelo, daba la impresión de estar ahí para ocultar algo, pero ningún centinela la vería, pues los seis caballos uncidos a la carreta torcieron a la derecha por el viejo sendero en dirección al Karafeh, la necrópolis, y no hacia la izquierda y el nuevo camino que conducía a la Ciudadela.

—*Yeminak* —dijo el hombre que iba en la parte trasera de la carreta, junto al bulto escondido por la alfombra; el hombre de las riendas hizo girar obedientemente a los caballos hacia un sendero que se apartaba del camino principal hacia la derecha—. Ahora, despacio. Lo reconoceré cuando lo vea —añadió, observando con atención las tumbas y lápidas esparcidas al azar sobre las pequeñas elevaciones del terreno—. Ahí —dijo por fin—, ese lugar de la cúpula. Y tal como te había dicho, Tewfik, no parece haber centinelas. Estoy seguro de que esperan represalias de los mamelucos sobrevivientes pero no las esperan aquí.

—Habría preferido atacar la Ciudadela, profesor —gruñó el hombre de las riendas—. De ser posible, me habría gustado que la cabeza de Ali reposara para siempre en los retretes… Pero sé que sus órdenes vienen de ese hombre mágico y lo reconozco. A él sí que me gustaría matarlo, y eso haremos.

—Espero que estés en lo cierto —dijo Doyle—, y tengo la esperanza de que Romanelli esté presente en ese lugar.

—Si —dijo Tewfik contemplando el edificio achaparrado que apenas si se distinguía en la creciente penumbra a unos noventa metros de distancia—. ¿Aquí?

—De estas cosas sabes más que yo. Yo diría que lo mejor es que nos pongamos lo bastante cerca para entrar al galope una vez la puerta haya volado.

—Pero no tanto como para que nos vean prepararnos. —Tewfik movió la cabeza con expresión decidida—. Aquí.

Doyle se encogió de hombros y bajó de la carreta con mucho cuidado, pues llevaba un brazo en cabestrillo. Miró hacia el edificio, situado un poco más arriba de ellos, y se quedó helado al ver al portero, probablemente el mismo al que había golpeado cuatro meses antes, inmóvil ante él y observándolos.

—Aprisa —dijo en voz baja—. Nos están viendo.

—No importa desde tan lejos —dijo Tewfik, cogiendo un largo palo que estaba encajado en una ranura de los maderos. Le quitó las cintas que lo adornaban y después arrancó de un tirón la enorme máscara con el rostro de un bebé que tenía al final; el palo terminaba ahora en un grueso disco de madera—. Ya está cargado, sólo

le hace falta que le den un buen apretón a la pólvora. —Echó hacia atrás la alfombra que cubría el centro de la carreta, y dejó al descubierto el agujero de un cañón; metió el palo con el disco de madera hasta el fondo y golpeó por dos veces con todas sus fuerzas el proyectil situado al final—. Bien.

Sacó el palo dando tres rápidos tirones y lo dejó caer al suelo, volviéndose luego hacia sus cuatro compañeros y dando unas secas instrucciones en árabe.

Uno de ellos encendió un puro con la linterna, que se balanceaba en la parte trasera de la carreta, y luego se alejó emitiendo grandes nubes de humo, aparentemente embelesado por el espectáculo de la Ciudadela, un kilómetro y medio al norte. otro de los jóvenes mamelucos apartó la alfombra que aún tapaba la cureña del cañón y empezó a darle enérgicas vueltas a una manivela, que fue levantando muy despacio la cureña e hizo bajar a la vez el cañón. Doyle miró hacia el edificio, intentando ver qué hacia el portero al respecto, y distinguió su silueta metiéndose en el edificio y cerrando a toda prisa la puerta.

—Rápido —dijo Doyle.

El hombre de la cureña dejó la manivela y le dijo algo al hombre del puro.

—¡Rápido, maldita sea! —murmuró Doyle.

El suelo había empezado a vibrar como si un gigantesco órgano subterráneo hubiera emitido una nota demasiado grave para ser audible y el frío aire del anochecer se llenó repentinamente de un olor acre, que recordaba al de la basura fermentada. Agachándose, Doyle empezó a desabrocharse a toda prisa uno de sus zapatos prestados.

El hombre del puro echó a correr hacia el cañón, pero cayó al suelo derribado por un haz verdoso que partió de lo alto de la cúpula y le dio de lleno. En ese mismo instante, la punta del cañón, todavía medio cubierto por la alfombra, empezó a doblarse hacia arriba con un lento chirriar.

Doyle se quitó el zapato, lo tiró lejos y sacó un cuchillo. Cuando el haz luminoso brilló de nuevo, ahora dirigido hacia el cañón, Doyle se clavó la punta del cuchillo en el talón y golpeó el suelo con el pie.

Y un segundo después se encontraron bañados en una débil y enfermiza radiación verde, tosiendo y ahogándose ante el pestilente olor de la vegetación putrefacta, y Tewfik y los otros tres jóvenes mamelucos cayeron al suelo como fardos.

Notando que el aire oponía resistencia a todos sus movimientos, Doyle tendió la mano hacia adelante y la dejó caer sobre el cañón, cada vez más caliente; éste, con un chirrido aún más fuerte y aumentando progresivamente su ya elevada temperatura, empezó a inclinarse nuevamente hacia abajo. Moviéndose con mucha lentitud, Doyle fue hacia la cureña, pasó sus dedos cubiertos de ampollas por el cañón y, teniendo gran cuidado de no separar su pie ensangrentado del suelo («mantén la conexión —se repetía a si mismo, pese a su aturdimiento—, mantén la conexión»), cogió una de las

linternas de colores y la aplastó sobre el orificio hecho en el metal, por el que asomaban unos granitos de pólvora.

La linterna de papel se prendió en una súbita llamarada que duró sólo un par de segundos, apagándose casi en seguida. Luego un trocito de pabilo al rojo vivo cayó en el interior del agujero.

Y un instante después Doyle se encontró contemplando el cielo nocturno, preguntándose por qué estaba tendido de espaldas y por qué sentía tal escozor en el rostro, deseando que alguien tuviera la amabilidad de responder por lo menos a un par de los doce teléfonos que no paraban de sonar a la vez. Volvió la cabeza y contempló lo que unos segundos antes había sido Tewfik. En el confuso bulto de ropas se veía todavía algo, pero casi todos los relucientes pedazos de carne parecidos a cangrejos en que se había escindido su cuerpo habían desaparecido ya, arrastrándose sin rumbo por encima del polvo tras escapar de sus ropas. Doyle se apartó en una convulsión aterrorizada y se incorporó bruscamente, agazapándose contra la carreta, gimiendo y buscando con dedos temblorosos la empuñadura de la espada que le habían prestado, mirando enloquecido en todas direcciones.

Del cañón brotaba todavía un hilillo de humo y el arma, una vez medio destruida la carreta por la explosión, resultaba claramente visible. La silueta del edificio había cambiado; la gran curva de la cúpula se había roto por arriba como un huevo al que se le quiebra la cáscara. Doyle creyó oír gritos, pero dado el estado de sus oídos le resultaba imposible estar seguro de ello.

Desenvainó su espada y echó a correr torpemente hacia la puerta del edificio y, cuando ésta se abrió, se encontraba sólo a unos metros de distancia y cubriendo terreno con rapidez. Chocó fuertemente con el hombre que había aparecido en el umbral y, en su aturdimiento, ni tan siquiera le sorprendió que la cabeza y el brazo derecho del hombre se desprendieran limpiamente de su cuerpo; cuando cayeron al suelo con un golpe sordo, se dio cuenta de que el hombre era una estatua de cera.

Tres hombres de cera más se encontraban al otro lado del umbral, y dos de ellos se tambalearon al rebotar en sus cuerpos la inutilizada masa de su compañero. Doyle logró parar la estocada que le lanzó el tercero y respondió con un fuerte golpe de la empuñadura en el rostro de cera, arrancándole la nariz y aplastando una mejilla. Vio que en el cuello de la figura había aparecido una grieta casi invisible y golpeó nuevamente su rostro, esta vez con mayor fuerza, y también la cabeza de esa estatua de cera se separó del cuello para caer rodando al suelo.

Las dos figuras que no habían sufrido daños retrocedieron un paso alzando sus armas, mientras las otras dos tanteaban a ciegas el suelo buscando sus cabezas. En lo alto de la escalera se oyó un grito de pánico y palabras que no parecían pertenecer al idioma árabe, y los dos hombres de cera, que aún estaban enteros, se volvieron en redondo y empezaron a subir pesadamente por la escalera.

Doyle les siguió. Ahora se oían más gritos en lo alto de la escalera y éstos si eran en árabe; la voz que los emitía parecía más angustiada y exculpatoria que asustada por ella misma. Doyle logró distinguir las palabras «no lo sé», «inmune» y «magia».

Cuando hubo llegado al inicio de la escalera se quitó el otro zapato y empezó a subir en silencio, manteniendo la espada de Ameen ante él. Por encima de su cabeza pudo oír jadeos y gruñidos de esfuerzo, así como pies que iban presurosos por encima de un suelo de gravilla. con cierta tardanza, comprendió cuál debía de ser la emergencia.

Entrecerró los ojos y una breve sonrisa ahondó todavía más los surcos de sus mejillas.

«Si —pensó—, veamos si somos o no capaces de ello, veamos si le podemos quitar los derechos exclusivos a Neil Armstrong.»

Una vez en lo alto de la escalera, miró cautelosamente, más allá de la esquina, por el corto pasillo que conducía hasta el balcón de la cúpula. Todo era tal y como había esperado; la única luz de la estancia era la apagada claridad grisácea que penetraba por el boquete de la cúpula. El sudoroso portero estaba a la derecha del balcón, cuya parte izquierda había sido alcanzada por el disparo del cañón y ahora se balanceaba en el vacío, atando a toda prisa una soga alrededor de un barrote metálico. La pared izquierda del pasillo se había derrumbado y Doyle pudo ver a los dos hombres de cera, tendidos en el suelo e inclinándose muy cerca del borde para mirar hacia la cúpula; mientras Doyle les observaba, las dos figuras de cera se inclinaron hacia el vacío, donde antes había estado la pared este de la cúpula, y empezaron a tirar hacia arriba de algo que, evidentemente, deseaba subir.

Una vez asegurada la cuerda, el portero empezó a tirar de ella por el otro extremo, que se encontraba bajo él y a su izquierda, luchando claramente contra una resistencia más que considerable, y anudando en el barrote metálico toda la cuerda libre que iba logrando reunir. Era evidente que intentaba reducir al máximo la longitud de la cuerda, comprendió Doyle.

Esperó hasta que el hombre hubiera logrado reunir otro metro de cuerda y, antes de que pudiera hacerle el nudo, saltó sobre él por detrás y, pasando su mano libre por el cinturón del portero, le alzó en vilo y le arrojó por encima del balcón. Durante un segundo el sorprendido portero logró agarrarse a la cuerda mientras caía, provocando un chirrido metálico en los barrotes del balcón, pero un momento después se le escapó de entre los dedos y su cuerpo se estrelló en el suelo de la cúpula ahora cubierto de cascotes. La cuerda quedó tensa. Doyle oyó un grito ahogado bastante cerca de él y vio un diván vacío que resbalaba velozmente por la pared curvada de la cúpula para caer estrepitosamente sobre los escombros del suelo.

Doyle se volvió en redondo y salió al tejado por el boquete abierto en la pared. Ignorando por el momento la cosa que no paraba de agitarse suspendida al extremo

de la soga, casi horizontal, mandó con una patada y un pinchazo de su hoja a las dos figuras de cera por encima del borde para que cayeran también en el suelo de la cúpula.

Sin ganas de encararse por ahora con el hombre al que debía matar, contempló por unos instantes el suelo de la cúpula. El portero había logrado sentarse y se balanceaba hacia adelante y hacia atrás, apretándose la pierna que, al parecer, se había roto en la caída. Los dos hombres de cera, uno de los cuales había perdido la cabeza (lo que no sorprendió demasiado a Doyle), se arrastraban lentamente sobre los cascotes sin saber adónde ir. Doyle supuso que por ahí abajo habría alguna puerta, pero con un poco de suerte estaría enterrada bajo los fragmentos de lo que antes había sido la pared este de la cúpula.

—¡Ah, Doyle! —dijo una voz a sus espaldas, en un tono cortés, que seguramente debía estar poniendo a prueba el dominio de quien así hablaba—. ¡Tenemos muchas cosas que discutir!

El Amo se balanceaba de un lado a otro a unos quince metros de él, sostenido por una cuerda que le pasaba bajo los brazos, pero ahora colgaba en posición horizontal, con la cuerda más o menos paralela al techo. Tras él, Doyle pudo ver la luna, aún bastante baja sobre el horizonte oriental. El Amo tuvo que tensar la cabeza para mirar hacia Doyle, que estaba «por encima» de él. El efecto resultante era parecido al de una cometa con forma humana en un día fuerte de viento, o como si él y Doyle se vieran a través de un espejo inclinado 45 grados.

—No tenemos nada que discutir —dijo Doyle con frialdad.

Alzó con una mano la espada de Ameen por encima de su cabeza y la dirigió cuidadosamente hacia la tensa cuerda.

—Puedo hacer que Rebecca vuelva —dijo el Amo en voz baja, pero perfectamente inteligible.

Doyle dejó escapar todo el aire de sus pulmones como si le hubieran golpeado en el estómago… y, retrocediendo un paso, bajó la espada.

—¿Qu-qué has dicho?

Aunque su posición debería resultar bastante dolorosa, el Amo sonrió ampliamente mientras su cuerpo iba girando con lentitud en el extremo de la cuerda.

—Puedo salvar a Rebecca, puedo evitar que muera. Mediante los agujeros del tiempo que yo abrí y que Darrow descubrió. Puedes ayudarme. Entre los dos impediremos que suba a esa motocicleta.

La espada cayó con un ruido metálico sobre las baldosas del suelo y Doyle se dejó resbalar lentamente hasta quedar de rodillas. Ahora su rostro estaba al mismo nivel que el del Amo, a unos quince metros de distancia, y sus ojos se clavaron con indefensa fascinación en las pupilas del viejo, que parecían arder con una negrura intensa y terrible.

—¿Cómo…, cómo sabes lo de… Rebecca? —jadeó.

—¿No recuerdas el ka que fabricamos a partir de tu sangre, hijo? ¿Esa sangre que cayó en el recipiente? A partir de ella hicimos un duplicado tuyo. No nos ha servido de mucho hasta ahora, en cuanto a obtener alguna información coherente o lógica, parece que está loco, lo cual puede significar que en ti hay una tendencia a la locura, aunque quizá no sea así, pero de un modo lento y fragmentario hemos logrado aprender mucho sobre ti.

—Es una mentira, un farol —dijo Doyle con cautela—. No puedes cambiar la historia. Ya he podido comprobar que eso es cierto. Y Rebecca… murió.

—Quien murió fue su ka. No fue la auténtica Rebecca la que cayó de esa moto. Iremos al futuro y obtendremos un poco de su sangre, haremos crecer un ka y luego lo pondremos en su lugar en algún momento dado, dejando que el ka muera tal y como tú recuerdas, mientras la auténtica Rebecca puede volver aquí contigo y… —El Amo sonrió nuevamente— … cambiar su nombre por el de Elizabeth Jacqueline Tichy.

Ashbless meneó lentamente la cabeza, asombrado.

«Creo que lo haré, de veras —pensó—. Creo que acabaré cogiendo esa cuerda y salvándole… Dios mío, pensaba que sólo me ofrecería dinero.»

—Pero ya existe una Elizabeth Jacqueline Tichy… en algún sitio.

—Muere y es reemplazada por Rebecca.

—Oh, claro.

Doyle agarró el extremo de la cuerda.

«Lo siento, Tewfik —pensó—. Lo siento, Byron. Lo siento, señorita Tichy. Lo siento, Ashbless, pero al parecer tendrás que pasar el resto de tu vida como esclavo de esta criatura. Y, Becca, lo siento…, bien sabe Dios que no habrías querido elegir todo esto si hubieras podido.»

Con bastante más facilidad que el portero, Ashbless dio un tirón y recogió un metro de cuerda. Mientras intentaba hacer el nudo con una sola mano, miró una vez más hacia el Amo y la sonrisa que vio en su rostro no sólo era una mueca triunfante, despectiva y vanidosa… era, también, la mueca de un idiota babeante.

Este fugaz atisbo de imbecilidad en el Amo, supuestamente capaz de saberlo todo, fue como un chorro de agua fría sobre una frente febril.

«Jesús —pensó Doyle—, ¿acaso iba realmente a comprar el regreso de mi Rebecca mediante la muerte de esa pobre Tichy, a la que jamás he llegado a ver?»

—No —dijo sin alzar la voz.

Soltó la cuerda y ésta volvió a tensarse con un chasquido casi musical y una sacudida evidentemente dolorosa, que hizo estremecer los hombros del Amo.

—Doyle, estarás salvando la vida de Rebecca —graznó el Amo, con el rostro fruncido en una mueca de dolor—. Y salvarás también tu propia cordura, te estás

volviendo loco, lo sabes, y aquí no existen instalaciones demasiado cómodas para los orates, debes recordarlo…

Ashbless le dio la espalda, cogió la espada y, coincidiendo con el grito del Amo y el alarido que salió de su propia boca, hizo girar el acero en un golpe tan feroz que no sólo partió la tensa cuerda, sino que consiguió romper una baldosa del techo y hacer pedazos la espada.

Gritando incesantemente, el Amo se fue perdiendo de vista en la lejanía como si hubiera estado tendido en un camión invisible, que ahora intentara batir el récord actual de aceleración, pasando de cero a cien kilómetros en el menor tiempo posible. Un segundo después se encontraba más allá del tejado y adquiría cada vez mayor velocidad, silueteado por la luna, de tal forma que Ashbless podía verle claramente incluso en la creciente oscuridad.

—¡Espero que lo pases bien en tu apestoso manicomio, Doyle! —rugió una voz bajo los pies de Ashbless—. Comerás excrementos y recibirás las palizas de los enfermeros, chico, ¡eso es lo que te espera! ¡Es cierto, Romanelli saltó al futuro y lo vio todo! Y, escúchame, ya hemos rescatado a Rebecca, Romanelli la tiene, pero ahora no sirve de nada, no podemos hacer ningún trato con ella, y te diré lo que ella puede esperar en el futuro…

Mientras la voz seguía delirando enfurecida, Ashbless comprendió que era el Amo hablando por boca del único hombre de cera que aún seguía conservando la cabeza.

Ahora el Amo era sólo un puntito en el rostro pálido de la luna, más pequeño a cada segundo que pasaba. Después de uno o dos minutos la voz del suelo de la cúpula, que aún seguía extendiéndose sobre las iniquidades y humillaciones que le aguardaban a Rebecca y sobre lo mucho que llegarían a gustarle con el paso del tiempo, se convirtió en un gemido ahogado y luego se calló. o la estatua de cera se había deformado hasta el punto de quedarse muda, o el Amo se encontraba ya a una distancia excesiva para emitir.

Ashbless atravesó con paso vacilante el agujero de la pared y bajó tambaleándose por la escalera. Cuando hubo llegado al vestíbulo vio una silueta asomando de un umbral en tinieblas a su derecha; la silueta, al oír que se acercaba, desapareció nuevamente en la oscuridad, pero Ashbless ni tan siquiera se tomó la molestia de echar un vistazo a la habitación cuando pasó ante ella.

Una vez fuera del edificio miró a su alrededor. Los caballos habían sufrido la misma desintegración que había afectado a los hijos de Mustafá. Ashbless, descalzo, emprendió la marcha, dispuesto a recorrer los nueve kilómetros que le separaban del puerto de Boolak. Su barco no zarpaba hasta el amanecer, así que no importaba lo muy lentamente que caminara, o el que de vez en cuando se detuviera para alzar la mirada con temor hacia la luna llena que brillaba en el cielo.

Unos minutos después de que Ashbless se hubiera perdido en la oscuridad, un rostro sucio y barbudo de ojos febriles asomó por el umbral y contempló pestañeando la negra llanura, convertida ahora en un cementerio.

—¿Viste lo que has conseguido, Darrow? —murmuraba el hombre—. ¡Dijiste que era perfectamente seguro! Recuerdo muy bien cómo lo decías. «Es perfectamente seguro, Doyle.» Diablos, bien podrías haber dejado que viniera Treff, no creo que hubiera podido empeorar las cosas… Tengo que volver al río, tengo que comprobar si es posible volver nadando a un lugar donde todo esté bien.

Y el ka de Ashbless abandonó de puntillas el edificio, para quedarse inmóvil bajo la fresca brisa nocturna y contemplar lo que le rodeaba con incertidumbre, pues en esos instantes no era capaz de recordar con exactitud dónde estaba el río ni cuál era su nombre, aunque si recordaba haber visto muchos de sus afluentes y canales. Luego recordó que se podía llegar a él desde cualquier sitio y, escogiendo una dirección al azar, se puso en movimiento con una sonrisa algo rígida pero llena de confianza en los labios.

# 14

*Hermanas, hilad la tela de la muerte;*
*Hermanas, parad, que la obra está hecha.*

*THOMAS GRAY*

Una vez más, intentaba orientarse en el laberinto de callejones sumidos en la niebla y, aunque Darrow (en el sueño nunca era capaz de recordar su nuevo nombre) había andado a tientas varios kilómetros por entre las calles y pasajes, que serpenteaban uniéndose unos con otros para terminar, más de una vez, sencillamente en muros infranqueables, seguía sin haber logrado encontrar una calle lo bastante ancha como para hacer pasar por ella una carreta y mucho menos aún el espacioso y concurrido pavimento de la calle Leadenhall. Finalmente se detuvo y oyó, como oía siempre en esa parte del sueño, un golpeteo lento e irregular, perdido en la espesa niebla que le rodeaba y, uno o dos segundos después, pisadas que se le aproximaban.

—Oiga —dijo con cierta timidez y luego, más confiado, con mayor fuerza—, ¡eh, oiga! Quizá usted pueda ayudarme a encontrar el camino.

Las pisadas se fueron acercando y los ecos, apagados al principio, resonaron más claramente sobre la húmeda y sucia superficie de los adoquines. Lo que antes había sido solamente una mancha oscura entre la niebla, se hizo reconocible como la silueta de un hombre cubierto de harapos.

Como siempre, Darrow retrocedió con la mente paralizada por el terror al reconocerle como Brendan Doyle.

—¡Jesús, Doyle! —gritó—. Lo siento, por favor, no se me acerque, oh, Dios mío…

Habría echado a correr por el callejón, pero sus piernas se negaban a moverse.

Doyle sonrió y levantó un dedo hacia la niebla, como señalando algo.

Sin poder evitarlo Darrow miró hacia arriba… y todas sus fuerzas y su voluntad se concentraron en lanzar tal alarido que se despertó de golpe.

Se quedó inmóvil, hecho un ovillo en la cama, dejando pasar el tiempo hasta que, con un alivio más que considerable, fue reconociendo los muebles en la penumbra de la habitación y comprendió que se hallaba en su propio lecho. Una vez más, había sido sólo un sueño. Alargó la mano y sus dedos se cerraron sobre el cuello del frasco de coñac que había en la mesita de noche. con un gesto brusco lo invirtió, haciendo caer al suelo el tapón de cristal tallado, y antes de que el licor pudiera salir del frasco se lo llevó a los labios.

La puerta de la habitación de Claire se abrió con un seco chirrido y ella cruzó a

toda prisa el dormitorio hasta llegar a la cama de Dundee, el rostro embotado por el sueño y la cabellera revuelta.

—¿Qué diablos pasa, Jacob?

—Un tendón… en mi espalda.

Dejó caer nuevamente el frasco de licor sobre la mesa con un golpe seco.

—¡Tú y tus tendones! —Claire tomó asiento en la cama—. Soy tu esposa, Jacob y no hace falta que me cuentes mentiras. Sé que ha sido una pesadilla. Siempre gritas «¡Lo siento, Doyle!», cuando te despiertas de ese modo. Venga, háblame del sueño… ¿quién es Doyle? ¿Tuvo alguna relación con el modo en que llegaste a conseguir tu fortuna?

Dundee tragó una bocanada de aire y la expelió muy despacio.

—No son más que calambres, Claire. Lamento haberte despertado.

Claire frunció los labios.

—¿Se te ha pasado ya el calambre?

Dundee tanteó el suelo en busca del tapón y volvió a colocarlo en el frasco.

—Sí. Puedes volver a la cama.

Ella se inclinó sobre el lecho y le rozó el rostro con los labios.

—Quizá sería mejor que me quedara un rato contigo.

—Creo que… —empezó a decir él a toda prisa, siendo interrumpido por unos golpes en la puerta del salón.

—¿Se encuentra bien, señor? —preguntó alguien con voz queda.

—Sí, Joe, no pasa nada —dijo Dundee—. Es que no podía dormir.

—Si lo desea puedo traerle una taza de café con algo de ron, señor.

—No, Joe, gracias, yo… —Dundee vaciló mirando a su mujer, y luego añadió—: Está bien, Joe, gracias… Si, puede que me ayude.

Se oyeron unos pasos alejándose por la alfombra al otro lado de la puerta y Claire se puso en pie.

Sabiendo que ahora no estaría dispuesta a quedarse en el dormitorio, Dundee arqueó las cejas y dijo:

—Pensaba que te ibas a quedar un rato.

Los labios de Claire, muy apretados, formaban una línea recta de enfado.

—Ya sabes lo que pienso de Joe.

Fue hasta su habitación y cerró la puerta.

Dundee se levantó, apartándose el cabello de la frente con dedos que parecían más bien garras y fue hasta la ventana. Corrió la cortina y contempló la curva trazada por la calle Saint James y las elegantes fachadas iluminadas con un pálido resplandor ambarino por los faroles callejeros. El cielo ya no estaba tan negro por el este y pronto amanecería; un despejado domingo de marzo…

«Si, querida —pensó abatido—, ya sé lo que piensas de Joe. Pero no puedo

explicarte las razones de por qué me hace falta y debo tenerle siempre junto a mí. Pero me encantaría que se buscara un nuevo cuerpo, para que me fuera posible decirte que le he despedido y he contratado en su lugar a otro tipo…, por desgracia le gusta el cuerpo de Maturo, y no me atrevo a presionarle para que lo deje. Después de todo, va a ser mi socio mucho, mucho tiempo después de que tú hayas muerto de vieja, cariño…, después de que yo haya escogido al mejor de nuestros hijos, y luego al mejor de nuestros nietos y después al mejor de nuestros tataranietos, haciéndome cada vez más rico, comprando más y más propiedades y acciones durante cada una de mis estancias sucesivas en los cuerpos de mis descendientes, hasta que, cuando llegue otra vez el año mil novecientos ochenta y tres, sea el propietario secreto de las más importantes corporaciones y negocios del mundo. Poseeré ciudades enteras…, quizá países. Y después de mil novecientos ochenta y tres, cuando el viejo J. Cochran Darrow haya desaparecido, podré abandonar mi anonimato y echaré a un lado esa pantalla de figurones, hombres de paja y corporaciones unidas entre si y en ese instante, sin exagerar, podré decir que me he convertido en el maldito amo del mundo.

»Si puedo tener contento a Joe.

»Por lo tanto, mi pobre esposa desde hace dos meses (tiempo durante el cual he sido incapaz de consumar el matrimonio y empezar los trabajos preparatorios para la segunda generación de la línea Dundee) debes comprender que tu persona no es imprescindible…, en tanto que la de Joe si lo es.»

El hombre más rico de Londres lanzó un suspiro, dejó que la cortina tapara otra vez la imagen de la calle y se dejó caer en su cama, esperando su taza de café con ron.

Joe, el mayordomo, estaba en la cocina. había trepado a uno de los estantes pues, aunque podía tocar el suelo desde que había abandonado la práctica de la magia de alto nivel hacia nueve años y ello no le ocasionaba ya ningún dolor, le seguía pareciendo que pensaba mejor cuando se encontraba en una posición ligeramente elevada. Sus dedos removían lentamente un cuenco lleno de un polvo verde grisáceo.

«He aprendido mucho del joven y algo apocado caballero que tengo por amo —pensó—. He aprendido que tener montones de dinero es mucho más divertido que no tener ni un penique y que cuando has conseguido una buena cantidad inicial de dinero, éste tiende a propagarse y aumentar por si mismo, igual que un incendio.

»El tiene montones de dinero. Y además tiene una esposa muy guapa, y tan joven que casi podría pasar por su hermana, y a la cual no le gusta ni pizca el modo en que la mira el viejo Joe…, aunque tengo la impresión de que, desde luego, alguien debería mirarla e, incluso, hacer algo más que mirarla. De lo contrario, le ocurrir como a los vinos que no están bien tapados con un corcho; se convertirá en vinagre.

»Si, joven Dundee, si no fuera por mi aún serias un anciano a punto de morir, ¿y qué he conseguido a cambio de mi ayuda? He conseguido trabajo como mayordomo. Desde luego, no es justo, la contrapartida no ha sido la que merecía. Pero tengo una solución a los problemas de todos nosotros justamente aquí, en el interior de este pequeño cuenco. El apuesto marido de la señorita Claire se volverá de pronto mucho más afectuoso, y el pobre y viejo mayordomo Joe se suicidará. Todo el mundo será feliz.

»Excepto, claro está, quien se encuentre dentro del cuerpo de Joe cuando éste se estrelle contra el pavimento.»

Tendió la mano hacia otro estante y cogió un frasco de canela en polvo, echando un buen pellizco de ésta dentro del primer cuenco. Volvió a dejar el frasco de la canela en el estante y removió la mezcla con los dedos, vertiéndola luego en un tazón al que añadió una buena dosis de ron. Bajó de un salto al suelo, cogió la cafetera ya preparada y acabó de llenar el tazón con el humeante brebaje negro y espeso.

Mientras cruzaba el vestíbulo y subía la escalera, fue removiendo el tazón con una cucharilla. Cuando llamó respetuosamente a la puerta de Dundee, éste le dijo que entrara y que lo dejara sobre la mesa. Joe hizo tal y como le decía y retrocedió un par de pasos con expresión respetuosa.

Dundee parecía preocupado y en su lisa frente se distinguía un leve fruncimiento.

—Joe —le dijo, mientras cogía el tazón con un gesto absorto—, ¿te has dado cuenta de que cuando te cuesta mucho conseguir algo, luego, cuando lo tienes, empiezas a pensar que quizá no valía la pena tanto esfuerzo?

Joe meditó unos instantes sobre la pregunta.

—Bueno, siempre es mejor eso que no esforzarse mucho para no conseguir nada.

Dundee tomó un sorbo de café, dando la impresión de no haber oído las palabras de Joe.

—Todo se reduce a cansancio y fatiga, todo es agotador. Para cada acción se da una cantidad igual de estupefacción. No, eso quizá fuera soportable dentro de todo…, la estupefacción es mayor que la acción. ¿Qué le has metido al café?

—Canela. Si no le gusta siempre puedo preparar otra taza.

—No, está bien.

Joe esperó unos segundos en silencio, pero Dundee no parecía tener más cosas que decirle, así que abandonó el dormitorio cerrando la puerta a su espalda sin hacer ruido.

—¡Eh, Snapp! ¿Eres tú?

Jacky miró a su alrededor y vio a un hombrecillo moreno y corpulento, que venía corriendo desde el otro lado de la calle.

—¿Quién eres tú? —le preguntó Jacky, al parecer sin demasiado interés.

—Soy Humphrey Bogart, ¿recuerdas? Adelbert Chinnie, Doyle —el hombrecillo sonreía con bastante nerviosismo—. Llevo andando arriba y abajo por esta condenada calle desde hace más de una hora, intentando encontrarte.

—¿Para qué? —¡Mi cuerpo… mi auténtico cuerpo…, lo he descubierto! ¡El tipo que lo lleva se ha dejado crecer el bigotillo y se viste y camina de forma diferente…, pero soy yo!

Jacky suspiró.

—Humphrey, todo eso ya no importa. El tipo que cambiaba de cuerpo fue descubierto y le colgaron hace tres meses, de modo que incluso si esa persona a la que has descubierto se encuentra realmente en tu viejo cuerpo, lo cual me parece condenadamente improbable, ya que jamás falló por dos veces seguidas a la hora de eliminar un cuerpo inservible…, bueno, entonces no hay ningún modo de que puedas volver a tu viejo cuerpo. Ya no queda nadie por aquí capaz de realizar ese truco. —Jacky sacudió la cabeza en un gesto de cansancio—. Lo siento. Y ahora, si tienes la bondad de disculparme…

La sonrisa se había esfumado del rostro de Chinnie.

—¿Está muerto? ¿Le…, le mataste tú? Maldita sea, me habías prometido que…

—No, no fui yo quien le mató. Fue un grupo de gente en una taberna del East End. Me enteré al día siguiente.

Jacky empezó a marcharse.

—Espera un momento —dijo Chinnie con voz desesperada—. Dices que te enteraste al día siguiente. ¿Lo sabe mucha gente?

Jacky se detuvo y le dijo, con voz exageradamente paciente:

—Sí. Lo sabe todo el mundo… menos tú.

—Claro! —replicó Chinnie, poniéndose nervioso otra vez—. Si yo fuera ese tipo que va cambiando de cuerpos haría exactamente lo mismo.

—¿A qué te refieres?

—Oye, ¿recuerdas lo que te dije… eso de que iría buscando salones para depilarse? ¿Esos sitios donde te quitan el pelo para que no vuelva a crecer nunca más? Bueno, pues me enteré de que había uno en la calle Leadenhall donde te lo podían quitar realmente, es algo que tiene relación con la electricidad, no sé… El salón cerró en octubre pasado, pero eso no quiere decir que el proceso se haya perdido. Diablos, puede que ese tipo que cambia de cuerpos haya comprado el salón… De todos modos, si estuviera en su lugar y ahora que podría quedarme en un cuerpo sin que me convirtiera rápidamente en orangután, yo dejaría que me reconocieran, que me atraparan y luego, justo cuando me encontrara cayendo por la trampilla del patíbulo, ocuparía otro cuerpo. Dejaría que todos creyeran que estoy muerto y de ese modo la cacería habría terminado.

Jacky volvió, caminando muy despacio, hacia el lugar en el que Chinnie se había

detenido.

—Correcto —dijo en voz baja—, de momento la idea me gusta. Pero, ¿qué relación guarda todo esto con tu viejo cuerpo? Ya había salido de él… cuando le ahorcaron era un viejo saco de huesos.

—No lo sé. Puede que metiera a otra persona en mi cuerpo para tenerlo ocupado de ese modo, mientras iba a que le ahorcaran y luego se volviera a meter dentro de él. o quizá…, si…, quizá está metiendo a gente rica de edad avanzada en cuerpos jóvenes a cambio de enormes cantidades de dinero. o quizá…, no sé, cualquier cosa es posible. El poseer ese truco con el cual eliminar el pelo hace que cualquier cosa resulte posible.

—Ese tipo que ocupa tu viejo cuerpo —dijo Jacky—, ¿a qué se dedica? ¿Cuál es su posición social?

—Vive a lo grande. Tiene las oficinas en la calle Jermyn y una casa enorme en Saint James, con criados y todo lo demás.

Jacky asintió, notando como en su interior volvía a removerse la vieja emoción de la caza.

—Eso encaja bastante bien con tu idea. Puede que un anciano le pagara a Cara-de-Perro Joe para que le hiciera otra vez joven y saludable…, o puede que sea Joe en persona. Vamos a echarle un vistazo a esa mansión en Saint James.

—Pero, pero… —tartamudeó el portero, más bien desconcertado—, señor, usted dijo que pasaría como mínimo una hora antes de que le hiciera falta el carruaje. Yustin se acaba de marchar a comer algo. Claro que estará de vuelta dentro de…

—Yustin queda despedido —le respondió secamente Dundee.

Su rostro iluminado por la linterna parecía tan seco y marchito como el de un anciano. Dio media vuelta y se alejó por la acera, haciendo sonar los tacones de sus elegantes botas sobre las losas como el cansado engranaje de un viejo reloj.

—¡Señor! —gritó el portero al verle marchar—. ¡Es muy tarde para andar solo por las calles! Si espera unos minutos…

—No me pasará nada —respondió Dundee por encima del hombro sin detenerse.

Metió la mano en el interior de su gabán y acarició con los dedos la culata de una de las minúsculas pistolas de bolsillo, que se había hecho fabricar especialmente por Joseph Egg, el armero de Haymarket. Aunque apenas si alcanzaba el tamaño de una pipa tipo «bulldog» a la cual se le hubiera amputado la varilla, cada una era capaz de disparar un proyectil del calibre 35 mediante una carga detonada, por lo que Dundee llamó cartucho de percusión y que había dibujado personalmente ante los fascinados ojos del armero.

Siguiendo un impulso repentino, giró hacia la izquierda una manzana antes de lo que tenía por costumbre.

«Iré hasta la mitad del bloque —pensó—, y luego cruzaré el callejón usado por los carros del servicio para llegar a la calle Saint James. Apareceré justo delante de mi casa y, si el maleante que he visto antes sigue rondando por ahí, me limitaré a cogerle por el pescuezo y exigirle una buena explicación…, y si intenta cualquier tontería será el primer hombre de la historia que muere a causa de un cartucho todavía no inventado.»

La niebla había convertido los faroles en borrosas manchas amarillas y el bigotillo de Dundee empezó a cubrirse con minúsculas gotas de humedad. Dundee se lo rascó con una mueca de irritación, pensando que en los últimos días le hacía falta muy poco para perder los estribos.

«Ese pobre diablo, al que le pegaste cuatro gritos en la sala de conferencias, es muy probable que no vuelva a hacer ningún negocio contigo, y ahora te quedarás sin todas las patentes e inventos que podía venderte y que resultarán condenadamente útiles dentro de una o dos décadas. oh, qué diablos…, espera y podrás comprárselas a sus herederos.»

Al llegar al callejón se detuvo.

«Bueno —pensó—, ya que deseas obrar con cautela, ser mejor no quedarse a medio camino.»

Se quitó las botas, cogiéndolas con la mano izquierda, y entró sin hacer ruido alguno en el callejón. Su mano derecha no se apartaba de la culata de su pistola Egg.

Y de pronto Dundee se quedó helado… porque había oído un murmullo ante él.

Sacó el arma de su minúscula funda y avanzó de puntillas, sosteniendo la pistola por delante como si quisiera perforar la niebla con el cañón.

Dos pisos por encima de su cabeza alguien hizo ruido con el pestillo de una ventana y le faltó muy poco para disparar. Unos segundos después, el arma estuvo a punto de resbalar entre sus dedos pues, de pronto, con una fuerza avasalladora y sin el menor aviso previo, recordó la última parte de su eterna pesadilla, la parte que nunca había sido capaz de recordar cuando despertaba. Con una claridad casi fotográfica había visto la cosa que en su pesadilla era la causante de aquel rítmico golpeteo que podía oírse entre la niebla, la cosa a la cual señalaba el dedo del cadavérico Doyle.

La cosa era el cuerpo de J. Cochran Darrow colgado de una soga atada alrededor de su cuello; sus pies calzados con botas golpeaban el muro como una campana infernal y su cabeza, retorcida en una mueca que sólo podían componer los ahorcados, le contemplaba con una rígida sonrisa, que dejaba al descubierto todos y cada uno de sus dientes amarillentos.

La mano que sostenía el arma estaba temblando y, de pronto, notó con mayor agudeza la pegajosa frialdad del aire, como si se hubiera quitado el gabán. Ante él se veía una mancha de luz amarillenta, pues se encontraba a muy poca distancia de la calle Saint James y ante la boca del callejón, a sólo unos metros, se alzaba un farol.

Oyó nuevos susurros ante él y distinguió dos siluetas confusas pegadas al muro del callejón.

Alzó el arma y, articulando cuidadosamente las silabas, dijo:

—Estense quietos los dos.

Las siluetas lanzaron una exclamación de sorpresa y saltaron fuera del callejón. Dundee salió de éste para no perderles de vista y dejó caer sus botas al suelo para sacar la otra pistola.

—Si vuelven a dar un salto así les mató a los dos —dijo con voz serena—. Ahora, quiero una explicación rápida sobre lo que están haciendo aquí y las razones de que…

Había estado mirando al más joven de los dos harapientos merodeadores, pero en ese instante sus ojos se dirigieron hacia el otro.

Y sus rasgos se volvieron blancos como el papel, cubriéndose instantáneamente de un sudor frío como la niebla, pues había reconocido el rostro de ese hombre. Era Brendan Doyle.

Y en ese mismo instante Chinnie comprendió quién estaba detrás de las pistolas.

—Al fin nos encontramos cara a cara —susurró apretando los dientes—. Tú y yo vamos a cambiar de posición, amigo…

Y dio un paso hacia Dundee.

El estampido fue ahogado por la niebla hasta convertirse en un ruido semejante al de quien golpea un muro de ladrillos con un tablón. Dundee se echó a llorar unos segundos antes de que Adelbert Chinnie diera un paso hacia atrás y resbalara lentamente hasta quedar sentado en el suelo.

—¡Santo Dios, Doyle, lo siento! —gimoteaba Dundee—. ¡Pero debías haberte quedado entre los muertos!

La segunda pistola se movió con cierta vacilación hasta Jacky, pero antes de que pudiera cubrirla, Jacky dio un salto hacia adelante y con el filo de la mano golpeó duramente la muñeca de Dundee. La diminuta pistola se estrelló con un tintineo metálico en el suelo y Jacky se lanzó sobre ella.

Dundee, distraído de su reciente histeria por el agudo dolor que sentía en la muñeca golpeada, se lanzó sobre él.

Jacky logró coger el arma en el mismo instante en que el peso de Dundee le hacía caer de rodillas y su antebrazo derecho le rodeaba el mentón, mientras con la otra mano buscaba a tientas su muñeca, aunque sin mucha fuerza en sus movimientos, ya que el golpe debía habérsela debilitado bastante.

Desde el otro lado de la calle les llegó el ruido de una ventana rompiéndose, pero los dos combatientes se encontraban demasiado ocupados para alzar la vista. Jacky intentaba liberar sus piernas y conseguir que una razonable cantidad de aire siguiera entrando por su garganta, pese al brazo de Dundee, y éste, utilizando una fuerza

considerablemente superior, luchaba para impedir que consiguiera ninguna de las dos cosas. A Jacky le resultaba imposible levantar el arma sin verse arrojada de bruces al suelo y sentía latir su cabeza con unos dolorosos redobles, que le recordaban los golpes de un zapapico sobre el suelo congelado.

—Haciendo que los muertos me encuentren, ¿eh, chico? —murmuraba con voz ronca Dundee—. Me encargaré personalmente de que cruces ese río…

En el último y desesperado gambito, Jacky torció bruscamente el brazo y se impulsó en una contorsión, que mandó su cuerpo rodando hacia la izquierda. Durante un segundo la mano que sostenía el arma quedó libre y Jacky la hizo girar hacia Dundee, que había caído de espaldas y que, al verla, intentó agarrarla, pero falló; sus dedos se cerraron sobre el cuello de su camisa, apretando con todas sus fuerzas, mientras mandaba hacia Jacky un feroz rodillazo. Pero el golpe, que estaba destinado a dar en la ingle de su adversario, haciéndole doblarse sobre si mismo en una agonía que le imposibilitara prestar atención a nada salvo a su dolor, sólo consiguió provocar en Jacky un respingo y no impidió que apretara el rechoncho cañón del arma contra la nariz de Dundee y que su dedo oprimiera el gatillo.

El disparo se oyó todavía menos que el anterior. Dundee soltó bruscamente la camisa de Jacky, evidentemente decidido a concentrar toda su atención en emitir algo que se parecía confusamente al cascabeleo de un crótalo enfurecido. Un segundo después su cuerpo se aflojó bruscamente y sus ojos desorbitados se clavaron en Jacky, como si no creyeran que entre ellos acababa de abrirse un pequeño agujero de bordes muy limpios. Una pequeña curva de sangre reluciente fue acumulándose en su parte inferior y unos segundos después empezó a resbalar sobre la frente formando hililllo.

—¡Bastardos presumidos! —gritó entonces una voz al otro lado de la calle. Jacky logró sentarse a duras penas en el suelo—. Habéis ganado, hijos de perra sin corazón —gritó la voz entre la neblina y a Jacky le pareció que no sonaba en el calle, sino desde un punto más elevado—. Habéis logrado llevar al viejo Joe hasta un punto en el que prefiere estar muerto para no verse obligado a soportar durante más tiempo vuestra rastrera conducta… ojalá eso atormente la poca conciencia que os queda y…

—¡Joe! exclamó otra voz, bastante más tranquila—. ¿Estás borracho? ¿Qué diablos estás gritando? ¡Cállate ahora mismo!

Jacky sabía muy bien que debía empezar a correr antes de que el escándalo llamara la atención de algún policía pero, además de sentirse todavía bastante débil, sentía una gran curiosidad por saber qué drama invisible se estaba desarrollando al otro lado de la calle.

—He roto la ventana, señorita Claire —dijo la voz masculina—. Y supongo que le costará un poco hacer que limpien la acera mañana por la mañana. Haga la factura de todo y mándemela al infierno, ¡zorra asquerosa!

—Joe —dijo la voz, que ahora Jacky reconoció como perteneciente a una mujer, casi gritando—. Te ordeno que…, ¡oh, Dios mío!

«¿Habrá saltado?», se preguntó Jacky un segundo antes de oír el seco estruendo de algo que chocaba contra la acera.

Y un instante después toda la atención de Jacky se concentró en el cadáver de Dundee.

Porque su cadáver acababa de sentarse en el suelo del callejón. Los ojos pestañeaban incapaces de ver y en el rostro cubierto de sangre empezaba a formarse una expresión de horror y desánimo. Una de las manos de Dundee se alzó hacia su rostro con un movimiento indeciso y torpe, como una puerta que apenas puede girar sobre sus goznes enmohecidos. Por un instante pareció que iba a intentar levantarse, pero el cuerpo se estremeció levemente y se derrumbó de nuevo en el suelo del callejón; el último aliento que surgió de sus labios pareció durar una eternidad.

Jacky se puso en pie y echó a correr.

## 15

*Y murmuró: «Hay un río entre el ocaso y los cielos del alba…»*
*WILLIAM ASHBLESS*

Aunque a los hombres de las barcazas y botes del Támesis les quedaba todavía media hora de luz solar para seguir trabajando en aquella tarde de abril, los moradores de Saint James Giles habían visto ya ponerse el sol hacia una hora, ocultado por los grandes edificios maltratados por el tiempo, que formaban su poco atractivo horizonte cotidiano. Casi todas las ventanas del Castillo de las Ratas, entre las que prácticamente no había dos de la misma forma o tamaño, relucían ya con luces encendidas.

Len Carrington estaba en el callejón, que daba a una de las entradas laterales del edificio, y en esos momentos respondía con cierta impaciencia a las objeciones planteadas por el grupo de seis hombres, que se disponía a partir rumbo a la calle Fleet.

—Tendréis que hacerlo porque es la última tarea de la que debéis encargaros en este asunto y porque, si no lo hacéis, eso les pondría sobre aviso, y queremos darles una sorpresa bien grande… y, además, lo haréis porque cuando hayáis conseguido capturar a ese tipo se quedarán tan contentos con él que podremos acabar con los dos sin ningún problema.

—Oye, por casualidad…, ¿ese tipo al que debemos coger no ser el mismo que tiró a Norman por la ventana de esa taberna? —le preguntó uno de los hombres.

Carrington apretó los labios, pues había tenido la esperanza de que no se les ocurriera la relación entre una persona y otra.

—Si…, pero en ese asunto lo manejasteis todo muy mal y…

—Y parece que también ellos lo han manejado bastante mal —añadió el hombre.

—…y esta vez le cogeréis sin ningún jaleo —prosiguió Carrington sin hacerle caso. Luego le miró y sonrió—. Y si todos cumplimos correctamente con nuestra parte, entonces esta noche habrá una auténtica fiesta en el Castillo de las Ratas.

—Amén —murmuró otro de los hombres—. Venga…, ahora debe de estar en esa ridícula reunión literaria suya.

Los seis hombres se alejaron por el callejón y Carrington entró nuevamente en el edificio. La enorme cocina estaba vacía por el momento y la única luz que había en ella era el apagado resplandor que salía del hogar. Cerró la puerta a su espalda y se quedó inmóvil, percibiendo el silencio de la habitación, turbado únicamente por un gemido lejano al que acompañaban gruñidos ahogados. Tomó asiento en un banco y

cogió un frasco de cerveza fría que se encontraba en un estante.

Tomó un buen sorbo y luego puso nuevamente el corcho, dejando el frasco en su lugar y poniéndose en pie. Sería mejor que volviera a la sala o el payaso empezaría a preguntarse sobre las posibles causas de su tardanza.

En el trayecto hasta la puerta de la cocina tuvo que pasar junto a los desagües y, al hacerlo, percibió con mayor claridad el gemido y los gruñidos. Se detuvo ante ellos y contempló con cierta repugnancia el negro agujero que conducía hasta los sótanos y el río subterráneo.

«Me pregunto qué pone tan nerviosos a los Errores de Horrabin esta noche —pensó—. Quizá el viejo Dungy tuviera razón, y esas cosas sean un poco capaces de leer la mente y se hayan dado cuenta del motín que tendrá lugar esta noche.»

Ladeó la cabeza, intentando distinguir la profunda voz de bajo del Viejo Mordiscos, el único de los Errores al que todos los demás hacían caso en cierta medida, pero no logró oírla.

«Buen chico —pensó Carrington con nerviosismo—, si has logrado enterarte de alguna parte de nuestros planes, mantenla bien guardada tras el puente levadizo de esos enormes dientes tuyos.»

Buscó a tientas el tapón de madera y acabó encontrándolo bajo un montón de peladuras de patata. Lo metió en el agujero y consiguió que, al menos en la cocina, terminaran los ruidos que venían de las profundidades.

Fue hacia la puerta y la abrió justo cuando en la sala resonaba la voz aflautada de Horrabin:

—¡Carrington! ¿Dónde diablos te has metido?

—Aquí mismo, Señoría —dijo Carrington, apretando el paso e intentando que su voz sonara lo más tranquila posible—. Me detuve unos instantes en la cocina para tomar un sorbo de cerveza.

Cruzó el umbral y entró en la sala moviéndose pausadamente.

El payaso, que parecía una inmensa araña hecha de caramelo multicolor, oscilaba rápidamente de un lado a otro en su arnés como un péndulo enloquecido, mientras que Romany, o Romanelli, o como diablos se llamara esa semana, estaba medio derrumbado en su plataforma con ruedas, enormemente parecida a los andadores de un bebé. El chasqueante fuego fatuo, que ardía alrededor de su cuerpo, era ahora todavía más intenso que cinco minutos antes.

—Doy por sentado que se han ido, ¿no? —le preguntó Horrabin.

—¿Se les han dado instrucciones de que esta vez lo hagan mejor? —preguntó Romanelli.

Carrington se volvió hacia él y le contempló con cierta frialdad.

—Esa vez lo cogieron y ahora también lo cogerán.

Romanelli torció el gesto y luego, con un esfuerzo de voluntad, sus rasgos se

aflojaron nuevamente, como si le faltara la energía necesaria para enfadarse ante tal conato de insubordinación.

—Ve por la escalera hasta el viejo hospital —dijo—, y asegúrate de que lo tienen todo preparado.

—Bien, bien.

Carrington salió de la estancia y el eco de sus botas se fue alejando por el vestíbulo, para perderse luego en el largo tramo de peldaños tallados en la piedra.

—¿Por qué no vas tú también? —preguntó Romanelli al payaso con un graznido gutural.

—¡Acabo de llegar! —protestó el payaso—. Y antes debemos discutir un par de cosas que quiero dejar bien claras. Tenía un acuerdo con tu ka, y según ese acuerdo yo debía…

—Está muerto y conmigo no has hecho ningún acuerdo. Sigue hablando.

Después de unos instantes de silencio, Horrabin extendió la mano hacia sus zancos y, con expresión furiosa, se contorsionó hasta quedar libre de su arnés y, una vez montado en ellos, se quedó inmóvil en el centro de la habitación, oscilando levemente a un lado y a otro.

—Puedes estar condenadamente seguro de que…

—Sigue hablando —repitió Romanelli.

Había cerrado los ojos y ahora su rostro se parecía a un trapo que alguien hubiera tirado sobre unas piedras para que el sol lo secara, olvidándose luego de él.

Horrabin se marchó, dejando tras él una estela de ecos, que fue desvaneciéndose rápidamente en el silencio.

Romanelli lanzó un prolongado suspiro y su mandíbula se aflojó, como si fuera incapaz de controlarla ni un segundo más.

Le quedaba muy poco tiempo; su peso se había reducido a una cuarta parte del original, pero sabía que él no era tan fuerte como lo había sido el Amo. Pronto perdería el dominio, que aún mantenía de forma artificial, sobre los componentes de su cuerpo y se rompería en multitud de fragmentos mucho antes de llegar al punto de gravedad cero. No habría ningún interminable vuelo hasta la luna para él.

Se estremeció, intentando recordar cuántos hechiceros habían sido a la vez lo bastante fuertes y opuestos a lo natural; las dos cualidades resultaban tremendamente difíciles de mantener al mismo tiempo, casi tanto como el unir los dos extremos de un imán para crear esa extraña atracción lunar, que en casos muy extremos, como el del Amo, podía acabar convirtiéndose en una fuerza mucho mayor de la que podía explicarse por la auténtica gravedad lunar. Recordaba el caso del turco Ibrahim, que se había hecho meter las piernas hasta las rodillas en un sólido bloque de piedra situado en un recinto amurallado a varios kilómetros de Damasco, que solía cobrar una fortuna por predecir el destino, algo que sólo hacia cuando la luna estaba justo

sobre su cabeza y tanto los brazos como el pelo flotaban sin traba alguna hacia lo alto, consiguiendo así un efecto que nunca dejaba de impresionar poderosamente a su clientela, hasta que un hombre, al parecer nada contento con sus augurios, había desenvainado su cimitarra y de un tajo le había cortado las piernas a la altura de las rodillas, con lo que el cuerpo había salido disparado dando gritos hacia el cielo. Y también recordaba una breve mención hecha en uno de los libros perdidos de las *Sabidurías clementinas*, naturalmente apócrifas, en el que se hablaba de un mago muy viejo, que había empezado a flotar una tarde en Tiana y que fue visible en el cielo durante días enteros, gritando y retorciéndose, hasta que acabó alejándose a tal distancia que no se le pudo ver más. Estaba claro que había algo de verdad en los viejos relatos sobre cómo la luna, en tiempos habitada, se había convertido, a través de algún tipo de perversidad largamente olvidada pero sin duda terrible, en el monumento arquetípico y la auténtica encarnación viviente de lo desolado.

Romanelli recordó cómo se había encargado de la más bien poco agradable tarea de supervisar la limpieza de Bab-el-Azab, cuando oyó el hueco retumbar de un cañón disparado hacia el sur. Su cuerpo se había tensado, dispuesto para llamar a los albaneses y decirles que repelieran una incursión vengativa de los hijos de todos los beys mamelucos asesinados esa mañana, pero no hubo más ruido de artillería y cuando trepó a las murallas no pudo ver tropa alguna en la llanura, que se iba oscureciendo. No fue hasta bastante más avanzada la noche que oyó cómo uno de los *fellahin* hablaba de un hombre, al que habían visto volar sobre el barrio viejo de El Cairo a la hora del ocaso… Volvió corriendo a la mansión del Amo y la encontró medio derruida y vacía con la excepción de los *ushabtis* hechos pedazos y el portero herido en la pierna.

El portero le informó de que el causante de todo aquello era el Brendan Doyle que se les había escapado en octubre; al día siguiente descubrió que Doyle había salido de Egipto a bordo del *Fowler*, con destino a Inglaterra, habiendo adquirido el pasaje a nombre de William Ashbless. Romanelli había renunciado a su puesto como médico personal de Mohammed Ali; abordó el siguiente barco que zarpaba con rumbo a Inglaterra y, silbando en la popa hasta que los labios se le quedaron entumecidos y el capitán le ordenó que se callara, logró invocar varias veces a un par de Shellengeri durante unas horas; el viaje no fue ni mucho menos tan rápido como lo había sido el del *Chillico*, pero Romanelli logró desembarcar en un muelle de Londres el domingo, hacia ya dos días, mientras que el barco de Ashbless-Doyle no había llegado hasta esa misma mañana.

Y el doctor Romanelli había estado muy ocupado durante esas cuarenta y ocho horas de tiempo muerto. Había logrado enterarse de que, bajo el nombre de Ashbless, su presa era esperada nada menos que en una reunión literaria que había de celebrarse en las oficinas del editor John Murray. Romanelli había logrado convencer, mediante

discusiones y amenazas, al hechicero-payaso Horrabin para que algunos de sus esbirros, que no le parecieron de mucha confianza, se encargaran de seguir al tal Ashbless, fuera donde fuese, y que le secuestraran en el momento más adecuado para traerle al Castillo de las Ratas una vez que hubiera salido de las oficinas de Murray.

«Y cuando le hayan traído hasta aquí —pensó Romanelli, mientras su cansada respiración silbaba por su garganta—, entonces me limitaré a exprimirle al máximo. Aprenderé de él lo suficiente sobre el viaje en el tiempo para hacerlo por mis propios medios y luego saltaré hacia atrás, hasta un momento en el que me encontrara sano y fuerte y me encargaré de explicarle a mi yo más joven lo que debe hacer de forma distinta, de tal modo que el lunes dos de abril de mil ochocientos once no sea una ruina humana temblorosa y medio desangrada.»

Abrió sus ojos inyectados en sangre y miró el reloj que descansaba en una repisa llena de muñecos, bajo la hornacina donde la cabeza del viejo Dungy parecía montar guardia para siempre.

«Quince minutos para las nueve, dentro de una hora aproximadamente los delincuentes de Horrabin me traerán a ese Ashbless y luego bajaremos al hospital subterráneo.»

Mientras el carruaje pasaba junto a la catedral de San Pablo, William Ashbless contempló por la ventanilla el cuadrado oscuro de la plaza, que se encontraba al oeste de la enorme iglesia y recordó sus tiempos de mendicidad como Tom el Simple.

«Nunca he llegado a utilizar la voz —pensó—. Tom el Simple era mudo y Eshvlis el remendón no tuvo más remedio que serlo también, y aunque William Ashbless pueda ser muy parlanchín como poeta, se estar limitando a transcribir de memoria poemas que yo he aprendido al pie de la letra hace mucho tiempo.»

Sentía en esos momentos una curiosa mezcla de alivio, ansiedad y vaga decepción. Desde luego, resultaba agradable estar otra vez en Inglaterra, libre al fin de toda esa magia infernal, esperando con impaciencia conocer, tal y como sabia que ocurriría de forma ineluctable, a Byron, Coleridge, Shelley, Keats, Wordsworth y el resto de la pandilla, pero ahora, siendo Ashbless de modo irrevocable, habiéndose introducido para siempre en los limitados horizontes marcados por la biografía de Bailey, sabía que no le aguardaba ninguna gran sorpresa y que ya conocía la historia de su vida.

Aún sentía ciertos deseos de que la prueba, que se le había ocurrido durante su mes de viaje a bordo del *Fowler*, hubiera resultado negativa. Había pensado que si el universo estaba realmente decidido a que él fuera Ashbless, entonces debería ponerse en movimiento y preparar dos cosas distintas para él. Para empezar, debía ocuparse de que el manuscrito de Las Doce Horas de la Noche, que había visto por última vez en el escritorio de aquella habitación en la posada, llegara de alguna forma a las oficinas del *Courier* con el tiempo suficiente para ser publicado en diciembre y,

además, el *Fowler* debía llegar a Londres con tiempo suficiente para permitirle asistir a la reunión de la editorial John Murray, conociendo así por segunda vez a Coleridge el dos de abril. Se trataba de dos hechos inalterables en la vida del Ashbless que había estudiado, y si alguno de los dos no tenía lugar, entonces quizá le fuera posible seguir actuando como un hombre libre, con capacidad para elegir sus acciones y sentir sus propias esperanzas y miedos.

Pero cuando había ido a la posada por la tarde, y había preguntado si tenían alguna carta para William Ashbless, le dijeron que, en efecto, debía dinero porque se le habían estado guardando tres sobres que habían resultado ser una carta de aceptación del *Courier* acompañada por un cheque de tres libras; el número del periódico correspondiente al 15 de diciembre, con el poema impreso en él; y una carta de John Murray, fechada el veinticinco de marzo, en la que se le invitaba a una reunión informal, que se celebraría en las oficinas del editor una semana después; esa misma noche.

Estaba claro. Era Ashbless.

Y no sería aburrido, desde luego. Para empezar, había algunas partes de la historia que sentía curiosidad por ver en marcha.

«Por ejemplo, ¿donde está Elizabeth Jacqueline Tichy, la que será mi esposa? En el futuro le diré a Bailey que la vi por primera vez en septiembre del año pasado y me pregunto qué motivará tales palabras. Y, por supuesto, la pregunta más importante es: ¿quién se encontrará conmigo en los pantanos de Woolwich el doce de abril de mil ochocientos cuarenta y seis para clavarme su acero en el estómago y dejar mi cuerpo, que será descubierto un mes después, tendido en la ciénaga? ¿Y cómo demonios conseguiré no faltar a esa cita?»

El carruaje había torcido hacia la derecha, pasando junto al edificio del Old Balley, para entrar en la calle Fleet, y unos instantes después se detuvo junto al número 32, una casa no muy grande y de aspecto agradable, tras cuyas cortinas se veían luces. Ashbless bajó del carruaje pago al cochero y, mientras éste se alejaba con un tintineo de arneses hasta perderse en la noche, tragó aire, miró a uno y otro extremo de la calle (fijándose en que un chico, aparentemente un mendigo, se le acercaba con el cuerpo medio encogido) y luego llamó a la puerta.

Unos instantes después se oyó el ruido de un pestillo al descorrerse un hombre de cabellos rubios, que llevaba una copa en la mano, apareció en el umbral. Pese al corte de pelo, con arreglo de barba incluida, y al respetable atuendo en el cual Ashbless había invertido la mayor parte de sus tres libras, el hombre retrocedió un paso con cierta incertidumbre en el rostro al distinguir al gigantesco visitante de tez bronceada.

—Bien, ¿sí? —dijo.

—Me llamo Ashbless. ¿Es usted John Murray?

—¿Oh? Sí, sí, entre. Sí, soy Murray. Me había sorprendido un tanto su…, bueno,

caballero, si existe algo parecido a un poeta típico desde luego que no es usted quien podría representarlo. ¿Desea una copa de oporto?

—Me encantaría.

Ashbless entró en el vestíbulo y esperó mientras Murray corría nuevamente el pestillo.

—Hay un chico mendigando por ahí fuera —le explicó Murray como disculpándose—, y antes intentó colarse en la casa. —Irguió el cuerpo, tomó un sorbo de su oporto y luego, todavía moviéndose con cierta cautela, se dirigió hacia su invitado—. Por aquí. Me alegro de que pudiera venir…, tenemos la gran fortuna de contar entre nosotros esta noche con Samuel Coleridge.

Ashbless, que había empezado a seguirle, sonrió.

—Estaba seguro de que vendría.

Jacky había dado un tímido paso hacia adelante cuando vio al desconocido bajar del carruaje, pero antes de que se le ocurriera algo para empezar la conversación, éste ya había llamado a la puerta y el irascible Murray le había dejado entrar en la casa, por lo que se volvió al oscuro portal en el que había estado agazapada la última hora.

«Desde luego, ése es el hombre que describió Brendan Doyle», pensó.

Murray no le contó ningún embuste a ese columnista del *Times* cuando le dijo que tenía razones para creer que el nuevo y controvertido poeta William Ashbless asistiría a su reunión literaria del lunes por la noche.

«Bueno, ¿cómo puedo hablar con ese hombre? —se preguntó—. Le debo al pobre Brendan Doyle eso, como mínimo… Debo comunicarle la triste nueva de su muerte a ese amigo suyo. Supongo que deberé de esperar en este portal hasta que salga y entonces tendré que pillarle, antes de que tenga tiempo de llamar a un carruaje.»

Aunque Jacky no había dormido desde la muerte de Dundee (y, por extensión, de Cara-de-Perro Joe), de la cual ya habían pasado dos noches, había empezado a tener alucinaciones, como si sus sueños estuvieran impacientes por reafirmar sus derechos sobre ella. Le parecía ver sombras inmensas lanzándose sobre ella, pero apenas había dado un salto para eludirlas se daba cuenta de que no existían, y no paraba de oír; no era un sonido, ni tan siquiera un eco, sino más bien la reverberación que dejaría en la atmósfera una inmensa puerta de hierro cerrándose bruscamente en los cielos. Todavía no había empezado, pues la noche no estaba muy avanzada, pero en su agotamiento estaba segura de que dentro de pocas horas se preguntaría por qué no había amanecido aún… y mucho antes de que llegaran las cinco de la madrugada, esa duda inquieta se convertiría en la aterrada convicción de que algo se había cerrado realmente en el cielo y de que nunca más vería de nuevo el sol.

En una ocasión visitó el Hospital de la Magdalena para enfermas mentales («La casa de las Lloronas», como lo llamaban en la calle) y se había jurado que, si no le

quedaba otro remedio, se mataría antes de acabar encerrada en aquel lugar.

Y esta noche estaba bastante segura de que no le quedaba otro remedio.

Sólo un propósito la mantenía en pie: hablar con Ashbless, comunicarle que su amigo Doyle había muerto y luego hacer la Zambullida del Admirable…, nadar hasta el centro del Támesis, vaciar sus pulmones y hundirse hasta el fondo.

Y al pensar en ello se estremeció…, pues se le acababa de ocurrir la idea de que, aunque fuera de modo subjetivo, sus miedos estaban perfectamente justificados: para ella no habría ya otro amanecer.

Por lo menos en cuanto a los propósitos profesionales de la reunión Coleridge y Ashbless decepcionaron a Murray. Cuando el editor se acercó a la esquina de la habitación atestada de libros en la que se encontraban hablando los dos, logrando primero entrar en su conversación y luego cambiando de tema para hacerles propuestas de publicación, ninguno pareció demasiado ansioso de aceptarlas. lo cual dejó bastante sorprendido a Murray, pues Coleridge se encontraba prácticamente en la ruina y su familia se mantenía con la caridad de sus amigos, mientras que Ashbless era un novicio recién llegado a la poesía, que debería de haberse mostrado más que encantado ante la perspectiva de conseguir tan rápidamente un buen editor.

—¿Una traducción del *Fausto* de Goethe? —dijo Coleridge con expresión dubitativa. Una vez distraído del tema que él y Ashbless habían estado discutiendo, su rostro había perdido toda la animación anterior y parecía otra vez viejo y enfermo —. No lo sé —dijo—. Aunque Goethe es un genio cuya obra, y especialmente esa obra, sería tanto un privilegio como un desafío traducir, me temo que mi filosofía personal…, bueno discrepa tanto de la suya que emprender semejante trabajo sería como ponernos a los dos en un compromiso. Tengo muchos ensayos en los que…

—Sí —dijo Murray—, desde luego que en un momento dado tendremos que discutir sobre la publicación de esos ensayos. Pero, señor Ashbless, ¿qué le parece la idea de publicar un volumen con sus versos?

—Bueno… —empezó a decir Ashbless.

«No puede ser, Murray —pensó con cierta desesperación—, pues casualmente el primer libro de Ashbless será publicado en mayo por Cawthorn. Lo siento pero es histórico.»

—Por el momento —dijo—, el poema de "Las Doce Horas" es todo lo que tengo. Deberemos esperar y quizá consiga escribir algún otro.

Murray se esforzó en sonreír.

—De acuerdo. Aunque quizá no haya espacio en mi programa editorial cuando usted los tenga listos. Caballeros, ¿quieren disculparme?

Y se reunió nuevamente con el grupo que hablaba alrededor de la mesa.

—Me temo que yo también debería excusarme —dijo Coleridge, dejando su vaso

de oporto, que apenas había probado, y frotándose sus canosas sienes—. Tengo la impresión de que se aproxima una de mis jaquecas y cuando me atacan no resulto un compañero demasiado interesante. Puede que un paseo hasta mi casa consiga evitarla.

—¿Por qué no tomar un carruaje? —le preguntó Ashbless acompañándole hasta la puerta.

—Oh, me gusta caminar —respondió Coleridge con una leve expresión avergonzada en el rostro, y Ashbless se dio cuenta de que no tenía el dinero necesario para pagarlo.

—¿Sabe? —dijo Ashbless como si se le acabara de ocurrir la idea—. Creo que ya he tenido bastante de esta reunión y no me gusta especialmente caminar. Quizá pueda acompañarle hasta su casa…

Coleridge pareció alegrarse y luego, cautelosamente, le preguntó:

—Pero ¿en qué dirección va usted?

—Oh —replicó Ashbless agitando la mano en un gesto despreocupado—. Voy en todas direcciones a la vez. ¿Dónde reside usted?

—En el Hotel Hudson, en Covent Garden. Si no le resulta una molestia excesiva…

—En absoluto. Iré a presentarle mis excusas al señor Murray y de paso recogeré nuestros abrigos y sombreros.

Unos minutos después salían por la puerta principal y Murray, asomando por ella, contempló con el ceño fruncido al chico que seguía remoloneando unos cuantos portales más allá.

—Le agradezco que lleve a nuestro común amigo a su residencia, señor Ashbless.

—No es ninguna molestia… y creo que ahora mismo veo venir un carruaje. ¡Eh! ¡Cochero!

El cochero no había entendido lo que le decían, pero el brazo que se agitaba en el aire era una señal de lo más inconfundible. Hizo girar su vehículo hacia ellos y Murray les deseó buenas noches, cerró nuevamente la puerta y pasó el pestillo.

El carruaje se había detenido con una última sacudida cuando se oyó un grito, «¡Señor Ashbless, espere un minuto!», y el chico de aspecto harapiento fue corriendo hacia ellos.

«Dios mío —pensó Ashbless, al ver el rostro del chico iluminado un momento por un farol— es Jacky. Aunque es más bajo que antes, no, claro, yo soy más alto ahora.»

—¿Sí?

Jacky se detuvo ante ellos.

—Disculpe mi interrupción —dijo, respirando agitadamente—, pero me temo que debo comunicarle malas noticias sobre un amigo común.

Ashbless examinó a Jacky aprovechando la luz que brotaba de la ventana a su

espalda.

«Los meses transcurridos le han tratado mal —pensó—. El pobre chico parece hambriento, agotado y…, bueno, a pesar de todo eso, hasta parece algo más afeminado que antes. Pobre diablo.»

—Realmente —dijo Coleridge con expresión preocupada—, creo que un paseo me iría muy bien para la jaqueca. Yo…

—No, no —protestó Ashbless—. Esta maldita niebla no puede hacerle ningún beneficio a su salud y me gustaría oír algo más de sus opiniones sobre el Logos. Estoy seguro de que este chico…

—Oigan, ¿quiere alguno de ustedes mi maldito coche o no? —exclamó el cochero, agitando su látigo de un lado a otro con impaciencia.

—Sí, vayamos dentro los tres —dijo Ashbless, abriendo la puerta—. Y puede que tras haber dejado al señor Coleridge en su residencia, jovencito, me permitas que te invite a cenar alguna cosa.

—Les acompañaré —dijo Jacky entrando en el carruaje—, pero tendré que… rechazar su amable oferta de la cena. Tengo…, tengo una cita en el río que no puede esperar.

—¿No la tenemos todos acaso? —sonrió Ashbless, ayudando a Coleridge y subiendo en último lugar—. ¡Cochero! ¡Al Hotel Hudson, por favor, en Covent Garden!

Cerró la puerta con un golpe seco y el carruaje, algo sobrecargado, se introdujo en el tráfico. Y el carruaje que Jacky había visto esperando junto a la casa de Murray se puso también en movimiento, siguiéndoles a unos diez metros de distancia, aunque ni tan siquiera el cochero se dio cuenta de ello.

—Bien, ¿qué amigo y qué malas noticias? —preguntó Ashbless, que había encajado con ciertas dificultades su corpulenta figura en el espacio libre junto a la ventanilla.

—Creo…, creo que conoce a un hombre llamado Brendan Doyle —dijo Jacky.

Ashbless arqueó las cejas en un gesto de sorpresa.

—Le conozco condenadamente bien, sí. ¿Por qué?

—Está muerto. Lo siento. Yo le conocí durante poco tiempo y le apreciaba. Estaba intentando encontrarle antes de morir, pensó que usted le ayudaría y tengo la impresión de que es usted tan generoso como él decía. Sencillamente… llegó demasiado tarde.

Y en la voz de Jacky había auténtica pena.

El carruaje se detuvo en el cruce de Chancery Lane y Jacky extendió la mano hacia la puerta.

—Será mejor que me vaya o me alejaré demasiado del río. Me alegro de haberles conocido a los dos.

Alarmado por el extraño tono de voz que Jacky había empleado y comprendiendo de pronto cuál era la naturaleza de su cita en el río, Ashbless cerró con firmeza su mano sobre la de Jacky y mantuvo la puerta cerrada.

—Espera.

El cochero parecía tener ciertas dificultades para poner otra vez en movimiento el carruaje y, por los ruidos que se oían, daba la impresión de que había saltado al suelo y estaba golpeando al caballo, pero unos instantes después reanudaron la marcha y Ashbless soltó la mano de Jacky.

—No está muerto, Jacky —le dijo en voz baja—. Luego te explicaré cómo lo he sabido, de momento tendrás que aceptar mi palabra al respecto. Y no me importa que vieras su cadáver. Tal y como ya sabes —Ashbless le guiño el ojo—, hay ciertos casos en los que tal tipo de prueba no es definitiva. —Los ojos de Jacky parecieron a punto de salir de sus órbitas al comprenderle. Ashbless sonrió y se reclinó en el asiento todo lo que le permitía el limitado espacio del carruaje—. ¡Bien! El señor Coleridge y yo estábamos discutiendo el tema de Logos. ¿Cuáles son tus opiniones al respecto?

A Coleridge le tocó el turno de arquear las cejas, sorprendido, al ver semejante pregunta planteada a un sucio mocoso de las calles; cuando Jacky contestó, sus cejas se arquearon unos cuantos grados más.

—Bueno —dijo Jacky, no demasiado desconcertada por el brusco cambio de tema y los nuevos derroteros de la conversación—, me parece que en la definición dada por San Juan hay algo que, en cierta forma, es paralelo a la idea del absoluto platónico: las formas eternas y constantes de las cuales todas las cosas materiales no son más que una especie de copias imperfectas. De hecho, algunos de los filósofos presocráticos…

La interrumpió la brusca intrusión de un puño por la ventanilla, que apretó el cañón de una pistola contra su labio superior, haciéndole sentir la frialdad del metal a través de su falso bigote. Otro brazo se había introducido como una serpiente por la otra ventanilla y estaba sosteniendo una pistola ante los ojos de Ashbless.

—Que nadie se mueva —dijo una voz gutural, y un rostro delgado les sonrió, bizqueando espantosamente, por la ventanilla de Jacky—. Hola, excelencia —le dijo a un Ashbless demasiado encajonado para moverse incluso si hubiera sentido deseos de hacerlo o se le hubiera ocurrido algo que hacer—. Esta vez no pensar tirar a nadie por la ventana, ¿eh? Me disculpo por haberles interrumpido su linda charla, pero vamos a tomar por un desvío que lleva al Castillo de las Ratas.

Con una considerable sorpresa, Ashbless se dio cuenta de que aquella peculiar sensación, que le hacía difícil respirar, se debía tanto al miedo como a un cierto entusiasmo indefinible.

«Por Dios —pensó—, nunca se sabe cuándo vas a encontrarte con otro de esos

capítulos de los cuales Bailey jamás llegó a enterarse.»

—Estoy bastante seguro de que es a mí a quien buscáis —dijo, hablando muy despacio y guiñando los ojos sin parar a causa del cañón del arma—. Dejad que se vayan los otros dos y os prometo que no armaré jaleo.

—Caballero, va a conseguir que me eche a llorar con tanta heroicidad. —El hombre movió ligeramente el cañón de su pistola haciendo oscilar la cabeza de Ashbless hacia el asiento—. Ahora, cierre el pico, ¿eh?

El carruaje giró a la derecha por Drury Lane, y aunque el nuevo cochero casi logró que la rueda izquierda girara en el aire al doblar la esquina, los dos hombres que colgaban de las barras laterales no movieron un músculo ni bajaron un centímetro sus pistolas.

—No estoy seguro de comprender todo esto —dijo Coleridge, que había cerrado los ojos y se estaba frotando las sienes—. ¿Van a robarnos o van a matarnos? ¿O piensan hacer las dos cosas?

—Probablemente las dos cosas —dijo Jacky sin alterarse—, aunque tengo la impresión de que su jefe estará más interesado en robarle el alma que la bolsa.

—No pueden robarla a no ser que uno ya la haya perdido —dijo Coleridge con voz tranquila—. Quizá aprovecharíamos mejor el tiempo del trayecto si cada uno de nosotros intentara evitar futuras reclamaciones al respecto.

Su rostro regordete adoptó súbitamente una plácida expresión de indiferencia y dejó caer las manos sobre el regazo.

El carruaje se detuvo en la calle Broad y luego la cruzó rápidamente. El tintineo de los arneses sonaba ahora más fuerte, pues la calle se volvía mucho más angosta al ir subiendo hacia el norte.

Unos instantes después Jacky husmeó el aire.

—Debemos de estar en Saint Giles —musitó con voz entrecortada, como si le costara encontrar el aire suficiente para respirar—. Huelo los fuegos de la basura.

—A callar —le recordó su vigilante, dándole un leve golpe con el arma en el bigote.

Jacky, obedientemente, guardó silencio, temerosa de que otro golpe parecido se lo despegara del rostro.

Por fin, el carruaje se detuvo y los dos hombres armados, que lo habían secuestrado, saltaron al suelo y abrieron las puertas.

—Fuera —dijo uno de ellos.

Los tres pasajeros abandonaron con cierta dificultad el incómodo recinto del carruaje y bajaron al suelo. Coleridge se instaló sin perder un segundo en el peldaño lateral, sosteniéndose la cabeza con las manos y lanzó un gemido; estaba claro que su jaqueca empeoraba por momentos. Ashbless alzó la mirada hacia el enorme y ruinoso edificio ante el que se habían detenido.

Construido en parte con madera y en parte con ladrillos de todos los tamaños, texturas y colores imaginables, el edificio estaba unido a las oscuras masas de las casas colindantes mediante frágiles puentes y sogas, situados a muchos niveles distintos, y sus paredes estaban agujereadas por un sinfín de ventanas repartidas de forma tan azarosa que le pareció imposible que reflejaran la distribución interior de los pisos. Jacky se limitó a contemplar el suelo fangoso y respiró profundamente.

Len Carrington salió a toda prisa del umbral, que estaba bastante bien iluminado, y se quedó inmóvil mirándolos.

—¿Ha ido todo bien? —le preguntó al cochero, que seguía instalado en su pescante.

—Desde luego. Con su permiso, será mejor que me lleve el coche otra vez a la calle Fleet antes de que el auténtico cochero pueda informar sobre su desaparición.

—De acuerdo, vete.

Con un chasquido del látigo, el carruaje se puso otra vez en movimiento hacia adelante, pues no había espacio suficiente como para hacerle dar la vuelta. Carrington examinó a los cautivos.

—Ese es nuestro hombre —dijo, señalando hacia Ashbless—, y ése… ¿cómo se llama? Hace mucho tiempo que no le veo…, ¡Jacky Snapp!, sí, tengo ganas de aclarar cuál es su papel en todo este asunto… ¿y quién es el viejo que parece enfermo?

Los secuestradores se encogieron de hombros y Ashbless, con voz pausada, dijo:

—Es Samuel Taylor Coleridge, un escritor muy famoso, y si se os ocurre matarle vais a meteros en un jaleo de los grandes.

—No se te ocurra decirme lo que… —empezó a protestar uno de los secuestradores, pero Carrington le hizo callar con un gesto.

—Metedles dentro —dijo—. Y rápido…, en algunas ocasiones la policía se ha atrevido a llegar hasta aquí.

Los cautivos fueron conducidos a punta de pistola hacia una habitación bastante grande: por primera vez esa noche, Ashbless sintió en su interior el gemido desesperado y el vacío helado del auténtico pavor, pues en esa habitación se encontraba el doctor Romanelli, reclinado en una especie de armazón con ruedas. Al verle entrar alzó la mirada y le contempló con expresión iracunda, reconociéndolo.

—Atadlo bien —graznó el hechicero—, y bajadlo al hospital. De prisa.

Los fuegos fatuos que rodeaban su cuerpo ardían con mayor fuerza que antes, y cada vez que pronunciaba una consonante le acompañaba un chasquido estático.

Ashbless saltó sobre el hombre que tenía a la derecha y le golpeó con todo el peso y la potencia de su cuerpo en el cuello. El hombre se derrumbó de espaldas y el proyectil, que había disparado por reflejo un segundo antes, se estrelló en el reloj que colgaba de la pared. Ashbless había logrado recobrar el equilibrio, y estaba a punto de volverse en redondo para coger a Jacky y Coleridge, cuando algo tiró bruscamente

de su pierna izquierda y le hizo caer torpemente al suelo.

A partir de entonces la escena dejó de ser para él una mezcla de impresiones en movimiento y sólo pudo percibir una cosa cada vez: en sus pantalones nuevos había ahora un agujero manchado de sangre, a la altura de la rodilla izquierda; le zumbaban los oídos a causa del segundo disparo de pistola; en el suelo y la pared que tenía delante, había esparcidos fragmentos de tela ensangrentada y hueso, así como un rosario de manchas de sangre; su pierna izquierda, extendida en el suelo ante él, estaba torcida en un ángulo imposible a la altura de la rodilla.

—Sigo queriendo que lo atéis bien —gruñó Romanelli—. Y ponedle un torniquete en el muslo, quiero que dure un buen rato.

Cuando Carrington y el hombre que había disparado le cogieron por las axilas y le pusieron de pie de un tirón, Ashbless perdió el conocimiento.

Tres minutos después la habitación había quedado vacía salvo por Coleridge, que estaba sentado, con el rostro muy pálido, en el arnés de Horrabin con los ojos cerrados, y uno de los hombres de Carrington, un joven llamado Jenkin, cuyo rostro recordaba al de una rata, que no estaba muy contento por haber sido designado como centinela de un viejo tan inofensivo como aquél. Jenkin examinó la habitación con cierta curiosidad, viendo el charco de sangre en el suelo y el reloj destrozado en la pared, y se preguntó qué habría ocurrido exactamente antes de que Carrington le llamara. Había visto cómo se llevaban a tres personas de la habitación cuando él entraba a toda prisa, y de aquellas tres sólo una iba por su propio pie, pero, al parecer, todo estaba bajo control. Cuando había oído los dos tiros, Jenkin creyó que se trataba del inicio del motín, pero, evidentemente, habría que esperar todavía un poco para ello.

Oyó pasos en el vestíbulo y se sobresaltó, lanzando luego un suspiro de alivio al ver que era Carrington.

—¿Tienen té caliente en la cocina? —gruñó Carrington.

—Claro, Jefe —replicó Jenkin, sorprendido.

—Pues trae una taza, una tetera y azúcar.

Jenkin le contempló cada vez más sorprendido, pero obedeció. Cuando volvió a la habitación con todo, Carrington hizo que lo dejara sobre la mesa y luego fue hasta uno de los estantes superiores y sacó de él una botella de cristal marrón. Le quitó el corcho y dejó caer una buena cantidad de un líquido, que olía bastante, dentro del té.

—Échale también un buen pellizco de azúcar —murmuró dirigiéndose a Jenkin.

Jenkin hizo lo que le indicaba y luego señaló interrogativamente hacia Coleridge.

Carrington asintió.

Jenkin se pasó el pulgar por la garganta enarcando las cejas.

Carrington meneó la cabeza y murmuró:

—No, es láudano. Opio, ¿sabes? Le hará dormir y entonces le meterás en el viejo cuarto de Dungy. Y cuando nos hayamos librado del payaso y el hechicero, le llevaremos hasta el río subterráneo y le soltaremos cerca de Adelphi. No recordará dónde se encuentra este lugar. Será un poco complicado, pero después de toda la publicidad que hicieron los periódicos con el asesinato de ese tal Dundee el sábado, no podemos atrevernos a matar a un escritor tan condenadamente conocido como el. —Llenó una taza con el té y se la llevó a Coleridge—. Aquí tiene, señor —le dijo con amabilidad—. Un poquito de té bien caliente le ayudará.

—Medicina —gimió Coleridge con voz ahogada—. Necesito mi…

—La medicina está dentro del té —le dijo Carrington intentando tranquilizarlo—. Bébaselo.

Coleridge apuró la taza en cuatro sorbos.

—Más…, por favor…

—De momento ya ha tomado lo suficiente. —Carrington cogió la taza vacía y la dejó otra vez sobre la mesa—. Con esa dosis dormirá hasta el mediodía —le dijo a Jenkin—. Yo me encargo de tirar el resto del té antes de que alguien pueda encontrarlo. Lleva sin perder tiempo a nuestro amigo hasta el cuarto de Dungy si no quieres transportarle luego a cuestas.

Jenkin bajó la voz y le preguntó:

—¿Cuándo vamos a…?

—No tardaremos mucho, aunque hemos perdido a un hombre…, ese bastardo de Ashbless le dio a Murphy en el cuello y le ha dejado hecho pulpa todo lo que había entre el mentón y el pecho. Estaba muerto antes de que cayera al suelo.

—¿Quién es Ashbless?

—No lo sé…, pero tenemos suerte de que parezca tan duro; a sus excelencias les hará falta bastante tiempo para convencerlo. Pero no va a resistir siempre y debemos cogerlos cuando estén ocupados con él, así que muévete.

Jenkin fue hasta el arnés, ayudó a Coleridge a que se levantara y lo llevó fuera de la habitación.

Carrington, el rostro más enflaquecido que nunca por efectos de la tensión, llevó la tetera hasta la puerta de entrada y vertió su contenido sobre los escalones. Luego cerró la puerta, arrojó la tetera sobre una silla y miró a su alrededor.

«Desde luego —pensó—, si algún agente de policía entrometido venia a meter las narices por allí…»

Cogió un par de alfombrillas del salón y las dispuso de forma que taparan los pedacitos de vidrio y las manchas de sangre del suelo.

Una vez hecho eso, se irguió y meneó la cabeza con cierto asombro, recordando la rapidez con que Ashbless había golpeado a Murphy. ¿Quién diablos era ese hombre? ¿Y por qué andaba acompañado con gente tan rara como un escritor

evidentemente bien conocido y un mendigo callejero como Jacky Snapp?

De pronto el rostro de Carrington palideció y en su mente apareció una imagen de Jacky Snapp… y luego la comparó con un rostro que había visto seis meses antes, la tarde en que el viejo Dungy y Ahmed, el Mendigo Hindú, habían intentado matar a Horrabin, huyendo luego por el río subterráneo.

¿Hermano y hermana? ¿Un chico disfrazado de mujer? ¿O, sencillamente, un parecido casual? Carrington pensaba descubrirlo.

Fue corriendo hacia el vestíbulo, abrió de un manotazo la puerta que daba a la escalera de caracol y empezó a bajar a toda prisa el primero de los cuatro tramos de peldaños, cada uno más antiguo que el anterior, que finalizaban en los profundos sótanos del edificio.

Ahora, casi segura de que iba a morir antes del amanecer, el suicidio que pensaba cometer le parecía a Jacky el gesto típico de una lunática vanidosa y llena de caprichos. ¡Una llorona, desde luego! Estaba encerrada en la primera jaula de una hilera que empezaba junto a la escalera; la jaula tenía el techo muy bajo y los ruidos emitidos por los ocupantes de las otras la hacían alegrarse de que la antorcha más próxima se encontrara a unas cuantas decenas de metros en el pasillo, y que no fuera capaz de arder con demasiada claridad debido a la fétida y helada brisa que subía del río subterráneo. Aunque los rugidos, los gruñidos y los gimoteos, así como el sonido de escamas húmedas y de poderosos miembros que se removían, arañando con sus garras el suelo de piedra, le hubieran hecho creer que se encontraba compartiendo las instalaciones de una colección de fieras, había oído también, en obvia relación con todos esos ruidos, una serie de murmullos y risitas apagadas, así como una vocecilla que recitaba monótonas canciones de cuna en la última de las jaulas.

Después de haber estado sentada en el suelo de la jaula durante cinco minutos, oyó un ronco alarido que la hizo erguirse de golpe; el alarido se fue apagando para convertirse en sollozos y toses, que reconoció como emitidos por la voz de William Ashbless.

—Está bien, bastardos —le oyó decir, escupiendo las palabras como si fueran fragmentos de un diente roto—, si lo queréis podéis enteraros de todo. Os diré que…

Su voz se calló bruscamente y Jacky oyó un nuevo alarido. El sonido le parecía venir de su derecha, a cierta distancia, amplificado gracias a los túneles.

—Te encuentras en la posición de quien puede comprar una muerte rápida —chirrió una voz—. Nada más. Cómprala ahora antes de que decidamos subirle el precio.

—Que Dios te maldiga —replicó Ashbless—. No pienso…

Y una vez más el alarido resonó en las piedras del túnel.

Las criaturas que se encontraban en las otras jaulas murmuraban y se removían

inquietas, evidentemente excitadas por el ruido.

Jacky oyó pasos en la escalera y alzó la mirada. Un hombre bastante alto había aparecido por la puerta y venia rápidamente en su dirección. Cuando pasó junto a la antorcha que había en la pared, la arrancó de un tirón sin cambiar el paso y Jacky retrocedió hacia los barrotes de su jaula, pues el recién llegado era Len Carrington.

Jacky se hizo un ovillo y escondió el rostro entre los brazos, oyendo cómo los tacones de Carrington se le iban acercando más y más.

«Irá a ver qué tal les va con Ashbless —se dijo—. Mantén la cabeza gacha y pasará de largo a tu lado.»

Y cuando los pasos se detuvieron ante su jaula, sintió que las lágrimas le brotaban de los ojos y unos sollozos apagados pugnaban por escapar de su garganta.

—Hola, Jacky —dijo Carrington con voz melosa—. Tengo una o dos preguntas que hacerte. Mírame.

Jacky mantuvo la cabeza gacha.

—¡Maldita seas, pequeña basura…, he dicho que me mires! —gritó Carrington, metiendo la antorcha por entre los barrotes, casi en el mentón de Jacky.

El aceite hirviendo de la antorcha se desparramó sobre sus pantalones y Jacky tuvo que levantarse de un salto para quitárselo con las manos. Su gesto la hizo caer a cuatro patas sobre el suelo de la jaula, con el rostro casi pegado al de Carrington en el otro lado de los barrotes.

Otro alarido de Ashbless despertó un sinfín de ecos por los túneles; una vez que se hubieron extinguido, Carrington se rió levemente.

—Oh, cierto, hay un parecido —dijo en voz baja, pero dejando traslucir en su tono una fría satisfacción—. Y ahora, chico, presta mucha atención a lo que te digo; quiero saber quién era la chica que encontré en el piso de arriba, la chica que me envió a Haymarket hace seis meses y a punto estuvo de conseguir que me mataran de una paliza.

—Señor, le juro por Dios que yo… —jadeó Jacky.

Con un rugido de impaciencia, Carrington metió nuevamente la antorcha por entre los barrotes, pero, antes de que pudiera hacer nada con ella, dos manos verdosas, con unos dedos larguísimos, aferraron los barrotes que separaban la jaula de Jacky de la contigua y Carrington se encontró contemplando un rostro de reptil, con unas fauces inmensas y unos ojos muy grandes, que pertenecía a uno de los Errores de Horrabin.

—No te metas con ella —dijo la criatura con una voz perfectamente inteligible.

Carrington pestañeó y retiró la antorcha de entre los barrotes.

—¿Con ella? —Examinó más atentamente a Jacky, que había vuelto a pegarse a la parte trasera de la jaula y estaba llorando de nuevo—. Oh, ya veo —dijo unos segundos después con voz casi inaudible y algo ronca, como si se hubiera acabado de

tragar una cucharada de miel—. Oh, sí, sí, sí.

Metió la mano en el bolsillo, sacó de él una anilla repleta de llaves y metió una en el cerrojo de la jaula, abriéndola con un seco chasquido y tirando con tal rapidez de la puerta que la anilla de las llaves se estrelló ruidosamente contra los barrotes.

La voz de Horrabin resonó en los túneles, un eco que venía del hospital.

—Me temo que ha muerto, Señoría —trinó el payaso.

Carrington frunció el ceño en una mueca de irritación y empezó a cerrar nuevamente la puerta.

—Su corazón sigue latiendo —se oyó replicar a Romanelli—. Tráeme los vapores amoniacales; aún le queda por lo menos media hora más de resistencia y necesito algunas respuestas.

—Aguanta un poco, Ashbless —susurró Carrington, abriendo otra vez la puerta de la jaula. Metió la mano en el interior, cogiendo a Jacky por el brazo y la sacó a tirones. Jacky no paraba de luchar y Carrington le golpeó el rostro con la fuerza suficiente para hacerle ver doble durante unos segundos—. Venga —dijo, empujando a su aturdida prisionera por otro pasillo hasta el arco que conducía a la inmensidad del sótano.

Al otro lado del arco esperaban una docena de hombres armados y uno de ellos se acercó a Carrington con rápidas zancadas.

—¿Ahora, jefe? —le preguntó con voz nerviosa.

—¿Cómo? —le replicó secamente Carrington—. No, todavía no, en el reloj de Ashbless todavía queda un buen montón de arena por caer. No tardaré mucho; me llevo a Jacky al final del sótano para cobrarme una deuda que lleva mucho tiempo pendiente.

El hombre se le quedó mirando, boquiabierto.

Carrington sonrió, pellizcó con la punta de los dedos el bigote de Jacky y se lo arrancó de un tirón.

—Nuestro viejo Jacky ha sido siempre una damisela.

—¿Pe…, quiere decir que…, ahora no, jefe! ¡Métala otra vez en la jaula y guárdesela para el postre! Dios mío, tenemos un montón de cosas por resolver, ahora no puede…

—Volveré con tiempo suficiente para todo.

Le dio un empujón a Jacky, haciéndola avanzar ante él, pero Jacky tropezó con la tapa de una de las celdas subterráneas y cayó de bruces

—¡Por favor, jefe! —insistió el hombre, cogiendo a Carrington por el brazo cuando éste se inclinaba hacia ella—. ¡Para empezar, no puede ir solo hasta el final del sótano! allí viven todos los Errores Fugitivos y…

Carrington dejó caer la antorcha, se volvió en redondo y hundió su puño en el vientre del hombre, haciéndole rodar por el suelo con un gemido ahogado. Luego

miró a los demás.

—Volveré —dijo—, con el tiempo suficiente. ¿Ha quedado bien claro?

—Naturalmente, jefe —murmuraron un par de los hombres con expresión no demasiado alegre.

—Perfecto.

Cogió nuevamente la antorcha, levantó a Jacky de un tirón y emprendió la marcha hacia el otro extremo de la inmensa estancia, bajando cada vez más por la pendiente del suelo y alejándose de la zona iluminada. Su antorcha oscilaba bajo la húmeda brisa que ascendía de las profundidades, y su luz apenas bastaba para iluminar las relucientes piedras del viejo pavimento a su alrededor; los muros y el techo, si es que existían, quedaban perdidos en unas tinieblas casi sólidas.

Después de que hubieran bajado durante varios minutos, y después de que hubieran resbalado un par de veces en las húmedas losas cada vez más inclinadas, para caer durante unos segundos hasta quedar sentados en el suelo, cuando las antorchas situadas a cada lado del arco de entrada no emitían ya ni tan siquiera un leve resplandor, ocultas por el desnivel del suelo, Carrington le puso la zancadilla a Jacky, arrodillándose luego junto a ella y metiendo el extremo de la antorcha en la rendija cubierta de fango que había entre las losas.

—Sé amable conmigo y te mataré rápidamente después —le dijo con una sonrisa de afecto.

Jacky dobló las piernas todo lo que pudo y le golpeó, pero Carrington paró fácilmente el ataque con su antebrazo. Los talones de Jacky rebotaron en el suelo desalojando la antorcha de su sitio y haciéndola rodar; la antorcha fue cobrando velocidad gracias a la pendiente del suelo y acabó extinguiéndose en las profundidades con un chisporroteo.

—No quieres luces, ¿eh? —dijo Carrington en lo que ahora era una oscuridad impenetrable. La agarró por los hombros y le clavó las rodillas en las piernas para obligarla a tenderse en el suelo—. Estupendo…, me encantan las chicas vergonzosas.

Jacky lloraba desesperadamente, mientras Carrington buscaba una postura cómoda sobre ella; de pronto, Carrington se quedó inmóvil durante unos segundos, que parecieron eternos, y luego, con una brusca sacudida, empezó a emitir unos gemidos extrañamente sofocados. Volvió a moverse, arañándole débilmente el rostro con la mano, y un instante después se apartó de ella, tambaleándose, y Jacky oyó un ruido semejante al que haría una jarra de agua al ser derramada lentamente. Cuando percibió un olor parecido al cobre caliente, se dio cuenta de que el líquido que caía sobre las losas era sangre.

Al estar llorando no había oído cómo se aproximaban las criaturas, pero ahora pudo oírlas claramente, murmurando a su alrededor.

—Cerdo codicioso —se rió una vocecilla—, la has tirado toda.

—Pues lamed las piedras —replicó una voz sibilante.

Jacky intentó levantarse, pero algo que daba la impresión de ser una mano cuyos dedos sostuvieran una langosta viva la empujó hacia atrás.

—No tan aprisa —dijo una voz—. Tienes que acompañarnos aún más abajo… hasta el fondo…, te pondremos en el bote, lo echaremos al río y nos servirás de ofrenda a la serpiente Apep.

—Lleváosla, pero sin sus ojos —murmuró otra voz—. Prometió que serian míos y de mi hermana.

Jacky no empezó a gritar hasta que no sintió unos dedos como patas de araña resbalando a tientas sobre su rostro.

Lo que descubrió en las jaulas confirmó las sospechas de Coleridge; tenía otro sueño provocado por el opio, aunque se trataba de un sueño extraordinariamente vivido.

Una vez que el dolor de cabeza y los espasmos que sentía en el vientre hubieron cedido un tanto, se encontró en una habitación a oscuras, sin el menor recuerdo de cómo había llegado hasta ella. Cuando hubo logrado sentarse en la cama, extendió la mano en busca de su reloj y no pudo ni tan siquiera hallar la mesita, dándose cuenta entonces de lo oscura que se encontraba la habitación; comprendió que no estaba en su cuarto del Hudson. Tras ponerse en pie y andar a tientas por el más bien pequeño recinto, comprendió que tampoco estaba en la casa de John Morgan, en la de Basil Montagu o en cualquier otro sitio que hubiera visitado con anterioridad. Consiguió encontrar la puerta, la abrió y durante un interminable minuto se quedó paralizado en el umbral, contemplando los dos extremos de la escalera de caracol, tenuemente iluminada con antorchas, cuyo trazado arquitectónico reconoció como perteneciente al poco refinado estilo de las provincias romanas, y escuchando los gemidos y los rugidos imposibles de identificar que resonaban a lo lejos.

La escena, que parecía pertenecer a un cuadro de Fuseli, junto con la familiar sensación de que su cabeza se había hinchado hasta alcanzar las proporciones de un globo (sólo que esta vez mucho más grande que de costumbre), y la debilidad que sentía en sus articulaciones, le convencieron de que había vuelto a tomar una dosis demasiado fuerte de láudano y estaba sufriendo alucinaciones.

«En Xanadú —pensó con amargo humor—, Samuel Taylor Coleridge construyó un morboso mundo de prisiones…»

Unos instantes después fue hasta la escalera. La idea popular de que si se exploraba en sueños una mansión, ésta representaba simbólicamente la mente del que soñaba, siempre le había parecido contener una pequeña parte de verdad y, aunque en muchos de sus sueños había explorado los pisos superiores de su mente, nunca había tenido ocasión de ver las catacumbas que yacían en lo hondo de ésta. Los ruidos de

pesadilla parecían venir de abajo, así que, sintiendo una mezcla de curiosidad y valor irracional en cuanto a los monstruos que podían morar en los más recónditos niveles de su cerebro, empezó a descender cautelosamente por los viejos y gastados peldaños.

Pese a un no muy intenso temor ante lo que podía encontrar, sentía cierta complacencia consigo mismo por haber sido capaz de conjurar una fantasía tan detallada. No sólo las gastadas piedras de la escalera presentaban el minúsculo tramado de una pintura, ejecutada en tonos apagados por un maestro del claroscuro, sino que cada una de sus pisadas producía un leve eco y el aire frío que ascendía desde los abismos era húmedo Y parecía estancado desde hacía mucho tiempo, llevando con él los olores del moho, las algas y, si, eso era, la abigarrada gama de todo un jardín zoológico.

A medida que bajaba, la oscuridad era más inescrutable y cuando llegó al final de la escalera se halló en una impenetrable negrura, que sólo era rota de vez en cuando por débiles destellos, que quizá fueran antorchas lejanas asomando por un segundo al doblar una esquina de los túneles o, sencillamente, fogonazos en forma de estrella provocados por una retina al borde del agotamiento.

Había estado avanzando lentamente por el desigual suelo de piedra, en la dirección de donde le parecía llegaban los gemidos y gruñidos, pero cuando aún faltaban unos cuantos metros para encontrar las jaulas se quedó paralizado al oír un alarido, que reverberó por todos los túneles, y que le pareció contener tanto cansancio y desesperación como una intolerable agonía.

«¿Qué era eso? —se preguntó—. ¿Sería acaso mi ambición, cargada con los grilletes de mi pereza y medio muerta de hambre por su culpa? No, eso es engañoso; es mucho más probable que se trate de una encarnación de todos mis deberes (entre los cuales, desde luego, el de emplear mi talento no ocupa precisamente el último lugar), ignorada por mi y aprisionada en la más recóndita mazmorra de mi cerebro.»

Siguió andando hacia adelante y un instante después sintió los fríos barrotes de la jaula más próxima. Algo se agitaba pesadamente en su interior y luego oyó un ruido que recordaba el de un bayeta mojada que fuera arrastrada muy lentamente sobre un suelo de piedra; finalmente, Coleridge comprendió que las intermitentes ráfagas de aire que notaba en la mano no se debían a la brisa sino al lento respirar de alguna criatura.

—Hola, hombre —dijo una voz curiosamente grave.

—Hola —dijo Coleridge con cierto nerviosismo y, tras quedarse callado unos segundos sin saber muy bien qué añadir, dijo—: ¿Estás encerrado?

—Todos estamos encerrados —replicó la criatura invisible, y en las jaulas que flanqueaban a la suya se oyeron gruñidos y murmullos de asentimiento.

—Entonces —murmuró Coleridge, casi hablando consigo mismo—, ¿sois los

vicios que he logrado dominar? No creía que hubiera ninguno, a decir verdad.

—Libéranos —dijo la criatura—. La llave está en la cerradura de la última jaula.

—O quizá —prosiguió Coleridge—, quizá seáis, como me parece más probable, las virtudes y los dones que he sido demasiado perezoso para ejercitar, deformados por el largo encierro y la falta de atenciones que habéis sufrido aquí abajo.

—No…, no sé nada de todo eso, hombre. Libéranos.

—¿Y acaso un don mutilado y deforme no sería aún más temible que un vicio atrofiado? No, amigo mío, creo que será más sabio por mi parte dejaros en vuestras jaulas. Debí de tener buenas razones para crear barrotes tan sólidos.

Se dio la vuelta, disponiéndose a seguir su camino.

—No puedes dejarnos aquí, olvidados.

Coleridge se detuvo.

—¿No puedo? —se preguntó con voz pensativa—. Quizá sea cierto. Desde luego, jamás se ha logrado obtener una respuesta válida excluyendo algún factor del problema; ése fue el error cometido por los puritanos. Pero estoy igualmente seguro de que estas jaulas representan una manifestación de mi voluntad y mi dominio propio, por raro que sea y aunque no lo ejerza a menudo. Ya debo de haberos tomado en consideración dentro de mi mente..

—Libéranos y podrás estar seguro entonces.

Coleridge se quedó inmóvil en la oscuridad, meditando durante todo un minuto.

—No veo forma de evitar tal dilema —dijo por fin en un susurro, y fue a tientas hasta la última jaula, donde la anilla de las llaves de Carrington seguía colgando de la cerradura que había en la puerta medio entornada.

Los ásperos vapores de amoniaco arrancaron la mente de Ashbless de la negrura para devolverle a la conciencia y, una vez más, al horrible cuarto iluminado por antorchas, que tenía el suelo cubierto de fango y tierra.

Tras su último despertar a la fuerza, causado por el amoniaco, había descubierto que era capaz de abandonar el cuerpo torturado que se encontraba atado sobre la mesa o, para ser más preciso, que podía hundirse a tales profundidades en los sueños febriles de su cabeza que las cada vez más desesperadas operaciones quirúrgicas de Romanelli no eran más que lejanos tirones casi imperceptibles, parecidos a las pequeñas agitaciones del agua que percibe un buceador cuando algo ocurre en la superficie.

Aquel descubrimiento había sido toda una bendición, pero en este fugaz instante de nueva claridad se dio cuenta de que agonizaba. Aunque ninguna de las heridas infligidas por Romanelli era mortal de inmediato, Ashbless habría necesitado todas las atenciones de una buena unidad de cuidados intensivos del año mil novecientos ochenta y tres, e incluso con ellas su recuperación habría sido más que problemática.

Contempló la pared cercana con su ojo bueno, y vio, sin el menor asombro, la hilera de hombrecillos parecidos a juguetes que descansaban en un estante sobre la bomba de agua. Luego volvió la cabeza y contempló el rostro de Romanelli, extrañamente iluminado por las antorchas.

«Supongo que después de todo estoy en un mundo alternativo —pensó sin demasiado interés—. Ashbless muere aquí en mil ochocientos once. Bueno, pues morirá en silencio; no creo que puedas extrapolar la situación de un agujero futuro a partir de lo que yo sé sobre los anteriores, Romanelli, dado tu estado actual, pero no pienso darte ni una oportunidad de que lo intentes. Puedes morir aquí, conmigo.»

—Te has excedido —dijo a su espalda la voz de Horrabin, parecida a la del ratón Mickey—. Esto no es tan sencillo ni tan rápido como abrir una caja. Lo único que estás consiguiendo es matarlo.

—Puede que eso sea lo que está pensando —jadeó Romanelli. El hechicero estaba enmarcado por una aureola de minúsculos relámpagos multicolores que, evidentemente, le causaban un gran dolor—. Pero escúchame, Ashbless, no morirás hasta que yo te lo permita. Podría cortarte la cabeza, y quizá lo haga, y seguiría siendo capaz de mantenerte vivo mediante la magia. Probablemente imaginas que habrás muerto al amanecer, pero permíteme asegurarte que puedo prolongar la agonía de tu muerte durante décadas.

La puerta quedaba detrás de los dos magos y Ashbless intentó, con todas sus escasas fuerzas, no mover el ojo ni dar señal alguna de emoción cuando vio a unas siluetas monstruosas aparecer por ella y entrar sin hacer el menor ruido en la penumbra de la habitación.

«Sean lo que sean —pensó—, espero que sean reales y que nos maten a todos.»

Pero en ese instante algo se movió en el estante que se encontraba sobre la bomba; uno de los muñequitos se agitó, extendiendo su minúsculo bracito, y gritó:

—Los Errores andan sueltos.

Horrabin se volvió sobre uno de sus zancos como un compás y, sacando la lengua hasta tocarse la nariz con ella, emitió un penetrante silbido de dos notas musicales, que hicieron rechinar los pocos dientes que aún le quedaban en la boca a Ashbless. En ese mismo instante, Romanelli tragó aire, produciendo un sonido semejante al de un paraguas abierto que es arrastrado a lo largo de una chimenea, y luego ladró tres silabas extendiendo sus manos manchadas de sangre con las palmas hacia fuera.

Uno de los Errores, una cosa peluda y de cuerpo muy delgado, que tenía las orejas y la nariz enormes pero carecía de ojos, se lanzó en un salto felino sobre Horrabin, pero chocó contra una barrera y cayó de espaldas sobre el suelo fangoso.

—Líbrate de… ellos —sollozó Romanelli, mientras la sangre brotaba abundantemente de su nariz y orejas—. No podré aguantar otro golpe parecido.

Media docena de los Errores, incluyendo a un gigante anfibio al que le colgaba la

mandíbula inferior y poseía incontables hileras de dientes en forma de cuña, estaba arañando la barrera mientras lanzaba un siseo ensordecedor.

—Abre pequeños agujeros en el suelo —dijo Horrabin con voz tensa—. Mis Chicos de la Cuchara estarán encantados de meterlos nuevamente en sus jaulas.

—No… puedo —dijo Romanelli con un gemido casi inaudible—. Si intento alterarlo… no conseguiré más que hacerme pedazos. —Ahora la sangre empezaba a brotar de sus ojos como si estuviera llorando—. Me… me estoy rompiendo por dentro.

—Mirad los pantalones del payaso —retumbó la cosa de los dientes.

Horrabin bajó automáticamente la vista y se dio cuenta, a la luz de las antorchas, de que sus abultados pantalones blancos estaban manchados del barro que había salpicado la criatura velluda al caer en el suelo.

—El fango puede pasar —trompeteó la criatura, cogiendo del suelo una piedra grande como un puño y lanzándola.

La piedra se estrelló secamente en el vientre de Horrabin y le hizo tambalearse, jadeando sobre sus zancos, hasta que otros dos proyectiles le acertaron, uno en la muñeca cubierta por la blusa estampada que llevaba y otro en la frente pintada de blanco. Su cuerpo pareció doblarse hacia atrás y su rostro se convirtió en una máscara de furia horrorizada y, un segundo después, Horrabin cayó sentado en el fango.

Los Chicos de la Cuchara saltaron de su estante como grillos demasiado crecidos, desenvainando sus diminutas espadas en mitad del salto, para caer pataleando sobre el fango; una vez cruzada la barrera, empezaron a clavar las espadas en los tobillos de los Errores, mientras intentaban trepar por sus piernas.

Romanelli dobló la pierna herida de Ashbless, atando el tobillo al muslo, y luego, con un esfuerzo tal que sus mandíbulas apretadas partieron más de un diente reduciéndolo a fragmentos, el hechicero levantó al poeta agonizante y empezó a llevárselo a rastras por el suelo, hasta el arco que se abría al otro extremo de la habitación.

Cada paso que daba producía crujidos y ruidos de algo rompiéndose en su interior, pero Romanelli siguió avanzando hacia el arco que llevaba hasta el sótano, con el aire entrando y saliendo de sus pulmones en agudos silbidos mientras en el hospital, que iba quedando atrás, se oían gritos y fuertes golpes.

Los hombres de Carrington, acurrucados junto al muro bajo una de las antorchas, estaban esperando con creciente impaciencia el regreso de su jefe, mientras se decían unos a otros, con abundantes maldiciones proferidas en voz baja, que podían largarse sin él, diablos; pero cuando tuvieron ante ellos el horrendo espectáculo de Romanelli y su carga humana, que cruzaron el arco y pasaron junto a ellos sin verlos, todos palidecieron y dieron un paso hacia atrás.

—Jesús —murmuró uno, acariciando con dedos temblorosos el pomo de su daga

—, ¿no deberíamos seguirle y acabar con él?

—¿Estás ciego o qué? —gruñó uno de sus compañeros—. Ya está muerto. Vayamos a por el payaso.

Habían dado un par de pasos hacia el arco, cuando un grupo de Errores apareció en él dando saltos y reptando por el suelo, perseguido por un enfurecido enjambre de Chicos de la Cuchara.

Pese a todos los estimulantes mágicos y químicos que se le habían administrado, Ashbless se había hundido en una especie de coma del que sólo despertaba de vez en cuando por el espacio de unos fugaces segundos. En uno de esos momentos se dio cuenta, no muy bien, de que le estaban arrastrando por un suelo que hacia pendiente; en otro percibió que quien le transportaba estaba farfullando, con una voz que más parecía un burbujeo acuoso, una alegre cancioncilla de taberna como si se hubiera vuelto loco; después, todo se le hizo muy confuso y oyó un fuerte griterío detrás de ellos. Gracias a la claridad de la tormenta eléctrica personal de quien le arrastraba, distinguió una cosa, que parecía un sapo enorme con un sombrero de tres picos, pasar saltando a un lado de ellos, mientras un perro de seis patas con cabeza de hombre galopaba por el otro. Un instante después el aire se llenó de minúsculos insectos, que en realidad no eran tales insectos, sino hombrecillos muy enfadados que blandían pequeñas espadas.

Un instante después, la persona que le arrastraba tropezó y todo empezó a rodar por la pendiente, cada vez más pronunciada. Lo último que Ashbless logró ver antes de perder una vez más el conocimiento le dejó asombrado, incluso en su estado actual de casi cadáver: vio el rostro de Jacky, surcado de lágrimas y sin su bigote, que le contemplaba con sorpresa cuando él pasaba rodando por su lado.

La cosa reluciente y envuelta en chispas, que había tropezado con Jacky, se estrelló un instante después con las Hermanas sin Ojos y las mandó girando entre las tinieblas, mientras que sus voces agudas lanzaban chillidos de irritación. Jacky logró ponerse a cuatro patas con el tiempo suficiente para distinguir que la cosa envuelta en relámpagos azules era un hombre y que William Ashbless, evidentemente muerto, resbalaba por la pendiente justo a su lado. Jacky se vio obligada, un segundo después, a cogerse con todas sus fuerzas a las rendijas llenas de fango que había entre las piedras y a mantener la cabeza bien baja, pues una jauría de formas que ladraban y maullaban, totalmente invisibles en la oscuridad, cayó sobre ella como un torrente, a punto de sumergirla, seguida muy de cerca por una horda de lo que parecían, a juzgar por sus ruidos, langostas muy grandes. Unos instantes después, el circo infernal la fue dejando atrás para perderse en las profundidades, y Jacky empezó a trepar lentamente

hacia arriba.

Desde lo alto llegaban también ruidos, débiles chillidos, gritos más fuertes y unas risotadas enloquecidas, que despertaban extraños y fantasmagóricos ecos en la caverna, y Jacky, aturdida, se preguntó qué locura asolaba esa noche el Castillo de las Ratas.

Después de interminables minutos, notó que el suelo se iba nivelando y al levantar la cabeza vio unas antorchas lejanas y la boca del arco. Los hombres de Carrington ya no estaban allí y, fuera cual fuese la acción, en esos instantes tenía lugar en otras partes del edificio, así que Jacky, levantándose, echó a correr como una loca hacia la luz.

Cuando logró llegar hasta ella; se quedó durante varios minutos jadeando, agazapada en el maravilloso semicírculo de claridad amarillenta, disfrutando con la ilusión de seguridad que le daba, tan parecida a la X que indicaba el refugio del Rey en los juegos infantiles, que había practicado no hacia aún tantos años. Finalmente, y no de muy buena gana, se puso en pie y cruzó el arco para sumergirse nuevamente en la oscuridad.

Oyó voces nerviosas que venían del muelle, por lo que caminó silenciosamente, siguiendo el pasillo que conducía hasta la escalera de caracol, pero se detuvo al oír otras voces delante.

«Centinelas, pensó, probablemente los hombres de Carrington, asegurándose de que nada consigue abandonar ese hormigueo enloquecido de ahí abajo.»

Decidió retroceder y esconderse en algún sitio hasta que los centinelas volvieran a la superficie; luego nadaría por el río subterráneo hasta el Támesis. Ya se había dado la vuelta para marcharse, cuando los gritos redoblaron su volumen y en el pasillo apareció de pronto una débil claridad, que parecía reflejo de otra fuente de luz invisible. La claridad fue creciendo rápidamente, como si hombres con antorchas fueran a surgir de un momento a otro doblando una esquina ante ella. Jacky miró a su alrededor presa del pánico, esperando encontrar algún portal en el que pudiera refugiarse, pero no había ninguno y tuvo que conformarse con pegarse lo más posible a la pared.

Los gritos se hacían cada vez más fuertes y empezaba a oír unos fuertes golpes producidos con algo de madera; un instante después, Horrabin emergió por la boca de uno de los túneles más lejanos, con el cuerpo envuelto en llamas y corriendo frenéticamente sobre sus zancos, flanqueado y seguido por lo que parecía ser una horda de ratas, que no dejaba de chillar y dar saltos. Un segundo más y sus perseguidores doblaron la misma esquina y se lanzaron sobre él, arrojándole piedras y ladrando como sabuesos.

Jacky se volvió nuevamente hacia la escalera y logró distinguir las siluetas de dos hombres agazapados en el otro lado del arco, apuntando alguna especie de armas

hacia la turba que se les aproximaba.

«No obtendré ninguna ayuda de esa dirección», pensó y, desesperada, se arrojó contra la pared, tapándose el rostro con un brazo y esperando que los grupos de confusos enemigos la tomaran por un cadáver.

Las dos armas hicieron fuego con un largo ruido y un destello, que iluminó todo el túnel durante más de un segundo; rodeado por un diluvio de fragmentos de piedra arrancados al techo y las paredes, el payaso envuelto en llamas se detuvo en seco, pero un segundo después recuperó el equilibrio, evidentemente sin haber sufrido daño alguno a causa de los disparos, aunque su impacto hubiera logrado detenerle el tiempo suficiente para que sus bestiales perseguidores lo alcanzaran.

Una buena cantidad de Chicos de la Cuchara había volado en pedazos a causa de los disparos, al igual que unos cuantos de sus muchos más grandes adversarios, pero los supervivientes dieron la vuelta y se lanzaron al rostro de los enloquecidos Errores, que habían logrado empujar al payaso llameante contra el muro y aferraban sus zancos con garras manchadas de fango, intentando llegar hasta sus piernas mientras éste no paraba de gritar. Los hombres en miniatura se lanzaron de un salto a las piernas de los Errores y unos instantes después empezaron a hundir sus pequeñas espadas en ojos, gargantas y oídos sin preocuparse en lo más mínimo de su propia supervivencia. Pero los Errores libraban ahora un combate a muerte y estaban dispuestos a soportar todos los castigos que pudieran infligirles las espadas de los Chicos de la Cuchara, con tal de llegar lo bastante cerca de Horrabin y arrancarle con sus dientes enfangados lo que pudieran o, mejor aún, quitarle de los pies el apoyo de sus zancos.

El enloquecido espectáculo tenía lugar a sólo unos metros de Jacky y no pudo resistir la tentación de alzar un poco la vista para contemplarlo. El payaso seguía gritando con todo el cuerpo ennegrecido, pero ahora ya no ardía tanto, aunque sus llamas seguían siendo lo bastante altas como para iluminar varios combates individuales; Jacky vio cómo uno de los Errores, una cosa que parecía un perro faldero cubierto de tentáculos, que había perdido los dos ojos a causa de las espadas blandidas por los homúnculos, cerraba sus fauces sobre la mano derecha de Horrabin y, con un espantoso crujido, se la arrancaba casi por completo. Dos criaturas que parecían caracoles sin concha, agonizando bajo el feroz ataque de doce hombrecillos, habían logrado meterse entre la pared y el zanco izquierdo y con sus estertores finales consiguieron empujarlo más allá del punto de equilibrio, haciendo que el payaso se estrellara sobre ellas. Cuando Horrabin se desplomó en el suelo, casi toda la luz se extinguió y todo lo que Jacky pudo distinguir fue una inmensa pila de siluetas que morían o mataban y a sus oídos sólo llegaba un coro, cada vez más débil, formado por gemidos, jadeos, fauces que masticaban y respiraciones agónicas. Un espantoso olor, parecido al de la basura quemada, empezó a invadir el túnel.

Jacky se puso en pie y corrió hasta dejar atrás la masa de muertos introduciéndose cada vez más en el laberinto, hasta que después de haber dado unos veinte pasos en la oscuridad perdió el equilibrio y cayó. Después de resbalar por el suelo, medio aturdida, sintió que una mano se cerraba firmemente sobre su muñeca.

Empezó a retorcerse, preguntándose si aún le quedarían las fuerzas suficientes como para estrangular a su captor, pero se detuvo al oír la voz de su invisible compañero.

—Disculpadme, señor Pensamiento…, o quizá seáis el Capricho o la Virtud Fugitiva, no lo sé, pero ¿podrías conducirme hasta los niveles conscientes de mi mente?

Desde hacía ya cierto tiempo Ashbless era vagamente consciente de que estaba tendido en el suelo de un bote, cuyos remos manejaba débilmente el doctor Romanelli, pero en un instante de lucidez se dio cuenta de que la superficie sobre la que reposaba había cambiado. La última vez que había sido consciente de ella consistía en madera bastante dura, pero ahora le parecía más bien una especie de cuero muy suave, montado sobre algo que le recordaba un costillar móvil. Abrió el ojo y sintió una leve sorpresa al darse cuenta de que podía ver pese a la ausencia de luz. El bote estaba atravesando un gigantesco salón en ruinas, a lo largo de cuyas paredes se alzaban sarcófagos en posición vertical, de los que irradiaba una intensa negrura.

Oyó que Romanelli jadeaba y se volvió hacia él. El flaco hechicero también brillaba bajo aquella antiluz y estaba contemplando con expresión de pasmo algo por encima del hombro de Ashbless. Ashbless logró apoyarse en un codo y, con un gran esfuerzo, volvió la cabeza y vio en la popa varias siluetas muy delgadas: en el centro del bote había una especie de altar, rodeado por una serpiente con la cola entre las fauces, y en el altar se alzaba un disco tan grande como un hombre, que ardía con esa radiación negra tan potente que causaba un agudo dolor en el ojo de Ashbless. El dolor se hizo tan intenso que le obligó a desviar la mirada, aunque antes le pareció haber distinguido confusamente los contornos de un escarabajo kefera grabado en el disco.

Cuando fue nuevamente capaz de ver se dio cuenta de que Romanelli estaba sonriendo con alivio y las lágrimas corrían por sus mejillas destrozadas.

—La barca de Ra —estaba murmurando—, el bote Sektet en el cual viaja el sol a través de las doce horas de la noche, desde el ocaso hasta el alba! Estoy en él y, ¡al amanecer, cuando emerjamos nuevamente en el mundo, navegaré en la barca Atet, la barca del cielo matinal, y mi cuerpo será renovado!

Ashbless, que se encontraba en un estado físico demasiado ruinoso como para que ello le importara, se dejó caer nuevamente sobre la superficie de cuero y sintió que

bajo ella parecía latir una especie de ritmo. El gemido que creyó oír durante toda la noche era ahora más alto y había cobrado un tono suplicante. Volvió la cabeza y miró por encima de la borda hacia la orilla del río; pudo distinguir siluetas borrosas que extendían sus brazos hacia el bote cuando éste pasaba y, una vez les había dejado atrás, podían oírse sus gemidos desesperados y sus llantos. En la orilla se veían grandes postes clavados a intervalos (marcando las horas, pensó) y en lo alto tenían cabezas de serpiente. Cuando el bote pasaba junto a ellos la cabeza de serpiente se convertía por un segundo en una cabeza humana, que parecía inclinarse hacia él.

Ashbless logró sentarse y se dio cuenta, por primera vez, de que el bote era en realidad una serpiente gigantesca, que en el centro se hacía más gruesa como en una especie de exagerado capuchón de cobra, y que tanto en la proa como en la popa volvía a estrecharse formando un cuerpo dotado de vida.

«Es el poema —pensó—, "Las Doce Horas de la Noche". Sobre esto escribí y ahora me encuentro en el bote que sólo los muertos pueden ver.»

Tuvo la sensación de que el disco vivía; no, en realidad estaba muerto, aunque era consciente, pero al mismo tiempo no sentía el menor interés por los dos polizones. Las siluetas de la popa, que parecían ser hombres con cabezas de pájaro o animal, tampoco les hacían el menor caso. Ashbless volvió a derrumbarse sobre la superficie de cuero.

Un rato después el bote atravesó una puerta, sumida en las tinieblas y flanqueada por dos sarcófagos tan altos como postes de teléfonos, y las figuras que se veían en la orilla empezaron a gritar y agitarse de un lado a otro, mientras que por encima de sus gritos de terror podía oírse un lento rechinar metálico.

—¡*Apep*! —gritaban los fantasmas—. ¡*Apep*!

Y un instante después distinguió una silueta, que estaba hecha de pura oscuridad, y se dio cuenta de que era la cabeza de una serpiente tan inmensa que dejaba pequeña la extraña embarcación en que viajaban. De sus fauces colgaban siluetas que parecían humanas, pero la serpiente agitó su inmensa cabeza y las siluetas salieron despedidas hacia lo lejos; un segundo después la serpiente empezó a moverse lentamente hacia el río.

—La serpiente Apep —murmuró Romanelli—, cuyo cuerpo yace en los profundos reinos del *kek samu*, donde la oscuridad se convierte en un sólido impenetrable. Tiene la sensación de que en este bote hay un alma que no está realmente cualificada para emerger nuevamente bajo la luz del amanecer. —Romanelli sonreía—. De todos modos, ya no me haces falta.

Incapaz ahora de apoyarse en el codo, Ashbless se quedó inmóvil, viendo cómo aquella cabeza de un negro absoluto se cernía sobre él borrando toda imagen distinta a la suya. El aire se heló al inclinarse la criatura sobre el bote y cuando abrió sus enormes mandíbulas creyó ver unas estrellas recortadas como un negativo

fotográfico, brillando en la distancia inalcanzable, como si la boca de Apep fuera el umbral a un universo de frío absoluto y ausencia de luz.

Ashbless cerró su ojo y encomendó su alma al cuidado de algún dios benigno, aunque ya no estaba muy seguro de su existencia.

Un chillido le hizo salir de su casi inconsciencia y alzó la cabeza, esperando que ésta fuera la última vez que debía hacerlo y vio la silueta del doctor Romanelli, desintegrándose rápidamente para caer en las gigantescas fauces de la serpiente, como aspirada por ellas.

Por si acaso, Jacky se volvió hacia el oeste, allí donde el ancho surco del Támesis giraba hacia el sur, junto a Whitehall, antes de encaminarse nuevamente hacia el oeste, y luego se volvió hacia el este para mirar.

Y sonrió con alivio. Si, el cielo estaba palideciendo y ya podía distinguir los oscuros arcos de Blackfriars, recortados contra el tenue brillo que precede al amanecer.

Su cuerpo se fue relajando lentamente y Jacky volvió a sentarse sobre el parapeto de piedra, consciente por primera vez del frío que hacía en aquella orilla sobre las Arcadas de Adelphi. Se envolvió un poco más en su gabán y empezó a temblar.

«Aunque no haya ninguna esperanza —pensó—, voy a quedarme aquí un rato más, hasta que amanezca, para ver si Ashbless aparece, quizá no estuviera muerto cuando pasó rodando junto a mí en el sótano, y si llegó hasta el río subterráneo antes de que empezara esa horrible solidificación…»

Volvió a estremecerse y miró hacia la luz, que empezaba a despuntar por el este, como buscando consuelo en ella. Después, se permitió recordar el trayecto que había seguido en su ascensión desde los sótanos.

Había cogido a Coleridge de la mano y, cautelosamente, se abrían paso a tientas por el pasillo en tinieblas cuando se dio cuenta por primera vez del silencio. No sólo habían callado los gemidos distantes, incluso todas las complejas resonancias del aire, los ecos creados por la brisa perpetua que soplaba a través de los kilómetros de pasillos subterráneos y estancias que había bajo ellos, habían cesado por completo.

Cuando estuvieron en el lugar donde se encontraba el cadáver de Horrabin se apretó cuanto pudo a la pared de la derecha y estuvo a punto de chillar cuando una voz sorprendentemente grave les habló desde la oscuridad.

—Éste no es lugar para la gente, amigos míos —dijo la voz.

—Eh…, cierto —graznó Jacky—. Ahora mismo nos vamos.

Oyó un jadeo, un golpe sordo y varios tintineos metálicos y un segundo después la voz habló de nuevo, pero esta vez por encima de su cabeza.

—Os escoltaré —dijo con cierto cansancio—. Incluso a punto de morir por los alfilerazos de esos hombrecillos que tenía el payaso, el Viejo Mordiscos es un

protector al que pocos se atreverían a desafiar.

—Tú… ¿nos escoltarás? —preguntó Jacky con incredulidad.

—Sí. —La criatura lanzó un trémulo suspiro— Se lo debo a tu compañero, que liberó a mis hermanos y hermanas, así como a mí, dándonos la oportunidad de vengarnos en nuestro creador antes de que muriéramos. —Jacky se había dado cuenta de que la voz de la criatura no despertaba eco alguno, como si se hubiera encontrado en una habitación y no en un túnel—. Aprisa —dijo la criatura, poniéndose en movimiento—, la oscuridad se está endureciendo.

El extraño trío avanzó hasta la escalera y empezó a subir por ella. Al final del primer tramo Coleridge quiso descansar, pero Mordiscos le dijo que no había tiempo para ello; la criatura cogió en brazos a Coleridge y reanudaron la ascensión.

—No te quedes atrás —le advirtió su escolta a Jacky.

—No pienso hacerlo —le aseguró ella, pues se había dado cuenta de que ahora no llegaba sonido alguno del pasillo, ni tan siquiera del tramo de escalones que acababan de ascender.

¿Qué le habían dicho las Hermanas sin ojos hacia medio año? La oscuridad se está endureciendo, igual que el fango, y queremos estar lejos de aquí cuando se haya vuelto tan sólida como las piedras, no queremos quedar atrapadas para siempre en esas piedras de noche endurecida! Jacky se aseguró de mantener el mismo paso que Mordiscos y le alegró ver lo de prisa que avanzaban.

Cuando finalmente llegaron al final de la escalera y entraron en la cocina del Castillo de las Ratas, brillantemente iluminado por las antorchas, un par de hombres de Carrington dieron un paso hacia ellos y luego se apresuraron a retroceder cuando vieron a la criatura que transportaba a Coleridge en sus enormes brazos. Jacky miró entonces por primera vez al Viejo Mordiscos y también estuvo a punto de retroceder.

Su escolta era un gigante anfibio con largos tentáculos, como los de un pez-gato, alrededor del rostro formando una caricatura de barba y melena; sus ojos eran tan grandes como pisapapeles de cristal y tenía el corto hocico de un cerdo, aunque su rasgo más sorprendente era la boca, un tajo de casi treinta centímetros, que a duras penas podía cerrar dada la enorme cantidad de dientes que contenía. Vestía un viejo gabán, cuya parte delantera estaba hecha trizas y empapada de sangre.

—Esos canallas no os molestarán —dijo Mordiscos con voz tranquila—. Vamos.

Dejó a Coleridge en el suelo y les acompañó hasta la puerta principal.

—Marchaos —les dijo—, y aprisa. Yo vigilaré hasta que os hayáis perdido de vista, pero tengo que volver a la escalera antes de que la oscuridad se haya endurecido del todo.

—Está bien —dijo Jacky, respirando con agradecimiento el relativamente aire fresco de aquellos últimos instantes en la calle Buckeridge—. Y gracias por…

—Lo hice por tu amigo —gruñó Mordiscos—. Ahora, marchaos.

Jacky asintió y, llevando ante ella a un aturdido Coleridge, echó a caminar por la calle todavía en penumbra.

Lograron volver al hotel Hudson sin ningún percance y, una vez en la habitación de Coleridge, Jacky le acostó sin perder ni un segundo. Coleridge se quedó dormido antes de que Jacky hubiera podido llegar hasta el vestíbulo y cerrara la puerta suavemente a su espalda. Había visto la botella de láudano en la mesita y ahora creía entender la razón de que las precauciones que Carrington había tomado con el poeta hubieran resultado tan poco efectivas. ¿Cómo podía estar enterado Carrington de la tremenda tolerancia al opio que Coleridge había llegado a desarrollar?

Luego fue hacia el Támesis, siguiendo las Arcadas de Adelphi hasta el punto en que el afluente subterráneo se vertía en el río, por si Ashbless o lo que pudiera quedar de él lograba emerger del túnel.

El cielo brillaba ya en el este, con un fuerte resplandor azul acero y unas hilachas de nubes, por encima del horizonte, habían empezado a incendiarse con un fulgor rojizo. El sol aparecería en cualquier momento.

En las sombras aún intensas, que había bajo los arcos del puente, algo se agitó con mucha fuerza y Jacky bajó la vista con el tiempo suficiente para ver cómo aparecía un bote fantasmagórico y medio transparente. Al emerger bajo la claridad grisácea del alba, se hizo al mismo tiempo incandescente y aún más insustancial y empezó a dirigirse hacia el este con una velocidad tal que, por un segundo, Jacky estuvo segura de que era sólo una alucinación fruto del agotamiento casi absoluto que la dominaba. Pero una fracción de segundo después se dio cuenta de dos cosas: el primer borde rojizo del sol había aparecido sobre el lejano perfil de los edificios londinenses y un hombre se debatía en el agua a unos cuantos metros de la orilla; aparentemente había caído del bote fantasma cuando éste perdió toda sustancia.

Jacky se levantó de un salto, pues había reconocido a ese hombre que ahora estaba nadando con cierta torpeza hacia la orilla.

—¡Señor Ashbless! —gritó—. ¡Por aquí!

Justo cuando la serpiente pasaba por entre los dos postes coronados por cabezas barbudas de faraón, que flanqueaban el último umbral, Ashbless sintió que en su interior empezaba a encenderse un fuego increíble, que desprendía insoportables oleadas de calor y que aturdía a los ya maltrechos restos de conciencia que le restaban. Hasta que no se encontró chapoteando en las heladas aguas del Támesis, estuvo seguro de que esa bien recibida inconsciencia era la muerte.

Cuando hubo logrado salir a la superficie, y se apartó el cabello de los ojos, se le ocurrió de pronto que ahora volvía a tener cabello, así como dos ojos. Alzó primero una mano y luego la otra y sonrió al ver que estaban todos los dedos y su piel parecía intacta.

La restauración, que el doctor Romanelli había esperado en vano, había tenido lugar en Ashbless, cuando el sol había resucitado para encontrarse otra vez vivo e intacto al amanecer: en ese instante, y sólo Dios podía saber el porqué, se había consentido que Ashbless participara en ese proceso.

Había empezado a nadar hacia la orilla cuando oyó un grito. Se quedó inmóvil, contemplando con el ceño fruncido los atracaderos y escalinatas aún sumidos en la sombra, y luego reconoció a la persona que estaba en el parapeto, agitó la mano saludándola y empezó a nadar nuevamente.

El agua se estrellaba con cierta fuerza en las Arcadas de Adelphi; cuando logró abrirse paso hasta la orilla fangosa pudo ver la razón de ello: el afluente subterráneo había dejado de alimentar el Támesis de un modo tan irreversible como si en algún lugar desconocido se hubiera cerrado una inmensa válvula. Una vez pasado el primer instante de agitación y remolinos, el río volvió a fluir más allá de donde Ashbless había emergido con la plácida tranquilidad de siempre. Unas cuantas aves se habían acercado a las aguas y ahora giraban sobre el remolino fangoso, que se iba desvaneciendo en la corriente, contemplándolo con cierta curiosidad.

Ashbless alzó la mirada hacia la delgada figura que le aguardaba en el parapeto.

—Hola, Jacky —gritó—. Espero que Coleridge saliera también con vida.

—Sí, señor —dijo Jacky.

—Y me atrevería a decir que no recordará nada de lo que vio esta noche —añadió Ashbless subiendo hacia ella.

—Bueno… —dijo Jacky, algo aturdida al ver cómo el empapado y barbudo gigante cruzaba los últimos metros y luego se instalaba junto a ella en el parapeto—, a decir verdad, puede que no. —Le examinó con mayor atención y dijo—: Le creí muerto cuando pasó rodando junto a mí. Sus…, sus ojos y…

—Sí —dijo Ashbless en voz baja—. Estaba muriéndome…, pero esta noche la magia andaba suelta y no toda ella era maligna. —Ahora le tocaba a él volverse a mirarla—. ¿Has tenido tiempo de afeitarte?

—¡Ooh! —Jacky se frotó el lugar donde había estado su bigote postizo—. Se…, se me quemó.

—Santo Dios. De todos modos, me alegro de que haya desaparecido. —Ashbless se apoyó en el parapeto, cerró los ojos y aspiró una honda bocanada de aire—. Pienso quedarme aquí —añadió—, hasta que el sol haya subido lo bastante en el cielo como para secarme la ropa.

Jacky arqueó una ceja.

—Pues se morirá de frío…, y me parecería una pena después de haber logrado sobrevivir a…, a las obras condensadas de Dante.

Ashbless sonrió sin abrir los ojos y meneó la cabeza.

—Ashbless tiene un montón de cosas por hacer antes de morirse.

—¿Oh, sí? ¿Como cuáles?

Ashbless se encogió de hombros.

—Bueno, para empezar, casarse. De hecho, va a casarse el día cinco del mes que viene.

Jacky meneó la cabeza imitando su gesto anterior.

—Estupendo. Y, ¿con quién?

—Con una chica llamada Elizabeth Jacqueline Tichy. Es bastante guapa. Nunca he llegado a conocerla, pero he visto un cuadro suyo.

Las cejas de Jacky ascendieron hasta casi tocar su frente.

—¿Con quién?

Ashbless repitió su nombre.

El rostro de Jacky, indeciso, se debatía entre una mueca de irritación y una sonrisa algo ofendida.

—¿Así que nunca la ha conocido? Entonces, ¿cómo puede estar tan condenadamente seguro de que ella le aceptará?

—Sé que lo hará, mi buen amigo Jacky. Podría decirse que no tiene elección.

—Ah, se trata de un hecho, claro —dijo Jacky con irritación—. Supongo que serán tus anchos hombros y tu pelo rubio los que conseguirán… hacerla incapaz de oponer toda resistencia, ¿eh? o… no, no me lo digas… es tu poesía, ¿no? Claro, vas a leerle unos cuantos versos incomprensibles de tus malditas "Doce Horas", faltaría más, y entonces ella pensará que, dado que no consigue sacar nada en claro de ellos, deben ser… Arte, ¿no? Arrogante hijo de perra, yo…

Ashbless había abierto los ojos, asombrado, y ahora estaba erguido en el parapeto.

—Maldita sea, Jacky, ¿qué te ocurre? Señor, no he dicho nada de que vaya a violarla ni…

—¡Oh, no! No, sencillamente vas a darle la gran ocasión de su vida, la única oportunidad a su alcance de que…, ¿cómo se dice?…, ah, sí, que celebre sus esponsales con un auténtico poeta. ¡Menuda suerte tiene!

—Oye, chico, ¿qué diablos estás diciendo? Yo me he limitado a…

Jacky saltó sobre el parapeto y puso los brazos en jarras.

—¡Te presentó a Elizabeth Tichy!

Ashbless la contempló pestañeando lentamente.

—¿Qué pretendes decir? ¿La conoces? oh, Dios mío, claro que si, la conoces, ¿verdad? oye, no pretendía…

—¡Maldito seas! —Jacky se apartó el pelo de la cara con los dedos—. ¡Yo soy Elizabeth Jacqueline Tichy!

Ashbless rió no muy seguro, y estuvo a punto de atragantarse.

—Santo Dios. Eres…, ¿eres tú realmente?

—Es una de las… sí, de las cuatro cosas de las que estoy segura, Ashbless.

Ashbless agitó las manos con expresión abatida y notando que empezaba a ruborizarse.

—Que me cuelguen, yo… lo siento, Ja…, señorita Tichy. Pensaba que usted era sencillamente… el bueno de Jacky, mi compañero de los viejos días en la casa del capitán Jack. Jamás llegué a soñar durante todo este tiempo que…

—Tú nunca estuviste en la casa del capitán Jack —dijo Jacky y luego, en tono casi implorante, añadió—. Quiero decir…, no estuviste, ¿verdad?

—En cierto modo, si estuve. Verás, yo… —Se quedó callado—. ¿Por qué no discutimos de todo esto mientras desayunamos algo?

Jacky empezaba a fruncir el ceño de nuevo, pero asintió después de pensarlo durante unos segundos.

—De acuerdo, peso eso se debe sólo al elevado concepto en que tenía al pobre Doyle. Y tampoco quiere decir que piense dar por sentado nada de nada, ¿entendido? —Le sonrió y al darse cuenta volvió a fruncir el ceño con expresión de enfado—. Vamos, conozco un sitio en Saint Martin's Lane donde incluso dejan sentarse junto a la chimenea.

Bajó dando un salto del parapeto, mientras que Ashbless se incorporaba y los dos se alejaron uno al lado del otro, todavía discutiendo, en dirección norte hacia el Strand, bañados por la clara luz del amanecer.

# Epílogo

**12 de abril de 1846**

*Aún no es tarde para buscar un nuevo mundo. Hazte a un lado y, componiendo tu ánimo de nuevo, borra el ceño de tu frente; pues tengo por propósito navegar hasta más allá del ocaso y surcar las bahías de todas las estrellas que hay al occidente, hasta que llegue la hora de mi muerte.*

*ALFRED, LORD TENNYSON*

Tras permanecer en su puerta durante casi un cuarto de hora con la vista clavada en los pantanos de Woolwich, que extendían sus grises jorobas durante varios kilómetros bajo el cielo que amenazaba lluvia, William Ashbless estuvo a punto de quitarse el gabán y volver adentro. Después de todo, el fuego ardía bien, sin hacer casi nada de humo, y la noche anterior no se había acabado del todo la botella de Glenlivet. Luego frunció el ceño, se caló la gorra por encima de su cabellera blanca como el hueso, acarició el pomo de la espada que se había procurado para la ocasión y cerró la puerta a su espalda.

«No, se lo debo a Jacky —pensó, mientras bajaba los escalones—. Hace siete años, ella supo enfrentarse a su propia cita… y lo hizo con mucho valor.»

Durante los dos últimos años de soledad Ashbless había sufrido cierta inquietud al darse cuenta de que su recuerdo del rostro de Jacky había ido desapareciendo; los malditos cuadros tenían un aspecto magnifico cuando estaban recién pintados y ella estaba viva para complementar aquello que eran incapaces de dar, pero en los últimos tiempos le pareció que jamás habían logrado captar su auténtica sonrisa. De pronto, se dio cuenta de que hoy era capaz de recordarla tan claramente como si la hubiese visto esa misma mañana cogiendo un carruaje en Londres: su sonrisa afectuosamente sarcástica, la brusquedad ocasional de sus réplicas y esa belleza de chiquillo travieso, a lo Leslie Caron, que, en su mente, había conservado hasta morir de fiebre a los cuarenta y siete años.

«Probablemente —pensó, mientras cruzaba el camino y tomaba por el sendero que llevaba a los pantanos, un sendero que había estado mirando durante dos estaciones con una morbosa emoción, sabiendo que en el día de hoy iba a recorrerlo —, probablemente la recuerdo tan bien porque voy a reunirme con ella.»

El sendero subía y bajaba sobre las pequeñas elevaciones del terreno, pero cuando el río se hizo visible tras diez minutos de andar con paso rápido, notó que aún era capaz de mantener la marcha y que no se le había acelerado la respiración en lo más mínimo, pues ya llevaba años ejercitándose en el estudio de la esgrima, ya que había decidido que el hombre enviado por el destino para terminar con él se llevaría como mínimo una buena herida en el combate.

«Esperaré aquí —decidió, deteniéndose en una loma del terreno que dominaba la orilla del Támesis, cubierta de sauces, a unos cincuenta metros de distancia—. Encontrarán mi cuerpo más cerca de la orilla, pero tengo ganas de echarle antes una buena ojeada a mi asesino.

»Y —se preguntó— ¿quién será ese asesino?»

Se dio cuenta de que estaba temblando. Decidió sentarse en el suelo y tragó varias bocanadas de aire con mucha lentitud.

«Cálmate, viejo —pensó—. Durante treinta y cinco años, que en su mayor parte fueron felices, has sabido que este día acabaría llegando.»

Se echó un poco hacia atrás y contempló el cielo cubierto de turbulentas nubes grisáceas.

«Y también la mayor parte de tus amigos han muerto —pensó—. Byron se fue, a causa de otra fiebre en Missolonghi hace una veintena de años y Coleridge mordió el polvo en mil ochocientos treinta y cuatro.»

Ashbless sonrió preguntándose, no por primera vez, cuántos de los últimos poemas de Coleridge, particularmente, "Limbo" y "Ne Plus Ultra", podían haber nacido de las experiencias confusamente recordadas, que tuvieron lugar en ese abril de mil ochocientos once. Había unas cuantas líneas que siempre le hacían sentir curiosidad, como: «No hay deleites más agradables en el Limbo, y encerrados en sus muros hacen sentir al espíritu seguro en su prisión, que la imagen de ese vacío de la Nada…» o «¡Sol Positivo de la Noche! ¡Enemigo y aborrecedor de la luz! Negrura confesada, tempestad de los abismos…»

Se frotó los ojos y se puso en pie y se quedó inmóvil, como paralizado, sintiendo que su pecho se convertía en un vacío helado, pues ahora en uno de los sauces vio la cuerda de un bote, que no había estado allí antes, y un hombre alto y corpulento ascendía por la orilla con una espada balaceándose junto a su flanco derecho.

«Interesante —pensó Ashbless con nerviosismo—, un zurdo, como yo.

»Bueno —se dijo—, ahora mantén la calma. Recuerda que sólo te encontrarán una herida en el vientre, así que no debes molestarte con cierto tipo de paradas para proteger los brazos, las piernas y la cabeza. Sólo debes evitar los golpes que vayan al cuerpo, sabiendo todo el rato, claro está, que uno de esos golpes no podrás pararlo.»

Su mano derecha se agitó durante unos segundos sobre su estómago y se preguntó qué zona de esa piel, ahora tan saludable, se vería muy pronto hendida por varios

centímetros de frío acero.

«Dentro de una hora todo habrá acabado —pensó—. Intenta ser tan valiente durante esta última hora como lo fue Jacky en la suya. Pues también ella sabía cuál era el futuro…, lo sabía desde esa noche en el año mil ochocientos quince, cuando te emborrachaste lo suficiente como para ceder a sus repetidas demandas de que la informaras sobre la hora y circunstancias de su muerte.»

Ashbless irguió los hombros y empezó a bajar por la loma, hacia el sendero que llevaba hasta el río, dispuesto a encontrarse con su asesino a medio trayecto.

El hombre alzó la mirada y pareció sorprendido al ver cómo Ashbless se le aproximaba.

«Me pregunto qué motivará nuestra disputa —pensó Ashbless—. Al menos ya no es joven y su barba parece tan blanca como la mía. A juzgar por su bronceado, también él ha visitado tierras extranjeras, pero su rostro me parece ligeramente familiar.»

Cuando aún se encontraban a unos diez metros el uno del otro, Ashbless se detuvo.

—Buenos días —exclamó, sintiendo cierto orgullo al comprobar lo firme que sonaba su voz.

El otro hombre pestañeó lentamente y cuando sonrió Ashbless se dio cuenta, con un escalofrío, de que estaba loco.

—Es usted —dijo el desconocido con voz algo quebrada—. ¿Verdad que lo es?

—Que si soy… ¿quién?

—Doyle. Brendan Doyle.

—Si… —le respondió Ashbless en un tono que intentaba ocultar su sorpresa—, pero es un nombre que no he utilizado en treinta y cinco años. ¿Por qué? ¿Acaso nos conocemos?

—Yo si le conozco —dijo, desenvainando su espada—. Y he venido a matarlo.

—Ya me lo suponía —le respondió Ashbless con voz tranquila, retrocediendo un paso y desenvainando su propia espada. El viento murmuraba entre la hierba—. ¿Sirve de algo preguntar por qué?

—Ya lo sabe —dijo el otro hombre, lanzando una cegadora estocada al mismo tiempo que pronunciaba ese sabe.

Ashbless logró pararla con un desesperado golpe en sixte, pero se olvidó de atacar a su vez.

—Realmente no lo sé —jadeó, intentando plantar los pies más firmemente en el suelo fangoso.

—La razón —dijo el hombre, mientras hacia una veloz finta seguida de un golpe, que Ashbless logró evitar a duras penas moviendo su hoja en una chirriante estocada circular— es que mientras usted viva —la espada de su enemigo logró eludir la suya

y se lanzó hacia el pecho de Ashbless, obligándole a retroceder de un salto—, no puedo vivir yo.

Mientras recuperaba el equilibrio, su hoja rozó en un golpe lateral el antebrazo de Ashbless; éste sintió el filo atravesando su chaqueta y su camisa para desviarse con un crujido en el hueso.

Ashbless quedó tan asombrado que casi estuvo a punto de no parar la siguiente estocada.

«¡Pero esto es imposible —pensó atónito—, sé que no van a encontrarme ninguna herida en el brazo!»

Y un segundo después se rió, porque ahora lo entendía todo.

—Ríndete o morirás —le dijo Ashbless a su oponente, casi con alegría.

—Eres tú quien morirá —murmuró el hombre bronceado, iniciando una estocada y deteniéndose de pronto a mitad de ella para provocar en Ashbless una parada prematura.

Pero Ashbless no se dejó engañar y, atrapando la punta del acero de su oponente con la empuñadura del suyo, se lanzó hacia adelante con tal fuerza que su espada se dobló levemente sobre el estómago de su adversario para atravesarlo una fracción de segundo después. Ashbless sintió cómo la delgada hoja se hundía en sus entrañas hasta ser detenida por la espina dorsal.

El hombre se dobló sobre si mismo hasta caer sentado en la hierba húmeda, agarrándose el vientre con manos ya cubiertas de sangre.

—Aprisa —jadeó, el rostro repentinamente lívido bajo su bronceado—, yo seré tú.

Ashbless permaneció inmóvil, mirándole, sintiéndose repentinamente agotado, desapareciendo su entusiasmo de hacia unos segundos.

—Venga —rechinó el hombre en el suelo, dejando caer su espada y empezando a reptar hacia él—. Haz el truco. Cambia.

Ashbless retrocedió un par de pasos.

Su adversario se arrastró un metro y medio sobre la hierba y luego se derrumbó de bruces en ella.

Pasaron varios minutos antes de que Ashbless se moviera. cuando por fin lo hizo, se arrodilló junto al cuerpo, que ya había dejado de alentar, y posó su mano suavemente sobre el hombro del muerto.

«Si hay alguna recompensa tras la muerte para criaturas como tú —pensó—, apuesto a que te la has ganado. Sólo Dios sabe cómo lograste ir desde El Cairo hasta Inglaterra y cómo has podido encontrarme. Quizá eras atraído hacia mí como los fantasmas, según se cree, son atraídos hacia el lugar donde murieron. Bueno, al menos podrás compartir una parte de mi biografía; te encargarás de proporcionarles mi cadáver.»

Un rato más tarde, Ashbless limpió su espada con un puñado de hierba que arrancó del suelo, y luego se puso en pie para envainarla de nuevo; después arrancó un trozo de su pañuelo y se lo anudó alrededor del antebrazo herido. La fresca brisa primaveral pareció aventar de su mente todos los recuerdos del pasado y, anhelando la aventura como no la había deseado en años, bajó por el sendero hasta el bote atracado en la orilla, dejando tras él, muerto, al ka que el doctor Romanelli había fabricado con su sangre hacia ya tantos años.

«Lo que me ocurra a partir de ahora es totalmente desconocido —pensó con una extraña alegría, mientras desataba la amarra del bote—. Ninguno de los libros que he leído puede darme la menor pista. ¡Es posible que logre hacer volcar el bote y que me ahogue dentro de cinco minutos, o puede que viva todavía veinte años más!»

Subió al bote, colocó los remos en su lugar y con tres fuertes golpes se encontró en mitad del río. Mientras iba remando hacia el auténtico destino final del hombre que había sido Brendan Doyle, Tom el Simple, Eshvlis el remendón y William Ashbless, fuera cual fuese ese destino, el hombre que ya no respondía a ninguna de tales identidades deleitó a las aves del río con todas las canciones de los Beatles que fue capaz de recordar, salvo *Yesterday*.